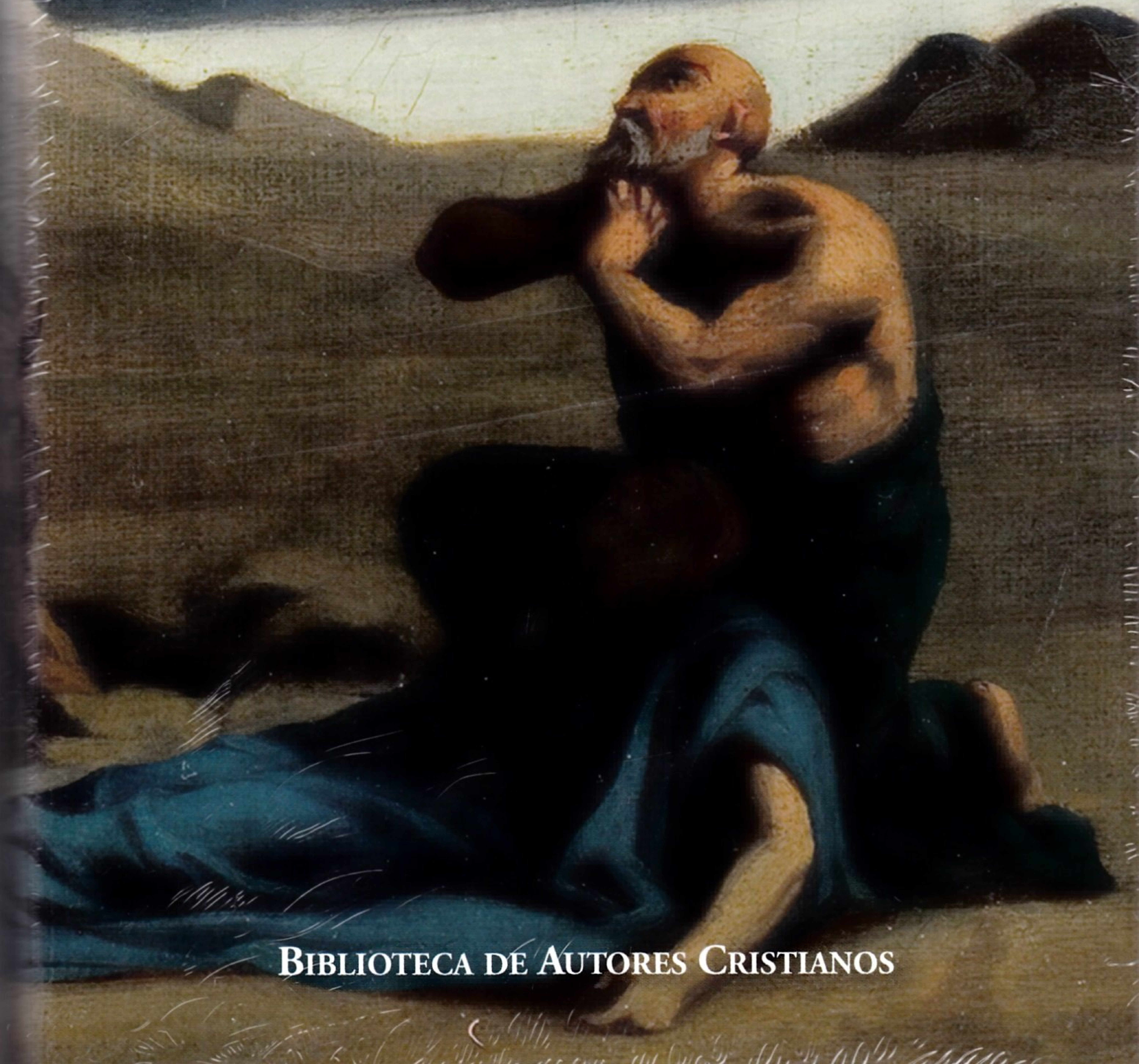
Apotegmas de los Padres del Desierto

INTRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN DE
DAVID GONZÁLEZ GUDE



BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

APOTEGMAS DE LOS PADRES DEL DESIERTO

INTRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN DE

DAVID GONZÁLEZ GUDE

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • MMXVII

Añastro, 1. 28033 Madrid
Tel. 91 343 97 91
www.bac-editorial.com

Depósito legal: M-26792-2017
ISBN: 978-84-220-1998-5

Preimpresión: BAC
Impresión: Cofás, Juan de la Cierva, 58, Móstoles (Madrid)
Encuadernación: Sucesores de Felipe Méndez, S. L. Carbón, 6 y 8.
Pol. Ind. San José de Valderas II (Madrid)

Impreso en España. Printed in Spain

Diseño de cubierta: BAC

ÍNDICE GENERAL

Págs.

APOTEGMAS DE LOS PADRES DEL DESIERTO

INTRODUCCIÓN

¿Quiénes son los Padres del Desierto?

Conocemos como Padres del Desierto a aquellos hombres que, dejando su vida en las ciudades y los pueblos, lo abandonaron todo por seguir a Cristo y se retiraron a la soledad del desierto o de la montaña. Algunos de ellos escribieron las primeras reglas monásticas, como san Pacomio.

¿Cómo surge el movimiento monástico cristiano?

A día de hoy sigue siendo un misterio el motivo que llevó a estos hombres a retirarse a la soledad. Parecían responder a una «vocación» que los llamaba a vivir de otro modo su fe en Cristo.

Sus sucesores lo intentaron explicar aludiendo al ideal de la primera comunidad cristiana, reflejada en los Hechos de los Apóstoles[1]. El motivo que explica el querer volver a los orígenes es el posible «enfriamiento» de las comunidades cristianas en los centros urbanos. Estas migraciones al desierto, llevaron primero a la vida anacorética o solitaria, dando lugar, posteriormente, a la organización de comunidades: los jóvenes discípulos se reunían en torno a un anciano para que él los guiase espiritualmente. Esta explicación viene dada por los sucesores de los primeros pobladores del desierto, sucesores que sintieron la necesidad de justificar este nuevo estilo de vida.

Una explicación de este tipo parece estar motivada por la necesidad de establecer la ortodoxia de este nuevo movi-

[1] Cf. Hch 2,42-47; 4,32-37.

miento, que resultaba inquietante para algunos. El monaquismo cristiano es auténtico ya que se sitúa en una tradición histórica que se remonta al origen mismo de la Iglesia. Analizando las explicaciones de Juan Casiano sobre esta cuestión[2], P. A. de Vogüé llegó a dos conclusiones que se pueden considerar definitivas[3]. Partiendo de la misma base, tenemos el hecho de que los primeros monjes establecieran relaciones de similitud para sus antecesores con ciertos personajes bíblicos, tales como Elías o Juan Bautista.

Otra interpretación posible para dilucidar el origen del monacato cristiano, es el paralelismo que se estableció entre ascesis y martirio. Hasta la paz constantiniana, el martirio estaba considerado como la máxima expresión posible de la fe en Cristo. Por ello, cuando las circunstancias eliminaron la perspectiva del martirio de sangre, la vía ascética, con sus «mortificaciones», pasó a ser comprendida como un martirio incruento; otra forma de alcanzar el mismo ideal. Varios textos antiguos parecen fundar esta interpretación[4]. Pero esta interpretación, que puede explicar el éxito del monaquismo, no nos dice nada de su origen, que es anterior a las persecuciones.

También se intentó establecer paralelismos entre los monjes y las «vírgenes» y los «ascetas» integrados en las comunidades cristianas anteriores[5]. Esta explicación viene de historiadores posteriores, pero no hay nada en los hechos ni en la literatura antigua que autorice establecer una dependencia histórica entre los primeros monjes y estos ascetas.

[2] *Inst. cen.*, II, 5; *Conf.* XVIII, 5-8.

[3] «Monachisme et Église dans le pensé de Cassien», en *Théologie de la vie monastique* (París 1961) 213-240.

[4] Los principales textos son recogidos por M. Viller, «Le martyre et l'ascese»: *RAM* 6 (1925) 105-142; ver también E. Malone, *The Monk and the Martyr* (Washington 1954), con complementos de *Antonius Magnus Eremita* (Studia Anselmina 38; 1956) 9, 201-228.

[5] Cf. K. Heussi, *Der Ursprung des Mönchtums* (Tubinga 1936) 11-52 («Die Vorstufen des Mönchtums in der früchristlichen Askese»).

Con el descubrimiento de Qumrán se abrió una nueva perspectiva, ya que se dio a conocer el funcionamiento de la secta de los esenios, antecesores de estos monjes cristianos de finales del siglo III. Muchos puntos parecen comunes entre las comunidades pacomianas y la comunidad esenia, incluso en la organización de la vida[6]; pero es necesario cuestionarse si el deseo de vivir juntamente un ideal religioso semejante, no conlleva una semejante organización de vida, tanto en los ritmos como en la estructura de la comunidad bajo una autoridad[7]. La espiritualidad vivida en ambos casos es muy diferente. Y si se relacionasen ambos movimientos, no hay explicación para la grieta de dos siglos y medio que separa la interrupción de la comunidad esenia con el comienzo del cenobitismo cristiano (Pacomio funda su primer monasterio hacia el 320).

A mediados del siglo pasado se propuso otra explicación[8]. El florecimiento del monaquismo cristiano en el siglo IV sería el coronamiento de una lenta evolución religiosa comenzada en el período de los antonianos: cortando los lazos que constituían la unidad aldeana, estos monjes habrían realizado, en su provecho, un nuevo modo de relación con la divinidad y con el medio ambiente. Pero por brillante que sea la demostración, este intento es insatisfactorio: no solamente se posiciona en contra del discurso mantenido por estos monjes, sino que, si bien puede explicar parcialmente el éxito ganado por este nuevo estilo de vida, nada dice de su origen.

[6] Cf. E.-M. LAPERROUSAZ, *Qoumrâm, l'etablissement essénien des bords de la mer Morte* (París 1976) ; ÍD., *Les Esséniens selon leur témoignage direct* (París 1982).

[7] La observación se puede extender al conjunto de las formas de vida monástica que se desenvolvieron antes y fuera del cristianismo; cf. J. MASSEIN, «Monachisme non-chrétien», en DSp X (1980) cols. 1525-1536.

[8] P. BROWN, *Genèse de l'antiquité tardive* (París 1983), sobre todo p.161-194 («Des cieux au désert: Antoine et Pachôme»).

Hay que reconocer, por tanto, que el monaquismo nace en la Iglesia sin que el historiador sepa la razón. Se pueden afirmar los factores que intervinieron para favorecer y orientar su desarrollo, pero no se puede dar una explicación al surgimiento de este nuevo modo de vida. El cristiano podrá decir que esta novedad de fines del siglo III no es fruto de la casualidad: si los hombres eligieron libremente exiliarse a vivir al desierto —es decir, ese lugar inhabitable, representado también por la montaña— ha sido por el impulso del Espíritu de Dios. Inauguraron así, para beneficio de las comunidades que dejaron, una nueva y complementaria manera de vivir el Evangelio. Y este modo de vida ha perdurado desde la época antigua hasta nuestros días, renovándose sin cesar en sus formas, al compás de las civilizaciones y de las culturas en las cuales se desarrolló[9].

Hay que añadir todavía que, sobre el nacimiento mismo de este movimiento, nuestra documentación está reducida al mínimo. Apenas hay más restos arqueológicos de todas estas primeras implantaciones, que el que existe sobre la comunidad esenia del mar Muerto. La literatura monástica más antigua no es anterior a la mitad del siglo IV, y ella no se retrotrae para hacernos un relato de los orígenes. Su objetivo no es tanto el de relatar acontecimientos, sino el de introducir una nueva tradición. Así, Atanasio, el patriarca de Alejandría, no escribe la vida de Antonio para contarles a los hermanos lo que pasó, sino para «comunicarles cuál debe ser la vida de los monjes»[10]. Necesita tomar esta literatura más como un instrumento que como una puesta

[9] Sobre el conjunto de esta cuestión, ver la excelente puesta a punto de A. GUILLAUMONT, «Perspectives actuelles sur les origines du monaquisme», en *The frontiers of Human Knowledge* (Uppsala 1978) 111-123 (retomadas en *Aux origines du monachisme chrétien* [Bellefontaine 1979] 215-227). La mejor presentación del primer siglo monástico en su conjunto es de D.-J. CHITTY, *The desert a city* (Oxford 1977).

[10] *Vita Antonii* c.94 (PG 26,973 C 11 - 974 A 1).

por escrito de los recuerdos, dado que lo que buscaba era la «edificación» del lector.

1. Los apotegmas[11]

a) *Género literario*

A partir de finales del siglo IV, la literatura monástica se hace cada vez más abundante. Toma formas diversas: relatos de viajes, biografías, reglamentos, tratados espirituales más o menos sistemáticos, exhortaciones... En este conjunto, pero ocupando un lugar aparte, debemos situar las *Sentencias de los Santos Padres,* aquí traducidas. Varios trazos marcan, literariamente, su originalidad:

1. Se trata de una literatura «fragmentaria». Recoge un conjunto de conversaciones, de relatos o de sentencias sin nexo unas con las otras, dando la impresión exterior de disparidad.
2. Se trata de un conjunto que reagrupa doctrinas y prácticas que no tienen nada entre ellas de homogéneo, llegando a ser incompatibles en algunos casos.
3. Se podría decir que no fue compuesto por nadie ni en ningún momento concreto. Como se verá más adelante, cada escriba que copiaba el texto, se tomaba la libertad de modificarlo.

   Además, varias de las atribuciones de una sentencia a un monje particular, están sujetas a duda, puesto que, de un manuscrito a otro, esta puede ser atribuida a dos monjes diferentes, o incluso figurar como anónima. El caso de los apotegmas de Evagrio Póntico es el más significativo: siendo discípulo de Orígenes, es

[11] Un apotegma es una frase breve en la cual se expresa un pensamiento o enseñanza.

sospechoso en los medios anti-origenianos; no obstante, como se consideraba que poseer sus palabras podía ser «edificante» y sería, por tanto, perjudicial excluirlo, se reprodujeron sus enseñanzas, pero sin decir que son suyas: bien bajo un nombre de préstamo, o bien de modo anónimo.

4. No es la casualidad ni solamente el género literario lo que hace de este libre un conjunto disparatado. Hay, para eso, una razón más profunda, y que constituirá el aporte insustituible de los apotegmas a la literatura espiritual.

Los primeros que abandonaron su ciudad o su aldea para «ir a vivir al desierto», se comprometían en una verdadera aventura. Para organizar su vida, no disponían de la experiencia de ningún predecesor que les pudiese enseñar cómo vivir allí. No tenían ningún modelo a imitar. Ni siquiera se podían apoyar sobre una literatura didáctica que los advirtiese de los obstáculos que encontrarían, y que les enseñase el modo de superarlos. Muchos de ellos eran, además, analfabetos. El único libro del cual la mayoría podía disponer era la Escritura (que no tardarían en aprender de memoria). Pero la Escritura es el libro de la Revelación de Dios, no una guía práctica permanente para regular los comportamientos del habitante del desierto. Se necesitaba un «manual de instrucciones» que permitiese vivir en el desierto conforme a las Escrituras, sin ilusiones. Este manual de uso, del cual no disponían, lo elaboraron ellos mismos partiendo de su propia experiencia. Quizás nunca fue tan verdadero el proverbio que recuerda que es forjando como uno se vuelve herrero.

Es, pues, a través de experiencias particulares, a veces felices, pero a veces nefastas, que elaboraron poco a poco las grandes leyes de la vida espiritual en el de-

sierto. De estas experiencias, las colecciones de apotegmas son el reportaje bruto, todavía sin sistematizar. Por ello, proporcionan una documentación única. Sin duda, la organización en colección de estos fragmentos desunidos y su transmisión, condujeron, a veces, a borrar algunas experiencias desgraciadas o a desviar el sentido de otras. Sobre algunos casos particulares, se puede hacer la demostración[12]. Pero fuera de estos accidentes de transmisión, las colecciones no restituyen todavía, en sus grandes líneas, la experiencia de estos pioneros. Se pueden leer como una guía práctica de la experiencia de Dios en el desierto.

b) *Tipología*

Tal como se pueden leer hoy, los apotegmas se presentan bajo formas muy diversas. Se pueden diferenciar cinco tipos principales[13]:

1. La primera categoría es la que corresponde mejor a la definición del término. Son unidades compuestas de dos elementos: por un lado, la demanda hecha al maestro por un discípulo, de recibir «una palabra de salvación» (a); por el otro, la respuesta, a menudo enigmática, del anciano (b). Puede suceder que sean añadidos dos elementos suplementarios: una nueva demanda al maestro de aclarar el sentido de su primera respuesta (c), y la nueva respuesta del maestro (d).

[12] Cf. J.-C. Guy, «Note sur l'évolution du genre apophtegmatique»: *RAM* 32 (1956) 63-68.

[13] Esta tipología de J.-C. Guy reemplaza la clasificación hecha hace mucho tiempo y que los clasificaba en apotegmas primarios, secundarios y terciarios (*RSR* 43 [1955] 252-258).

Por ejemplo (III, 28):

(a) Un hermano preguntó a abba Pastor: «¿Qué debo hacer?».

(b) Él respondió: «Cuando Abrahán llegó a la tierra prometida compró un sepulcro, y por este sepulcro recibió en herencia la tierra».

(c) Y el hermano le dijo: «¿Qué sepulcro es este?».

(d) «Es el lugar de la compunción y de las lágrimas», respondió el anciano.

Muy a menudo, por razones de las cuales daremos cuenta más tarde, no fue conservada más que la respuesta del maestro (b). Así (XI, 41):

Abba Juan Colobos decía a su discípulo: «Si honramos a uno, todos nos honrarán, pero si despreciamos a uno, es decir a Dios, todos nos despreciarán, e iremos a la perdición».

En algunos casos privilegiados, poseemos todavía el mismo apotegma bajo su forma completa y original.[14]

Se debe destacar, todavía, una variante de este primer tipo, frecuente en nuestras colecciones: el discípulo no hace más que una pregunta de aspecto general, llamando a una respuesta «sibilina»; pero la cuestión es precisa, concreta, y la respuesta, clara. Es el principio de lo que se llamará más tarde la dirección espiritual. Así (X, 98):

Un hermano preguntó a abba Sisoés: «¿Por qué las pasiones no se retiran de mí?». Le contestó el anciano: «Tienen su capital depositado en tu interior; devuélveles sus arras y partirán».

2. En otros casos, la palabra relatada no es una respuesta individual de un maestro a la pregunta de un discípulo, sino el extracto de una exhortación colectiva. Por ejemplo (VI, 10):

[14] Por ejemplo, *Alph.*, Cronios 1 se encuentra de forma reducida en *Syst.* XVIII, 34.

> El abba Isaac dijo a los hermanos: «Nuestros Padres y el abba Pambo usaban vestimentas viejas y remendadas. Ahora usáis vestimentas lujosas: ¡Marchaos de aquí! Habéis desertado de vuestra vida de monjes». Y al llegar el tiempo de la cosecha, les dijo: «No os volveré a dar ningún consejo, porque no hacéis ningún caso».

Se sabe que, además del caso del padre que se dirige a un reagrupamiento de eremitas (como este Isaac, padre del desierto llamado «Las Celdas»), los hermanos más célebres eran invitados, a veces, a «decirles una palabra a los hermanos» que residían en el lugar a donde iban.

3. Semejantes a estos dos primeros tipos son los pequeños trazos biográficos que se cuentan porque tienen un valor de dichos, es decir, debido a la enseñanza que pueden proporcionar. Es, entre otros, el caso del relato de las pruebas soportadas por el abba Nicón y que un anciano trae largamente referidas para hacerle comprender a su discípulo «cómo el diablo presenta las tentaciones a los santos» (XVI, 30).

4. Como desviaciones de este tercer tipo, hay que poner otros fragmentos que se vacilará en llamar «apotegmas», pues son largos relatos que tuvieron, sin duda, su existencia autónoma antes de ser integrados tardíamente en colecciones. Se encontrará un número muy importante de ellos en los capítulos XVIII, XIX y XX de la colección sistemática, así como en las secciones finales de la serie de los anónimos. A veces son extraídos de compilaciones tardías; a veces también se encuentran aislados, diseminados en manuscritos medievales[15].

[15] F. Halkin hizo un censo en los Apéndices IV e VI de la BHG.

5. Otros, finalmente, no son ni palabras dichas, ni relatos autónomos, sino extractos de una literatura anterior y que es, a veces, difícil distinguir de los verdaderos apotegmas. En ciertos casos al menos, la duda no es posible: así para los apotegmas de Evagrio Póntico, de Juan Casiano, de Marcos el Ermitaño, de Hiperiquio o de Isaías de Scitia; el informe de amma Sinclética bien parece haber sido extraído de una *Vida* anterior[16]. Al contrario, los apotegmas de Juan el Monje son la fuente de la *Vida* escrita posteriormente por Zacarías[17].

2. Génesis de las colecciones

Esta variedad tan grande de tipos de apotegmas deja ver, por sí misma, que las colecciones que las recogen son el final de una larga evolución. Incluso si no es posible en el estado de nuestra documentación describir más en detalle todas las etapas, es importante, para la buena comprensión de los textos, marcar las principales, puesto que se pueden distinguir todavía algunos grandes estadios en esta evolución.

a) *Primer estadio: del particular al colectivo*

El sentido mismo de la palabra apotegma, como la forma literaria del primer tipo (explicada arriba), hacen ver que el apotegma fue, en su origen, una palabra individual dada por un maestro a un discípulo para ayudarle a vencer la dificultad personal en la que se encontraba. Esto se ve confirmado en algunas situaciones particulares. Baste citar

[16] Editada entre las obras de Atanasio: PG 25,1488-1557.

[17] Editada por E. Amelineau, en *Histoire des monastères de la Basse-Égypte* (Annales du Musée Guimet 25; París 1894) 316-410.

XIV, 3, en el que el abba Ares le da una respuesta a un discípulo y otra a otro ante el mismo problema: la palabra dada es adaptada a quien es dirigida. Lo mismo ocurre en X, 38.

También se constata que estas palabras, son reempleadas y comunicadas a otros individualmente. Los apotegmas en los cuales la respuesta del maestro no es más que la recuperación de una respuesta previamente dada por otro maestro son muy numerosos. Tenemos un ejemplo en I, 18.

En ocasiones, se observa a discípulos hablando entre ellos de las «palabras de los ancianos», es decir, comunicando y comentando entre ellos las palabras que cada uno recibió de su maestro espiritual, como se observa en IV, 1. Aunque este comportamiento no se considere el mejor, se le recomienda a los hermanos que no serían capaces de guardar silencio: «Si no puedes callar, es mejor que hables de las Sentencias de los ancianos que de las Escrituras» (XI, 55).

En algunos casos, la palabra escuchada a un anciano, puede ser repetida en provecho propio, utilizándola para hacerse valer como alguien que conoce y es conocido de los grandes hombres. Varios ancianos advierten de esto, y tenemos un ejemplo en VIII, 9.

Por tanto, parece que el apotegma pierde muy rápidamente su carácter individual —sino confidencial— para convertirse en una especie de bien común a disposición de quien lo desee. Antes de ser objeto de compilaciones escritas, estas palabras tendían a reagruparse en «colecciones» orales, informales.

b) *Segundo estadio: el paso del oral al escrito*

¿Cuándo se comenzaron a escribir estas palabras? Se puede suponer que, estimulados por la difusión de otros

elementos de la literatura monástica (como la *Vida* de Antonio y los escritos de Pacomio y sobre Pacomio), algunos monjes escribas aislados emprendieron el largo camino de poner por escrito los apotegmas conocidos en la región donde vivían, y que un primer intercambio a este nivel tuvo lugar entre los principales centros monásticos. Pero es pura conjetura que no se funda más que en argumentos de verosimilitud.

Juan Casiano, cuando escribe sus *Instituciones cenobíticas* y sus *Conferencias,* hacia los años 420-430, ¿pudo disponer de tales reagrupamientos escritos? Se refiere a numerosos apotegmas y relatos monásticos, pero nada autoriza a afirmar que, en este terreno, dispusiera de otras fuentes que las que conociera y oyera personalmente durante la docena de años de su estancia en el Bajo Egipto.

El único documento seguro del cual disponemos es el *Tratado práctico* de Evagrio Póntico, cuya redacción definitiva data de los últimos años de su vida (murió en el 399). Los diez últimos párrafos de esta centuria son titulados, precisamente, *Dichos de los Santos Padres,* y comienzan por la siguiente declaración: «Es necesario examinar cuidadosamente los caminos de los monjes que transitaron en los primeros tiempos por las sendas del bien, para seguir, también nosotros, sus pasos». Pero de este pequeño lote, sólo cuatro dichos pasaron a la colección sistemática, y son atribuidos al mismo Evagrio. Es, pues, más verosímil, concluir que Evagrio no dispone de un informe escrito compuesto previamente, sino que, como lo hará pronto Casiano de otro modo, pone por escrito fragmentos de la tradición oral, insertándolos en su obra. Es interesante comprobar que tenemos aquí el primer rastro de una consignación por escrito de esta tradición oral, una clase de transición entre las primeras expresiones verbales y la organización de las grandes colecciones que nos van a retener ahora.

c) *Tercer estadio: la organización de las grandes colecciones*

Es en este tercer estadio donde se formulan las cuestiones más importantes para nuestro propósito[18]. Examinando la única tradición manuscrita griega, se concluye la existencia de dos grandes formas «nominales» para las colecciones apotegmáticas: la colección alfabético-anónima y la colección sistemática. Estas dos colecciones (pero más a menudo la primera) se abren con un *Prólogo* parcialmente común y parcialmente divergente, sobre el cual tendremos que volver.

En la parte común, lo primero que se explica es que el redactor de la colección no es el primero en emprender tal obra: muchos fueron los que, antes de él, recopilaron las palabras y los hechos de los Santos Ancianos (afirmación que garantiza que existieron enlaces del segundo estadio, y de los cuales no disponemos hoy). Después prosigue: «Pero como la mayoría de los relatos, debido a su confusión y su desorden, estorbaban al espíritu del lector, que no era capaz de abrazar por la memoria el sentido fragmentado y dispersado en el libro...»: tal es la razón de ser de la organización de esta masa desordenada.

A partir de este tronco común, el Prólogo de la colección alfabética, continúa así: «Por esta razón, fuimos llevados a presentar la materia por las letras del alfabeto (στοιχεῖα). Este orden permite una mejor comprensión y dispone a los que quieren sacar provecho de su lectura. En consecuencia, lo que les concierne a Antonio, Arsenio, Agatón y todos aquellos cuyo nombre comienza por *alfa,* se encontrará en la letra *alfa;* así mismo, para Besarión, Benjamín... en la letra *beta,* y así sucesivamente hasta la letra *omega.* Pero como hay otros dichos y prácticas de los santos ancianos de los cuales no aparece el nombre del autor, estos, después de

[18] Retomamos aquí las conclusiones dadas por J.-C. Guy en *Recherches sur la tradition grecque des Apophtegmata Patrum* (Bruselas 1962, [2]1984 con *Compléments,* p.249-275).

la clasificación alfabética (κατὰ στοικεῖον), los repartimos en capítulos (κεφάλαια)».

Este conjunto debía corresponder, en algunas variantes aproximadas, a la serie alfabética reconstruida en *Recherches,* 9-36, seguido de la actual Sección IV de los anónimos.

El mismo compilador, u otro que retoma más tarde su trabajo, continúa su investigación a través de «muchos libros» (πολλὰ βιβλία) y el resultado es insertado, no al final de las letras del alfabeto, sino «al final de los capítulos» (κεφάλαια).

Evidentemente, sería preferible saber cuáles fueron estos numerosos libros de los cuales se ha sacado esto y que hincharon desmesuradamente la segunda parte de su colección. Algunas de sus fuentes son más o menos localizables: las 44 sentencias breves (Sección II), sobre las cuales Dom Willmart atrajo, a principios del siglo pasado, la atención[19]; cinco relatos «sobre los anacoretas» (Sección III) que hacen un todo, antaño editado por F. Nau[20]; la Colación de los doce anacoretas[21] (Sección VI); de las «palabras de los santos ancianos establecidos en Clysma» (Sección VIII), si al menos se puede dar fe al título de ms. *Coislin* 282[22]; de los relatos de Daniel de Scitia[23] (Sección VIII), etc. Pero muchos se nos escapan todavía hoy.

Es verosímil que todos estos añadidos no fueran hechos en una sola vez, sino que cada escriba que copiaba una colección, se otorgaba el derecho de introducir en él todos los documentos nuevos que venían a su conocimiento y que «esperaba fuesen útiles». Esto podría explicar, además, el hecho de que no haya dos manuscritos griegos que contengan exactamente las mismas piezas y en el mismo orden.

[19] «Le recueil latin des Apophtegmes»: *RBén.* 34 (1922) 185-198.
[20] *ROC* 10 (1905) 387-417.
[21] Ed. J.-C. Guy: *AB* 76 (1958) 419-427.
[22] Cf. *Recherches,* 85.
[23] Ed. L. Clugnet: *ROC* 5 (1900) 49-73, 254-271, 370-406.

Después de la parte común, la colección sistemática prosigue su *Prólogo,* pero lo hace de otro modo: para luchar contra la dispersión del espíritu del lector, le pareció bueno reagrupar en un mismo capítulo todas las sentencias que van de un mismo tema. En cada capítulo, se pusieron primero los apotegmas nominativos, por orden alfabético, después los anónimos. El autor añade todavía que «el encadenamiento del conjunto de los capítulos no está establecido en vano o por casualidad»; y a continuación del texto, muestra la progresión de los veintiún capítulos, de los cuales la lista viene indicada para terminar.

Estamos ante dos prólogos parcialmente diferentes, que justifican la estructura de dos colecciones diferentes muy difundidas, pero constituidas, aproximadamente, de los mismos elementos. No obstante, este último prólogo exige algunas observaciones:

1. No hace ninguna referencia a complementos o capas redaccionales sucesivas. Pero sabemos que hay varios y se pueden distinguir tres estados sucesivos que marcan «el enriquecimiento» progresivo de la colección *(Recherches,* 187):

— el estado *a,* representado hoy por la traducción latina de Pelagio y Juan y, parcialmente, por la colección copta editada por M. Chaìn, pero del cual todavía no se ha encontrado ningún manuscrito griego;

— el estado *b,* ampliado en 75 piezas, aproximadamente, y que puede descomponerse en tres escalones, según lo que ignora (mss. Y Q = b^1), lo que integra al final de los capítulos (mss. R T = b^2), o de si los extractos de Isaías de Scitia están en su lugar alfabético normal (mss. O M S V = b^3);

— el estado *c*, aumentado, otra vez, respecto al estado b^3, aproximadamente en 85 piezas suplementarias (mss. H W).

2. Solo los mss. H y W, los testigos del estado *c,* el más desarrollado, dan este prólogo para la colección sistemática. Quizás esta sea la razón por la cual no se hace allí mención de ninguna ampliación; pero esto no es seguro.

3. Este prólogo de la colección sistemática contiene algunas anomalías. No solamente este texto corto posee 43 palabras (verbos, sustantivos y adjetivos) que no se encuentran en ningún otro sitio de la colección que sigue, sino que se comprueba también un error extraño: en el ejemplo dado de la humildad (capítulo XV) es citado un apotegma que nuestra colección dará en el capítulo XXI; por el contrario, este mismo apotegma se lee bien en el capítulo XV de la colección «derivada», representada por el ms. *Coislin* 127, pero que es precedida allí de otro prólogo...

4. Todavía se debe hacer una última observación. No es seguro que las dos colecciones debiesen aparecer más o menos contemporáneamente. Teniendo en cuenta las observaciones precedentes, es razonable considerar que la colección sistemática es más tardía. Dos argumentos de naturaleza diversa van en este sentido:

— Parece que la clasificación en 20 o 21 capítulos de la colección sistemática fuese establecido a partir de lo que sirvió para repartir los apotegmas anónimos de la primera colección[24]; lo contrario no sería factible.

— Además, si la clasificación alfabética permite conocer personas, ermitaños que vivían en la soledad del desierto de Scitia, se comprende que con el tiempo satisfaga cada vez menos la necesidad de los lectores. De ahora en adelante, ya no son solitarios, sino comunidades enteras que leen o escuchan leer los apotegmas; lo que se busca entonces no es tanto el conocimiento de personas notables, sino la elaboración de una doctrina espiritual. Y este es el objetivo que el prólogo asigna a la clasificación sistemática.

[24] Ver *Recherches*, 80, la tabla comparativa de los capítulos de las dos colecciones.

d) *Cuarto estadio: la deriva de las colecciones*

Uno apenas se atreve a hacer, al entrar en esta etapa, una presentación de la génesis de las colecciones. No obstante, hay que pararse allí, debido al uso que se puede hacer de los apotegmas.

Los dos grandes tipos presentados implicaban dos funciones atribuidas a las colecciones: en la primera, escuchar la voz de maestros espirituales a los que ya no se puede conocer y que son buenos para el crecimiento espiritual y, en la segunda, permitir al lector familiarizarse con una serie de experiencias particulares, cuya función era una pedagogía espiritual. En un caso como en el otro, hay una coherencia real entre el tipo de clasificación y la finalidad de la colección.

De ahora en adelante, el tema no va a ser el mismo. La razón de ser de los cambios que podemos comprobar, permanece incompresible. Ahora no se trata de manuscritos aislados; su número es importante, y sirvieron, a veces, de modelos para las traducciones a otras lenguas. Estas colecciones derivadas se pueden repartir en tres grupos:

1. Hay un primer caso, representado por, al menos, seis manuscritos griegos[25] de una colección sistemática construida sobre la base de una colección alfabético-anónima[26]. Esta colección, analizada a partir del ms. *Coislin* 127, contiene 681 piezas más que la colección sistemática normal aquí publicada. Está constituida, en su mayor parte, por apotegmas del quinto tipo, es decir, de extractos de obras escritas anteriormente. Se trata más de una colección organizada que de una compilación, cuya función parece haber sido la de no dejar que desapareciese nada útil al alma.

[25] *Paris Coislin 108* (s. XI) e *127* (s. XII), *Milán Ambros. F 140 Sup* (s. XIII), *Atenas B.N. 501* (s. XI), *Jerusalén S. Sabas 180* (finales del s. X), *Sinaí Santa Catalina 449* (s. X-XI), a los cuales hay que unir, sin duda, *Moscú St Synode,* catal. Vladimir 345 (s. XII): cf. *Recherches,* 201-211.

[26] Cf. *Recherches,* 201-211.

2. En el segundo caso, el escriba clasifica según el orden alfabético anónimo una colección sistemática. Se trata de un caso raro, del que sólo encontramos dos manuscritos: *Escorial r.II.I* (s. XI) y *Paris grec 919* (s. XIV). La originalidad de esta colección, es haber sido fabricada a partir de la precedente (la del *Coislin* 127), tratándose, por tanto, de la derivación de una derivación[27].

3. De un género bastante diferente es el tercer caso de la colección derivada: la colección sabaíta[28]. La encontramos en tres manuscritos: *Paris grec 1598* (1071-1072), *Athos Caracallou 38* (s. XIII) y *Londres Burney 50* (1361-1362). Como se puede ver en la presentación hecha por Guy[29], al menos dos elementos la distinguen de las dos colecciones precedentes. Por una parte, le otorga mayor importancia a los monjes palestinos que a los egipcios (protagonistas, hasta entonces, de la gran mayoría de apotegmas). Por otra parte, tiene un carácter compuesto evidente: el número de extractos de otros escritos monásticos es considerable. Como dice el colofón del *Paris grec 1598*, el escriba del monasterio inventarió los *Patérika*[30] de otros monasterios. Por tanto, estamos en un medio cenobítico común en varios monasterios, y el monje escriba intenta extraer una tradición común a este conjunto de monasterios, lo que explicaría la preferencia por los monjes palestinos. La colección sistemática pasa a cumplir otra función: insertar a los monjes contemporáneos en una historia, proponiéndoles modelos en los que se puedan reconocer.

[27] Cf. ibíd., 212-220.

[28] El nombre le viene porque el ejemplar más antiguo fue compuesto en el monasterio de San Sabas, en Palestina.

[29] *Recherches,* 221-230.

[30] Libro de las Sentencias de los Padres.

3. El centro monástico de Scitia

Las colecciones de apotegmas nos transmiten la tradición del centro monástico de Scitia. Esta afirmación se sostiene en el hecho de que, en la colección aquí editada, la palabra «Scitia» aparece 105 veces, cuatro veces más a menudo que «Las Celdas» (23 ocurrencias) y 21 veces más a menudo que «Nitria» (5 ocurrencias). Para comprender los apotegmas es importante familiarizarse con este centro. Antes de profundizar en los habitantes de Scitia, buscaremos primero la idea que tenían los coetáneos, historiadores y autores monásticos.

a) *Los historiadores de la Iglesia*

— *Rufino de Aquilea*

En el 403, Rufino traduce y adapta al latín la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea. Esta terminaba narrando la victoria de Constantino sobe Licinius en el año 324; pero Rufino añade un complemento en dos libros que cubren los años 324-395[31]. La palabra «Scitia» aparece sólo una vez, como de pasada, en una lista de monjes célebres hacia el año 375: se menciona a *Isidorus in Scyti*[32]. Este es el único conocimiento que Rufino posee de Scitia[33], a pesar de ser muy conocer del hecho monástico.

[31] Cf. Ed. Vallarsius, recuperado en PL 21,465-540; o Th. Mommsen, en GCS 9/2,957-1040.

[32] PL 21,517 B. Se trata, sin duda, de Isidoro, el sacerdote de Scitia, del cual habla Casiano y del que se han conservado algunos apotegmas.

[33] Así mismo, ninguna mención de Scitia en su *Apol. c. Hier.* II, 12, donde, no obstante, Rufino se jacta de haber permanecido diez años en Egipto, en la frecuentación asidua de los maestros: *Et ut ad eremi magistros veniam quibus et attentius et frequientius vacabamus* (PL 21,594 D s).

— *Sócrates*

Sócrates escribe la historia de la Iglesia desde el 305 hasta el 439. Narra los tres grandes acontecimientos que afectaron al centro monástico de Nitria: después del 373, cuando el arriano Lucius se apodera de Alejandría y devasta los monasterios con el apoyo del ejército[34]; en el 399-400, cuando Teófilo de Alejandría persigue a los monjes llamados «origenianos» y, ayudado de Jerónimo, los persigue hasta Constantinopla, donde Juan Crisóstomo los había acogido[35]; después del 413, cuando Cirilo de Alejandría pide ayuda a los monjes en su lucha contra el prefecto Orestes[36].

Sin embargo, en relación a Scitia, sólo se pueden anotar dos detalles significativos en su catálogo de monjes célebres. Primero dice que los desiertos de Nitria y Scitia se llenaron de monjes[37] gracias a la influencia de Amón. Pero esto no es exacto. Amón fue el fundador de Nitria, pero no tuvo ninguna influencia en la fundación de Nitria, cuyo fundador incuestionable fue Macario el Grande[38]. En segundo lugar, en el mismo catálogo de monjes consagra un apartado a Macario el Grande, pero sin mencionar su pertenencia a Scitia ni su papel predominante en la fundación.

Como en el caso de Rufino, encontramos un silencio extraño, pero más extraño incluso, dado que Sócrates escribe después del 439, cuando el monaquismo egipcio ya estaba ampliamente difundido por el Imperio.

— *Sozomeno*

Su historia eclesiástica cubre los años 324-425. Dado que en numerosas ocasiones se inspira en la *Historia* de Sócrates, tuvo que escribir su obra después del 439. Para

[34] HE IV, 22 y 24 (PG 67,508s y 521s).
[35] HE V, 7-10 (PG 67,684-696).
[36] HE VII, 14 (PG 67,765-768).
[37] HE IV, 23 (PG 67,512 B).
[38] Llamado también el Egipcio o el Scitiota, para distinguirlo de su homónimo y contemporáneo Macario el Alejandrino, que pasó más tiempo en Nitria. Más adelante, se hablará de estos dos personajes.

los capítulos sobre Egipto del libro VI, consagrado a los monjes, extrae la información de la *Historia lausíaca* de Paladio (como Sócrates, y quizás a través de él) y de la *Historia monachorum;* dispone, también, de otras fuentes parciales de información, algunas difícilmente identificables[39]. La palabra «Scitia» aparece a menudo en su obra; debemos examinar de qué modo:

— I, 14: Aparece Amón en la segunda fase de su renuncia, cuando se separa definitivamente de su esposa, y decide instalarse en un lugar desierto, al sur del lago Mareotis, «en los alrededores de Scitia y del desierto llamado de Nitria»[40]. A continuación, acerca de su muerte, Sozomeno, inspirado por la *Vita Antonii* de Atanasio, escribe que iban hermanos «de Scitia» a ver a Antonio[41]; ahora bien, Atanasio hablaba de hermanos que iban «de Nitria»[42].

— VI, 29: Inspirado en la *Historia lausíaca,* dice que Benjamín vivía en Scitia[43]. Pero Paladio, más digno de confianza, lo situaba «en el desierto de Nitria»[44].

En Scitia, Marcos habría recibido la comunión eucarística de Macario, el sacerdote de Las Celdas[45]. Esto querría decir que no había sacerdote en Scitia (lo que es manifiestamente falso[46]) o que los dos centros serían muy vecinos (pronto veremos que no lo son para nada).

— VI, 31: La primera parte de este capítulo es consagrada a una presentación del desierto de Nitria y de su

[39] Cf. la edición anotada de estos capítulos por J. Bidez, en *Sitzungsberichte der preussischen Akademie der Wissenschaften. Phil.-hist. Klasse,* Bd 18 (Berlín 1935).

[40] PG 67,901 A.

[41] Ibíd., 901 D.

[42] *Vita Antonii* c.60 (PG 26,929-932).

[43] PG 67,1376 B.

[44] HL c.12 (Butler, p.35, 1).

[45] PG 67,1376 C.

[46] El mismo Sozomeno reproduce, algunas líneas más abajo (PG 67,1377 D 2-3), la información proporcionada por Paladio (HL c.19), diciendo que Moisés el Etíope era por aquel entonces el sacerdote de Scitia.

anexo de Las Celdas, pero concluye por la siguiente frase: «¡He aquí lo que queríamos decir, en resumen, en relación a Scitia y a los que allí viven filosofando!»[47].

— VIII, 2: Isidoro, el hospitalero de Alejandría, dice haber sido un antiguo monje de Scitia[48]; ahora bien, se sabe de modo cierto que fue amigo de los cuatro «Monjes Longevos» en Las Celdas.

Visto esto, surge una pregunta: ¿Nitria/Las Celdas por un lado, y Scitia por otro, son denominaciones intercambiables para Sozomeno? ¿Cómo es posible que los antiguos historiadores de la Iglesia manifiesten tal desconocimiento del centro monástico de Scitia? Sin embargo, están bien informados del centro vecino de Nitria. Una posible razón es el hecho de que los monjes de Scitia no contaban con intelectuales célebres como los de Nitria; esto les permitió llevar una vida más retirada, dedicada por completo a la experiencia del desierto.

b) *La literatura monástica*

— *Investigación sobre los monjes de Egipto*

Esta investigación[49] nos relata el viaje de unos visitantes, pero que no llegaron a Scitia[50]. Sin embargo, oyeron hablar

[47] HE VI, 31 (PG 67,1388 C).

[48] PG 67,1517 B.

[49] Texto griego editado por P. Festugière en *Subsidia hagiographica* 34 (reimpr. n.53), Bruselas, 1961; versión latina de Rufino, PL 21,387-462. Si el original es griego, Rufino lo tradujo sobre otro modelo que el hoy conocido, y, quizás, preferible (A.-J. FESTUGIÈRE, «Le problème littéraire de l'Historia monachorum»: *Hermes* 83 [1955]).

[50] El corto desarrollo consagrado a Scitia es introducido por φασιν y no por εἴδομεν como en todos los otros casos en los que el autor es un testigo ocular. Partiendo de Lycópolis, los viajeros remontan hacia el norte, visitando sucesivamente Antinooupolis, Hermopolis y Acoris, después Oxyrrinco y Arsinoé, Memphis y Babilonia; de allí, cara el Oeste, ganan Nitria, que atraviesan en dirección al lago Mareotis, y terminan en Diolcos.

de este centro monástico y hacen una breve presentación[51]. Veamos qué información nos aporta:

— «Este lugar esta desierto», se trata del «gran desierto», lugar reservado a los ascetas más ejercitados[52]. No puede vivir allí cualquier monje.

— Desde Nitria, se necesitan veinticuatro horas de marcha para llegar a Scitia, adentrándose en el desierto.

— El viaje es una expedición peligrosa. Según la tradición griega, si uno se aparta del camino, se arriesga a perderse en el desierto; según la tradición latina, más precisa: entre Nitria y Scitia, no hay trazada ninguna pista, ninguna particularidad del terreno puede servir de punto de indicación; el viajero está obligado a orientarse por las estrellas. Esta indicación nos ayuda a comprender el silencio de los historiadores antiguos: si es tan difícil ir a Scitia partiendo de Nitria, cuanto más a partir de los centros urbanos de la costa, como Alejandría. Esto también explica el hecho de que la destrucción de Lucius, en el 373, no llegase a Scitia, así como tampoco llegaron las persecuciones consecutivas a la Carta festal de Teófilo[53], en el 399.

— La tradición latina añade un detalle en relación a la rareza y amargura del agua del lugar, lo que concuerda con los apotegmas[54].

— Afirma la santidad de los habitantes de Scitia, reputación confirmada por Paladio y Casiano, quienes fueron testigos oculares.

— La versión latina destaca su caridad y hospitalidad.

[51] Festugière, p.130s; PL 21,453 C.

[52] Se distingue, en efecto, de τὸ ὄρος, lugar árido donde no hay centro urbano, en el cual los monjes viven. Así, en la *Historia lausíaca* como en los *Apotegmas,* la expresión usual para hablar de Nitria, τὸ ὄροςτῆς Νιτρίας, prácticamente nunca es empleada para Scitia.

[53] Pero un testigo ocular, Casiano, afirma que esta carta tuvo una resonancia considerable en Scitia *(Conf.* X, 1-2).

[54] A.-J. Festugière considera esta información como «adicción parafrástica», «simple glosa explicativa» (a.c., 267s).

— *La Historia Lausíaca*[55]

Su autor, Paladio, vivió entre los monjes del Bajo Egipto del 388 al 399 aproximadamente. Primero vivió en Nitria, poco después en Las Celdas, en el círculo de Evagrio; de allí fue, por lo menos una vez, a Scitia. Se trata de nuestro primer testigo ocular.

Casi siempre llama a Scitia «el gran desierto». Está situada en el corazón del desierto[56]. Las cuarenta millas que lo separan de las Celdas constituyen un viaje difícil[57].

¿Por qué decide Paladio hacer un viaje tan difícil? Lo cuenta él mismo: estaba tan tentado por el deseo de fornicación que casi deja el desierto, sin decirle nada a los monjes de Las Celdas, ni a su maestro Evagrio; entonces va a Scitia para hablar con un monje del lugar que no tardará en curarlo[58]. Es curioso que, en una prueba tan dura, tome la decisión de consultarlo con un monje de otro centro monástico antes que con su maestro Evagrio.

— *Juan Casiano*

Después de una breve estancia en el monasterio de Belén, Casiano va a Egipto (probablemente hacia el año 380), con la intención de peregrinar. Visita diferentes centros monásticos de la costa, sobre todo Panephysis y Diolcos, antes de llegar a Scitia, donde atraído por la vida que allí se lleva, cambia de idea y decide instalarse definitivamente. Con mucha seguridad, son los acontecimientos del año 399 los que lo obligan a abandonar ese lugar[59].

[55] Muy bien criticada por R. Draguet (p.ej.: «Butler et sa *Lausiac History* face à un ms. de l'edition»: *Le Museón* 63 [1950] 205-230), la mejor edición es la de C. Butler, *The Lausiac History of Palladios* (Cambridge 1904). Cf. D. J. Chitty, «Dom Cuthbert Butler, Professor Draguet and the *Lausiac History*»: *JThS* 6 (1955) 102-110.

[56] HL c.17 y 18.

[57] HL c.26; c.47.

[58] HL c.23.

[59] Cf. O. Chadwick, *John Cassian. A Study in primitive Monasticism* (Cambridge 1968).

Su obra monástica es doble: las *Instituciones cenobíticas*[60], una especie de guía para los principiantes donde apenas hace mención de Scitia, y las veinticuatro *Conferencias de los padres*[61], donde desenvuelve de modo magistral su teología espiritual. En estas *Conferencias,* Scitia ocupa un lugar privilegiado.

No escogemos a Casiano por la información de orden histórico que nos puede proporcionar: es un teólogo, y su documentación en este terreno es a menudo fantasiosa[62]. Solo veremos las apreciaciones que da sobre el centro monástico de Scitia.

Él lo presenta como el lugar mismo de la perfección[63]. Pero teniendo en cuenta el hecho de que Casiano emplea el superlativo habitualmente, los pasajes más significativos son, sin duda, aquellos donde compara Scitia a los otros centros monásticos que pudo conocer. Y allí, su juicio es el siguiente:

— El centro de Diolcos fue para él como la escuela elemental donde adquirió «los primeros principios de la vida solitaria», de los cuales debía «adquirir a continuación, *en Scitia,* un conocimiento más perfecto»[64].

— En el centro de Panefo, se entretiene con Pinufio, del cual hará, repetidas veces, un gran elogio[65]. Sin embargo, una vez terminada la conferencia que les dio, «Pinufio insistió mucho y con mucho afecto para que decidiésemos quedar en su monasterio. Pero el renombre del desierto de Scitia nos invitaba...»[66].

[60] SCh 109 (J.-Cl. Guy).
[61] SCh 42,54 y 64 (E. Pichery).
[62] Cf. J.-Cl. Guy, «Jean Cassien, historien du monachisme égyptien?», en *Studia Patristica* VIII (TU 93; 1966).
[63] *Conf.* I, 1; III, 1, 1; IV, 1, 1; V, 1; XVIII, 15, 1.
[64] *Conf.* XVIII, 16, 15.
[65] Cf. *Inst. Cen.* IV, 30-31. 33-43; *Conf.* XX, 1-2.
[66] *Conf.* XX, 12, 4.

— Los monjes de los desiertos de Cálamo y de Porfirio viven, sin duda, en una soledad más vasta todavía que los de Scitia; no obstante, cuando van a Scitia, «es una efervescencia de pensamientos, una ansiedad tal que, semejante a la de los recién llegados... no pueden soportar la estancia en la celda... Salen de ella pronto... tales los novatos sin experiencia»[67].

— Finalmente, es, sobre todos los otros centros, que le importa el de Scitia: «Aquellos que permanecían en el desierto de Scitia y que, por la perfección y la ciencia, superaban a todos los que estaban en monasterios en Egipto»[68].

Como se ve, no era posible hacer un elogio mejor de este centro monástico de Scitia.

Así, a pesar del silencio de los antiguos historiadores, el centro scitiota es una realidad muy viva durante la segunda mitad del siglo IV. Si los historiadores lo ignoran, es porque está muy apartado, de difícil acceso. Ni siquiera los peregrinos concienzudos como los de la *Investigación sobre los monjes de Egipto* arriesgan el viaje. El discernimiento espiritual de sus maestros es tal, que Paladio lo prefiere al de su maestro Evagrio.

4. Prosopografía de los monjes scitiotas

Las fuentes antiguas no nos permiten reconstruir o esbozar una historia del centro monástico de Scitia, pero sí que nos informan de sus habitantes. Procedemos a reagruparlos en esta prosopografía, intentado distinguir a los monjes que llevan el mismo nombre. Siendo conscientes del carácter relativo de esta clasificación, los repartiremos en «generaciones»[69]. Por impreciso que sea este término,

[67] *Conf.* XXIX, 4, 2.
[68] *Conf.* X, 2, 3.
[69] El nombre es empleado frecuentemente en este sentido en las colecciones: cf. X, 5, 191; XV, 121; XVIII, 9, 10; XIX, 5; XXI, 31.

nos ayudará a establecer una cronología de los habitantes de Scitia[70].

Tendremos que distinguir cuatro «generaciones» sucesivas: la de los coetáneos de Antonio, la que va de la muerte de Antonio (356) a la de Macario (390), la edad de oro de Scitia (hasta el 407), y los supervivientes del gran siglo. Pero debemos pararnos primero en su fundador, Macario el Grande, también llamado el Egipcio.

a) *El fundador: Macario el Egipcio*

Las fuentes nos hablan abundantemente de dos Macarios contemporáneos —el Alejandrino y el Egipcio— sin que sea posible distinguir lo que se refiere a uno o a otro[71]. Aquí sólo nos interesa el segundo, del cual Casiano nos dice que fue el fundador de Scitia[72].

Su biografía se puede establecer del siguiente modo[73]: Nace en una familia modesta hacia el año 300. Trabajó de camellero encargado del transporte del nitro[74]. Hacia el 330, se retira a una celda en las inmediaciones de un pueblo

[70] Esta presentación descansa sobre una investigación prosopográfica emprendida hace mucho sobre los monjes de Scitia; no recordamos aquí más que algunos elementos, pero fue empleada en la redacción de numerosas notas de la *Bibliotheca Sanctorum,* a la cual se puede acudir para informaciones complementarias. Remitimos a la serie alfabética, de un uso más sencillo para este trabajo. Una tabla de concordancias, al final de la edición, permitirá la identificación de las piezas en la colección sistemática.

[71] Cf. A. GUILLAUMONT, «Le problème des deux Macaire dans les *Apophthegmata Patrum»: Irénikon* 48 (1975) 41-59.

[72] *Habitationem Acitiotiae solitudinis primus invenit (Conf.* XV, 3, 1).

[73] Además de los apotegmas, empleamos: HMA c.21 y 23 (grec, Festugière, p.123-128 y 130-131) o c.28-29 (latín, PL 21,449 C - 445 C); HL c.17 (Butler, p.43-58); JUAN CASIANO, *passim.* La información de los antiguos historiadores no siempre es fiable: RUFINO, HE II, 4; SÓCRATES, HE IV, 23-24; SOZOMENO, HE III, 14 y VI, 20, que recoge todo de HL *La Vida y las Virtudes* de MACARIO (Amelineau, *Histoire,* p.46-117 y 119-202) no son más que una ampliación retórica a partir de los apotegmas.

[74] *Alph.,* Macario 31.

del Delta. Rechazando la tonsura se va a otro pueblo, soportando la calumnia, para instalarse después en Scitia (que sus transportes de nitro le habían proporcionado, sin duda, la ocasión de conocer)[75]. Entre el 330 y el 340 visita a Antonio dos veces[76]. Sobre el 340, tal vez por el consejo de Antonio, es ordenado sacerdote[77] y ya se afirma como el padre espiritual de los monjes que se agrupan alrededor suya. Después del 356 (año de la muerte de Antonio), Sisoés, uno de los más célebres entre sus discípulos, sale de Scitia, pues estaba demasiado poblado[78]: este es el fin de lo que nos propusimos llamar la «primera generación». Otros discípulos, cada vez más numerosos, toman el relevo. En el 373-375, Macario es exiliado, al mismo tiempo que su homónimo, por Lucius, a una isla del Delta cuyos habitantes convierte[79]. De regreso a Scitia, su reputación no hace más que crecer y los discípulos siguen afluyendo: se le lleva a un paralítico para que lo cure[80]; Pastor de Pispir, antiguo discípulo de Antonio, implora de él una palabra[81]; dos jóvenes extranjeros que oyeron hablar de él, quieren vivir cerca de él[82]... Él mismo es recibido con mucha consideración en el centro monástico de Nitria[83]. Muere en Scitia, hacia el 390, con aproximadamente 90 años de edad.

[75] *Alph.*, Macario 1.
[76] *Alph.*, Macario 4 y 27.
[77] HL c.17.
[78] *Alph.*, Sisoés 28.
[79] Sócrates, HE IV, 23.
[80] *Alph.*, Macario, 15.
[81] *Alph.* 25; es aquel que menciona Rufino (HE II, 8) y que interviene en *Alph.* Antonio 4, Amón de Nitria 2. No tiene nada que ver con su homónimo del siglo v (cf. *infra* p.77ss). D. Chitty distingue, él también, a los dos Pastor (*The Desert a City*, o.c., 69s).
[82] *Alph.*, Macario 33. Esta sentencia es la fuente de la legendaria vida copta de los santos Máximo y Domicio, editada por Amelineau (*Historie*, p.262-317) y de la cual F. Nau publicó una «redacción corta» en siríaco (PO 5,750-766), igual de legendaria.
[83] *Alph.*, Macario 2 y 34.

Este fue el fundador de Scitia, del cual todos los testigos subrayan la aptitud excepcional para ayudar a los demás. Recibió, según la *Investigación sobre los monjes de Egipto*, el don permanente del conocimiento del corazón, es decir, del conocimiento de las ilusiones que el diablo podía mantener en el corazón de los hermanos[84].

Es comprensible que el centro monástico de Scitia se beneficiase de la reputación de santidad de su fundador.

b) *La primera generación*

— *Sisoés*

Aunque su nombre no aparezca en ninguna de las otras fuentes de las que disponemos, aparece muy a menudo en las colecciones de apotegmas. Sin duda, se deben distinguir tres Sisoés: uno, del que nos disponemos a hablar ahora; otro, llamado «el Tebano» y que vivió en el siglo siguiente[85]; y un tercero llamado «de Petra»[86].

El Sisoés que ahora nos ocupa vivió en Scitia en compañía de Macario, Atre y Or. Abandonó este desierto poco después del 356, cuando el centro monástico se empezaba a poblar[87]. Se instaló en el monte de Antonio, donde reencontró la soledad que reinaba originalmente en Scitia. Vive con su discípulo Abrahán. Los apotegmas correspondientes a este período son: *Alph.*, Sisoés 2-3, 7-9, 12, 14-16, 18, 27-28, 31, 46, que quizás deban unirse a Pistamón 1 y *Syst.* X, 97.

Después, siempre acompañado por Abrahán, se instala en Clysma. Ya era anciano y es probable que muriese allí. Los apotegmas de este período son: *Alph.*, Sisoés 14, 17, 21, 26, 50 y Pistos 1.

[84] PL 21,445 A.

[85] *Alph.*, Sisoés 32-33, 35, 37, 51-52; ver también *Alph.*, Megethios 2, Pastor 82, 89, 187, y *Syst.* XIV, 10

[86] *Alph.*, Sisoés 23 y 36 B.

[87] Cf. *Alph.*, Sisoés 28; ver también *Alph.*, Macario 7 y Or 7.

Para los otros monjes scitiotas de esta generación, las reseñas son muy escasas y no demasiado fiables. Daremos una noticia más resumida de ellos.

—*Ammonas*

Este nombre, muy extendido, se presta a numerosas confusiones debido al artículo que lo precede en copto y que los transcriptores griegos no siempre han distinguido. Podemos encontrar: Ammonas, Amón, Piammonas, Piammón, Piamon... F. Nau trató de enumerarlos; después de haber enumerado aproximadamente nueve, añade: «Es probable que nuestra enumeración esté incompleta»[88]. Y tenía razón.

Un Ammonas vivió durante al menos catorce años en Scitia, pidiendo a Dios la gracia de vaciarse de la cólera[89]. Su reputación fue bastante grande como para que un anciano de Las Celdas hiciese el viaje a fin de consultarle[90]. El mismo tuvo la ocasión de visitar a Antonio, quien le presagió que sería obispo[91], llegando a serlo, de hecho[92].

—*Atre*

Su presencia en Scitia es conjetural. Solamente nos lo dan a conocer dos menciones: *Alph.*, Pistos 1 y Pambo 11 (versión larga)[93].

—*Isaías*

Se distingue de muchos otros, en particular de aquel llamado «de Scitia» o «de Gaza» y que, en la segunda mitad

[88] *Ammônas sucesseur de S. Antoine:* PO 10/4,393, n.1.
[89] *Alph.*, Ammonas 3.
[90] *Alph.*, Ammonas 4.
[91] *Alph.*, Ammonas 7-8.
[92] *Alph.*, Ammonas 10.
[93] Cf. *Recherches*, 31. Para el texto de este apotegma, ver *Les sentences des Péres du désert, collection alphabétique*, traducida y presentada por L. Regnault (Solesmes 1981, p.264).

del siglo v, colecciona él mismo los apotegmas y que es el autor del *Discurso ascético*[94]. Conocemos la existencia de otros dos, citados en HL c. 14 y HMA c. 11 (griego) o 10 (latino). Es poco probable que el nuestro sea el protagonista del lote de piezas contenidas en *Alph.* (pues los tres últimos pertenecen al siglo V). Su existencia, en el 363, está especialmente atestiguada por la *Epistola Ammonis* que le menciona entre los «santos anacoretas de Scitia[95]»; fue visto, además, solicitando una palabra de Macario el Grande[96].

— *Or*

Este nombre estaba también bastante extendido. Había uno en Nitria, que Melania pudo ver en el 374[97]; otro en la Tebaida, sobre el 395, ermitaño que se convierte en cenobita[98]; otro más, eunuco, en el monasterio de Pbau, a mediados del siglo IV[99].

La existencia de un Or de Scitia, vivo en tiempos de Sisoés, está bien atestiguada[100], sin que se pueda saber si los quince apotegmas escritos bajo su nombre, o cuántos de ellos, le pertenecen realmente.

— *Paesio*

Él también es mencionado (con sus hermanos Pablo y Pshoi) en la *Epistola Ammonis,* c. 35 (Halkin, p.120). Según su vida, atribuida a Juan Colobos[101], pero que tiene poco valor histórico, él va a Scitia siendo muy joven, donde se hace discípulo de Amón. A la muerte de su maestro, Paesio

[94] Cf. L. REGNAULT, «Isaïe de Scété ou de Gaza? Notes critiques en marge d'une introduction au problème isaïen»: *RAM* 46 (1970) 33-44.
[95] Ed. F. Halkin, *Santi Pachomii Vitae graecae* (Bruselas 1932) 120, 28-30.
[96] *Alph.,* Macario 27; también es nombrado en Pambo 11 (versión larga).
[97] HL c.9 (Butler, p.29, 8-14).
[98] HMA c.2; este capítulo es resumido por SOZOMENO, HE VI, 2.
[99] *Epist. Ammonis,* 26 (Halkin, p.114, 15).
[100] *Alph.,* Sisoés 28.
[101] Ed. E. Pomialovski (San Petersburgo 1900).

edifica una celda dos millas más al norte. Pronto los discípulos se reunieron con él. ¿Es identificable esta fundación con una de las cuatro congregaciones scitiotas atestiguadas más tarde por Casiano, como lo cree Evelyn White[102]?

En nuestras colecciones, se ha de distinguir de Paesio, hermano de Pastor en el siglo v[103], así como del mencionado por Paladio[104]. Al contrario, nada impide la identificación con el Pesio de *Alph.*, Pambo 11 (versión larga), que puede ser el mismo del que habla Casiano[105].

— *Pablo*

Este es uno de los casos más complejos. En el mismo pasaje de la *Epistola Ammonis*[106] son nombrados dos Pablos; pero toda identificación sería arriesgada, pues son muchos los Pablos mencionados, sin gran precisión, en las fuentes. Guy contó trece, sin estar seguros de si en su lista hay olvidos o dobletes...

1. Pablo, llamado «el Simple», discípulo de Antonio[107].
2. Pablo, discípulo de Or[108].
3. Pablo, llamado «el Grande» o «el Gálata»[109].
4. Pablo el Cosmeta, en Scitia con su hermano Timoteo[110].
5. Pablo, originario del Bajo Egipto, que vive en la Tebaida[111].
6. Pablo τῆς Φώκης[112].

[102] *The Monasteries*, p.111-113.

[103] *Alph.*, Pastor 2, 65 y 173; *Anon.* N 448.

[104] HL c.15.

[105] *Inst. cen.* V, 27, reproducidas en *Syst.* IV, 26.

[106] C.35, *Halkin*, p.120.

[107] *Syst.* XVIII, 26; ver también *Alph.*, Antonio 31; *Anon.* N 59; HL, c.22; HMA, c.24 (griego) o 31 (latino).

[108] *Alph.*, Or 3-4.

[109] *Alph.*, Pablo el Grande 1-3.

[110] *Alph.*, Pablo el Cosmeta 1-2.

[111] *Alph.*, Pablo 1.

[112] Citado en la lista de *Alph.*, Dióscoro 3, complemento; sin duda el mismo que el *Paulus in Focis* de Rufino (HE II, 8: PL 21,517 B). Esta loca-

7. Pablo, que tiene un discípulo llamado Juan[113].
8. Pablo, mencionado por HMA en el mismo momento que Isaías[114].
9. Pablo de Fermo[115].
10. Pablo el Tebano, del cual Jerónimo ha escrito una vida[116].
11. Pablo de Porfirio[117].
12. Pablo de Panéfisis[118].
13. Pablo el cenobita[119].

Es posible que uno y otro de los dos Pablos de Scitia mencionados en la *Epistola Ammonis* sea identificable, en nuestra lista, con el n. 2, 4, 6, 7 o 8; pero hay que reconocer que sólo es una frágil hipótesis.

c) *La segunda generación*

— Arsenio

Además del célebre gran Arsenio, que vivió a lo largo del siglo siguiente[120], Scitia tuvo anteriormente, durante el siglo IV, un habitante que llevaba este nombre. Sócrates lo menciona en su catálogo de los monjes de Egipto hacia el año 375, reportando un apotegma lleno de sabiduría[121]. Y *Alph.*, Pafnucio 5, deja entender que es contemporáneo de Pafnucio y considerado como una autoridad[122].

lidad no se conoce de otro modo (cf. E. AMELINEAU, *La géographie de l'Égypte à l'époque copte* [París 1893] 180s).

113 *Alph.*, Juan, discípulo de Pablo 1.

114 HMA c.11 (griego).

115 HL c.20, particularmente usado en *Syst.* XV, 137.

116 PL 23,17-29. Cf. *Conf.* XVIII, 6.

117 CASIANO, *Inst. cen.* X, 24-25.

118 *Conf.* VII, 26, 2-6.

119 *Conf.* XIX, 1, 1-3.

120 Cf. *infra*, p.LIX-LXI.

121 SÓCRATRES, HE IV, 23: PG 67,512 C.

122 No puede ser, en efecto, este Arsenio, pues las cronologías de Pafnucio y del otro Arsenio hacen imposible que un mismo fraile fuese a consultarlos a los dos al mismo tiempo.

— *Carión y Zacarías*

La información que tenemos sobre ellos nos llega exclusivamente de los apotegmas[123]. Carión llegó a Scitia dejando a su mujer con sus dos hijos pequeños; pero la hambruna le obligó a hacerse cargo de su hijo Zacarías. Los demás no tardaron en murmurar al verlo vivir con un joven adolescente, del cual no se sabía que él era el padre. Para huir de estos rumores, ambos salieron hacia la Tebaida, pero en vano. Volvieron finalmente a Scitia, donde Zacarías, para cortar definitivamente con estas habladurías desagradables, se bañó desnudo en un pantano nitroso del cual salió irreconocible. Una revelación hecha a Isidoro, el sacerdote de Scitia, llegó para ayudar a que las cosas volvieran a su sitio. Este fue el inicio de la fulgurante progresión de Zacarías, quien se benefició de un excepcional carisma de oración, aunque muriera muy joven. Todavía sólo era hermano y no abba y, sin embargo, muchos hombres tan reconocidos como Macario o Moisés, no dudaban en consultarlo. En su lecho de muerte, Isidoro declaró: «Alégrate, Zacarías, hijo mío, ya que las puertas del reino del Cielo están abiertas para ti». Aunque en ningún sitio se le conceda el título de forma explícita, Zacarías encarna verdaderamente el tipo de auténtico discípulo de Macario, el fundador de Scitia[124].

— *Daniel*

Discípulo de Pafnucio de Scitia, quien lo elevó al grado de diácono y después al sacerdocio, a pesar de su baja edad, para que fuese su sucesor. Pero Daniel muere de forma prematura, antes que Pafnucio[125].

[123] Cf. *Alph.*, Zacarías 1-5; Carión 1-2 y S 1.

[124] No se debe confundir este Zacarías con el discípulo de Silvano, del cual Sozomeno dice que se convierte en su sucesor a la cabeza de su monasterio del Sinaí (HE IV, 32). Cf. *Alph.*, Silvano 1, 3-5 y ms. *Paris grec 1598*, fol. 125v.

[125] Casiano, *Conf.* IV, 1, 1-2.

— *Eudemon*

Apenas podemos considerarlo como uno de los monjes de Scitia, ya que la única cosa que sabemos de él es que, siendo adolescente, llegó a Scitia y Pafnucio, quien de aquella era aún su padre espiritual, no le autorizó quedarse por culpa de su baja edad[126].

— *Herón*

No sabemos si este monje debe de ser considerado como de Las Celdas o de Scitia. No se menciona a este personaje en los apotegmas, y las dos noticias que tenemos acerca suyo son contradictorias sobre este punto:

— Paladio, conoció en Las Celdas a un Herón, nativo de Alejandría, destacable por su austeridad, sobre todo en la comida y la bebida. Acabó cayendo en el orgullo y de ahí en todos los vicios carnales: se volvió a Alejandría, empezó a beber... Contrajo un ántrax en el glande, enfermedad providencial que fue la oportunidad de su conversión[127].

— Casiano: Moisés cuenta cómo en Scitia, un monje llamado Herón, después de vivir 50 años en una extrema austeridad alimenticia se enorgulleció e hizo caso de visiones demoníacas. Dejándose llevar por semejante ilusión, se tiró a un pozo y murió dos días más tarde, obstinado en su orgullo. Entonces Pafnucio, el sacerdote de Scitia, cedió con mucha dificultad a que se le celebrase el entierro[128].

— *Isquirión*

Sabemos muy poco sobre él. Rufino atesta su existencia en la ciudad de Apeliote[129], hacia el 375[130]. Un apotegma

[126] *Alph.*, Eudemon.

[127] HL c.26. Aparece así citado en el c.47, en una lista de monjes poco edificantes.

[128] *Conf.* II, 5, 1-4. Cabe recordar que Paladio y Casiano escribieron, más o menos, en la misma época, después de haber estado, casi simultáneamente, el primero en Las Celdas, y el segundo en Scitia.

[129] Localidad desconocida.

[130] HE II, 8: PL 21,517 B.

nos enseña que profetizó en Scitia sobre las generaciones futuras, pero sin dar otras indicaciones que nos permitan saber más de su personalidad[131].

— *Isidoro*

Es uno de los personajes importantes de Scitia durante la segunda mitad del siglo. Hay que diferenciarlo de Isidoro el Tebano, cenobita[132]; de Isidoro el hospitalero, de Nitria[133]; y de Isidoro de Pelusio (muerto hacia el 435). Nuestro Isidoro, el de Scitia, fue el sacerdote en ejercicio[134] antes de que Pafnucio ocupara su puesto[135] y después de que Macario se retirara al «desierto interior»[136].

Casiano, que vivió en Scitia en el grupo de Pafnucio, sucesor de Isidoro, subraya la *gratia singularis* que le permitía cazar los demonios y ejercer su papel de *abbas et presbyter*[137]. Esta es su marca distintiva, de la cual la tradición conservó varios ejemplos: Paladio relata cómo Isidoro supo curar a Moisés, el etíope agobiado al inicio de su renuncia por las tentaciones de impureza[138]. Los apotegmas subrayan con insistencia estas cualidades de padre espiritual[139].

Es necesario concretar las fechas de su existencia. Según Rufino, forma parte de los monjes famosos de Egipto hacia

[131] *Alph.*, Isquirión 1. Ciertos manuscritos de *Alph.*, como el *Paris grec 1599*, utilizado por Cotelier, omiten la mención de Scitia

[132] HMA c.17; mencionado por Sozomeno, HE IV, 28.

[133] Cf. Paladio, HL c.1, y *Dialogue sur la vie de Chrysostome*, ed. A.-M. Malingrey, SCh 341,130-137). Tal vez es el Isidoro «padre de los anacoretas» citado por la *Epist. Ammonis*, 35 (Halkin, p.120-26-27). No se puede saber si los siete apotegmas dados bajo el nombre de Isidoro el Padre le pertenecen a él o a otro.

[134] *Alph.*, Isidoro 1; cf. Carión 2, Pastor 44.

[135] Casiano, *Conf.* XVIII, 15, 3.

[136] *Alph.*, Macario 3.

[137] *Conf.* XVIII, 15, 7 y 16, 3.

[138] HL c.19; una versión más breve de este mismo relato se encuentra en *Alph.*, Moisés 1.

[139] Por ejemplo, *Alph.*, Isidoro 1 y S 1, Pastor 44, etc.

370-375[140]. Es posible que formase parte de los que fueron expulsados de Palestina por el arriano Lucius[141]. Un apotegma lo muestra practicando la humildad, comparándolo a Antonio y a Pambo de Nitria, ya muertos en aquel momento (con lo cual no puede ser anterior al 375)[142]. Hizo también el viaje de Scitia a Alejandría para consultar a Teófilo: con lo cual sigue en vida en el 386. Seguramente murió antes del 399, cuando estalló el conflicto antropomórfico[143], ya que fue su sucesor Pafnucio quien hizo aceptar la Carta Festal de Teófilo[144].

— *Pafnucio*

Nos ha llegado mucha información sobre este personaje gracias a Juan Casiano, quien vivió en Scitia bajo su dirección. Los apotegmas contribuyen a subrayar su personalidad espiritual.

Pafnucio[145] inicia su vida monástica con un período cenobítico[146], en un lugar que desconocemos. Pero no se pudo resistir mucho tiempo al deseo de soledad y se dedicó a ella con tal ardor que los anacoretas le dieron el apodo de «Bubale», es decir, el «buey salvaje»[147]. En Scitia, aunque

[140] HE II, 4 y 8: PL 21,511 B y 517 B.

[141] Creo que HL c.46 (Butler, p.134, 13-14) debe ser corregido y leerse: ... καὶ Παφνούτιον τὸν ὁμολογητὴν καὶ Ἰσίδωρον τὸν Σκητιώτην καὶ Διόσκορον τὸν ἐπίσκοπον... Porque es Dióscoro y no Isidoro el obispo de Hermopolis (cf. SÓCRATES, HE VI, 7: PG 67,684s).

[142] Para la data de la muerte de Pambo de Nitria, incierta, tomamos como referencia la opinión de Butler, que lo hace morir en 374 (p.190-191).

[143] Herejía muy extendida en Egipto, especialmente en los centros monásticos, que interpretaba literalmente el pasaje del Génesis en el que se lee que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Por ello, creían que Dios tenía un cuerpo como el nuestro.

[144] Cf. CASIANO, *Conf.* X, 2.

[145] Hay que distinguirlo de Pafnucio, anacoreta cerca de Helene en la Tebaida y muerto poco después del 394 (HMA c.14 [griego] o 16 [latín]).

[146] CASIANO, *Conf.* XVIII, 16, 7.

[147] *Conf.* III, 1, 2-3; XVIII, 15, 1. HL c.47, y *Alph.*, Antonio 29 y Matoés 10, el apodado «Céfalas». ¿Acaso es el mismo que el llamado «Sindonás» en *Alph.*, Dioscoro 3, complemento?

lleva a veces el título de discípulo de Macario[148], fue a la escuela del sacerdote Isidoro, del cual llegó a ser el sucesor[149] tras ser ordenado. En Scitia, parece que actuó con una determinada autoridad: nombró a Juan como ecónomo de Scitia[150], hizo ordenar sacerdote a Daniel, para que pudiera sucederle[151], y dio su acuerdo, a duras penas, a la sepultura religiosa de Herón, que se había suicidado[152]. Sobre todo, fue quien admitió en su grupo la Carta festal de Teófilo que, según Casiano, rechazaron los otros tres grupos scitiotas[153].

Por su lado, los apotegmas insisten más en su actividad como padre espiritual. Uno de sus discípulos, vencido por la fornicación, abandona Scitia; Pafnucio sube a Egipto en su búsqueda, lo encuentra y lo trae de vuelta[154]. Eudemon dirá más tarde que siendo adolescente, quiso quedarse en Scitia, pero que Pafnucio, «el padre de Scitia», se negó diciendo que «por culpa del combate contra el enemigo, no quiero que una cara femenina quede en Scitia»[155].

Por ello, se entiende la gran fama de la que gozaba en los medios monásticos fuera de Scitia. Una vez, uno de sus hermanos, acude desde la Tebaida para consultarlo[156]; otra vez son tres ancianos que acuden para solicitar una palabra suya[157]. Para la *Historia Lausiaca,* son Paladio, Albinos y el gran Evagrio en persona, quienes van a interrogarle sobre el futuro de los monjes[158]. Casiano atribuye a Antonio, al

[148] *Alph.,* Macario 28 y 37.

[149] Casiano, *Conf.* XVIII, 15, 2-8; cf. *supra,* p.XLIVs.

[150] *Inst. cen.* V, 40, 1.

[151] *Conf.* VI, 1, 1-2.

[152] *Conf.* II, 5, 4.

[153] *Conf.* X, 2, 3; 3, 2 y 4.

[154] *Alph.,* Pafnucio 4.

[155] *Alph.,* Eudemon 1. Probablemente, de este género son las palabras que valieron el llanto de Amma Sara (cf. *Alph.,* Pafnucio S 1 = *Recherches,* 31).

[156] *Alph.,* Pafnucio 5.

[157] *Alph.,* Matoés 10.

[158] HL c.47. Esta consulta a veces posee una existencia autónoma en los manuscritos, p. ej. *Paris grec 1598,* fol. 79v -80v, bajo el título: Ὅροι τοῦ ἀββᾶ Παφνουτίου περὶ τῶν ἐκπιπτόντων.

menos indirectamente, la vocación de Pafnucio[159]. En definitiva, como dirá más tarde Pastor: «Abba Pafnucio era grande»[160].

Sin embargo, es verdaderamente difícil dar datos cronológicamente seguros. El hecho de que haya sido discípulo de Isidoro nos permite situar su periodo de madurez sobre el 360-400. Seguramente murió muy mayor: Paladio escribe que durante 79 años no tuvo más que dos túnicas[161]. Casiano, por su parte, afirma que se quedó en la misma celda a cinco millas de la iglesia hasta una edad muy avanzada y que, nonagenario *(nonageria aetas),* se negaba aun a que los más jóvenes le aprovisionaran de agua[162].

— *Porfirio*

No se menciona en los apotegmas. Sin embargo, se debe mencionar aquí porque, siendo nativo de Tesalónica y más tarde obispo de Gaza, vivió un tiempo en Scitia. Aquí tenemos lo que dice su *Vida,* escrita por Marcos el diácono:

> Lo invadió un deseo divino [...] de abrazar la vida solitaria. Se embarcó para Tesalónica, llegó a Egipto y sin parar siguió hacia el desierto de Scitia, donde unos días más tarde fue considerado digno de tomar el hábito. Estuvo cinco años con los santos padres. Después de esto, un nuevo deseo se apoderó de él: visitar los lugares santos[163].

Esta estancia es datada por los editores entre los años 372-377. Por ello, se constata que a partir de esta fecha la fama de Scitia es muy grande, tanto como para que un joven tesalónico, que nunca salió de su país, pueda concebir

[159] *Conf.* III, 4, 3.
[160] *Alph.,* Pastor S 3 = *Recherches,* 30. Cf. Casiano: *Vice luminaris magni claritate scientiae coruscans (Conf.* III, 1, 1).
[161] HL c.47; Butler p.137, 7-8.
[162] *Conf.* III, 1, 1.
[163] Ed. y trad. H. Grégoire y M. A. Kugener (París 1930) 4; cf. O. Peeters, «La Vie géorgienne de saint Porphyre de Gaza»: *AB* 59 (1941) 104.

el deseo de desplazarse hasta allí sin siquiera visitar de paso otros centros de suma relevancia.

— *Silvano, Marcos y Zenón*

Silvano es un monje que tuvo un destino paralelo al de Sisoés[164]: incluso se comparan ambas figuras[165]. Después de una estancia de duración indeterminada en Scitia pero que tuvo que ser larga, pues tuvo tiempo de vincularse a, al menos, doce discípulos[166], salió para el Sinaí[167], donde fundó un monasterio, así como otros en Palestina y Gerara[168].

En Scitia son conocidos dos de sus discípulos: Zenón[169] y Marcos[170]. Este último llegó a ser famoso a través de su obediencia: llamado por su maestro, no terminó la escritura de la *Omega* que había empezado a trazar. Y sabemos que estaba tan vinculado a Scitia como a Silvano. Entonces,

[164] El Silvano de Panefo de *Anon.* N 557 vivió sobre la segunda mitad del siglo v.

[165] *Alph.,* Pambo 12.

[166] *Alph.,* Marco de Silvano 1-2.

[167] Ibíd. 4. La mayor parte de los apotegmas de Silvano conciernen a su período sinaítico; igual *Alph.,* Nétras 1, que habla de otro discípulo de Silvano en el Sinaí.

[168] A 10 km de Gaza (Cf. L. Stiernon, «Gérara», en DHGE XX [1987] col. 712). Sozomeno le dedica una corta noticia donde indica que, hacia el 380, era monje en Egipto (HE VI, 32); y precisa que Zacarías le sucede a la cabeza del cenobio de Gerara. Este Zacarías (distinto del hijo de Carión, cf. *supra,* p.XLII) es atestiguada por *Alph.,* Silvano 1 y 5, y *Paris grec 1598,* fol. 125v. Sobre su rol en la ocasión del encuentro de las reliquias de Esteban, ver Sozomeno, HE IX, 17.

[169] No se debe confundir con el Palestino del cual el recuerdo es conservado en el mismo lote de apotegmas *(Alph.,* Zenón 3 y 6) y que menciona Sozomeno (HE VII, 28) y Callinicos *(Vie d'Hypatios,* ed. Bartelink, SCh 177 [1971] n.49 y 54).

[170] Debe distinguirse de Marcos el Egipcio o el Asceta, recluso treinta años en una celda y a la que el sacerdote iba a celebrar la Eucaristía (cf. *Alph.,* Marcos el Egipcio 1; Paladio, HL c.18; Sozomeno, HE VI, 29). Se puede pensar que este egipcio no es otro que Marcos el Ermitaño del cual muchos opúsculos han sido conservados. Un tercer Marcos, del siglo v, fue discípulo del gran Arsenio *(Alph.,* Arsenio 13 y 22).

cuando Silvano se decidió a abandonar Scitia, su doble fidelidad fue salvada por una muerte casi milagrosa[171].

— *Teonás*

Conservamos un apotegma suyo, pero sin ninguna información en cuanto a fechas o lugar. Es imposible saber si se trata del mismo que Teonás (o Theón) de Scitia del cual Casiano nos dice que su maestro Serapión le enseñó la virtud de la apertura de la conciencia[172]. Teodoro de Fermo lo pondrá como ejemplo[173] y Pastor llegará a relatar una de sus palabras[174]. Tal vez habría que relacionarlo con el Teonás que, después de cinco años de vida conyugal, se convirtió al monaquismo y recibió el cargo de diácono después de Elías, sucesor de Juan[175]. Seguramente hay que diferenciarlo del Tebano que menciona la *Investigación sobre los monjes de Egipto*[176].

— *Theopemto*

A este monje lo conocemos de forma accidental. Cuando Macario se quedó de forma aislada sobre un promontorio, Theopemto no vivía muy lejos, en Scitia; allí vivía en el relajamiento. Macario, estando al corriente de ello a través del mismo demonio, le llegó a hacer una visita y progresivamente lo puso en el buen camino[177].

d) *La tercera generación*

— *Aquiles*

Este monje scitiota es conocido a través de seis apotegmas que le son atribuidos. Estos manifiestan su gran dis-

[171] *Alph.*, Marcos de Silvano 1.
[172] *Conf.* II, 11, 1, tomado de *Syst.* IV, 27.
[173] *Alph.*, Teodoro de Fermo 18.
[174] *Alph.*, Pastor 151.
[175] Casiano, *Conf.* XXI, 1-9.
[176] HMA c.6; cf. Sozomeno, HE VI, 28.
[177] *Alph.*, Macario 3.

cernimiento y atestiguan la reputación de la que gozaba. Se ve relacionado con Bitimio[178]; es consultado por Amoes; vigila de cerca la formación ascética del joven Isaías[179]...

— *Alonios*

También aparece en los apotegmas[180]. Un día fue interrogado por Agatón sobre la mentira; y Pastor recuerda más tarde el comportamiento lleno de discreción que adoptó durante una comida fraternal.

— *Apolo*

La dificultad de identificación de este Apolo se ve incrementada por la variedad de formas en las que se escribe este nombre en las fuentes: Ἀπολλώ, Ἀπολλώς, Ἀπολλώνιος.

Además del Apolo de Scitia, se conoce también un Apolo, monje y mártir[181]; un Apolo Tebano, nacido hacia el 315, quien después de un tiempo de vida eremítica, fundó un cenobio cerca de Hermópolis[182]; un Apolonios, quien tiene una especie de «botica-dispensario»[183] en Nitria y quien tal vez puede ser identificado con el de Las Celdas, destacable por su disponibilidad al servicio de los demás[184].

La vocación de Apolo es especialmente horrible: siendo pastor, el demonio le empuja a destripar a una mujer embarazada, para ver cómo su hijo reposaba en el seno materno;

[178] *Alph.*, Aquiles 2 y 5. Escrito βητίμιος o βητίμης, probablemente es el mismo que reporta el episodio de Macario y de los dos jóvenes extranjeros (*Alph.*, Macario 33).

[179] *Alph.*, Aquiles 3. Es probable que este episodio sea del fin de su vida. El Isaías aquí mencionado podría ser aquel llamado de Scitia, muerto en el 488.

[180] *Alph.*, Alonios 1-4 y Pastor 55.

[181] HMA c.19.

[182] HMA c.18 (griego, Ἀπολλώς) o 7 (latín, Apollonius). Sozomeno lo conserva en dos relatos divergentes, bajo el nombre de Ἀπολλώνιος (HE, III, 14) y de Ἀπολλώς (VI, 29).

[183] Paladio, HL c.13, tomado de Sozomeno (HE VI,29) que lo hace vivir en la misma época que Marcos, Macario el Alejandrino, Moises el Etíope...

[184] *Alph.*, Apolo 1.

tenía entonces 40 años. Vuelto en sí y lleno de compunción, se fue a Scitia, donde estuvo muchos años de penitencia, hasta que el perdón de Dios le fue milagrosamente revelado[185]. Después, destacó especialmente por su práctica de la hospitalidad hacia los demás. Sin duda alguna fue de este personaje de quien Casiano alabó su discernimiento espiritual *(senior probatissimus)*[186].

— *Elías*

En nuestras fuentes varios monjes llevan este nombre:

— Elías de Apeliote[187];

— Elías de Atripé (o Atribé) quien, con 40 años, fundó un gran monasterio para mujeres[188];

— Elías, solitario en una cueva cerca del Jordán[189];

— Elías, asceta en el desierto de Antinoé[190];

— Elías, quien recibió el cargo de diácono después de Juan[191];

— Elías el Hesicasta[192].

Los apotegmas también conservan el recuerdo de otro Elías que después de haber vivido en Scitia, donde conoció y admiró a Juan Colobos, se quedó en Egipto. Es aquí donde lo interrogaron sobre Agatón[193]. La indicación de su presencia en Egipto después de haber ido a Scitia constituye

[185] *Alph.*, Apolo 2.

[186] *Conf.* II, 13, 5-12, tomado de *Syst.* V, 4. Cf. *Conf.* XXIV, 9, donde otro episodio es narrado sobre él, dándole valor a la importancia de la guardia de la celda.

[187] Rufino, HE II, 8, en su catálogo de monjes sobre el 375.

[188] Paladio, HL c.29.

[189] Ibíd., c.51.

[190] HMA c.6 (griego) o 12 (latino). Durante la visita de los peregrinos (sobre el 394-395) él tendría cien años (según el texto Festugière) o ciento diez años (texto Preuschen, p.31, versión latina, Sozomeno HE VI, 28).

[191] Casiano, *Conf.* XXI, 9, 7 = Elías «de la diaconía» de *Alph.*, Elías 3.

[192] *Alph.*, Elías 8. Tomado del *Prado espiritual,* c.52, este trozo, ausente en los mejores manuscritos de *Alph.*, es un añadido muy posterior (cf. *Recherches,* 22 y 37).

[193] *Alph.*, Elías 2.

un indicio discreto pero real de la primera devastación de Scitia que obligó a muchos padres a huir el año 407.

—*Juan Colobos*

El caso de Juan Colobos es bastante extraordinario. Entre los numerosos Juan mencionados en las fuentes, él ocupa un lugar privilegiado, ya que le son atribuidos 47 apotegmas; y hacen hincapié en el lugar eminente que ocupa en el centro scitiota: «¿Quién es Juan (decía uno de los padres de Scitia, identificable con Elías), que por su humildad tiene todo Scitia suspendido de su dedo pequeño?[194]». Y, sin embargo, en este abundante lote, buscaríamos en vano los rasgos que permitiesen hacer una biografía, aunque fuese aproximada.

La primera pieza que lo menciona reporta que se fue a vivir con un anciano tebano que le enseñó la obediencia obligándolo a regar cada día una madera seca, que al cabo de tres años echó raíces y dio fruto. Es la única información que los apotegmas nos transmiten sobre su juventud monástica. Lamentablemente, sabemos por otros escritos que el tronco no dio frutos y que el héroe no era Juan Colobos, sino Juan de Licópolis, como lo testimonia más fidedignamente Casiano[195].

Por otra parte, poseemos una *Vida* de Juan Colobos en copto, de finales del siglo VIII, escrita por Zacarías el Escolástico[196]. Aunque dice que se inspira mucho en los apotegmas[197], ofrece datos muy relevantes que no se encuen-

[194] *Alph.*, Juan Colobos 36; cf. Elías 2.

[195] *Inst. cen.*, IV, 24, 2-4; y la nota en SCh 109,156-157.

[196] Ed. y trad. Amelineau, *Histoire,* p.316-410. Una traducción siríaca fue publicada por F. Nau en *ROC* 17 (1912) 347-389; 18 (1913) 52-68. 124-133. 283-307.

[197] «Sabemos con exactitud lo que buscamos con rectitud por el Libro de los Santos Ancianos... ese libro al cual se le llama Paraíso» (p.322). En efecto, hemos identificado más de la mitad de las piezas del dossier de Juan Colobos; además, Zacarías le atribuye otros pertenecientes a diferentes monjes, por

tran en otras fuentes. Incluso si el carácter histórico de este panegírico debe ser tratado con precaución, podemos buscar en él elementos biográficos.

Este panegírico fue pronunciado el día del aniversario de la muerte de Juan, hecho indicado dos veces[198]: el vigésimo día de *Paophi,* es decir el 17 de octubre, un domingo[199]. Esta indicación puede considerarse segura. ¿Pero de qué año? En el período posible, el 17 de octubre cayó domingo en dos ocasiones: 398 y 409. ¿Con cuál quedarse? Pastor, que ha conservado varías anécdotas que le conciernen[200], parece que pudo frecuentarlo en Scitia. Ahora bien, Pastor dejó Scitia antes de la primera invasión bárbara en el 407, siendo todavía joven[201]. Por lo que es difícil que Pastor haya conocido a Juan antes del 398. Por ello, se piensa que la muerte de Juan Colobos puede situarse con suficiente certeza el 17 de octubre del 409.

Los demás datos de la *Vida* los proponemos bajo reserva, ya que no se pueden verificar con otras fuentes.

Murió en el 409, a la edad de setenta años[202], habiendo nacido en el 339-340. A los 18 años, en el 357-358, fue a Scitia donde Amoes le dio el hábito[203]. Poco tiempo después Amoes enfermó y Juan lo cuidó durante doce años[204]. Después de la muerte de su maestro (¿hacia el 375?), vivió como anacoreta. Pero muy pronto se le unieron algunos discípulos.

ejemplo, de la serie alfabética: Amoes 1 y 3; Juan el Tebano 1; Moisés 4; Zacarías 3; Anónimo N 27).

198 Amelineau, o.c., 316 y 401.

199 Cf. R. Basset, «Le synaxaire arabe jacobite»: *PO* 1/3 (1971) 350-355.

200 Cf. *Alph.,* Pastor 46, 74 y 101, Juan Colobos 13 y S 3.

201 Cf. *Alph.,* Anub 1 (cf. *infra,* 77-79). La *Vida* indica, asimismo, que Juan abandonó Scitia para ir a Clysma a causa de los bárbaros (p.390s).

202 Amelineau, o.c., 401.

203 Ibíd., 329s.

204 Ibíd., 349s y *Alph.,* Amoes 3.

La *Vida* indica que fue ordenado sacerdote[205]; los apotegmas no hablan de ellos, aunque varias anécdotas permiten suponerlo[206]. Pero lo que los apotegmas muestran claramente es la fuerte personalidad de Juan y su actividad como padre espiritual de su entorno.

— *Moisés*

Es necesario distinguirlo de Moisés el solitario, que hacia el 375 se convirtió en el primer obispo de los sarracenos[207], así como también de Moisés el Lubio, monje de Nitria[208].

Algunos aspectos de la vida de Moisés pueden establecerse con suficiente certeza, empezando por su muerte: no queriendo huir ante la llegada de los bárbaros, fue asesinado por estos cuando devastaron Scitia[209]. Pero, ¿en qué fecha sucedió esa devastación? Las fuentes invitan a ubicarla en el 407 y no en el 395 o 396. Esta probabilidad parece sostenerse en:

1.— Casiano, que dejó Scitia hacia el 399/340, no hace la menor alusión a la muerte de Moisés (como tampoco a una invasión de Scitia).

2.— Paladio, que salió de Egipto por la misma época, menciona la muerte de Moisés, pero en una especie de añadido después de la noticia concerniente a Moisés[210]. Este agregado tiene en cuenta una información recibida después de su salida de Egipto.

3.— La fecha de 395 chocaría aquí con una imposibilidad. Un apotegma relata que un hermano fue a visitar sucesivamente a dos celebridades de Scitia: Arsenio

[205] Ibíd., 368s. El contexto deja entender que esto fue un hecho tardío.
[206] Cf. *Alph.*, Juan Colobos 8 y S 6.
[207] SÓCRATES, HE IV, 36; SOZOMENO, HE VI, 38.
[208] PALADIO, HL c.39; SOZOMENO, HE VI, 29; RUFINO, HE II, 8.
[209] *Alph.*, Moisés 10.
[210] HL c.19; Butler, p.72, 12-15.

y Moisés[211]. Pero Arsenio no pudo comenzar con su «renuncia» antes del 394-395.

Por tanto, se puede considerar seguro que Moisés murió en el 407. Tenía 75 años, por lo que habría nacido hacia el 332. La primera parte de su vida fue muy desgraciada. De origen «etíope», es decir, de piel negra, fue expulsado por el señor a cuyo servicio estaba por causa de sus muchos robos. Incluso mató a un hombre y se hizo jefe de bandidos. Movido por la compunción, se convirtió a la vida monástica en una fecha que no se puede precisar[212]. Allí vivió una profunda evolución espiritual, a juzgar por dos hechos: siendo un joven monje, fresca todavía su experiencia anterior, encadenó a cuatro ladrones y los condujo a la iglesia para que los padres le dijeran qué hacer[213]; y el último día de su vida les respondió a quienes le aconsejaban huir de los bárbaros: «¡Después de tantos años que esperaba este día!»[214].

Su vida en Scitia parece estar marcada por dos acontecimientos importantes: su ordenación sacerdotal[215] y su retiro del centro de Scitia hacia la soledad de Petra[216], siguiendo el consejo de Macario, a fin de conseguir un mayor recogimiento[217]. Sus dos maestros fueron Macario el Grande y, después, Isidoro el Presbítero. Los apotegmas nos lo muestran también relacionado con Silvano y con el joven Zacarías[218], hijo de Carión. Por otra parte, muchas palabras de Moisés han sido conservadas por Pastor, que sin duda tuvo

[211] *Alph.*, Arsenio 38.

[212] El color de su piel y su origen marcarán su existencia y lo forzarán a una humildad heroica: cf. *Moisés* 3, 4, 8.

[213] Paladio, HL c.19; Butler, p.59, 21 - 60, 9.

[214] *Alph.*, Moisés 10.

[215] *Alph.*, Moisés 4 y Butler, p.62, 12-15.

[216] Desierto más interior que Scitia, considerado como excepcionalmente árido, que no se debe confundir con Petra, más cercana a Clysma (*Alph.*, Gerontios 1, Sisoes 23 y 26).

[217] *Alph.*, Moises 13, Macario 22.

[218] Cf. *Alph.*, Silvano 11, Zacarías 2, 3 y 5.

la ocasión de conocerle durante los años que precedieron a la devastación de Scitia[219].

En los manuscritos griegos, le son atribuidas dos cortas series de *Kephalaia,* una titulada «Los siete capítulos de abba Moisés a abba Pastor»[220] y «Los doce capítulos de abba Moisés sobre las virtudes».

— *Pachon*

A este monje lo conocemos sólo por un capitulo que le consagra Paladio[221]. Sólo podemos obtener una biografía muy resumida: cuando Paladio fue a consultarlo a Scitia, él tenía entonces la edad de 70 años; por lo que nacería entre los años 320-330. En la época de esta visita, llevaba en Scitia 40 años: llegó allí entre el 350 y el 360.

— *Ptolomeo*

Sólo Paladio nos habla de él en dos ocasiones[222], pero sin darnos ningún dato biográfico: monje austero y orgulloso, abandonado a sí mismo, terminó por caer en el libertinaje.

— *Serapión*

La existencia de un Serapión en Scitia[223] está asegurada solamente por Casiano, quien lo describe aceptando con mucha dificultad la condena del antropomorfismo: era entonces muy anciano *(antiquissimae districtionis atque in actuali disciplina per omnia consummatus)*[224]. En otro lugar

[219] *Alph.,* Moises 12, Zacarías 5 y Pastor 166.
[220] Son insertados normalmente en el *Alphabeticon: Recherches,* 9. 27.
[221] HL c.23; cf. Sozomeno, HE VI, 29.
[222] HL c.27 y 47 (lista de monjes poco edificantes).
[223] Paladio nos menciona otros dos: el «sindonita» (c.37) y el nitriota (c.46), y HMA un tercero, higúmeno cerca de Arsinoé (c.18).
[224] *Conf.* X, 3, 1. Un poco más lejos, Casiano, subraya la novedad de su «antiquitas temporis».

menciona a otro (¿o el mismo?) considerado un padre espiritual lleno de discernimiento[225].

No se puede saber a cuál de los Serapiones pertenecen estas cuatro piezas conservadas en los apotegmas[226]. La última es atribuida a Serapio, el obispo de Thmuis[227].

— *Simeón*

Aludimos a este monje a modo de curiosidad, dado que sólo lo conocemos a través de un relato de Casiano. Era latino, de Italia, y sólo controlaba la lengua latina. Sin embargo, se fue a Scitia para una estancia que aparentemente se debió de prolongar largo tiempo.

Un anciano de Scitia le hizo copiar un códice en latín, cuyo fin real era echar una mano a Simeón sin que tuviera la necesidad de pedir limosna.

— *Teodoro de Fermo*

Fuera del mundo pacomiano, conocemos al menos a seis Teodoros: uno de Nitria, compañero y discípulo de Amón[228]; el intérprete de Juan de Lycópolis[229]; otro de Las Celdas; uno de Eleuterópolis; otro de Enatón; y finalmente otro de Scitia o de Fermo.

Aunque los datos de los que disponemos sobre este último son escasos y poco precisos son muy interesantes. Es un buen representante de la última generación de monjes formados en Scitia pero que la invasión bárbara obligó a emigrar, incluso mejor que Arsenio y Pastor (del cual hablaremos pronto).

225 *Conf.* II, 10, 3, tomado de *Syst.* IV, 27; XVIII, 11.
226 Hay que añadirle dos piezas más tardías: *Anon.* N 565-566.
227 Cf. *Recherches,* 33s.
228 Cf. *Vita Antonii* c.60 (pasado en PALADIO, HL c.8, y en SOZOMENO, HE I, 14). La *Epist. Ammonis* 30 (Halkin, p.117, 20-21) todavía lo da con vida en el 355.
229 PALADIO, HL c.35.

Desconocemos su fecha de nacimiento. Entró en Scitia seguramente antes del 390, año de la muerte de Macario, a quien iba a consultar en relación con tres libros interesantes que había comprado. Por tanto, recibió su formación en Scitia.

También sabemos que fue en Scitia donde fue ordenado diácono, función que no se daba a los jóvenes principiantes, a pesar de haber rechazado el cargo con anterioridad por humildad. La devastación de Scitia le obligó a ir a Fermo, en el año 407. El apotegma que nos informa de ello deja entender que no se fue solo, y que ahí enfermó en la vejez. Es posible que dentro de sus compañeros de exilio estuviera un tal Juan, eunuco de nacimiento, a quien le cuenta con nostalgia la vida más virtuosa que llevaba cuando vivía en Scitia.

No sabemos nada más sobre su vejez. Después de su muerte, dejó el recuerdo de un hombre al que uno se podía acercar, pero que era sumamente seco, a la inversa de su casi contemporáneo Arsenio.

e) *Los herederos*

La irrupción de los bárbaros en el 407 dio un duro golpe al centro monástico de Scitia. Los grandes maestros que todavía no han muerto se ven obligados a abandonar el lugar. Cuando pasó la tormenta, muchos se quedaron allá donde se habían refugiado. Después de un periodo de duda, marcado por otras devastaciones propias de los barbaros, Scitia sobrevivía, pero de otra manera: ya no será el «gran desierto». El sistema de fraternidad en la soledad se borrará progresivamente a favor de una organización más cenobítica.

Este nuevo estado de las cosas será puesto en marcha definitivamente durante el siglo VI, tal como lo atestiguan los *Relatos* de Daniel de Scitia. Pero ya en la sinaxarios se encuentran indicios de un estado intermedio provocado por

las circunstancias. En el 444 se menciona ya por primera vez la existencia de una torre en Scitia, dentro de la cual los monjes podían encontrar refugio en caso de peligro[230]. ¡Lejos está el tiempo en que Macario ayudaba a un ladrón a vaciar su propia celda![231]

Se puede decir que el año 407 marca el fin de la era de oro de Scitia. «Desde la tercera generación de Scitia y abba Moisés, los hermanos ya no progresan», constata pronto abba Pastor[232]. Sin embargo, no acabó todo ahí. Los pioneros serán sucedidos por las generaciones de los herederos. Y en este sentido es la que nos interesa, ya que, ¿cómo conservar mejor la herencia de esta experiencia si no es fijándola por escrito? Estos herederos serán, al menos en el sentido amplio de la palabra, los artesanos de las grandes colecciones de apotegmas. Únicamente evocaremos dos figuras, muy diferentes la una de la otra, pero muy representativas de esta generación: Arsenio y Pastor.

— *Arsenio*

Arsenio el Grande[233] es una excepción en este mundo scitiota. Los otros monjes de los cuales tenemos información son de cuna modesta, con escasa o ninguna cultura. Sin embargo, este Arsenio fue uno de los grandes dignatarios del emperador Teodosio, que le confía la educación de sus dos hijos, Arcadios y Honorios[234]. La lujosa comodidad de la que gozó en la corte imperial le valió algunas suavizaciones en su celda en el desierto[235]. Sin embargo, des-

[230] Cf. R. Basset, «Le synaxaire arabe jacobite», a.c., 665s.
[231] *Alph.*, Macario 40.
[232] *Alph.*, Pastor 166.
[233] Llamado así para distinguirlo de Arsenio «el anciano», contemporáneo de Pafnucio (cf. *supra* p.29).
[234] El título de «padre de los divinos Arcadios y Honorios» *(Alph.*, Arsenio 42) parece haber impresionado a los contemporáneos: es retomado por Cirilo de Scitópolis en su *Vida* de Eutimio, c.21 (ed. Schwartz, *Kyrillos von Skythopolis*, TU 49/2,34).
[235] *Alph.*, Arsenio 36.

taca sobre todo por su austeridad, que parece extraordinaria hasta a los monjes scitiotas[236].

Aunque su don particular no parece haber sido la dirección espiritual[237], su fama va mucho más allá de las fronteras de Scitia por este motivo. Van desde cualquier lugar para ser atendidos por él[238]. En Palestina, Eutimio, que nunca lo había visto, se esfuerza para imitar sus virtudes[239]. Una tradición posterior, plasmada en los apotegmas, lo presenta como un modelo de buen monje[240].

Su cronología está relativamente bien determinada. Daniel, que se presenta como un joven discípulo de Arsenio[241], resume así la existencia de su maestro:

> Con la edad de 95 años, estuvo 40 años en el palacio de Teodosio el Grande, de santa memoria, que llegó a ser el padre de los memorables Arcadios y Honorios. En Scitia estuvo 40 años y 10 en Troa, de la Babilonia de arriba, enfrente de Memfis, y después 3 años en Canope de Alejandría, y los 2 últimos años volvió a Troa, donde murió[242].

Tillemont, viendo que no había mención de la muerte de Teodosio, concluye que Arsenio pudo salir del palacio imperial algún tiempo antes. Dado que los dos hijos del emperador nacieron en el 383 y 384, se puede estimar que la renuncia de Arsenio tuvo lugar en el 394.

[236] «Decían de abba Arsenio que nadie podía imitar su modo de vida» *(Alph.,* Arsenio S 1). Estimaba, entre otros, que «al monje luchador le llega con dormir una hora» *(Alph.,* 15).

[237] Unos de los raros casos que lo cita es aquel del hermano cleptómano al que no puedo curar: *Alph.,* Daniel 6.

[238] Cf. *Alph.,* Arsenio 7-8 (visitas de Teófilo), 26 y 34 (un grupo), 27 y 38 (un individuo), 28 (una noble dama romana). No se puede dar crédito a la historia de los siete nobles que fueron a vivir con él *(Anon.* N 14).

[239] Cirilo de Escitópolis, *Vida de Eutimio* c.21 (ed. Schwartz, p.34).

[240] Cf. *Anon.* N 592/25: «Es así como vivieron nuestros padres; es así que abba Arsenio encontró a Dios»; ver también N 264.

[241] Cf. *Alph.,* Arsenio 14. 17. 23. 29. 33-34; Daniel 6-7, Agatón 28.

[242] *Alph.,* Arsenio 42.

En base a esto, podemos fijar las grandes etapas de su vida. Nacido en el 354, llega a Scitia en el 394. Es probable que recibiera iniciación monástica de la mano de Juan Colobos[243]. Aunque las fuentes no aluden a ello, es probable que durante el saqueo del 407 huyera a Canope de Alejandría, al menos para una breve estancia. No se podría explicar de otra manera la visita que le hizo en Canope una mujer de rango senatorial recomendada por el arzobispo Teófilo (fallecido en el 412)[244].

Su estancia en Scitia se prolongó hasta el 434. Si se va en este momento es por culpa de una nueva incursión bárbara[245] (el segundo saqueo de Scitia). Se va a Troa de Babilonia[246], donde se queda hasta el 444. Una vez más, son los barbaros los que lo obligan a marchar y a refugiarse en una región más segura, Canope de Alejandría[247]. Vuelve a Troa después de tres años, donde muere en el 449.

Para la tradición permanecerá como el modelo de monje hesicasta[248]. Conservamos de él, en versión georgiana, una carta espiritual[249], cuya importancia subrayó M. van Parys[250].

— *Pastor*

El caso de Pastor[251] es muy distinto del de Arsenio y plantea un enigma al historiador. Las colecciones de apotegmas le dedican un capítulo de una amplitud excepcional:

[243] La única fuente que menciona este detalle es su *Vida,* escrita en el siglo IX por Teodoro Estudita (PG 99,853 A s).

[244] *Alph.,* Arsenio 28.

[245] *Alph.,* Arsenio 21.

[246] Hoy Toura (cf. J. Maspero - G. Wiet, *Matériaux pour servir à la géographie de l'Égypte,* 2 vols. [El Cairo 1914-1919] 118).

[247] *Alph.,* Arsenio 34. Canope estaba alejada de Alejandría aproximadamente diez millas (cf. *Anon.* N 537).

[248] Cf. I. Hausherr, *Hésychasme et prière* (Roma 1966) 183-198.

[249] G. Garitte, «Une lettre de S. Arsène en géorgien»: *Le muséon* 68 (1955) 259-278.

[250] «La lettre de S. Arsène»: *Irénikon* 54 (1981) 62-86.

[251] Distinto de Pastor de Pispir (cf. *supra,* p.25).

la serie alfabética, editada por Cotelier, contiene 187 piezas a las que hay que sumar una veintena de piezas complementarias que encierra el *Alphabeticon* normal[252]; y las 16 nuevas contenidas en la colección sistemática[253]. Si a esto sumamos las 21 piezas que encontramos todavía en diversas colecciones griegas posteriores (colecciones derivadas), llegamos a unos 250 apotegmas, la cuarta parte de la serie alfabética normal. A eso hay que añadir que Pastor es nombrado en 25 apotegmas pertenecientes a otros capítulos. Se trata de un conjunto muy considerable. Sin embargo, a pesar de esta documentación tan abundante sabemos pocas cosas sobre su vida. Los datos seguros que podemos encontrar son breves.

Pastor vive en Scitia con sus seis hermanos: el mayor, que se llama Anub, y otro llamado Paesio. Probablemente llevaría poco tiempo allí cuando los Macizos llegaron a devastar el centro monástico, obligándole a salir[254]. Según precisa el texto, es la época del primer (τὸ πρῶτον) saqueo de Scitia (año 407). Los siete se van a Egipto, cerca de Terenutis[255]. Este lugar será su residencia habitual. Sin embargo, como mínimo una vez, se fue en compañía de su hermano Anub a la región de Diolcos[256]. Sabemos también que murió más tarde que Arsenio (muerto en el 449), ya que lloró al enterarse de su muerte[257]. Es imposible precisar más el cuadro geográfico y cronológico de su existencia.

Si tuviéramos que definir su personalidad con una palabra, diríamos que Pastor parecía un sabio administrar gestionando el tesoro del cual era el auténtico heredero. Enten-

252 Edición provisional en *Recherches*, 29-31.

253 *Syst.* IV, 35; V, 10; VIII, 17; IX, 11 y 20; X, 51, 63, 73, 79, 80, 84; XI, 60; XV, 52 y 55; XVIII, 12.

254 *Alph.*, Anub 1.

255 «Al lugar de Terenutis» *(Alph.*, Anub 1); «en las regiones de Egipto *(Syst.* IX, 20). Terenutis es un «lugar situado sobre la rama oeste del Nilo» (Amelineau, o.c., 413).

256 Diolcos se encuentra casi al borde del mar, en la desembocadura del Nilo.

257 *Alph.*, Arsenio 41.

diendo que con la devastación de Scitia cambió una página de la historia, se esforzó en recoger todos los frutos del gran siglo scitiota, recopilando los fragmentos con el fin de no perder nada. Esta herencia la recogió y transmitió de dos maneras:

— Conservando muchas palabras o prácticas de monjes de generaciones anteriores. En su capítulo también encontramos recogidos apotegmas de 15 maestros antiguos (y que no son todos de Scitia): Alonio *(Alph.* 41. 55), Ammonas (52. 96), Antonio (87.125), Besarión (79), Isidoro el sacerdote (44), Juan Colobos (46. 74. 101), Moisés (166), Nisterós (131), Paesio (65), Pambo (47. 75. 150), Pafnucio (S 3), Pior (85), Sisoés (82. 187), Teonás (151), Timoteo (70).

— Pero transmitió más la herencia de los ancianos a través de sus propias palabras y prácticas. Como lo sugiere su nombre, fue verdaderamente el «Pastor», el padre espiritual atento y valiente, en la línea de las generaciones anteriores, que poco a poco formaron el modelo. L. Regnault lo relata con más pertinencia: «Con abba Pastor, la escuela de espiritualidad del desierto, alcanza verdaderamente su cima, y también es con él que el género apotegmático llega a su apogeo»[258].

La respuesta que dio Pastor a un hermano que le preguntó por qué residía «en este lugar» (¿Terenutis?) no tiene nada de convencional, pero refleja el apego a una tradición: «¡Me hubiera gustado que mis hermanos y yo muriéramos en Scitia, y aquí estamos!»[259].

5. Fecha y lugar de composición

¿Cuándo, por quién y dónde fueron organizadas estas grandes colecciones, de las cuales ya examinamos el enig-

[258] *Les sentences des pères du désert. Collection alphabetique,* p.220.
[259] *Alph.,* Pastor S 9.

mático Prólogo?[260]. Esta pregunta adopta un tinte peculiar por el hecho de que nunca hubo forma canónica, en principio inamovible, de colección. Las dos formas que llamamos «normales» no tienen nada de normativas; este calificativo sirve solamente para designar los primeros tipos de clasificación, alfabético-anónimo o sistemático, según los cuales se ha organizado la multiplicidad de las fuentes particulares. Las distinguíamos así de las formas posteriormente perturbadas.

En el estado actual de nuestra documentación, solo se puede responder a esta cuestión a través de aproximaciones o conjeturas.

La traducción latina de la colección sistemática, nos da una primera pista. Los 18 primeros capítulos fueron traducidos por Pelagio, que llega a ser el papa Pelagio I en el año 555 (o 556). El trabajo lo continúa Juan, quien lo sucederá bajo el nombre de Juan III en el 560. Aparentemente es durante una de sus visitas a Oriente, entre el año 538 y 555, que Pelagio trajo consigo el modelo griego que traduce[261]. Podemos estar seguros de que la colección sistemática (y, a la fuerza, la colección alfabético-anónima, pues debe ser un poco anterior)[262] existía, ya en griego en los años 530.

Si tenemos en cuenta el hecho de que los extractos de *Logoi* de Isaías (muerto en el 488) no están aún integrados ni en la serie alfabética ni en los primeros estados de la colección sistemática[263], nos lleva a replantear esta fecha del 530 y a conjeturar que las colecciones «normales» pueden remontarse a los años 480-490. Pero esto todavía es una hipótesis que tenemos que tratar de aclarar[264].

[260] Cf. *supra,* p.XXI-XXIV.
[261] Es la opinión sostenida por Rosweyde en su *Prolegomenon* XIV a las *Vitae Patrum* (cf. PL 73,49 C-D).
[262] Cf. *supra,* p.XXI-XXIV.
[263] Cf. *Recherches,* 183s.
[264] Nótese que el personaje histórico más tardío citado en la colección es el emperador Marciano, muerto en el 457.

Una especie de confirmación se podría encontrar en la comparación entre dos textos sobre los cuales L. Regnault ha llamado recientemente la atención[265]: la *Vida de Eutimio* escrita por Cirilo de Scitópolis y los *Alloquia* de Zósimas.

La *Vida de Eutimio* (fallecido el 20 de enero del 473) sólo fue escrita en el 557; pero para redactarla, Cirilo utilizó el testimonio de ancianos cuya seriedad es indiscutible[266]. Los apotegmas son citados por Eutimio en varios momentos. La fuente se da en tres ocasiones: «Escuchad, dice Eutimio, el relato que me hicieron algunos ancianos de Egipto...» (c.19)[267]; «todo lo que concierne al gran Arsenio... el venerable Eutimio gozaba escuchando a los honorables padres que acudían a menudo a verle desde Egipto, describiéndole la conducta de este monje» (c.21)[268]; «Escuchad, dice también, un relato útil para el alma y muy verídico que me contaron algunos ancianos de Egipto cuando me visitaron» (c.24)[269]. De estos textos nos quedaremos con tres cosas: los apotegmas ya son muy conocidos en Palestina a mediados del siglo v; lo son a través de la tradición oral y no escrita; esta tradición oral es alimentada por monjes visitantes llegados de Egipto a Palestina. Es así como Cirilo de Scitópolis cree que debe presentar las cosas, enseñando que tiene conciencia de que las colecciones escritas de apotegmas empezaron a expandirse después de la muerte de Eutimio.

Sensiblemente diferentes son los *Alloquia* de Zósimas, de la primera mitad del siglo vi, y que un discípulo plasmó por escrito[270]. Los apotegmas aparecen abundantemente re-

[265] «Les apophtegmes en Palestina aux v-vi siècles»: *Irénikon* 54 (1981) 320-330.

[266] *Vida de Eutimio* c.60, ed. E. Schwartz, *Kyrillos von Skythopolis*, p.82-83; ver también B. Flusin, *Miracle et histoire chez Cyrille de Scythopolis* (París 1983) 54-60.

[267] *Vida de Eutimio* c.19, p.30, 1. 27-28.

[268] Ibíd, c.21, p.34, 1. 10-16.

[269] Ibíd. c.24, p.36, 1. 30-37[1].

[270] La edición muy incompleta de PG 78,1680-1701, debe ser sustituida por la Agustinos, Jerusalén 1913 (cf. CPG 7361).

feridos allí. En la mayoría de los casos, parecen estarlo o serlo de memoria; pero, como mínimo una vez, se hizo referencia al libro: ἀναγινωσκόντων ἡμῶν εἰς τὰ ἀποφτέγματα τῶν αγίων γερόντων...[271]. Lo cual es una indicación de mucho valor y L. Regnault, indica que es sin duda alguna «la mención más antigua de un relato [escrito] de las palabras de los padres bajo este título»[272]. Nos gustaría poder datar con precisión el episodio al cual aluden. Pero parece que no es posible decir más que «primeras décadas del siglo VI». Por ello, es entre la muerte de Eutimio (473) y las primeras décadas del siglo VI cuando fue compuesto el libro de los apotegmas. La hipótesis de Guy de los años 480-490 empieza a reforzarse.

Pero hay otro elemento al que no aludimos hasta ahora y que da a esta hipótesis más credibilidad. Paul E. Kahle[273] editó unos fragmentos de una colección sistemática en copto sahídico. Son demasiado escasos y están demasiado dañados para ser útiles al establecimiento del texto crítico. Encontramos fragmentos de *Syst.* II, 24-29; V, 4; X, 25-26[274]. Sin embargo, tienen otro interés mucho más considerable. El manuscrito data del siglo VII, pero según P. E. Kahle, «no cabe duda de que los tres [este manuscrito y lo estudiados por Zoega y Crum] representan la misma versión, la cual debe haber sido compuesta antes del siglo IV[275]». Kahle no dice sobre qué argumentos se apoya su conclusión. De lo contrario, la fecha de 480-490 para la composición de las colecciones «normales» se encontraría comprobada.

[271] Cf. PG 78,1693 C 3-4. Este episodio, como muchos otros, se encuentra en el *Prado espiritual* (c.212), PG 87³,3104-3105.

[272] A.c., 323, n.2.

[273] *Bala'izah. Coptic Texts from Deir El-Bala'izah in Upper Egypt?*, I (Londres 1954) 416-423.

[274] Esta piezas corresponden a las lagunas en la edición de Chaîne; pero no conozco si provienen del mismo manuscrito.

[275] O.c., 417.

Ahora hay que preguntarse quién y dónde organizó esta colección. El lugar desmedido que ocupa abba Pastor[276] nos lleva a pensar que la colección nació en el grupo de sus discípulos. Ya era la conclusión hacia la cual se inclinaba W. Bousset: «Pastor y su escuela parecen haber sido la fuente de una gran cantidad de recuerdos»[277].

Podríamos estimar que la colección nació en la línea de abba Pastor durante las últimas décadas del siglo v. Pero el artículo de L. Regnault invita a matizar esta conclusión[278].

Constatando la larga difusión de los apotegmas en Palestina y el hecho de que son citados en las colecciones un gran número de monjes de origen palestino o emigrantes en Palestina después de una estancia en Egipto (y lo más habitual de Scitia), L. Regnault se pregunta «si estas dos grandes colecciones no habrán sido constituidas en Palestina»[279]. Pero eso no es más que una hipótesis que algunos descubrimientos ulteriores podrán cuestionar; sin embargo, parece suficientemente fundada para que sea fiable hasta conseguir más información[280]. De hecho, no es necesariamente incompatible con el posicionamiento común, hipotético también, que quiere que el origen de la colección se sitúe en el entorno de Pastor. Nadie sabe si después de la muerte de Pastor algunos de sus discípulos emigraron a Palestina[281]. De ser así, el tesoro del Egipto monástico pasaría a Palestina y desde allá seguiría expandiéndose por todo el universo cristiano.

276 Sólo él, ocupa la cuarta parte de la serie alfabética.
277 *Apophthegmata,* p.71.
278 Cf. *supra,* n.275.
279 A.c., 327.
280 Esta hipótesis concuerda con la opinión más común de que las colecciones fueron, originalmente, escritas en griego.
281 En el s. IV, los monjes «peregrinos» peregrinaban voluntariamente a Egipto. Pero en el s. v, se ve un movimiento en sentido inverso, hacia los lugares santos y los monjes que viven en sus alrededores; los textos citados a propósito de Eutimio son una ilustración de ello.

6. La presente edición

Dado que el texto de la colección alfabético-anónima es muy accesible, decidimos publicar la colección sistemática. Esta edición descansa por completo sobre el estudio de la tradición manuscrita griega, publicada en 1962 y retomada en 1984 con complementos[282]. Recordamos únicamente los manuscritos que fueron utilizados y las partes de texto que cada uno contiene todavía.

— El *estado a* de la colección no se conserva en griego; sólo se encuentra en la traducción latina de Pelagio y Juan. Varios apotegmas están presentes en esta colección solamente a través de su traducción latina.

Aunque es un testigo indirecto de este *estado a,* no utilizamos para el establecimiento del texto la traducción copta de la cual M. Chaîne publicó los fragmentos conservados.

— El *estado* b^1 está representado por dos manuscritos:

(1) *Athos, Protaton 86,* siglo IX, en unciales, sigla: Y. Comienza en V, 4.

(2) *París, Bibl. nacional, grec 917,* siglo XII, sigla: Q. Lagunas: hasta X, 7, de 21 a 53 y de 67 a 135.

— El *estado* b^2 está representado por dos manuscritos:

(3) *París, Bibl. nacional, grec 914,* siglo XII, sigla: R. Lagunas: hasta I, 5; de II, 2 a III, 18; III, de 32 a 45; de V, 43 a VII, 41; VIII, de 21 a 28; IX, de 7 a 9.

(4) *Atenas, Bibl. Nacional 500,* siglo XII, sigla: T. Lagunas: hasta III, 18; III, de 32 a 45 y de 48 a 54; de XIV, 31 a XV, 6; XV, de 42 a 46; XVII, de 12 a 16.

282 J.-C. GUY, *Recherches sur la tradition grecque des Apophthegmata Patrum* (Bruselas 1984).

— El *estado* b^3 está representado por cuatro manuscritos:

(5) *Vaticano, Ottob. Gr. 174*, siglos X-XI, sigla: V. Lagunas: hasta X, 81; de XVIII, 24 al final.

(6) *París, Bibl. Nacional, Coislin 282*, siglo XI, sigla: M. Lagunas: hasta II, 10; V, de 23 a 31; VII, de 16 a 22.

(7) *Venecia, Bibl. Marcian., grec 346*, siglo XI, sigla: S. Laguna: hasta II, 35.

(8) *Moscú, Museo histórico, Bibl. Sinodal 452 (Vlad. 344)*, siglo XII, sigla: O. Lagunas: Prólogo, I, de 14 a 17; de XVIII, 43 al final.

— El *estado c* está representado por dos manuscritos:

(9) *Athos, Lavra B 37*, escrito en el 970, sigla: W. Lagunas: no contiene más que el Prólogo y los cinco primeros capítulos.

(10) *Milán, Bibl. Ambros., C-30-Inf*, siglo XII, sigla: H. Lagunas: Prólogo, 1 a 6; de II, 35 a III, 4; de III, 56 a IV, 9; IV, de 92 a 101; de VI, 16 a VII, 32; de XI, 69 a XII, 21; XVIII, de 6 a 9.

(11) Se anexa el ms. *Paris, Bibl. Nacional, grec 1600*, siglo XI, aunque no conserva más que un fragmento de la colección: de XX, 2 al final. Sigla: Z.

El contenido que publicamos es el del *estado c*. La referencia a *Recher.*, 185-187, permite encontrar fácilmente el contenido de cada uno de estos estados.

Indicaciones particulares:

1. Estimamos poco necesario mencionar las variantes textuales, pues son muy numerosas de un manuscrito a otro, y en muchos casos poco relevantes. Pensamos que este aparato crítico será más aprovechable siendo más llevadero. En la medida de lo posible privilegiamos la lectura cuyo acuerdo con la versión latina atestigua su antigüedad. En

muchos casos, lo reconocemos plenamente, las selecciones hechas para establecer los textos son discutibles. Pero estamos convencidos de que hasta el día de hoy es complicado alcanzar un texto plenamente critico (considerando que en este tipo de literatura semejante meta no es ilusa...).

2. Hemos uniformizado varias grafías ya que su uso es muy variable en los manuscritos. Por ello escribimos siempre abba sin declinarlo, lo que hace casi siempre Y y muy a menudo otros manuscritos.

3. Para no rellenar excesivamente esta publicación, intentamos aligerar las notas a pie de página. Todo lo que atiende al comentario teológico o espiritual ha sido excluido, al igual que lo ha sido de esta Introducción. Aquello lo reservamos para otro estudio.

4. Al final del libro se presenta un índice bastante desarrollado, así como una tabla de concordancia entre las dos colecciones.

BIBLIOGRAFÍA

1. **Tradición manuscrita de los Apotegmas**

Battle, C. M., «De suscepto editione latinae versionis Verba Seniorum communiter adpellatae»: *Studia Monastica* 1 (1959) 115-120.

— *Contribució a l'estudi de Pascasi de Dumi i la seva versió de «Verba seniorum»* (Estudis Romànics; Barcelona 1961, aparecido en 1966) 57-75.

— «Dues versions medievals catalanes d'apotegmes»: *Studia Monastica* 18 (1976) 55-65.

Cabard, P., «Apophtegmes et Récits monastiques dans le ms. 33 d'Ochrida»: *AB* 80 (1962) 22-32.

Draguet, R., «Le Paterikon de l'Add.22508 du British Museum»: *Le Muséon* 63 (1950) 25-46.

— «Les Apophtegmes des moines d'Egypte. Problèmes litteraires»: *Académie Royale de Belgique. Bulletin de la Classe des Lettres et des Sciences morales et politiques* 47 (1961) 134-149.

— «A la source de deux Apophtegmes grecs (Jean Colobos 24 et 32)»: *Byzantinon* 32 (1962) 53-61.

Elizalde, M. de, «Dichos de los Padres del Desierto. Algunos datos sobre su formación y contenido»: *Rev. Agustiniana de Espiritualidad* (1972) 453-465.

Esbroek, M. van, «Les Apophtegmes dans les versions orientales»: *Analecta Bollandiana* 93 (1975) 381-389.

Freire, J. G., «Manuscritos de las «Sententiae Patrum Aegiptiorum» de S. Martín de Dumio», en *Repertorio de historia de las ciencias eclesiásticas en España,* II (Salamanca 1971) 83-97.

GARITTE, G., *Deux manuscrits italo-grecs* (Vat. gr. 1238 y Barber. gr. 475) (Ciudad del Vaticano 1946) 16-40.
GUILLAUMONT, A., «Le problème des deux Macaire dans les Apophtegmata Patrum»: *Irénikon* 48 (1975) 41-59.
GUY, J. Cl., *Recherches sur la tradition grecque des Apophtegmata Patrum* (Bruselas 1962).
— «La tradition manuscrite des Apophtegmata Patrum. État présent des recherches»: *RAM* 41 (1965) 113-124.
MORIM, G., *Un manuscrit bavarois des «Vitae Patrum» à la bibliothèque royale de Bruxelles* (Studien und Mitteilungen zur Geschichte des Benediktinerordens und seiner Zweige 55; 1937) 15-18.
OUTTIER, B., «Un Paterikon arménien (Vitae Patrum, II, p. 505-635: Conseil des Pères)»: *Le Muséon* 84 (1971) 299-351.
SAUGET, J. M., «Le Paterikon du ms. Mingana Christian Arabic 120 a»: *OCP* 28 (1962) 402-417.
— «La collection d'Apophtegmes du ms. 4225 de la Bibliothèque de Strasbourg»: *OCP* 30 (1964) 485-509.
— «Paul Evergentinos et la collection alphabético-anonyme des Apophtegmata Patrum. A propos d'un libre récent»: *OCP* 37 (1971) 223-235.
— «La versión sahidique des Apophtegmata Patrum et son modèle grec»: *OCP* 39 (1973) 445-453.
VEDER, W. R., *La tradition slave des Apophtegmata Patrum* (aperçu de l'economie de la collecition systématique) (Slovo, Casopis Staroslavenskag Instituta, Zagreb 1974) 59-94.

2. Ediciones de los Apotegmas

• *Texto árabe:*

SAUGET, J. M., «Les fragments de l'Asceticon de l'abbé Isaïe de Scéte du Vatican árabe 71»: *Oriens Christianus* 48 (1964) 235-259.

• *Texto armenio:*

PP. MELCHITARISTES, *Apophtegmes des Pères. Collection arménienne systématique, Vies des saints Pères,* 2 vols. (Venecia 1855).

• *Texto copto:*

ZOËGA, G., *Catalog. cod. Cop.* (Roma 1910). Colección sistemática.

CHAINE, M., *Le Manuscrit de la Version copte, en dialecte sahidique, des «Apophtegmata Patrum»* (Publicaciones del Instituto francés de arqueología oriental, El Cairo 1960).

• *Texto etíope:*

ARRAS, V., *Collectio monástica* (CSCO 238; Lovaina 1963).

— *Paterikon aethiopice* (CSCO 277; Lovaina 1967).

• *Texto georgiano:*

DVALI, M., *Apophtegmes des Pères* (Tiflis 1966) Colección sistemática.

— *Apophtegmes des Pères* (Tiflis 1974). Colección alfabético-anónima.

• *Texto griego:*

AUGUSTINOS, *Asceticon de l'abbé Isaïe* (Jerusalén 1911 - Volo [r]1962).

COTELIER, J. B., «Apophtegmata Patrum», en *Ecclesiae Graecae monumenta,* I (1677) 338-712, reeditado por PG 65,71-440 (serie alfabética).

CLUGNET, L., «Vie et récits de l'abbé Daniel de Scété»: *ROC* 5 (1900) 49-73. 254-271. 370-391.

GUY, J. Cl., «Un dialogue monastique inédit: Peri logismôn»: *RAM* 33 (1957) 171-188.

— «La collation des douze anachorètes»: *AB* 76 (1958) 412-427.

— *Recherches sur la tradition grecque des Apophtegmata Patrum* (Bruselas 1962). Edición de algunos apotegmas omitidos por J. B. Cotelier.

HYPERECHIOS, Abba, *Exhortation aux moines:* PG 79,1472-1489.

JEAN MOSCHUS, *Le Pré spirituel:* PG 87,2851-3116. Una edición crítica se encuentra en SCh 12.

NAU, F., «Récits du moine Anastase»: *Oriens Christianus* 2-3 (1902).

— «Histoire des solitaires égyptiens»: *ROC* (1907) 43-47, 179-189, 393-413; *ROC* (1908) 47-66. 266-297; *ROC* (1909) 357-379; *ROC* (1912) 204-211, 294-301; *ROC* (1913) 137-146.

PAUL EVERGENTINOS, *Recueil de paroles et d'enseignements des Pères* (Atenas 1957-1966), editado por V. Matthaiou.

THEOKLITOS & PASCHOS, *To Gerontikon* (Astir, Atenas 1961). Reedición de PG 65 con Introducción por el P. Theklitos; prefacio, glosario y concordancias por P. Paschos.

• *Texto latino:*

BATTLE, C. M., *«Vetera Nova». Vorläufige Kritische Ausgabe bei Rosweyde fehlender Väterprüche.* Festschrift Bernard Bishoff (Stuttgart 1971) 32-41. 24 Apotegmas de la colección PJ que se han escapado en la edición de Rosweyde.

FREIRE, J. G., *A versão latina por Pascásio de Dume dos Apophtegmata Patrum,* I (Instituto de Estudos Clássicos, Coimbra 1971) 159-340. Recensión más larga que la de PL 73,739-810.

— *Commonitiones Sanctorum Patrum.* Uma nova colecçâo de apotegmas (Coimbra 1974). Edición crítica de VP III, PL 73,739-810.

ROSWEYDE, H., *Vitae Patrum,* ed. en 1615, reeditado por PL 73-74. *Verba Seniorum:* VP III, PL 73,739-810 (Pseudo-Rufin); VP V-VI, PL 73,855-1022 (Pelagio-

Juan); VP VII, PL 73,1025-1062 (Pascasio); Apéndice, PL 74,381-394 (Martín de Dumio).

WILMART, A., «Le recueil latin des Apophtegmes»: *RBén.* 34 (1932) 185-198. Adición a la colección de Rosweyde.

• *Texto siríaco:*

BEDJAN, P., *Acta Martyrum et Sanctorum,* VII (París 1897).

BUDGE, E. A. W., *The Book of Paradise,* II (Londres 1904).

— *The Wit and Wisdom of the Christian Fathers of Egypt of the Apophtegmata Patrum by Anân îshô* (Londres 1934).

3. **Estudios generales y particulares**

BOUSSET, W., *Apophtegmata* (Tubinga 1923).

CAMELOT, T., «L'oraison des Pères du désert», en *L'oraison* (Cahiers de la Vie Spirituelle; París 1947) 70-88.

CAMELOT, T., «Les Pères du Désert. Un guide de lecture»: *La Vie Spirituelle* 101 (1959) 316-324.

CAVALLERA, F., «Apophtegmes», en DSp I (1937) 765-770.

CHAINE, M., *Le texte original des Apophtegmes des Pères* (Beirut 1912).

CHITTY, D. J., *The Desert a City.* An Introduction to the Study of Egyptian and Palestinian Monasticism under the Christian Empire (Oxford 1966).

COUILLEAU, G., «Accusation de soi dans le monachisme Antique»: *La vie spirituelle* 116 (1967) 309-324.

DESPREZ, V., «Peut-on encore lire les Pères dans le dernier quart de xxe. siècle?»: *Lettre de Ligugé* 174 (1975) 23-32.

— «Pour les Pères du désert, existe-t-il des contrindications à la vie monastique?»: *Lettre de Ligugé* 152 (1972) 3-15.

DINGJAN, F., «La discrétion dans les apophtegmes des Pères»: *Angelicum* 39 (1962) 402-415.

DONAHUE, C., «The "agapè" of the Hermits of Scété»: *Studia Monastica* 1 (1959) 97-114.

Evdokimov, P., *Les Pères du désert* (Coll. OCR; 1963) 142-159.

— *Les âges de la vie spirituelle. Des Pères du désert à nos jours* (Desclé de Brouwer, 1964).

Freire, J. G., *Traductions latines des Apophtegmata Patrum*, Mélanges Ch. Mohrmann, nouveau recueil (Utrecht-Amberes 1973) 164-171.

Ghini, E., «I Padri del Deserto»: *Rivista di Vita Spirituale* (1973) 295-305. 593-604.

Gorce, D., «La part des "Vitae Patrum" dans l'élaboration de la Règle bénédictine»: *Revue Liturgique et Monastique* (1929) 338-399.

Guillaumont, A., «The Jesus Prayer among the Monks of Egypt»: *Eastern Church Review* 6 (1974) 66-71.

— «La conception du désert chez les moines d'Egypte»: *Rev. d'Histoire des Religions* 188 (1975) 3-21.

Guy, J. Cl., «Remarques sur le texte des Apophtegmata Patrum»: *RSR* 43 (1955) 252-258.

— «Note sur l'évolution du genre apophtegmatique»: *RAM* 32 (1956) 63-68.

— «Les Apophtegmata Patrum», en *Théologie de la vie monastique* (Aubier 1961) 73-83.

— «Un entretien monastique sur la contemplation»: *RSR* 50 (1962) 230-241.

— «Le combat contre le démon dans le monachisme ancien»: *Assemblées du Seigneur* 30, tercer Domingo de Cuaresma (Brujas 1964) 61-71.

— «La place du «Contemptus mundi» dans le monachisme ancien»: *RAM* 41 (1965) 237-249.

— «Educational Innovation in the Desert Fathers»: *Eastern Churches Review* 6 (1974) 44-51.

Heussi, K., *Der Ursprung des Mönchtums* (Tubinga 1936) 140-108 y 134-280.

Labriolle, P. de, «Los inicios del monacato», en A. Fliche - V. Martin, *Historia de la Iglesia*, III (Valencia 1977) 327-404.

Latteur, E., «Silence du Christ et silence monastique»: *Coll.Cist.* 38 (1976) 3-21.

Leloir, L., «Essai sur la silhouette du moine d'après la collección arménienne des Apophtegmes»: *Revue des Études Arméniennes* NS 5 (1969) 199-230.

— «La Bible et les Pères du désert d'après deux collections arméniennes des Apophtegmes», en *La Bible et les Pères.* Colloque de Estrasburgo, 1-3 octubre 1969 (París 1971) 113-134.

— «Solitude et sollicitude. Le moine loin et près du monde, d'après les «Paterica» arméniens»: *Irénikon* 47 (1974) 307-323.

— «Les orientations essentielles de la spiritualité des Pères du Désert d'après les "Paterica" arméniens»: *Revue de Théologie et de Philosophie* III/24 (1974) 30-47.

— «La discrétion des Pères du Désert d'après les "Paterica" arméniens»: *Coll.Cist.* 37 (1975) 15-32.

— «La femme et les Pères du Désert»: *Coll.Cist.* 39 (1977) 149-159.

— «Solitude et communauté d'après les Pères du Désert», en *Pradines 77. Solitude et partage fraternel dans notre vie cénobitique* (Abayye des Dombes 1977) 23-37.

Lilienfeld, F. von, *Anthropos Pneumatikos - Pater Pneumatophoros: Neues Testament und Apophtegmata Patrum* (Studia Patristica 5, 3; Oxford 1959 - Berlín 1962) 382-392.

Martin, M., «Laures et ermitages du désert d'Egypte»: *Mélanges de l'Université S. Joseph, Beirut* 42 (1966) 181-198. Geografía histórica.

Matthei, M., «Aflicción y consuelo en los Padres del Desierto»: *Studia Monastica* 5 (1963) 7-25.

Matthei, M. - Contreras (E.), «"Seniores venerare". "Iuniores diligere" - Conflit et réconciliation des générations dans le monachisme ancien»: *Coll.Cist.* 39 (1977) 31-68.

Poswick, F., «Les apophtegmes d'Hypéréchios»: *Coll. Cist.* Apéndice (1970) 231-244: presentación de los 160 apotegmas.
Quasten, J., *Initiation aux Pères de l'Église,* III (Cerf 1963) 271-275. Abundante bibliografía.
Regnault, L., «The Beatitudes in the Apophtegmata Patrum»: *Eastern Churches Review* 6 (1974) 22-43.
— «La prière continuelle «monologistos» dans la littérature apophtegmatique»: *Irénikon* 47 (1974) 467-493.
Rousseau, P., «Blood-Relationships among early Eastern Ascetics»: *JThS* 23 (1972) 135-144.
Wagenaar, Ch., «Aktualiteit der Vaderspreuken»: *Benediktijns Tijdschrift* 36 (1975) 88-111.
— «Metanoia, boetvaardigheid en tranen bij de onde monniken»: *Tijdschrift voor Geestelijk Leven* 30 (1974) 16-50. 92-100.

SIGLAS Y ABREVIATURAS

AB — *Analecta Bollandiana* (Bruselas).

AC — *Acta Sanctorum.*

a.c. — Artículo citado anteriormente o en la Bibliografía.

Alph. — Serie alfabética de los apotegmas; la numeración árabe indica el número de orden en PG 65; las piezas suplementarias proceden de S (cf. *Recherches,* p.95-97 y 89-91).

Amelineau — E. AMELINEAU, *Histoire des monastères de la Basse Égypte* (Annales du Musée Guimet XXV; París 1864).

Anon. — Serie de los anónimos, del cual el comienzo fue publicado por Nau. El número de orden de cada pieza es precedido de N (cf. *Recherches,* p.63-74); las piezas suplementarias son precedidas de J o P *(Recherches,* p. 95-97 y 89-91).

Apophthegmata — W. BOUSSET, *Apophthegmata. Textürlieferung und Charakter der Apophtegmata Patrum* (Tubinga 1923).

BHG — *Bibliotheca Hagiographica Graeca* (Bruselas).

c. — Capítulo(s).

Chaîne — M. CHAÎNE, *Le manuscrit de la version copte en dialecte sahidique des Apophthegmata Patrum* (El Cairo 1960).

Conf. — JUAN CASIANO, *Conférences,* ed. E. Pichery: SCh 42, 54, 64 (París 1955, 1958, 1959).

CPG — *Clavis Patrum Graecorum* (Turhout).

Coll.Cist.	*Collectanea Cisterciana.*
CSCO	*Corpus Sriptorum Christianorum Orientalium* (Lovaina).
DHGE	*Dictionnaire d'Histoire et de Géographie Ecclésiastiques* (París).
Draguet	R. DRAGUET, *Les cinq recensions de l'Ascéticon syriaque d'abba Isaïe* (CSCO 293-294; Lovaina 1968).
DSp	*Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique* (París).
GCS	*Die griechischen christlichen Schriftsteller der ersten drei Jahrhunderte* (Berlín-Leipzig).
HE	*Histoire Ecclésiastique*, dada por RUFINO (PL 21,461-540), dada por SÓCRATES (PG 67,29-841), dada por SOZOMENO (PG 67,844-1629).
HL	*Histoire Lausique*, ed. C. Butler, *The Lausiac History of Palladius* (Cambridge 1904).
HMA	*Historia monachorum in Aegypto*, ed. del texto griego por A.-J. Festugière (Bruselas 1961), y traducción anotada bajo el título: *Enquête sur les moines d'Égypte* (París 1964); texto latino de RUFINO: PL 21,387-462.
Inst. Cén.	JUAN CASIANO, *Institutions Cénobitiques*, ed. J.-C. Guy (SCh 109; París 1965).
JThs	*Journal of Theological Studies* (Oxford).
ms(s).	Manuscrito(s).
n.	Número(s).
o.c.	Obra citada anteriormente o en la Bibliografía.
OCP	*Orientalia Christiana Periodica* (Roma).
p.	Página(s).
PG	*Patrologia Graeca*, ed. J.-P. MIGNE (París).
PL	*Patrologia Latina*, ed. J.-P. MIGNE (París).
PO	*Patrologia Orientalis* (París).

RAM	*Revue d'Ascétique et de Mystique* (Toulousse).
RBén.	*Revue Bénédictine* (Abbaye de Maredsous).
Recherches	J.-C. Guy, *Recherches sur la tradition grecque des Apophthegmata Patrum* (Bruselas 1962, '1984 con Complementos).
RHE	*Revue d'Histoire Ecclésiastique* (Lovaina).
ROC	*Revue de l'Orient Chrétien* (París).
RSR	*Recherches de Science Religieuse* (París).
SCh	Col. Sources Chrétiennes (París).
Schoinas	Τοῦ ὁσίου ἀββᾶ Ἡσαίου λόγοι κθ', ed. S. Choinas (Volos 1962).
Syst.	Colección sistemática, aquí editada: el número del capítulo se indica en números romanos, y el de la pieza en números árabes.
TU	Col. Texte und Untersuchungen zur Geschichte der altchrislichen Literatur (Leipzig).
VP	*Vita Plotini*, trad. S. Mackenna (Londres).

APOTEGMAS DE LOS PADRES DEL DESIERTO

PRÓLOGO AL LIBRO DE LOS ANCIANOS LLAMADO PARAÍSO

1. En este libro[1] son narrados el virtuoso ascetismo, el admirable modo de vida y las palabras de los Santos y Bienaventurados Padres, a fin de estimular y de instruir a aquellos que deseen, imitándolos, practicar con éxito la vida celeste y quieran recorrer el camino que lleva al Reino de los Cielos.

2. Sin embargo, deben saber que los Santos Padres, que fueron los defensores y los maestros de esta bienaventurada vida de los monjes, una vez abrasados en el amor divino y celeste y no teniendo en cuenta nada de lo que para los hombres es hermoso y estimable, se esforzaron, sobre todo, en no hacer nada por ostentación. Recorrieron el camino según Cristo, escapando de las miradas y manteniendo escondidas, por exceso de humildad, la mayoría de sus acciones virtuosas.

3. Por ello, ninguna persona nos ha podido describir con precisión su virtuosa vida. Aquellos que se entregaron a este difícil propósito, no han transmitido por escrito más que fragmentos de sus palabras o acciones virtuosas. Y lo hi-

[1] La redacción del texto de este Prólogo (cuya interpretación es difícil: cf. Introd., p.XXI-XXIV) no es segura: no se lee más que en dos manuscritos testigos del estado más «avanzado» de la colección sistemática normal, W y H. Se puede leer también en el *Caracallou 38,* testimonio de la colección sabaíta (cf. *Recherches,* 222s) que, sin embargo, clasifica los apotegmas según el orden alfabético, y en la compilación tardía (1581) del ms. *Paris. Gr. 1629,* fol. 2. Se utilizarán estos dos últimos manuscritos bajo las siglas *Car* y *Par.* Sólo W da el texto completo. H comienza en el párrafo 6 y termina, como *Car* y *Par,* al final del párrafo 10. La autenticidad del texto es incierta. Toda la primera parte de esté prólogo (hasta el verbo παρέχειν, casi al final del párrafo 4), se encuentra de manera idéntica encabezando la colección alfabética: PG 65,71 A- 73 B.

cieron, no para aportarles algo, sino esforzándose en incitar a sus sucesores a imitarlos. También pusieron, en diferentes épocas, muchas de estas palabras y acciones virtuosas de los Santos Ancianos en forma de relato, con un estilo simple y sin artificio. Lo hacen por un único motivo: ser útiles a muchos.

4. Mas como la mayoría de los relatos, debido a su confusión y su desorden, confundían el espíritu del lector, que no era capaz de abrazar con la memoria el sentido fragmentado y disperso del libro, hemos traído esta presentación por capítulos. Tras su clasificación, reagrupados los dichos sobre los mismos temas, es apta para rendir una utilidad más clara y accesible a quien lo desee. En efecto, un discurso mantenido unánimemente por muchas personas virtuosas, no incita poco a la virtud.

5. Porque cuando abba Antonio dijo que «la humildad traspasa todas las redes del diablo»[2], y otro que «la humildad es un árbol de vida plantado en alto»[3], otro que «la humildad no se irrita y no irrita a nadie»[4], otro más que «si uno dice a otro con humildad: perdóname, quema a los demonios»[5], el espíritu del lector recibe, de todas estas palabras, consuelo para buscar la humildad con gran ardor. Y tú encontrarás lo mismo en los otros capítulos. En efecto, el orden del conjunto de los capítulos y de cada uno en particular es útil sobremanera a quien aborda la lectura del libro.

6. Y puesto que cada capítulo contiene diferentes dichos de los Padres, identificados y no identificados, se debe saber que pusimos primero, en orden alfabético, a los que conocemos su nombre, a menos que, como consecuencia de la desaparición del nombre, también desapareciese la letra del alfabeto por la que comenzaría.

[2] Cf. XV, 3.
[3] Cf. XV, 67 (Hiperiquio).
[4] Cf. XXI, 34. Ver Introd., p.XXIV.
[5] Cf. XV, 98.

7. Además, la concatenación del conjunto de los capítulos no fue, tampoco, establecida en vano o por azar, sino que se encuentra del modo más útil para quien quiera y aplique su espíritu.

8. Comienza, en efecto, luego de las exhortaciones, por las virtudes particulares y practicadas por los monjes[6], es decir, el recogimiento, la compunción, el dominio de sí[7]; después, subiendo un grado, describe poco a poco las virtudes más perfectas; avanza entonces hacia lo que es comunitariamente útil, reagrupa y perfecciona a aquellos que están juntos e infunde consistencia a la vida cenobítica, a saber, la obediencia, la humildad, la caridad[8]. ¿Qué hay más grande, en efecto, o de más utilidad que la obediencia? ¿Qué hay más perfecto que la caridad? ¿Qué hay más elevado que la humildad?

9. Otras cosas siguen a estas virtudes, pero que más que acciones virtuosas, son grandes carismas. En efecto, revelaciones e interpretaciones de las palabras divinas, fuerza para hacer signos y milagros, son evidentemente dones de Dios más que fruto de los esfuerzos del hombre[9]. Pero, quizá no se apartaría de lo que le conviene a aquel que contare con los mismos carismas, el hecho de vivir totalmente distanciado de los hombres y el de o bien estar desnudo o bien alimentarse de hierbas.

10. El conjunto del libro concluye con los apotegmas de los Padres que constituyen un grupo final y enseñan, en resumen, la obra de los monjes[10].

6 Cap. I: «Exhortaciones de los santos Padres a proseguir hacia la perfección».

7 Cap. II, III y IV. El Padre Guy supuso aquí una laguna «que el manuscrito H no logra camuflar». El pasaje desaparecido habría estado situado sobre la escalera de perfección de los capítulos V a VIII.

8 Cap. XIV, XV y XVII; el cap. XVI, sobre la resistencia, no es citado aquí.

9 Cap. XVIII y XIX.

10 Cap. XXI. Nótese que, para el autor del Prólogo, las «piezas complementarias» no forman parte de la colección: *Collation des douze anachorètes* (ed. en *AB* 76 [1958] 419-427), *Dialogue sur les pensées (RAM* 33 [1957] 171-188),

11. Los capítulos son los siguientes:

— Exhortación de los Santos Padres a proseguir hacia la perfección.

— Se debe buscar el recogimiento con todas las fuerzas.

— De la compunción.

— Del dominio de sí, a guardar no solamente en el alimento, sino también en los otros movimientos del alma.

— Diversos dichos para reconfortar en los combates que suscita en nosotros la fornicación.

— De la pobreza y, también, de que es necesario guardarse de la avaricia.

— Diversos dichos para entrenarnos en la resistencia y el combate.

— No se debe hacer nada por ostentación.

— No hay que juzgar a nadie.

— Del discernimiento.

— De la necesidad de velar constantemente.

— De la oración constante.

— Se deben practicar con alegría la hospitalidad y la misericordia.

— De la obediencia.

— De la humildad.

— De la resistencia al mal.

— De la caridad.

— De la clarividencia.

— De los (ancianos) que hacían milagros.

— De la conducta virtuosa.

— Apotegmas de los que envejecieron en la ascesis, mostrando, en resumen, su eminente virtud.

Dialogue sur la contemplation (RSR 50 [1962] 230-241), *Sept Chapitres de Moïse à Poemen* (cf. *Alph.,* Moïse G 14-18: *Recherches,* 27).

CAPÍTULO I

EXHORTACIÓN DE LOS SANTOS PADRES A PROSEGUIR HACIA LA PERFECCIÓN

1. Preguntó uno al abba Antonio: «¿Qué debo hacer para agradar a Dios?». El anciano le respondió: «Guarda esto que te mando: donde quiera que vayas, ten siempre a Dios ante tus ojos; en todo lo que hagas, busca siempre la aprobación de las Sagradas Escrituras; y donde quiera que vivas, no cambies fácilmente de lugar. Guarda estas tres cosas y te salvarás».

2. El abba Pambo le preguntó al abba Antonio: «¿Qué debo hacer?». El anciano respondió: «No confíes en tu justicia; no te lamentes del pasado y domina tu lengua y tu gula».

3. Dijo san Gregorio: «Dios exige tres cosas de todo bautizado: una fe recta para el alma, dominio de la lengua; castidad para el cuerpo».

4. Otro dijo que uno de los Padres había dicho: «Una comida habitualmente escasa y mal condimentada, unida a la caridad, lleva muy rápidamente al monje al puerto de la apatheia[1]»[2].

[1] *Apatheia:* Impasibilidad. No consiste en la extinción de las pasiones, sino en su perfecto dominio en aquel que está estrechamente unido a Dios.

[2] El anónimo autor de esta sentencia y de la siguiente es Evagrio Póntico. El copista ha suprimido su nombre, sospechoso de heterodoxia, pero manteniendo estas dos piezas en su orden alfabético normal. La traducción latina conserva el nombre de Evagrio (que se encontraba, pues, todavía en su modelo). Estas dos piezas fueron extraídas del *Tratado práctico,* n.91 y 95 (ed. A. y C. Guillaumont, SCh 171,692 y 700); el n.4 se lee también en *Alph.*, y el n.5 en HL 38 (Butler, p.123, 1-3).

5. Dijo también: «Anunciaron a un monje la muerte de su padre, y el monje le dijo al mensajero: "Deja de blasfemar; mi padre es inmortal"»[3].

6. El abba Macario dijo al abba Zacarías: «Dime, ¿cuál es el trabajo del monje?». «¿Y tú, Padre, me preguntas eso?», le respondió. Y el abba Macario le dijo: «Tengo plena confianza en ti, hijo mío Zacarías, pero hay alguien que me impulsa a preguntarte». Y Zacarías respondió: «Para mí, Padre, el monje es aquel que se hace violencia en todo».

7. El abba Isaías[4] el Sacerdote dijo: «Uno de los Padres decía que el hombre tiene que adquirir, ante todo, la fe en Dios, y desear a Dios sin cesar, y la ausencia de maldad, y no devolver mal por mal [cf. Rom 12,17], y la austeridad, y la humildad, la pureza, el amor de los hombres, la caridad hacia todos, la sumisión, la dulzura, la longanimidad, la resistencia, el deseo de Dios, y suplicar a Dios sin cesar en la compunción del corazón y en una caridad verdadera para olvidar lo que está atrás, y esforzarse por alcanzar lo que viene [cf. Flp 3,13], y no enorgullecerse de su buena obra, es decir, de su servicio, e implorar la ayuda de Dios a causa de lo que ocurre sin cesar cada día»[5].

8. Un hermano pidió al abba Isaías una palabra. Y el viejo le respondió: «Si quieres seguir a nuestro Señor Jesús, guarda su palabra; y si quieres que tu hombre viejo sea crucificado con él, tienes que apartar de ti, hasta que mueras, lo que te apea de la cruz; y tienes que prepararte a llevar sobre ti el desprecio y a apaciguar el corazón de los que te hacen daño, a humillarte ante los que quieren someterte, a guardar silencio y a no juzgar a las personas en tu corazón»[6].

[3] EVAGRIO, *Tratado práctico,* ed. Guillaumont, p.700.

[4] Esta pieza y las cuatro siguientes representan un estrato redaccional posterior (cf. *Recherches,* 183s). Sobre este Isaías, ver L. REGNAULT, «Isaïe de Scété ou de Gaza? Notes critiques en marge d'une introduction au problème isaïen»: *RAM* 46 (1970) 33-44. Son préstamos de los *Logoi* de Isaías.

[5] Schoinas, p.41; Draguet, p.402.

[6] Schoinas, p.167; Draguet, p.426.

9. Dijo también: «El cansancio, la pobreza, la vida como forastero, el coraje y el silencio engendran la humildad, y la humildad elimina multitud de faltas; mas para el que no observa esto, el renunciamiento es vano»[7].

10. Dijo también: «Aborrezco todo lo que es del mundo y el descanso del cuerpo, porque es allí dónde te haces un enemigo de Dios [cf. Flp 3,13]. Asimismo, cuando un hombre tiene un enemigo, combate con él; así nosotros debemos combatir con el cuerpo para no darle reposo»[8].

11. Un hermano preguntó al abba Isaías sobre la frase de la oración del Evangelio: «¿Qué significa: *santificado sea tu nombre* [Mt 6,9]?». Y él respondió: «Esto concierne a los perfectos; porque es imposible que el nombre de Dios sea santificado en nosotros mientras estamos dominados por una pasión»[9].

12. Decían del abba Teodoro de Fermo que adelantaba a todos en estos tres principios: no poseer nada, la abstinencia y el huir de los hombres.

13. El abba Juan el Enano dijo: «Me gusta que el hombre posea algo de todas las virtudes. Por eso, cada día al levantarte, ejercítate en todas las virtudes y guarda con mucha paciencia el mandato de Dios, con temor y longanimidad, en el amor de Dios, con esfuerzo de alma y cuerpo y con gran humildad. Sé constante en la aflicción del corazón y en la observancia, con mucha oración y súplicas, con gemidos, guardando la pureza y los buenos modales en el uso de la lengua y la modestia en el de los ojos. Sufre con paciencia las injurias sin dar lugar a la ira. Sé pacífico y no devuelvas mal por mal [cf. Rom 12,17]. No te fijes en los defectos de los demás, no te exaltes a ti mismo, antes al contrario, con mucha humildad, sométete a toda criatura, renunciando a todo lo material y a lo que es según la carne.

[7] Schoinas, p.85; Draguet, p.429.
[8] Schoinas, p.169; Draguet, p.429.
[9] Schoinas, p.169; Draguet, p.430.

Por la mortificación, la lucha, la pobreza de espíritu, buena voluntad y ascesis espiritual: con ayuno, paciencia, lágrimas, dureza en la batalla, con discreción de juicio, pureza de alma, percibiendo el bien con paz y trabajando con tus manos [cf. 2 Tes 3,12]. Vela de noche, soporta el hambre, la sed, el frio y la desnudez [cf. 2 Cor 11,27], los trabajos. Enciérrate en un sepulcro como si estuvieses muerto, de modo que a todas horas sientas que tu muerte está cerca».

14. El abba José de Tebas dijo: «Tres clases de personas son gratas a los ojos de Dios: primero los enfermos que padecen tentaciones y las aceptan con acción de gracias; en segundo lugar, los que obran con toda pureza delante de Dios, sin mezcla de nada humano; en tercer lugar, los que solamente obedecen a su padre espiritual renunciando a su propia voluntad»[10].

15. El abba Casiano cuenta del abba Juan que había ocupado altos puestos en su congregación y que fuera ejemplar en su vida. Estaba a punto de morir y marchaba alegremente y de buena gana al encuentro del Señor. Lo rodeaban los hermanos y le pidieron que les dejase como herencia una palabra, breve y útil, que les permitiese elevarse a la perfección que da en Cristo. Y él dijo gimiendo: «Nunca hice mi propia voluntad, y nunca enseñé nada a nadie que no practicase antes yo mismo»[11].

16. Un hermano preguntó al abba Macario el Grande sobre la perfección. Y el anciano le respondió: «Si el hombre no obtiene una gran humildad en su corazón y en su cuerpo; y no deja de medirse a sí mismo sea como sea, pues debe situarse humildemente por debajo de toda criatura; y no juzga

[10] En *Alph.*, José el Tebano 1, el texto continúa: ἔχει δὲ οὗτος ἕνα στέφανον πρισσον· ἐγὼ δὲ τὴν ἀσθένειαν ἥρεσαμεν. Más destinada al uso de las comunidades, la colección sistemática no ha juzgado oportuno coronar especialmente esta tercera categoría, difícilmente compatible con las exigencias de la sumisión a una regla común.

[11] Tomada de CASSIEN, *Institutions cénobitiques*, V, 28 (ed. J.-C. Guy, SCh 109,236).

absolutamente a nadie, sino solamente a sí mismo; y deja de dar soporte al insulto; debe arrancar de su corazón toda malicia; debe obligarse a ser longánimo, útil, amigo de los hermanos, templado, maestro de sí mismo —está escrito, en efecto: *Al reino de los cielos se le hace violencia, y los violentos pretenden acabar con él* [Mt 11,12]—; y ver con sus ojos las cosas rectas; mantener la guardia de la lengua; desviarse de sentir cosas vanas y destructoras para el alma; y practicar la justicia de las manos; la pureza del corazón hacia Dios; debe poseer un cuerpo sin mancha; y tener diariamente ante los ojos el recuerdo de la muerte y el renunciamiento a la cólera y a la malicia espirituales, el renunciamiento al diablo y a todas sus obras, para manifestar el apego sólido a Dios, el rey supremo, y a todos sus mandos, y ser cercano a Dios sin cesar, en cualquier momento y en todas las cosas y obras. Si no practica todo esto, no puede ser perfecto»[12].

17. El abba Marcos dijo: «La ley de la libertad enseña toda verdad. Y muchos leen esta ley según el conocimiento, pero otros la interpretan según la analogía y el cumplimiento de los mandamientos. No busca su perfección en virtudes humanas, pues en ellas no se encuentra nada perfecto. La perfección de esta ley, efectivamente, está escondida en la cruz de Cristo»[13].

18. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Hay algo bueno para que yo haga y viva en ello?». El anciano respondió: «Solo Dios sabe lo que es bueno. Sin embargo, he oído decir que un Padre preguntó al abba Nisterós el Grande, un amigo del abba Antonio: «¿Cuál es la obra buena para que yo la haga?». Y él respondió: «¿Acaso no son todas las obras iguales? La Escritura dice: "Abrahán ejerció la hospitalidad y Dios estaba con él [cf. Gén 18,2ss]. Elías amaba la quietud, y Dios estaba con él. David era humilde

[12] Cf. *Thesaurus asceticus* de Possevin, n.1 (PG 34,232 D).

[13] Tomado de MARCOS EL ERMITAÑO, *De lege spirituali,* 28-29 (PG 65,909 A).

y Dios estaba con él". Por tanto, aquello a lo que veas que tu alma aspira según Dios, hazlo, y guarda tu corazón».

19. El abba Pastor decía del abba Nisterós que al igual que la serpiente de bronce en el desierto curaba a cualquiera que la mirase [cf. Núm 21,9], así era el anciano: poseyendo toda virtud, incluso sin decir nada, curaba a todo el mundo.

20. El abba Pastor dijo: «La guarda del corazón, el examen de uno mismo y el discernimiento, son las tres virtudes que guían al alma».

21. Dijo también: «Dios dio a Israel esta forma de vivir: abstenerse de lo que es contra la naturaleza, es decir, de la ira, de la cólera, de la envidia, del odio, de la calumnia contra los hermanos; en resumen, de todo lo que es del pasado».

22. Un hermano preguntó al abba Pastor: «¿Cómo debe vivir un hombre?». El anciano le respondió: «Ahí tienes a Daniel, contra el que no se encontraba otra acusación más que el culto que daba a su Dios» [cf. Dan 6,5s].

23. Dijo también: «La pobreza, la tribulación y la discreción son las tres obras de la vida solitaria. En efecto, dice la Escritura: *Si estos tres hombres, Noé, Job y Daniel, estuviesen allí...* [cf. Ez 14,14]. Noé es la figura de la pobreza, Job de la pena y Daniel del discernimiento. Si estas tres virtudes se encuentran en un hombre, Dios habita en él»[14].

24. El abba Pastor dijo: «Si el hombre odia dos cosas, puede librarse de este mundo». Y un hermano le preguntó: «¿Qué cosas son esas?». Y dijo el anciano. «El bienestar y la vanagloria».

[14] *Alph.*, Pastor 60, da un texto degradado donde aparecen cuatro «instrumentos» (στενοχωρία ετ νηστεία reemplazan διάκρισις), con no obstante la misma referencia a los tres personajes, de los cuales Daniel, sigue siendo figura del discernimiento. ORW omiten el discernimiento. Anotar que Noé, Job y Daniel figuran aquí como instrumentos de la vida solitaria, mientras que Agustín los aplicará a los tres órdenes de fieles (sacerdotal, monacal y conyugal), simbolismo tomado de Gregorio el Grande (cf. Y. CONGAR, «Laïcat», en DSp IX [1976] col. 83) que seguirá toda una tradición medieval (p.ej. JONAS DE ORLEANS, *De institutione laicali* II, 1: PL 106,196 D-170 A).

25. Se dice que el abba Pambo, en el momento de abandonar esta vida, dijo a los santos varones que lo acompañaban: «Desde que vine a este desierto, edifiqué mi celda y la habité, no recuerdo haber comido mi pan sin haberlo ganado con el trabajo de mis manos, ni haberme arrepentido de ninguna palabra que haya dicho hasta el momento. Y sin embargo, me presento ante el Señor como si no comenzase a servir a Dios».

26. El abba Sisoés dijo: «Despréciate a ti mismo, arroja fuera de ti los placeres, libérate de las preocupaciones materiales y encontrarás descanso».

27. El abba Chamé, a punto de morir, dijo a sus discípulos: «No viváis con herejes, ni os relacionéis con poderosos, ni alarguéis vuestras manos para recibir, sino solo para dar».

28. Un hermano preguntó a un anciano sobre la vida. El anciano dijo: «Come la paja, transporta la paja, duerme sobre la paja», es decir, desprecia todo, pero adquiere un corazón de hierro[15].

29. Un hermano preguntó a un anciano: «Padre, ¿cómo viene al hombre el temor de Dios?». Y respondió el anciano: «Si el hombre practica la humildad y la pobreza y no juzga a los demás, se apoderará de él el temor de Dios».

30. Un anciano dijo: «Que el temor, la privación de alimento y la compunción habiten en ti».

31. Dijo un anciano: «No hagas a otro lo que tu detestas. Si odias al que habla mal de ti, no hables tampoco mal de los demás. Si odias al que te calumnia, no calumnies a los demás. Si odias al que te desprecia, al que te injuria, al que te roba lo tuyo o te hace cualquier otro mal semejante, no hagas nada de esto a tu prójimo. Basta guardar esta palabra para salvarse».

[15] La paja representa aquí el abajamiento al rango de los animales: cf. XV, 131: ἐμοὶ γὰρ χόρτος καὶ ἡ τροφὴ τῶν ἀλόγων πρέπει.

32. Un anciano dijo: «La vida del monje es el trabajo, la obediencia, la meditación, el no juzgar, no criticar, ni murmurar, porque está escrito: "El Señor ama a los que odian el mal" [Sal 96,10]. La vida del monje consiste en no andar con pecadores, ni ver con sus ojos el mal, ni obrar ni mirar con curiosidad, ni inquirir ni escuchar lo que no le importa. Sus manos no se apoderan de cosas, sino que las reparten. Su corazón no es soberbio, su pensamiento permanece sin malevolencia, su vientre, sin hartura. En todo, obra con discreción. En todo esto consiste ser monje».

33. Un anciano dijo: «El que no recibe a todos los hombres como a los hermanos, sino que hace distinciones, no es perfecto»[16].

34. Dijo un anciano: «Pide a Dios que ponga en tu corazón la compunción y la humildad. Ten siempre presentes tus pecados y no juzgues a los demás. Sométete a todos y no tengas familiaridad con mujeres, ni con niños, ni con herejes. No te fíes de ti mismo, sujeta la lengua y el apetito y prívate del vino. Y si alguien habla contigo de cualquiera cosa, no discutas con él. Si lo que te dice está bien, di "bien"; si está mal, di "tú sabrás lo que dices". Y no disputes con él de lo hablado. Y así tu alma tendrá paz».

35. Un hermano preguntó a uno de los Padres: «¿Qué es la vida?». Aquel respondió: «Una boca sincera, un cuerpo santo, un corazón puro, no pensar en regresar al mundo, una salmodia con compunción, vivir en el recogimiento y no pensar en nada más que esperar al Señor».

36. Un anciano dijo: «Ejerce la mansedumbre, la resignación, la longanimidad y la caridad, porque esto es el monje».

37. Dijo también: «La definición de "cristiano" es "imitación de Cristo"»[17].

[16] Cf. XXI, 62 (doblete).
[17] PG 31,1028.

Capítulo II

SE DEBE BUSCAR EL RECOGIMIENTO CON TODAS LAS FUERZAS

1. El abba Antonio dijo[1]: «Los peces que se paran sobre tierra firme, mueren. Del mismo modo, los monjes que pasan tiempo fuera de su celda, o que pierden su tiempo con la gente del mundo, se alejan de su propósito de recogimiento. Conviene, pues, que lo mismo que el pez al mar, volvamos a nuestra celda lo antes posible. No sea que tardando fuera, olvidemos la vigilancia interior».

2. Dijo también: «El que permanece en la soledad y en el recogimiento se libera de tres géneros de lucha: la del oído, la de la palabra y la de la vista. No le queda más que un solo combate: el del corazón»[2].

3. El abba Arsenio, cuando todavía estaba en palacio, oró al Señor diciendo: «Señor, condúceme a la salvación». Y oyó una voz que le dijo: «Arsenio, huye de los hombres y te salvarás».

4. El mismo, una vez incorporado a la vida monástica, oró de nuevo con las mismas palabras. Y escuchó la voz

[1] Esta comparación, tomada de la *Vida de Antonio* c.53, fue recuperada muy a menudo más tarde. Un solo ejemplo, interesante porque no remite tampoco a Antonio sino a las Escrituras: «Puesto que las Santas Escrituras nos dicen que el monje no puede vivir fuera de su claustro sin pecado mortal, del mismo modo que el pez no puede vivir sin agua» (Hugues de Digne, *Sermón* de 1254, recogido por Joinville, *Histoire de saint Louis,* citado en *Cahiers de Fanjeaux* X [1975] 73).

[2] Se ha conservado τῆς καρδίας, que se lee en todos los manuscritos, y así en *Alph.,* Antonio 11; pero que quizás se tendría que leer τῆς ἀκηδίας, según XII, 21 donde, después de la misma trilogía (hablar, escuchar, ver), el combate indicado es el de la acedía.

que decía: «Arsenio, huye, calla y practica el recogimiento; estas son las raíces para no pecar».

5. El abba Marcos dijo al abba Arsenio[3]: «¿Con qué objetivo huyes de nosotros?». El anciano le dijo: «Dios sabe que los amo, pero no puedo estar con Dios y con los hombres. Los millares y miríadas celestiales tienen una sola voluntad, pero los hombres muchas. No puedo entonces abandonar a Dios para estar con los hombres».

6. Fue una vez el bienaventurado arzobispo Teófilo con un notable a visitar al abba Arsenio, e interrogaba al anciano para oír de él una palabra. Después de callar por un corto tiempo, respondió: «¿Observarán lo que les diga?». Ellos prometieron que lo guardarían. Entonces, les dijo el anciano: «Donde oigan que está Arsenio, no se acerquen».

7. Deseando otra vez el arzobispo encontrarse con él, envió a preguntarle si lo recibiría. El anciano le dio esta respuesta: «Si vienes, te recibiré. Pero si te recibo a ti, recibiré a todos, y entonces no permaneceré ya aquí». Al oír esto dijo el arzobispo: «Si voy allí para expulsarlo, no iré más a verlo».

8. Llegó una vez el abba Arsenio a un lugar en el que había cañas, que el viento agitaba. Dijo entonces el anciano a los hermanos: «¿Qué es este movimiento?». Le respondieron: «Son cañas». Les dijo el anciano: «Si uno permanece en el recogimiento y oye el canto de un pajarillo, ya no tiene el corazón la misma tranquilidad. Cuanto más ustedes, que tienen el movimiento de estas cañas»[4].

9. Decían que la distancia hasta su celda era de dos millas[5] y que rara vez salía de ella, pues otros se encargaban de llevarle lo que necesitaba. Pero cuando Scitia fue devas-

[3] La versión latina da esta sentencia en XVII, 6.

[4] Cf. XVI, 23, donde un «santo anciano» no se molesta por las indecentes palabras pronunciadas delante de su ermita.

[5] Se ha decidido adoptar «dos millas», dada solamente por O contra HW*l* y también *Alph.*, Arsenio 21, ya que «treinta y dos millas» sería inverosímil.

tado, marchó de allí llorando y dijo: «El mundo ha perdido Roma y los monjes han perdido Scitia».

10. Mientras el abba Arsenio vivía en Canope, vino desde Roma para verlo una virgen de familia senatorial, muy rica y temerosa de Dios. Fue recibida por Teófilo, el arzobispo, al cual rogó que convenciera al anciano para que la recibiera. Acudió donde estaba él y lo invitó, diciendo: «Una mujer, de rango senatorial, ha venido desde Roma y desea verte». Pero el anciano no accedió a ir a su encuentro. Cuando se lo dijeron a ella, mandó ensillar los asnos, diciendo: «Confío en Dios que lo he de ver. No he venido a ver un hombre, porque hay muchos hombres en nuestra ciudad; he venido a ver a un profeta». Al llegar cerca de la celda del anciano, se encontró con él, que estaba fuera de la celda por divina disposición. Cuando lo vio, ella se prosternó a sus pies. Pero él la levantó airado y, mirándola, le dijo: «Si quieres ver mi rostro, míralo aquí». Ella, en cambio, no miraba su cara por vergüenza. Le dijo el anciano: «¿No habías oído acerca de mi ocupación? Debías haberlo tenido en cuenta. ¿Cómo osaste emprender semejante travesía? ¿No sabes acaso que eres mujer, y que no conviene que vayas a cualquier sitio? ¿O es que, cuando vuelvas a Roma, dirás a las demás mujeres: "He visto a Arsenio", y se convertirá el mar en camino para las mujeres que vendrán hasta mí?». Dijo ella: «Si el Señor lo quiere, no permitiré que venga nadie. Pero ruega por mí y recuérdame siempre». Él le respondió: «Pido a Dios que borre tu recuerdo de mi corazón». Al oír esto, ella se retiró conmovida. Llegó a la ciudad y por la tarde cayó con fiebre. Mandó decir al bienaventurado Teófilo, el arzobispo, que estaba enferma. Acudió él donde se encontraba la mujer, y le pedía que le dijese la causa de su enfermedad. Le respondió: «Ojalá no hubiese venido nunca. Porque le pedí al anciano: "Acuérdate de mí", y me respondió: "Pido a Dios que borre tu recuerdo de mi corazón". Entonces yo muero de tristeza».

Le dijo el arzobispo: «¿No sabes que eres mujer, y que por medio de las mujeres ataca el enemigo a los santos? Por eso el anciano habló de esa manera. Por tu alma, empero, rezará siempre». De este modo curó su pensamiento, y ella volvió a su casa con alegría.

11. Fueron unos ancianos a ver al abba Arsenio, y le rogaron insistentemente que lo recibiese. Él les abrió la puerta, y ellos le pidieron que les hablase acerca de los que viven en el recogimiento y no se juntan con nadie. Le dijo el anciano: «Mientras la joven está en casa de su padre, muchos quieren casarse con ella. Pero cuando toma marido, ya no agrada a todos. Unos la desprecian, otros la alaban, y no es estimada como antes, cuando vivía oculta. Lo mismo vale para las cosas del alma; una vez que se divulgan, ya no pueden contentar a todos».

12. El abba Diadoco dijo: «Del mismo modo que las puertas de los baños continuamente abiertas hacen salir muy rápidamente el calor afuera, así el alma, cuando habla con todos, incluso si habla de cosas buenas, disipa su propio calor por la puerta de la palabra. Es, pues, bonito, el silencio oportuno, ya que es la madre de los pensamientos más prudentes»[6].

13. Dijo el abba Dulas: «Si el enemigo nos obliga a abandonar el recogimiento, no lo escuchamos, porque no hay nada igual a él[7] ni al ayuno. Ambos se unen para ayudar contra el enemigo. Dan, en efecto, agudeza a la mirada interior».

14. Dijo también: «Recorta la abundancia de afectos, no sea que la lucha contra tu espíritu sea grande y agite el régimen de tu recogimiento»[8].

[6] Tomado de DIADOCO DE FOTICÉ: *Chapitres gnostiques* 70 (SCh 5 bis,130).

[7] Se refiere a que no hay nada igual al recogimiento.

[8] Tomada de EVAGRIO, *Rerum mon. rationes* 8 (PG 40,1260 C); se encuentra dos veces en *Alph.,* Evagrio 2 y Dulas 2. Aquí parece ser atribuida a Dulas.

15. Un hermano preguntó al abba Isaías[9]: «¿Cómo tiene que recogerse uno en la celda?». El anciano respondió: «Recogerse en la celda, es lanzarse uno mismo a la presencia de Dios y hacer lo posible por oponerse a todo pensamiento sembrado por el enemigo: porque estar en la celda es huir del mundo». El hermano dijo: «¿Qué es el mundo?». El anciano respondió: «El mundo, es el estorbo de los asuntos; el mundo, es hacer lo que va contra la naturaleza y realizar tu propia voluntad según la carne; el mundo, es pensar que se permanece en este siglo; el mundo, es la suciedad del cuerpo en detrimento del alma y se glorifica en que abandones. Y no digo esto por mí mismo, sino que es Juan el Apóstol quien lo dice: *No améis al mundo ni lo que hay en el mundo* [1 Jn 2,15]».

16. Dijo también[10]: «El que vive en el recogimiento debe preguntarse a sí mismo a todas horas para saber si ha escapado a los que, en el aire, lo retienen, y si se ha liberado de ellos mientras todavía está en el cuerpo. En efecto, mientras permanezca sometido a su esclavitud, no puede vivir en el recogimiento».

17. Un hermano le preguntó[11]: «¿Qué debe hacer el que vive en el recogimiento?». Y él dijo: «El que vive en el recogimiento necesita tres obras: tener un continuo temor de Dios, implorar con perseverancia, y no separar su corazón del recuerdo de Dios».

18. Uno decía del abba Isidoro el Sacerdote que cuando un hermano iba a su casa, él se refugiaba en el interior de su celda. Y los hermanos le dijeron: «Abba Isidoro, ¿qué es lo que haces?». Y él dijo: «Las bestias salvajes también escapan y huyen hacia sus guaridas». Dijo esto para provecho de los hermanos.

[9] Schoinas, p.125; Draguet, p.253.
[10] Schoinas, p.167; Draguet, p.426.
[11] Schoinas, p.171; Draguet, p.435.

19. Vino un hermano a Scitia para visitar al abba Moisés, pidiéndole una palabra. El anciano le dijo: «Ve, siéntate en tu celda y tu celda te lo enseñará todo».

20. Dijo el abba Moisés: «El hombre que huye se parece a la uva madura, pero el que está entre los hombres es como la uva verde».

21. El abba Marcos dijo: «El que quiere franquear el mar inteligible es paciente, humilde, vela, se domina. Fuera de estas cuatro cosas, si alguien se esfuerza por avanzar, enturbia el corazón, pero no puede atravesar».

21 bis. Dijo también: «El recogimiento es útil, porque rinde los vicios ineficaces; pero si, en la oración, adjunta estas cuatro virtudes como una ayuda a la impasibilidad, nada es más rápido».

21 ter. Dijo también: «No es posible que el espíritu se recoja sin huir del cuerpo, ni suprimir la barrera que los separa sin el recogimiento y la oración».

22. Dijo también: «Es porque no ve lo que perjudica que el recogimiento sea bueno. El pensamiento no recibe eso que no vio, y lo que no se encuentra en él no pone en movimiento el recuerdo por la imaginación, y lo que no pone en movimiento la memoria no excita la pasión. Y cuando la pasión no es excitada, el hombre posee en su interior una serenidad profunda y una gran paz».

23. El abba Nilo dijo: «El que ama el recogimiento permanece invulnerable a las flechas del enemigo; pero el que se mezcla con la multitud, recibirá frecuentes heridas. En efecto, estando tranquilo, la parte irascible se vuelve más moderada, y el deseo, en el recogimiento, se habitúa a reaccionar más dulcemente según la razón. En una palabra, toda pasión que no es excitada progresa lentamente hacia la mesura y cesa completamente, olvidando, con el tiempo, lo que es sin acción propia, y no le quedan más que los recuerdos de las cosas, habiendo desaparecido la disposición pasional».

24. El abba Pastor dijo: «El origen de los males es la distracción».

25. Dijo también: «Conviene huir de las cosas corporales. Puesto que cuando el hombre se encuentra junto al combate carnal, se asemeja a un hombre que permanece inmóvil cerca de un lago profundo y a quien el enemigo lo precipita con facilidad hacia abajo, a la hora que le plazca. Pero si se encuentra lejos de las cosas corporales, se parece al varón que permanece lejos del lago, de modo que, si lo tomara el enemigo para arrojarlo en él, mientras tira de él con violencia, Dios le envía su auxilio.

26. El abba Abrahán, discípulo del abba Sisoés, le decía en cierta ocasión: «Padre, has envejecido, acerquémonos un poco al mundo habitado». Y el abba Sisoés le respondió: «Vayamos adonde no haya mujer». Y su discípulo le contestó: «Fuera del desierto, ¿dónde existe lugar donde no haya mujer?». Respondió el anciano: «Entonces llévame al desierto».

27. Amma Sinclética dijo: «Muchos de los que estaban sobre el monte perecieron, porque sus obras eran las del mundo. Es mejor vivir con mucha gente y llevar en espíritu una vida solitaria, que estar solo y vivir en espíritu con la multitud».

28. Un anciano dijo: «El monje debe buscar siempre el recogimiento para hacer caso omiso a posibles desgracias corporales».

29. Uno contó que tres *philoponoi*[12], amigos entre ellos, se hicieron monjes. Uno de ellos escogió reconciliar a los que tenían pleitos, según lo que está escrito: *Bienaventurados los que buscan la paz* [Mt 5,9]. El segundo se propuso visitar a los enfermos. El tercero se fue a vivir en el reco-

[12] Sobre los *philoponoi*, «miembros de comunidades religiosas que participaban activamente en la vida de sus iglesias», ver E. Wipszycka, «Les confréries dans la vie religieuse de l'église chrétienne», en *Proceedings of the Tweth International Congress of Papyrology* (Toronto 1970) 511-525.

gimiento al desierto. El primero, agotado entre los pleitos de los hombres, no podía pacificarlos a todos. Desalentado, se fue junto al que ayudaba a los enfermos y lo encontró desanimado también, incapaz de cumplir el mandamiento divino. De común acuerdo fueron al encuentro del que se había retirado al desierto, y le contaron sus tribulaciones y le rogaron que les dijera a que situación había llegado. Este quedó un momento en silencio, y llenando una copa de agua les dijo: «Mirad esta agua»; estaba turbia. Y poco después añadió: «Mirad ahora como se ha vuelto transparente». Se inclinaron sobre el agua y vieron en ella su rostro como en un espejo. Y les dijo: «Esto sucede al que vive en medio de los hombres: el desorden no le permite ver sus pecados, pero si recurre al recogimiento, sobre todo en el desierto, descubrirá sus pecados».

30. Un anciano dijo: «El que quiera permanecer en la celda, que no entable relación con nadie, sobre todo con nadie que le haga daño».

31. Un anciano le dijo: «Aquel que tiene cerca de él a Jesús y que se entretiene con él hace bien si no presenta a nadie en su celda».

32. Un gran anciano, yendo hacia el río, encontró una zona tranquila. Estableciéndose allí, cortó tres pequeños juncos en el río, y trenzó una cuerda que lanzó en el río. E hizo esto hasta que llegó la gente que lo vio. Entonces se retiró. No trabajaba, en efecto, porque lo necesitase, sino para la pena y el recogimiento.

33. Un anciano dijo: «Igual que sobre un camino frecuentado no crece ninguna verdura, incluso si se tira allí la semilla, porque el espacio es pisado, así va también para nosotros: abstente tú de todo asunto y verás salir cosas de las cuales no sabías que estaban en ti, ya que las pisabas».

34. Uno de los santos dijo: «Es imposible para el hombre, cuando goza mucho tiempo de la dulzura del mundo, gozar de la dulzura de Dios. Que pruebe, al con-

trario, la dulzura de Dios y odiará el mundo, según está escrito: *Nadie puede servir a dos señores* [Mt 6,24]. Y para nosotros, cuando queremos mucho tiempo la frecuentación de los hombres y el descanso del cuerpo, no podemos gozar de la dulzura de Dios. Ahora bien, digo esto: si alguien permanece en su celda y practica allí el silencio, atendiendo con toda su alma a la oración y al trabajo, puede ser salvado en este siglo».

35. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Qué es el recogimiento y cuál es su utilidad?». Y el anciano le dijo: «El recogimiento es permanecer en la celda con conocimiento y temor de Dios, manteniéndose apartado del rencor y del sentimiento de superioridad. Un recogimiento tal es generador de todas las virtudes y protege al monje de las flechas encendidas del enemigo [cf. Ef 6,16], impidiendo que sea herido. ¡Oh recogimiento, progreso de los solitarios! ¡Oh recogimiento, escalera celeste! ¡Oh recogimiento, camino del reino de los Cielos! ¡Oh recogimiento, madre de la compunción! ¡Oh recogimiento, que procuras la penitencia! ¡Oh recogimiento, espejo de las faltas, que le enseñas al hombre sus pecados! ¡Oh recogimiento, que no impides las lágrimas ni los gemidos! ¡Oh recogimiento, que vuelves luminosa el alma! ¡Oh recogimiento, que generas dulzura! ¡Oh recogimiento, compañero de la humildad! ¡Oh recogimiento, que conduces al hombre a un estado pacífico! ¡Oh recogimiento, que haces hablar con los ángeles! ¡Oh recogimiento, que alumbras el espíritu! ¡Oh recogimiento, asociado al temor de Dios, vigilante de los pensamientos y compañero del discernimiento! ¡Oh recogimiento, que generas todo bien, apoyo del ayuno, freno de la lengua y obstáculo a la gula! ¡Oh recogimiento, escuela de oración y escuela de lectura! ¡Oh recogimiento, calma de los pensamientos y puerto protegido! ¡Oh recogimiento, que conmueves a Dios, arma de los nuevos, que mantiene un pensamiento del cual uno no se arrepiente y que conserva

sin trastorno a los que quieren permanecer en su celda! ¡Oh recogimiento, yugo llevadero y carga ligera [cf. Mt 11,30], que descansas y llevas a quien te lleva! ¡Oh recogimiento, joya del alma y del corazón! ¡Oh recogimiento, que no se preocupa más que de lo que le concierne, que le habla a Cristo, que tiene sin cesar la muerte delante de los ojos! ¡Oh recogimiento, freno para los ojos, las orejas y la lengua! ¡Oh recogimiento, que cada día y cada noche atiende a Cristo, conserva la lámpara encendida [cf. Mt 25,1-13] —porque, deseando a Cristo, cantas sin cesar: *Mi corazón está listo, oh Dios, mi corazón está listo* [Sal 56,8]—! ¡Oh recogimiento, que suprimes la frivolidad y que, en lugar de la risa, procuras las lágrimas a quien te posee! ¡Oh recogimiento, enemigo de la impudicia, que odias la familiaridad y que atiendes siempre a Cristo! ¡Oh recogimiento, prisión de las pasiones! ¡Oh recogimiento, campo de Cristo llevando bonitas siegas! Sí, hermano; adquiere esta virtud y te salvarás de la muerte»[13].

[13] Este largo elogio del recogimiento es una ampliación de *Alph.*, Rufus, sin que sea posible saber si esta exhortación es abreviada por *Alph.*, o si, al contrario, no es más que una glosa posterior.

CAPÍTULO III

DE LA COMPUNCIÓN

1. El abba Antonio dijo: «Teniendo delante de los ojos el temor de Dios, acordémonos siempre de la muerte, rechacemos el mundo y todo lo que allí se encuentra, rechacemos todo descanso corporal, renunciemos a esta vida con el fin de vivir para Dios [cf. Rom 6,11]. Puesto que es eso lo que él espera de nosotros para el día del juicio. Tengamos hambre, tengamos sed, estemos desnudos, velemos, estemos en la pena, gimamos en nuestro corazón, experimentemos si nos volvemos dignos de Dios, amemos la aflicción con el fin de encontrar a Dios, menospreciemos la carne para que nuestra alma sea salvada».

2. Dijo también[1]: «Cuando estés en tu celda, recógete y piensa en el día de la muerte. Represéntate ese cuerpo cuya vida desaparece: piensa en esta calamidad, acepta el dolor y aborrece la vanidad de este mundo. Sé humilde y vigilante para que puedas perseverar siempre en tu vocación al recogimiento y no vacilarás. Acuérdate también del día de la resurrección y trata de imaginarte aquel juicio divino, terrible y horroroso. Acuérdate de los que están en el infierno. Piensa en el estado actual de sus almas, en su amargo silencio, en sus crueles gemidos, en su temor y mortal agonía, en su angustia

[1] Este fragmento no es de Antonio, sino de Evagrio *(Rerum mon. rationes* 9: PG 40,1261 = *Alph.,* Evagrio 1), y prosigue en el n.5, atribuido aquí a Teodoro por MS (que es desplazado según el orden alfabético para después de Teófilo), mientras que OW lo dan de forma impersonal («él dijo entonces...»), después del n.4 atribuido a Amonio. Pelagio traduce aquí un modelo todavía no «corregido» que da el texto no cortado en dos y conserva su atribución a Evagrio.

y dolor, en sus lágrimas espirituales que no tendrán fin, y nunca jamás serán mitigadas. Acuérdate también del día de la resurrección y de la presentación ante Dios».

3. Se contaba del abba Arsenio que, durante toda su vida, cuando se sentaba para el trabajo manual, tenía un lienzo sobre el pecho, a causa de las lágrimas que corrían continuamente de sus ojos.

4. Un hermano rogó al abba Amonio: «Dime una palabra». El anciano le dijo: «Adopta la mentalidad de los malhechores que están en prisión. Preguntan: "¿Dónde está el juez? ¿Cuándo vendrá?", y a la espera de su castigo, lloran. También el monje debe mirar siempre hacia arriba y conminar a su alma diciendo: "¡Ay de mí! ¿Cómo podré darle cuenta de mis actos?". Si meditas así continuamente, podrás salvarte».

5. El abba Teodoro dijo[2]: «Cuanto estés en tu celda, recógete y piensa que comparecerás ante Dios, imagina aquel juicio espantoso y terrible, y en medio de todo esto, la confusión de los pecadores a la vista de Cristo y de Dios, en presencia de sus ángeles, arcángeles, potestades y de todos los hombres. Piensa en todos los suplicios, en el fuego eterno, en el gusano que no muere [cf. Mc 9,48; Is 66,24], en las tinieblas del infierno, y en el rechinar de dientes [cf. Mt 8,12], terrores y tormentos. Recuerda también los bienes reservados a los justos, a su confianza y seguridad ante Dios Padre y Cristo su Hijo, ante los ángeles, arcángeles, potestades y todo el pueblo. Considera el reino de los Cielos con todas sus riquezas, su gozo y su descanso. Conserva el recuerdo de este doble designio; gime y llora ante el juicio de los pecadores, sintiendo su desgracia y teme caer tú mismo en ese mismo estado. Pero alégrate y salta de gozo pensando en los bienes reservados a los justos y apresúrate a gozar con estos y a apartarte de aquellos. Cuídate de no

[2] Ver *supra*, n.1, p.25.

olvidar nunca todo esto, tanto si estás en tu celda como si estás fuera de ella, ni lo arrojes de tu memoria y con eso huirás de los sórdidos y malos pensamientos».

6. El abba Elías dijo: «Temo tres cosas: el momento en que mi alma saldrá del cuerpo; el momento de comparecer ante Dios; y cuando se dicte sentencia contra mí».

7. El abba Isaías dijo: «El que está en el recogimiento debe tener de Dios y de su encuentro un temor que preceda a su respiración. Sin embargo, en efecto, si el pecado persuade en su corazón, el temor de Dios no está todavía en él»[3].

8. El abba Pedro, discípulo del abba Isaías, dijo: «Lo visité mientras estaba enfermo y lo encontré muy derrumbado. Y, viéndome triste, me llamó: "¿Qué pena hay cuando implica la espera del descanso? Pero el temor de esta hora muy oscura me aplasta, cuando sea echado lejos del rostro de Dios: no habrá entonces nadie para responderme, y no hay tampoco espera del descanso"»[4].

9. Dijo también: «Yendo otra vez a su casa, lo encontré gravemente enfermo. Y, viendo la pena de mi corazón, me llamó: "¡Allegándome con pena a la muerte en tales sufrimientos, he podido acordarme de esta hora amarga! Puesto que la salud de esta carne de muerte [cf. Rom 7,24] no tiene utilidad, ya que el cuerpo busca la salud para desviarse de Dios. En efecto, si un árbol es regado cada día, ¿cuándo se puede secar su raíz y ya no llevar fruta?"»[5].

10. El abba Pedro dijo: «Yo lo interrogué diciendo: "¿Qué es el temor de Dios?". Y él me respondió: "El hombre que se fía de alguien que no es Dios, ese no tiene en él el temor de Dios"»[6].

[3] Draguet, p.427.
[4] Draguet, p.433.
[5] Schoinas, p.171; Draguet, p.434. Pasaje difícil. El sentido parece ser que el cuerpo, en buena salud, no puede llevar más que sus propios frutos.
[6] Schoinas, p.170; Draguet, p.433.

11. Él dijo también a propósito de la comunión: «¡Desgracia mía, puesto que, mientras que comulgo, permanezco con los enemigos de Dios! ¿Qué comunión tengo con él? [cf. 1 Jn 1,6]. Entonces recibo la comunión para mi juicio y mi reproche [cf. 1 Cor 11,29]. Decimos, en efecto, esta palabra: "Lo que es santo a los santos"[7], es decir: "Para las personas santas son las cosas santas". Si así, entonces, soy santo, los enemigos no pueden hacer nada contra mí»[8].

12. El abba Isaías decía: «¡Desgracia mía, desgracia mía, porque no he luchado para salvarme yo mismo! ¡Desgracia mía, desgracia mía, porque no he luchado para purificarme con el fin de merecer una ayuda del Dios de piedad! ¡Desgracia mía, desgracia mía, porque no he luchado para triunfar en los combates contra tus adversarios para que reines en mí![9]».

13. Dijo también: ¡Desgracia mía, puesto que tu nombre es todo en torno a mí y sirvo a tus adversarios! ¡Desgracia mía, desgracia mía, puesto que hago lo que Dios tiene en horror, por eso no me cura!»[10].

14. Dijo también: «¡Desgracia mía, desgracia mía, puesto que tengo delante de mí acusadores que me reprochan faltas que conozco y otras que desconozco, y yo no puedo refutarlos! ¡Desgracia mía, desgracia mía! ¿Cómo puedo encontrar a mi Señor y a sus santos, ya que mis adversarios no dejaron puro uno solo de mis miembros delante de Dios?»[11].

15. El arzobispo Teófilo, de santa memoria, dijo al morir: «Dichoso tú, abba Arsenio, que siempre has tenido presente esta hora».

[7] Esta fórmula era pronunciada entonces en Oriente para invitar a adelantarse a los fieles que iban a comulgar; en Occidente, la fórmula era inversa: *Si quis non communicat, det locum.*

[8] Draguet, p.433.

[9] Schoinas, p.170; Draguet, p.434.

[10] Ibíd.

[11] Schoinas, p.171; Draguet, p.435.

16. Se decía entre los hermanos que en el curso de un ágape, un hermano se echó a reír en la mesa. Y al verlo, el abba Juan lloró y dijo: «¿Qué tendrá en su corazón este hermano que se echa a reír cuando debería más bien llorar, puesto que come el ágape?».

17. El abba Jacobo dijo: «Así como una lámpara alumbra una habitación oscura, así el temor de Dios, cuando irrumpe en el corazón del hombre, lo alumbra y le enseña todas las virtudes y mandamientos divinos».

18. Preguntaron unos Padres al abba Macario, el egipcio: «¿Por qué tu cuerpo está siempre reseco, lo mismo cuando comes que cuando ayunas?». Y dijo el anciano: «Así como el madero con el que se manejan los palos que arden en el fuego, acaba siempre por consumirse, así también cuando un hombre purifica su espíritu en el temor de Dios, este temor de Dios consume hasta los huesos».

19. El abba Macario el Grande dijo que un día caminando por el desierto encontró en el suelo una cabeza de muerto. La tocó con una rama de palma y el cráneo empezó a hablar. Le preguntó: «¿Quién eres?». La cabeza respondió: «Era un sacerdote de los ídolos, al servicio de los paganos que vivían aquí. Y tú eres el abba Macario, lleno del Espíritu Santo de Dios. Cada vez que te compadeces de los que están en el infierno y oras por ellos, son aliviados un poco». Él le preguntó: «¿En qué consiste este consuelo?». La calavera respondió: «Cuanto dista el cielo de la tierra otro tanto hay de fuego debajo de nuestros pies y sobre nuestras cabezas. Y, sumergidos en el fuego, no nos podemos ver cara a cara ni con el más cercano; pero cuando oras por nosotros, uno puede ver el rostro del vecino y en esto consiste nuestro alivio». El anciano dijo llorando: «¡Maldito el día de su nacimiento si es este el alivio del suplicio!». Y añadió: «¿Hay tormentos peores que este?». La cabeza contestó: «Debajo de nosotros existen todavía suplicios mayores». «¿Para quién?», preguntó. Y la calavera respondió: «Nosotros, que no cono-

cemos a Dios, gozamos de un poco de misericordia, pero los que lo conocieron y renegaron de él, y no hicieron su voluntad, estos están debajo de nosotros». Después Macario tomó la calavera y la enterró[12].

20. Los ancianos del monte de Nitria enviaron a un hermano a Scitia, al abba Macario, para rogarle que fuese a donde ellos estaban. En el caso de que él no fuera, que supiera que iría a verlo una gran multitud, pues querían visitarlo antes de su partida hacia el Señor. Cuando llegó al monte, una gran multitud de hermanos se congregó junto a él. Y los ancianos le pidieron una palabra para los hermanos. Entonces Macario, anegado en lágrimas, les dijo: «Lloremos hermanos, dejemos que nuestros ojos se llenen de lágrimas, antes de que vayamos allí donde nuestras lágrimas quemarán nuestros cuerpos». Y todos lloraron y se prostraron rostro en tierra diciendo: «Padre, ruega por nosotros».

21. El abba Moisés dijo: «Todos nosotros, que fuimos vencidos por una pasión corporal, no desatendamos el arrepentirnos y afligirnos antes de que la aflicción del juicio nos sorprenda».

22. Dijo también: «Por las lágrimas, el hombre gana la virtud, y por las lágrimas sucede el perdón de las faltas. Cuando llores, no eleves el tono de tu gemido, y que tu izquierda ignore lo que hace tu derecha [cf. Mt 6,3]. La izquierda es la vanagloria».

23. El abba Pastor fue consultado por un hermano, que le dijo: «Mis pensamientos me enturbian y no me dejan preocuparme por mis faltas, pero me hacen atento a las faltas de mi hermano». El abba Pastor le dijo a propósito del abba Dióscoro que él estaba en su celda, lamentándose por sí mismo, y su discípulo en otra celda. Y su discípulo fue a la otra celda con el anciano, y, encontrándolo llorando, le

[12] La versión latina trae este dicho en XX, 20. Ha de destacarse que este relato es tomado, en el s. IX, por un aristócrata de la sociedad carolingia: Dhuoda, *Manuel pour mon fils* VIII, 13 (ed. P. Riché, SCh 225 bis, 316).

dijo: «Padre, ¿qué lloras?». Le dijo: «Mis faltas, hijo mío». El hermano le dijo: «No tienes faltas, Padre». El anciano le dice: «En verdad, si estuviese permitido ver mis faltas, otros cuatro conmigo no llegarían para llorarlas». El abba Pastor dijo después: «Tal es el hombre que se conoce».

24. Viajando un día por Egipto, el abba Pastor vio a una mujer que lloraba amargamente junto a un sepulcro y dijo: «Aunque le ofreciesen todos los placeres del mundo, no arrancaría su alma del llanto. De la misma manera, el monje debe llorar siempre por sí mismo».

25. Otra vez, el abba Pastor atravesaba, con el abba Anub, la región de Diolcos. Llegaron cerca de los sepulcros y vieron a una mujer que se golpeaba violentamente y lloraba amargamente. Se detuvieron un momento para contemplarla. Prosiguieron su camino y poco después encontraron a una persona y el abba Pastor le preguntó: «¿Qué le sucede a esa mujer para que llore de esa manera?». El otro respondió: «Ha perdido a su marido, a su hijo y a su hermano». Entonces el abba Pastor dijo al abba Anub: «Te digo que, si el hombre no mortifica todos los deseos carnales y no consigue una aflicción como esta, no puede llegar a ser monje. Pues para esa mujer su alma y toda su vida están en la compunción».

26. El abba Pastor dijo también: «La compunción es doble: obra y protege».

27. Un hermano preguntó al abba Pastor: «¿Qué debo hacer?». El anciano le dijo: «¿De qué tenemos que preocuparnos para el día en que Dios nos visite?». El hermano le dijo: «De nuestros pecados». El anciano prosiguió: «Por consiguiente, regresemos a nuestra celda y quedemos allí recordando nuestros pecados, y el Señor saldrá en todo en nuestra ayuda».

28. Un hermano preguntó a abba Pastor: «¿Qué debo hacer?». Él respondió: «Cuando Abrahán llegó a la tierra prometida compró un sepulcro [cf. Gén 23,4ss], y por este

sepulcro recibió en herencia la tierra». Y el hermano le dijo: «¿Qué sepulcro es este?». «Es el lugar de la compunción y de las lágrimas», respondió el anciano.

29. Un hermano consultó al abba Pastor diciendo: «¿Qué haré por mis pecados?». El anciano respondió: «El que quiere redimirse de los pecados es rescatado por las lágrimas».

30. Dijo también: «Llorar, tal es la vía que nos enseñaron la Escritura y nuestros Padres que decían: "llorad". En efecto, no hay otra vía más que esa».

31. El abba Isaac fue junto al abba Pastor y, mientras estaban sentados, lo vio en éxtasis. Y le suplicó diciendo: «¿Dónde estaba su pensamiento, Padre?». El anciano le dijo: «Allí donde estaba santa María, llorando cerca de la cruz del Salvador [cf. Jn 19,25]. Y yo, querría llorar siempre».

32. El bienaventurado Atanasio rogó al abba Pambo que bajase al desierto de Alejandría. Cuando llego allí, vio a una comediante y se puso a llorar. Los presentes le preguntaron por qué lloraba, y él les dijo: «Dos cosas me han turbado: primero, la perdición de esa mujer; segundo, que no tengo tanto empeño en agradar a Dios como el que esta tiene en agradar a los hombres depravados».

33. Un día, el abba Silvano, sentado entre sus hermanos, entró en éxtasis y cayó rostro en tierra. Y después de largo rato, se levantó llorando. Y los hermanos le preguntaron: «¿Qué le sucede, Padre?». Y, como insistía, dijo: «He sido raptado al lugar del juicio y he visto a muchos que vestían nuestro hábito que iban a los tormentos y a muchos hombres del mundo que iban al Reino». Desde entonces, el anciano se entregó a la compunción y no quería salir de su celda. Y si lo obligaban a salir, se cubría el rostro con la capucha, diciendo: «¿Qué necesidad hay de ver esta luz temporal, que no sirve para nada?».

34. La bienaventurada Sinclética dijo: «A los pecadores que se convierten les esperan, primero, trabajos y un

duro combate y, luego, una inefable alegría. Es lo mismo que ocurre a los que quieren encender fuego, primero se llenan de humo y por las molestias del mismo, lloran, y así consiguen lo que quieren. Porque está escrito: *Dios es un fuego devorador* [Dt 4,24]. También nosotros, con lágrimas y trabajos, debemos encender en nosotros el fuego divino»[13].

35. El abba Hiperiquio dijo: «El monje que vela, trabaja día y noche con su oración continua. El monje que golpea su corazón hace brotar de él lágrimas y rápidamente alcanza la misericordia de Dios»[14].

36. Unos hermanos, en compañía de unos seglares, acudieron al abba Félix y le rogaron que les dijese una palabra. El anciano callaba. Como seguían insistiendo, les dijo: «¿Queréis escuchar una palabra?». «Sí, Padre», respondieron. Y el anciano dijo entonces: «Ahora ya no hay palabra. Cuando los hermanos preguntaban a los ancianos y cumplían lo que estos les decían, Dios inspiraba a los ancianos lo que debían decir. Ahora, como preguntan y no hace lo que oyen, Dios ha retirado a los ancianos su gracia para que encuentren lo que deben decir, pues no hay quien lo ponga por obra». Al escuchar estas palabras, los hermanos dijeron entre sollozos: «Padre, ruega por nosotros».

37. Se contaba del abba Or y del abba Teodoro que, estando cubriendo de barro el tejado de su celda, se dijeron el uno al otro: «¿Qué haríamos si Dios nos visitase ahora mismo?». Y, llorando, abandonaron cada uno su trabajo y volvieron cada uno a su celda.

38. Un anciano contó que un hermano quería retirarse al desierto, pero su madre se lo impedía. Pero él no cesaba en su propósito y le decía a su madre: «Quiero salvar mi alma». Después de mucho resistirse, viendo que no podía impedir su deseo, la madre le dio permiso. Hecho monje, vivió negligentemente. Murió su madre y, poco después, él

[13] Tomado de *Vita* 60: PG 28,1524 A.
[14] PG 79,1481 B.

enfermó de gravedad. Tuvo un rapto y fue llevado al lugar del juicio, y encontró a su madre entre los condenados. Ella se extrañó al verlo y le dijo: «¿Qué es esto, hijo? ¿También te han condenado a venir aquí? ¿Qué ha sido de aquellas palabras que decías: "Quiero salvar mi alma"?». Confuso por lo que oía, transido de dolor, no sabía qué responder a su madre. La misericordia de Dios quiso que después de esta visión se repusiera y curara de su enfermedad. Y reflexionando sobre el carácter milagroso de esta visión, se encerró en su celda y meditaba sobre su salvación. Hizo penitencia y lloró las faltas cometidas antes de su negligencia. Su compunción era tan intensa que cuando le rogaban que aflojase un poco, no fuese que las muchas lágrimas perjudicasen su salud, rechazaba ser consolado y decía: «Si no he podido soportar el reproche de mi madre, ¿cómo podré soportar mi vergüenza el día del juicio en presencia de Cristo y de sus santos ángeles?»[15].

39. Un anciano dijo: «Si fuese posible a las almas de los hombres morir de miedo, cuando venga Cristo después de la resurrección, todo el mundo moriría de terror y espanto. ¿Qué espectáculo será el ver rasgarse los cielos y a Dios mostrando su ira y su indignación, y los ejércitos innumerables de ángeles y a toda la humanidad reunida? Debemos, pues, vivir en consecuencia, ya que Dios nos va a pedir cuentas de todos nuestros actos».

40. Un hermano preguntó a un anciano: «Padre, ¿por qué mi corazón es duro y no temo al Señor?». Respondió el anciano: «A mi modo de ver, aquel que se reprocha a sí mismo en su corazón, alcanzará el temor de Dios». Y el hermano le dijo: «¿Qué reproches?». El anciano respondió: «En toda ocasión, el hombre debe recordar a su alma: acuérdate

[15] Este dicho ya es reportado por Pacomio (ed. Lefort, CSCO 160,28-29). Parece, no obstante, sorprendente que pueda ser tan antiguo. Se observará que los manuscritos MS y la versión latina presentan una recensión más corta y menos novelesca que la de los manuscritos OHW.

de que tienes que comparecer delante de Dios. O también: ¿Qué tengo que ver con los hombres? Estimo que, si se persevera en estas disposiciones, vendrá el temor de Dios».

41. Un anciano vio a uno que se reía y le dijo: «Debemos dar cuenta de toda nuestra vida ante el Señor del cielo y la tierra, ¿y tú te ríes?».

42. Dijo un anciano: «Así como siempre llevamos con nosotros, donde quiera que vayamos, la sombra de nuestros cuerpos, del mismo modo debemos, en todo lugar, tener con nosotros las lágrimas y la compunción».

43. Un hermano pidió a un anciano: «Padre, dime una palabra». El anciano le dijo: «Cuando Dios hirió a Egipto, no había ninguna casa donde no existiese la aflicción» [cf. Éx 12,30].

44. Un hermano preguntó a otro anciano: «¿Qué debo hacer?». Y le dijo el anciano: «Debemos llorar siempre». Sucedió que murió el anciano y volvió en sí después de varias horas. Y le preguntaron: «Padre, ¿qué has visto allí?». Y él les contó llorando: «Escuché una voz lúgubre que repetía sin cesar: "¡Ay de mí, ay de mí!". Esto es lo que nos debemos decir siempre».

45. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Por qué mi alma desea las lágrimas como aquellas que he oído decir derramaban los Padres antiguos, y no vienen y esto turba mi alma?». Y el anciano respondió: «Los hijos de Israel tardaron cuarenta años en entrar en la tierra de promisión [cf. Jos 5,6]. Las lágrimas son como una tierra de promisión: si llegas a ellas ya no temerás la lucha. Por eso Dios quiso afligir al alma, para que siempre desee entrar en aquella tierra».

46. Un anciano dijo[16]: «Sentado en tu celda, guarda a toda hora el recuerdo de Dios, y el temor de Dios te ro-

[16] Esta sentencia y la siguiente, aquí anónimas, son tomadas del *Discurso ascético* de Esteban de Tebas, n.49-51 (cf. L. Regnault, *Les sentences des Pères du désert Troisième recueil* [Solesmes 1976] 71).

deará. Destierra, pues, de tu alma toda falta y todo mal con el fin de encontrar el descanso».

47. Dijo también: «El que gana el temor de Dios, posee un tesoro lleno de bienes, puesto que el temor de Dios salva al hombre del pecado».

48. No sabiendo que su discípulo lo oía, un anciano, una noche, daba gritos agudos rechinando los dientes y llorando. Cediendo a las instancias de su discípulo, dice: «He sido conducido al Infierno y allí he visto las almas de los pecadores, en qué aflicción están, y ya no puedo ser consolado».

49. Una virgen piadosa vivía en una ciudad, y tenía como vecino un soldado. Un día que su madre había salido, el soldado atacó a la virgen y la violentó. Despojándose a continuación de su traje de virginidad, se sentó sobre una estera gimiendo, rompiendo también la ropa que llevaba. Y cuando su madre regresó, le contó lo que había pasado. La niña permaneció así varios días, asentada en la aflicción. A continuación, vírgenes y clérigos, dándose cuenta de eso, fueron y le empezaron a decir: «Vuelve a poner tu traje, puesto que la falta no viene de ti». Pero no se dejó persuadir, y dijo: «Dios me ha echado; ¿cómo puedo, si Dios no lo quiere, retomar mi traje? ¿Dios no podía impedir este atentado? Si me vio indigna del traje, permaneceré así». Y permaneció hasta su muerte, lamentándose y llorando en una saludable aflicción, con una extraordinaria compunción.

50. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Por qué a mi alma le gusta la impureza?». El anciano le dijo: «El alma desea las pasiones, pero el Espíritu de Dios la comprende. Debemos llorar por nuestras faltas y nuestras impurezas. ¿Has visto cómo el Señor llamó a María cuando se inclinó sobre la tumba llorando [cf. Jn 20,11-16]? Así será también para el alma».

51. Alguien vio a un nuevo monje riéndose y le dijo: «No rías, hermano, puesto que apartas de ti el temor de Dios».

52. Un monje tejedor de lino tejía en su celda. Dijo: «Durante mucho tiempo, lancé mi lanzadera preguntándome si podría vivir hasta que la vuelva a lanzar, esperando la muerte».

53. Otro anciano dijo: «Coso y, con cada pieza cosida, antes de empezar me represento la muerte».

54. Un anciano dijo: «Aplicaos en la salvación de vuestra alma, hermanos, puesto que el día del juicio es temible y amargo. Dad el alma y recibid el espíritu, es decir, el Espíritu Santo».

55. A propósito de la familiaridad, uno de los santos dijo[17]: «La familiaridad es como un viento desecante: destruye los frutos del monje. Y ahora, a propósito de la risa, escucha: la risa expulsa la beatitud de la compunción; la risa no construye, no protege, sino al contrario, destruye y demuele lo que está edificado. La risa entristece al Espíritu Santo, no es útil al alma y corrompe los cuerpos. La risa expulsa las virtudes, no mantiene el recuerdo de la muerte ni la meditación de los castigos».

56. Uno de los ancianos dijo: «El principio de la ruina del monje son la risa y la familiaridad. Cuando te ves en su poder, oh monje, debes saber que te encuentras en un abismo de mal y no dejes de pedirle a Dios que te arranque de esta muerte. La risa y la familiaridad conducen al monje a las pasiones vergonzosas, y no solamente a los jóvenes, sino también a los ancianos. La risa y la familiaridad hacen caer al monje».

[17] Esta sentencia y la siguiente están tomadas de Ps.-Efrén, *Opera graeco-latina,* I, 154 (cf. Regnault, p.72). La misma imagen del viento desecante para caracterizar la παρρεσία es empleada en X, 11 (= *Alph.*, Agatón I).

CAPÍTULO IV

DEL DOMINIO DE SÍ, A GUARDAR NO SOLAMENTE EN EL ALIMENTO, SINO TAMBIÉN EN LOS OTROS MOVIMIENTOS DEL ALMA[1]

1. Unos hermanos de Scitia quisieron ver al abba Antonio. Se embarcaron en una nave y encontraron en ella a un anciano que también quería ir junto Antonio. Pero los hermanos no lo sabían. Sentados en el barco, hablaban de las Sentencias de los Padres[2], de las Escrituras y de sus trabajos manuales. El anciano guardaba silencio. Al llegar al puerto supieron que también él iba en busca del abba Antonio. Cuando se presentaron, el abba Antonio les dijo: «Buen compañero de viaje habéis encontrado en este anciano». Y luego dijo al anciano: «Padre, has encontrado unos buenos hermanos». Pero el anciano le respondió: «Son buenos, pero su habitación no tiene puerta. En sus cuadras entra todo el que quiere y desata al asno». Esto lo decía porque los hermanos hablaban de todo lo que pasaba por sus cabezas.

2. El abba Daniel contaba que el abba Arsenio pasaba la noche en vela. Después de velar toda la noche, cuando al amanecer quería dormir, por las exigencias de la naturaleza,

[1] En realidad, la principal cuestión de este capítulo será la comida y la bebida (64 sentencias de 104). Esto va en coherencia con la concepción evagriana, reportada por Casiano, de los ocho pecados capitales encadenados unos a otros y de los cuales el primero es la gula (ver n.80-81). Para el vocabulario alimentario, el estudio más preciso es el de E. PATLAGEAN, *Pauvreté économique et pauvreté sociale à Byzance (4-7 siècle)* (París-La Haya 1977) 36-52.

[2] Esta es la atestiguación más antigua del paso del particular al colectivo en el uso de los apotegmas (cf. Introd.), p.XVIII.

decía al sueño: «Ven, siervo malo», y, sentado, dormía furtivamente un poco para levantarse enseguida.

3. El abba Arsenio decía: «Al monje le basta dormir una hora, si es un luchador».

4. El abba Daniel decía: «El abba Arsenio ha vivido muchos años con nosotros, y cada año le suministrábamos una escasa ración de alimentos. Y, sin embargo, siempre que íbamos a verlo, comíamos de ella».

5. Decía también el abba Daniel, que el abba Arsenio no cambiaba más que una vez al año el agua de las palmas, contentándose con añadir lo necesario el resto de las veces. Hacía esteras con las palmas y las cosía hasta la hora de sexta. Le preguntaron los ancianos porque no cambiaba el agua de las palmas, que olía mal. Y les dijo: «A cambio de los perfumes y de los ungüentos olorosos que usaba en el mundo, es necesario que emplee ahora esta agua apestosa».

6. Decía también (el abba Daniel) que cuando (el abba Arsenio) oía que todas las clases de frutas estaban ya maduras, decía: «Tráiganmelas», y tomaba una sola vez y un poquito de cada una, dando gracias a Dios.

7. Se decía del abba Agatón que, durante tres años, se había metido una piedra en la boca, hasta que consiguió guardar silencio[3].

8. El abba Agatón viajaba un día con sus discípulos. Y uno de ellos encontró un saquito de guisantes en el camino, y dijo al anciano: «Padre, si quieres lo cojo». Admirado Agatón, se volvió y le dijo: «¿Lo has puesto tú ahí?». «No», respondió el hermano. A lo que el anciano replicó: «Pues, ¿cómo quieres llevar lo que no has puesto?».

[3] Esta práctica fue evocada muy a menudo más tarde. Por ejemplo, sobre el 1400, en los *Conseils pieux à une femme mariée* (¿de Roberto el Cartujo?): «Y otro que por seis años tuvo una piedra sobre su lengua para no poder hablar» (*Analecta Cartusiana* 42 [1978] 50). Incluso fue imitada por un novicio jesuita (cf. *Mon. Hist. Soc. Jesu, Litt. Quadrimestres,* I, 364, carta del 18-8-1551).

9. Un día, un anciano vio al abba Aquilas, y viendo que arrojaba sangre por la boca, le preguntó: «¿Qué es eso, Padre?». Y dijo el anciano: «Una palabra de un hermano, que me contristó y que estoy intentando guardarla dentro de mí sin devolvérsela. Rogué a Dios que me la quitase, y se ha convertido en sangre dentro de mi boca. Ya la he escupido y vuelvo a recobrar la paz y olvidar mi disgusto».

10. Un día en Scitia, el abba Aquilas entró en la celda del abba Isaías y lo encontró comiendo. Había puesto sal y agua en su plato. Pero viendo que lo escondía detrás de una brazada de palmas, le dijo: «Dime, ¿qué comías?». El abba Isaías respondió: «Perdóname, Padre; estaba cortando palmas y sentí calor, tomé unos granos de sal y los metí en la boca. Pero dado que no pasaba con la sal que había puesto en mi boca, me vi obligado a echar un poco de agua sobre la sal fina, para poder tragarla. Pero, ¡perdóname, Padre!». Y el abba Aquilas le dijo: «Venid a ver a Isaías, comedor de sopa en Scitia. Si quieres tomar sopa, ¡vete a Egipto!».

11. Decían del abba Amoes que estuvo enfermo y permaneció acostado durante varios años, y nunca permitió a su pensamiento ocuparse de la parte posterior de su celda para ver lo que tenía allí. A causa de su enfermedad le llevaban muchas cosas y, cuando su discípulo Juan entraba y salía, cerraba los ojos para no ver lo que hacía. Sabía, en efecto, que era un monje fiel.

12. Dijo el abba Benjamín, presbítero de Las Celdas: «Fuimos a Scitia para ver a un anciano y quisimos llevarle un poco de aceite. Él nos dijo: "Miren donde puse el pequeño recipiente que me trajeron hace tres años; como lo trajeron, así quedó". Al oír esto, nos admiramos de la vida del anciano».

13. Dijeron acerca del abba Dióscoro, el de Najiaste, que su pan era de cebada y lentejas. Al principio de cada año se proponía una práctica, diciendo: «No veré a nadie este año, o no hablaré, o no comeré nada cocido, o no co-

meré frutas ni legumbres». Y en todas sus obras hacía así; y cuando terminaba una, comenzaba otra, y cada año hacía de esta manera.

14. Un anciano dijo: «Aparto de mí los placeres carnales para evitar las ocasiones de ira. Pues sé muy bien que la cólera me combate con ocasión de estos deleites, turbando mi espíritu y espantando el conocimiento de Dios»[4].

15. Epifanio, obispo de Chipre, envió un día a decir al abba Hilarión: «Ven para que nos veamos antes de morir». Se encontraron y, mientras comían, les trajeron un ave. El obispo se la ofreció al abba Hilarión, pero el anciano le dijo: «Perdona, Padre, pero desde que visto este hábito no como carne». Epifanio le respondió: «Yo, desde que tomé este hábito, no he permitido que nadie se acostase teniendo algo contra mí, ni he dormido nunca teniendo algo en contra de alguien». E Hilarión le dijo: «Perdóname; tu práctica es mejor que la mía».

16. Decían del abba Eladio que había vivido veinte años en su celda sin levantar los ojos para mirar el techo.

17. Decían del abba Zenón que, caminando un día a Palestina, sintió cansancio y se sentó para comer junto a un campo de pepinos. Y su espíritu lo empujaba, diciendo: «Coge un pepino y cómelo. ¿Qué valor tiene un pepino?». Pero él respondió a su pensamiento diciendo: «Los ladrones son llevados al suplicio. Pruébate a ti mismo para ver si puedes soportar los tormentos». Se levantó y se puso cinco días a pleno sol, diciendo mientras se asaba: «No puedo soportar los tormentos». Dijo entonces a su pensamiento: «Pues si no puedes soportarlos, no robes para comer».

18. El abba Isaías dijo: «Ama callar más que hablar. Puesto que el callar economiza y el hablar dispersa»[5].

[4] EVAGRIO, *Traité pratique*, ed. Guillaumont, p.708. El modelo traducido por Pelagio conserva no solamente el nombre de Evagrio, sino también el hecho de que reporta la palabra de otro.

[5] Cf. J.-M. SAUGET, «Les fragments de l'Ascetion de l'abbé Isaïe de Scété du *Vatican arabe* 71»: *Oriens Christianus* 48 (1964) 252.

19. El abba Teodoto dijo: «La falta de pan extenúa el cuerpo del monje». Pero otro anciano decía que las vigilias lo extenúan más.

20. El abba Juan el Enano decía: «Cuando un rey quiere conquistar una ciudad enemiga, primero le corta el agua y los víveres, para que, agotados de hambre, capitulen. Lo mismo ocurre con las pasiones carnales: si el hombre vive en ayuno y hambre, los enemigos que tientan su alma se debilitan».

21. Dijo también: «Subía un día por el camino que lleva a Scitia, con un fardo de palmas. Vi un camellero gritando, que me empujaba a la ira. Abandoné mi carga y hui».

22. El abba Isaac, presbítero de Las Celdas, dijo: «Conozco a un hermano que, recogiendo la cosecha en un campo, quiso comer una espiga de trigo. Y dijo al dueño del campo: "¿Puedo comer una sola espiga?". Este, admirado, le respondió: "Padre, ¿el campo es tuyo y me preguntas?". Hasta tal extremo llegaba la delicadeza de este hermano».

23. Se decía del abba Isidoro el sacerdote que un hermano vino un día a invitarlo a una comida. Pero el anciano se negó a ir allí diciendo: «Adán, engañado por los alimentos, debió permanecer fuera del paraíso» [cf. Gén 3]. El hermano le dijo: «¿Verdaderamente tienes miedo a abandonar tu celda?». Él le respondió: «Mi niño, ¿no debo temer, ya que *el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar* [1 Pe 5,9]?». Y a menudo decía que el que se dedica a la bebida no puede escapar al ataque de los pensamientos. En efecto, Lot, obligado por sus hijas, se embriagó de vino y, por efecto de la embriaguez, el diablo lo llevó sin pena a un acto criminal [Cf. Gén 19,31-35].

24. Un hermano preguntó al abba Isidoro, anciano de Scitia: «¿Por qué te temen tanto los demonios?». Y el anciano respondió: «Desde que soy monje me he esforzado en impedir que la cólera suba a mi garganta».

25. Decía también: «Desde hace treinta años siento la tentación de pecar con el pensamiento, pero nunca he cedido a la concupiscencia o la cólera».

26. El abba Casiano contaba que el abba Juan fue a visitar al abba Arsenio[6], que vivió durante cuarenta años en la parte más alejada del desierto. Amaba mucho a Arsenio y con la confianza que le confería este afecto, le preguntó: «Vives retirado hace mucho tiempo y no es fácil que ningún hombre te moleste, dime: ¿qué has conseguido?». Y él dijo: «Desde que vivo sólo, el sol nunca me ha visto tomar alimento». Y el abba Juan le contestó: «Ni a mí me ha visto jamás encolerizado».

27. Dijo también que el abba Moisés le había contado que el abba Serapión había dicho: «En mi juventud vivía con mi abba Teonás. Comíamos juntos y, al final de la comida, por instigación del diablo, robé una galleta y la comí a escondidas, sin que lo supiese mi abba. Dado que seguí haciendo lo mismo durante algún tiempo, el vicio comenzó a dominarme y no tenía fuerzas para contenerme. Tan solo me condenaba mi conciencia y me daba vergüenza confesárselo al anciano. Un día vinieron a visitar al anciano buscando provecho para sus almas y le preguntaron sobre sus propios pensamientos. El anciano respondió: "Nada hay tan perjudicial para los monjes y alegra tanto a los demonios como ocultar los pensamientos a los Padres espirituales". Después les habló de la continencia. Mientras hablaba, yo me puse a pensar que Dios le había revelado al anciano lo que yo había hecho. Arrepentido, comencé a llorar, saqué del bolsillo la galleta que tenía la mala costumbre de robar y, arrojándola al suelo, pedí perdón por lo ocurrido y su oración para enmendarme en el futuro. Entonces el anciano me dijo: "Hijo mío, sin que yo tuviese necesidad de decir una sola palabra, tu confesión te ha liberado de esa esclavitud; y

[6] Tomada de CASIANO, *Inst. Cen.*, IV, 27, donde el solitario no es llamado Arsenio, sino Paesio (Pelagio: Esio), lo que parece ser más exacto.

acusándote tú mismo, has vencido al diablo que oscurecía tu corazón buscando tu silencio. Hasta ahora, le habías permitido que te dominara, sin contradecirlo ni resistirlo de ninguna manera. En adelante, nunca más tendrá morada en ti, porque tuvo que salir de tu corazón a plena luz". Todavía estaba hablando el anciano cuando se hizo realidad lo que decía: salió de mi bolsillo una especie de llama que llenó toda la casa de un olor fétido, hasta tal punto que los presentes pensaron que se había quemado una buena cantidad de azufre. Y el anciano dijo entonces: "Hijo mío, con esta señal, el Señor ha querido darnos una prueba de la verdad de mis palabras y de la realidad de tu liberación"»[7].

28. El abba Longinos, una vez estando enfermo, se dijo a sí mismo: «Estoy enfermo y muero; pero si tú me pides ir a comer fuera del tiempo fijado, no te proporcionaré ni siquiera los alimentos cotidianos»[8].

29. Decían del abba Macario que, cuando descansaba con los hermanos, se había fijado esta norma: si había vino, bebía en atención a los hermanos, pero luego, por cada vaso de vino, pasaba un día sin probar agua. Y los hermanos, pensando que le daban gusto, le ofrecían vino. Y el anciano lo tomaba con alegría para mortificarse después. Pero uno de sus discípulos, que conocía su norma, dijo a los hermanos: «Por amor de Dios, no le deis vino, que luego se atormenta en su celda». Cuando los hermanos supieron esto, nunca más le dieron vino.

30. El abba Macario el Grande, decía en Scitia a los hermanos después de la misa en la iglesia: «Huid, hermanos». Y uno de los Padres le dijo: «¿Dónde podremos huir más lejos de este desierto?». El abba puso su dedo en

[7] Tomada de CASIANO, *Conf.* II, 11.

[8] Se encuentra en el *Paterikon* etíope bajo el nombre de Macario (cf. J.-M. SAUGET, «Un exemple typique des relations culturelles entre l'arabe chrétien et l'éthiopien. Un *paterikon* récemment publié», en *Accademia dei Lincei*, Q 191, *IV Congresso internaz. di Studi Etiopici*, I [Roma 1974] 356, n.87).

la boca y dijo: «Huid de esto»; y él entró en su celda y, cerrando la puerta, se quedaba sólo.

31. El mismo abba Macario dijo: «Si queriendo reprender a alguien, te domina la ira, calma tu propia pasión. Por salvar a tu prójimo, no debes perderte tú».

32. El abba Pastor dijo: «Si Nabuzardán, el jefe de la cocina, no hubiese venido, no se habría incendiado el templo del Señor [cf. 2 Re 25,8ss]. Del mismo modo, si la gula y la hartura en el comer no penetran en el alma, nunca sucumbirá el espíritu en su lucha contra el enemigo».

33. Se decía del abba Pastor que, cuando lo invitaban a comer, iba a disgusto y contra su voluntad, para no desobedecer ni contristar a sus hermanos.

34. Le contaban al abba Pastor que había un monje que no bebía vino. Y él les respondió: «El vino no convierte en absoluto a los monjes».

34b. El abba Pastor dijo también: «El Señor tiene en abominación todo descanso del cuerpo».

35. El abba Pastor dijo también: «El alma no se humilla en nada si ella no se priva de pan».

36. Dijo también: «Si el hombre recuerda la palabra que está escrita: *Por tus palabras te declararán justo y por tus palabras te condenarán* [Mt 12,37], elegiría callar».

37. El anciano dijo también que un hermano preguntó al abba Pambo si está bien felicitar a los demás, y que le dijo: «Es preferible callar».

38. Un hermano preguntó al abba Pastor: «¿Cómo debemos estar en el cenobio?». El anciano le dijo: «Los que permanecen en el cenobio deben considerar a todos los hermanos como uno solo[9] y guardar sobre todo su boca y sus ojos; así pueden estar en reposo»[10].

[9] «Considerar a todos los hermanos como uno solo»: no se puede establecer diferencia entre los hermanos y rechazar toda preferencia.

[10] Cf. *Recherches,* 31.

39. Dijo el abba Pastor: «Así como el fuego expulsa a las abejas para retirar la dulce miel que elaboraron, así las comodidades corporales arrojan del alma el temor de Dios y le roban toda obra buena».

40. Uno de los Padres contó del abba Pastor y de sus hermanos: «Vivían en Egipto. Su madre deseaba verlos, pero no podía conseguirlo. Un día se presentó ante ellos, cuando acudían a la iglesia. Al verla, volvieron a sus celdas y le dieron con la puerta en la cara. Entonces ella, de pie ante la puerta, se puso a gritar y a llorar para moverlos a compasión. Al escucharla, el abba Anub acudió al abba Pastor y le dijo: "¿Qué podemos hacer por esta anciana que llora ante la puerta?". El abba Pastor acudió a la puerta y desde dentro escuchó sus lamentos, que verdaderamente movían a compasión. Y dijo: "¿Por qué lloras así, anciana?". Ella, al oír su voz, redobló sus gritos y sus lamentos, diciendo: "Deseo veros, hijos míos. ¿Qué puede ocurrir porque os vea? ¿Acaso no soy vuestra madre?". Al oír su voz, los monjes se conmovieron profundamente. Y el anciano le dijo: "¿Prefieres vernos aquí o en el otro mundo?". Y ella replicó: "Si no os veo aquí abajo, hijos míos, ¿os veré arriba?". Y el abba Pastor le contestó: "Si tienes valor para no vernos aquí abajo, nos verás allí arriba". Y la mujer se fue contenta diciendo: "Si es seguro que os veré allí arriba, no quiero veros aquí"».

41. Decían del abba Pablo que pasaba la cuaresma con una pequeña medida de lentejas y un pequeño cántaro de agua.

42. Se decía del abba Pior que comía caminando. Y al preguntarle uno por qué comía así, respondió que no comía como el que realiza una ocupación, sino como el que realiza una cosa superflua[11]. Y, a otro que le hizo la misma pregunta, le respondió: «Es para que mientras como, el alma no experimente ningún placer corporal».

[11] Juego de palabras, intraducible, expresando la oposición entre ἔργον (la obra, lo importante) y πάρεργον (los pormenores de la obra, lo accesorio).

43. Decían del abba Pedro el Pionita, que vivía en Las Celdas, que no bebía vino. Cuando se hizo viejo, le suplicaban que tomase un poco. Como no aceptaba, lo mezclaron con agua y se lo presentaron. Y dijo: «Creedme, hijos, que lo considero un lujo». Y se condenaba a sí mismo por tomar esa agua teñida de vino.

44. Se celebraron misas un día en el monte del abba Antonio, y se encontró allí un poco de vino. Uno de los ancianos llenó una copa y se la llevó al abba Sisoés, y este la bebió. Recibió una segunda copa y también la bebió. Pero cuando le trajeron la tercera, la rechazó diciendo: «Alto, hermano, ¿acaso ignoras que existe Satanás?»[12].

45. Un hermano preguntó al abba Sisoés: «¿Qué debo hacer? Porque cuando voy a la iglesia, a menudo los hermanos me retienen por caridad para la comida». Y dijo el anciano: «Es cosa peligrosa». Y su discípulo Abrahán le preguntó entonces: «Si se acude a la iglesia el sábado y el domingo, y un hermano bebe tres copas, ¿es demasiado?». «Si Satanás no está allí, no es mucho»[13], respondió el anciano.

46. A menudo, su discípulo decía al abba Sisoés: «Padre, vamos a comer». Pero él contestaba: «Pero, hijo mío, ¿no hemos comido ya?». «No, Padre», replicaba el discípulo. Entonces el viejo decía: «Si todavía no hemos comido, trae lo necesario y comamos».

47. Un día el abba Sisoés decía con confianza: «Creedme; hace treinta años que no rezo a Dios por mis pecados, sino que le digo en mi oración: "Señor Jesucristo, defiéndeme de mi lengua". Pero hasta ahora, caigo por su culpa y cometo pecado».

[12] Las tres copas de vino eran consideradas a menudo como la medida a no sobrepasar (cf. n.46, 99); pero otros adoptan una posición más estricta (n.29), a veces, incluso prohibitiva (23, 34, 44, 64, 80, 92). El pequeño drama relatado en el n.65 muestra que las autoridades conocían bien la dificultad para hacerse obedecer en este punto.

[13] Nótese la interpretación restrictiva de la versión latina: «Si Satanás no existiese, no sería mucho».

48. El abba Silvano y su discípulo Zacarías llegaron un día a un monasterio y, antes de despedirse, les hicieron comer un poco. En el camino encontraron agua, y su discípulo quiso beber, pero el abba Silvano le dijo: «Zacarías, hoy es ayuno». Respondió Zacarías: «Padre, ¿no hemos comido hoy ya?». Y el anciano le contestó: «Aquella comida la hicimos por caridad, pero ahora, hijo, guardaremos nuestro ayuno».

49. La bienaventurada Sinclética[14] dijo: «El estado que hemos elegido nos obliga a guardar la castidad más perfecta. Porque los seglares piensan que guardan castidad, pero es necedad, puesto que pecan con otros sentidos, sus miradas son poco decentes y ríen desordenadamente».

50. Dijo también: «Así como las medicinas amargas alejan a los animales venenosos, el ayuno con oración, arroja del alma los malos pensamientos».

51. Dijo también: «No te dejes seducir por los placeres de los ricos de este mundo, como si estos goces encerrasen gran utilidad. Por ellos dan culto al arte culinario. Pero tú, estima en más las delicias del ayuno y de una comida vulgar. En efecto, la escritura dice: *El alma que está en la abundancia se burla de los panales de miel* [Prov 27,7]. Ni siquiera te sacies de pan, ni desees el vino».

52. El abba Titoés decía: «Nuestra verdadera peregrinación es dominar nuestra propia boca»[15].

53. El abba Hiperiquio decía: «Como el león es terrible para los potros salvajes [cf. Prov 13,19], así el monje experimentado para los pensamientos deshonestos»[16].

[14] Los n.49-51 (= *Alph.*, Sinclética 2-4) están tomados de *Vita* n.24a, 80 fin y 95 (PG 28,1501 B, 1536 A, 1545 B-C).

[15] La peregrinación, o vida lejos de la propia casa, es una forma característica de ascesis (cf. A. GUILLAUMONT, *Aux origines du monachisme chrétien* [Bellefontaine 1979] 89-116). Se propone aquí una doble interiorización, la boca evocando tanto los alimentos (ayuno) como la palabra (silencio).

[16] Tomado de *Adhortatio*, 66: PG 79,1480 C.

54. Dijo también: «El ayuno es un freno del monje contra el pecado. El que lo abandona es como un caballo en celo [cf. Jer 5,8]»[17].

55. Dijo también: «Por el ayuno, el cuerpo desecado del monje eleva su alma de la bajeza y seca las fuentes de los placeres»[18].

56. Dijo también: «El monje casto será honrado en la tierra y coronado por el Altísimo en el cielo»[19].

57. Dijo también: «El monje que no frena su lengua en los momentos de la ira, tampoco dominará las pasiones de la carne cuando llegue el momento»[20].

58. Dijo también: «Que tu boca no pronuncie jamás palabras malas, pues la viña no tiene espinas»[21].

59. Dijo también: «Es mejor comer carne y beber vino que comer la carne de los hermanos murmurando de ellos»[22].

60. Dijo también: «La serpiente con sus insinuaciones arrojó a Eva del paraíso [cf. Gén 3,1-5]. Lo mismo ocurre al que habla mal del prójimo: pierde el alma del que lo escucha y no salva la suya»[23].

61. Un anciano dijo: «El león es fuerte; y, no obstante, a causa de su vientre, cae en una trampa y toda su fuerza es destruida».

62. Un anciano dijo: «Vence al demonio de la gula diciendo: "Espera". Puesto que no morirás de hambre; y come, más bien, con modestia. Y cuanto más te presione, tú come de modo más regular, puesto que empuja a querer comer todo el tiempo».

[17] Tomado de *Adhortatio,* 80a: PG 79,1481 B.
[18] Ibíd. 89b-90: PG 1481 C.
[19] Ibíd. 121: PG 1485 A.
[20] Ibíd. 97: PG 1484 A.
[21] Ibíd. 112: PG 1484 C.
[22] Ibíd. 144: PG 1488 B.
[23] Tomado de *Adhortatio,* 153: PG 79,1488 D.

63. Un día de fiesta en Scitia, trajeron a un anciano un vaso de vino. Él lo rechazó, diciendo: «Aparta de mí esta muerte». Y, al ver esto los que comían con él, tampoco bebieron.

64. En otra ocasión, trajeron una jarra[24] de vino nuevo, para repartir un vaso a cada uno de los hermanos. Y al entrar un hermano y ver que estaban bebiendo vino, huyó a una gruta y la gruta se hundió. Al oír el ruido, acudieron los demás y encontraron al hermano tendido en tierra medio muerto. Y comenzaron a reprenderlo: «Te está bien empleado a causa de tu vanagloria». Pero el abba lo confortó diciendo: «Dejad en paz a mi hijo; ha hecho una obra buena. Y vive Dios, que, mientras yo viva, no se reedificará esta gruta, para que el mundo sepa que por causa de un vaso de vino se hundió la gruta de Scitia».

65. Un hermano, encolerizado contra alguien, se levantó para rezar, pidiendo ser paciente con el hermano, y que la tentación pasase sin perjudicarlo. Pronto vio un humo que salía de su boca, y entonces la cólera se tranquilizó.

66. Un día, el presbítero de Scitia acudió a visitar al obispo de Alejandría. Y, cuando volvió, le preguntaron los hermanos: «¿Qué pasa por la ciudad?». Él respondió: «Creedme hermanos, no vi allí a nadie más que al obispo». Al oírlo se admiraron y le dijeron: «¿Qué sucedió con todo el resto de la población?». Pero el presbítero los reanimó diciendo: «Me dominé para no ver ningún rostro de hombre». Este relato aprovechó a los hermanos y se guardaron de levantar sus ojos.

67. Un anciano dijo: «El diablo ataca más los defectos del monje, puesto que una costumbre reforzada por un tiempo prolongado coge la fuerza de la naturaleza, sobre todo con los que son más negligentes. Por eso todos los

[24] «Jarra» (σαΐτης): unidad de medida equivalente a 22 xestes; siendo la xeste ática de aproximadamente 0,4 l., la cantidad ofrecida en este pasaje es de aproximadamente 9 litros de vino nuevo.

alimentos que buscas a causa de su buen sabor, no consientes en ellos, sobre todo cuando gozas de buena salud, y no comes lo que deseas; pero, comiendo lo que Dios te envió, le devuelves acción de gracias a toda hora».

68. Un anciano dijo: «Suprimimos los panecillos de los monjes[25] y toda recreación, y no cumplimos la obra de los monjes. ¡Y creemos habernos vuelto monjes! También, oh monje, sé enérgico con el fin de no llevar una ropa extranjera. Dite a ti mismo: hermano, guarda el sello, es decir, la humildad».

69. Un anciano vino a visitar a otro anciano, y este dijo a su discípulo: «Prepáranos unas pocas lentejas». Y él las preparó. Después le dijo: «Tráenos pan», y lo llevó. Y estuvieron hablando de cosas espirituales hasta la hora de sexta del día siguiente. De nuevo el anciano dijo a su discípulo: «Hijo, prepáranos unas pocas lentejas». Y el discípulo respondió: «Las tengo preparadas desde ayer». Y, levantándose, se pusieron a comer.

70. Un anciano vino al encuentro de uno de los Padres. Este preparó unas pocas lentejas y dijo: «Recitemos el oficio y luego comeremos». Uno de ellos recitó todo el salterio. El otro recitó de memoria y por su orden, dos de los profetas mayores. Al amanecer, el visitante marchó: se habían olvidado de comer.

71. Un hermano tuvo hambre desde por la mañana. Luchó consigo mismo para no comer hasta la hora de tercia. A la hora de tercia se violentó para esperar hasta sexta. Preparó su pan y se sentó para comer. Pero enseguida se levantó diciendo: «Esperaré hasta la hora de nona». A la hora de nona hizo su oración y vio la tentación del diablo salir de sí como una humareda. Y dejó de sentir hambre.

[25] Tὰ ἀρίδια («panecillos»: hápax en la colección). El sentido es que las prácticas exteriores no deben desviar al monje de la humildad. Como ORT, la versión copta une este pasaje al precedente; necesita además: «el sello *del Cristo»* (cf. Chaîne, p.88).

72. Un anciano cayó enfermo y no pudo tomar alimento durante muchos días. Su discípulo le pidió permiso para prepararle algo que lo confortase. Fue y le preparó una papilla con harina de lentejas. Había allí colgado un vaso que contenía un poco de miel y otro de aceite de lino que olía muy mal y que solo servía para la lámpara. El hermano se engañó y en lugar de miel echó en la papilla el fétido aceite. Al probarlo, el anciano no dijo nada y siguió comiendo en silencio. Y el hermano le insistía para que comiese más. Y el anciano, haciéndose violencia, volvió a comer. Insistió el hermano por tercera vez, pero el anciano rechazó diciendo: «De verdad, hijo, no puedo más». El discípulo lo animaba diciéndole: «Padre, está muy bueno, voy a comer con usted». Y, al probarlo y comprender lo que había hecho, se arrojó rostro en tierra, diciendo: «¡Ay de mí, Padre! Te he asesinado, y me has cargado con este pecado porque no has dicho nada». Y el anciano respondió: «No te angusties, hijo; si Dios hubiese querido que comiese miel, tú habrías puesto miel en esta papilla».

73. Se contaba de un anciano que un día tuvo deseos de comer un pepino. Lo cogió y lo puso delante de sus ojos. Y aunque no sucumbió a su deseo, para dominarse hizo penitencia por desearlo con exceso.

74. Un monje fue a visitar a su hermana, que estaba enferma en un monasterio. Esta monja era muy observante y no consintió en ver a ningún varón, ni quiso dar ocasión a su hermano para que fuera en medio de las mujeres por su causa. Y mandó que le dijesen: «Vete, hermano, y reza por mí. Con la gracia de Cristo, te veré en el Reino de los Cielos».

75. Un monje encontró a unas monjas en su camino. Y al verlas, se apartó de la carretera. Pero la abadesa le dijo: «Si fueses monje perfecto, no nos habrías mirado y no sabrías que somos mujeres».

76. Un día, los hermanos fueron a Alejandría, llamados por el arzobispo Teófilo, para que con su oración

quedasen destruidos los templos paganos. Y, mientras comían con él, les fue servida carne de vaca, y la comieron sin saber lo que era. Y tomando un trozo, el arzobispo se la ofreció a un anciano, que se sentaba a su lado, diciendo: «Come, Padre, que es un buen trozo». Pero los otros le respondieron: «Habíamos creído, hasta ahora, que se trataba de legumbres. Pero si es carne no comeremos más». Y ninguno de ellos volvió a tomar nada.

77. Un hermano trajo panes tiernos a Las Celdas e invitó a su mesa a unos ancianos. Y después de comer cada uno de ellos un panecillo, se detuvieron. El hermano, que conocía su gran abstinencia, comenzó a suplicarles con humildad: «Por amor de Dios, comed hoy hasta saciaros». Y cada uno comió otros diez panes. Esto demuestra que, si comieron por amor de Dios en esta ocasión, eran verdaderos monjes que iban muy lejos en su abstinencia.

78. Un día, un anciano enfermó gravemente y sus entrañas sangraban. Y un hermano trajo unas ciruelas pasas e hizo con ellas una compota y se la ofreció al anciano, diciendo: «Come, que tal vez esto te siente bien». El anciano, mirándolo lentamente, le dijo: «De verdad te digo que me gustaría que Dios me mantuviese treinta años con esta enfermedad». Y no accedió, en modo alguno, a tomar un pequeño alimento a pesar de su grave enfermedad. El hermano recogió lo que había llevado y volvió a su celda.

79. Otro anciano vivía muy dentro del desierto. Vino a visitarlo un hermano y lo encontró enfermo. Le lavó el rostro y preparó una comida con lo que él había traído. Al ver eso, dijo el anciano: «Es verdad, hermano; había olvidado que los hombres encuentran consuelo en la comida». El hermano le ofreció también un vaso de vino. El anciano, al verlo, se echó a llorar, diciendo: «No esperaba que tuviese que beber vino antes de mi muerte».

80. Un anciano dijo: «La gula es la madre de la fornicación».

81. Dijo también: «El que domina su vientre, puede dominar su fornicación y su lengua».

82. Un anciano había decidido no beber agua durante cuarenta días. Y cuando hacía calor lavaba su jarra y la colocaba delante de sus ojos. Los hermanos le preguntaron por qué hacía esto, y él les respondió: «Es para sufrir más, viendo lo que tanto deseo sin gustarlo. Así mereceré mayor recompensa del Señor».

83. Un hermano viajaba con su madre, ya anciana. Llegaron a un río que la anciana no podía cruzar. Su hijo tomó su manto, envolvió con él sus manos, para no tocar con ellas el cuerpo de su madre y, cargando con ella, atravesó el río. Su madre le dijo: «Hijo mío, ¿por qué has envuelto tus manos?». Y él respondió: «Porque el cuerpo de una mujer es fuego. Y si te tocase, me vendría el recuerdo de otras mujeres».

84. Un Padre decía: «Conozco a un hermano de Las Celdas que hacía ayuno en su celda toda la semana de Pascua. Y cuando venía la tarde del sábado para la sinaxis, se escapaba para no comer en la iglesia, para que los hermanos no lo obligaran a comer con ellos. Él sólo comía unas pocas hierbas cocidas con sal y sin pan».

85. Un día en Scitia, los hermanos fueron convocados para preparar las palmas. Uno de ellos, por su gran austeridad de vida, se puso a toser y a escupir, sin querer, sobre un hermano suyo. Este estaba tentado a decirle: «Basta ya, no escupas sobre mí». Pero para dominarse, tomó la saliva y, llevándosela a la boca, la tragó. Y se dijo a sí mismo: «Una de dos: o no digas a tu hermano lo que puede contristarlo, o come lo que aborreces».

86. Decían del abba Pambo, del abba Besarión, de Isaías, del abba Paesio y del abba Atre que, mientras estaban todos reunidos, el sacerdote del monte[26] les preguntó:

[26] «El sacerdote del monte», es decir, de Nitria: cf. *Alph.*, Pambo 11.

«¿Cómo deben vivir los monjes?». Y los ancianos le respondieron: «En una gran ascesis y guardando también su conciencia para con el prójimo».

87. Un anciano dijo: «El dominio de sí es la riqueza del alma. Conquistémoslo con un pensamiento humilde, huyendo de la vanidad, que es la madre de los males».

88. Un anciano dijo: «Nadie gana la virtud sin pena; o si la gana, no permanece en ella. En efecto, es a los que están en la compunción y a los hambrientos a los que les es prometido el reino de los Cielos» [cf. Mt 5,4-6].

89. Llevaron una vez a Scitia verduras y calabazas y las depositaron en la iglesia para que, viniendo los hermanos, llevasen de ella cada uno un poco a sus celdas. Un anciano tomó unas pocas verduras y un poco de calabaza y, andando de camino, se los comió crudos. Un hermano que lo encontró, le dijo: «¿Dónde están tus verduras?». Respondió: «Las he comido». El hermano le dijo: «Mira, he guardado las mías». Y el anciano le contestó: «Tú, hermano mío, no tienes hambre; es por eso que las has guardado».

90. Un hermano preguntó a un anciano: «El hecho de comer y beber de cualquier manera, ¿qué produce en el hombre?». El anciano respondió: «Eso genera todos los males. Vemos, en efecto, que la total destrucción de Jerusalén tuvo lugar a causa de Nabuzardán, el jefe de cocina [cf. 2 Re 25,8ss]; y el Señor les hace esta recomendación a sus discípulos: *Tened cuidado y no dejéis que vuestro corazón se endurezca por los vicios, las borracheras y las preocupaciones de esta vida* [Lc 21,34]».

91. Una vez que los hermanos comían en la iglesia de Las Celdas por la fiesta de Pascua, se dio una copa de vino a un hermano y lo obligaron a beber. Él dijo: «Perdonadme, Padres, pero ya actuasteis así conmigo el año pasado y bebí una copa y no me pude perdonar en mucho tiempo».

92. Dijo también: «Para alimentar al pobre, es bueno incluso ayunar».

93. Dijo también: «Encontramos nuestro deleite en las palabras divinas y nuestra fiesta en los relatos de los Santos Padres, no saciando nuestro estómago, sino alegrándonos espiritualmente».

94. Un anciano dijo: «No prepares la mesa antes de tiempo cuando estés sólo; y no hables antes de que te pregunten, y si te preguntan, di lo que conviene y no lo que es desagradable».

95. Un anciano dijo: «No comas antes de tener mucha hambre; no duermas antes de ser presa del sueño; no hables antes de que te pregunten».

96. Un hermano acompañaba a un anciano que bajaba un día a Scitia. Cuando se separaron, el anciano le dijo: «Comamos juntos, hermano». Y comieron. Ahora bien, esto fue antes de tiempo, y estaban al primer día de la semana. El sábado, levantándose de buena mañana, el anciano fue junto el hermano y le dijo: «¿Has tenido hambre, hermano, desde que hemos comido juntos?». Él le dijo: «No, porque como cada día y no tengo hambre». El anciano le dijo: «En verdad, mi niño, en cuanto a mí, no he comido desde la otra vez, y tengo hambre». Entendiendo esto, el hermano fue penetrado por la compunción y edificado.

97. Un hermano dijo que en el laureado Egipto hubo una discusión y que todos, grandes y pequeños, se rebelaron. Sólo uno no habló. Y cuando se separaron, un hermano le preguntó: «¿Cómo es que tú no hablas?». Y él, presionado por el hermano, le respondió: «Perdóname, pero le he dicho a mi pensamiento: si la almohada que está debajo de ti no habla, no hables tampoco; y así es como me he quedado sin decir nada».

98. Un anciano dijo: «Un monje que bebe más de tres vasos, que no rece por mí».

99. Un hermano dijo: «Conozco a un anciano que vivía en la montaña sin recibir jamás a nadie. Pero tenía un poco de agua y cultivaba verduras. Él practicó este género

de vida durante cincuenta años sin salir jamás de los límites de su jardín. Y él se volvió muy célebre a causa de las numerosas curaciones que hacía cada día con la gente que le iba a ver. Allí descansa en paz, tras haber dejado su lugar a cinco discípulos».

100. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Qué haré, pues mi vientre me preocupa: como mucho sin poderme dominar, y poco a poco mi cuerpo vive en el lujo?». El anciano le respondió: «Si no pones por encima de tu vientre el temor y el ayuno, él no va a funcionar bien». Y le contó está parábola: «Un hombre tenía un burro. Mientras estaba sentado encima, el asno deambuló de aquí para allí. Tomando su bastón, lo golpeó, y el asno le dijo: "No me golpees más y a partir de ahora iré derecho". Y después de haber andado todavía un poco, bajó y puso su bastón en la alforja que estaba sobre el asno. Este no se dio cuenta, pero, pensando que el hombre ya no tenía el bastón, no lo respetó más y caminó sobre los sembrados. Y su dueño fue, tomó el bastón y golpeó el asno hasta que anduvo derecho. Así va también para el vientre».

101. Un hermano preguntó también al mismo anciano: «¿Por qué me agobian mis pensamientos? A menudo, después de que me han cautivado, me castigan y no se van, sino que permanecen en su lugar». El anciano le respondió: «Si callado no les dices teniendo hambre: alejaos de mí, ellos no se van, sino que permanecen; porque tan pronto como encuentran el reposo, no se van».

102. Un anciano dijo: «Ayuna con inteligencia y exactitud. Vigila para que el enemigo no se inmiscuya en tu ayuno. Tal vez, me parece, es esta la causa de que el Señor haya dicho: Convertíos en cambistas experimentados, es decir, reconoced bien la efigie real. Porque hay falsificaciones. La naturaleza del oro no es la misma, pero es lo que marca la diferencia. El oro es el ayuno, la continencia es la dádiva; pero los niños de los paganos están marcados

con la marca del tirano, y todos los herejes se glorifican. Al verlos hay que huir como de los falsificadores. Vigila para no padecer daño cayendo en su poder por falta de entrenamiento. Recibe, por lo tanto, con seguridad la cruz del Señor marcada con las virtudes, es decir, una fe recta con las obras de los santos»[27].

103. Un obispo iba todos los años a Scitia a ver a los Padres. Y un hermano que lo encontró lo introdujo en la celda. Allí le dio pan y sal y le dijo: «Perdóneme, Señor, pero no tengo otra cosa que ofrecer». El obispo le dijo: «Deseo, cuando venga el próximo año, no encontrar siquiera sal».

104. Una vez que se proclamó en Scitia el inicio de la cuaresma, un hermano fue a informar a un gran anciano, diciéndole: «Abba, han comenzado los ayunos». El anciano le dijo: «¿Cuáles, hijo mío?». El hermano le contestó: «Los ayunos de la cuaresma».Entonces el anciano respondió: «En verdad, mi niño, los ayunos de los que hablas, hace cincuenta años que no sé cuándo empiezan ni cuándo terminan; pues todos los tiempos son para mí tiempos de ayuno».

[27] Tomado de *Vita Syncleticae* 100b (PG 28,1549 BC). El *agraphon* sobre los hábiles cambistas (cf. A. Resch, *Agrapha* [TU 30; Leipzig 1906] 112-128) es citado con frecuencia en la literatura monástica para invitar al discernimiento: p. ej. Casiano, *Conf.* I, 20, 1; II, 9; Doroteo, *Instructions* 4, etc. La *Vida de Sinclética*, la refiere repetidamente.

Capítulo V

DIVERSOS DICHOS PARA RECONFORTAR EN LOS COMBATES QUE SUSCITA EN NOSOTROS LA FORNICACIÓN[1]

1. El abba Antonio dijo: «Pienso que en el cuerpo existen movimientos carnales naturales. No operan si no se consiente en ellos, y se manifiestan en el cuerpo tan solo como un movimiento sin pasión. Hay otros movimientos en el cuerpo que se fomentan y alimentan con la comida y la bebida y, con ellas, se excita el calor de la sangre para actuar. Y por eso dice el Apóstol: *No os emborrachéis, pues eso lleva al desenfreno* [Ef 5,18]. Y también el Señor en el Evangelio dice a sus discípulos: *Tened cuidado y no dejéis que vuestro corazón se endurezca por los vicios ni por las borracheras* [Lc 21,34]. Finalmente se da otra especie de movimientos carnales entre los que luchan en la vida monástica: provienen de las insidias y de la envidia del diablo. Conviene saber que existen estas tres clases de movimientos carnales. Unos, de la naturaleza; otros, de la abundancia en el comer; lo terceros, del diablo»[2].

2. El abba Geroncio de Petra dijo: «Muchos de los que son tentados de deleites corporales, aunque no pequen corporalmente, pecan de pensamiento. Y aunque conserven

[1] Muchos de los textos de este capítulo son comentados y situados en el contexto médico y social por A. Rousselle, *Porneia. De la maîtrise du corps à la privation sensorielle, II-IV siècles de l'ère chrétienne* (París 1983). Se encuentran agrupados, en particular, cantidad de información sobre la dieta de los monjes, puesta en contacto con su ascetismo de continencia sexual (p.183-226).

[2] Esta pieza (= *Alph.*, Antonio 22) también se puede leer en la primera Carta atribuida a Antonio: cf. Traducción latina de Sarasio (PG 40,979 A-B).

la virginidad corporal, fornican en su alma. Por eso, carísimos, es bueno hacer lo que está escrito: *Cuida tu mente más que nada en el mundo* [Prov 4,23]».

3. El abba Juan el Enano dijo: «El que está saciado y habla con un niño, ya pecó con él en su pensamiento».

4. El abba Casiano contó las siguientes palabras del abba Moisés: Es bueno no ocultar los pensamientos, sino descubrirlos a los Padres espirituales y hábiles en el discernimiento, pero no a los que sólo son ancianos de edad; porque hay muchos monjes que, fiándose solamente de la edad, manifestaron sus pensamientos a los que no tenían experiencia, y en lugar de consuelo, encontraron desesperación. Un anciano muy conocido mío acogió un día a un joven monje, y no de los menos fervorosos. Vino a él con el deseo de progresar en la vida, atormentado por el aguijón de la carne y del espíritu de fornicación. Creía encontrar en la plegaria del anciano un consuelo en sus trabajos y una medicina para sus llagas. Al oírle el viejo, prorrumpió en injurias y dicterios, diciéndole que era un infame y miserable, que era indigno de llevar el nombre de monje, y que nadie podía prestar oídos a los daños que acarreaba un vicio como aquel. Estos reproches hirieron el corazón del joven y salió de la celda para volver al mundo. Por un designio de Dios le salió al encuentro casualmente el abba Apolo. Le preguntó: «Mi niño, ¿qué es lo que causa tal tristeza?». Pero el novicio no podía articular palabra. Apolo multiplicó, pues, sus preguntas, porfiando por saber el motivo de su congoja. Al fin, cogido como en una red, el joven lo confesó todo. Puesto que, según el anciano a quien había consultado no podía ser monje, y era incapaz de refrenar los ardores de su carne y obtener remedio a su tentación, se disponía a tomar mujer. Abandonaría, por tanto, el monasterio y se volvería al mundo. Apolo empezó entonces a consolarle dulcemente, con palabras llenas de benignidad. Le dijo que, a él, siendo viejo, le ocurría lo mismo; que también sentía aquellos in-

centivos y aquellas tempestades interiores. Que no era razón que él desesperara, ni había de maravillarle la violencia de la tentación. Que no eran tanto nuestros esfuerzos los que triunfaban sobre ella, cuanto la misericordia de Dios y su gracia. Pidió, pues, al joven solamente el plazo de un día y le dijo que regresara a su celda, mientras que él se dirigía apresuradamente al monasterio del otro anciano. Al acercarse Apolo a la celda de este, se puso a rogar con lágrimas y con los brazos extendidos, diciendo: «¡Señor, tú solo consideras con tu mirada compasiva las fuerzas de cada uno y la debilidad de nuestra naturaleza! ¡Tú solo eres el médico que sabes aplicar el remedio con mano invisible! ¡Haz pasar la tentación de aquel joven al alma de este anciano, a fin de que siquiera en su vejez aprenda a ser condescendiente con las debilidades de los afligidos y compartir la fragilidad de su juventud!» Apenas había terminado esta oración con gemidos, cuando vio a un horrible etíope[3] de pie frente a la celda del otro monje, lanzando contra él dardos de fuego. Tan pronto como las saetas hicieron mella en el ánimo del viejo, salió este precipitadamente de su celda y comenzó a correr en todas direcciones como un borracho. Incapaz de permanecer en su celda, anduvo vertiginosamente por el mismo camino que había seguido antes el joven. El abba Apolo comprendió que los dardos encendidos del demonio se habían clavado en su corazón: de ahí la ofuscación y el torbellino en que se revolvía su alma. Y acercándose a él, le dijo: «¿A dónde vas tan de prisa? ¿Qué es lo que te agita como un niño y te hace corretear de una a otra parte?».

[3] El demonio es representado con frecuencia bajo la forma de un negro (aquí es el sentido dado a la palabra «etíope»): ya Orígenes *(De principiis* II, 9, 5: PG 11,229 C) y Agustín *(Ciudad de Dios* XXII, 8). La imagen se vuelve muy frecuente en la literatura monástica: p. ej. CASIANO, *Conf.* IX, 6; HMA c.8, 4; *Syst.* V, 27, 54; XIV, 30... Cf. F. J. DÖLGER, «Die Sonne der Gerechtigkeit und der Schwarz»: *Liturgiegeschichtliche Forschungen* 2 (1918). Esta imagen tiene connotaciones psicoanalíticas evidentes, que parece que todavía no se han estudiado (cf. F. FANON, *Peau noire, masques blancs* [París 1952]).

Confuso por los remordimientos de conciencia y por la vergonzosa pasión que le agitaba, pensaba para sí el infeliz que Apolo había adivinado la llama que abrasaba su corazón. Viendo descubierto su secreto, no osaba responder. Entonces, Apolo le dice: «Vuélvete a tu celda, y siquiera en tu vejez convéncete de que el demonio, o no ha querido conocerte hasta ahora o no hacía ningún caso de ti. Ciertamente, no te había contado entre aquellos cuyos progresos y santos deseos le provocan a hacerles guerra continua; ¿qué digo luchar? Tú no has sido capaz, siquiera, de soportar su ataque un solo día. El Señor ha permitido que fueras herido ahora, a fin de que, escarmentando no en cabeza ajena, sino en la tuya propia, aprendieras por lo menos en tu avanzada edad a compadecerte de las debilidades ajenas y a condescender con la fragilidad de tus prójimos. Un joven monje se había acogido a tu amparo; un joven que se hallaba expuesto a los rudos asaltos del enemigo. Y, lejos de confortarle con palabras de consuelo, le has exasperado, entregándole en manos del adversario, sin impedir que fuera devorado por él, sin tener en cuenta la sabia recomendación que dice: *Salva a los condenados a muerte, libra del peligro a los que están para morir* [Prov 24,11], ni la palabra de Dios, nuestro Salvador, que dice *no romperás la caña quebrada ni apagarás el pábilo que humea* [Mt 12,20]. Nadie podría evitar las asechanzas del enemigo ni extinguir los ardores de la carne, que hierven en nosotros como un fuego que nutre la misma naturaleza, si la gracia de Dios no viniera en ayuda de nuestra flaqueza, ofreciéndonos su amparo y su protección. Entre tanto, se han realizado los designios saludables que el Señor se proponía: él ha librado a este joven de una prueba terrible, y te ha procurado una lección a ti, al darte a conocer la violencia que a veces puede alcanzar la tentación y, consiguientemente, el deber que tenemos de compadecernos de nuestros semejantes. Roguemos, pues, los dos juntos para que se digne poner fin a este azote que ha querido experimentaras

para tu bien, *pues si él hace una herida, también la venda* [Job 5,18]; él humilla y enaltece; hace morir y devuelve la vida; hace bajar al Infierno y saca de él [cf. 1 Sam 2,6s]. Que Él se digne, con el suave rocío de su Espíritu, extinguir el fuego de esos dardos encendidos con los cuales ha permitido, escuchando mi oración, que te persiguiera Satanás». Dicho esto y rezando, lo liberó enseguida del combate que Dios le había puesto y le dio una lengua culta para saber cuándo abrir la boca y hablar [cf. Is 50,4].

5. Interrogado el abba Ciro, el alejandrino, sobre el pensamiento de fornicación, respondió de esta manera: «Si no tienes el pensamiento, no tienes esperanza; si no tienes pensamientos, tienes actos. Esto es: el que no lucha en su espíritu contra el pecado ni lo resiste, lo comete corporalmente; porque quien hace las obras no es molestado por los pensamientos». Interrogó el anciano al hermano, diciendo: «¿Acostumbras conversar con mujeres?», Respondió el hermano: «No. Mis pensamientos son imágenes nuevas y antiguas; son los recuerdos los que me molestan, y las figuras de mujeres». El anciano le dijo: «No temas a los muertos; huye más bien de los vivos y dedícate a la oración».

6. El abba Matoés dijo: «Vino a mí un hermano y dijo: "La detracción es peor que la fornicación". Le dije: "Duras palabras". Entonces, el hermano me dijo: "¿Cómo entiendes esto?". Yo dije: "La detracción es mala, pero tiene cura, puesto que se arrepiente el detractor diciendo muchas veces: he hablado mal; pero la fornicación es la muerte física"».

7. El abba Pastor dijo: «Del mismo modo que el guardaespaldas del rey está preparado para cualquier eventualidad, así también conviene que el alma esté siempre preparada contra el diablo de la impureza».

8. Dijo también: «Al hombre no le conviene hablar nunca de la fornicación ni de la maledicencia, ni concebir estos pensamientos en el corazón; pues no le aprovecha para

nada el querer discernirlos en su corazón. Pero si aíra contra ellos, tendrá descanso».

9. Un hermano acudió cierta vez donde estaba el abba Pastor y le dijo: «¿Qué haré, Padre, pues me oprime la fornicación, y he ido a ver al abba Ibistión, que me dijo: "No le permitas permanecer en ti"?». El abba Pastor le dijo: «El abba Ibistión tiene sus obras con los ángeles en el cielo y no sabe que tú y yo permanecemos aún en la impureza. Si el monje contiene el vientre y la lengua[4], puede tener confianza».

10. Un hermano preguntó al abba Pastor sobre la impureza. El anciano le dijo: «Grande es la ayuda de Dios que rodea al hombre; pero no podemos verlo con nuestros ojos».

11. Otro hermano preguntó al abba Pastor: «¿Qué haré, pues soy combatido por la impureza y la ira?». El anciano le dijo: «A raíz de esto dijo David: *golpeaba al león y mataba al oso* [1 Sam 17,35]; es decir: amputaba la ira y oprimía la impureza con las fatigas».

12. Dijo también[5]: «No es posible vivir según Dios, si amas los placeres y el dinero».

13. Se cuenta de la amma Sara que vivió durante trece años atacada fuertemente por el demonio de la impureza, y que nunca pidió que cesara el combate, sino que decía: «¡Oh Dios, dame fuerzas!».

14. Una vez, el mismo espíritu de impureza la atacó con más fuerza, sugiriéndole las vanidades del mundo. Pero ella acudió al temor de Dios y a la ascesis. Subió a la terraza para orar y se le apareció entonces el espíritu de impureza, el cual le dijo: «Me has vencido, Sara». Ella le respondió: «No te he vencido yo, sino Cristo, mi Señor».

15. Un hermano fue atacado de impureza y la tentación era como un fuego que ardía, día y noche, en su corazón. Luchaba sin condescender ni consentir con su pen-

[4] «Contener el vientre y la lengua»: cf. *supra*, IV, 53, y su nota.
[5] Este dicho, en *Alph.*, es atribuido a Isidoro el Presbítero.

samiento. Mucho tiempo después, la tentación desapareció sin conseguir nada, gracias a la perseverancia del hermano. Y enseguida una luz apareció en su corazón.

16. Otro hermano fue atacado de impureza. Se levantó de noche y fue a visitar a un anciano. Le contó sus pensamientos y el anciano lo consoló. Confortado en ese consuelo, volvió a su celda. Y de nuevo el espíritu de impureza volvió al ataque. Y de nuevo acudió al anciano. Esto se repitió muchas veces. El anciano no se desanimaba, sino que le decía lo que podía ser útil en su situación: «No cedas al diablo ni aflojes en tu lucha; al contrario, a cada ataque del diablo, ven a buscarme y el diablo huirá derrotado, pues nada lo alegra más que el que se oculten las tentaciones, y nada le molesta más que el que se descubran los pensamientos». Por once veces fue el hermano acusándose de sus pensamientos. La última vez, el hermano dijo al anciano: «Sé caritativo conmigo y dime una palabra». Entonces el anciano le respondió: «Créeme, hijo, si Dios permitiese que los pensamientos que combaten mi alma pudiesen pasar a la tuya, no podrías soportarlos y caerías muy bajo». Dichas estas palabras, por la gran humildad del anciano, se tranquilizó el espíritu de impureza en el hermano.

17. Otro hermano fue combatido de impureza. Luchó y redobló su ascesis durante catorce años, guardándose de consentir a sus malos deseos. Luego fue a la asamblea y descubrió delante de todos lo que padecía. Hicieron penitencia y rogaron a Dios por él durante una semana y se tranquilizó su tentación.

18. A propósito de los pensamientos de impureza, un viejo eremita dijo: «¿Quieres salvarte después de tu muerte?». Ve, trabaja, mortifícate, busca y encontrarás, llama y se te abrirá [cf. Lc 11,9s]. En el mundo, los atletas son coronados cuando se han curtido en la lucha y han demostrado su fortaleza. A veces, uno lucha contra dos y, estimulado por los golpes, alcanza la victoria. ¿Has visto cuanta fuerza ha con-

seguido con sus ejercicios físicos en el gimnasio? Pues bien, tú mantente firme y fuerte y el Señor combatirá contigo contra el enemigo».

19. Acerca de los mismos pensamientos, dijo otro anciano: «Haz como el que pasa por la carretera o por delante de una taberna y percibe el aroma de la cocina y de los asados. El que quiere, entra y come; el que no quiere, sólo huele y se va. Haz tú lo mismo: rechaza ese olor, levántate y reza diciendo: "Hijo de Dios, ayúdame". Haz esto mismo para espantar los otros pensamientos. Por otra parte, no somos extirpadores de pensamientos, sino combatientes».

20. Acerca de los mismos pensamientos, dijo otro anciano: «Nosotros los padecemos por negligencia. Pues si consideramos que Dios habita en nosotros, no dejaríamos entrar nada extraño en nuestra alma. Cristo, que vive en nosotros y vive con nosotros, es testigo de nuestra vida. Por eso nosotros, que lo llevamos con nosotros y lo contemplamos, no debemos descuidarnos, sino santificarnos, como Él es santo [cf. 1 Jn 3,3]. Mantengámonos sobre la piedra, y el maligno se estrellará contra ella. No temas, que no te puede vencer. Canta con valentía: *Los que confían en el Señor son como el monte Sión; no tiembla, está asentado para siempre* [Sal 121,1]».

22[6]. Un hermano dijo a un anciano: «Si un monje cae en pecado, se angustia, porque de progresar en la virtud pasa a un estado peor y tiene que trabajar para levantarse. Al contrario, el que viene del mundo, como parte de cero, siempre progresa». El anciano replicó: «El monje que sucumbe a la tentación es como una casa que se derrumba. Y si reconsidera su vocación, reedifica la casa destruida. Encuentra muchos materiales útiles para el edificio, tiene los cimientos, piedras, arena y todas las otras cosas necesarias

[6] No es un error, sobre la base de *Anon.* N 78-79, que había separado en dos el apotegma anterior. Pero todos los manuscritos de *Syst.* traen un único apotegma; no hay, por lo tanto, n.21.

para la construcción, y así rápidamente levanta la casa. El que ni ha cavado, ni ha echado los cimientos, ni tiene nada de aquello que es necesario, ha de ponerse a la obra con la esperanza de terminarla un día. Lo mismo sucede si el monje sucumbe a la tentación. Si se vuelve a Dios, tiene toda la ayuda de la meditación de la ley divina, de la salmodia, del trabajo manual, de la oración y otras muchas cosas que son fundamentales. Al contrario, el novicio, mientras aprende todo esto, continúa en su estado primitivo».

23. Un hermano atormentado por el espíritu impuro, fue a visitar a un anciano muy notable y le rogaba, diciendo: «Hazme la caridad de rogar por mí, pues soy muy tentado de impureza». El anciano oró al Señor. Pero el hermano volvió por segunda vez repitiendo las mismas palabras. El anciano, por su parte, insistió en la oración al Señor diciendo: «Señor, revélame la causa de la acción del diablo contra este hermano, porque te lo he pedido, y no ha encontrado todavía la paz». Y el Señor le descubrió lo que le sucedía a aquel hermano. Vio al hermano sentado y a su lado el espíritu de fornicación, y como si jugase con él. Y el ángel enviado en su ayuda estaba en pie indignado contra el hermano, porque no se postraba ante Dios, antes se complacía en sus pensamientos volcando en ellos toda su atención. El anciano comprendió que la culpa era toda del hermano y le dijo: «Tú consientes en tus pensamientos». Y le enseñó cómo debía resistir a aquellos pensamientos. E instruido el hermano por la doctrina de aquel anciano y con la ayuda de su oración, encontró descanso para su tentación.

24. En cierta ocasión el discípulo de un anciano notable fue tentado de impureza. El anciano que veía su sufrimiento, le dijo: «¿Quieres que ruegue al Señor para que te libere de esta lucha?». El discípulo le respondió: «Padre, veo que estoy padeciendo mucho, pero siento también el fruto que saco de esta lucha. Por eso, pide al Señor en tus oraciones que me dé la fuerza para resistir». Y su abba le dijo:

«Ahora veo, hijo mío, lo mucho que has adelantado y que me has superado».

25. Se cuenta que un anciano bajó a Scitia, con su hijo que todavía no había sido destetado, el cual, como se crió en el monasterio, no sabía que existieran mujeres. Cuando se hizo hombre, los demonios le presentaban de noche figuras de mujeres, y él, admirado, se lo comunicó a su padre. En cierta ocasión subió con su padre a Egipto y al ver mujeres le dijo: «Estas son las que se me presentaban de noche en Scitia». Y el anciano le dijo: «Hijo, estos son monjes que viven en el mundo. Usan un hábito distinto del de los ermitaños». Y se extrañó el anciano de que los demonios le hubieran presentado imágenes de mujeres en Scitia, y enseguida se volvieron a su celda.

26. En Scitia, se encontraba un hermano muy probado por las tentaciones. El enemigo le traía la memoria de una hermosa mujer y le atormentaba mucho. Y sucedió, por disposición divina, que otro hermano bajó de Egipto a Scitia. Y hablando entre ellos le comunicó la muerte de cierta persona. Era precisamente aquella mujer que turbaba al hermano. Al oírlo, tomó su manto y de noche acudió al lugar donde la habían enterrado. Cavó la tumba, limpió con su manto la sangre putrefacta de ella, y se volvió a su celda con ella. El olor era intolerable, pero él ponía ante sí aquella podredumbre y combatía sus pensamientos, diciendo: «Mira lo que tanto deseabas. Ya lo tienes, sáciate con ello». Y se impuso el tormento de ese hedor hasta que cesó dentro de su alma aquella lucha.

27. Una persona vino un día a Scitia para hacerse monje. Traía con él a su hijo que acababa de ser destetado. Cuando el niño se hizo adulto, los demonios empezaron a atacarle y a tentarle. Y dijo a su padre: «Voy a volver al mundo, pues no puedo dominar mis pasiones carnales». Su padre le animaba, pero él volvió a la carga: «No puedo aguantar más; padre, déjame marchar». Su padre le insistió:

«Hijo, escúchame una vez más. Toma cuarenta panes y hojas de palma para cuarenta días de trabajo. Vete al interior del desierto, quédate allí cuarenta días y que se cumpla la voluntad de Dios». Obediente a su padre se fue al desierto, y permaneció allí, trabajando y tejiendo palmas secas y comiendo pan seco. Después de veinte días de recogimiento vio una aparición diabólica. Se puso en pie delante de él una especie de mujer etíope, de aspecto repugnante y fétido. Su hedor era tan insoportable que no lo podía aguantar y la arrojó lejos de sí. Y ella le dijo entonces: «Soy la que aparezco dulce en el corazón de los hombres. Pero por tu obediencia y perseverante ascesis, Dios no me ha permitido seducirte, sino que te di a conocer mi hedor». Él se levantó y, dando gracias a Dios, volvió a su padre y le dijo: «No quiero volver al mundo, padre. He visto la obra del diablo y he sentido su hedor». Su padre, que había sabido lo ocurrido por una revelación, le dijo: «Si te hubieras quedado allí cuarenta días y hubieras guardado mi mandato hasta el final, hubieras visto cosas más extraordinarias».

28. Un anciano moraba muy dentro del desierto. Tenía una pariente que hacía muchos años deseaba verle. Ella se enteró del lugar donde moraba, y se puso en camino hacia el desierto. Encontró a unos camelleros, se unió a ellos y con ellos se adentró en el desierto. Era llevada por el diablo. Llegando a la puerta del anciano se dio a conocer, diciendo: «Soy yo, tu pariente»; y se quedó con él. Otro monje que moraba en la parte inferior del desierto, llenaba su jarra de agua a la hora de la comida; y de pronto se cayó la jarra y se derramó el agua. Y por inspiración de Dios, se dijo: «Iré al desierto y contaré a los ancianos esto que me ha sucedido con el agua». Se puso en marcha y como se hiciese tarde durmió en un templo pagano que había junto al camino. Y durante la noche oyó a los demonios que decían: «Esta noche haremos caer a aquel monje en la impureza». Al oírlo, se afligió mucho y llegándose al anciano lo en-

contró triste. Y le dijo: «¿Qué he de hacer, Padre? Lleno mi jarra de agua y a la hora de la comida se derrama toda». El anciano le respondió: «Vienes a preguntarme por qué se te cae la jarra. Y yo ¿qué debo hacer, pues esta noche he caído en la fornicación?». «Lo sabía», le respondió el otro. «¿Tú, cómo lo sabes?», le dijo el anciano. «Dormía en un templo y oí a los demonios hablar de ti», le contestó. Y el anciano dijo: «Me vuelvo al mundo». Pero el hermano le suplicaba: «No, Padre, quédate aquí; despide a esa mujer. Lo que te ha ocurrido ha sido obra del enemigo». El anciano le escuchó y se animó. Redobló su penitencia con muchas lágrimas, hasta que recobró su estado anterior.

29. Un anciano dijo: «El desprendimiento, el silencio y la meditación en secreto, engendran pureza».

30. Un hermano preguntó a un anciano: «Si alguno cae en tentación, ¿qué pasa con el escándalo de los demás?». Y el anciano le contó esta historia: «Había un diácono muy conocido en un monasterio de Egipto. Un magistrado, perseguido por el gobernador, vino con toda su familia al monasterio. Bajo la acción del maligno el diácono pecó con la mujer del magistrado y todos los hermanos se llenaron de vergüenza. El diácono fue a ver a un anciano y le contó lo sucedido. El anciano tenía una celda interior oculta. Cuando la vio el diácono le dijo: "Entiérrame aquí mismo vivo y no se lo digas a nadie". Y entró en aquella celda oscura e hizo allí verdadera penitencia. Mucho tiempo después, aconteció que no se produjo la crecida del Nilo. Y mientras todos rezaban las letanías, le fue revelado a uno de los ancianos, que el agua del río no subiría, si no venía a rezar con ellos el diácono que estaba escondido en la celda de uno de los ancianos. Al oírlo, se admiraron mucho y fueron a sacarle del lugar donde estaba. Oró y subió el agua. Y los que se habían escandalizado de él, quedaron después edificados de su penitencia, y glorificaron a Dios».

31. Dos hermanos fueron a la ciudad para vender lo que habían fabricado. En la ciudad se separaron y uno de ellos cayó en la fornicación. Poco después llegó el otro hermano y le dijo: «Hermano, regresemos a nuestra celda». «No voy», respondió el otro. «¿Por qué no, hermano?». «Porque cuando me dejaste —dijo el otro— me vi tentado y pequé de impureza». Pero su hermano, queriéndoselo ganar, se puso a decirle: «También a mí me ha sucedido lo mismo, y después de dejarte he fornicado también. Pero volvamos y hagamos juntos penitencia con toda nuestra fuerza, y Dios nos perdonará, aunque seamos pecadores». Al volver a su celda, contaron a los ancianos lo que les había ocurrido, y estos les señalaron la penitencia que debían cumplir. Uno de ellos, sin embargo, no hacía penitencia por sí, sino por el otro hermano, como si también él hubiera pecado. Viendo Dios su penitencia y su caridad, a los pocos días descubrió a uno de los ancianos que, por la gran caridad de aquel hermano, que no había pecado, había perdonado al que había fornicado. Esto en verdad es dar su vida por el hermano [cf. Jn 15,13].

32. Un hermano fue un día a decir a un anciano: «Padre, mi hermano me abandona para ir no sé dónde y sufro por ello» El anciano le animaba: «Hermano, llévalo con paz, y Dios viendo tu sufrimiento y tu paciencia, lo traerá de nuevo junto a ti. Sabes que la severidad y la dureza no valen para hacer cambiar de idea a nadie. Pues el demonio no arroja al demonio [cf. Mt 12,36]. Más bien será con benignidad como conseguirás atraerlo. Dios mismo atrae a sí a los hombres por la persuasión». Y le contó lo que sigue: «Dos hermanos vivían en la Tebaida y habiendo uno de ellos pecado de impureza dijo al otro: "Voy a regresar al mundo". El otro llorando le dijo: "No permito, hermano, que te vayas, pierdas el fruto de tu trabajo y de tu virginidad". Pero el primero no lo aceptó: "No me quedaré, me iré. O vienes conmigo y de nuevo volveré contigo

o déjame marchar y me quedaré en el mundo". El hermano fue a contar lo que le ocurría a un anciano venerable. "Vete con él —le dijo el anciano—, y Dios por causa de tus sufrimientos no permitirá que sucumba". Y los dos hermanos volvieron al mundo. Llegaron a una aldea y viendo Dios la pena de aquel que, por caridad y afecto acompañaba a su hermano, arrancó del otro su mal deseo. "Hermano —le dijo—, volvamos al desierto. Supongamos que hubiese pecado con una mujer, ¿qué hubiera sacado de ello?". Y volvieron indemnes a su celda».

33. Un hermano tentado por el demonio fue a decir a un anciano: «Estos dos hermanos viven juntos y se portan mal». El anciano se dio cuenta que el demonio le engañaba y mandó llamar a los dos hermanos. Al llegar la noche, les preparó una estera y los cubrió con una manta, diciendo: «Los hijos de Dios tienen el alma grande y santa». Luego dijo a su discípulo: «Encierra a este hermano solo en una celda, pues tiene el vicio del que acusa a los otros»[7].

34. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Qué debo hacer, Padre, a causa de la impureza?». Él dijo: «Para este pensamiento, mantente tan vigilante como puedas, pues este pensamiento, para quien sucumbe a él, trae la desesperación de la salvación[8]. Del mismo modo, en efecto, si un barco, luchando con las olas, la tormenta y el huracán,

[7] Este apotegma, dado según la versión de Pelagio, está curiosamente ausente de todos los manuscritos griegos de *Syst.*, mientras que está presente normalmente en la serie de los Anónimos, donde figura en la sección IV, la más «auténtica» (cf. *Recherches,* 79-83). Aquí está el texto griego publicado por Nau según el manuscrito *Coislin* 126: Ἀδελφὸς ὑπὸ δαίμονος πολεμηθεὶς ἀπῆλθε πρός τινα γέροντα λέγων ὅτι· Οἱ δύο ἀδελφοὶ ἐκεῖνοι μετ ἀλλήλων εἰσίν. Ἔμαθε δὲ ὁ γέρων ὅτι ὑπὸ δαιμόνων χλευάζεται, καὶ πέμψας ἐφώνησεν αὐτούς. Καὶ ὅτε ὀψὲ ἐψένετο ἔθηκε ψιάθιον τοῖς δύο ἀδελφοῖς, καὶ ἐσκέπασεν αὐτοὺς εἰς ἓν στρῶμα λέγων ὅτι· Τὰ τέκνα τοῦ Θεοῦ ἅγια εἰσιν. Εἶπε δὲ τῷ μαθητῇ αὐτοῦ· τὸν ἀδελφὸν τοῦτον ἀπόκλεισον εἰς τὸ κελλίον παραμένος, αὐτὸς γὰρ τὸ πάθος ἔχει ἐν ἑαυτῷ.

[8] Cf. *infra,* V, 38: para el que cae en la tentación, no hay esperanza de salvación. Nótese que esta corriente «rigorista» es minoritaria en los textos; el conjunto de los textos apunta, al contrario, a volver la esperanza de salvación

pierde su timón, está ciertamente en peligro, pero todavía puede navegar, o si el mástil o algún otro aparejo del estilo se rompe, todavía hay esperanza mientras el casco esté intacto; del mismo modo, el monje que es negligente con respecto a otras pasiones, puede aspirar a convertirse en un maestro por la penitencia; pero si naufraga una sola vez cayendo en la pasión de la fornicación, se va a desesperar, cayendo su barco hasta el fondo».

35. Un hermano dijo a un anciano: «¿Qué debo hacer, pues me mata un pensamiento impuro?». El anciano le respondió: «Cuando una mujer quiere destetar a su hijo se frota los senos con drimia[9], y cuando el niño viene a mamar, como de costumbre, siente ese gusto amargo y se va. Tú también, pon algo amargo en tus pensamientos». Y el hermano le preguntó: «¿Cuál es esa cosa amarga que debo poner?». «La meditación de la muerte y de los tormentos preparados para los pecadores en el siglo venidero», dijo el anciano.

36. Un hermano consultó a un anciano acerca de los pensamientos de impureza. Y el anciano le respondió: «Nunca he tenido tentaciones en esa materia». Y el hermano, escandalizado, fue a contarlo a otro anciano: «Mira lo que me ha dicho aquel monje, y me ha escandalizado porque lo que me ha dicho supera las fuerzas de la naturaleza». El anciano le dijo: «No te ha dicho eso sin motivo este hombre de Dios. Vuelve a él, pídele perdón y que te aclare el sentido de sus palabras». El hermano volvió arrepentido al anciano, hizo una metanoia y le dijo: «Perdóname, Padre, pues me porté como un tonto contigo y me marché sin despedirme. Te ruego me expliques por qué no te has visto nunca combatido por la impureza». El anciano le contestó:

a los que han sido vencidos. Por otra parte, son pocos los monjes de los que se nos dice que sus faltas los obligaron a abandonar la vida monástica.

[9] La drimia (σκίλλα) es una cebolla marina de gusto especialmente amargo.

«Desde que soy monje nunca me he saciado de pan, ni de agua, ni de sueño. Y el tormento de todas estas privaciones no me ha permitido sentir el apetito de la impureza». El hermano se fue muy aprovechado de la respuesta del monje.

37. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Qué debo hacer? Pienso continuamente cosas impuras, que no me dejan ni una hora de descanso y mi alma está muy afligida». El anciano le dijo: «Cuando los demonios siembren en tu corazón esos pensamientos, y tú te des cuenta, no discutas en tu interior. Lo propio del demonio es sugerir el mal. Pero, aunque no dejen de molestarte, no te pueden forzar. De ti depende el consentir o no». «Mas, ¿qué he de hacer? —respondió el hermano—; pues soy débil y me domina esta pasión». El anciano respondió: «Atiende a lo que voy a decirte: ¿Sabes lo que hicieron los madianitas? Adornaron a sus hijas con sus mejores galas, y las expusieron delante de los israelitas, pero no obligaron a nadie a pecar con ellas, sino que los que quisieron cohabitaron con ellas. Los demás se indignaron y se vengaron con la muerte de aquellos que quisieron inducirles a la fornicación [cf. Núm 25,1-3]. Así hay que combatir a la impureza. Cuando empiece a hablar en el fondo de tu corazón no le respondas. Levántate, ora y haz penitencia, diciendo: "¡Hijo de Dios, ten piedad de mí!"». Dijo el hermano: «Padre, hago meditación, pero no siento la compunción del corazón, porque no entiendo el sentido de las palabras». Y el anciano le dijo: «Sigue meditando. Oí al abba Pastor y a otros Padres estas palabras: "El encantador no entiende las palabras que pronuncia, pero la serpiente las oye, las entiende, se humilla y se somete al encantador". Hagamos lo mismo, aunque ignoremos el sentido de las palabras que pronunciamos; los demonios las escuchan, se espantan y huyen».

38. Los ancianos decían que los pensamientos de impureza son frágiles como el papiro: si vienen sobre nosotros y los rechazamos sin consentir en ellos, se quiebran sin

esfuerzo. Pero si cuando se presentan nos deleitamos con ellos y consentimos, se hacen como el hierro y es difícil destruirlos. Por eso es necesario tener discreción en nuestro pensar, para que sepamos que para el que consiente no hay esperanza de salvación. En cambio, para los que no consienten, les está reservada la corona.

39. Dos hermanos combatidos de impureza, abandonaron el monasterio con intención de contraer matrimonio. Pero luego se dijeron el uno al otro: «¿Qué hemos ganado abandonando nuestro estado angélico por este estado de corrupción, al que seguirá el fuego y los tormentos? Volvamos al desierto y hagamos penitencia de lo que hemos intentado hacer». De vuelta al desierto, confesaron su falta y rogaron a los Padres que les impusieran una penitencia. Los ancianos los encerraron un año entero y a cada uno se le daba la misma cantidad de pan y la misma medida de agua, pues los dos parecían tener las mismas fuerzas. Al terminar su penitencia salieron los dos. Y los Padres vieron que uno de ellos estaba pálido y muy triste; el otro, en cambio, robusto y muy alegre. Y se admiraron porque los dos habían recibido la misma cantidad de comida y de bebida. Y preguntaron al que estaba triste y abatido: «¿En qué pensabas en tu celda?». Y respondió: «En el mal que había hecho y en el castigo que me sobrevendría, y el temor hacía que la piel se adhiriese a mis huesos» [cf. Sal 101,5]. Hicieron la misma pregunta al otro y contestó: «Daba gracias a Dios por haberme librado de las miserias de este mundo y de las penas del siglo venidero y por haberme devuelto a este estado angélico[10]. Y me llenaba de alegría al pensar continuamente en Dios» [cf. Sal 76,3]. Los ancianos dijeron: «Ante Dios, la penitencia de los dos tiene el mismo valor».

40. Un anciano cayó gravemente enfermo en Scitia, y los hermanos le servían. Y al ver el trabajo que les daba,

[10] «Estado angélico»: tal calificación de la vida monástica se encuentra muy raramente en los apotegmas.

dijo: «Iré a Egipto para no molestar a estos hermanos». Pero el abba Pastor[11] le aconsejó: «No vayas porque caerás en la impureza». El anciano se entristeció y le dijo: «Mi cuerpo está muerto, ¿y tú me dices esto?». Y se marchó a Egipto. Al conocer su llegada, los habitantes de los alrededores le trajeron muchos presentes. Y vino también una virgen fiel para servir al anciano enfermo. Poco después, sintiéndose mejor, pecó con ella y esta concibió. Los vecinos del lugar le preguntaron de quién era aquel niño y ella contestó: «Es del viejo». Pero ellos no querían darle crédito. Y el anciano les dijo entonces: «Sí, es mío. Cuidad al niño cuando ella dé a luz». Después de nacer el niño y ya destetado, el anciano tomó al niño sobre sus hombros y volvió a Scitia en un día de gran fiesta. Y entró en la iglesia ante toda la multitud de los hermanos. Estos, al verlo, se echaron a llorar. Y él les dijo: «¿Veis este niño? Es hijo de mi desobediencia. Tened cuidado, hermanos míos, pues yo he hecho esto en mi vejez, y rogad por mí». Y volviendo a su celda, se entregó a su antiguo modo de vida.

41. Los demonios tentaron muy violentamente de impureza a un hermano. Tomando la forma de hermosas mujeres, durante cuarenta días se esforzaron sin interrupción por hacerle cometer el pecado. Pero como él resistió con coraje el combate, sin dejarse vencer en lo más mínimo, Dios, que contemplaba aquella hermosa lucha, le concedió la gracia de no padecer en adelante ninguna tentación carnal.

42. Un anacoreta vivía en el Bajo Egipto, y era muy célebre porque vivía solo en su monasterio, en un lugar desértico. Y por instigación del diablo, una mujer depravada que oyó hablar de él dijo a unos jóvenes: «¿Qué me daréis si hago caer a vuestro anacoreta?». Y ellos concertaron lo que le darían. Salió por la tarde y llegó a la celda simu-

[11] En *Anon.*, N 187, el protagonista no es Pastor, sino Moisés.

lando haberse extraviado. Llamó, salió a abrir el ermitaño y al verla se turbó. Y le dijo: «¿Cómo has llegado hasta aquí?». Ella respondió llorando: «Me he extraviado». Conmovido, el monje la hizo pasar al patio. Luego, él entró en su celda y cerró por dentro. Pero la infeliz gritaba: «Padre, unas bestias feroces me devoran». El monje se turbó de nuevo, y temiendo el juicio de Dios, se decía: «¿De dónde me viene esta desgracia?». Y abriendo la puerta la introdujo dentro. Y empezó el diablo a tentarle con ella, como si le lanzara flechas al corazón. Y entendiendo el anciano que las tentaciones venían del demonio, se decía a sí mismo: «Los caminos del enemigo son tinieblas; el Hijo de Dios es luz». Y levantándose encendió su lámpara. Pero como la pasión le devoraba, dijo: «Los que hacen eso van al suplicio. Prueba, pues, si puedes soportar el fuego eterno». Y puso su dedo sobre la llama. Esta arde y quema, pero no lo siente, por el fuego violento de su pasión carnal. Y continuó así hasta el amanecer quemando todos sus dedos. Entre tanto la infeliz, al ver lo que hacía, atemorizada, se quedó como una piedra. Por la mañana llegaron los jóvenes y preguntaron al monje: «¿Vino una mujer ayer noche?». Respondió el anciano: «Sí, está durmiendo aquí». Entraron y la encontraron muerta. Y gritaron: «¡Padre, está muerta!». Entonces, el monje apartó su manto y les mostró las manos, diciendo: «Mirad lo que ha hecho conmigo esta hija de Satanás: me ha hecho perder todos mis dedos». Y les contó lo sucedido y añadió: «Está escrito: *no devuelvas mal por mal* [1 Pe 3,9]». Y poniéndose en oración la resucitó. La mujer se convirtió y llevó una vida casta el resto de su vida[12].

43. Un hermano se vio tentado de impureza, abandonó el desierto, llegó a cierta aldea de Egipto, vio a la hija de un sacerdote pagano y se enamoró de ella, y dijo a

[12] Episodio célebre, a menudo retomado en la Edad Media: cf. L. GOUGAUD, *Ermites et reclus*, p.47-48. Ver también, p. ej., *Vita Martiniani*, 1 *(AS*, febr., II, 166ss).

su padre: «Dámela por mujer». Él le respondió: «No te la puedo dar sin consultar antes con mi dios». Y acudiendo al demonio, al cual adoraba, le dijo: «Un monje ha acudido a mí, porque quiere casarse con mi hija; ¿se la doy por esposa?». Y el demonio le respondió: «Pregúntale si reniega de su Dios, de su bautismo y de su profesión de monje». Y el sacerdote acercándose al hermano le dijo: «Reniega de tu Dios, de tu bautismo y de tu estado de monje y te daré mi hija». El monje accedió, y al punto vio una paloma que salía de su boca y subía al cielo. Volvió el sacerdote al demonio y le dijo: «Ha prometido hacer aquellas tres cosas». Pero el demonio respondió: «No le des como esposa a tu hija, pues su Dios no le ha abandonado y le sigue ayudando todavía». El sacerdote volvió a decir al hermano: «No te puedo dar a mi hija, porque tu Dios te ayuda todavía y no te ha abandonado». Al oír esto el hermano pensó: «Si Dios me muestra tanta bondad, habiendo yo, infeliz, renegado de Él, de mi bautismo y de mi profesión de monje, verdaderamente bueno es este Dios que me ayuda así ahora que soy tan perverso. Entonces, ¿por qué voy a apartarme de Él?». Y volviendo en sí, recobró la calma y volvió al desierto para contar a un anciano venerable lo que le había sucedido. Y el anciano le dijo: «Quédate conmigo en esta cueva, ayuna tres semanas seguidas, y yo rogaré a Dios por ti». El anciano hizo penitencia por el hermano y oró a Dios diciendo: «Os ruego, Señor, que me deis esta alma y que aceptéis su penitencia». Y Dios escuchó su oración. Al terminar la primera semana, el anciano se presentó al hermano, y le preguntó: «¿Has visto algo?». Y el joven respondió: «Sí, he visto una paloma arriba en el cielo, muy por encima de mi cabeza». Y el anciano le aconsejó: «Vela y ruega intensamente a Dios». Al final de la segunda semana volvió el anciano a preguntar al hermano: «¿Has visto algo?». «He visto la paloma que se acercaba a mi cabeza», respondió el hermano. Y el anciano le recomendó el dominio de su mente y la oración ferviente.

Al terminar la tercera semana, volvió de nuevo el anciano para preguntarle: «¿Has visto algo más?». Y le respondió el hermano: «Vi la paloma posarse sobre mi cabeza. Alargué la mano para cogerla, pero echó a volar y entró en mí boca». Entonces el anciano dio gracias a Dios y dijo al hermano: «Dios ha aceptado tu penitencia. En adelante vela y ten cuidado de ti». El hermano le contestó: «Desde ahora me quedaré contigo hasta la muerte».

44. Un anciano de Tebas contó lo que sigue: «Soy hijo de un sacerdote pagano. Siendo niño iba al templo y veía a menudo a mi padre entrar allí para ofrecer sacrificios al ídolo. Y un día, entré furtivamente detrás de él y vi a Satanás sentado y rodeado de todo su ejército de pie ante él. Y uno de los jefes se acercó para adorarle. "¿De dónde vienes?", le preguntó Satanás, y el demonio le respondió: "He estado en tal región y he provocado guerras y grandes perturbaciones, con mucho derramamiento de sangre, y he venido a comunicártelo". Satán le preguntó: "¿Cuánto tiempo has empleado en esto?". "Treinta días", respondió el diablo. Y Satanás mandó azotarlo, mientras decía: "¡Tanto tiempo para hacer esto!". Y otro demonio se adelantó para adorarle, y Satanás le preguntó: "¿De dónde vienes?". "Del mar. He levantado tempestades, hundido muchas naves y matado a muchos hombres, y he venido a contártelo", respondió. "¿En cuánto tiempo?", preguntó Satanás. "En veinte días", le contestó. Y mandó azotarlo, diciéndole: "En tantos días, ¿sólo hiciste esto?". Y un tercer demonio se postró para adorarle. Y le dijo: "¿De dónde vienes?". "He estado en tal ciudad. En unas bodas he provocado disputas y he hecho que se derramara mucha sangre. Además, maté al esposo y he venido a decírtelo". Y preguntó Satán: "¿En cuánto tiempo?". "En diez días", contestó. Y también fue azotado por haber tardado tanto tiempo. Se acercó a adorarle otro demonio, y volvió a preguntar Satanás: "¿De dónde vienes?". "He estado en el desierto. Hace cuarenta años que lucho contra

un monje, y por fin esta noche le he hecho caer en impureza". Al oír esto, Satanás se levantó, le abrazó y, quitándose su corona, se la colocó en la cabeza y le hizo sentar en su mismo trono mientras le decía: "¡Bravo, has hecho una gran hazaña!". Cuando oí y vi esto, me dije a mi mismo: "¡Ciertamente es una gran cosa el estado monacal!". Y el Señor favoreció mi salvación, partí y me hice monje».

45. Un anciano que había vivido casado en el mundo, después de su retiro al desierto se veía frecuentemente tentado por el recuerdo de su mujer, y se lo contó a los Padres. Estos, sabiendo que era esforzado y que hacía más de lo que se le pedía, le impusieron una tarea capaz de debilitar su cuerpo hasta el punto que no pudiese levantarse. Por disposición de Dios, vino un Padre para establecerse en Scitia. Pasó junto a la celda del anciano, la vio abierta y pasó de largo admirándose de que nadie saliese a su encuentro. Volvió sobre sus pasos y llamó diciendo: «No sea que esté enfermo el hermano que vive en esta celda». Luego entró y lo encontró muy enfermo. Y le dijo: «¿Qué te pasa, Padre?». El otro le contó su historia: «He vivido en el mundo y ahora el enemigo me atormenta con el recuerdo de mi mujer. Se lo conté a los Padres y me han impuesto una serie de prácticas penosas. He querido cumplirlas en obediencia plena, pero me faltan las fuerzas y sin embargo la tentación crece». A estas palabras, el anciano se entristeció y le dijo: «En verdad, los Padres, como personas autorizadas, tuvieron sus razones para imponerte estos trabajos que te agotan. Pero según mi humilde entender, deja todo esto, toma algo de alimento a su tiempo y repara tus fuerzas. Reza el oficio divino y abandónate en Dios, ya que con tus solas fuerzas no podrás triunfar. Nuestro cuerpo es como un vestido. Si no se le cuida se echa a perder». El hermano hizo lo que se le dijo, y pocos días después le dejó la tentación[13].

[13] Es sorprendente encontrar aquí este relato que denuncia la carencia de discernimiento de los Padres de Scitia.

46. Un anacoreta, muy avanzado en la vida espiritual, vivía hacía mucho tiempo cerca de Antinoé. Y muchos se aprovechaban tanto de sus palabras como de sus ejemplos. Por eso el diablo le envidiaba, como le ocurre con todos los varones virtuosos. Y bajo capa de piedad le sugirió que no debía de ayudarse ni ser servido de los demás, sino que, al contrario, él debía servir a los otros. Y el demonio le sugirió esta idea: «Ya que no ayudas a los demás por lo menos sírvete a ti mismo. Vende en la ciudad las cestas que fabricas, compra lo que necesites y vuelve a tu soledad para que no seas gravoso a nadie». Se lo sugería el diablo porque envidiaba su recogimiento, el mucho tiempo que consagraba a Dios y el provecho que muchos sacaban de ello. Por eso el demonio tenía prisa en tenderle una trampa para hacerle caer. El ermitaño, pensando que era una buena idea, se dispuso a salir de su monasterio. Y aunque todos le admiraban, sin embargo, desconocía esta clase de trampas. Mucho tiempo después encontró una mujer y dada su falta de experiencia y cautela, le engañó y se enamoró de ella. Se fue a un lugar retirado, con el diablo sobre sus pasos, y pecó junto a un río. Y pensó en la alegría del enemigo con ocasión de su ruina, cayó en desesperación porque había ofendido tan gravemente al Espíritu de Dios, y recordando a los santos ángeles y a tantos Padres venerables, que, aunque vivían en las ciudades, habían triunfado del demonio, se afligió mucho porque no podía parecerse a ninguno de ellos, olvidando que Dios da su fortaleza a los que se convierten a Él con devoción. En su ceguera, no viendo como curar su pecado, quiso arrojarse al río para dar alegría completa al demonio. Por el intenso sufrimiento de su alma enfermó también su cuerpo. Y si no le hubiera socorrido la misericordia de Dios, hubiera muerto sin penitencia, con gran gozo del enemigo. Vuelto finalmente en sí, se propuso llevar a cabo una penosa penitencia rogando a Dios con llanto y lágrimas. Volvió al monasterio, clavó la puerta de su celda

y se puso a llorar a Dios con súplica incesante como se hace con los muertos. Su cuerpo se debilitó a fuerza de velar y ayunar, pero él no mitigaba su penitencia, pues no tenía la seguridad de que fuese suficiente. Los hermanos, tratando de ayudarle, venían a verle y llamaban a la puerta, pero él les contestaba que no podía abrir: «He hecho voto de hacer durante un año una vida de absoluta penitencia. Orad por mí», les decía. No sabía qué responder sin que ellos se escandalizasen por lo ocurrido, ya que era tenido por todos como un monje respetable y de gran virtud. Y durante todo el año practicó un riguroso ayuno y una dura penitencia. Por Pascua, la noche misma de la Resurrección, a la hora en la que comienza a brillar el santo domingo [cf. Mt 28,1], tomó una candela nueva y la puso en un cántaro nuevo. Lo tapó con una tapadera y se puso en oración desde el atardecer diciendo: «Oh Dios, compasivo y misericordioso, que quieres salvar aun a los mismos paganos para que vengan al conocimiento de la verdad [cf. 1 Tim 2,4], me refugio en ti, Salvador de los fieles. Ten piedad de mí que tanto te ofendí, proporcioné un gozo grande al enemigo y he muerto por obedecerle. Tú, Señor, que te apiadas de los impíos y de los que carecen de misericordia, Tú que mandas tener misericordia con el prójimo, ten piedad de mi abyección. Para Ti no hay nada imposible y mira que mi alma es llevada como polvo al borde del infierno. Ten piedad de mí, pues eres benigno y misericordioso con esta criatura tuya. Tú, que resucitarás los cuerpos de los que ya no viven el día de la Resurrección, ¡escúchame, Señor, que mi corazón desfallece y mi alma es muy desgraciada! Mi cuerpo, que tanto he manchado, está extenuado. Ya no tengo fuerzas para vivir porque me falta la esperanza. Perdona este pecado por el cual he hecho penitencia, pecado doble porque he desesperado. Devuélveme la vida, que estoy arrepentido, y ordena a tu fuego encender esta lámpara. Para que seguro de tu misericordia y de tu perdón por todo el resto de mi

vida, guarde tus mandamientos, no me aparte de tu santo temor y te sirva con mayor fidelidad que antes». Y orando con muchas lágrimas la noche misma de la Resurrección del Señor, se levantó para ver si se había encendido la candela. Y descubriendo el vaso vio que no se había encendido. Cayó de nuevo rostro en tierra, rogando a Dios con estas palabras: «Sé, Señor, que la batalla la preparaste para que fuese coronado. Pero no supe mantenerme firme, y teniendo en más los placeres de la carne, he preferido los tormentos de los impíos. Perdóname, Señor, de nuevo confieso a tu bondad mi infamia, delante de los ángeles y delante de todos los justos y la confesaré también delante de todos los hombres si no fuera escándalo para ellos. Señor, ten piedad de mí para que pueda enseñar a los demás; Señor, dame la vida». Repitió tres veces esta oración y fue escuchado. Y levantándose encontró encendida la candela, con gran brillo. Y ebrio de esperanza, y confortado de gozo su corazón, admiró la gracia de Dios que así le perdonaba sus pecados y daba así satisfacción a su alma como se lo había pedido. Y decía: «Te doy gracias, Señor, porque has tenido piedad de mí, que no soy digno siquiera de vivir en este mundo, y que con este nuevo y maravilloso milagro me has devuelto la confianza. Tú perdonas misericordiosamente a las almas que has creado». Y perseverando en su oración amaneció el día. Y alegrándose de este modo en el Señor se olvidó de la comida. El fuego de su lámpara se mantuvo durante toda su vida, añadiéndole aceite cuando era necesario, y velando para que no se apagase. Y de nuevo habitó en el Espíritu divino, y se hizo insigne ante los demás, dando testimonio de su humildad por la confesión y acción de gracias a Dios con gran alegría. Finalmente, unos días antes de su muerte tuvo revelación de su tránsito al Padre.

47. Un hermano fue a buscar agua al río. Allí encontró a una mujer que estaba lavando ropa y él pecó con ella. Cometida la falta, él tomo su agua y regreso a su celda.

Pero los demonios lo atacaron y lo turbaron por los pensamientos, que le decían: «¿Dónde vas? Ahora no hay salvación para ti. ¿Qué tiene de malo el mundo?». Pero el hermano, reconociendo que ellos estaban tratando de perderlo por completo, dijo a estos pensamientos: «¿Por qué me agobiáis y me molestáis para hacerme desesperar de mí mismo? Yo no he pecado». Y se fue a vivir en el recogimiento de su celda, como antes. Pero el Señor le reveló a un anciano de las cercanías que este hermano, cayendo, había vencido. Por tanto, este anciano se acercó a él y le dijo: «¿Cómo estás?». El otro respondió: «Bien, abba». El anciano le dijo: «Dios me ha revelado que cayendo, has vencido». Entonces, el hermano le contó todo lo que le había sucedido, y el anciano le dijo: «En verdad, hermano, tu discernimiento ha aplastado el poder del enemigo».

48. Un anacoreta era virgen, ignorando casi lo que era una mujer. Pero el demonio de la fornicación lo atormentó; y él se quemó por completo, pero sin saber, falto de experiencia, del deseo de qué. El siervo de Dios experimentaba solamente un deseo amoroso, pero sin saber lo que quería. Entonces el diablo le mostró a un hombre teniendo relaciones sexuales, avergonzado, con una mujer. Pero Dios, viendo que el ardid del demonio excedía la mesura, extendió su protección sobre nuestro hombre y suprimió él combate.

49. Dos seglares fueron a casa de un anacoreta. Cuando los vio, los recibió con alegría, diciendo: «El Señor os ha enviado para enterrarme, pues ya me avisó al respecto. Y para provecho vuestro y de los que os escucharán, os voy a contar mi vida. Yo, hermanos, soy virgen por el cuerpo, pero en mi alma, soy atacado hasta ahora, de modo inhumano, por el enemigo con imágenes de fornicación. He aquí que, mientras os hablo, veo ángeles esperando para tomar mi alma y, por otro lado, está Satanás que me asalta con pensamientos de fornicación». Dicho esto, se recostó

y murió. Y, haciendo su aseo fúnebre, los seglares hallaron que en verdad era virgen.

50. Un anciano[14] vivía en Las Celdas. El pensamiento le dijo: «Ve, toma mujer». Se levantó y, haciendo barro, se fabricó una mujer y se dijo: «Aquí tienes a tu mujer. Es necesario que trabajes mucho para que puedas alimentarla». Y trabajaba esforzándose mucho. Al día siguiente, hizo nuevamente barro y se fabricó una hija, y dijo a su pensamiento: «Tu mujer dio a luz. Es necesario que trabajes todavía más, para poder alimentar y vestir a tu criatura». Y lo hacía hasta extenuarse. Dijo entonces al pensamiento: «Ya no puedo soportar el trabajo». Y agregó: «Si no puedes soportar el trabajo, tampoco busques mujer». Y viendo Dios su sufrimiento, le quitó la lucha y descansó.

51. Uno de los ancianos dijo una vez, a propósito de la fornicación, que las pasiones son numerosas. Y citó esta palabra del Apóstol: *Que la fornicación y la impureza y la avaricia no sean ni siquiera mencionadas por ustedes, como le conviene a los santos* [Ef 5,3]. La fornicación es cometer pecado en su cuerpo, y la impureza es mimar su cuerpo, así como la risa y la falta de moderación. A menudo en una conversación, para contestar, se comete pecado de impureza, y la pasión aumenta y se convierte en una guerra. Esto viene de una obra de piedad[15], a causa de lo que dicen. Un buen hermano vive en el recogimiento; pero se las arregla para otorgarse la licencia de comer y beber, y otras cosas más graves. A menudo, el hecho de estar plenamente de acuerdo, y, finalmente, la envidia: si se habita con un hermano y se ve que alguno va a hablar con él, uno se aflige diciendo: «¿Por qué vienen a hablar con otro?»; o bien, si el hermano vive solo y otro hermano va y los vemos hablar sin moderación con él, enseguida se encuentran nuevos problemas y se dice: «¿Qué le quieres?». En pocas palabras, el

[14] Aquí anónimo, este apotegma es atribuido a Olimpio por *Alph*.
[15] La obra de piedad es contestar a lo que han dicho.

alma es capturada por esto, y el pensamiento es oscurecido por alejarse de la oración y el temor de Dios[16].

52. Se cuenta que dos hermanos fueron a una aldea adonde fueron enviados, y que el demonio los atacó cinco veces en la ingle para hacerlos pecar. Pero él respondió haciendo una oración cada hora. Cuando volvieron junto a su Padre, su rostro estaba preocupado e hizo una metanía diciendo: «Reza por mí, Padre, porque he caído en la fornicación». Y contó como su espíritu había sido atacado. Pero el anciano era clarividente y vio sobre su cabeza cinco coronas; y le dijo: «Ánimo, mi niño, porque cuando llegaste, vi coronas encima de ti; en efecto, tú no has sido derrotado, sino que has vencido porque no has cometido el acto. Contenerse cuando se da la ocasión es un gran combate para el hombre, y recibe una gran recompensa, porque la lucha contra el enemigo es violenta e incisiva, y es difícil escapar de sus redes. ¿Crees tú, en efecto, que por el bienaventurado José el caso era evidente por sí mismo? [Gén 39,7ss]. Pues era como un teatro: Dios y los ángeles estaban viendo la pelea, y el diablo y los demonios excitando el salvajismo de la mujer. También cuando el atleta resultó victorioso, todos los ángeles con gran voz glorificaban a Dios, diciendo: El atleta ha conseguido una victoria poco común. Es bueno no hacer el mal, incluso en el pensamiento; pero aquel que está tratando de luchar no debe sucumbir».

[16] El texto de este apotegma es poco seguro, y su sentido mal establecido. Se han de comparar las soluciones dadas por J.-C. Guy y la traducción propuesta por L. Regnault; *Les sentences des Pères du désert. Nouveau recueil* (Solesmes 1977) 58, he aquí la parte central: «Es a menudo durante una conversación, o para una buena intención que parece justificarse, o incluso peleando, que se comete una impureza; y la pasión crece y se hace la guerra. Comienza con una intención que parece estar justificada cuando se dice por la complacencia: "El hermano que es cortés trae paz". Se empieza a hablar sin restricción, a comer y a beber, y se llega a las enormidades. También es a menudo la amistad particular y, finalmente, la envidia». Nótese que la expresión ἡσυχίαν ἄγειν difícilmente puede significar que «vive en el recogimiento».

53. Un anciano dijo: «Observa esto hasta la muerte y serás salvado: no comas con una mujer; no mantengas amistad ni duermas en la mismo estera que un joven, mientras tú mismo eres un joven, excepto con tu hermano o tu compañero abba, y esto con temor y sin presunción. No dejes que tus ojos se desvíen cuando te vistes. Si es necesario, acepta hasta tres copas, y no transgredas este precepto por amistad. No vivas en un lugar donde has pecado contra Dios. No desprecies la liturgia para no caer en manos de tus enemigos. Oblígate a la meditación de los salmos, porque ella te libera de la cautividad del enemigo. Ama toda aflicción, y tus pasiones se debilitarán. Asegúrate de no meditar en nada y ocúpate en afligirte por tus pecados. Guárdate de la falsedad, ya que aleja de ti el temor de Dios. Revela tus pensamientos a tus Padres espirituales para que la protección de Dios venga sobre ti. Oblígate al trabajo manual y el temor de Dios habitará en ti».

54. Se había establecido en Scitia un tal Pacón que había cumplido ya los setenta años. Una vez me vi abrumado por el demonio de la fornicación y obsesionado por el deseo de la mujer; resistía penosamente a los pensamientos y a las representaciones nocturnas. Estuve a punto de abandonar el desierto acosado por aquella pasión, y, desde luego, no fui capaz de descubrir mis intenciones a los Padres vecinos, ni siquiera a mi maestro. Entonces, me interné secretamente en el desierto y me encontré durante quince días con los Padres que, en Scitia, habían envejecido en el desierto. Entre ellos, me encontré con Pacón. Como lo encontré más simple y más ejercitado, decidí exponerle lo pasaba por mi mente. Y el santo me dijo: «Que esto no te extrañe; no sufres todo eso por culpa de tu negligencia. Al contrario, el paraje solitario donde vives te disculpa en este caso; y eso, tanto por la falta de cosas necesarias como por la ausencia de contactos con el otro sexo. Eso más bien proviene de tu temperamento y es consecuencia de tu modo

de ser. Tres aspectos ofrece la lucha contra la fornicación: a veces la carne indómita se impone, y nos hace sentir sus apetencias, otras, son las pasiones las que incitan al cuerpo por medio de los pensamientos; y otras, es el demonio quien atiza nuestra carne, a impulsos de la envidia que le carcome por nuestra vida. He llegado a esta conclusión después de observar mucho tiempo las manifestaciones de este vicio de la impureza. Como ves, soy hombre de edad, he pasado cuarenta años dentro de esta celda, solícito de la salvación de mi alma, y a pesar de esto y de mis años, tengo tentaciones». Afirmaba luego con juramento: «Durante doce años, desde que cumplí los cincuenta, no ha pasado una sola noche ni un solo día, que no me acometiera esta tentación. Por eso, imaginando que Dios se había alejado de mí y que me había abandonado, y que mis descalabros se debían a eso, preferí morir como un irracional a contaminarme con la pasión del cuerpo. Abandoné la celda y anduve al azar por el desierto. Encontré la cueva de una hiena y entré en ella durante el día. Me eché a lo largo de la puerta, desnudo, para que las fieras, al salir, me destrozaran y me devorasen. Al atardecer, como está escrito: *El sol sabe cuándo debe ocultarse; tiendes el manto oscuro de la noche, y entonces salen las bestias del bosque. Los leones rugen por la víctima, piden que Dios les dé su comida* [Sal 103,19-21], salieron las fieras, el macho y la hembra, husmearon el entorno, me olfatearon de pies a cabeza, lamieron mi cuerpo, y cuando creí que iban a devorarme, se alejaron de mí. Estuve toda la noche tendido en el suelo y no me hicieron algún daño; pensando entonces que Dios me había perdonado, volví a mi celda. Después de haberse contenido algunos días, Satanás redobló sus ataques contra mí, tanto que estuve a punto de perecer. Se transformó luego en una doncella etíope a quien yo había visto en mi juventud espigando durante el verano; se sentó insinuante sobre mis rodillas, y tanto me excitó que llegué a pensar que había consentido en el pecado. Entonces, in-

dignado, le di un bofetón y desapareció. Pues bien, durante dos años no pude soportar el hedor que despedía mi mano. Presa del desánimo, por no decir de la desesperación, anduve a la ventura por una y otra parte del yermo, hasta que, encontrando un pequeño áspid lo cogí y lo apliqué a mis partes para que me mordiese y pudiera morir así de su ponzoña. Aplastando la cabeza del animal contra la carne, que era la causa de mi tentación, no me mordió. Entonces sentí en mi interior una voz que me decía: "Vete, Pacón y lucha animosamente. Porque por eso he permitido que te vieses acosado, para que no te ensoberbecieras de tu poder, antes conociendo tu flaqueza, no confiaras demasiado en ti mismo y en tu manera de vivir, sino que esperaras en el auxilio de mi gracia". Convencido entonces y consolado por estas palabras, volví sobre mis pasos. Seguí después con confianza, sin preocuparme más de aquella lucha, y he gozado de paz el resto de mis días. Por lo demás, el demonio, conociendo mi desdén y mi desprecio, no se ha atrevido a acercarse más a mí». Gracias a estos pensamientos para luchar contra Satanás, el santo Pachón me apoyó y me dio fuerzas para soportar las penas más generosamente y disipar más fácilmente la lucha contra el demonio de la fornicación. Entonces me despide, me insta a ser valiente en todas las circunstancias. En cuanto a mí, me fui y me quedé en mi celda preocupándome por mi propia salvación en dar gracias a Dios y al santo. Amén[17].

[17] Este relato es tomado de PALADIO, *Historia Lausíaca* c.23, que precisa que el maestro de Pacón de Nitria es Evagrio Póntico.

CAPÍTULO VI

DE LA POBREZA, Y TAMBIÉN DE QUE ES NECESARIO GUARDARSE DE LA AVARICIA

1. Un hermano, que había renunciado al mundo, distribuyó sus bienes a los pobres, pero se reservó una pequeña parte. Vino el abba Antonio, que había tenido conocimiento de ello y le dijo: «Si quieres hacerte monje, vete a ese pueblo, compra carne, cubre con ella tu cuerpo, y vuelve». El hermano lo hizo así y los perros y los pájaros le desgarraron el cuerpo. De vuelta ante el anciano, este le preguntó si había hecho lo que le había mandado. Y al mostrarle su cuerpo destrozado, san Antonio le dijo: «Los que renuncian al mundo y quieren tener dinero, cuando los demonios les atacan los despedazan de este modo».

2. Contó el abba Daniel que un día vino un magistrado[1] al abba Arsenio trayéndole el testamento de un senador, pariente suyo, que le dejaba una inmensa fortuna. Arsenio tomó el testamento y quiso romperlo, pero el magistrado se echó a sus pies y le dijo: «Por favor te lo pido, no lo rompas, que me va en ello la cabeza». El abba Arsenio respondió: «Yo he muerto antes que él. Puesto que él acaba de morir, ¿cómo pudo nombrarme su heredero?». Y le devolvió el testamento sin aceptar nada.

3. Un día, en Scitia, cayó enfermo el famoso abba Arsenio, y carecía incluso de un pequeño pan de trigo[2].

[1] Los *magistrianoi* formarían «un cuerpo de policías y portadores de noticias a caballo, organizado de forma militar; le son atribuidas diversas funciones (cf. STEIN-PALANQUE, *Histoire du Bas-Empire,* I/1 [1959] 113ss).

[2] Σιλίγνιον: pan de harina de trigo, tierno (sobre los diversos tipos de panes consumidos entonces, ver E. PATLAGEAN, *Pauvreté économique et so-*

Y como no tenía suficiente para comprar, recibió la caridad de alguien, y exclamó: «Te doy gracias, Señor, porque por tu santo nombre me has hecho digno de recibir la caridad».

4. Se contaba del abba Agatón que había empleado mucho tiempo en construir su celda con sus discípulos. Cuando la terminó vinieron a instalarse en ella. Pero desde la primera semana vio algo que no le resultaba útil, y dijo a sus discípulos lo que el Señor había dicho a sus apóstoles: *Levantaos y vámonos de aquí* [Jn 14,31]. Los discípulos se molestaron mucho y dijeron: «Si tenías voluntad de marchar de aquí, ¿para qué nos hemos tomado tanto trabajo y tanto tiempo en construir esta celda? La gente va a escandalizarse de nosotros y van a decir: "Otra vez se van, nunca se asientan en un sitio"». Viéndoles tan abatidos les dijo: «Aunque algunos se escandalicen, otros se edificarán y dirán: "Dichosos estos que emigraron por causa de Dios, despreciando todas las cosas. Por lo tanto, os digo que el que quiera venir que venga; yo me voy"». Ellos se echaron por tierra y le pidieron que les permitiera acompañarles.

5. Dijo también que a menudo cambiaba de habitación, no llevando nada más que su melota[3] en una cesta.

6. Un anciano dijo[4] que un hermano que no tenía nada más que un Evangelio, lo vendió para alimentar a los pobres. Y decía una sentencia digna de recordarse: «He vendido la palabra misma que manda: *vende lo que tienes y dáselo a los pobres* [Mt, 19,21]».

7. El abba Teodoro de Fermo tenía tres buenos códices. Fue a visitar al abba Macario y le dijo: «Tengo tres

ciale à Byzanze [París-La Haya 1977] 42). Pelagio no entendía la palabra y la tradujo por *siliquam nummi,* que lo obligó a cambiar lo siguiente: «et cum non inveniret».

[3] Melota: piel de cabra que cubre los hombros, que se pone sobre el lébiton; es, según Casiano, la última pieza de la vestimenta monástica (CASIANO, *Inst. cen.,* I, 4; HMA 8, 6).

[4] Tomado, siempre de forma anónima, de EVAGRIO, *Tratado práctico* 97 (ed. Guillaumont, p.704).

códices y su lectura me aprovecha mucho. Los ancianos me los piden también para leerlos y sacan provecho. Dime qué debo hacer». El anciano le dijo: «Buenas son esas cosas, pero lo mejor de todo es no poseer nada». Y al oírlo, el abba Teodoro se fue, vendió los tales códices y dio el dinero a los pobres.

8. Contaba un Padre que el abba Juan el Persa, por su mucha virtud, había alcanzado una profunda sencillez e inocencia. Vivía en Arabia, cerca de Egipto. Un día pidió prestado una pieza de oro y compró lino para trabajar. Vino un hermano y le suplicó: «Padre, dame un poco de lino para que me haga un lébiton»[5]. Y se lo dio con alegría. Otro vino a pedirle otro poco de lino para hacerse un vestido y se lo dio también. Otros muchos vinieron a pedirle y a todos les daba con sencillez y alegría. Más tarde se presentó el dueño del dinero que había recibido prestado, reclamando su moneda. Y le dijo el anciano: «Ahora te la traigo». Pero como no tenía nada que devolver, se fue al abba Jacobo, el ecónomo, para pedirle una moneda. Y por el camino encontró en el suelo una moneda, pero no la tocó. Hizo oración y se volvió a su celda. Y de nuevo volvió el hermano y empezó a enfadarse por causa del dinero prestado. Y le dijo: «Te lo devolveré». Se puso de nuevo en camino y encontró la moneda en el mismo sitio de antes, y de nuevo hizo oración y se volvió a su celda. Y de nuevo volvió a enfadarse el hermano, y el anciano le dijo: «Espera todavía una vez más y te traeré tu dinero». Volvió al mismo sitio y encontró allí la moneda. Hizo oración y la tomó. Y acudió al abba Jacobo y le dijo: «Padre, al venir hacia aquí, encontré esta moneda en el camino. Hazme la caridad de preguntar por los alrededores si alguno la ha perdido y si aparece el dueño, entrégasela». El ecónomo anunció durante tres días el hallazgo, pero nadie reclamó el sólido. Entonces Juan dijo al abba

[5] Lébiton: túnica sin mangas, a veces llamado «colobion» (CASIANO, *Inst. cen.*, I, 4; HMA 8, 6).

Jacobo: «Si nadie lo reclama se lo daré a aquel hermano porque se lo debo. Pues cuando venía a tu celda para que me prestases dinero para pagar mi deuda, lo encontré en el camino». Y se admiró el abba Jacobo de que, agobiado por su deuda, al encontrar la moneda en el camino no la tomase al punto para devolverla a su acreedor. Pero todavía era más de admirar en él que si venía alguno y le pedía algo prestado, no se lo daba él mismo, sino que decía al hermano que le pedía: «Ve y toma lo que te haga falta». Y cuando le devolvían lo que había prestado, decía: «Ponlo de nuevo en su sitio». Y si no le devolvía nada el que había recibido el préstamo, el anciano nunca se lo recordaba.

9. Algunos Padres contaban que una vez vino a la iglesia de Las Celdas, en tiempos del abba Isaac, un hermano vestido con un pequeño manto[6]. Y al verlo el anciano lo expulsó diciendo: «Este es un lugar para monjes. Tú eres del mundo y no puedes quedarte aquí».

10. El abba Isaac dijo a los hermanos: «Nuestros Padres y el abba Pambo usaban vestimentas viejas y remendadas. Ahora usáis vestimentas lujosas: ¡Marchaos de aquí! Habéis desertado de vuestra vida de monjes». Y al llegar el tiempo de la cosecha, les dijo: «No os volveré a dar ningún consejo, porque no hacéis ningún caso».

11. Él mismo, dijo que el abba Pambo había dicho: «El monje debe portar una vestimenta tal que, si permaneciese tirada fuera de la celda durante tres días, nadie la recoja».

12. El abba Isidoro dijo: «Si deseas el reino de los Cielos, desprecia las riquezas y responde a los favores divinos».

13. Dijo también: «No es posible vivir según Dios, si amas los placeres y el dinero».

[6] Κουσσούλιον: parece ser una vestimenta secular, de cualidad superior a la de los monjes (ver J. Mosco, *El prado espiritual,* c.68 y 151). No es un error que Pelagio lo tradujese por *cucullus,* ese pequeño capuchón plegado sobre la nuca, que, según Casiano, el monje porta constantemente *(Inst. cen.,* I, 3).

14. Contaba el abba Casiano que un senador renunció al mundo y repartió sus bienes entre los pobres. Pero guardó una parte para sí, pues no quería abrazar la perfecta humildad del renunciamiento total ni la regla de la vida común de los monasterios. Y san Basilio le dijo: «Has dejado de ser senador, pero no te has hecho monje»[7].

15. Un hermano preguntó al abba Pistamón: «¿Qué debo hacer? Se me hace muy duro vender el trabajo de mis manos.» Y este le respondió: «El abba Sisoés y todos los demás vendían su trabajo. No hay ningún mal en ello. Pero cuando vendas, di primero el precio de la mercancía, y si quieres bajarlo un poco es cosa tuya, pues así encontrarás paz». Y el hermano repuso: «Si por otros medios consigo lo necesario para vivir, ¿te parece bien que me despreocupe del trabajo manual?». El anciano le contestó: «Aunque tengas recursos, no descuides el trabajo. Haz todo lo que puedas, pero con paz».

16. Un hermano pidió al abba Serapión: «Dime una palabra». El anciano le dijo: «¿Qué quieres que te diga? Has tomado lo que era de las viudas y los huérfanos, y lo has colocado en tu ventana». En efecto, la había visto llena de libros.

17. Preguntaron a la bienaventurada Sinclética si la pobreza era un bien perfecto. Y dijo ella: «Es un bien para los que son capaces de ello. Porque los que lo pueden soportar padecen en su carne, pero poseen la paz del alma. Lo mismo que los vestidos de tela fuerte se lavan y blanquean cuando se les pisa con los pies y se les retuerce con las manos, así el alma fuerte se robustece cada vez más por la pobreza voluntaria»[8].

18. El abba Hiperiquio dijo: «El tesoro del monje es la pobreza voluntaria. Atesora para ti, hermano, en el cielo. Allí se te concederá un descanso sin fin»[9].

[7] Tomada de CASIANO, *Inst. cen.*, VII, 19.
[8] Tomado de *Vita* 30 b: PG 28,1505 B.
[9] Tomado de *Adhortatio* 40-41: PG 79,1477 B.

19. Uno de los santos, llamado Filagrio, vivía en Jerusalén y trabajaba esforzadamente para ganar su pan. Y mientras estaba en la plaza intentando vender el fruto de su trabajo, uno perdió una bolsa que contenía mil piezas de oro. La encontró el anciano y la dejó en el mismo lugar diciendo: «Pronto vendrá de nuevo por aquí el que la ha perdido». Y como era de esperar, volvió llorando. El anciano lo tomó aparte y le devolvió su bolsa. El otro le rogaba que aceptase una parte, pero el anciano se negó rotundamente. Entonces se puso a gritar: «¡Venid y ved lo que ha hecho este hombre de Dios!». Pero el anciano se escapó a escondidas y salió de la ciudad para que no supiesen lo que había hecho y le honrasen por ello.

20. Preguntó un hermano a un anciano: «¿Qué debo hacer para salvarme?». El anciano se despojó de su lébiton, se ciñó la cintura y levantó las manos al cielo, diciendo: «Así debe desnudarse el monje de todas las cosas materiales, para crucificarse frente a las tentaciones y los ataques del enemigo».

21. Uno rogó a un anciano que aceptase dinero para las necesidades que pudieran sobrevenirle[10]. Él no quería, pues le bastaba con el fruto de su trabajo manual. Pero el otro insistía y le suplicaba que lo aceptase para atender a las necesidades de los pobres. Y el anciano le dijo: «Sería un doble oprobio para mí: recibir sin tener necesidad y recoger vanagloria repartiendo lo que no es mío».

22. Un día vinieron unos griegos a la ciudad de Ostracina para repartir limosnas. Reunieron a los ecónomos de la iglesia para que les indicasen quiénes estaban en mayor necesidad. Los llevaron a un leproso y quisieron darle dinero. Pero él no quiso recibirlo diciendo: «Tengo unas pocas palmas. Las trenzo y hago esteras y con mi trabajo gano mi

[10] Nótese que a partir de este número, el capítulo trata menos de la riqueza que del abastecimiento: la pobreza es presentada como una confianza cotidiana en Dios.

pan». Los llevaron entonces a la celda de una viuda, que vivía con sus hijas. Llamaron a la puerta y acudió una de las hijas, que estaba desnuda. Su madre había salido a trabajar, pues era lavandera. Los griegos ofrecieron a la hija vestidos y dinero, pero ella no lo quería aceptar, pues su madre le acababa de decir: «Ten confianza, que Dios ha querido que encuentre trabajo para hoy y tendremos nuestra comida». Llegó la madre y le rogaban que aceptase, pero no quiso. Y dijo: «Tengo a Dios que cuida de mis necesidades, ¿y queréis quitármelo vosotros hoy?». Ellos al ver su fe, dieron gloria a Dios.

23. Un varón insigne vino de incógnito a Scitia trayendo dinero y pidió a un presbítero que lo repartiese entre los hermanos. El presbítero le dijo: «Los hermanos no lo necesitan». Como su insistencia resultase inútil puso la bolsa con las monedas de oro en la puerta de la iglesia. Y el presbítero dijo: «El que tenga necesidad que tome lo que estime conveniente». Pero nadie tocó el dinero, y algunos ni siquiera lo miraron. Y el anciano dijo al donante: «Dios ha aceptado tu ofrenda. Vete y da tu dinero a los pobres». Y el buen hombre se marchó muy edificado.

24. Uno ofreció dinero a un anciano y le dijo: «Toma esto para tus gastos, eres ya viejo y estás enfermo». En efecto, estaba enfermo de lepra. Pero el anciano respondió: «¿Vienes después de sesenta años a quitarme a mi proveedor? Tanto tiempo como hace que padezco mí enfermedad y nunca me ha faltado nada. Dios me da lo necesario y me alimenta». Y no quiso recibir nada.

25. Los ancianos contaban que un hortelano trabajaba su huerto y todo lo que ganaba lo distribuía en limosnas. Sólo guardaba lo necesario para alimentarse. Más tarde, Satanás se infiltró en su corazón, diciendo: «Guarda para ti algún dinero, para que cuando envejezcas o caigas enfermo puedas atender a tus necesidades». Y se puso a ahorrar llenando de monedas de oro un cántaro. Cayó enfermo

y se le gangrenó un pie. Gastó en médicos todo lo que había guardado, pero no le aprovechó nada. Vino más tarde un médico famoso y le dijo: «Si no te cortan el pie, se pudrirá». Y señalaron el día para la operación. Pero la noche anterior, volviendo en sí, se arrepintió de lo que había hecho, gimió y lloró diciendo: «Acuérdate, Señor, de mis buenas obras de otro tiempo, cuando trabajaba en mi huerta para socorrer a los pobres». A estas palabras, se le apareció el ángel del Señor y le dijo: «¡He pecado, Señor! Perdóname y no lo volveré a hacer». Entonces el ángel le tocó el pie y sanó al punto. Y levantándose de madrugada se fue al campo a trabajar. El médico, según lo convenido, vino con su instrumental para cortarle el pie. Y le dijeron: «Salió de mañana a trabajar en su huerto». Extrañado, el médico fue a la huerta donde su paciente estaba trabajando. Y, viéndole cavar la tierra, glorificó a Dios que le había devuelto la salud.

26. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Me permites guardar dos monedas de oro para el cuidado de mis enfermedades?». El anciano vio que su deseo era guardarlas, y le dijo: «Sí». Vuelto a su celda, el hermano se sintió intranquilo, y se preguntó: «¿Crees que el anciano dijo la verdad o no?». Y volvió de nuevo a la celda del anciano y, arrepentido, le rogaba insistentemente: «En el nombre del Señor, dime la verdad, pues estoy atribulado a causa de ese dinero». El anciano le respondió: «Te he dicho que lo guardaras porque he visto que ese era tu deseo. Sin embargo, no es bueno guardar más de lo que el cuerpo necesita. Si guardas esas dos piezas de oro, en ellas pones tu esperanza, y si las pierdes, Dios no se ocupará de ti. Depositemos en Dios nuestros cuidados, pues él cuida de nosotros» (cf. Sal 54,22).

27. Decían del abba Moisés en Scitia que, disponiéndose a marchar hacia Petra, se cansó en el camino. Y se dijo a sí mismo: «¿Cómo podré conseguir aquí el agua que necesito?». Y descendió una voz que le dijo: «Entra y no te preocupes». Y prosiguió. Se juntaron a él algunos Padres,

y no tenía sino un pequeño odre de agua, que se gastó al cocer unas lentejas. El anciano se angustiaba. Entrando y saliendo oraba a Dios, y he aquí que una nube de lluvia vino sobre Petra y llenó todos los recipientes que tenía. Le preguntaron después al anciano: «Dinos, ¿por qué entrabas y salías?». Y el anciano respondió: «Hacía un juicio con Dios, diciéndole: "Me has traído hasta aquí, y no tengo agua para que beban tus servidores". Por eso entraba y salía, rogando a Dios, hasta que envió el agua».

28. Dijo el abba Silvano: «Yo soy un esclavo, y mi Señor me dice: "Haz mi trabajo y yo te alimentaré, y no busques saber de dónde: si tengo, si robo, si pido prestado; tú no te preocupes, trabaja tan solo, y yo te alimentaré". Yo, por tanto, si trabajo, como de mi salario; pero si no trabajo, como de la caridad».

Capítulo VII

DIVERSOS DICHOS PARA ENTRENARNOS EN LA RESISTENCIA Y EL COMBATE

1. El santo abba Antonio, estando en el desierto, cayó en la acedía[1] y a la vez sufría una gran oscuridad en su alma. Y decía a Dios: «Quiero salvarme y no me lo permiten mis pensamientos. ¿Qué debo hacer con esta tribulación? ¿Cómo me salvaré?». Y salió fuera. Y vio a uno que se le parecía mucho, que estaba sentado trabajando. Luego se levantaba de su trabajo y oraba. Y de nuevo se sentaba, tejía una estera de palmas y se levantaba otra vez a orar. Era un ángel del Señor que había sido enviado a Antonio para corrección y salvaguarda. Y oyó la voz del ángel que le decía: «¡Haz esto y te salvarás!». Y con estas palabras se llenó de alegría y de confianza. Y obrando así, encontró la salvación que buscaba.

2. Un hermano preguntó al abba Agatón: «Tengo que cumplir una orden, pero es en un lugar en el que tendré que luchar mucho. Quiero ir allí para obedecer la orden, pero temo la lucha». El anciano le dijo: «En tu lugar, Agatón cumpliría la orden y ganaría la guerra».

3. El abba Ammonas dijo: «He estado catorce años en Scitia, pidiendo día y noche al Señor que me diese fuerza para vencer la ira».

[1] La acedía, uno de los ocho pecados capitales en Evagrio y Casiano, es definida con frecuencia como *taedium seu anxietas cordis*. Es la necesidad de estar «en otra parte», la incapacidad de vivir lo que J.-P. de Caussade llamaría mucho más tarde «la plenitud del momento presente». Este ejemplo, que muestra a Antonio, ilustra bien esta definición.

4. El abba Besarión decía: «He estado de pie sobre espinas cuarenta días y cuarenta noches sin dormir».

5. El abba Benjamín dijo: «Vayan por el camino real y cuenten los mojones».

6. San Gregorio dijo: «Si no esperaste nada difícil cuando te propusiste entregarte a la filosofía[2], este comienzo no era filosófico y aquellos que te formaron merecen reproches. Pues si se espera la dificultad sin encontrarla, esto es una gracia; pero si se la encuentra, o se soporta sufriendo, o incumples tu palabra».

7. El abba Isaías dijo: «¡Bienaventurados aquellos cuyas labores se realizaron con ciencia! Descansaron de todos los pesos y escaparon a la astucia de los demonios, especialmente a la cobardía, que desvía al hombre de toda buena obra que proyecta y lo empuja a la timidez del espíritu que se aplica a adorar a Dios»[3].

8. Dijo también: «El primero de todos los combates es el exilio, sobre todo en la soledad. Aquel que huye a otro lugar y abandona lo que le pertenece, teniendo una fe perfecta. La esperanza y el corazón se fortalecieron frente a sus propios deseos. En efecto, (los demonios) te encerrarán por todos los medios en muchos círculos, haciendo que temas las tentaciones, una dura pobreza o la enfermedad, y te sugerirán: Si sucumbes a los peligros de este tipo, ¿qué harías, pues no tienes a nadie que te conozca y cuide de ti? Y la bondad de Dios te pone a prueba para que se manifiesten tu celo y amor a Dios[4].

9. Un hermano, que vivía solo, se sintió turbado, y acudió al abba Teodoro de Fermo y le contó su situación. El abba le dijo: «Ve, humilla tu mente, sométete y convive

[2] «Filosofía», es aquí sinónimo de vida monástica. Esta denominación, frecuente en la literatura de la época, sólo aparece aquí en nuestra colección. Cf. A.-M. Malingrey, *«Philosophie». Étude d'un groupe de mots dans la littérature grecque* (París 1961).

[3] Draguet, p.449.

[4] Draguet, p.447.

con otros». Subió, pues, al monte, para vivir con otros hermanos, y, vuelto otra vez al anciano, le dijo: «Tampoco encuentro la paz viviendo con otros hermanos». Y le contestó el anciano: «Si no encuentras la paz ni en la soledad, ni en la compañía de otros hermanos, ¿por qué quisiste hacerte monje? ¿No fue para sufrir penas? Dime, ¿cuánto tiempo hace que llevas este hábito?». Y dijo el otro: «Ocho años». A lo que respondió el anciano: «Créeme, hace setenta años que visto este hábito, y ni un solo día he podido encontrar descanso. Y tú, ¿quieres conseguirlo en ocho?».

10. Otro hermano le preguntó: «Si de pronto ocurriese una catástrofe, ¿te asustarías, Padre?». Y dijo el anciano: «Aunque el cielo se derrumbase sobre la tierra, Teodoro no tendría miedo». Había pedido intensamente a Dios que le quitase el miedo. Por eso le hizo aquella pregunta el hermano.

11. Se contaba del abba Teodoro y del abba Lucio, de Ennatón, que pasaron cincuenta años burlándose de sus pensamientos, diciendo: «Pasado el invierno nos iremos de aquí». Y cuando llegaba el verano decían de nuevo: «Pasado el verano nos marcharemos». Y de este modo durante toda su vida vivieron como Padres memorables.

12. Contaba el abba Pastor que el abba Juan el Enano había pedido al Señor que le librase de todas sus pasiones. Lograda esta paz del alma, fue a un anciano y le dijo: «He aquí un hombre tranquilo que no padece lucha ninguna». Pero el anciano le contestó: «Ve y pide al Señor que te envíe batallas, porque el alma adelanta luchando». Y cuando volvió a empezar la lucha, el abba Juan ya no pedía verse libre de ella, sino que decía: «Señor, dame paciencia para soportar estas luchas».

13. Decían acerca del abba Longinos[5] que fue molestado muchas veces por el pensamiento de retirarse al

[5] La serie alfabética atribuye este episodio a Gelasio.

desierto. Un día dijo a su discípulo: «Hazme la caridad, hermano, de soportar cualquier cosa que hiciere, y no me hables durante esta semana». Tomando un bastón de palma, comenzó a caminar por su recinto, y, cuando se cansaba, se sentaba un poco, y de nuevo se levantaba para caminar. Llegó la noche y dijo a su pensamiento: «El que camina por el desierto, no come pan, sino hierbas. Tú, por tu debilidad, come algunas legumbres». Después de esto, dijo a su pensamiento: «El que vive en el desierto, no duerme bajo techo, sino bajo el cielo; haz tú lo mismo». Y recostándose, durmió en el patio. Pasó tres días caminando por el monasterio, comiendo por las noches unas pocas hojas de achicoria y durmiendo por las noches a la intemperie, hasta que se fatigó, e increpando al pensamiento que lo molestaba, argumentó contra sí mismo diciendo: «Si no puedes hacer el trabajo del desierto, siéntate en tu celda con paciencia, llorando tus pecados, y no vagues. Porque el ojo de Dios ve en todo lugar las obras de los hombres y nada se le oculta, sino que conoce a los que hacen el bien».

14. El abba Macario el Grande fue al encuentro del abba Antonio al monte. Llamó a la puerta, salió Antonio y le preguntó: «¿Quién eres?». «Soy Macario», dijo. Antonio cerró la puerta dejándole fuera. Y cuando hubo constatado su paciencia, le abrió. Y alegrándose de su presencia, le dijo: «Hace mucho tiempo que deseaba verte, pues he oído grandes cosas de ti». Llegada la tarde, el abba Antonio preparó unas palmas para él solo. Macario le dijo: «Dame y yo las prepararé para trabajar». Pero Antonio le contestó: «No tengo preparadas más que estas». Entonces Macario se preparó él sólo un gran montón. Y, sentados largo tiempo, hablaban de cosas útiles para el alma mientras tejían, y las esteras caían por la ventana a una gruta. Y al levantarse por la mañana, Antonio vio la enorme cantidad de esteras que había fabricado el abba Macario y lleno de admiración le besó las manos diciendo: «Una gran virtud sale de estas manos».

15. El mismo Macario bajó un día a Scitia a un lugar llamado Terenutis y entró a dormir en un sepulcro[6]. Allí había enterrados cadáveres de paganos, y puso uno de los cuerpos debajo de su cabeza para que le sirviera de almohada. Pero los demonios, celosos por su audacia, quisieron asustarle y simularon llamar a una mujer. Decían: «¡Eh, señora, vente al baño con nosotros!». Y otro demonio, como si fuera uno de los muertos, respondió: «No puedo, tengo un peregrino sobre mí». Pero el anciano no se acobardó, sino que, seguro de sí mismo, golpeaba aquel cuerpo y le decía: «Levántate y vete si puedes». Al oír esto, los demonios gritaron: «Nos has vencido». Y huyeron confundidos.

16. El abba Matoés dijo: «Prefiero un trabajo ligero, pero continuo, que un trabajo penoso que se acabe enseguida».

17. Se contaba que el abba Milesio vivía en Persia con dos discípulos. Dos hijos del emperador salieron de caza, como tenían por costumbre, y echaron sus redes cuarenta millas[7] a la redonda para matar todo lo que encontrasen dentro de ellas. Encontraron a un anciano con dos discípulos dentro de la red y, al verlo velludo y con aspecto salvaje, se extrañaron y le preguntaron: «¿Eres un hombre o un espíritu?». Él respondió: «Soy un hombre, un pecador que me he retirado aquí para llorar mis pecados. Adoro al Hijo de Dios vivo». Ellos le dijeron: «No hay más dioses que el Sol, el Fuego y el Agua. Adóralos, y ven a ofrecerles sacrificios». Pero el anciano les respondió: «Estáis equivocados. Esas cosas son sólo criaturas. Pero os ruego que os convirtáis, reconozcáis al verdadero Dios, creador de ellas y de todo lo demás». Ellos se rieron de él y le decían: «¿A un con-

[6] «Sepulcro» traduce el raro vocablo τοπάριν, que Pelagio sustituye por *monumentum; Alph.,* Macario 13, trae el poco probable ἱερόν.

[7] Cuarenta millas es una distancia inverosímil para la colocación de las redes; sin embargo, es traída uniformemente por los manuscritos de las dos colecciones. *Alph.,* Milesio 2, intentó suavizar un poco esta exageración: ἔβαλον ἐπὶ πολὺ διάστημα κἂν ἐπὶ τεσσαράκοντα.

denado, a un crucificado, llamas tu verdadero Dios?». Respondió el anciano: «Sí; al que crucificó el pecado y destruyó la muerte, a ese llamo Hijo de Dios». Entonces le torturaron junto con sus compañeros para obligarles a sacrificar. Después de atormentarlos, decapitaron a los dos hermanos, pero al anciano siguieron torturándolo varios días. Luego lo pusieron de pie en cierto lugar y le arrojaban flechas, como si fuese un blanco, el uno por delante y el otro por detrás. El anciano les anunció: «Puesto que os habéis puesto de acuerdo para matar a un inocente, mañana, en un instante, a esta misma hora, vuestra madre se quedará sin hijos y se verá privada de vuestro cariño. Os mataréis el uno al otro con vuestras propias flechas». Ellos, despreciando sus palabras, salieron de caza al día siguiente. Salió un ciervo de las redes y montaron en sus caballos en su persecución para cazarlo. Y lanzando tras él sus flechas se atravesaron mutuamente el corazón y murieron como les había anunciado el anciano.

18. El abba Pastor decía: «En la tentación se conoce al monje».

19. Dijo un hermano al abba Pastor: «Mi corazón languidece cuando me sobreviene una pequeña aflicción». El anciano le dijo: «¿No admiramos a José, joven de diecisiete años, que enfrentó la tentación en Egipto, tierra de idólatras? [cf. Gén 37-40]. Y Dios lo glorificó. ¿No vemos también a Job, que resistió hasta el fin, guardando la paciencia? [cf. Job 2,10]. Las tentaciones no pudieron arrancarlo de la esperanza en Dios».

20. El abba Pastor contaba que el presbítero Isidoro de Scitia dijo un día a la asamblea de los hermanos: «Hermanos, ¿no hemos venido aquí para trabajar? Y ahora veo que aquí no hay trabajo. Por tanto, cojo mi tienda y voy a donde haya trabajo. Así encontraré la paz».

21. Dijo el gran abba Pablo, el Gálata: «El monje que tiene en su celda los pequeños objetos que necesita, y

sale para sus ocupaciones, es burlado por los demonios; yo mismo, en efecto, lo he sufrido».

22. La bienaventurada Sinclética dijo: «Si vives en un monasterio con otros, no mudes de lugar; te sería perjudicial. Porque, así como una gallina, si deja de calentar y cubrir sus huevos, se quedaría sin pollitos, de la misma manera, el monje o la virgen dejan enfriar y morir su fe trasladándose de un lugar a otro»[8].

23. Dijo también: «Las trampas del diablo son muchas. Cuando no ha podido turbar al alma tentándola de pobreza, utiliza las riquezas para seducirla. Y cuando no lo consigue con afrentas y oprobios, usa la alabanza y la gloria. Si con la hartura y los deleites corporales no consigue seducirla, intenta derrotarla por las molestias que vienen contra nuestra voluntad. Envía enfermedades graves contra el que ha de ser tentado, para que con ello se acobarden los monjes y se aparten del amor de Dios. Pero, aunque apalee tu cuerpo y lo incendie con fiebres intensas, aunque además te atormente con sed intolerable, si por ser pecador padeces todo esto, acuérdate de las penas del siglo venidero, del fuego eterno y de las angustias del juicio. Y así no te desalentarás por las cosas que al presente te suceden, antes al contrario, alégrate porque te ha visitado Dios. Y pon en tu boca aquellas celebérrimas palabras: *Me castigó, me castigó el Señor, pero no me entregó a la muerte* [Sal 117,18]. Si eres hierro, por el fuego aplicado contra ti perderás la herrumbre. Y si eres justo y sufres todo esto, pasarás de una gran virtud a otra mayor. Eres oro, pero el fuego te hará más puro. Se te ha dado el ángel de Satanás, aguijón de tu carne [cf. 2 Cor 12,17]. Salta de gozo, viendo que has merecido recibir un don semejante al que recibió san Pablo. Si padeces fiebres, si sufres el rigor del frío, recuerda lo que dice la Escritura: *Hemos pasado a través de agua y fuego, pero al fin nos has dado respiro* [Sal 65,12]. Si

[8] Tomado de *Vita* 94: PG 28,1545 B.

te sucedió lo primero, espera lo segundo, obrando en toda virtud. Grita las palabras del santo David: *Yo soy pobre y desdichado* [Sal 68,29]. Por esta clase de tribulaciones serás más perfecto, pues dice también: *En la angustia, Tú me abres la salida* [Sal 4,1]. Entrenemos nuestras almas al máximo con esta clase de ejercicio, porque tenemos ante nuestros ojos a nuestro enemigo»[9].

24. Dijo en otra ocasión: «Cuando las enfermedades vengan a molestarnos, no nos entristezcamos porque los dolores y la debilidad nos impiden estar en pie para la oración y el canto de los salmos en alta voz. Todas estas cosas nos son necesarias para destruir nuestros deseos carnales. Porque los ayunos y la penitencia nos fueron impuestos por causa de nuestros torpes deleites. Pero si la enfermedad reprime todo esto, la observancia de todos estos trabajos se hace superflua. Como un medicamento fuerte y eficaz corta la enfermedad, así la enfermedad del cuerpo mitiga los vicios. Y en esto consiste la virtud, en sobrellevar las enfermedades con hacimiento de gracias a Dios. Si perdemos los ojos no nos entristezcamos demasiado. Hemos perdido un instrumento de avidez, pero con los ojos del alma contemplemos la gloria de Dios. ¿Nos quedamos sordos? No nos aflijamos; hemos perdido el escuchar cosas vanas. ¿Se debilitan nuestras manos? Preparemos las del alma para luchar contra las tentaciones del enemigo. ¿Ataca la enfermedad todo nuestro cuerpo? La salud del hombre interior crece»[10].

25. Dijo también: «En el mundo, a los que cometen algún crimen los envían a la cárcel, aun en contra de su voluntad. También nosotros encerrémonos por nuestros pecados, para que este castigo voluntario nos aparte de las penas futuras. Si ayunas, no encuentres pretextos para decir que debilitado caíste enfermo, pues también los que no ayunan contraen las mismas enfermedades. ¿Has em-

[9] Tomado de *Vita* 98: PG 28,1548 A-C.
[10] Ibíd., 99a: PG 28,1548 C-D.

pezado una buena obra? No la abandones por los impedimentos del enemigo. Tu paciencia aniquilará al enemigo. Porque los que empiezan a navegar, despliegan las velas, y, al principio, encuentran viento favorable. Pero luego sopla un viento contrario. Pero no por ello los marineros arrojan su cargamento al mar, ni abandonan la nave. Aguantan un poco o luchan contra la tempestad y de nuevo encuentran el rumbo exacto. También nosotros, cuando nos sintamos llevados por el espíritu contrario, despleguemos como vela la cruz y realizaremos sin peligro la travesía de esta vida»[11].

26. Se decía que la amma Sara vivió sesenta años junto a un río y nunca se inclinó para mirarlo.

27. El abba Hiperiquio dijo: «Que broten siempre de tu boca himnos espirituales y que la meditación asidua alivie el peso de las tentaciones que te vengan. Un ejemplo claro de esto es el caminante cargado con un pesado equipaje: cantando, olvida el cansancio del camino»[12].

28. Dijo también: «Conviene que nos armemos contra las tentaciones, porque vienen de muchas clases. Así, cuando vengan demostraremos que estamos preparados para la lucha»[13].

29. Un anciano dijo: «Cuando el hombre es tentado, se multiplican por todas partes sus tribulaciones, para que se desanime y murmure». Y el anciano contó lo siguiente: «Vivía un hermano en su celda y fue tentado. Cuando le veían nadie quería saludarle ni recibirle en su celda. Si tenía necesidad de pan nadie se lo prestaba. Y sí volvía de la siega, nadie le invitaba a tomar un refrigerio, como era costumbre. En plena canícula, volvió un día de las faenas del campo, y no tenía nada de pan en su celda. Y en todas estas cosas daba gracias a Dios. Viendo Dios su paciencia, le libró de la guerra de las tentaciones. Y he aquí que llamó

[11] Ibíd., 101c-102: PG 28, 549 D-1552 A.
[12] PG 79,1488 A.
[13] Tomado de *Adhortatio* 105: PG 1484 B.

a su puerta uno que traía de Egipto un camello cargado de pan. Al verlo el hermano se echó a llorar, diciendo: "¡Señor! ¿No soy digno de sufrir un poco por ti?". Pasada la tentación los hermanos le acogieron en sus celdas y asambleas, y le reconfortaron».

30. Un anciano dijo: «No avanzamos en la virtud porque no conocemos nuestras limitaciones y porque no tenemos paciencia en las obras que emprendemos. Queremos alcanzar la virtud sin esfuerzo alguno».

31. Un hermano dijo a un anciano[14]: «¿Qué debo hacer? Mis pensamientos me impiden permanecer una hora seguida en mi celda». Y el anciano le contestó: «Vuelve a tu celda, hijo mío, trabaja allí con tus manos, ruega a Dios sin cesar, arroja tus preocupaciones en el Señor y que nadie te induzca a salir de allí [cf. Sal 54,22] ». Y añadió: «Un joven del mundo, cuyo padre aún vivía, quería hacerse monje. Se lo pidió insistentemente a su padre, pero este no consintió. Más tarde, agobiado por unos íntimos amigos, accedió a regañadientes. Partió el joven y entró en un monasterio. Y hecho monje empezó a cumplir con toda perfección todas las obligaciones del monasterio, ayunando todos los días. Luego empezó a no tomar nada durante dos días y a comer una sola vez por semana. Su abba, al verle, se maravillaba y bendecía a Dios por esta abstinencia y este fervor. Poco tiempo después, el hermano empezó a suplicar al abba: "Por favor, Padre, permíteme que vaya al desierto". El abba le dijo: "No pienses en ello, pues no puedes soportar esa prueba, ni las tentaciones y artimañas del demonio. Y cuando te acometa la tentación no tendrás allí a nadie para que te ayude

[14] Este largo relato sólo es conservado en la traducción de Pelagio; no tenemos a día de hoy, que sepamos, el original griego. C. M. Battle incluso cree «muy probable», que sea una interpolación tardía en la colección *(Die Adhortationes sanctorum Patrum [verba seniorum] im lateinischen Mittelalter* [Münster 1972] 17, n.3). La lección espiritual de esta «composición literaria» es, sin embargo, muy coherente con la enseñanza de los Padres sobre el discernimiento.

en las tribulaciones que descargará contra ti el enemigo". Él insistió en que lo dejara marchar. Viendo el abba que no podía retenerlo, después de hacer oración, lo dejó marchar. El hermano le pidió: "Padre, concédeme que me enseñen el camino que debo seguir". El abba le señaló dos monjes del monasterio y partieron los tres. Caminaron por el desierto un día y luego otro. Agotados por el calor se tumbaron en el suelo. Y mientras dormían un poco, vino un águila que les tocó con sus alas, se les adelantó un poco y luego se posó en tierra. Los monjes se despertaron, y al ver el águila dijeron al hermano: "Es tu ángel. ¡Levántate y síguelo!". El hermano se despidió de ellos y se llegó hasta donde estaba el águila, la cual enseguida reanudó su vuelo para posarse un estadio más allá. Y el hermano volvió a seguirla, y el águila voló de nuevo y se posó no lejos de allí. Y esto se repitió durante tres horas. El hermano siguió al águila hasta el momento en que giró a la derecha y desapareció. El hermano, sin embargo, continuó su camino y vio tres palmeras, una fuente y una pequeña gruta. Exclamó: "Este es el lugar que Dios me ha preparado". Entró y se acomodó. Comía dátiles y bebía agua de la fuente. Y vivió allí seis años sin ver a nadie. Pero un día, se le presentó el diablo bajo las apariencias de un abba viejo, de terrible aspecto. Al verlo, el hermano tuvo miedo y se postró en oración. Cuando se levantó, le dijo el diablo: "Oremos otra vez, hermano". Cuando se levantaron preguntó el diablo: "¿Cuánto tiempo llevas aquí?". "Seis años", le respondió. Y le dijo el demonio: "He sido tu vecino y hasta hace cuatro días no he podido saber que vivías aquí. Tengo mi celda no muy lejos y hace once años que no salía de ella hasta hoy, que supe que vivías tan cerca. Y me dije: Voy a ver a este hombre de Dios y hablemos de lo que toca a la salvación de nuestras almas. Y creo, hermano, que no ganamos nada quedándonos en nuestras celdas, porque no recibimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo y temo que nos alejemos de Él si nos apartamos de estos misterios. A tres

millas de aquí hay un monasterio con un sacerdote. Vayamos todos los domingos o cada dos semanas, recibamos el Cuerpo y la Sangre de Cristo y volvamos a nuestras celdas". Le agradó al hermano esta recomendación diabólica y, llegado el domingo, vino el diablo y dijo: "Vamos, ya es hora". Y se fueron al citado monasterio donde había un sacerdote, entraron en la iglesia y se pusieron en oración. Y al levantarse, el hermano no vio al que le había traído, y pensó: "¿Dónde se habrá ido? Tal vez se haya ido a hacer sus necesidades". Esperó un buen rato, pero no volvió. Salió fuera y como no conseguía encontrarlo, preguntó a los hermanos del monasterio: "¿Dónde está el abba que ha entrado conmigo en la iglesia?". Pero ellos le respondieron: "No hemos visto a nadie más que a ti". Entonces cayó en la cuenta el hermano que era el demonio, y pensó: "Mira con cuanta astucia me ha sacado el diablo de mi celda. Pero no importa, pues he venido para una buena obra. Recibo el Cuerpo y la Sangre de Cristo y me vuelvo a mi celda". Acabada la misa, quiso volver a su ermita, pero el abba del monasterio le retuvo diciendo: "No te dejaremos marchar hasta que hayas comido con nosotros". Y después de comer volvió a su retiro. De nuevo se le presentó el diablo disfrazado como un joven de mundo que empezó a examinarle de pies a cabeza, mientras decía: "¿Es este? No, no es". Y el hermano le dijo: "¿Por qué me miras así?". Y él le contestó: "Ya veo que no me conoces. Después de tanto tiempo, ¿cómo ibas a conocerme? Soy hijo de un vecino de tu padre. ¿Tu padre no es fulano de tal? ¿Y tu madre no se llama mengana? ¿Y tu hermana y tú no tenéis tal y tal nombre? ¿Y los criados no son este y aquel? Tu madre y tu hermana murieron hace tres años. Tu padre acaba de morir y te ha nombrado heredero diciendo: ¿A quién dejaré mis bienes sino a mi hijo, santo varón, que dejó el mundo para seguir a Dios? Dejo a él toda mi fortuna. Si alguno teme al Señor y sabe dónde está, dígale que venga a distribuir mis bienes entre los pobres para

la salvación de mi alma y de la suya. Salió mucha gente a buscarte, pero no te encontraron. Yo he venido aquí para cierto negocio y te he reconocido. No te demores, ve, vende todo y cumple la voluntad de tu padre". El hermano contestó: "No es necesario que vuelva al mundo". El diablo respondió: "Si no vienes, y esa fortuna se pierde, tendrás que dar cuenta delante de Dios. ¿Qué hay de malo en que vayas, repartas como buen administrador esos bienes entre los pobres y necesitados para que no se dilapide entre meretrices y gente de mal vivir lo que estaba destinado a los pobres? ¿Qué dificultad hay para que vayas, repartas las limosnas según la voluntad de tu padre y para salvación de tu alma y vuelvas a tu celda?". Y el demonio acabó por persuadir al hermano para que volviese al mundo. Le acompañó hasta la ciudad y luego le abandonó. El hermano quiso entrar en su casa, creyendo que su padre estaba muerto, pero, en aquel momento, el padre salía vivo de su casa. Al verlo, no le reconoció y le preguntó: "¿Quién eres tú?". El monje se turbó y no sabía qué responder. Su padre insistía para saber de dónde venía y, entonces, lleno de confianza, le dijo: "Soy tu hijo". Y el padre le preguntó: "¿Para qué has vuelto?". Le dio vergüenza confesar la razón de su venida y le contestó: "He venido por amor tuyo, porque estaba deseando verte". Y se quedó allí. Poco tiempo después cayó en la fornicación. Castigado muy duramente por su padre, el infeliz no se arrepintió y se quedó en el mundo. Por tanto, hermano, esto te digo: el monje nunca debe salir de su celda por instigación de otro y bajo ningún pretexto».

32. Unos hermanos[15] preguntaron a uno de los grandes Padres del desierto: «Padre, ¿cómo puedes estar

[15] Los testimonios griegos sufrieron un accidente de copia: OTH pasan del íncipit del n.32 (Παρέβαλόν τινες μεγάλῳ γέροντι ἐν τῇ ἐρήμῳ) a la respuesta del n.33 (ὅτι οἱ ἀπχαῖοι...). T, tal vez para «corregir esta incoherencia, añade después de ἐρήμῳ: Καὶ ἠρώντων αὐτὸν περὶαναχωρήσεως· ὁ δὲ εἶπεν αὐτοῖς (ὅτι οἱ...). El modelo traducido por Pelagio es, por tanto, anterior a este accidente. He aquí el texto griego del n.32, tal y como se lee en *Anon.*

aquí soportando este trabajo?». El anciano les dijo: «Todo el trabajo del tiempo que llevo aquí no se puede comparar a un solo día de los tormentos que esperan al pecador en la otra vida».

33. Un anciano dijo: «Los monjes antiguos no cambiaban fácilmente de residencia a no ser por una de estas tres causas: sí alguno estaba en contra de ellos y a pesar de hacer todo lo posible por darle gusto no podían aplacarle; si les ocurría el ser alabados por mucha gente; o si caían en tentación de impureza».

34. Un hermano dijo a un anciano: «¿Qué debo hacer? Estoy afligido por este pensamiento: si no puedes ayunar ni trabajar, al menos visita a los enfermos, que esto es digno de recompensa». Conoció el anciano la insinuación diabólica, y le dijo: «Ve, come, bebe y duerme, pero no salgas de tu celda». Sabía que la fidelidad a la celda lleva al monje a la perfección. Tres días después, el monje fue preso de acedía. Pero encontró unas pequeñas palmas, las cortó y al día siguiente se puso a hacer con ellas una estera. Al sentir hambre se dijo: «Ya quedan pocas palmas, las terminaré de tejer y entonces comeré». Y al terminar se dijo de nuevo: «Leeré un poco y luego comeré». Y cuando terminó su lectura pensó: «Recitemos algunos salmos y después comeré sin escrúpulos». Así, poco a poco, con la ayuda de Dios, fue progresando hasta conseguir llegar al cumplimiento de su obligación. Y adquirió seguridad para vencer los malos pensamientos[16].

35. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Por qué soy presa de la acedía cuando estoy en mi celda?». Y el anciano le dijo: «Porque todavía no has contemplado la espe-

N 193: Παρεβαλόν τινες ἀδελφοὶ ἐν τῇ ἐρήμῳ μεγάλῳ γέροντι καὶ εἶπον αὐτῷ· πῶς καπτερεῖς ὧδε, ἀββᾶ, ὑπομένων τὸν κόπον τοῦτο;, Καὶ εἶπεν ὁ γέρων· ὅλος ὁ χρόνος τοῦ κόπου μου οὖ ποιῷ ὧδε οὔπω ἡμέρας μιᾶς τῆς κολάσεώς ἐστιν.

[16] Este pieza se encuentra dos veces en otra colección: *Anon.* N 195 y *Alph.*, Arsenio 11 (que no reproduce las cinco primeras líneas).

ranza de la resurrección ni los tormentos del infierno; pues si llegases a ver esto, tu celda estaría llena de gusanos y tú sumergido en ellos y no padecerías acedía».

36. Los hermanos rogaban a un anciano que descansara de su rudo trabajo; pero él les respondió: «Creedme, hijos, a la vista de los grandes y maravillosos dones de Dios, Abrahán se lamentó de no haber luchado más contra las dificultades».

37. Un hermano dijo a un anciano: «Mi imaginación vaga de un lado para otro y estoy atribulado». El anciano respondió: «Permanece en tu celda y tus pensamientos volverán a estar en orden. Cuando una asna está atada, su borriquillo se mueve de aquí para allá, pero vuelve siempre donde su madre, dondequiera que esté. Lo mismo ocurre con los pensamientos de aquel que por amor a Dios aguanta con paciencia en su celda. Pueden vagar un poco, pero de nuevo vuelven a él».

38. Un anciano vivía en el desierto y tenía el agua a doce millas de distancia de su celda. Un día, al ir a buscar agua se desanimó, y dijo: «¿Qué necesidad tengo de tanto trabajo? Vendré y me instalaré junto al agua». Apenas dijo estas palabras, se volvió y vio a uno que le seguía y contaba sus pasos. «¿Quién eres?», le preguntó. Y el otro dijo: «Soy un ángel del Señor y he sido enviado a contar tus pasos y darte la recompensa». Al oírlo, el anciano se animó de nuevo y puso su celda cinco millas más lejos todavía del lugar del agua.

39. Los Padres decían: «Si te viene una tentación en el lugar donde habitas, no abandones el lugar en el tiempo de la tentación, porque si lo abandonas encontrarás ante ti, en todas partes, lo que querías apartar. Ten paciencia hasta que pase la tentación, para que tu marcha no sea ocasión de escándalo y pueda perjudicar a los que viven a tu alrededor».

40. Un hermano que vivía en un cenobio era de temperamento inquieto y montaba fácilmente en cólera.

Y se dijo un día: «Me iré y viviré en un lugar solitario. Como no tendré nadie con quien hablar ni a quien escuchar estaré tranquilo y se apaciguará mi ira». Se fue y vivía en una gruta. Un día, después de llenar de agua su jarra, la colocó en el suelo y sucedió que la jarra se vino abajo. La llenó una segunda vez y se cayó de nuevo. La llenó por tercera vez y volvió a caerse. Ardiendo de ira, tomó el recipiente y lo rompió. Vuelto en sí, cayó en la cuenta de que había sido juguete del demonio de la ira y dijo: «A pesar de estar solo me ha vencido. Volveré al cenobio, pues la lucha y la paciencia son necesarias en todas partes, pero, sobre todo, lo que yo necesito es la ayuda de Dios». Y volvió a su monasterio[17].

41. Un hermano preguntó a un anciano: «Padre, ¿qué debo hacer? No hago nada de lo que debe hacer un monje. Soy negligente, como, bebo, duermo. Me acometen muchos pensamientos torpes, paso de un trabajo a otro, de unos pensamientos a otros pensamientos». El anciano le dijo: «Quédate en tu celda y haz lo que puedas procurando no perder la paz. Lo poco que ahora haces equivale a los grandes trabajos del abba Antonio en el desierto; porque creo en Dios que el que permanece en la celda por su amor, vigilando su conciencia, se encuentra en la misma situación que Antonio».

42. Le preguntaron a un anciano cómo debía obrar un monje fervoroso para no escandalizarse al ver que algunos hermanos volvían al mundo. Y respondió: «El monje debe observar cómo los perros cazan a las liebres. Uno de ellos ve una liebre y la sigue. Los otros, que sólo han visto correr al perro, le siguen durante cierto tiempo, pero luego, cansados, se vuelven. Sólo el perro que ha visto a la liebre la persigue hasta que la alcanza. La dirección de su carrera

[17] He aquí el «modelo griego» utilizado por Cirilo de Scitópolis *(Vida de Eutimio* c.19), del cual P. Festugière *(Les Moines d'Orient* III/1 [París 1962] 85, n.61) lamenta la pérdida. También se encuentra así en *Anon.* N 201.

no se modifica porque los otros se vuelvan atrás. No le importan ni los precipicios, ni las selvas, ni las zarzas. Le arañan y pinchan las espinas, pero no descansa hasta que ha logrado su presa. Así debe de ser el monje que busca a Nuestro Señor Jesucristo. Mira sin cesar a la cruz y pasa por encima de todos los escándalos que encuentra, hasta llegar al Crucificado».

43. Un anciano dijo: «Un árbol no puede dar fruto si se le trasplanta a menudo de un lugar a otro. Tampoco el monje que emigra con frecuencia puede dar fruto abundante».

44. Los ancianos decían que el monje debe luchar hasta la muerte contra el demonio de la acedía y de la negligencia, sobre todo durante la sinaxis. Y si gracias a Dios lo ha logrado, debe prestar atención al pensamiento de autosatisfacción y de facilidad, y decir: *Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles* [Sal 126,1]; en efecto, *el hombre no es más que polvo y ceniza* [Eclo 17,32]; y debe recordar que el Señor *se opone a los orgullosos, y da su gracia a los humildes* [Sant 4,6]».

45. Un hermano que estaba tentado de abandonar su monasterio se lo contó a su abba. Este le contestó: «Vuelve a tu celda, haz oblación de tu cuerpo a las paredes de tu celda y no salgas de ella. No te preocupes de tu tentación. Piensa lo que quieras, pero que tu cuerpo no salga de la celda».

46. Un anciano dijo: «La celda de un monje es el horno de Babilonia, donde los tres jóvenes encontraron al Hijo de Dios [cf. Dan 3]. Es también la columna de nube desde la que Dios habló a Moisés» [cf. Éx 33,9].

47. Uno de los ancianos dijo a propósito del pobre Lázaro [cf. Lc 16,19-31] que no lo vio cumplir ni una sola virtud, sino que sólo encontramos en él que no murmura jamás contra el Señor bajo pretexto de que no tuvo misericordia de él, sino que soporta su pena con acción de gracias; y es por eso que Dios lo acogió.

48. Durante nueve años un hermano fue atormentado por el deseo de abandonar su monasterio. Cada mañana preparaba sus cosas como para marchar. Y cuando llegaba la tarde, decía: «Mañana me marcho de aquí». Pero por la mañana pensaba: «Venzámonos un poco y aguantemos hoy aquí por el Señor». Hizo esto día tras día durante nueve años, y entonces el Señor le libró de su tentación.

49. Un hermano sucumbió a una tentación, y en su abatimiento, abandonó la regularidad monástica. Y aunque deseaba volver a empezar de nuevo su observancia regular, su estado de ánimo se le impedía, y se decía: «¿Cuándo volveré a encontrarme como antes?». Y, desalentado no hacía nada para empezar a vivir como monje. Se llegó a un anciano y le contó lo que le sucedía. El anciano, después de escucharle, le puso este ejemplo: «Un hombre tenía una propiedad y por su negligencia se hizo improductiva llenándose de abrojos y espinas. Quiso más tarde cultivarla, y dijo a su hijo: "Ve y rotura aquel campo". El hijo fue a la finca, pero al ver tanto cardo y tanta espina, se desanimó y dijo: "¿Cuándo conseguiré dejar limpio todo este campo?". Y se echó a dormir. Y esto lo repitió durante muchos días. Más tarde, vino el padre para ver el trabajo y se encontró con que ni siquiera había empezado. Y preguntó a su hijo: "¿Por qué no has hecho nada hasta ahora?". Y el joven le respondió: "Al llegar aquí y ver tanto cardo y tanta espina, me sentí sin ánimos para empezar el trabajo y me eché a dormir". El padre le dijo: "Hijo mío, limpia cada día el espacio que ocupes tumbado en el suelo. Tu trabajo avanzará así poco a poco, sin que te desanimes". El joven lo hizo así y en poco tiempo quedó limpio el campo. Tú también, hermano, trabaja poco a poco y no te dejes llevar del desaliento. Dios, por su infinita misericordia, te volverá a tu primer estado». Al oír esto, el hermano se fue y, con gran paciencia, hizo lo que el anciano le había enseñado. Y encontró la paz avanzando en la virtud por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.

50. Un anciano enfermaba a menudo. Pero un año no tuvo enfermedad alguna. Y él estaba muy afligido y lloraba diciendo: «Dios me ha abandonado, no me ha visitado este año».

51. Un anciano dijo que un hermano fue tentado durante nueve años. Tan angustiado estaba que llegó a desesperar de su salvación y él mismo se condenaba: «He perdido mi alma y, ya que estoy condenado, me vuelvo al mundo». Y en el camino oyó una voz que le decía: «Las tentaciones que has padecido durante nueve años eran tus coronas. Vuelve a donde estabas y te libraré de tus tentaciones». El hermano comprendió entonces que no hay que desesperar por los pensamientos que a uno le vienen. Estos pensamientos son más bien nuestra corona, si sabemos llevarlos con paciencia.

52. Un anciano que vivía en la Tebaida, en una cueva, tenía un aventajado discípulo. Por la tarde, el anciano tenía la costumbre de instruirle enseñándole lo que convenía a su alma. Y después de los consejos finales, oraban juntos y le enviaba a dormir. Un día, unos piadosos seglares, que conocían la gran penitencia del anciano, vinieron a verle. Y después de ser consolados por él se marcharon. Y por la tarde, después de su marcha, terminada la misa, el anciano, según su costumbre fue a instruir al hermano. Pero mientras hablaba, se quedó dormido. El hermano esperó pacientemente a que el anciano despertase para hacer la oración acostumbrada, pero el anciano no despertaba. Después de una larga espera, el hermano fue tentado de irse a dormir, pero se hizo violencia, resistió a la tentación y se quedó. Por segunda vez le vino el deseo de irse a dormir, pero se mantuvo firme. Lo mismo le ocurrió hasta siete veces, pero permaneció junto al anciano. A media noche despertó el anciano, y le encontró sentado a su lado. Le dijo: «¿Te has quedado hasta ahora sin marcharte?». Le contestó: «Sí, Padre, porque no me lo habías mandado». Y le dijo el anciano: «¿Por qué no me has despertado?». Dijo el joven: «No me he atrevido, por temor

a molestarte». Se levantaron, rezaron maitines y, terminada la oración, el anciano despidió al discípulo. Y al quedarse solo tuvo una visión: vio un lugar glorioso y en él un trono y sobre el trono siete coronas. El anciano preguntó: «¿De quién son esas coronas?». Y el que le mostraba la visión le dijo: «El lugar y el trono son de tu discípulo. Se los ha concedido Dios por su fervorosa conducta. Las siete coronas las ha conquistado esta noche». Al oír esto, el anciano quedó admirado y temblando llamó a su discípulo y le mandó: «Dime lo que has hecho esta noche». Y el otro respondió: «Perdóname, Padre, porque no he hecho nada». El anciano pensando que no se lo quería decir por humildad, insistió: «No te dejaré en paz hasta que me digas lo que has hecho o lo que has pensado esta noche». El hermano no tenía conciencia de lo que había hecho y no sabía qué decir. Y de nuevo repitió al anciano: «Perdóname, Padre, no he hecho nada. Tan sólo que he tenido siete veces deseos de irme a dormir, pero como no me habías despedido, como de costumbre, no me fui». Al oír esto, el anciano comprendió al punto que había sido coronado por Dios cada una de las veces que había resistido a su deseo. Al hermano, para su mayor provecho, no le dijo nada, pero lo contó a otros Padres espirituales para que sepamos que, por unos pensamientos de poca monta, Dios nos da una corona. Es bueno, pues, que el hombre se haga violencia en todo por Dios, porque como escrito está: *El Reino de los cielos sufre violencia y los violentos lo conquistan* [Mt 11,12]».

53. Un anciano anacoreta cayó enfermo. Como no tenía a nadie que le ayudara se levantaba y comía lo poco que encontraba en su celda. Pasaron varios días sin que nadie viniera a visitarle. Transcurridos treinta días sin recibir ayuda, el Señor envió un ángel para que le sirviera. Y después de otros siete días, cayeron en la cuenta los Padres, y se dijeron: «Vayamos y veamos, no sea que esté enfermo». Cuando llamaron a la puerta, el ángel desapareció. El an-

ciano, desde dentro, gritó: «Alejaos de aquí, hermanos». Pero ellos, levantando la cancela de la puerta, entraron y le preguntaron por qué gritaba. Y él les dijo: «He estado enfermo durante treinta días sin que nadie me visitara, y hace siete días que el Señor envió un ángel para que me sirviera, el cual se ha marchado cuando habéis llegado vosotros». Y dicho esto, descansó en paz. Los hermanos se admiraron mucho y glorificaron a Dios, diciendo: «Dios no abandona a los que esperan en El».

54. Un anciano dijo: «Si te sobrevienen enfermedades corporales no te desanimes, porque si el Señor quiere debilitar tu cuerpo ¿por qué llevarlo a mal? ¿Acaso no piensa en ti en toda ocasión y en cualquier circunstancia? ¿Puedes tú vivir sin Él? Ten, pues, paciencia y pídele lo que te conviene, es decir, hacer siempre su santa voluntad; y come con paciencia lo que te den por caridad».

55. Un monje que combatía contra Satanás en todas las cosas, fue mutilado por él de los ojos. Y él no oraba para ver de nuevo, sino que practicó la fortaleza y, a causa de ella, Dios le devolvió la vista, y volvió a ver.

56. Uno de los Padres contó lo que sigue: «Estando en Oxirrinco, vinieron unos pobres, un sábado por la tarde, para recibir el ágape. Se acostaron luego y uno de ellos sólo tenía una estera. Había colocado la mitad debajo y con la otra mitad se tapaba, pues hacía mucho frío. Y al salir al servicio, le oí que suspiraba y se quejaba de frío, pero se consolaba diciendo: "Señor, ¡te doy gracias! Cuántos ricos están en la cárcel cargados de cadenas o con los pies en el cepo y no pueden hacer libremente sus necesidades. Pero yo soy como el emperador, extiendo mis pies y voy donde me da la gana". Mientras decía estas palabras, yo estaba escuchándolo. Y entrando en la celda se lo conté a los hermanos que al oírlo se edificaron mucho».

57. Un hermano preguntó a un anciano: «Si me vienen dificultades en un lugar donde no tenga a nadie

a quien acudir para descubrirle mi tentación, ¿qué debo hacer?». El anciano le respondió: «Fíate de Dios, que él enviará su ángel y su gracia. Él mismo será tu consuelo sí se lo pides con amor». Y añadió: «He oído que en Scitia ocurrió algo de esto. Había allí un monje que padecía continuas tentaciones. Y como no tenía cerca ninguna persona que le inspirase confianza para abrirse con ella, una tarde preparó su melota para marcharse. Pero esa misma noche se le presentó la gracia de Dios bajo la forma de una doncella que le decía: "No te vayas. Quédate aquí conmigo. No te sucederá ningún mal de todo eso que has oído". El monje creyó en estas palabras, permaneció allí y al punto quedó curado su corazón».

58. Un anciano dijo: «Del mismo modo que en las peleas, el adversario utiliza los puños, el combatiente, es decir, el monje, debe hacer retroceder los pensamientos levantando las manos hacia el cielo pidiendo el auxilio de Dios. El luchador está desnudo para combatir en el estadio, desnudo y sin obstáculo, se cubre de aceite y es instruido por su maestro en la forma en la que debe luchar. Luego viene otro luchador a enfrentarlo, que esparce arena sobre él, es decir, tierra, para así cogerlo fácilmente. Aplica esto a ti mismo, monje: el maestro, que es Dios, es quien nos da la victoria; nosotros somos los combatientes; nuestro antagonista, es el enemigo; y la arena, los afanes del mundo. Tú ves la táctica del enemigo. Así que camina sin obstáculos y vencerás. Cada vez, en efecto, que el espíritu es sobrecargado con un afán material, no recibe la palabra santa e inmaterial».

59. Un anciano dijo: «Del mismo modo que la cera que no es calentada y mezclada no puede recibir el sello que imprimimos, tampoco el hombre que no sufre las pruebas y las enfermedades no puede contener la fuerza de Cristo. Es por esto que el Señor dijo al divino Pablo: *Mi gracia te basta, pues mi poder se muestra en los débiles* [2 Cor 12,9].

Y el apóstol mismo se glorifica diciendo: *Prefiero gloriarme de ser débil, para que venga a residir en mí el poder de Cristo* [ibíd.]»[18].

60. Unos Padres contaban que, en un cenobio, había un Padre, el cual había llevado a su asistente; convertido negligentemente, abandonó el monasterio para ir a otra parte. Y el anciano iba casi todos los días para convencerlo de volver. Pero el otro no volvía. En anciano insistió durante tres años y, finalmente persuadido, el asistente volvió. Entonces, el anciano le mandó ir a recoger paja. Mientras lo hacía, el asistente, bajo el influjo de Satanás, perdió un ojo. Cuando se lo comunicó, el anciano quedó muy contrariado y empezó a consolarlo de su sufrimiento; pero el asistente le dijo: «Yo soy el culpable, ya que yo soy esto a causa de la pena que te he causado». Más tarde, el sufrimiento, más que la enfermedad, había desaparecido, el anciano le encomendó, entonces, ir a recoger dos ramas de palmera. Mientras trabajaba, de nuevo una pequeña palmera se aflojó por culpa del enemigo, y perdió el otro ojo. De regreso en el monasterio, vivió en el recogimiento sin hacer nada más. Y el abba estaba muy afligido. Cuando llegó el momento de su muerte, sabiéndolo de antemano, reunió a todos los hermanos y les dijo: «Mi muerte está próxima; examinad vuestra situación». Cada uno se puso a decir: «¿Nos va a dejar, abba?». Pero el anciano guardaba silencio; hizo ir al monje ciego y le habló de su muerte. Este lloró y dijo: «¿Ahora me dejas, a mí que soy ciego?». El anciano dijo: «Reza para que tenga confianza delante de Dios, y espero que el domingo celebres la sinaxis». El anciano se durmió y, unos días más tarde, el otro recobró la vista, y se convirtió en sacerdote del monasterio.

61. Se decía de un santo que confesó la fe en una persecución y que él fue muy maltratado: fue obligado a sen-

[18] Tomado de Diadoco, *Capítulos gnósticos* 94: SCh 5 bis,155.

tarse sobre un asiento de bronce al rojo vivo. Pero, mientras tanto, el bienaventurado Constantino se convirtió en emperador y los cristianos fueron liberados. Curado, este santo personaje volvió a su celda y, cuando lo vio de lejos, dijo: «¡Ay de mí! He vuelto a muchos males». Decía esto a causa de los combates y de las luchas llevadas a cabo contra los demonios.

62. Uno de los Padres vivía en un lugar donde llevaba una vida agradable. Tenía un hermano higúmeno de una laura[19]. Se dijo por tanto: «¿Por qué vivir aquí a penar? Iré con mi hermano y me proporcionará lo necesario». Se levantó, fue con su hermano, que se alegró de verlo. Le dijo: «Quiero vivir aquí, pero dame una celda para que viva aparte». Y se la dio. Pero a partir de esta hora, se olvidó que su hermano estaba viviendo allí. Los habitantes de la laura, viendo que era el hermano del higúmeno, pensaron que su hermano le proporcionaría lo necesario, y ellos no le llevaron nada ni lo invitaron a una cela para que se abasteciese de pan. Pero él, que era piadoso, no importunó a nadie. Entonces reflexionó y se dijo: «¿Puede que la voluntad sea que no viva aquí?». Tomó entonces la llave de la celda, la devolvió a su hermano y le dijo: «Perdóname; no puedo vivir aquí». Pero el otro se asombró: «¿Cuándo has llegado aquí?». Le dijo: «¿No eres tú quien me ha dado la llave de la celda?». Su hermano le dijo: «Créeme; yo no sabía que tú habías venido aquí. Pero, en el nombre del Señor, dime cómo llegaste a pensar que habías venido». El otro le dijo: «Tenía la esperanza de encontrar descanso junto a ti». Su hermano le dijo: «Con razón, entonces, Dios me ha hecho olvidar, pues no has puesto tu esperanza en Él, sino en mí». Entonces se levantó y fue al lugar donde vivía anteriormente.

[19] Colonia de celdas o cuevas de eremitas, con una iglesia propia para la celebración dominical de la sinaxis y, a veces, un refectorio en el centro.

Capítulo VIII

NO SE DEBE HACER NADA POR OSTENTACIÓN

1. El abba Antonio oyó contar que un monje joven había hecho un milagro en el camino. Había visto a unos ancianos que caminaban y penaban sobre la carretera[1], y mandó a los onagros que vinieran y los transportasen hasta la morada del abba Antonio. Los mismos ancianos se lo contaron al abba Antonio y este replicó: «Creo que ese monje es un navío sobrecargado de riquezas, pero no sé si podrá llegar a puerto». Poco después el abba Antonio se echó de repente a llorar y lamentarse arrancándose los cabellos. Y al verlo así sus discípulos le dijeron: «¿Por qué lloras, Padre?». El anciano respondió: «Una gran columna de la Iglesia acaba de caer». Se refería a aquel monje joven. Y añadió: «Id donde él y ved lo que ha sucedido». Los discípulos fueron y lo encontraron sentado sobre una estera, llorando su pecado. Al ver a los discípulos de Antonio, les dijo: «Decid al anciano que pida a Dios que me conceda diez días para reparar mi pecado». Pero murió cinco días después.

2. Unos monjes alabaron a un hermano delante del abba Antonio. Cuando este fue a visitarle, quiso probarlo viendo si soportaba una injuria. Y cuando vio que no, le dijo: «Te pareces a una casa con una hermosa fachada, pero que por detrás está desvalijada por los ladrones».

[1] Se ha corregido el texto de acuerdo a la traducción de Pelagio y el texto de *Alph.,* Antonio 14. La lección de los manuscritos es, claramente, la culpa, incluso en MS.

3. Se decía del abba Arsenio y del abba Teodoro de Fermo que por encima de todo aborrecían la vanagloria. El abba Arsenio no acudía fácilmente a las llamadas de sus visitantes. El abba Teodoro sí acudía, pero era como una espada para él.

4. Un cierto Eulogio, que había sido discípulo del santo arzobispo Juan[2], presbítero y asceta, ayunaba dos días seguidos y a veces lo alargaba toda la semana. No comía más que pan y sal y por eso era alabado por los hombres. Se fue a Panefo, donde vivía el abba José, pensando encontrar allí una mayor austeridad. El anciano le recibió con alegría y le preparó lo mejor que tenía para mostrarle su afecto. Los discípulos de Eulogio le dijeron: «El Padre sólo come pan y sal». El abba José siguió comiendo sin decir palabra. Eulogio y sus discípulos estuvieron tres días allí y no les oyeron ni orar, ni cantar salmos, pues su trabajo espiritual era secreto, y se marcharon desedificados. Por disposición divina se echó la niebla, se equivocaron de camino y se encontraron de nuevo sin quererlo en el monasterio del anciano. Y antes de llamar le oyeron cantar la salmodia. Siguieron un rato escuchando y luego llamaron a la puerta. El anciano les recibió de nuevo con gran alegría y los que acompañaban a Eulogio tomaron una jarra, y como hacía mucho calor se la ofrecieron para que bebiera. Era una mezcla de agua de mar y de agua de río y no la pudo beber. Entrando dentro de sí, Eulogio hizo una metanía y pidió al anciano que le explicase su modo de proceder, diciéndole: «¿Qué significa todo esto, Padre? ¿Por qué antes no cantabas salmos, y empezasteis a hacerlo al marchar nosotros, y cuando quise beber agua la encontré salada?». El anciano le respondió: «El hermano es algo distraído y por error mezcló agua de mar». Pero Eulogio rogaba al anciano que le dijese la verdad. Y el abba José le respondió: «Aquel vasito de vino es lo que pide la

[2] San Juan Crisóstomo.

caridad. Esta agua es la bebida ordinaria de los hermanos». Y con estas palabras le enseñó a tener discreción en sus juicios y apartó su espíritu de las consideraciones humanas. Y empezó a hacer vida común, comiendo de todo lo que le presentaban. Aprendió también a obrar en secreto y dijo al anciano: «Ciertamente vuestra conducta está lejos de toda hipocresía».

5. El abba Zenón, discípulo del abba Silvano, decía: «No habites en un lugar famoso, ni vivas con un hombre de gran reputación, ni pongas cimientos a la celda que te construyas»[3].

6. Abba Isaías dijo: «Considero grande y honorable vencer la vanagloria y progresar en el conocimiento de Dios; pues aquel que cae en la vergüenza de esta perniciosa pasión de la vanagloria, se hace extraño a la paz, endurece su corazón frente a los santos y, para colmo de males, cae en un orgullo malvado y en la preocupación por mentir. Pero tú, oh fiel servidor de Cristo, mantén ocultos tus trabajos y, en la contrición del corazón, vigila de perder el fruto por el deseo de agradar a los hombres. Porque aquel que actúa para aparentar delante de los hombres, ya ha recibido su salario [cf. Mt 6,2], como dijo el Señor»[4].

7. El mismo dijo también: «El que ama ser glorificado por los hombres, no puede permanecer sin envidia; y quien no puede permanecer sin envidia no puede encontrar la humildad. Pues un tal hombre libre ha vendido su alma a los enemigos, y aquellos la atraen a numerosos males y a la destrucción»[5].

[3] Esta pieza, que Pelagio es el único en dar, se encuentra en *Alph.*, Zenón 1: Εἶπεν ἀββᾶ Ζενων ὁ μαθητὴς τοῦ ἀββᾶ Σιλουανοῦ· μὴ οἰκήσῃς ἐν τόπῳ ὀνομαστῷ μηδὲ καθίσῃς μετὰ ἀνθρώπου ἔχοντος μέγα ὄνομα, μηδὲ βάλῃς θεμέλιον τοῦ οἰκοδομῆσαι ἑαυτῷ κελλίον πώποτε.

[4] Schoinas, p.112; Draguet, p.448.

[5] Draguet, p.448.

8. Dijo también: «Huye de la vanagloria y serás juzgado digno de la gloria de Dios en el siglo venidero»[6].

9. Un hermano se llegó al abba Teodoro de Fermo y durante tres días estuvo rogándole que le dijese una palabra. Pero no le respondió y el hermano se marchó triste. Y el discípulo de Teodoro le preguntó: «¿Por qué no le has hablado? Se ha marchado muy triste». Y el anciano contestó: «Créeme, no le he dicho nada porque es un traficante que quiere gloriarse con las palabras de los demás».

10. Otro hermano le preguntó: «¿Me permites, Padre, que no tome pan durante unos días?». El anciano le respondió: «Haces bien. Yo también lo hice». Y el hermano añadió: «Voy a llevar unos guisantes al molino para hacer harina con ellos». Y el abba Teodoro le dijo: «Si vas al molino haz pan para ti. Pero, ¿qué necesidad tienes de ir?».

11. Otro hermano se llegó también a él y empezó a hablar e inventar cosas de las que no tenía ninguna experiencia. El anciano le dijo: «Todavía no has encontrado barco, ni has colocado en él tu equipaje, ni has empezado a navegar, y he aquí que ya has llegado a la ciudad de destino. Cuando hayas puesto por obra todo eso de lo que me has estado hablando, entonces podrás empezar a hablar de ello».

12. El abba Casiano dijo que un hermano fue a ver al abba Serapión y el anciano le invitó a la oración de comunidad. Pero el hermano rehusó diciendo que era un pecador, indigno de llevar el hábito de monje. El anciano quiso lavarle los pies, pero él repitiendo las mismas palabras no se lo permitió. Entonces, el anciano le dio de comer y le hizo con todo cariño esta amonestación: «Hijo mío, si quieres adelantar en la vida espiritual quédate en tu celda, vigila y trabaja con tus manos. Te conviene mucho más quedarte en la celda que salir de ella». Al oír esto, el hermano se

[6] Este fragmento solo nos es conocido por la versión árabe del *Asceticon;* cf. SAUGET, «Les fragments de l'*Asceticon* de l'abbe Isaïe de Scété du *Vatican árabe 71*»: *Oriens Christianus* 48 (1964) 250, n.7.

irritó, y su rostro mudó de color hasta el punto de que no lo pudo ocultar al anciano. El abba Serapión le dijo entonces: «Hasta ahora decías: «Soy pecador», y te considerabas indigno de vivir, y porque te avisé con caridad, ¿te enfadas de ese modo? Si de verdad quieres ser humilde, aprende a soportar virilmente lo que te imponen los demás y no a decir palabras odiosas contra ti mismo». Al oír esto, el hermano se arrepintió ante el anciano y se marchó muy aprovechado[7].

13. Un día, el gobernador de la provincia oyó hablar del abba Moisés, y se fue a Scitia para verle. Le anunciaron su visita al anciano, pero él se marchó a los pantanos. Acudió allí el gobernador con los suyos y lo encontró y le dijo: «Dinos, anciano, ¿dónde está la celda del abba Moisés?». Y este le contestó: «¿Para qué queréis verle? Es un loco y un hereje». El gobernador volvió a la iglesia y dijo a los clérigos: «He oído hablar muy bien del abba Moisés y por eso he venido a verle. Pero hemos encontrado a un viejo que iba a Egipto y le hemos preguntado donde estaba la celda del abba Moisés y nos ha contestado: "¿Para qué le buscáis? Es un loco y un hereje"». Al oír esto se entristecieron los clérigos y le dijeron: «¿Qué aspecto tenía ese viejo que os ha dicho esas cosas del abba Moisés?». «Era un viejo grande y moreno que usaba un vestido muy viejo», respondieron los recién llegados. Y los hermanos les contestaron: «Ese es el abba Moisés. Y como no quería recibiros por eso dijo eso de sí mismo». Y el gobernador se marchó muy edificado.

14. Un hermano preguntó al abba Matoés[8]: «Si voy a un lugar para quedarme allí, ¿cómo debo comportarme?». El anciano le respondió: «Donde quiera que estés, no quieras hacerte notar por ninguna cosa, diciendo, por ejemplo: "No acudo a la asamblea de los hermanos, o no

[7] Tomado de *Conf.* XVIII, 11, 2-4; se encuentra en *Alph.*, Serapión 4.
[8] *Alph.*, presta estos consejos a *abba* Motios y los desarrolla un poco más.

como de la ofrenda[9]". Estas cosas te darán un vano honor, pero después tendrás muchas molestias, pues la gente acude allí donde oye decir que suceden estas cosas».

15. El abba Nisterós el Grande caminaba por el desierto con un hermano. Vieron una serpiente y huyeron. «¿También tú tienes miedo, Padre?», dijo el hermano. Y el anciano le respondió: «No tengo miedo, hijo, pero es bueno haber huido de la serpiente, porque así no he tenido que escapar del demonio de la vanagloria».

16. El gobernador de la provincia quiso un día visitar al abba Pastor, pero este no lo consentía. Entonces el juez detuvo al hijo de su hermana como si fuera un malhechor y le metió en la cárcel diciendo: «Si viene el anciano a pedir que lo suelte, le pondré en libertad». La madre del muchacho acudió a su hermano, el abba Pastor, y se puso a llorar delante de la puerta de su celda. Pero este no le dio respuesta alguna. Y ella movida por el dolor le increpaba: «Si tienes un corazón de bronce y no te mueven mis súplicas, ten al menos compasión de tu sangre». Pero él mandó decirle: «Pastor no engendró hijos». Y ella se marchó. Al oír estas cosas el juez dijo: «Basta que diga una palabra y soltaré a su sobrino». Pero el anciano hizo que le respondieran: «Examina la causa de acuerdo con la ley. Si merece la muerte, muera. Si no la merece, haz lo que quieras».

17. Abba Pastor dijo: «Aquel que se esfuerza en obtener la amistad de los hombres es completamente arrancado de la amistad de Dios; no se puede complacer a todo el mundo. Está dicho, en efecto: ¡Ay de vosotros cuando os alaben los hombres! [Lc 6,26]».

18. Dijo también: «Enseña a tu corazón a cumplir lo que a otros enseñas con tus palabras».

[9] No «comer de la ofrenda» (ἀγαπην ἐσθίειν), esto es contentarse con el trabajo manual y no tomar parte en los encuentros festivos, para singularizarse.

19. Dijo también: «Los hombres cuando hablan parecen perfectos. Al cumplir lo que dicen no lo son tanto».

20. El abba Adelfio, que fue obispo de Nilópolis, subió al monte para visitar al abba Sisoés. Y como tenía que marchar, el abba Sisoés le preparó de mañana la comida. Era día de ayuno, y mientras ponían la mesa, llamaron a la puerta unos hermanos. El abba dijo a su discípulo: «Dales un poco de papilla, porque vendrán cansados». Y el abba Adelfio intervino: «Que esperen un poco, para que no vayan diciendo que el abba Sisoés come desde la mañana». El anciano le miró sorprendido y dijo al hermano: «Vete y dales la papilla». Al ver la papilla los recién llegados dijeron: «¿Tenéis huéspedes? ¿O acaso el anciano come con vosotros?». Y el hermano contestó que sí. Y ellos, entristecidos, dijeron: «Que Dios os perdone el haber permitido al anciano comer a esta hora. ¿No sabéis que lo expiará durante muchos días?». Al oír esto el obispo hizo una metanía ante el anciano y le dijo: «Perdóname, Padre. He pensado a la manera de los hombres. Tú has obrado según Dios». Y el abba Sisoés le contestó: «Si Dios no glorifica al hombre, la gloria de los hombres no tiene ninguna consistencia».

21. El abba Amón, de Raitú, dijo al abba Sisoés: «Cuando leo las Escrituras, me preocupo de adornar mi pensamiento para estar preparado y poder responder a las preguntas». El anciano le contestó: «Eso no es necesario. Cuida más bien de la pureza del corazón, que ella dará seguridad a tus palabras».

22. Un día, el gobernador de la provincia fue a visitar al abba Simón. Entonces este tomó la correa que le servía de cinturón y subió a una palmera para podarla. Cuando llegaron los visitantes le dijeron: «¿Dónde está el anciano que vive aquí como anacoreta?». Y él respondió: «Aquí no hay ningún anacoreta». Y el gobernador al oír esto se volvió por donde había venido.

23. En otra ocasión vino a visitarle otro gobernador. Los clérigos se adelantaron para decirle: «Padre, prepárate, porque el gobernador ha oído hablar de ti y viene para pedirte la bendición». Y él les dijo: «Bien, me prepararé». Se vistió de saco, tomó pan y queso, se sentó a la puerta de su celda y se puso a comer. Llegó el gobernador con su escolta y al verle le despreciaron diciendo: «¿Este es el ermitaño del que hemos oído decir tantas cosas?». Y, al punto, se dieron media vuelta y se volvieron a la ciudad.

24. Santa Sinclética dijo: «Lo mismo que un tesoro descubierto enseguida desaparece[10], así también cualquier virtud queda destruida cuando se hace notar o se hace pública. Como el fuego deshace la cera, así también la alabanza hace perder al alma su vigor y la energía de las virtudes».

25. Dijo también: «Como es imposible la coexistencia de la hierba y el grano, también es imposible que den fruto para el cielo los que buscan la gloria humana»[11].

26. Un día de fiesta, los hermanos de Las Celdas comían juntos en la iglesia. Uno de ellos dijo al que servía: «Yo no como nada cocido sino tan sólo salazón[12]». Y el sirviente llamó a otro hermano y le dijo delante de todos: «Este hermano no come nada cocido, tráele salazón». Y se levantó un anciano y le dijo: «Más te valiera haber comido a solas carne en tu celda, que escuchar estas palabras delante de tantos hermanos».

27. Un hermano asceta, que no comía más que pan, fue a visitar a un anciano. Y llegaron también, muy a pro-

[10] Tomado de *Vita* 38 (PG 28,1509 D); para este apotegma en la serie alfabética, ver *Recher.*, 34. A pesar del acuerdo de los manuscritos de *Vita,* se ha traducido, siguiendo a Pelagio, «enseguida desaparece».

[11] Tomado de *Vita* 78 (PG 28,1533 A); cf. *Recher.*, 35.

[12] En la escala de las comidas, los alimentos preparados sin cocina (como la salazón) están en nivel inferior que aquellos que hay que cocinar. Rehusar estos último es hacer públicamente alarde de una gran austeridad. En cuanto a la carne, plato de lujo, estaba excluída, normalmente, de las comidas monásticas (cf. E. PATLAGEAN, *Pauvreté économique et pauvreté sociale à Byzance [4-7 siècles]* [París-La Haya 1977] 36-44).

pósito, otros peregrinos. Y el anciano preparó para todos un poco de papilla. Se pusieron a comer y aquel hermano tan austero tomó tan sólo un garbanzo durante la comida. Y al levantarse de la mesa, el anciano le llamó aparte y le dijo: «Hermano, cuando visites a alguno, no des a conocer allí tu modo de proceder. Si lo quieres guardar, quédate en tu celda y no salgas nunca de ella». El hermano obedeció al anciano y, en adelante, hacía en todo vida común cuando se encontraba con otros hermanos.

28. Se decía de los scitiotas que, si alguno desvelaba una de sus prácticas, ya no se consideraría más como una buena acción, sino como una falta.

29. Un anciano dijo: «El deseo de agradar a los hombres hace perder todo el aprovechamiento espiritual y deja el alma seca».

30. Dijo también: «Aquel que manifiesta y hace públicas sus buenas acciones es semejante a aquel que siembra sobre la tierra; los pájaros del cielo vienen y comen la semilla [cf. Mt 13,4]; pero aquel que esconde su modo de vida, es como el que siembra en surcos: obtendrá una gran cosecha».

31. Un anciano dijo: «O bien huyes realmente de los hombres; o bien, engañas al mundo y a los hombres haciéndote necio en muchas cosas»[13].

32. Uno de los Padres dijo que, a lo largo del río, cerca de un pueblo, allá donde el bienaventurado Silvano vivía en Palestina, habitaba un hermano que fingía estar loco. En efecto, cada vez que un hermano lo encontraba, enseguida él reía; así, lo dejaban y se iban. Sucedió que tres Padres fueron a casa de abba Silvano y, después de la oración, ellos le pidieron que enviara a alguien con ellos para ver a los hermanos en sus celdas; y dijeron al anciano: «Ten la caridad de ordenar al hermano que nos lleve a casa de todos». Y, de-

[13] Esta sentencia se lee dos veces en la otra colección: bajo el nombre de *abba* Or (*Alph.*, 14) y anónima (N 320).

lante de ellos, el anciano dijo al hermano: «Llévalos a casa de todos los hermanos»; pero, en privado, le ordenó: «Vigila de no llevarlos a la casa del hermano loco para que no se escandalicen». Mientras recorrían las celdas de los hermanos, los Padres dijeron a su guía: «Ten la caridad de llevarnos a casa de todos». Él les respondió: «Bien, bien»; pero, como le había dicho el anciano, no los llevó a la celda del loco. De regreso a casa del anciano, este les dijo: «¿Habéis visto a los hermanos?». Ellos le dijeron: «Sí, y te estamos agradecidos; pero lo que nos entristece, es que no hemos ido a casa de todos». Y el anciano dijo a aquel que los había llevado: «¿No te había dicho que los llevases a casa de todos?». El hermano dijo: «Es lo que he hecho, Padre». Y, partiendo, los Padres dijeron de nuevo al anciano: «Realmente te estamos agradecidos por haber visto a los hermanos; pero la única cosa que nos entristece, es no haberlos visto a todos». Entonces el hermano dijo aparte al anciano: «No los he llevado a casa del hermano loco». Así, cuando los Padres habían marchado, el anciano comprendió lo que había sucedido y se fue a casa del hermano que simulaba la locura. Sin llamar, abrió el pestillo tranquilamente y sorprendió al hermano, que estaba sentado en un asiento con dos cestas, una a su derecha y otra a su izquierda. Cuando vio al anciano, según su costumbre, se echó a reír. El anciano le dijo: «Deja eso ahora y dime la forma en la que vives en tu celda[14]». Pero él, se rio de nuevo. Abba Silvano le dijo: «Tú sabes que, fuera de los sábados y los domingos, no salgo de mi celda. Sin embargo, he venido hoy, en el medio de la semana. Es mi Dios, en efecto, quien me ha enviado a ti». Entonces, lleno de temor, hizo una metanía al anciano y le dijo: «Perdóname, Padre. Cada mañana me siento con estas piedras ante mí; y si me viene un buen pensamiento, echo una piedra al

[14] «La forma en la que vives en tu celda»: τὸ κάθισμά σου; cf. *supra* V, 23 (nota a pie). Tres líneas más arriba, κάθισμά se utiliza en su sentido original de «asiento».

cesto de la derecha; pero si me viene un mal pensamiento, la echo en la de la izquierda. Por la noche, cuento las piedras: si hay más en el cesto de la derecha, como; si hay más en el cesto de la izquierda, no como. Y al día siguiente, si me viene un mal pensamiento, me digo a mí mismo: cuidado con lo que haces, o no comerás otra vez». Oído esto, abba Silvano estaba lleno de admiración y dijo: «Verdaderamente los Padres que habían venido eran santos ángeles que querían manifestar la virtud del hermano. Y, en efecto, su venida provoca en mí una gran alegría y júbilo espiritual»[15].

[15] F. Nau editó este texto como una de las piezas complementarias a los *Plérophories* de Juan Rufus (PO 8 [1912] 178s).

CAPÍTULO IX

NO HAY QUE JUZGAR A NADIE

1. Un hermano del monasterio del abba Elías sucumbió ante una tentación y fue expulsado. Y se fue al monte con el abba Antonio. Permaneció con él algún tiempo, y luego Antonio le envió de nuevo al monasterio de donde había venido. Pero en cuanto lo vieron los hermanos lo volvieron a expulsar. Regresó el hermano a donde estaba el abba Antonio y le dijo: «Padre, no me han querido admitir». El anciano les mandó decir: «Un navío naufragó en el mar y perdió su cargamento. Con mucho esfuerzo el barco ha llegado a tierra, y ahora vosotros ¿queréis hundir esa nave que ha llegado a la orilla sana y salva?». Cuando supieron que era el abba Antonio el que lo enviaba, inmediatamente lo recibieron.

2. Un hermano había pecado y el sacerdote le mandó salir de la iglesia. Se levantó el abba Besarión y salió con él, diciendo: «Yo también soy pecador».

3. Abba Isaías dijo: «Si te viene el pensamiento de juzgar a tu prójimo por cualquier falta, piensa que tú has pecado más que él; y si crees hacer cosas justas, no pienses que ellas agradan a Dios. Entonces no osarás juzgar a tu prójimo»[1].

4. Dijo también: «No juzgues a tu prójimo y despréciate a ti mismo, este es el lugar del reposo de la conciencia»[2].

[1] Schoinas, p.169-170; Draguet, p.431-432.

[2] Este fragmento no figura en los *Logoi*. Además de en la *Synagogè*, se encuentra en la compilación armenia (trad. latina de L. Leloir, IX, 7: CSCO 361,227), y en árabe (Sauget, a.c., n.13).

5. El abba Isaac vino de la Tebaida a un cenobio. Vio cometer una falta a un hermano y lo juzgó. Vuelto al desierto, vino un ángel del Señor y se puso en la puerta de su celda, diciendo: «No te dejaré entrar». El anciano preguntó la causa y el ángel del Señor le contestó: «Dios me ha enviado para que te pregunte: ¿dónde quieres que envíe a ese hermano culpable al que has condenado?». Y al punto el abba Isaac se arrepintió y dijo: «He pecado, perdóname». Y el ángel le dijo: «Levántate, Dios te ha perdonado. Pero en adelante no juzgues a nadie antes de que lo haya hecho Dios».

6. Decían acerca del abba Marcos, el egipcio, que durante treinta años permaneció sin salir de su celda. Acostumbraba a venir el presbítero para hacer por él la sagrada ofrenda[3]. Pero el diablo, viendo la notable paciencia del varón, astutamente pensó en tentarlo para que juzgase al presbítero. Hizo que fuese un poseso adonde estaba el anciano, con pretexto de la oración. El poseso, antes de nada, gritó al anciano: «Tu presbítero tiene olor de pecado, no le permitas llegar hasta aquí». Pero el varón, inspirado por Dios, le respondió: «Hijo, todos expulsan de sí la impureza, pero tú me la traes. Está escrito: *No juzguéis y no seréis juzgados* [Mt 7,1]. Aunque sea pecador, el Señor lo salvará. Porque está escrito: *Orad los unos por los otros para ser curados* [Sant 5,16]». Y después de estas palabras hizo oración y el demonio se escapó del hombre dejándolo sano. Cuando, según la costumbre, vino el presbítero, el anciano lo recibió con alegría. El buen Dios, al ver la ausencia de malicia del anciano, le mostró una señal. Cuando se disponía el domingo a estar frente a la santa mesa, dijo el anciano: «Vi al ángel del Señor bajando desde el cielo, puso su mano sobre la cabeza del clérigo y el clérigo se puso como una columna de fuego. Yo estaba asombrado por la visión

[3] Es decir, la celebración de la Eucaristía.

y oí una voz que me decía: "Hombre, ¿por qué te asombras por esto? Si un rey terrenal no permite que sus grandes estén sucios en su presencia, sino con mucha gloria, ¿cuánto más la virtud divina no habrá de purificar a los que celebren los Santos Misterios, y están en presencia de la gloria celestial?"». El bienaventurado Marcos fue considerado digno de esta gracia, porque no juzgó al clérigo.

7. Un hermano de Scitia cometió un día una falta. Los más ancianos se reunieron y enviaron a decir al abba Moisés que viniese. Pero él no quiso venir. El presbítero envió a uno para que le dijera: «Ven, pues te esperan todos los hermanos». Y fue, tomó consigo una espuerta viejísima, la llenó de arena y se la echó a la espalda. Los hermanos saliendo a su encuentro le preguntaban: «¿Qué es esto, Padre?». Y el anciano les dijo: «Mis pecados se escurren detrás de mí, y no los veo, y ¿voy a juzgar hoy los pecados ajenos?». Al oír esto los hermanos no dijeron nada al culpable y lo perdonaron.

8. El abba José preguntó al abba Pastor: «Dime ¿cómo llegaré a ser monje?». Y el anciano le dijo: «Si quieres encontrar la paz en este mundo y en el otro, di en toda ocasión: "¿Quién soy yo?" y no juzgues a nadie».

9. Un hermano le preguntó también: «Si veo una falta de un hermano, ¿es bueno ocultarla?». Y le dijo el anciano: «Cada vez que tapamos el pecado de nuestro hermano, Dios tapa también el nuestro. Y cada vez que denunciamos las faltas de los hermanos, Dios hace lo mismo con las nuestras».

10. En cierta ocasión un hermano cometió una falta en un cenobio. En las cercanías vivía un anacoreta que no salía de su celda desde hacía mucho tiempo. Y el abba del monasterio fue a hablarle de aquel hermano culpable. Y él dijo: «Expúlsalo». Se le arrojó de la congregación y se refugió en una fosa y allí lloraba desconsolado. Pasaron unos hermanos que iban a visitar al abba Pastor y le oyeron llorar. Bajaron a donde estaba y le vieron inmerso en un gran dolor

y le aconsejaron que fuese a ver a aquel anacoreta. Pero él rehusó diciendo: «Moriré aquí». Al llegar los hermanos donde estaba el abba Pastor se lo contaron, y este les pidió que volviesen donde el hermano y le dijesen: «El abba Pastor te llama». Y el hermano se puso en camino. Al ver su dolor, el anciano se levantó, le abrazó y con gran alegría le invitó a comer. Luego envió a uno de sus hermanos para que fuese al anacoreta con este mensaje: «Me han hablado mucho de ti y hace muchos años que quiero verte, pero por nuestra mutua pereza no hemos podido vernos. Pero ahora, gracias a Dios, tenemos una oportunidad. Tómate la molestia de venir hasta aquí para que podamos vernos». Pues, en efecto, el ermitaño nunca salía de su celda. Al recibir este mensaje el eremita pensó: «Si el anciano no tuviese alguna revelación de Dios para mí, no me hubiese llamado a buscar». Se levantó y fue a su encuentro. Después de saludarse mutuamente con gran alegría se sentaron. Y el abba Pastor comenzó a decir: «Dos hombres vivían en un mismo lugar y cada uno tenía en su casa un difunto. Pero uno de ellos dejó su muerto y se fue a llorar por el difunto del otro». A estas palabras el anciano se arrepintió acordándose de lo que había hecho, y dijo: «Pastor está arriba en el cielo. Yo abajo en la tierra».

11. Un hermano preguntó al abba Pastor: «¿Qué debo hacer, pues cuando estoy en la celda siento que me falta valor?». Y el anciano le dijo: «No desprecies ni condenes a nadie y Dios te dará la paz, y tu vida en la celda será tranquila».

12. Un hermano preguntó al abba Juan el Enano: «¿Cómo es que mi alma herida no se avergüenza de hablar contra el prójimo?». El anciano le contó una parábola acerca de la maledicencia: «Había un hombre pobre que estaba casado. Vio otra mujer muy hermosa, y la tomó también a ella. Ambas estaban desnudas. Se celebraba en cierto lugar na fiesta y le pidieron: "Llévanos contigo". Tomó a las dos y las puso en un tonel, subieron a una nave y llegaron

hasta el lugar. Llegó la hora del calor y, mientras los hombres descansaban, una de las mujeres miró y, al no ver a nadie, fue adonde había un montón de basura, tomó unos trapos viejos y se hizo una falda, y, de esta manera, andaba confiada. La otra, que estaba sentada desnuda dentro del tonel, dijo: "Mira a esa prostituta, que no se avergüenza de caminar desnuda". Se afligió el marido y le dijo: "¡Es admirable! Al menos ella cubrió sus partes deshonestas, pero tú estás completamente desnuda. ¿No te avergüenzas de hablar así?". Así es la detracción».

13. Un día se reunieron los Padres en Scitia para tratar de un hermano que había cometido una falta. Pero el abba Pior callaba. Luego se levantó, salió, tomó un saco, lo llenó de arena y se lo echó a la espalda. Y poniendo en una cestilla un poco de arena la llevaba delante de sí. A los Padres que le preguntaban qué significaba aquello les dijo: «Este saco que tiene tanta arena son mis pecados. Como son míos me los puse a mi espalda para no penar ni llorar por ellos. Este poco de arena de la cesta, son los pecados de este hermano, los pongo ante mis ojos y me cebo en ellos para condenar a mi hermano. No es esto lo que debería hacer. Debería llevar delante de mí mis pecados para pensar en ellos y pedirle a Dios que me los perdone». Al oírle los Padres dijeron: «Verdaderamente este es el camino de la salvación».

14. Dijo el abba Pafnucio: «Una vez iba de camino, y me perdí a causa de la niebla, y fui a dar cerca de una aldea. Vi allí a unos que vivan de modo inconveniente y, entonces, me detuve y oré por mis pecados. Se presentó un ángel, armado con una espada, y me dijo: "Pafnucio, todos los que juzgan a sus hermanos, mueren con esta espada. Tú, en cambio, no has juzgado, sino que te has humillado ante Dios, como si hubieras pecado; por eso tu nombre está escrito en el libro de la vida [cf. Flp 4,3]"».

15. Un anciano dijo: «No juzgues al impuro si eres casto, porque al hacerlo, tú también pisoteas la ley. Porque

el que dijo: *No fornicarás* [Mt 5,27], dijo también: *No juzgarás* [Mt 7,1]».

16. Un sacerdote acudió a la celda de un anacoreta para celebrar allí la ofrenda de los Santos Misterios. Vino luego uno a visitar al ermitaño y le habló mal de aquel sacerdote. El eremita se escandalizó y cuando, según costumbre, vino para celebrar la eucaristía no lo quiso recibir. Al ver esto el sacerdote se marchó. Entonces el anacoreta oyó una voz que le decía: «Los hombres se han adueñado de mi facultad de juzgar». Y, en un rapto, vio un pozo de oro y un cubo de oro y una cuerda también de oro y el pozo contenía un agua estupenda. Vio también un leproso que sacaba agua y la echaba en un vaso. El anciano deseaba beber, pero no podía porque el que sacaba el agua era un leproso y no se atrevía. Oyó de nuevo la voz que le decía: «¿Por qué no bebes de esa agua? ¿Qué importa que la saque un leproso? Él solamente llena el cubo y lo vacía en el vaso». Volvió en sí el eremita, reflexionó sobre el significado de esta visión, llamó al sacerdote y le pidió que celebrase la eucaristía como hasta entonces.

17. Uno de los Padres, viendo a alguien pecar, lloró amargamente diciendo: «Hoy él, y mañana yo».

18. Dos hermanos llevaban en un cenobio una vida ejemplar y cada uno de ellos había merecido ver en el otro la gracia divina. Pero un viernes, uno de ellos salió del monasterio y vio a uno que comía por la mañana. El hermano le dijo: «¿Cómo, siendo viernes, comes a esta hora?». Al día siguiente se celebró la misa como de costumbre, pero el otro hermano, al ver a su compañero se dio cuenta de que la gracia divina se había ido de él y se entristeció mucho. Al volver a la celda le preguntó: «¿Que has hecho, hermano, que no he visto en ti la gracia de Dios como la veía antes?». El otro respondió: «No tengo conciencia de ninguna acción ni de ningún pensamiento culpable». El otro insistió: «¿Tampoco has dicho nada malo?». Y, acordándose, el com-

pañero le respondió: «Sí, ayer vi a uno que comía por la mañana y le dije: "¿A esta hora comes un viernes?". Este es mi pecado. Hagamos penitencia los dos juntos durante dos semanas y pidamos a Dios que me perdone». Lo hicieron así y dos semanas más tarde el hermano vio de nuevo cómo la gracia de Dios volvía a su hermano. Se consolaron mucho y dieron gracias a Dios que es el único bueno.

19. Un anciano dijo: «Incluso si alguno, de cualquier manera que sea, peca en tu presencia, no lo juzgues, sino considérate como más pecador que él. Tú ves, en efecto, la falta, pero tú no ves la penitencia».

20. Un día que abba Pastor fue a Egipto para habitar, un hermano que tenía una mujer se hallaba viviendo cerca de él. El anciano lo sabía, pero nunca le hizo ningún reproche. Sin embargo, una noche, sucedió que la mujer dio a luz; y el anciano, observando el caso, llamó a su joven hermano y le dijo: «Coge una jarra de vino y dásela al vecino, porque hoy la necesita». Sus hermanos no estaban al corriente del asunto; pero hizo como le había ordenado el anciano. Y el hermano vecino sacó provecho y compunción y, algunos días después, despidió a la mujer proporcionándole todo lo que pudiera necesitar. A continuación, fue a decirle al anciano: «De aquí en adelante haré penitencia, Padre». Y se fue a construir una celda contigua a la del anciano y, muy a menudo, iba a su casa. Y el anciano iluminó su camino hacia Dios y lo consiguió.

21. Algunos Padres preguntaron al abba Pastor: «Si vemos a un hermano pecador, ¿quieres que lo reprendamos?». El anciano les dijo: «Por lo que a mí respecta, si tengo que pasar por allí y veo a alguien que está pecando, sigo mi camino y no lo reprendo».

22. Y añadió: «Está escrito: *Da testimonio de lo que han visto tus ojos* [Prov 25,7b]. Pero yo les digo: Aunque lo toquen con las manos, no den testimonio. Porque cierto hermano fue engañado de este modo: vio a un hermano

suyo que pecaba con una mujer; fuertemente combatido por la tentación, se acercó y les tocó los pies, creyendo que se encontraban allí, y les dijo: "¡Terminen de una vez! ¿Hasta cuándo?". Y advirtió entonces que eran unos haces de trigo. Por esta razón les dije: Aunque lo toquen con sus manos, no reprendan».

23. Un anacoreta se convirtió en obispo. Por piedad, no hacía reproches a nadie, soportando con magnanimidad las faltas de todos. Sin embargo, su ecónomo no administraba como debía los bienes de la iglesia. Ciertos de esto, algunos dijeron al obispo: «¿Por qué no desapruebas al ecónomo por ser tan negligente?». El obispo entregó la queja al día siguiente. Los adversarios del ecónomo iban a casa del obispo para ponerlo contra aquel. Enterado, el obispo se escondió y, cuando llegaron, no lo encontraron. Sabiendo sus familiares dónde se escondía, lo encontraron y le dijeron: «¿Por qué te has escondido?». Él dijo: «Porque lo que he pedido a Dios y alcancé con éxito durante sesenta años, me lo queréis quitar en dos días».

24. Había un anciano que, cada día, comía tres galletas. Sin embargo, un hermano fue a él; y cuando fueron a sentarse para comer, el anciano le sirvió tres galletas. Viendo que necesitaba más, le dio otras tres. Cuando hubieron comido y se habían levantado, el anciano condenó al hermano diciendo: «Hermano, no se debe servir a nuestra miserable carne». El hermano hizo una metanía al anciano y partió. Sin embargo, al día siguiente, cuando al anciano le llegó el momento de comer, se sirvió, como de costumbre, tres galletas, las comió, pero aun así tenía hambre y se reprimió. Al día siguiente, soportó otra vez lo mismo. Así, empezó a perder las fuerzas y reconoció que Dios lo había abandonado. Postrándose ante Dios, le suplicaba llorando a causa de este abandono. Entonces, vio a un ángel que le dijo: «Esto es porque has condenado al hermano que vino a verte. Debes saber que aquel que puede controlarse o hacer

cualquier otra cosa buena no lo hace por su propia fuerza, sino que es la gracia de Dios la que fortifica al hombre».

25. Un hermano interrogó a uno de los ancianos para que le resolviese un caso teórico, a fin de ejercitarse: «Supongamos que veo a cualquiera hacer cualquier cosa y que se lo cuento a otro; no lo juzgo, sino que simplemente hablamos. Esto no es calumnia, ni del pensamiento». El anciano dijo: «Si tú tienes un movimiento pasional, esto es calumnia; pero si tú estás libre de pasión, esto no es calumnia. Mas para no aumentar el mal, es mejor guardar silencio»[4].

26. Otro hermano dijo al anciano: «Si voy a ver a uno de los Padres y le pregunto si debería ir a vivir junto a fulano, y el anciano ve que eso no es bueno para mí, ¿qué me va a responder? Si me dice que no vaya, ¿no lo condenaría en el pensamiento?». El anciano dijo: «Puede tener esta sutileza; si el movimiento contiene pasión, se daña a sí mismo y su palabra no tiene poder. ¿Entonces qué? Aquel que dice: No lo sé, se libera a sí mismo. Y, si está libre de pasión, no condena a nadie, sino que se acusa a sí mismo, diciendo: En verdad, conmigo tampoco se puede vivir, y tal vez esto no te convenga. Entonces, si el preguntón es prudente, no irá, pues el anciano no habló por malicia, sino para no aumentar el mal».

[4] El sentido y el alcance de esta pieza y de la siguiente exigen alguna «sutileza». Parece que estos son ejercicios del tipo «caso de conciencia». La traducción es en parte conjetural. Se encuentran estos dos apotegmas en la compilación armenia (CSCO 361,223s) y en la siríaca. Nótese que no están presentes en el ms. H, el más desarrollado del estado *C* de la colección, y que, en la serie de los anónimos, están en la sección quinta, la más tardía.

Capítulo X

DEL DISCERNIMIENTO

1. Abba Antonio dijo: «Hay algunos que arruinaron sus cuerpos con la ascesis, y porque les faltó discernimiento, se alejaron de Dios».

2. Unos hermanos fueron adonde estaba abba Antonio, para comunicarle las visiones que tenían, y para aprender de él si eran verdaderas o procedían de los demonios. Tenían un asno, que había muerto en el camino. Cuando llegaron a la presencia del anciano, anticipándose, este les dijo: «¿Por qué murió el pequeño asno en el camino?». Le dijeron: «¿Cómo lo sabes, abba?». Les respondió: «Me lo mostraron los demonios». Le dijeron: «Por eso veníamos nosotros a preguntar, porque vemos visiones y muchas de ellas son veraces, y no queremos equivocarnos». Los convenció el anciano con el ejemplo del asno, que esas visiones procedían de los demonios.

3. Un hombre que estaba cazando animales salvajes en el desierto, vio a abba Antonio que se recreaba con los hermanos y se escandalizó. Deseando mostrarle el anciano que es necesario a veces condescender con los hermanos, le dijo: «Pon una flecha en tu arco y estíralo». Y así lo hizo. Le dijo: «Estíralo más». Y lo estiró. Le dijo nuevamente; «Estíralo». Le respondió el cazador: «Si estiro más de la medida, se romperá el arco». Le dijo el anciano: «Pues así es también en la obra de Dios: si exigimos de los hermanos más de la medida, se romperán pronto. Es preciso, pues, de vez en cuando, condescender con las necesidades de los hermanos». Vio estas cosas el cazador y se llenó de compun-

ción. Se retiró muy edificado por el anciano. Los hermanos regresaron también, fortalecidos, a sus lugares[1].

4. Dijo un hermano a abba Antonio: «Ruega por mí». Y le dijo el anciano: «No tendré misericordia de ti, ni la tendrá Dios, si tú mismo no tienes compasión de ti y no buscas complacerlo»[2].

5. Abba Antonio dijo también: «Dios no permite que esta generación sea atacada como la de los antiguos, pues sabe que es débil y no puede resistir».

6. Un hermano preguntó a abba Arsenio diciendo: «¿Por qué hay hombres buenos que, en la hora de su muerte, caen en una gran aflicción, golpeados en sus cuerpos?». Y el anciano respondió: «Es porque ellos son aquí en la tierra como sal en la sal [cf. Mc 9,49s], y deben ir allí purificados».

7. Un anciano[3] dijo al bienaventurado Arsenio: «¿Cómo es que nosotros no tenemos nada, con toda nuestra educación y sabiduría, mientras que estos campesinos y egipcios adquieren tantas virtudes?». Le respondió abba Arsenio: «Nosotros no sacamos nada de nuestra educación secular, pero estos campesinos y egipcios adquieren las virtudes por sus trabajos».

8. Decía el bienaventurado Arsenio, que el monje peregrino en una región extranjera no debe inmiscuirse en nada, y así tendrá el descanso.

[1] Este tema, que ya se encuentra en Fedro *(Cito rumpes arcum Semper si tensum habueris...)*, ha sido muy empleado por la tradición cristiana, en particular: CASIANO, *Conferencias* XXIV, 21, que la atribuye al evangelista Juan; GREGORIO EL GRANDE, *Moralia in Job*, 28, 11 (PL 76,465); GRIMLAICUS, *Regula solitarium* 60 (PL 103,652 A); TOMÁS DE AQUINO, *Summa th.*, II-II, q.168, a.2; SANTIAGO DE LA VORÁGINE, *Legenda aurea*, que reproduce Casiano; IGNACIO DE LOYOLA, *Epist.* 169 (MHSI, Epp. Ign. I, 499); etc.

[2] El final de este apotegma se presenta de forma diferente en la versión latina *l*, que confirma la colección alfabética: «No tendré misericordia de ti, ni la tendrá Dios, si tú mismo no te esfuerzas y pides a Dios».

[3] La identificación de este anciano con Evagrio es poco verosímil, puesto que él murió en el 399, y Arsenio no comienza su renunciamiento hasta el 394 (cf. *Introducción*, p.LIX-LXI).

9. Preguntó abba Macario a abba Arsenio: «¿Es bueno no tener consolación en la celda? Porque vi un hermano que tenía unas legumbres y las estaba arrancando». Le respondió abba Arsenio: «Es bueno, pero según las fuerzas del hombre. Porque si no tiene fuerza para semejante práctica, pronto plantará otras»[4].

10. Decía abba Daniel: «Cuando estaba abba Arsenio a punto de morir, nos mandó decir: "No se preocupen en hacer un ágape por mí, porque si he hecho caridad (ágape) por mí, la volveré a encontrar"»[5].

11. Abba Lot contó: «Estaba yo en una ocasión en la celda de abba Agatón, y vino a él un hermano diciendo: "Quiero habitar con los hermanos; dime cómo he de vivir con ellos". El anciano le dijo: "Guarda durante todos los días de tu vida la condición de extranjero, como en el primer día que ingresaste, para no entrar en confianza con ellos". Le preguntó abba Macario: "¿Qué produce la confianza?". Respondió el anciano: "La confianza es semejante a un gran calor, del que todos huyen cuando lo encuentran, y que corrompe los frutos de los árboles". Abba Macario le dijo: "¿Tan dañina es la confianza?". Dijo abba Agatón: "No hay pasión más perjudicial que la confianza, porque ella engendra las demás pasiones. Conviene, por tanto, al hombre esforzado no tener confianza, aunque esté solo en su celda"».

12. Se decía de abba Agatón que fueron a verlo algunos que habían oído acerca de su gran discreción. Para probar si se airaba, le dijeron: «¿Eres tú Agatón? Hemos oído que eras fornicador y soberbio». Respondió: «Sí, así es». Le dijeron: «Eres tú Agatón el charlatán?». Respondió: «Yo soy». Todavía le dijeron: «¿Eres tú Agatón el hereje?».

[4] Compárese con X, 66 (Pastor) que aborda la cuestión de la misma manera.

[5] Juega con ἀγάπη, que significa aquí caridad y comida funeraria hecha en común.

Respondió: «No soy hereje». Le rogaban entonces, diciendo: «Dinos, ¿por qué, habiéndote llamado tantas cosas, lo toleraste, pero no aceptaste esto último?». Les respondió: «Aquello me lo atribuyo, porque aprovecha a mi alma, pero la herejía es separación de Dios, y yo no quiero alejarme de Dios». Al oír estas palabras admiraron su discreción y se alejaron edificados.

13. Preguntaron a abba Agatón qué es lo más importante: el trabajo corporal o la custodia interior. Dijo el anciano: «El hombre se parece a un árbol; el trabajo corporal son las hojas, la custodia interior el fruto. Según la Escritura *todo árbol que no produce fruto será cortado y echado al fuego* [Mt 7,19], por lo que es claro que todo nuestro esfuerzo se refiere al fruto, es decir, a la custodia del alma. También tenemos necesidad de la protección y el adorno de las hojas, que son el trabajo corporal».

14. Abba Agatón era sabio en el espíritu y dispuesto en el cuerpo, se bastaba para todo: para el trabajo manual, para el alimento y el vestido.

15. Hubo en Scitia una reunión para tratar acerca de un asunto. Cuando ya habían tomado una decisión, llegó Agatón y les dijo: «No han decidido correctamente». Ellos replicaron: «¿Quién eres tú para hablar así?». Les respondió: «*Si en verdad hablan de justicia, juzguen rectamente, hijos de hombres* [Sal 57,2]».

16. Abba Agatón dijo: «Aunque el iracundo resucitase a un muerto, no es agradable a Dios».

17. Preguntaron a abba Atanasio: «¿Cómo es el Hijo igual al Padre?». Y él respondió: «Como en los dos ojos una es la vista».

18. Tres ancianos fueron a visitar a abba Aquiles, y uno de ellos tenía mala reputación. Uno de los ancianos le dijo: «Abba, hazme una red». Le respondió: «No lo haré». Otro le dijo: «Hazlo, por caridad, para que tengamos un recuerdo tuyo en el monasterio». Respondió: «No tengo tiempo». El

tercero, el que tenía mala reputación, dijo: «Hazme una red, para tener algo salido de tus manos, abba». Le respondió enseguida, diciendo: «La haré para ti». Los otros dos ancianos le dijeron aparte: «¿Por qué cuando te lo pedimos nosotros no quisiste hacerlo, y a este le dices: "La haré para ti"?». El anciano respondió: «Les dije: "No lo haré, y no se entristezcan", pensando que no tendría tiempo; pero si no lo hiciera para este otro, diría: "Es porque el anciano ha oído hablar de mi falta que no quiere hacerlo". Enseguida cortamos la cuerda. Desperté su alma, para que no la consumiese la tristeza [cf. 2 Cor 2,7]».

19. Contaban acerca de un anciano que había pasado cincuenta años sin comer pan ni beber vino fácilmente, y que decía: «He matado a la fornicación, a la avaricia y a la vanagloria». Al oír que hablaba de este modo, fue abba Abrahán a verlo y le dijo: «¿Dijiste tú tales cosas?». Respondió: «Sí». Abba Abrahán le dijo: «Mira, si entras en tu celda y encuentras una mujer sobre tu lecho, ¿puedes acaso pensar que no es una mujer?». Respondió: «No, pero lucharé contra mi pensamiento, para no tocarla». Le dijo abba Abrahán: «Entonces, no has matado la fornicación, sino que todavía vive en ti la pasión, pero está atada. Imagina también que pasando ves oro entre piedras y ladrillos, ¿puede tu pensamiento considerarlo como si tuviesen el mismo valor?». Respondió: «No, pero lucharé contra el pensamiento, para no recogerlo». El anciano le dijo: «Vive la pasión, pero está atada. Si oyes de dos hermanos, que el uno te ama y el otro te odia y habla mal de ti, y sucede que vienen ambos a verte, ¿recibirás a los dos del mismo modo?». Dijo: «No, pero lucharé contra mi pensamiento para obrar bien, tanto con el que me odia como con el que me ama». Le dijo abba Abrahán: «Viven entonces las pasiones, y son solamente sojuzgadas por los santos».

20. Contaba uno de los Padres que había un anciano en Las Celdas que era esforzado y llevaba, solamente, una

estera. Fue a ver a abba Ammonas. Vio este al anciano llevando la estera y le dijo: «Esto no te sirve de nada». Le preguntó el anciano: «Tres pensamientos me molestan: vagar por los desiertos, irme al extranjero donde nadie me conozca, o encerrarme en una celda sin recibir a nadie y comiendo cada dos días». Le respondió abba Ammonas: «No te conviene realizar ninguna de estas tres cosas. Mejor, permanece en tu celda, come un poco cada día y lleva siempre la palabra del publicano [cf. Lc 18,13] en tu corazón. De este modo te salvarás».

21. Decían acerca de abba Daniel que, cuando llegaron los bárbaros a Scitia, huyeron los Padres, y dijo el anciano: «Si Dios no me protege, ¿para quién vivo?». Y pasó en medio de los bárbaros, que no lo vieron. Se dijo entonces: «Dios me ha protegido y no he muerto. Haz tú también lo de los hombres y huye como los Padres».

22. Abba Daniel dijo: «Cuanto el cuerpo se fortalece, se debilita el alma, y cuanto disminuye el cuerpo, se fortalece el alma».

23. Contaba abba Daniel: «Cuando estaba abba Arsenio en Scitia había allí un monje que robaba los objetos que poseían los ancianos. Abba Arsenio lo tomó en su celda, deseando ganárselo y dar tranquilidad a los ancianos, y le dijo: "Te daré lo que quieras, pero no robes". Le dio oro, dinero, vestidos, y todo lo que necesitaba. Pero él salía y seguía robando. Los ancianos, entonces, viendo que no se aquietaba, lo expulsaron, diciendo: "Si un hermano tiene la enfermedad del pecado, es necesario soportarlo, pero si roba, expúlsenlo, porque perjudica a su alma y molesta a todos lo que están en ese lugar"».

24. Un hermano fue a donde un anciano y le dijo: «Abba, dime una palabra para que me salve». Le respondió: «Si quieres salvarte, cuando encuentres a alguien no te adelantes a hablarle antes que él te pregunte». Él, lleno de compunción por esta palabra, hizo una metanía y dijo:

«¡Aunque he leído muchos libros, no conocía todavía esta enseñanza!». Y, ayudado así, se fue.

25. Un anciano dijo: «El espíritu inestable es fijado por la lectura, la vigilia y la oración; una concupiscencia ardiente es extinguida por el hambre, la pena y la ascesis; la cólera es calmada por la salmodia, la paciencia y la piedad, si esto se hace en el tiempo y en la medida convenientes. Porque la que es desproporcionada y a contratiempo no dura mucho, y es más perjudicial que útil»[6].

26. Un día que Efrén iba por el camino, vino una meretriz a persuadirlo con sus halagos a un torpe comercio, o al menos, a provocarlo a ira, porque nadie le había visto airado. Él le dijo: «Sígueme». Y cuando hubieron llegado a un lugar frecuentado, le dijo: «Ven, en este lugar será lo que deseas». Ella, al ver a la multitud, dijo: «¿Cómo podremos hacerlo sin vergüenza en presencia de esta multitud?». Él respondió: «Si tenemos vergüenza de los hombres, cuánto más debemos avergonzarnos de Dios, que conoce lo oculto de las tinieblas». Ella, confundida, se retiró sin hacer nada.

27. Unos hermanos fueron a ver a abba Zenón y le preguntaron: «¿Qué quiere decir lo que está escrito en el libro de Job: *El cielo no es puro en su presencia* [Job 15,15]?». El anciano respondió: «Los hermanos han descuidado sus pecados y preguntan acerca del cielo. Esta es la explicación de la palabra: sólo Él es puro, por eso dice: *El cielo no es puro*».

28. Abba Isaías dijo: «La simplicidad y no medirse a sí mismo, purifica los malos pensamientos».

29. Dijo también: «Aquel que camina con su hermano en la traición, no escapará a la pena del corazón».

30. Dijo también: «Aquel que, con malicia, dice una cosa y tiene otra en su corazón, vana es su religión

[6] Tomado de modo anónimo de EVAGRIO, *Tratado práctico* 15: PG 40,1224 A.

[cf. Sant 1,26]; no te apegues a un tal hombre para que no te contamine con su veneno impuro.

31. Dijo también: «La ganancia, el honor y el descanso combaten al hombre hasta la muerte, pero él no debe consentir».

32. Abba Teodoro de Fermo dijo: «Si tienes amistad con alguien, y este cae en la tentación de la impureza, si puedes darle una mano, levántalo. Pero si cae en la herejía, y no puedes convencerlo de que se convierta [cf. Tit 3,10], apártalo enseguida de ti, no sea que, por la demora, seas atraído con él hacia el abismo».

33. El mismo abba Teodoro fue donde abba Juan, el eunuco de nacimiento, y hablando con él dijo: «Cuando estaba en Scitia, el trabajo del alma era nuestra ocupación, y al trabajo manual lo teníamos como algo accesorio; ahora es el trabajo del alma el que se ha vuelto accesorio, y el que era accesorio antes, es ahora nuestra ocupación principal».

34. Uno de los ancianos vino para ver a abba Teodoro, y le dijo: «El hermano tal volvió al mundo». Le respondió el anciano: «¿Te admiras por ello? No te asombres sino de que uno pueda huir de la boca del enemigo».

35. Abba Teodoro dijo: «Muchos en este tiempo han tomado la quietud antes de que Dios se la otorgase».

36. Contaban de abba Juan Colobos que una vez dijo a su hermano mayor: «Quiero vivir sin preocupación alguna, como los ángeles que no tienen preocupación y no trabajan, sino que dan culto a Dios ininterrumpidamente». Quitándose el manto, partió al desierto. Después de una semana regresó a donde estaba su hermano. Cuando llamó a la puerta, su hermano lo reconoció antes de abrirle, y le dijo: «¿Quién eres tú?». Respondió: «Soy Juan, tu hermano». Pero él dijo: «Juan se ha convertido en ángel, y no está ya entre los hombres». Pero él rogaba diciendo: «Soy yo». Pero no le abrió, sino que lo dejó padeciendo hasta la mañana. Al fin le abrió y le dijo: «Eres hombre, y tiene ne-

cesidad de trabajar para alimentarte». Hizo una metanía, diciendo: «Perdóname».

37. Unos ancianos se recreaban en Scitia, comiendo juntos, y se encontraba con ellos abba Juan. Se levantó un presbítero venerable para dar de beber, pero ninguno quiso recibirlo de él, más que Juan Colobos. Se asombraron y le dijeron: «¿Cómo tú, que eres el más pequeño de todos, aceptas ser servido por el presbítero?». Y les respondió: «Cuando yo me levanto para servir la bebida, me alegra que todos tomen, para poder recibir yo el premio. Por eso lo acepté, para que él reciba el premio, y no se entristezca porque nadie recibió de él». Y se admiraron de lo que había dicho y sacaron provecho de su discreción.

38. Abba Pastor preguntó a abba José: «¿Qué debo hacer cuando se acercan las pasiones? ¿Las resisto o las dejo entrar?». Respondió el anciano: «Déjalas entrar, y pelea contra ellas». Regresó a Scitia y permanecía en su celda. Llegó a Scitia un tebano y dijo a los hermanos: «Pregunté a abba José: "¿Si se me acercan las pasiones, debo resistir o permitirles entrar?". Y me respondió: "No dejes entrar a las pasiones, sino córtalas enseguida"». Oyó abba Pastor que abba José había hablado de esta manera el tebano y, levantándose, fue hasta donde él estaba, en Panefo, y le dijo: «Abba, yo te confiado mis pensamientos, y has respondido diversamente al tebano y a mí». Le dijo el anciano: «¿No sabes que te quiero?». Y respondió: «Sí». El anciano le dijo: «Si entran las pasiones y luchas contra ellas, dando y recibiendo, te harán más probado. Yo te hablé como si hablase a mí mismo. Pero hay otros a los que no le conviene acercarse a las pasiones, sino que es necesario que las alejen rápidamente».

39. Un hermano fue un día a Heraclea de abajo, donde estaba abba José. Tenía en su monasterio una morera llena de frutos; y por la mañana, el anciano dijo al hermano: «Ve, come de las moras». Pero como era viernes, el hermano no fue a causa del ayuno. Más tarde, le dijo al anciano: «Por

Dios, explícame este pensamiento: tú me dices: "Ve, come", pero yo no fui porque era ayuno; pero tu mandamiento me avergüenza, pensando: ¿Por qué razón el anciano me dijo eso? ¿Qué debía hacer, ya que me ordenaste comer?». Le contestó: «Los Padres no dicen al principio a los hermanos lo recto, sino lo ambiguo. Si los ven hacer el mal, no les hablan ya de lo ambiguo, sino que les dicen la verdad, puesto que saben que serán obedientes en todo».

40. Un hermano preguntó a abba José: «¿Qué debo hacer, porque no puedo soportar los males ni trabajar para hacer caridad?». El anciano respondió: «Si no puedes hacer esto ni aquello, al menos guarda tu conciencia de todo mal para con tu prójimo, y serás salvado».

41. Abba Isidoro dijo: «Si se esfuerzan regularmente en el ayuno, no se ensoberbezcan. Es preferible comer carne a gloriarse en no hacerlo. Conviene más al hombre comer carne, que ensoberbecerse y gloriarse».

42. Dijo también: «Es necesario que los discípulos amen a sus maestros como a padres, y los teman como a jefes, y no pierdan el temor a causa del amor, ni oscurezcan el amor a causa del temor».

43. Dijo también: «Si deseas la salvación, haz todo lo que te conduce a ella».

44. Abba Isaac, el tebano, dijo a los hermanos: «No traigáis a los niños aquí, pues cuatro iglesias de Scitia fueron convertidas en desierto a causa de los niños».

45. Abba Longinos interrogó a abba Lucio acerca de tres pensamientos, diciendo: «Quiero peregrinar». El anciano le dijo: «Si no dominas tu lengua, no serás peregrino, dondequiera que vayas. Domina aquí tu lengua y serás peregrino». Le dijo también: «Quiero ayunar». Respondió el anciano: «Dijo el profeta Isaías: *Aunque dobles tu cuello como un lazo y un junco, no es el ayuno que yo acepto* [Is 58,5]. Domina más bien tus malos pensamientos». En tercer lugar, le dijo: «Quiero apartarme de los hombres». El anciano res-

pondió: «Si no vives rectamente con los hombres, no podrás vivir rectamente en la soledad».

46. Abba Macario fue donde estaba abba Pacomio, de los tabenesiotas. Pacomio le preguntó: «Cuando los hermanos no cumplen la regla, ¿es bueno corregirlos?». Le respondió abba Macario: «Corrígelos y juzga justamente lo que está ante ti, pero nada juzgues fuera de ello. Porque está escrito: ¿Acaso no juzgan lo que es visible? Pero lo interno lo juzga Dios [1 Cor 5,12s]».

47. Un hermano preguntó a abba Macario: «¿Cómo me puedo salvar?». El anciano respondió: «Hazte el muerto: no valores ni el desdén de los hombres, ni la gloria, como los muertos, y serás salvado».

48. Dijo abba Macario: «Si recordamos los males que nos infligen los hombres, borramos el poder del recuerdo de Dios. Si recordamos los males de los demonios, seremos invulnerables».

49. Abba Matoés dijo: «Satanás no sabe por qué vicio ha de sucumbir el alma. Siembra, pero no sabe si recogerá. Siembra pensamientos de fornicación, de detracción, y así las demás pasiones. Y a la pasión a la que ve inclinarse el alma, a esa alimenta».

50. Contaban acerca de abba Netras, discípulo de abba Silvano, que cuando vivía en su celda del monte Sinaí, obraba moderadamente en lo que se refería a la necesidad del cuerpo. Cuando lo hicieron obispo de Farán, se obligó a sí mismo a una gran dureza. Y su discípulo le dijo: «Abba, cuando estábamos en el desierto, no vivías tan ascéticamente». Y el anciano le respondió: «Es que era el desierto, y había tranquilidad y pobreza, y quería atender al cuerpo de manera que no enfermase y no buscase lo que no tenía. Pero ahora es el mundo, y hay ocasiones; y si aquí enfermase, hay quien me asista sin perder al monje».

51. Un hermano dijo a abba Pastor: «Estoy en problemas y quiero dejar mi monasterio». El anciano le dijo:

«¿Por qué motivo?». El hermano respondió: «Porque oigo hablar de un hermano de una forma que no me beneficia». El anciano le dijo: «Lo que has oído no es cierto». El hermano dijo: «Sí, Padre, porque el hermano que me lo ha dicho es digno de fe». El anciano dijo: «Él no es digno de fe; porque si fuese digno de fe, no te habría dicho eso. En efecto, si Dios no creía lo que escuchaba de los habitantes de Sodoma sin verlo con sus ojos [cf. Gén 18,21], nosotros tampoco debemos creer jamás lo que nos es dicho». El hermano dijo: «Yo también lo he visto con mis ojos». Al oír esto, el anciano miró hacia abajo y, cogiendo una ramita, le dijo: «¿Qué es esto?». El hermano dijo: «Una ramita». Luego, mirando al techo de la celda, el anciano dijo: «¿Qué es eso?». El hermano dijo: «Una viga». El anciano dijo: «Métete en el corazón que tus pecados son como esta viga, y los de tu hermano como esta pequeña ramita [cf. Mt 7,3]». Y abba Titoés se quedó maravillado escuchando esto, y dijo: «¿Cómo te bendeciré, abba Pastor, Padre precioso? Tus palabras están llenas de alegría y de brillo».

52. Abba Pastor dijo: «Prefiero al hombre pecador, que sabe que ha pecado y hace penitencia, al hombre que no pecó, y se tiene a sí mismo por justo. Porque el primero se tiene a si mismo por pecador y se humilla en el pensamiento, mientras que el otro se tiene por justo, porque lo es, y se vanagloria».

53. Los presbíteros de la región fueron una vez a los monasterios donde estaba abba Pastor. Entró abba Anub y le dijo: «Invitemos hoy a los presbíteros». Aunque estuvo mucho tiempo de pie, abba Pastor no le dio respuesta, y salió triste. Le dijeron los que estaba cerca suyo: «Abba, ¿por qué no respondiste?». Les dijo abba Pastor: «No tengo nada que ver con esto: estoy muerto, y el muerto no habla. Por tanto, no hace falta que consideren que estoy aquí con ellos».

54. Un hermano de los que estaban cerca de abba Pastor, fue al extranjero y encontró cierto anacoreta, que era

caritativo y muchos acudían a él. El hermano le habló de abba Pastor. Y al oír su virtud, quiso ir a verlo. Cuando el hermano hubo regresado a Egipto, después de un tiempo se levantó el anacoreta, y fue adonde el hermano de Egipto que había recibido, puesto que le había indicado dónde vivía. Al verlo se asombró y se alegró mucho. El anacoreta dijo: «Hazme la caridad, llévame adonde se encuentra abba Pastor». Lo llevó hasta donde estaba el anciano y se lo presentó en estos términos: «Es un gran hombre, que tiene mucha caridad y es muy honrado en su región. Le hablé de ti y ha venido con el deseo de verte». Lo recibió con alegría y después de saludarse se sentaron. Comenzó el extranjero a hablar de la Escritura, acerca de cosas espirituales y celestiales. Abba Pastor volvió su rostro y no le respondió. Viendo que no hablaba con él, se retiró entristecido y dijo al hermano que lo había llevado: «Inútilmente he hecho este viaje, fui donde el anciano y no ha querido hablar conmigo». Entró el hermano en la celda de abba Pastor y le dijo: «Abba, por ti ha venido este gran hombre, que tiene tanta gloria en su región, ¿por qué no le has hablado?». Y le respondió el anciano: «Él es de las alturas y habla de cosas espirituales, yo nada sé de ellas; pero si me habla de las pasiones del alma, le responderé». Saliendo de allí, el hermano le dijo: «El anciano no habla fácilmente de la Escritura, pero si alguien le habla de las pasiones del alma, le responde». Él, arrepentido, fue adonde estaba el anciano y le dijo: «¿Qué haré, abba, porque me domina la pasión del alma?». Y el anciano le respondió con alegría, diciendo: «Ahora vienes bien, abre tu boca para estas cosas y la llenaré de bienes». Él, muy edificado, dijo: «Este es el verdadero camino». Y dando gracias a Dios por haber merecido encontrar un santo semejante, se volvió a su región.

55. Abba Pastor dijo: «¿De qué sirve edificar la casa de otro y destruir la propia?».

56. Dijo también: «¿De qué sirve darse a un oficio y no aprenderlo?».

57. Un hermano dijo a abba Pastor: «He cometido un gran pecado y quiero hacer penitencia durante tres años». El anciano le respondió: «Es demasiado». El hermano le dijo: «¿Y durante un año?». El anciano volvió a decirle: «Es demasiado». Los que se hallaban presentes dijeron: «¿Y durante cuarenta días?». Volvió a decirles: «Es demasiado». Y agregó: «Por mi parte digo que, si un hombre se arrepiente de todo corazón y no vuelve a pecar, Dios lo recibe en tres días».

58. Abba Anub interrogó a abba Pastor acerca de los pensamientos impuros que engendra el corazón del hombre y acerca de los vanos deseos. Abba Pastor le dijo: «¿Se gloriará acaso el hacha sin aquel que corta con ella? [Is 10,15]. También tú: no les extiendas la mano y estarán ociosos».

59. Abba Isaías interrogó sobre lo mismo a abba Pastor, quien contestó: «Así como se corrompen con el tiempo los vestidos que se dejan olvidados en un arca, también los pensamientos, si no los ponemos corporalmente en práctica, se corrompen, es decir, desaparecen».

60. Abba José preguntó acerca del mismo pensamiento, y abba Pastor le respondió: «Si alguien arroja una serpiente y un escorpión dentro de una vasija y la cierra, con el tiempo ellos desaparecerán por completo. Lo mismo sucede con los malos pensamientos sugeridos por los demonios: desaparecen por la paciencia».

61. El mismo preguntó también: «¿Cómo conviene ayunar?». Abba Pastor le respondió: «Por mi parte, prefiero a aquel que come un poco cada día para no saciarse». Abba José le dijo: «Cuando eras más joven, ¿acaso no ayunabas durante dos días seguidos, abba?». Respondió el anciano: «Sí, y aún durante tres, cuatro y toda una semana. Los Padres, hombres resistentes, probaron todas estas cosas y hallaron preferible comer todos los días una cantidad pequeña; y nos legaron un camino real, que es confortable».

62. Un hermano lo interrogó diciendo: «Si un hombre está envuelto en algún pecado, y se convierte, ¿es perdonado

por Dios?». El anciano le dijo: «¿Acaso Dios, que manda obrar así a los hombres, no lo hará aún más? Él ordenó a Pedro perdonar hasta setenta veces siete [Mt 18,22]».

63. Contaban acerca de un hermano, que sufría la tentación de la blasfemia, y le daba vergüenza decirlo. Donde oía que había grandes ancianos, iba a verlos, para exponerla a ellos, pero cuando llegaba, tenía vergüenza de confesarlo. Muchas veces fue a ver a abba Pastor. Y el anciano veía que tenía tentaciones, y se afligía porque el hermano no lo manifestaba. Un día le dijo: «Desde hace tanto tiempo vienes hasta aquí para decirme tus pensamientos, y cuando llegas no los quieres decir, sino que te vuelves afligido, como has venido. Dime, hijo, lo que tienes». Él respondió: «El demonio me empuja a la blasfemia contra Dios, y me avergüenza decirlo». Cuando lo hubo dicho, sintió un alivio. Y el anciano le dijo: «No te aflijas, hijo; cada vez que llega a ti la tentación, di: "No tengo culpa en esto; tu blasfemia sea sobre ti, Satanás. Mi alma no lo quiere". Lo que el alma no quiere, dura poco». Y el hermano se marchó curado.

64. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: «¿Qué haré con el peso que me oprime?». El anciano le dijo: «Los barcos pequeños y grandes tienen cables como cinturones para que, si el viento no les es favorable, los aten a los pechos de los marineros para guiar con lentitud la nave, hasta que Dios envía el viento. Pero si notan que está cayendo la oscuridad, entonces echan las anclas para que la nave no vaya a la deriva».

65. Abba Pastor dijo: «No vivas en un lugar donde veas que alguien tiene envidia de ti, porque si no lo haces así, no progresarás».

66. Un hermano vino a ver a abba Pastor y le dijo: «Siembro mi campo y hago caridad con ello». El anciano le dijo: «Haces bien», y aquel partió con fervor e intensificó la caridad. Abba Anub, al escuchar esto, le dijo: «¿No temes a Dios, que le has hablado así al hermano?». El anciano

guardó silencio. Dos días más tarde, abba Pastor vio llegar al hermano y le dijo, en presencia de abba Anub: «¿Qué me dijiste el otro día? Puesto que tenía la mente en otra parte». El hermano respondió: «Te dije que siembro mi campo y hago caridad con ello». Abba Pastor le dijo: «Pensé que te referías a tu hermano que vive en el mundo. Pero si eres tú quien obra así, ello no es propio de un monje». Al escuchar esto, aquel se entristeció y dijo: «No sé hacer ningún otro trabajo fuera de este, y no puedo dejar de sembrar mi campo». Cuando se hubo marchado, abba Anub hizo una metanía y dijo: «Perdóname». Abba Pastor le dijo: «Yo sabía también, desde el comienzo, que ese no era trabajo propio de un monje, pero le hablé conforme a sus ideas y le di aliento para que aumentara su caridad. Pero ahora se ha marchado triste y obrará nuevamente como antes».

67. Un hermano preguntó a abba Pastor: «¿Qué es airarse vanamente contra un hermano? [cf. Mt 5,22]». Le respondió: «Si te aíras contra tu hermano por cualquier ofensa con que te injuria, te enojas sin causa. Aunque te arranque el ojo derecho y te corte la mano derecha, si te enojas, te enojas vanamente. Pero si se aparta de Dios, entonces sí, aírate».

68. Abba Pastor dijo: «Si un hombre ha pecado y lo niega, diciendo: "No pequé", no lo reprendas, porque tal vez de ese modo lo desanimas. Pero si le dices: "No te desanimes, hermano, pero cuídate de ahora en adelante", excitas su alma a la penitencia».

69. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: «Quiero ingresar en el cenobio y vivir en él». El anciano le dijo: «Si quieres ingresar en el cenobio, pero no dejas de hablar y de preocuparte por las cosas, no podrás hacer el trabajo del monasterio; porque no tendrás poder ni siquiera sobre una vasija».

70. Un hermano preguntó a abba Pastor: «¿Por qué los demonios persuaden a mi alma para que permanezca

con el que me es superior y me hacen despreciar al que me es inferior?». El anciano le respondió: «Por eso dice el Apóstol: *En una casa grande no hay solamente vasos de oro y de plata, sino también de madera y de arcilla. Si alguien se purifica de todo eso, será un vaso útil para el honor del Señor, que se halla preparado para toda obra buena* [2 Tim 2,20s]».

71. Dijo también: «La experiencia es una cosa buena, porque ella hace al hombre paciente».

72. Dijo también: «Un hombre que enseña y no pone en práctica las cosas que enseña, es semejante a una fuente que abreva y lava a todo el mundo, pero que no puede purificarse a sí misma».

73. Abba Siderios fue un día con su discípulo Isaac a casa de abba Pastor y le dijo: «¿Qué debo hacer con el que escucha de buena gana lo que le digo?». Abba Pastor le dijo: «Si quieres ser útil para él, muéstrale también en obra la virtud; porque aplicándose la palabra, queda sin obra; pero lo que le muestras obrando, se le quedará».

74. Dijo abba Pastor: «El cenobio exige tres prácticas: la humildad es una, otra la obediencia, y la tercera que es ponerse en movimiento, teniendo como aguijón el trabajo del cenobio».

75. Dijo también[7]: «Hay un hombre que parece callar, pero que condena a otros en su corazón; ese tal habla constantemente. En cambio, hay otro que habla de la mañana a la noche, y sin embargo guarda silencio; es decir, no dice nada que no sea nada de provecho».

76. Dijo también: «Si se encuentran tres hermanos, de los cuales uno guarda la paz interior con perfección, el otro da gracias a Dios en la enfermedad y el tercero sirve a otros con un corazón puro, los tres están obrando lo mismo».

[7] La versión latina de Pelagio y Juan introduce esta pieza con la siguiente frase: *Est homo qui seipsum agnoscit* (PL 73,921), que trae también la colección «sabaíta» *(Recherches,* 221-230), p. ej. *Paris grec 1598,* fol. 70v.

77. Dijo también: «De ningún modo la malicia extingue la malicia; pero si alguien te hace daño, hazle el bien. Porque por el bien hecho destruyes la malicia».

78. Dijo también: «El monje no se queja, el monje no se desquita, el monje no es colérico».

79. Dijo también: «La fuerza de Dios no habita en el hombre que es esclavo de las pasiones».

80. Dijo también: «Si permanecemos en el reposo, la gracia de Dios nos huirá; pero si lo huimos, ella nos acompañará».

81. Un hermano fue donde estaba abba Pastor y le dijo: «Abba, tengo innumerables pensamientos y ellos me ponen en peligro». El anciano lo llevó fuera y le dijo: «Llena tu pecho y retén el aire». Pero aquel le dijo: «No puedo». El anciano le dijo: «Si no puedes hacer esto, tampoco puedes impedir que lleguen a ti los pensamientos, pero el resistirlos depende de ti».

82. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: «Me han dejado una herencia, ¿qué he de hacer con ella?». El anciano le dijo: «Vete, y vuelve dentro de tres días, que te lo diré». Cuando volvió conforme a lo que se le había mandado, el anciano le habló así: «¿Qué puedo decirte, hermano? Si te digo "dalo a la iglesia", harán banquetes con ella; si te digo "dalo a tus parientes" no te servirá de provecho alguno; si te digo "dalo a los pobres" [cf. Mt 19,21], no lo harás. Haz, pues, lo que quieras, que no es asunto mío».

83. Abba Pastor dijo también: «Si te viniese un pensamiento acerca de las cosas que son necesarias al cuerpo, ponlo en orden por primera vez; si viene nuevamente, ponlo en orden por segunda vez; pero si viene por tercera vez, ya no le prestes atención porque ello es inútil».

84. Un hermano preguntó a abba Pastor sobre las pasiones corporales. Él le dijo: «Ellas son las cantantes de la estatua de Nabucodonosor; en efecto, si los músicos no hu-

biesen tocado la sambuca para la gente, ellos no se habrían postrado ante la estatua [cf. Dan 3,7]. Así, el enemigo encanta el alma con las pasiones corporales»[8].

85. Dijo también que abba Teonás decía: «Aunque uno adquiera la virtud, Dios no le concede la gracia para él solo. Él sabía que el hombre no era fiel en su propio trabajo, pero que, si iba hacia su compañero, Dios estaría con él».

86. Otro hermano preguntó al mismo abba Pastor diciendo: «Si veo alguna cosa, ¿quieres que te lo diga?». El anciano le respondió: «Está escrito: *Aquel que responde antes de escuchar, acarrea necedad y deshonra sobre sí* [Prov 18,13]. Si has sido interrogado, habla; pero si no, guarda silencio».

87. El mismo hermano interrogó a abba Pastor acerca de la acedía. El anciano le dijo: «La acedía combate toda buena obra, y conduce a los hombres a la negligencia. Pero si el hombre la conoce por lo que ella es, encuentra reposo».

88. Abba Pastor dijo también: «Un hombre puede pasar todo el tiempo de su vida llevando el hacha, y no encontrar el modo de derribar el árbol. En cambio, un talador experimentado derriba el árbol con pocos golpes». Él decía que el hacha era el discernimiento.

89. Dijo también: «La voluntad del hombre es un muro de bronce [cf. Jer 1,18] entre él y Dios. Por eso, si el hombre la abandona, se dice a sí mismo: *En mi Dios atravieso el muro* [Sal 17,30]. Si la justicia concuerda con la voluntad, el hombre se esfuerza».

90. Un hermano preguntó a abba Pastor: «Pierdo mi alma por vivir con mi abba». Y el anciano, viendo que aquello era dañino, se sorprendió, sin embargo, de que siguiese viviendo allí, y le dijo: «Si lo deseas, quédate». Y él volvió a vivir allí. Entonces él volvió otra vez a decirle al anciano: «Aquello que hace daño a mi alma es estar pendiente

[8] Presente sólo en el manuscrito H, esta pieza se encuentra en la IX sección de la serie de los anónimos (N 661 o J 693). N añade al final: εἰ ἄρα ἀπατήσειεν αὐτὴν ἐν τοῖς πάθεσι τοῖς σωματικοῖς (fol. 353r).

de mi abba». Y abba Pastor no le dijo que se fuese. Una tercera vez, vino a decirle: «En verdad, yo no puedo vivir más con él». Y el anciano le dijo: «He aquí que ahora serás salvado; ve, y no vivas más con él». Y le dijo: «Cada vez que el hombre ve que su alma es dañada, no tiene que preguntar a los demás. Se pregunta sobre los pensamientos privados, y es a los ancianos a quienes les corresponde evaluarlo; mientras que, para las faltas evidentes, no es necesario preguntar, pero se debe cortar al instante».

91. Abba Abrahán, discípulo de abba Agatón, preguntó a abba Pastor: «Por qué me combaten los demonios?». Le dijo abba Pastor: «¿Te combaten los demonios? No combaten contra nosotros mientras hacemos nuestra propia voluntad. Nuestras voluntades propias son las que se convierten en demonios, y son ellas quienes nos afligen para que las cumplamos. Pero si quieres ver contra quienes luchan los demonios, es contra Moisés y los que son como él».

92. Dijo abba Pastor, que un hermano preguntó a abba Moisés, de qué modo el hombre puede hacerse como un muerto respecto de su prójimo. Le respondió el anciano diciendo: «Si no dice el hombre en su corazón que ya lleva tres días en el sepulcro, no alcanzará a cumplir esta palabra».

93. Un hermano preguntó a abba Pastor: «¿De qué modo me conviene permanecer en la celda?». Le dijo: «Aparentemente, permanecer en la celda consiste en el trabajo manual, comer una sola vez al día, el silencio y la meditación; mas progresar realmente en la celda es experimentar el desprecio de sí en cualquier lugar que vayas, no descuidar las horas de la sinaxis y de la oración secreta. Y si llegas a tener un espacio de tiempo libre de trabajo manual, ve a la sinaxis y celébrala serenamente. Pero la perfección de todas estas cosas, es tener buenas compañías y abstenerse de las malas».

94. Unos hermanos fueron un día adonde abba Pambo, y uno de ellos le preguntó: «Abba, yo ayuno dos

días y después como dos panes, ¿estoy salvando mi alma, o me engaño?». El otro dijo: «Abba, yo obtengo por el trabajo de mis manos dos monedas[9] cada día, me guardo un poco para el alimento y el resto lo doy para limosna. ¿Me salvaré o me perderé?». Estuvieron rogándole durante mucho tiempo, y no tuvieron respuesta. Después de cuatro días, cuando ya estaban por retirarse, los clérigos los exhortaban diciendo: «No os entristezcáis, hermanos; Dios os recompensará. Es costumbre del anciano no hablar antes de que Dios lo inspire». Entraron entonces donde estaba el anciano y le dijeron: «Abba, ruega por nosotros». Les dijo: «¿Quieren marcharse?». Le contestaron: «Sí». Y atribuyéndose a sí mismo sus obras y escribiendo sobre la tierra, dijo: «Pambo ayuna dos días y después come dos panes, ¿se hace monje por esto? No. También Pambo trabaja por dos monedas y da limosna, ¿acaso se hace monje por esto? Tampoco». Les dijo: «Son buenas las obras, pero si guardas la conciencia para con tu prójimo, entonces te salvarás». Y ellos, satisfechos, partieron con alegría.

95. Otro hermano preguntó al mismo abba Pambo: «¿Por qué los demonios me impiden actuar bien con mi prójimo?». El anciano le dijo: «No hables así; si no haces de Dios un mentiroso. Pero si dices: Yo no quiero hacer misericordia en absoluto. Pues Dios tomó la iniciativa al decir: *Os he dado poder para que pisoteéis serpientes y escorpiones, y para que triunféis sobre toda la fuerza del enemigo* [Lc 10,19]».

96. Abba Paladio dijo: «Es necesario que el alma que se ejercita según Dios, o bien aprenda con constancia lo que ignora, o bien enseñe claramente lo que sabe. Si ella no consiente ni a lo uno ni a lo otro, ella peca de exceso. Porque el comienzo de la apostasía, es el desprecio de la enseñanza y

[9] Literalmente, κεράτια: moneda que vale 1/24 de un peso de oro (cf. E. Patlagean, *Pauvreté économique et pauvreté sociale à Byzance, IV-VII siècles* [París 1977] 254).

la aversión de la palabra, cosas que siempre necesita el alma del amigo de Dios».

97. Uno de los ancianos dijo: «Pedí a abba Sisoés que me dijese una palabra y me respondió: "El monje debe estar por el pensamiento debajo de los ídolos". De regreso en mi celda, durante un año rumié esto y me decía: "¿Qué significa: debajo de los ídolos?". Y volví otra vez a casa del anciano y le dije: "¿Qué significa: estar debajo de los ídolos?". Entonces, el anciano me dijo: "Está escrito de los ídolos: *Tienen boca, pero no hablan; ojos, pero no ven; oídos, pero no escuchan* [Sal 134,16-17a]; tal debe ser el monje. Y dado que los ídolos son objetos de abominación, él también, se estimará objeto de abominación"».

98. Un hermano preguntó a abba Sisoés: «¿Por qué las pasiones no se retiran de mí?». Le contestó el anciano: «Tienen su capital depositado en tu interior; devuélveles sus arras y partirán».

99. Un hermano fue a visitar a abba Silvano en el monte Sinaí. Vio a los hermanos que trabajaban y dijo al anciano: «*No trabajen por el alimento que perece* [Jn 6,27]; *María eligió la mejor parte* [Lc 10,42]». El anciano ordenó a su discípulo: «Zacarías, dale un libro a este hermano y acompáñalo a una celda donde no haya nada». Cuando llegó la hora novena, miraba por la puerta por si lo llamaban para comer. Como nadie lo llamó, se levantó y fue hasta el anciano y le dijo: «¿No comen hoy los hermanos, abba?». El anciano le contestó: «Sí». Él dijo: «¿Por qué no me llamaron?». Le respondió el anciano: «Porque eres hombre espiritual y no necesitas este alimento. Nosotros, que somos carnales, queremos comer, y para eso trabajamos. Tú, en cambio, has elegido la mejor parte, leyendo todo el día, y no quieres comer el alimento carnal». Al oír esto hizo una metanía, diciendo: «Perdóname, abba». Le contestó el anciano: «Realmente, María necesita a Marta, puesto que fue por Marta que se elogió a María».

100. Uno de los Padres dijo que, un día, alguien cayó en una falta grave, y que, llevado por la compunción a arrepentirse, fue a confesarse con un anciano. Y él no le dijo lo que había hecho, si no que le dijo así: «Si un pensamiento de este género se produce en alguien, ¿lo puede saber?». El otro, que no tenía experiencia de discernimiento, le respondió: «Él ha perdido su alma». Oyendo esto, el hermano dijo: «Si estoy perdido, me vuelvo al mundo». Pero, volviendo, tuvo la idea de manifestar sus pensamientos a abba Silvano. Sin embargo, este último era muy hábil en el discernimiento. Cuando llegó a él, el hermano no le dijo lo que había hecho, sino que procedió de la misma manera que lo había hecho con el otro anciano. Y el Padre abrió la boca y empezó a decirle que no hay condenación para los pensamientos[10]. Escuchando esto, el hermano se animó en su alma, y, habiendo recuperado la esperanza, también confesó lo que había hecho. Después de escuchar también lo que había hecho, el Padre, como un buen médico, vendó su alma con las divinas Escrituras, que muestran que hay una penitencia para aquellos que, reconociendo su pecado, se convierten a Dios. Y una vez que mi abba fue a su casa, este anciano le contó aquello y dijo: «He aquí que uno que desesperó de sí mismo y estaba a punto de volver al mundo es como una estrella en medio de sus hermanos». Os he contado esto para que sepamos que es peligroso decir los pensamientos y las acciones a cualquiera sin discernimiento.

101. Amma Sinclética dijo: «Los que han reunido riquezas después de los trabajos y peligros del mar, aunque han ganado mucho, desean ganar todavía más y estiman en nada lo que tienen, y tienden hacia lo que no poseen. Pero nosotros, que no tenemos lo que deseamos, no lo queremos adquirir por el temor de Dios».

[10] Τοῖς λογιζομένοις, es decir, los pensamientos malvados sugeridos por los demonios.

102. Dijo también: «Hay una tristeza provechosa y una tristeza corruptora. La tristeza útil hace afligirse de sus propias faltas y de la ignorancia del prójimo, y evita el decaimiento de su propósito, que es el de alcanzar la bondad perfecta. Tales son las características de la tristeza según Dios. Pero hay también una connivencia del enemigo con estas características: él también, en efecto, sugiere una tristeza plena de insensatez y que muchos llaman acedía. Por tanto, debemos expulsar a este espíritu, sobre todo con la oración y la salmodia».

103. Dijo también: «Es bueno no llegar a encolerizarse, pero si sucede, (el Apóstol) no te da siquiera el tiempo de un día para esta pasión, diciendo: *No se oculte el sol* [Ef 4,26]. ¿Esperarás tú hasta que el tiempo se acabe? ¿No sabes el dicho: *A cada día le bastan sus propios problemas* [Mt 6,34]? ¿Por qué odias al hombre que te ha contristado? No es él quien ha obrado mal, sino el diablo. Odia la enfermedad, no al enfermo».

104. Dijo también: «Es peligroso que enseñe aquel que no ha sido educado en la vida activa. Porque si uno habita en una casa ruinosa y recibe huéspedes en ella, los perjudicará por el deterioro del edificio; del mismo modo el que no fue instruido primero, perderá a los que llegan hasta él. Con palabras los llaman a la salvación, pero con el comportamiento hacen mal a los ascetas».

105. Dijo también: «Hay una ascesis intensa que viene del enemigo, y sus discípulos la practican. ¿Cómo distinguiremos la ascesis divina y regia de la tiránica y demoníaca? Ciertamente, por su medida regular. Durante todo el tiempo ten una sola norma para el ayuno: no ayunes durante cuatro o cinco días, y lo rompas después con abundancia de alimentos: ello place al enemigo. La inmoderación es siempre corruptora. No gastes tus armas de una vez para luego verte desnudo y convertirte en presa fácil en el combate. Cuando eres joven y sano, ayuna, porque llega

después la ancianidad con la debilidad. Mientras puedas hacerlo, atesora privándote de la alimentación, para que, cuando no lo puedas hacer, encuentres el descanso».

106. Dijo también: «Cuanto más aprovechan los atletas, enfrentan a adversarios más fuertes».

107. Dos ancianos, grandes anacoretas, fueron un día a Pelusio a casa de amma Sara. Mientras viajaban, se decían el uno al otro: «Humillemos a esta vieja». A ella le dijeron: «Cuidado, no se exalte tu espíritu, y digas: "Los solitarios vienen a verme a mí, que soy mujer"». Amma Sara les contestó: «Por naturaleza soy mujer, pero no por el pensamiento».

108. Amma Sara dijo también: «Si tuviese que rogar a Dios para que todos los hombres sean colmados por mí, tendría que estar postrada ante la puerta de cada uno; prefiero pedir que mi corazón sea puro con todos».

109. Abba Hiperiquio dijo: «No es más sabio el que enseña con su palabra, sino aquel que educa con sus obras».

110. Vino una vez un monje romano, que fue un grande de palacio, y vivió en Scitia cerca de la iglesia. Tenía un servidor para ayudarlo. Y el sacerdote, viendo su debilidad y sabiendo en qué comodidad había vivido, enviaba todo lo que Dios le procuraba y que llegaba a la iglesia. Después de veinticinco años en Scitia, se hizo clarividente y célebre. Sin embargo, uno de los grandes ancianos egipcios se enteró y fue a verlo pensando encontrar en él una mayor austeridad corporal. Entró y lo saludó, y después de la oración se sentaron. Sin embargo, el egipcio vio que llevaba vestimentas bien arregladas, que tenía una estera con una piel debajo de ella y una pequeña almohada, que sus pies estaban limpios, calzados con sandalias. Viendo esto, se escandalizó de que en sitio tal él viviese tan confortablemente y no en la austeridad. Y como era clarividente, el anciano comprendió que estaba escandalizado, y le dijo a su ayudante: «Haznos fiesta hoy a causa del abba». Había algunas

verduras que fue a cocinarse; y cuando llegó la hora, se levantaron para comer. El anciano tenía también un poco de vino a causa de su debilidad; y bebieron. Por la noche, recitaron doce salmos y se acostaron; y lo mismo durante la noche. Cuando se levantaron por la mañana, el egipcio le dijo: «Reza por mí». Y no se fue nada edificado. Cuando estaba un poco lejos, el anciano, queriendo serle útil, envió a alguien para que lo hiciera regresar. A su regreso, lo acogió con alegría y le preguntó: «¿De qué región o ciudad eres?». El egipcio le dijo: «Yo no estoy para nada en la ciudad, sino en el campo». El anciano le dijo: «¿Cuál era tu trabajo en el campo?». Él dijo: «Pastor». El anciano dijo: «¿Dónde dormías?». El otro contestó: «En el campo». El anciano dijo: «¿Tenías una cobertura debajo de ti?». El otro le dijo: «En el campo, ¿tenía una cobertura para poner debajo de mí?». Y el anciano dijo: «¿Y cómo dormías?». El otro le dijo: «En el suelo». El anciano dijo: «Qué comías en el campo, qué vino bebías?». Respondió de nuevo: «¿Hay alimentos y bebidas en el campo?». «¿Y cómo vivías?», dijo el anciano. Y él le contestó: «Comía un poco de pan y salazón, y bebía agua». Y el anciano le respondió: «¡Considerable esfuerzo!». Y añadió: «¿Y había baños en la aldea para lavaros?». El otro dijo: «No, pero cuando queríamos nos lavábamos en el río». Por tanto, cuando le había hecho decir eso y conoció la aflicción de su vida anterior, el anciano, queriendo serle útil, él a su vez le contó la forma en la cual vivía anteriormente en el mundo; le dijo: «Yo, el pobre hombre que ves, soy de la gran villa de Roma, donde era un notable en el palacio del emperador». Y cuando escuchó el comienzo de este relato, el egipcio se llenó de compunción y escuchó atentamente lo que el otro le decía. Continuó: «Así que dejé Roma, vine a este desierto. Tenía grandes mansiones y muchas riquezas; pero las dejé todas para venir a esta pequeña celda. Tenía todas las camas de oro, con coberturas de gran precio; y a cambio de aquello, Dios me ha dado esta pequeña estera

y esta piel. Tenía trajes de gran precio y, en su lugar, llevo estas vestimentas baratas. Y para mi comida, se gastaba un montón de oro; y en lugar de aquello, Dios me ha dado unas pocas verduras y esta pequeña copa de vino. Tenía numerosos esclavos para servirme; y he aquí, en cambio, que Dios ha llenado a este anciano de compunción para ayudarme. Y como baño, vierto un poco de agua sobre mis pies, y llevo las sandalias a causa de mi debilidad. Además, en lugar de la música y de las flautas y de la cítara, recito los doce salmos; y lo mismo de noche, a cambio de los errores que cometo, hago tranquilamente mi pequeña liturgia. Os suplico pues, Padre, que no os escandalicéis de mi debilidad». Oyendo esto, el egipcio, contenido en sí mismo, dijo: «Pobre de mí, porque dejé todas las incomodidades de este mundo para venir al descanso, y lo que entonces no tenía, lo tengo ahora. Pero tú, has dejado un gran descanso para venir a la aflicción, y después de mucha gloria y riquezas, has alcanzado la pobreza y la humildad». El egipcio se fue muy edificado, se hizo su amigo y lo visitaba a menudo, para su provecho. Era, en efecto, un hombre de discernimiento y lleno del buen olor del Espíritu Santo.

111. Un anciano dijo: «Las palabras solas no bastan: en los hombres de nuestro tiempo hay mucha palabrería, pero se necesitan obras, porque esto es lo que Dios busca, y no las palabras que no dan fruto»[11].

112. Un hermano preguntó a uno de los Padres si uno se ensucia con los malos pensamientos. Después de estudiar entre ellos la cuestión, unos le dijeron: «Sí, se mancha»; y los otros: «No, porque si se mancha no podemos salvarnos, ya que somos ignorantes. Esto toca a la salvación y para esto basta con no hacer corporalmente lo que pensamos». Y el hermano se fue a casa de un Padre muy experimentado y le consultó sobre el asunto. Y el anciano respondió: «A cada

[11] Dada aquí sólo por la versión latina y bajo forma anónima, esta sentencia es, en el *Alphabéticon* griego, atribuido a *abba* Santiago (n.4).

uno se le pedirán cuentas según su medida». Y el hermano dijo al anciano: «Por Dios te pido que me expliques estas palabras». El anciano le dijo: «Supongamos que hubiese aquí una joya muy preciosa. Entran dos hermanos de los cuales uno tiene gran virtud, después de una vida muy probada, y el otro apenas es un principiante en el camino de la virtud. Si el deseo del perfecto se excita al ver la joya y dice dentro de sí: "Quiero poseer esa joya", y no sigue en su deseo, sino que lo aleja enseguida de sí, no se mancha. Si el otro que no ha llegado todavía a un alto grado de virtud, desea la joya, y rumia su pensamiento porque su deseo le empuja, pero sin embargo no coge la joya, tampoco se mancha».

113. Decía un anciano: «Si uno habita en una región sin dar fruto en ese sitio, el mismo lugar le arrojará porque no ha producido fruto».

114. Un hermano trabajaba el día de la memoria de un mártir. Otro hermano lo vio y le dijo: «¿Se te permite trabajar hoy?». El otro le dijo: «Hoy, el servidor de Dios fue azotado y torturado para dar testimonio, ¿y yo no debería, a causa de Dios, penar un poco hoy en el trabajo?».

115. Un anciano dijo: «Si alguno hace una cosa siguiendo su voluntad, ignorando que no es según Dios, podrá después volver al camino del Señor. Pero el que se obstina en seguir su voluntad y no la de Dios, y no quiere escuchar a los demás porque se fía de su propio saber, este difícilmente llegara al sendero del Señor».

116. Se le preguntó a un anciano: «¿Cuál es el camino estrecho y angosto? [cf. Mt 7,14]». Y él contestó: «El camino angosto y estrecho es hacerse violencia y quebrantar por amor de Dios su propia voluntad». Es lo que está escrito: *Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido* [Mt 19,27]».

117. Un anciano dijo: «Como el estado del monje es superior al del seglar, así también el monje peregrino debe ser en todo un espejo para los monjes nativos».

118. Un anciano dijo: «Si un monje estima que, en el lugar en el que se encuentra, puede hacer cualquier cosa buena pero que no tiene la fuerza para hacerla, no tiene que creer que si va a otro lugar tendrá fuerzas para hacerlo».

119. Uno de los Padres dijo: «Si un buen obrero se queda en un lugar donde no existen obreros, no puede progresar en su oficio. Lo único que podrá hacer es esforzarse para no olvidar lo que sabe. Pero si un perezoso vive con un buen operario, progresará. Y si no adelanta, por lo menos no va hacia atrás».

120. Un anciano dijo: «Si el alma habla sin obras, se parece a un árbol cubierto de hojas, pero que no tiene frutos».

121. «Así como un árbol que está lleno de frutos, también tiene hojas, de igual modo, el hombre que hace obras buenas, hablará en consecuencia».

123[12]. Un anciano dijo: «Lo que nos condena, no es que los pensamientos penetren en nosotros, sino que nosotros hagamos un mal uso. En efecto, de los pensamientos viene lo que hace naufragar y de los pensamientos viene lo que es coronado».

124. Un anciano dijo: «No des ni recibas nada de la gente del mundo. No tengas trato con mujeres ni demasiada familiaridad con los niños».

125. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Qué debo hacer? Me tientan muchos pensamientos y no sé cómo resistirlos». Y el anciano le dijo: «No luches contra todos, sino contra uno solo. Todos los pensamientos del monje tienen una sola cabeza. Es necesario examinar cuál y de qué naturaleza es ese pensamiento, y luchar contra él. De ese modo todos los demás pensamientos pierden su fuerza».

126. Decía un anciano a propósito de los malos pensamientos: «Os suplico, hermanos, reprimamos los malos pensamientos como reprimimos las malas obras».

[12] El n.122, ha sido dado en el n.100.

127. Un anciano dijo: «El que quiere vivir en el desierto debe ser capaz de enseñar, pues el que necesita ser enseñado puede recibir daño en ese género de vida».

128. Un anciano dijo: «No le conviene al monje preguntar cómo está tal o cual, porque arranca la oración por la interrogación, y cae en el chisme y la calumnia; más que nada debe preferir el silencio».

129. Un hermano preguntó a un anciano: «Dime, Padre, ¿cómo puedo encontrar a Jesús?». Le contestó: «La pena, la humildad y la oración incesante encuentran a Jesús. Todos los santos, en efecto, desde el comienzo hasta el final fueron salvados por estos tres medios. Pero el reposo, las voluntades propias y la pretensión de ser justo son obstáculos para la salvación del monje; en efecto, muchos se han perdido así».

130. El mismo dijo: «Hasta que el hombre adquiera a Jesús, pena; y tiene derecho a penar para que la memoria de su aflicción y de su pena lo fortalezca en todas las formas de temor de perder tan grandes penas». Es por eso que decía: «También a los hijos de Israel, Dios los hizo penar durante cuarenta años, para que ellos recordasen el cansancio de la ruta y no volviesen atrás»[13].

131. Uno preguntó a un anciano: «¿Cómo luchan contra nosotros los demonios?». Él dijo: «Por nuestros deseos». Y añadió: «Los árboles del Líbano han dicho: "¡Qué grandes y altos somos! ¿Nos podrá abatir un pequeño objeto?". Pero llegaron los hombres, tomaron un tronco, hicieron un mango para el hacha y abatieron los árboles». Dijo que los árboles son las almas, el hacha los demonios y el mango los deseos. Somos abatidos, por lo tanto, a causa de nuestros deseos malvados. No le demos a los demonios

[13] Este texto, conservado sólo por el ms. H, está dañado, pero se ha reconstruido a través de la traducción de la versión latina del *Liber geronticon* de Pascasio, c.LXXVIII, 1 (ed. J. G. Freire, t.I, p.303).

lo que es nuestro, es decir, nuestros deseos, y no nos echarán por tierra»[14].

132. Un anciano dijo: «Una costumbre se cambia con mucho esfuerzo, sobre todo si es antigua. Si alguien se esfuerza para cambiar, se salvará; pero si se retrasa, se perderá».

133. Un hermano preguntó a un anciano: «Si ayuno, ¿esto me salva?». El anciano dijo: «No». El hermano dijo: «Si huyo de los hombres, ¿esto me salva?». El anciano le dijo: «No». El hermano dijo: «Si amo a mis hermanos, ¿esto me salva?». El anciano dijo: «No. Pero serás salvado si soportas los reproches de uno mismo y en nada afliges a tu hermano, porque así Dios hace misericordia al hombre».

134. Un anciano dijo: «José de Arimatea pidió llevar el cuerpo del Señor y, llevándolo, lo puso en un sepulcro nuevo [cf. Mt 27,57-60], es decir, un corazón puro: el cuerpo de Cristo es para una tumba nueva, para un hombre nuevo, para el verdadero Israel».

135. Uno preguntó a un anciano: «¿Cómo puedo encontrar a Dios? ¿En los ayunos, en el trabajo, en las vigilias o en la misericordia?». Y el anciano le contestó: «En todas esas cosas que has enunciado y en el discernimiento. Porque te digo que muchos castigaron su carne, pero como lo hicieron sin discernimiento se fueron con las manos vacías. Nuestra boca huele mal a causa del ayuno, sabemos toda la Escritura y recitamos de memoria a David; pero no tenemos lo que Dios busca: el temor, el amor y la humildad».

136. Un hermano dijo a un anciano: «Abba, pregunto a los ancianos y me hablan de la salvación de mi alma, pero no retengo nada de sus palabras. ¿Para qué me sirve preguntarles si no saco ningún provecho? ¡Estoy totalmente en la impureza!». Había allí dos vasos vacíos. El anciano le dijo: «Toma uno de estos vasos, llénalo de aceite, quema dentro

[14] Aquí también, la traducción está hecha con ayuda de la versión latina de Pascasio, c.LXXVI, 4 (Freire, p.291), que atribuye este dicho a *abba* Aquiles.

estopa, vacía el vaso y ponlo en su sitio». Así lo hizo. Y el anciano le dijo: «Haz lo mismo otra vez». Y después de que repitiera la misma operación varias veces, le dijo el anciano: «Trae los dos vasos y mira cuál de los dos está más limpio». Y respondió el hermano: «Aquel en el que he puesto el aceite». El anciano dijo: «Lo mismo le sucede al alma que pregunta. Aunque no retenga nada de lo que oye, se purifica más que la que no hace preguntas».

137. Uno de los Padres contó que un hermano muy piadoso tenía una madre pobre. Durante una gran hambruna, tomando unos panes, fue a llevárselos a su madre. Y he aquí que una voz vino a decirle: «¿Eres tú el que se ocupa de tu madre, o soy yo?». Y el hermano, intuyendo la procedencia de la voz, se echó a tierra diciendo: «Eres tú, Señor, el que se ocupa de nosotros». Se levantó y volvió a la celda. Tres días más tarde, su madre fue a su celda y le dijo: «Tal monje me ha dado un poco de trigo y me ha dicho: Tómalo y haz unas tortas para que comamos». Oyendo esto, el hermano glorificó a Dios y, teniendo esperanza, progresó en todas las virtudes por la gracia de Dios.

138. Un hermano vivía en el recogimiento. Los demonios quisieron seducirle bajo apariencia de ángeles que le invitaban a acudir a la sinaxis y, para ello, le enseñaban ciertas cosas. Pero el hermano fue a ver a un anciano y le dijo: «Abba, los ángeles vinieron con una luz y me persuaden para que vaya a la sinaxis». Y el anciano le dijo: «No les escuches, hijo mío, que son demonios. Cuando vengan a molestarte, diles: Yo me levanto cuando quiero, pero a vosotros no os escucho». Con el consejo del anciano el hermano volvió a su celda. La noche siguiente volvieron los demonios y le seducían según su costumbre. Él, como le habían mandado, respondió diciendo: «Yo voy cuando quiero; a vosotros no os escucho». Ellos le dijeron: «Ese mal viejo, ese mentiroso, te ha seducido. Un hermano vino para que le prestase dinero y le dijo que no tenía y no le dio nada, y

era mentira, porque sí tenía dinero. Ya ves que es un mentiroso». Al amanecer el hermano volvió al encuentro del anciano y se lo contó. El anciano le contestó: «Es verdad que tenía dinero, y que vino un hermano para que se lo prestase, y no se lo di porque sabía que si se lo daba dañaría a su alma: preferí faltar a un mandamiento que quebrantar diez. Hubiéramos podido tener muchas molestias por su causa si hubiera recibido dinero de mí. Tú no escuches a los demonios que quieren seducirte». Y muy confortado con las palabras del anciano, el hermano volvió a su celda.

139. Un anciano dijo: «Es imposible que aquel que piensa con rectitud y vive piadosamente sea abandonado[15], caiga en faltas vergonzosas o en una artimaña de los demonios».

140. Dijo también: «Tanto como el cuerpo desea, el alma ignora a Dios».

141. Dijo también: «El conocimiento de Dios es suficiente para la santidad del alma».

142. Dijo también: «Todos rezan para obtener bienes, pero los obtienen aquellos que seriamente comulgan con la palabra de Dios y la sirven con las virtudes».

143. Unos hermanos preguntaron a uno de los Padres: «¿Por qué el alma no corre hacia las promesas que Dios ha hecho en las Escrituras, sino que se decanta por las cosas impuras?». El anciano dijo: «Yo digo: es porque ella todavía no ha probado las cosas de lo alto que desea las cosas impuras».

144. Un anciano dijo: «Si vives en un lugar y ves que otros se sienten cómodos, no te arrimes a ellos; pero si hay otro que es pobre, acércate a él siempre y cuando no tenga pan, y estarás en el descanso».

[15] El contexto del c.47 de la *Historia Lausíaca,* donde se encuentra esta misma sentencia (ed. Butler, p.138) aclara el sentido de la expresión «sea abandonado»: la divina Providencia no abandona jamás a aquel que se esfuerza en vivir bien.

145. Un anciano decía de Moisés: «Cuando él golpeó al egipcio, miró aquí y allá y no vio a nadie, es decir, que él examinó sus pensamientos, y vio que, a sus ojos, no había hecho nada malo, sino que actuaba por Dios; entonces golpeó al egipcio [cf. Éx 2,12]».

146. Dijo también a propósito de la palabra escrita en el salmo: *Establecerá sobre la mar su mano y sobre los ríos su derecha* [Sal 88,25], que se trata del Salvador: su izquierda sobre el mar significa el mundo, y su derecha sobre los ríos, son los apóstoles que riegan el mundo por la fe.

147. Un día, tres hermanos fueron a ver a un anciano de Scitia, y el primero le dijo: «Abba, he aprendido de memoria el Antiguo y el Nuevo Testamento». El anciano le contestó: «Has llenado el aire de palabras». El segundo le dijo: «He copiado a mano todo el Antiguo y el Nuevo Testamento». Y el anciano le respondió: «Has llenado de papeles tus venas». El tercero dijo: «En mi hogar ha crecido la hierba». Y el anciano contestó: «Has echado de ti la hospitalidad».

148. Contaban los Padres que un anciano muy venerable, si venía alguno a consultarle alguna cosa, le decía con gran seguridad: «Mira que ocupo el lugar de Dios y que actúo como juez, ¿qué quieres que haga por ti? Si vienes a decirme: "Ten piedad de mí", Dios te dice: "Si quieres que yo tenga piedad de ti, ten tú piedad de tus hermanos y yo la tendré de ti. Si quieres que te perdone, perdona tú a tu prójimo". ¿Acaso va a ser Dios quien te ponga pleito? Seguro que no. Si queremos salvarnos, la salvación depende de nosotros».

149. Se decía que en Las Celdas había un anciano muy penitente y un día en que estaba celebrando la sinaxis, vino a su celda un santo varón y le oyó, desde fuera, cómo luchaba contra sus pensamientos: «¿Hasta cuándo, decía, he de perderlo todo por una sola palabra?». El que estaba fuera pensó que estaba discutiendo con algún otro y llamó

a la puerta para entrar y pacificarlos. Pero al entrar constató que no había nadie más que el anciano en el interior. Como tenía mucha confianza con el anciano, le preguntó: «¿Con quién discutías, Abba?». El otro contestó: «Con mis pensamientos, porque he confiado a mi memoria catorce libros (de la Escritura) y he oído fuera una queja y cuando he venido a la sinaxis olvidé todo aquello. Y sólo aquella queja que oí fuera me vino a la memoria en la sinaxis. Y por eso me enfadaba con mi pensamiento».

150. Los hermanos de un cenobio fueron al desierto y se acercaron a la celda de un ermitaño que los recibió con gran alegría. Según la costumbre de los eremitas, al verlos tan cansados, les preparó comida fuera de la hora. Les trajo lo que tenía en la celda e hizo que descansaran. Al atardecer rezaron doce salmos y otro tanto hicieron por la noche. Mientras velaba, el anciano les oyó que decían entre sí: «Los anacoretas se dan mejor vida en el desierto que nosotros en nuestro convento». A la mañana siguiente, cuando salían para visitar a otro ermitaño cercano, el anciano les dijo: «Saludadle de mi parte y decidle que no riegue las legumbres». El otro, al oírlo, entendió el sentido y les tuvo trabajando en ayunas hasta muy tarde. Y ya casi de noche, recitó la gran sinaxis, y luego les sacó lo que tenía diciendo: «Rompamos el ayuno a causa de vosotros, pues estáis cansados del trabajo». Y añadió: «No tenemos costumbre de comer todos los días, pero, a causa de vosotros, comeremos un poco». Y les sacó pan seco y salazón diciendo: «Por vosotros, hoy tenemos festín», y añadió un poco de vinagre a la salazón. Y al levantarse de la mesa, estuvieron rezando salmos hasta la madrugada. Y dijo el ermitaño: «A causa de vosotros no podemos cumplir nuestra regla; tenéis que descansar un poco porque sois peregrinos». Al llegar la mañana quisieron marcharse, pero él les rogaba: «Quedaos algún tiempo con nosotros, pero si por causa de vuestras reglas no podéis hacerlo durante mucho tiempo, por lo menos pasad aquí dos o

tres días según la costumbre del desierto». Pero ellos, adivinando que no les iba a dar descanso, huyeron a escondidas.

151. Uno de los Padres dijo: «El animal puro, dice (la Escritura), rumia su comida y tiene la pezuña partida [cf. Lev 11,3]. Así, es el hombre que medita bien y recibe los dos Testamentos, aquello que se encuentra en la santa Iglesia, pero que es abandonada de diferentes maneras en las herejías. El hombre debe rumiar la buena comida, no la mala. Sin embargo, la comida útil, que son los buenos pensamientos, la tradición de sus santos maestros, las acciones rectas; y la comida mala, los malos pensamientos en diversos pecados y en las faltas de los hombres».

152. Un hermano preguntó a uno de los Padres: «Si me dejo vencer por el sueño y se me pasa la hora de la sinaxis, mi alma, avergonzada, no se atreve a hacer la sinaxis». Y el anciano le dijo: «Si te duermes hasta la mañana, cuando te despiertes, levántate, cierra las puertas y ventanas y recita la sinaxis, porque escrito está: *Tuyo es el día, tuya también la noche* [Sal 74,16]. Todo tiempo es bueno para dar gloria a Dios».

153. Un hermano preguntó a un anciano: «Padre, ¿qué es lo bueno: buscar la gloria o la ignominia?». El anciano dijo: «En lo que a mi concierne, prefiero buscar la gloria espiritual, que place a Dios, y no la ignominia». El hermano le dijo: «¿Cómo?». El anciano dijo: «Si hago una obra buena y me glorío, puedo condenar mi pensamiento porque no soy digno de esa gloria. Pero la ignominia viene de las obras malas. ¿Cómo podré consolar mi corazón si los hombres se escandalizan por mi culpa? Conviene hacer el bien y gloriarse que hacer el mal y sufrir ignominia». Y el hermano dijo: «Has hablado bien, Padre».

154. Un anciano dijo: «Un hombre come mucho, pero se queda con hambre. Otro come poco y queda saciado. Pues bien, el que come mucho y queda con hambre, tiene mayor recompensa que el que come poco y se sacia».

155. Un anciano dijo: «Si te sucede tener con otro hermano unas palabras desagradables, y él lo niega diciendo: "No he dicho esas palabras", no discutas con él ni le respondas: "Sí, las has dicho", porque se enfadaría y te dirá: "Sí, las he dicho"».

156. Un hermano preguntó a un anciano: «Mi hermana es pobre. Si le doy limosna, ¿no es ella como otro pobre cualquiera?». Y le dijo el anciano: «No». Y el hermano preguntó: «¿Por qué, abba?». Y el anciano respondió: «Porque la sangre te tira un poco».

157. Un anciano dijo: «La mentira, esto es el hombre viejo; y la verdad, el hombre nuevo».

158. Dijo también: «La raíz de todas las buenas obras es la verdad, y la mentira es su muerte».

159. Un anciano dijo: «El monje no debe oír a los que hablan mal de otros, ni escandalizarse».

160. Dijo también: «No te prestes a cualquier conversación. Sé tardo para crecer y pronto para decir la verdad».

161. Un anciano dijo: «Aunque los santos han sufrido aquí abajo, ya han recibido una parte del descanso». Decía esto porque ellos estaban libres de las preocupaciones del mundo.

162. Dijo también: «Si un monje conocía un lugar donde pudiese progresar, pero en el que le esperaban sufrimientos, que son necesarios al cuerpo, y debido a esto no va, un tal monje no cree que Dios existe».

163. Un hermano principiante preguntó a un anciano: «¿Qué es lo mejor: callar o hablar?». Él le dijo: «Si las palabras son inútiles, déjalas y calla; pero si son buenas, dale lugar al bien y habla. Sin embargo, aunque sean buenas, no prolongues el final del discurso, y estarás en el descanso».

164. Un anciano dijo: «Si a un monje que está en su celda le viene un pensamiento, y dándole vueltas dentro de su corazón no acierta a descifrar su sentido, ni tampoco se

lo aclara Dios, vienen los demonios y le hacen creer lo que ellos quieren acerca de ese pensamiento»[16].

165. Algunos ancianos dijeron: «Al principio, cuando nos reuníamos para hablar de cosas de provecho para nuestras almas, nos levantábamos más animados y nos acercábamos al cielo. Ahora nos reunimos para murmurar y nos arrastramos mutuamente al abismo».

166. Otro Padre dijo: «Si nuestro hombre interior vigila, podrá cuidar al hombre exterior. Pero si no es así, no podremos guardar nuestra lengua».

167. El mismo dijo también: «La obra espiritual es necesaria, pues para eso vinimos. Cuesta mucho trabajo enseñar oralmente lo que no ponemos por obra corporalmente»[17].

168. Decía otro anciano: «Es absolutamente necesario que el monje esté en la celda ocupado interiormente. Si se ocupa de las cosas de Dios puede, de vez en cuando, venir el diablo, pero no encuentra sitio para quedarse. Si, por el contrario, el enemigo le domina y llega a esclavizarle, el Espíritu de Dios vuelve de nuevo con frecuencia, pero si no le hacemos sitio, se irá por nuestra culpa».

169. Un hermano dijo a un anciano: «Dime una palabra para que me salve». Él le dijo: «Es necesario que, poco a poco, nos esforcemos en hacer obras, y Dios se unirá a nosotros y seremos salvados».

170. Un día unos monjes bajaban de Egipto a Scitia para visitar a los ancianos. Y se escandalizaron cuando les vieron comer con impaciencia, pues estaban muertos de hambre por un ayuno excesivo. Uno de los presbíteros se dio cuenta y quiso curarles antes de que marcharan. Y

[16] El sentido de esta sentencia es complicado: bajo pena de ilusión demoníaca, el monje no debe aplicarse a investigar el sentido de una palabra de la Escritura que sobrepasa sus posibilidades.

[17] «Oralmente... corporalmente», traduce mal el juego de palabras griego: «stoma... sôma». Este es uno de los pilares de los Padres del desierto: no se puede habar si no es de la experiencia.

en la iglesia se puso a predicar al pueblo: «Ayunad y prolongad vuestra ascesis, hermanos». Los visitantes egipcios se querían marchar, pero él les retuvo. Apenas comenzaron su ayuno, la cabeza empezó a darles vueltas, pues les hizo ayunar dos días seguidos. Los hermanos de Scitia ayunaron toda la semana. Al llegar el sábado, los egipcios se pusieron a comer con los ancianos de Scitia. Y como los egipcios se abalanzasen sobre la comida, uno de los ancianos les cogió las manos y les dijo: «Comed con mesura, como monjes». Pero uno de los egipcios apartó su mano diciendo: «Déjame que me muero. No he comido nada cocido en toda la semana». Y le dijo el anciano: «Si vosotros comiendo cada dos días habéis desfallecido hasta este punto, ¿por qué os habéis escandalizado de los hermanos que ayunan toda una semana al verlos romper su ayuno?». Los monjes de Egipto hicieron una metanía ante los ancianos y se fueron alegres y edificados de su abstinencia.

171. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Qué haré?, mis pensamientos crecen y me manipulan bajo pretexto de visitar a los ancianos». El anciano le respondió: «Si ves que tus pensamientos quieren hacerte salir de tu celda porque no tienes comodidad, reconfórtate un poco en tu celda, y nunca la querrás dejar. Pero si es para provecho de tu alma, aprovecha este pensamiento y sal. He oído decir de un anciano que, cuando sus pensamientos le decían que fuese a ver a alguien, preparaba su melota, salía a rodear su celda, entraba y se concedía las comodidades reservadas a los huéspedes; así estaba en reposo».

172. Un hermano renunció al mundo, vistió el hábito de monje y enseguida se recluyó, diciendo: «Soy un anacoreta». Al saberlo los ancianos vecinos vinieron y le hicieron salir y le mandaron recorrer las celdas de los hermanos y hacer una metanía delante de cada uno, diciendo: «Perdóname, no soy un anacoreta, sino un principiante».

173. Los ancianos decían: «Si ves a un joven subir al cielo por su propia voluntad, agárrale del pie y tíralo al suelo, pues no le conviene».

174. Un hermano dijo a un gran anciano: «Abba, quisiera encontrar un anciano a mi gusto para morir con él». Y el anciano le dijo: «Es una buena búsqueda, señor mío». El otro seguía afirmando que ese era su deseo, sin entender lo que el anciano había querido insinuarle. Pero cuando vio el anciano que el hermano continuaba en su idea creyendo que pensaba rectamente, le dijo: «Entonces, si encuentras un anciano a tu gusto, ¿quieres quedarte con él?». Y el otro le contestó: «Eso es exactamente lo que quiero, si encuentro uno que me convenga». Entonces el anciano le dijo: «No es para hacer la voluntad de ese anciano, sino para que él haga la tuya y así encontrar tú descanso en él». El hermano comprendió lo que el anciano quería decirle y levantándose se arrojó al suelo e hizo una metanía, diciendo: «Perdóname, que me he ensoberbecido sin medida, creyendo que hablaba sensatamente, cuando la realidad es que no sé nada».

175. Dos hermanos carnales se retiraron al desierto, pero el más joven de los dos fue el primero en convertirse. Uno de los Padres vino a visitarles, trajeron un barreño y el más joven se acercó para lavar los pies al anciano. Pero este, tomándole de la mano le apartó e hizo que fuera el hermano mayor el que realizara aquella buena obra, según la costumbre del monasterio. Los hermanos que estaban presentes, le dijeron: «Abba, el más joven ha sido el primero en convertirse y tiene prioridad». Pero el anciano les respondió: «Pues bien, retiro la prioridad al más joven para dársela al que le precede en edad».

176. Un soldado preguntó a un anciano si Dios acepta la penitencia. Él, después de instruirlo con muchas palabras, le dijo: «Dime, amigo mío, si se rasga tu manto, ¿lo tiras?». El otro dijo: «No, sino que lo coso y lo sigo usando».

El anciano le dijo: «Si tu perdonas a tu manto, ¿Dios no perdonará a su criatura?».

177. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Cuál es el trabajo del alma y cuál es el trabajo de las manos?». El anciano le dijo: «Todo lo que se hace por el mandato de Dios es el trabajo del alma, pero trabajar para sí y reunirse, debemos considerarlo como trabajo de las manos». Dijo el hermano: «Explícame esta proposición». El anciano dijo: «Si oyes decir que estoy enfermo, y tienes que visitarme, pero dices en tu interior: "¿Tengo que dejar mi trabajo e ir ahora? Mejor lo concluyo primero y después voy". Y te llega alguna otra ocupación y, al final, no vas. U otro hermano te dice: "Échame una mano". Y tú dices: "¿Tendré que dejar mi trabajo e ir a trabajar con este?". Si no vas, desechas el mandamiento de Dios, que es el trabajo del alma, y haces el trabajo de las manos, que es accesorio».

178. Un superior de un cenobio pidió al bienaventurado Cirilo, el arzobispo de Alejandría: «¿Quién es mayor por su género de vida: nosotros que tenemos numerosos hermanos dependiendo de nosotros y que guiamos a cada uno de manera diferente hacia su salvación, o aquellos que viven solos en el desierto?». El arzobispo le respondió: «Entre Elías y Moisés, no hay que decidir, pues los dos agradan a Dios».

179. Un hermano dijo a un anciano: «Dime una práctica». El anciano le respondió: «Aparta de ti la discusión acerca de cualquier asunto, y serás salvo».

180. Un anciano dijo: «La disputa expone al hombre a la cólera, la cólera lo expone a la obcecación, y la obcecación lo hace cometer toda clase de mal».

181. Uno de los Padres dijo: «Una palabra dura hace daño incluso a los buenos, mientras que una palabra buena es útil a todos».

182. Uno de los ancianos dijo: «Nuestros Padres entraron en la vida por la austeridad; nosotros, si podemos, entramos por la bondad».

183. Un hermano que estaba viviendo en el extranjero dijo a un anciano: «Quiero volver a mi casa». Y el anciano le dijo: «Conoce bien, hermano, que cuando viniste aquí tenías a Dios para guiarte, pero no lo tendrás más si quieres volver».

184. Un anciano dijo: «Los hay que permanecen en silencio no a causa de Dios, sino para adquirir gloria. Pero si alguno guarda silencio por Dios, es realmente una virtud, y recibe la gracia de Dios y del Espíritu Santo».

185. Uno de los Padres dijo: «Si el árbol no es movido por el viento, no puede crecer ni arraigar más: del mismo modo, el monje no se hace más fuerte si no soporta la tentación».

186. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Por qué, cuando realizo mi pequeña sinaxis, lo hago con negligencia?». El anciano le respondió: «El amor por Dios se manifiesta en esto: cuando uno hace la obra de Dios con un gran ardor y compunción y medita sin distracción».

187. Uno de los Padres dijo: «No hay entre los pueblos cielo comparable al de los cristianos, y nada semejante al estado monástico. Sin embargo, una sola cosa lo tuerce: es que el diablo los lleva a tener resentimiento contra sus hermanos diciendo: "Él me ha dicho, y yo le he dicho". "Tiene impurezas ante él y no las ve, pero insiste con las de su prójimo". Y esto es lo que los hace malvados».

188. Un anciano dijo: «Es necesario que el monje no solo escuche los mandamientos, si no que los ponga en práctica».

189. Uno de los ancianos, que fue un día a casa de otro anciano, dijo: «Un seglar se encontraba para recibir la caridad; y cuando nos sentamos para comer, el anciano dijo: "Preguntad al seglar si quiere venir a comer". Él no quiso. El anciano dijo: "Dale más de comer que a nosotros". Ahora bien, había allí un poco de vino de la ofrenda, y el anciano nos lo trajo y nosotros bebimos una copa; y dio dos

al seglar. Bromeando, uno de los Padres dijo: "¡Yo también me voy fuera, abba, dame dos copas!". El anciano dijo: "Si hubiera comido con nosotros, habría bebido la misma cantidad que nosotros y estaría satisfecho. Pero ahora, su mente le dice: los monjes comen más que yo. Esto es bueno para que nuestra conciencia nos condene"».

190. Un anciano vivía en un templo en Clysma, y no hacía el trabajo de la temporada. Cuando se lo pedían, trabajaba, pero en la época de las redes lo dejaba para trabajar la paja, y cuando tocaba el hilo hacía el lino, para que su espíritu no vagabundease y no fuese molestado por el trabajo.

191. Un anciano dijo: «Los profetas escribieron libros. Nuestros Padres vinieron después de ellos y trabajaron mucho sobre esos libros. Sus sucesores los aprendieron de memoria. Ha venido una generación, la actual, que lo escribió todo en papeles y pergaminos que ha dejado descansar inútilmente en sus estantes».

192. Los ancianos dijeron: «Nuestra capucha es el símbolo de la inocencia, el escapulario lo es de la cruz y el cinturón es señal de la fortaleza. Vivamos pues conforme a lo que nuestro hábito significa».

193. Un anciano decía que uno de los Padres dijo: «Un régimen escaso y sin problemas unido a la caridad conduce rápidamente al monje al puerto de la impasibilidad».

194. Dijo también: «Un monje al que le comunicaron la muerte de su padre, dijo a aquel que lo había anunciado: Deja de blasfemar, porque mi Padre es inmortal»[18].

[18] Estas dos sentencias —tomadas anónimamente de Evagrio *(Tratado práctico* 91 y 95; Guillaumont: SCh 171, 693 y 701)— son insertadas en los otros manuscritos en el c.I, n.4 y 5.

Capítulo XI

DE LA NECESIDAD DE VELAR CONSTANTEMENTE

1. Abba Antonio dijo: «Conozco monjes que cayeron después de haber soportado mucho, y que llegaron a perder el espíritu, porque pusieron su esperanza en sus obras, creyendo que eran agradables a Dios, y descuidaron el mandato que dice: *Interroga a tu padre y te lo enseñará, a tus ancianos y te lo contarán*» [Dt 32,7].

2. Dijo también: «Si es posible, el monje debe confiar a los ancianos el número de pasos que da o el número de gotas de agua que bebe en su celda, para saber si se equivoca. Un hermano encontró un lugar apartado, con soledad y tranquilidad, y pidió a su Padre: «Déjame ir a habitarlo, y yo espero que, gracias a Dios y a tus oraciones, tendré mucho que penar». Pero su abba, no se lo permitió, diciendo: «Sé que, en verdad, tendrás mucho que penar allí, pero como no tendrás anciano, vas a poner tu confianza en tus obras creyendo que agradan a Dios; y puesto que te persuadirás de que lo que haces es el trabajo de un monje, perderás tu esfuerzo y tu espíritu».

3. Abba Antonio dijo: «El que trabaja un bloque de hierro, observa primero en su pensamiento lo que desea hacer: una hoz, una espada o un hacha. De la misma manera, nosotros debemos pensar qué virtudes buscamos, para no esforzarnos en vano».

4. Un hermano consultó a abba Arsenio para escuchar una palabra suya. Y el anciano le dijo: «En cuanto puedas, esfuérzate para que tu trabajo interior sea según Dios, y vencerás las pasiones exteriores».

5. Dijo también: «Si buscamos a Dios, Él se manifestará a nosotros; y si lo retenemos, permanecerá con nosotros».

6. Abba Daniel decía: «Abba Arsenio me llamó un día y me dijo: "Conforta a tu Padre, para que cuando vayas al Señor, Él, a su vez, te conforte a ti, y tú te encuentres bien"».

7. Abba Anub dijo: «Desde que el nombre del Señor fue pronunciado sobre mí no ha salido una mentira de mi boca».

8. Abba Agatón dijo: «El monje no debe permitir que su conciencia le acuse de cosa alguna».

9-10. El mismo abba Agatón, cuando estaba a punto de morir, permaneció tres días con los ojos abiertos, sin moverlos. Los hermanos le sacudieron un poco y le preguntaron: «Abba Agatón, ¿dónde estás?». Y respondió: «Estoy ante el tribunal de Dios». Ellos le dijeron: «¿Tú también temes, abba?». Les dijo: «He hecho cuanto he podido por cumplir los mandamientos de Dios, pero soy hombre. ¿Cómo sabré si mi trabajo ha sido según Dios?», Los hermanos le dijeron: «¿No confías en que tus obras hayan sido según Dios?». El anciano dijo: «No confío, hasta que no vea a Dios. Porque es diferente el juicio de Dios al de los hombres». Quisieron preguntarle más, pero les dijo: «Háganme la caridad, no me hablen más porque estoy ocupado». Y partió con alegría, Lo vieron irse como quien saluda a sus amigos y seres queridos. En todo guardaba una gran vigilancia, y decía: «Sin vigilancia, el hombre no alcanza ni una sola virtud»[1].

10. Decían acerca de abba Amoes que, cuando iba a la iglesia, no permitía a su discípulo caminar junto a él, sino alejado. Si se acercaba para preguntar sobre los pensamientos, apenas le había respondido lo apartaba diciendo: «No sea que mientras nosotros hablamos de cosas útiles, se introduzca una conversación extraña; por eso no te permito que estés junto a mí».

[1] El final de este apotegma se encuentra también en *Alph.*, Agatón 3.

11. Abba Amoes dijo a abba Arés[2], al principio: «¿Cómo me ves ahora?». Le dijo: «Como un ángel, Padre». Más tarde le dijo: «Ahora, ¿cómo me ves?». Le dijo: «Como Satanás. Aunque me digas una palabra buena es para mí como una espada».

12. Abba Alonio dijo: «Si el hombre no dice en su corazón: "solo Dios y yo estamos en el mundo", no tendrá descanso».

13. Dijo también: «Si el hombre lo quisiera hasta la noche, llegará a la medida divina».

14. Al morir, dijo abba Besarión: «El monje debe ser como los querubines y serafines: todo ojo».

15. Caminaban un día abba Daniel y abba Amoes, y abba Amoes dijo: «¿Cuándo estaremos nosotros también sentados en la celda, Padre?». Le dijo abba Daniel: «¿Quién nos quita a Dios ahora? Dios está en la celda, y también fuera de ella».

16. Dijo también: «Es gran cosa orar sin distracción, pero es aún más grande salmodiar sin distracción»[3].

17. El mismo, dijo: «Recuerda siempre la muerte, y no olvides el juicio eterno, y no habrá perturbación en tu alma».

18. Dijo también[4]: «El hombre con una queja en su corazón está lejos de la misericordia de Dios».

19. Dijo también: «Las cosas que apartan del alma el recuerdo de Dios son la cólera, la negligencia, el deseo de enseñar y el lenguaje vano de este mundo; la longanimidad, la dulzura y toda actividad según Dios, proporcionan amor».

[2] Los manuscritos varían en este nombre: Arsenio, Arés, o incluso Isaías en *Alph*.

[3] Este apotegma está tomado de Evagrio, *Tratado práctico* 69 (Guillaumont: SCh 171,654).

[4] Aunque no lo indica el texto, las siguientes piezas están tomadas de Isaías. Se pueden distinguir dos conjuntos: n.19-26, contenidos juntos en los testimonios, salvo *l;* n.27-34 sólo en los manuscritos OMSVH, R los reporta al final del capítulo (indicio de sucesivas ampliaciones: cf. *Recherches*, 183s).

20. Dijo también: «Nuestros antiguos Padres decían que el anacoretismo es la falta de cuerpo»[5].

21. Dijo también: «Da gracias en el tiempo de la tentación y rechaza los pensamientos que te vengan. No creas que tu sufrimiento agrada a Dios y prepárate para estar protegido por la ayuda de Dios».

22. Dijo también: «No guardes rencor a nadie, para no hacer estériles tus sufrimientos».

23. Dijo también: «Vana es la liturgia del hombre que está corrompido por la venganza en su corazón».

24. Dijo también: «La pena es que tenemos la impasibilidad en la boca y la maldad en el corazón».

25. Dijo también: «Mientras estás en el cuerpo, tu corazón no se eleva, pensando que has logrado cualquier cosa. Del mismo modo que un hombre no puede poner su confianza en los frutos del campo antes de recogerlos, porque no sabe lo que puede pasar, el monje no debe creer en su corazón que ha hecho algo bueno mientras todavía tenga un soplo de vida».

26. Abba Pedro, el discípulo de abba Isaías, dijo: «Mi Padre decía que aquel que soporta ser despreciado y que, por su prójimo, renuncia a su propia voluntad a causa de Dios, a fin de no dejar que el enemigo se introduzca en él, manifiesta que el hombre es un trabajador. Si mantiene el espíritu despierto, está a los pies del Señor Jesús con conocimiento; si vela y es atento, se esfuerza en suprimir su propia voluntad para que nada lo pueda separar del amor del Señor. Porque aquel que guarda su propia voluntad no está en paz con los hermanos; la cólera, la despreocupación y la ira contra su hermano acompañan al corazón que cree poseer el conocimiento».

27. Dijo también: «La despreocupación y despreciar a otros en el pensamiento no deja ver la luz divina».

[5] Isaías repite a Evagrio, *Tratado práctico* 52 (Guillaumont: SCh 171,618).

28. Dijo también: «Pidamos a Dios que no haga llorar nuestros pecados y hacer todo lo posible para huir de la humanidad, evitar la familiaridad con los seglares y no pronunciar palabras vanas, para que nuestro espíritu no sea turbado, apartado del conocimiento de Dios. Porque no es posible que aquel que escucha o profiere las palabras del mundo posea la familiaridad del corazón y la estima de Dios. Aquel que dice: "No estoy avergonzado de escuchar o decir cosas mundanas", se parece a un ciego que no ve la luz de la lámpara que ha acercado. La comparación con el sol que ilumina el mundo entero lo muestra: una pequeña nube que pasa esconde su brillo y su calor. Esto, aquellos que poseen el conocimiento lo saben».

29. Dijo también: «Lucha para escapar a las tres pasiones que derriban al alma y que son la avaricia, el honor y el descanso. Una vez que se apoderan del alma, no la dejan progresar».

30. Abba Pedro decía: «Pregunté a mi abba qué es ser esclavo de las pasiones; y él me dijo: «Mientras que el hombre es esclavo de cualquier pasión, no puede considerarse todavía como esclavo de Dios, pues él es esclavo de aquello por lo que es dominado. Pues mientras está prisionero en sí mismo, no puede enseñar a aquel que es dominado por la misma pasión. Sería para él una vergüenza enseñar antes de ser liberado, o rogar a Dios por el otro. Pues, ¿cómo suplicar por otro, estando uno mismo preso por esa pasión? En efecto, él no es ni esclavo de Dios, ni amigo, para poder suplicar por otro. Pero él debe pedir con insistencia ser él mismo purificado de esas pasiones de las que es esclavo. Y estimará su rostro como cubierto de vergüenza ante Dios. Porque mientras está sometido a las pasiones, debe llorar y no juzgarse digno de la familiaridad con Dios, pues la verdadera pureza es lo que Dios pide al hombre».

31. Dijo también: «Si alguno busca al Señor con el corazón contrito, el Señor lo escuchará; y aquel que pide

con conocimiento, aplicación y corazón contrito, sin estar apegado a ninguna cosa del mundo sino consciente de presentar irreprochable su alma al tribunal del Señor, Él se lo concederá».

32. Dijo también: «No despreciéis los salmos, porque ellos son los que expulsan del alma los espíritus impuros y hacen morar al Espíritu Santo. Recordad como David, tocando el arpa, tranquilizaba el espíritu malvado de Saúl [cf. 1 Sam 16,23]. Igualmente Eliseo, cuando la gente tenía mucha sed combatiendo a los hijos de Moab, dijo: Traedme a alguien que sepa tocar el arpa [cf. 2 Re 3,15]. Y mientras que él tocada, Eliseo rezaba, y vino el agua y la gente bebió».

33. Abba Isaías decía: «Vigila tu boca para que tu prójimo te tenga en estima; e instruye tu lengua en las palabras de Dios con conocimiento, y la mentira huirá de ti».

34. Abba Teodoro de Ennatón dijo: «Si Dios nos reprochase las negligencias en la oración y en la salmodia, no podríamos salvarnos».

35. Abba Teonás dijo: «Cuando la mente está ocupada fuera de la contemplación de Dios, nos volvemos esclavos de las pasiones carnales».

36. Dos hermanos fueron una vez a comprobar que abba Juan Colobos no dejaba vagar su pensamiento ni hablaba de cosa alguna de este mundo. Le dijeron: «Gracias a Dios que ha llovido mucho este año, y se regaron las palmeras, echan hojas, y los hermanos encuentran trabajo para sus manos». Abba Juan les dijo: «Así es el Espíritu Santo: cuando desciende en los corazones de los hombres, se renuevan estos y echan brotes en el temor de Dios».

37. Decían también de él que tejió una cuerda para fabricar dos esteras, pero que la empleó toda en una sola y no se dio cuenta hasta que llegó a la pared. Su pensamiento estaba entregado a la contemplación.

38. Vino una vez un camellero, para cargar sus cosas y llevarlas a otro lugar. Entró (abba Juan) para buscar una

cuerda, pero se olvidó, por tener el alma puesta en Dios. El camellero lo molestó de nuevo, llamando a la puerta, y una y otra vez, al volver a entrar, la olvidó abba Juan. Llamó el camellero por tercera vez, y entró diciendo: «Cuerda, camello».

39. Abba Juan Colobos dijo: «Soy como un hombre sentado bajo un gran árbol, y que ve venir contra él muchas fieras y serpientes, y como no las puede resistir, sube al árbol y se salva. Del mismo modo, sentado en mi celda, veo los fieros pensamientos que vienen contra mí, y que no he de poder con ellos; huyo por la oración adonde está Dios, y me libro del enemigo».

40. Había un anciano en Scitia de una gran austeridad corporal, pero que no retenía lo que le decían. Fue donde estaba abba Juan, y le preguntó acerca del olvido. Después de oír su palabra, regresó a su celda, y olvidó lo que abba Juan le había dicho y volvió a preguntarle. Habiendo escuchado de nuevo una palabra suya, se retiró. Pero cuando llegó a su celda, había olvidado la palabra que había oído. Iba y venía muchas veces, pero era dominado por el olvido. Más tarde, reencontrando de nuevo al anciano, le dijo: «Sabes, abba, que he olvidado cuanto me dijiste, pero por no molestarte, no he ido más». Abba Juan le dijo: «Ve y enciendo una lámpara». Él la encendió. Después, le dijo: «Trae otras lámparas y enciéndelas con esta». Así lo hizo. Y abba Juan dijo al anciano: «¿Acaso faltó algo a la lámpara por haber encendido con ella las demás?». Respondió que no. Entonces abba Juan dijo al anciano: «Pues tampoco Juan sufrirá detrimento aunque toda Scitia venga a verme. Esto no me alejaría de la gracia de Dios. Por consiguiente, ven cuando lo desees, sin pensarlo». Así, por la paciencia de ambos, Dios suprimió el olvido del anciano. Tal era la forma de actuar de los scitiotas: dar coraje a aquellos que eran atacados, y hacerse violencia para adquirir una buena ganancia los unos de los otros.

41. Abba Juan Colobos decía a su discípulo: «Si honramos a uno, todos nos honrarán, pero si despreciamos a uno, es decir a Dios, todos nos despreciarán, e iremos a la perdición».

42. Dijo también: «La prisión, es sentarse en la cela y acordarse siempre de Dios; porque esto es lo que está dicho: *Estuve preso y vinisteis a verme*» [Mt 25,36].

43. Un hermano preguntó a abba Juan: «¿Qué haré? A menudo viene un hermano para llevarme a trabajar, pero yo soy enfermo y débil y me fatigo con el esfuerzo. ¿Qué debo hacer con la orden?». El anciano le respondió: «Dijo Caleb a Josué, hijo de Navé: "Tenía cuarenta años cuando Moisés, el siervo de Dios, me mandó desde el desierto a esta tierra contigo. Tengo ahora ochenta y cinco años; como entonces, puedo ahora entrar y salir en guerra" [cf. Jos 14,7.10s]. También tú, si puedes salir al combate y puedes entrar, ve, pero si no puedes obrar de esa manera, sentado en tu celda llora tus pecados, y cuando te encuentren llorando, no te obligarán a salir».

44. Abba José dijo a abba Lot: «Tú no puedes ser monje, si no eres como un fuego ardiente».

45. Abba Isidoro, el presbítero de Scitia, dijo: «Cuando era joven y todavía vivía en mi celda, no tenía un tiempo para sinaxis: tanto la noche como el día eran una sinaxis».

46. Contaban que abba Apolo tenía un discípulo, llamado Isaac, educado perfectamente en toda obra buena y que había recibido el don del recogimiento en la santa ofrenda. Cuando iba a la iglesia, no permitía que se le acercara nadie. Decía que todas las cosas son buenas a su tiempo, porque hay un tiempo para cada cosa [cf. Ecl 3,1]. Cuando concluía la sinaxis huía como del fuego, para dirigirse a su celda. Daban a veces a los hermanos, después de la sinaxis, unos panecillos con un vaso de vino, pero él no lo tomaba; no porque rechazase la caridad de los hermanos, sino para conservar la quietud de la sinaxis. Cayó una vez enfermo.

Lo oyeron los hermanos y fueron a visitarlo. Cuando los hermanos estuvieron sentados, le preguntaron: «Abba Isaac, ¿por qué huyes de los hermanos después de la sinaxis?». Les respondió: «No huyo de los hermanos, sino de las malas artes del demonio. Si uno tiene una lámpara encendida y se demora al aire libre, el viento la apaga. Así también nosotros: cuando hemos sido iluminados por la sagrada ofrenda, si nos demoramos fuera de la celda, se oscurece el espíritu». Este era el modo de vida del santo Isaac.

47. Abba Casiano contó de un anciano establecido en el desierto, que rogaba a Dios que le diese la gracia de no dormirse nunca en una conversación espiritual, pero caer presa del sueño si alguien pronunciaba críticas o futilidades, para que sus oídos no recibiesen ese veneno. Decía el mismo que el diablo es diligente cuando se trata de palabras ociosas, y enemigo de toda enseñanza espiritual, usando para ello este ejemplo: «Una vez que les hablé a unos hermanos sobre una cosa útil, cayeron ellos en un sueño tan profundo que no podían mover los párpados. Queriendo mostrarles la acción del demonio, introduje una historia vana, y se despertaron de inmediato, con alegría. Gimiendo, les dije: "Cuando hablábamos de cosas celestiales, los ojos de todos ustedes estaban cerrados por el sueño; apenas dije una palabra vana, todos se despertaron diligentemente. Por eso, hermanos, os exhorto: reconozcan la acción del demonio, y vigilad sobre vosotros mismos, guardándoos del sueño cuando hacen o escuchan algo espiritual"»[6].

48. Abba Macario el Grande dijo: «El alma debe ordenar sus diversos pensamientos en la salmodia con compunción, y no pensar en nada más que atender al Señor, y guardar sólo su amor por él, el cual es innato. E igual que una madre congrega a sus hijos en casa para enseñarles y regañarles, así el alma debe llamar a cada uno de sus pen-

[6] Tomado de *Inst.* V, 29 y 31 (Guy: SCh 109,236 y 240), donde este anciano es llamado Máquilo.

samientos vagabundos, como a sus propios hijos, incluso si ellos están alejados por el pecado, de forma que recoja todos los que pueda, y esperar al Señor con una fe sólida, para que venga a ella la enseñanza de la verdadera oración sin distracciones, aplicándose solamente a suplicar».

49. Un hermano dijo a un anciano: «Dime cómo ser salvado». El anciano le dijo: «Si quieres salvarte, ama al Señor tu Dios con todo tu corazón y observa sus mandamientos: no mientas, no jures, no hables en vano, no calumnies, no seas orgulloso, no hagas el mal, no seas envidioso, no robes, no forniques. Ama no solamente a aquellos que te aman [cf. Mt 5,44-46], sino también a aquellos que te hacen daño, reza por aquellos que te afligen y da gracias a Dios por las aflicciones que te sobrevienen sea por los demonios, sea por los hombres. Canta con inteligencia [cf. Sal 46,8], reza con compunción. Al que te pide, dale lo que te pida [cf. Mt 5,42]; domina tu vientre con la continencia; refrena la cólera con la longanimidad; odia las pasiones, ama las virtudes; ten constantemente ante tus ojos a Dios, que ve tus acciones y sus motivaciones; no hagas nada por ostentación delante de los hombres, sino considérate a ti mismo como el más pecador de todos; purifica tus pensamientos por la confesión y los frutos justos de la penitencia. No odies a nadie en toda la vida, para que no seas odiado por el Señor tu Dios. El Señor realmente dijo: *No todos los que me dicen "Señor, Señor" entrarán al reino de los cielos, sino sólo aquellos que hacen la voluntad de mi Padre que está en los cielos* [Mt 7,21]. El Apóstol dijo: *No os engañéis, ni los ladrones, ni los fornicadores, ni los avaros, ni los borrachos, ni los injuriosos entrarán en el reino de Dios* [1 Cor 6,9s]. Y también: Abstente de toda obra malvada, pero haz todas las obras buenas [cf. 1 Tes 5,22; Col 1,10]. Tales son las señales distintivas de aquellos que temen al Señor: ser fiel, suave, pacifico, sin malicia, no amar el dinero, no ser orgulloso, ser humilde, dócil, apacible, pronto al bien, inflexible al mal».

50. Dijo también: «¿Cómo devolveremos al Señor todo lo que nos ha hecho? [cf. Sal 115,3]. Nos ha creado de la nada; por nosotros, ha hecho pasar del no-ser al ser al cielo, la tierra, el aire, el mar y cuanto contiene; cuando, a causa de la seducción del diablo, caímos en el pecado y, por el pecado, en la muerte [cf. Rom 5,12], él no nos despreció, sino que nos dio la ayuda de la ley, envió a los profetas para corregir nuestra malicia y enseñarnos la virtud, puso ángeles guardianes en nuestras vidas y, colmando su bondad para con nosotros, que es a la vez la más admirable y la más elevada, envió a su único Hijo para que, creyendo en el Padre, en el Hijo y en el santo Espíritu y guardando sus mandamientos, seamos dignos, incluso, del reino de los cielos. En efecto, siendo verdaderamente Dios, el Verbo del Padre vino sobre la tierra y, hecho carne, fue engendrado por la santa Virgen; y, habiendo vivido en nuestro mundo, nos mostró el camino de la humildad, de la obediencia y de toda virtud saludable, sufrió por nosotros, fue crucificado por nosotros, muerto y enterrado, resucitado y elevado junto a su Padre sin principio. Reflexionando en todo esto y conservando el recuerdo inmutable, serviremos al Señor en el temor para que vengan así a nosotros el Padre, el Hijo y el santo Espíritu, y hagan en nosotros su morada, según la promesa de nuestro Señor, el mismo Jesucristo, que dijo: *Vendremos a vivir con él* [Jn 14,23]; y también: *Habitaré y moraré en ellos* [Lev 26,11; 2 Cor 6,16]; y estas palabras del Apóstol nos animan y nos preparan: *Orad sin cesar, dando gracias en todo* [1 Tes 5,17], y: *Tengo siempre al Señor ante mí, con Él a mi derecha no vacilaré* [Sal 16,8; Hch 2,25], y: *Atiende a ti mismo para que puedas estar a atento a Dios*[7]. En verdad, si no estamos atentos también a Dios, perderemos nuestro camino; pero si estamos atentos, le

[7] Esta cita no aparece en la Escritura. El único lugar donde se encuentra esta frase, además de en TLG (versión E) es al final de la homilía de Basilio *In illud: Attende se ipsum* 8 (ed. Rudberg [Estocolmo 1962] 37, l. 14-15).

cantaremos sin cesar himnos de acción de gracias por los prodigios inefables hechos en favor nuestro, para obtener también los bienes eternos».

51. Abba Moisés dijo: «No se puede entrar en el ejército de Cristo si uno no se convierte, todo entero, como en un fuego, y si uno no desprecia la reputación y el descanso para restarle poderes a la carne y guardar todos los mandamientos de Dios».

52. Dijo también: «Huyamos de la libertad de palabra para que su fuego no consuma los frutos de nuestros esfuerzos».

53. Dijo también: «Adquiramos la piedad, la dignidad, la simplicidad, la dulzura y el respeto con todos los hombres, y huyamos de la libertad de palabra, que es la madre de todos los vicios».

54. Cuando era joven, abba Pastor fue una vez a visitar a un anciano para interrogarlo acerca de tres pensamientos. Cuando llegó a casa del anciano, olvidó uno de los tres y regresó a su celda, pero cuando estiró la mano para abrir el cerrojo, recordó la palabra que había olvidado. Dejando la llave, regresó a casa del anciano. Este le dijo: «Te apresuraste a venir, hermano». Él le contó: «Cuando estiré la mano para coger la llave, recordé la palabra que buscaba y no abrí; por eso he regresado». Era muy grande la distancia de camino. Y el anciano dijo: «Bravo, Pastor; tu nombre será pronunciado en todo Egipto».

55. Abba Amón fue a casa de abba Pastor y le dijo: «Si voy a la celda de un vecino, o él viene a la mía para tratar un asunto cualquiera, tememos dejarnos llevar a alguna conversación profana». El anciano le dijo: «Haces bien, porque los jóvenes tienen necesidad de vigilancia». Abba Amón le dijo: «Y los ancianos, ¿cómo hablan?». Y él le dijo: «A los ancianos que han progresado no les viene a los labios ninguna cosa profana que hablar». Abba Amón le dijo: «Entonces, si me veo obligado a hablar con mi vecino, ¿prefieres que

hable con él de las Escrituras o de las palabras de los ancianos?». El anciano le dijo: «Si no puedes callar, es mejor que hables de las palabras de los ancianos que de la Escritura, pues esto encierra peligros no pequeños».

56. Alguien preguntó a abba Pastor sobre los pensamientos, y él respondió: «Si somos activos y velamos con solicitud, no hallaremos impureza en nosotros».

57. Decían de abba Pastor que, cuando se disponía a ir a la sinaxis, se sentaba para examinar sus pensamientos durante una hora, y después salía.

58. Abba Pastor dijo también que alguien interrogó una vez a abba Paesio diciendo: «¿Qué haré de mi alma, pues es insensible y no teme a Dios?». Y él le dijo: «Ve, únete con un hombre que tema a Dios y permanece junto a él, y te enseñará a temer a Dios».

59. Dijo también: «El principio y el fin, es el temor de Dios. Pues está escrito: *El principio de la sabiduría es el temor del Señor* [Sal 110,10]; y también, cuando Abrahán levantó el altar, el Señor le dijo: *Ahora, sé que temes a Dios* [Gén 22,12]».

60. Dijo también: «Estas tres cosas son útiles: el temor del Señor, orar a Dios sin cesar y hacer el bien a tu prójimo».

61. Abba Pastor dijo: «Si un hombre hiciera un cielo nuevo y una tierra nueva [cf. Is 66,22], no por eso estaría libre de cuidado».

62. Dijo también: «Apártate de quien ame contestar en la discusión».

63. Abba Pablo y su hermano Timoteo eran barberos en Scitia, y los hermanos los incomodaban. Y Timoteo dijo a su hermano: «¿Por qué seguimos en este oficio? No nos han dejado en paz en todo el día». Abba Pablo le dijo: «La paz de la noche nos basta si nuestra mente está mirando hacia Dios».

64. Alguien preguntó a abba Pedro, discípulo de abba Lot: «Cuando estoy en mi celda, mi alma está en paz; pero

viene un hermano, me cuenta lo que sucede fuera, y mi alma se turba». Abba Pedro le dijo que abba Lot le decía: «Tu llave abre tu puerta». El hermano le dijo: «¿Qué significa esta palabra?». Y le contestó: «Si alguien viene a tu casa y le dices "¿cómo estás?" o "¿de dónde vienes?", "¿cómo están los hermanos?, ¿te han recibido bien o no?", entonces, abres la puerta a tu hermano, y escuchas lo que no quieres». Él le dijo: «Así es. Y, ¿qué debo hacer cuando alguien venga a mi casa?». El anciano le dijo: «La única enseñanza es la aflicción; donde no existe aflicción es imposible guardar el alma». El hermano le dijo: «Cuando estoy en la celda, la aflicción está conmigo; pero cuando alguien viene a ella o yo salgo de la celda, no la encuentro.» El anciano le dijo: «Todavía no la posees, sino que dispones de ella en ciertas ocasiones». El hermano dijo: «¿Qué significa eso?». El anciano dijo: «Si el hombre se esfuerza por algo, cuando lo busque, lo encontrará»[8].

65. Abba Sisoés, solicitado insistentemente para hablar por un hermano, dijo: «Vive en tu celda con vigilancia y preséntate a Dios con abundantes lágrimas, y encontrarás el descanso».

66. Un hermano dijo a abba Sisoés: «Quiero guardar mi corazón y no puedo». El anciano le dijo: «¿Cómo guardaremos nuestro corazón si la puerta de nuestra lengua está abierta?».

67. Cuando abba Silvano vivía en el monte Sinaí, su discípulo Zacarías tuvo que salir para un servicio, y dijo al anciano: «Abre el agua y riega el huerto». El anciano salió y se cubrió los ojos con el capuchón, no viendo más que sus pies. Llegó en ese momento un hermano y, mirándolo de lejos, consideraba lo que hacía. Entró el hermano donde estaba él y le dijo: «Dime, abba, ¿por qué te tapabas la cara

[8] *Alph.* Incluye los mismos complementos largos que los mss M y S (con la cita de Dt 15,12-17). No es fácil saber si se trata de una tradición más antigua o de la contaminación más tardía de dos apotegmas.

con el capuchón cuando regabas el jardín?». El anciano le dijo: «Hijo mío, para que mis ojos no vieran los árboles y que mi espíritu, por su causa, no fuese distraído de la obra de Dios».

68. Abba Moisés preguntó a abba Silvano: «¿Puede el hombre recomenzar cada día?». Y abba Silvano dijo: «Si es trabajador, puede recomenzar a cada hora».

69. Preguntaron a abba Silvano: «¿En qué práctica te has ejercitado para adquirir tal conocimiento?». Y les respondió: «Nunca permití entrar en mi corazón un pensamiento que encendiese la cólera de Dios».

70. Abba Serapión dijo: «Del mismo modo que lo soldados del emperador, cuando están a sus costados, no pueden mirar ni a la derecha ni a la izquierda, tampoco el hombre que permanece en la presencia de Dios y guarda sin cesar en él su temor: ninguna amenaza del enemigo lo puede asustar».

71. Amma Sinclética dijo: «Hijas mías, todas conocemos el camino de salvación, pero a causa de nuestra negligencia natural, nos apartamos de la salvación»[9].

72. Dijo también: «Estemos vigilantes; pues es por nuestros sentidos que, aunque no lo queramos, entran los deseos. ¿Cómo puede no ser ennegrecida una casa si el humo entra desde el exterior y las ventanas están abiertas?»[10].

73. Dijo también: «Necesitamos armarnos contra los demonios, porque, al mismo tiempo, nos atacan del exterior y se mueven en el interior; y el alma es como un barco, a veces inundado por las grandes olas exteriores, a veces hundido por la sentina, en el interior, pues está sobrecargada. Nosotros también, del mismo modo, a veces nos perdemos a causa de las faltas exteriores que cometemos, a veces nos ensuciamos por nuestros pensamientos interiores. Por tanto, debemos vigilar los ataques exteriores de

[9] Tomado de *Vita* 22: PG 28,1500 B.
[10] *Vita* 25a: PG 28,1501 C.

los espíritus, y deshacernos de la impureza interior de los pensamientos»[11].

74. Dijo también: «Aquí abajo no tenemos tranquilidad. La Escritura dice: *El que cree estar firme, tenga cuidado de no caer* [1 Cor 10,12]. Navegamos en la oscuridad, ya que el santo salmista David llama a nuestra vida un mar[12]; pero el mar puede estar lleno de monstruos o impasible. Y nosotros, parece que navegamos sobre un mar tranquilo, mientras que los seculares lo hacen sobre un mar peligroso. Nosotros, navegamos de día, guiados por el Sol de justicia, y ellos de noche, llevados por la ignorancia. Y sin embargo, a menudo sucede que el secular, pidiendo ayuda y asegurándose en la tempestad y el peligro, salva su embarcación, mientras que nosotros que vamos sobre un mar tranquilo, naufragamos por negligencia, por haber abandonado el gobierno de la justicia»[13].

75. Abba Hiperiquio dijo: «Que tu pensamiento esté siempre en el reino de los cielos, y pronto lo recibirás en herencia»[14].

76. Dijo también: «Que la vida del monje, imitando la de los ángeles, queme el pecado»[15].

77. Abba Orsisio dijo: «Considero que, si el hombre no guarda bien su corazón, olvidará y descuidará todo lo que oye y de este modo, el enemigo, encontrando lugar en él, lo hará caer. Es como la lámpara preparada y ardiente, si se descuida de ponerle aceite, poco después se apagará y después podrán más las tinieblas que ella. Y no sólo esto, sino que, si una rata se acerca a la lámpara, buscando roer la mecha, no puede hacerlo antes que se apague la lámpara y enfríe el aceite. Pero cuando ve que la lámpara, no sólo está

[11] *Vita* 45: PG 28,1513 BC.
[12] Cita inencontrable.
[13] *Vita* 46 fin-47: PG 28,1513 D-1516 A.
[14] Tomado de Hip *Adhort.* 23: PG 79,1476 B.
[15] Tomado de Hip *Adhort.* 25a: PG 79,1476 C.

sin luz, sino que también sin calor, al tirar de la mecha, hace caer también la lámpara. Si esta es de barro, se rompe; si es de bronce, el dueño de casa la llenará de nuevo. De manera semejante, en el alma negligente, el Espíritu Santo se va alejando poco a poco, hasta que, al fin, pierde su calor y viene entonces el enemigo y come el fervor del alma y la maldad apaga también el cuerpo. Pero si el hombre es bueno en su unión con Dios, y en su simplicidad ha sido arrastrado a la negligencia, Dios, en su misericordia, le envía su temor y el recuerdo de los castigos futuros, y lo dispone para que sea vigilante y se guarde, en el futuro, con mucha prudencia, hasta su venida»[16].

78. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Qué haré? Mi lengua me atormenta: cuando estoy en medio de los hombres no puedo contenerla, sino que los condena en las obras buenas y los acuso». Y el anciano le respondió: «Si no puedes contenerte, huye a vivir solo, porque es enfermedad. El que vive con los hermanos, no debe ser cuadrado, sino redondo, para volverse hacia todos e intentar ganarlos a todos y guardar su espíritu por el temor de Dios».

79. Los Padres contaban que un anciano fue juzgado por Dios digno de grandes carismas, y que se hizo muy célebre. A causa de su virtud, su nombre llegó al emperador. Y el emperador lo hizo ir para ser honrado con sus plegarias. Lo conoció y, después de haber obtenido mucho provecho, le dio oro. El anciano aceptó, volvió a su casa y comenzó a cultivar un campo y otra posesión. Pero, como de costumbre, vino un endemoniado y el anciano dijo al demonio: «Sal de la criatura de Dios». Pero el demonio le dijo: «No puedo escucharte». El anciano dijo: «¿Por qué?». El demonio dijo: «Porque te has vuelto como uno de nosotros, habiendo abandonado la inquietud de Dios y consa-

[16] El mismo texto se encuentra en la tercera Vida griega de Pacomio, 170: F. Halkin, *Sancti Pachomii vitae graecae* (Bruselas 1932) *(Subsid. Hagiogr.* 19), p.373, 1.3- 374, 1.5.

grándote a las cosas terrenas. Es por esto que no te escucho y que no salgo».

80. Uno de los ancianos fue a casa de otro anciano. En su conversación, el primero dijo: «Yo he muerto al mundo». El otro dijo: «No confíes tanto en ti mismo mientras no hayas abandonado este cuerpo, porque puedes decir "estoy muerto", pero Satanás no está muerto».

81. Un anciano dijo: «Esfuérzate en no pecar para no injuriar a Dios, que habita en ti, y echarlo de tu alma».

82. Un anciano dijo: «Combate contra todo lo que puedas por una vida piadosa, para ser justificado».

83. Dijo también: «Medita siempre sobre el bien para hacerlo también, porque el pensamiento del hombre no escapa a Dios. Que tu espíritu sea libre de todo mal».

84. Un anciano dijo: «Es imposible que tu alma sea iluminada si tú no te has purificado».

85. Dijo también: «Donde quiera que vaya, la abeja hace miel; del mismo modo, el monje, donde quiera que vaya, lleva a cabo la obra de Dios».

86. Uno de los Padres dijo: «Es necesario que el monje ayune con pena, cante con inteligencia, ore con vigilancia, suplique a Dios con conocimiento y no haga nada terrestre sino todas las obras espirituales: pues en esto consiste ser monje».

87. Dijo también: «Es deshonesto que después de haber sido negligente en la actualidad, no retractemos luego, cuando nuestro dolor no nos dará nada más».

88. Dijo también: «Combatamos por los bienes futuros, preparémonos a dejar esta vida y no desperdiciemos nuestro tiempo».

89. Dijo también: «Seamos vigilantes, hermanos, en el momento del combate, no nos relajemos y no nos deshagamos del cuidado contra las malas acciones, para que el pensamiento malvado no encuentro acceso a nuestras almas».

90. Un anciano dijo: «El monje debe, cada noche y cada mañana, rendirse cuentas a sí mismo: ¿Qué he omitido de lo que Dios quiere? ¿Qué he hecho de lo que Él quiere? Y preguntándose esto, debe hacer penitencia toda su vida. Tal debe ser el monje, tal vivió Abba Arsenio».

91. Un anciano dijo: «Si alguien pierde oro o plata, puede encontrarlo en un intercambio; pero aquel que pierde el tiempo, no lo encuentra».

92. Un anciano decía que no se preocupaba de nada más que del temor de Dios. Decía: «Incluso si soy obligado a preocuparme de una necesidad corporal, nunca lo hago antes de tiempo».

93. Un anciano dijo: «Del mismo modo que un soldado o un cazador que van al combate no se preocupan de saber si otro está herido o a salvo, sino que pelean por sí mismos, así debe ser el monje».

94. Un anciano dijo: «Del mismo modo que nadie puede herir al que está al lado del emperador, tampoco Satanás puede hacernos daño si nuestra alma está unida a Dios, pues está escrito: *Volveos a mí y yo me volveré a vosotros* [Zac 1,3]. Pero como nos dejamos distraer continuamente, el enemigo atrae fácilmente nuestra pobre alma a las vergonzosas pasiones».

95. Un anciano dijo: «El hombre debe vigilar sus obras para que ellas no lo pierdan. En efecto, si alguno trabaja mucho pero no vigila nada, no sacará ningún provecho; mas si trabaja poco y vigila su obra, lo obtendrá».

96. Un anciano dijo también: «En todas nuestras acciones, pequeñas o grandes, debemos pensar en el objetivo, sea en los pensamientos o en los actos».

97. Un anciano dijo: «Que duermas o que veles y te ocupes de cualquier cosa, si tienes presente a Dios, el enemigo no puede asustarte de ningún modo. Si este pensamiento permanece en el hombre, también la fuerza de Dios estará presente».

98. Un anciano dijo: «Levantado en la mañana, dite: Cuerpo, trabaja para alimentarte; alma, vigila para heredar el reino de los cielos».

99. Un hermano dijo a un anciano: «¿Qué haré con mi dejadez?». El anciano le dijo: «Si no arrancas la pequeña planta de la dejadez, terminará en una gran excrecencia».

100. Un hermano dijo a un anciano: «No veo lucha en mi corazón». El anciano le dijo: «Eres como un edificio de cuatro puertas: cada uno entra y sale como quiere, y tú no lo notas; pero si tú tienes una puerta y la cierras y no permites que pase cualquiera, es decir, los malvados pensamientos, entonces los verás detenerse fuera y combatirte».

101. Decían de un anciano que cuando sus pensamientos le decían: «Relájate hoy, y mañana haces penitencia», él respondía: «No, sino que haré penitencia hoy y mañana haré la voluntad de Dios».

102. Un anciano dijo: «Si nuestro hombre interior no es vigilante, no es posible guardar, incluso, al hombre exterior».

103. Un anciano dijo: «Tres son las potencias de Satán, que desarrollan las otras faltas: la primera es el olvido, la segunda la negligencia, la tercera el deseo; y el hombre cae a causa del deseo. Si el espíritu se mantiene en guardia contra el olvido, no deviene negligente; y si no es negligente, no cede paso al deseo; y si no desea, no cae jamás, por la gracia de Cristo»[17].

104. Un anciano dijo: «Practica el silencio, no te preocupes de nada, aplícate a la meditación, duerme y levántate en el temor de Dios, y no tendrás que temer los ataques de los impíos».

105. Un anciano dijo: «Satanás es un cordelero; siempre que le proporciones hilos, los teje». Decía esto a propósito de los pensamientos.

[17] Cf. Marcos el Monje, *La loi spirituelle* 79: SCh 445,90.

106. Un anciano dijo: «El diablo es el enemigo, y tú eres la casa. El diablo no cesa de lanzarte todo lo que quiere, vertiendo toda clase de impurezas sobre tu casa. Depende de ti el aceptar o no aceptar. Si eres negligente tu casa se llena de impurezas y no puedes entrar; pero si tan pronto como te empieza a lanzar cosas, lo rechazas al punto, la casa queda limpia por la gracia de Cristo».

107. Uno de los ancianos dijo: «Cuando a un animal se le tapan los ojos, da vueltas alrededor del molino, porque si tuviese los ojos descubiertos no daría vueltas. También el diablo, cuando consigue cegar los ojos del hombre, lo humilla con toda clase de pecados. Pero si no se cierran los ojos, es más fácil escapar de él».

108. Un sacerdote de los ídolos fue a Scitia y durmió en casa de un anciano. Al ver su forma de vida, le dijo: «¿No tenéis ninguna visión de vuestro Dios?». El anciano dijo que no. Y el sacerdote dijo: «A nosotros, que realizamos liturgias breves, todos los misterios nos son revelados; y vosotros, que hacéis todos estos esfuerzos y vigilias, ¿no veis nada? En verdad, tenéis el corazón lleno de malos pensamientos, y por eso os habéis separado de vuestro Dios y no os hace conocer sus misterios». Cuando se enteraron, los Padres se llenaron de asombro y dijeron: «Los pensamientos impuros nos separan de Dios».

109. Decían que siete monjes moraban en el monte de abba Antonio. Cuando llegaba el tiempo de los dátiles uno de ellos se encargaba de espantar a los pájaros. Y uno de aquellos ancianos, el día que le tocaba guardar los dátiles, gritaba: «Salid de dentro los pensamientos malos, y pájaros, ¡fuera!».

110. Un hermano de las Celdas preparó las palmas, pero al sentarse para hacer las esteras le vino el pensamiento de ir a visitar a un anciano. Y reflexionando interiormente dijo: «Iré dentro de unos días». Y de nuevo le insinuaba su pensamiento: «Y si muere entre tanto, ¿qué

harás?». «Iré ahora a hablar con él, aprovechando el verano». Pero de nuevo pensó: «No es ahora el momento. Cuando hayas cortado los juncos para las esteras, entonces será la ocasión». Y de nuevo se dijo: «Extiendo estas palmas y voy». Y pensó otra vez: «Hoy hace buen día». Se levantó, dejó las palmas en agua, tomó su melota y marchó. Tenía por vecino de celda un anciano que leía los corazones y al verle caminar con tanta prisa le gritó: «¡Prisionero, prisionero!, ¿dónde vas tan corriendo? Ven aquí». Y cuando llegó donde estaba, le dijo el anciano: «Vuelve a tu celda». El hermano le contó el vaivén de su pensamiento y luego volvió a su celda. Entró en ella, se postró en tierra e hizo una metanía. Hecho esto los demonios empezaron a gritar con grandes voces: «¡Nos has vencido, monje!». La estera sobre la que se había postrado pareció incendiarse y los demonios desaparecieron como el humo. Así el hermano aprendió sus malas artes.

111. Un anciano dijo: «Hermanos, seamos vigilantes, sobrios en la oración, ocupémonos de Dios para ser salvados haciendo lo que le agrada. El soldado en el combate se preocupa sólo de su vida, igual que el cazador. Hagamos como ellos. Aquel que vive según Dios, vive con Él; pues *viviré y andaré entre ellos, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo* [2 Cor 6,16]».

112. Uno de los ancianos dijo: «Guárdate de los hermanos que te exalten, de los pensamientos, y de aquellos que denigran al prójimo. Porque nadie sabe nada. El ladrón está sobre la cruz y, por una sola palabra, es justificado [cf. Lc 23,40-43]; Judas era considerado entre los apóstoles y en una sola noche perdió todo su esfuerzo y descendió del cielo al Hades [cf. Mt 27,3-10]. Por tanto, que nadie se jacte de ser bueno; porque todos aquellos que se confían en sí mismos caerán en un instante».

113. Un anciano dijo: «Si ves a un hermano cometer una falta, no le imputes la falta, sino a aquel que lo com-

bate, y di: Pobre de mí, porque yo también soy como aquel que ha sido vencido. Y llora pidiendo la ayuda de Dios, y compadécete de aquel que ha caído. Nadie quiere pecar contra Dios, pero todos somos engañados».

114. Se contaba de un anciano que se moría en Scitia y que los hermanos rodeaban su lecho. Le vistieron su hábito llorando, pero él abrió los ojos y se echó a reír. Y esto mismo se repitió tres veces. Al verlo los hermanos le preguntaron: «Padre, ¿por qué nosotros lloramos y tú te ríes?». Él les dijo: «He reído la primera vez porque vosotros tenéis miedo a la muerte. La segunda porque no estáis preparados. La tercera porque paso del trabajo al descanso, y vosotros lloráis». Dichas estas palabras cerró los ojos y descansó en el Señor.

115. Un anciano dijo: «Del mismo modo que el portero no puede dejar entrar a un extranjero cuando el dueño de la casa no se lo ordena, así el enemigo no puede entrar si no es recibido. Cuando reces, di: "Señor, tú lo sabes todo; yo soy torpe y no sé nada [cf. Sal 72,22]. Eres tú quien me ha guiado a este estado de salvación; sálvame, Señor, *soy tu siervo, hijo de tu esclava* [Sal 115,7]. Señor, sálvame por tu voluntad"».

116. Un hermano que vivía en Las Celdas fue a casa de uno de los Padres y le dijo que sus pensamientos le atormentaban. El anciano le dijo: «Has arrojado por tierra esa herramienta maravillosa que es el temor de Dios y tienes en la mano una vara de caña, que son los malos pensamientos. Toma en ella más bien el fuego del temor de Dios y cuando se te acerque el mal pensamiento, arderá como caña en el fuego del temor de Dios. El mal no tiene ningún poder contra los que temen a Dios».

117. Un anciano dijo: «Si has renunciado por Dios a los vínculos carnales, no te dejes atraer por el placer mientras estés en tu celda, extrañando a tu padre o a tu madre, la amistad de tus hermanos, el afecto de tus hijos e hijas o la

amistad de tu esposa. En efecto, tú lo has abandonado todo por Dios; así que recuerda que en el momento de la muerte ninguno de ellos te podrá ayudar».

118. Un anciano dijo: «Hay dos raíces grandes y poderosas, y si nos protegemos con ellas, por la gracia de Dios, venceremos todas las pasiones: consiste en tener en el corazón el temor de Dios y la humildad».

119. Uno de los ancianos decía: «He aquí las tres cosas que convienen al monje: vivir como extranjero, la pobreza y un silencio vigilante».

120. Uno de los Padres decía que uno estaba atento a sí mismo sin temor al esfuerzo, pero se relajó un poco. Acusándose a sí mismo de su relajación, dijo: «Alma mía, ¿hasta cuándo descuidarás tu salvación y no temerás el juicio de Dios a fin de no ser sorprendida en esta negligencia y arrojada a los castigos eternos?». Diciéndose esto, volvió a la obra de Dios. Mientras hacía la sinaxis, los demonios vinieron a molestarlo. Les dijo: «¿Hasta cuándo me molestareis? ¿No os llega con mi negligencia pasada?». Los demonios le dijeron: «Cuando tú te descuidabas, nosotros también te descuidábamos; pero cuando te volviste contra nosotros, nosotros también nos volvimos contra ti». Estas palabras lo estimularon a avanzar en el temor de Dios, y progresó por la gracia de Dios.

121. Un hermano que estaba tentado fue a casa de un anciano a exponerle las tentaciones que soportaba. El anciano le dijo: «No te asustes de las tentaciones que te sobrevienen; cada vez que lo enemigos ven el alma vuelta hacia Dios y atacándolos a ellos, se irritan y se consumen de envidia. Es imposible que Dios y sus santos ángeles no estén presentes en las tentaciones; solamente, no ceses de pedir su ayuda con una gran humildad. Así, cuando te pase algo tal, pon tu espíritu en la llegada de Dios, nuestro defensor en la debilidad, de la crueldad de nuestro enemigo, y obtendrás la ayuda de Dios».

122. Preguntaron a un anciano: «¿Qué es rezar a Dios sin distracción?». Él respondió: «Aplicarse con pureza a los mandamientos de Dios y a toda su voluntad».

123. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Cuál es el cultivo del alma que la hace dar buen fruto?». El anciano le dijo: «En mi opinión, el cultivo del alma es el recogimiento en la vigilancia, la continencia, la incomodidad del cuerpo, mucha oración corporal y no estar atento a las faltas de los hombres».

124. Uno de los Padres decía: «No puedes amar sí antes no has odiado. Porque si no odias al pecado, no podrás cumplir con la justicia, pues escrito está: Apártate del mal y obra el bien [Sal 36,27]. Porque en todo esto lo que importa es la voluntad de Dios. Adán, estando en el paraíso, desobedeció el mandamiento del Señor, mientras que Job, sentado en su estercolero, lo observó. Por eso Dios sólo busca en el hombre su buena voluntad y que lo tema cada día».

125. Un anciano dijo que había un agricultor muy rico que, queriendo enseñar a sus hijos la agricultura, les dijo: «Hijos míos, sabéis como hice fortuna; también vosotros, si me escucháis, os haréis ricos». Entonces ellos le dijeron: «Te suplicamos, Padre, que nos digas como». Pero él maniobró hábilmente para que ellos no se relajasen; les dijo: «Hay un día al año donde, si uno se encuentra en el trabajo, se hace rico; pero mi vejez me hace olvidar qué día es este. No descuides ningún día de trabajo, no sea que este bendito día sea aquel en el cual no estáis trabajando y que os hayáis esforzado en vano todo el año». Es lo mismo para nosotros: si trabajamos sin cesar, encontraremos el camino de la vida.

126. Amma Sara dijo: «Levanto mi pie para subir por la escalera y pongo la muerte ante mi vista antes de subir».

Capítulo XII

DE LA ORACIÓN CONSTANTE

1. Decían de abba Arsenio que, la tarde del sábado, al comenzar el domingo, dejaba el sol a su espalda y extendía sus manos hacia el cielo, en oración, hasta que nuevamente el sol iluminaba su rostro. Entonces, se sentaba.

2. Los hermanos preguntaron a abba Agatón: «Entre todas las virtudes, ¿cuál exige mayor esfuerzo?». Les dijo: «Perdonadme, creo que no hay trabajo igual al de orar a Dios. Cada vez que el hombre quiere orar, los enemigos se esfuerzan por impedírselo, porque saben que sólo los detiene la oración a Dios. En toda obra buena que emprenda el hombre, llegará al descanso si persevera en ella, pero en la oración se necesita combatir hasta el último suspiro».

3. Abba Dulas, discípulo de abba Besarión contaba esto. Un día fui a la celda de mi abba y lo encontré de pie en oración, con las manos extendidas hacia el cielo. Permaneció haciendo esto durante catorce días. Después me llamó y me dijo: «Sígueme». Salimos y nos internamos en el desierto. Tuve sed y dije: «Abba, tengo sed». Tomando el anciano mi melota, se apartó la distancia de un tiro de piedra, y después de orar, me la devolvió llena de agua. Proseguimos nuestra marcha hasta Lyco, donde está la casa de abba Juan. Lo saludamos e hicimos la oración. Después, sentándose, conversaron acerca de las visiones que habían tenido. Abba Besarión dijo: «Una respuesta vino del Señor: que los templos serán destruidos. Esto es lo que pasó: fueron destruidos».

4. Un anciano dijo: «Cuando estés sin valor, reza, según lo que está escrito: Reza con temor y temblor (cf. Sal 2,11)

en la prudencia y la vigilia (cf. 1 Pe 5,8). Es así que se debe rezar, sobre todo a causa de nuestros enemigos invisibles, pícaros y perversos que quieren hacernos perder este estado»[1].

5. Dijo también: «Cuando te venga un mal pensamiento en la oración, no busques otra cosa en ella. Afila la espada de las lágrimas contra el que te combate».

6. El abba del monasterio que el bienaventurado Epifanio, obispo de Chipre, tenía en Palestina, le envió a decir: «Gracias a tus oraciones no hemos descuidado la regla. Hemos rezado cuidadosamente tercia, sexta, nona y vísperas». Pero el obispo le contestó: «Veo que hay horas en las que dejáis de hacer oración. El verdadero monje debe orar sin interrupción, o al menos salmodiar en su corazón».

7. Abba Moisés fue un día a buscar agua y encontró a abba Zacarías orando junto al pozo, y el Espíritu de Dios estaba sobre él como una paloma.

8. Abba Isaías dijo: «El presbítero de Pelusio celebró un ágape. Los hermanos se pusieron a comer y a hablar entre ellos en la iglesia. El sacerdote les increpó: "¡Callad, hermanos! Conozco a un hermano que come con vosotros y su oración sube como fuego en la presencia del Señor"».

9. Abba Lot fue a ver a abba José y le dijo: «Abba, mientras puedo, practico un pequeño ayuno, una pequeña oración, una pequeña meditación y un pequeño descanso. Y me aplico según mis fuerzas a liberarme de mis pensamientos. ¿Qué más debo hacer?». El anciano se puso en pie, levantó sus manos al cielo y sus dedos se convirtieron en diez lámparas de fuego. Y le dijo: «Si quieres, puedes convertirte del todo en fuego».

10. Unos monjes llamados «euquitas» fueron un día a ver al abad Lucio, a Ennato. El anciano les preguntó: «¿Qué clase de trabajo manual hacéis?». Y ellos le dijeron:

[1] Tomado, bajo forma anónima, de Evagrio, *Rerum mon. rationes* n.11 (PG 40,1264 B). Se encuentra, bajo el nombre de Evagrio, en la sección final de la serie de los anónimos (N 664).

«No hacemos ningún trabajo manual, sino que, como dice el apóstol, oramos constantemente» [cf. 1 Tes 5,17]. El anciano les dijo: «¿No coméis?». Y ellos contestaron: «Sí, comemos». Y el anciano les preguntó: «Y cuándo coméis, ¿quién ora por vosotros?». De nuevo les preguntó el anciano: «¿No dormís?». Y contestaron: «Dormimos». «Y cuando dormís, ¿quién ora en vuestro lugar?». Y no supieron qué responderle. El anciano les dijo entonces: «Perdonadme, hermanos, pero no hacéis lo que decís. Yo os enseñaré cómo trabajando con mis manos oro constantemente. Me siento con la ayuda de Dios, corto unas palmas, hago con ellas unas esteras y digo: *Ten piedad de mí, oh Dios, según tu amor, por tu inmensa ternura borra mi delito* [Sal 50,1]. ¿Es esto una oración o no?». Ellos dijeron: «Sí». El anciano continuó: «Paso todo el día trabajando y orando mental o vocalmente y gano unos dieciséis denarios. Pongo dos delante de mi puerta y con el resto pago mi comida. El que recoge aquellos dos denarios, ora por mi mientras que yo como o duermo. Y así es como cumplo, con la gracia de Dios, lo que está escrito: *Orad constantemente*».

11. Preguntaron a abba Macario: «¿Cómo debemos orar?». Y él les dijo: «No es necesario hacer largos discursos (cf. Mt 6,7), sino levantar con frecuencia las manos y decir: Señor, ten piedad de mí, como tú quieres y sabes; y si tu alma se ve atribulada, di: Señor, ¡ayúdame! Y como Dios sabe lo que nos conviene, se compadece de nosotros».

12. En la época de Juliano el rebelde, cuando bajó a Persia, envió un demonio de Occidente para que fuese más rápido y reportase una respuesta. Pero mientras el demonio avanzaba por un lugar donde habitaba un monje, permaneció inmóvil diez días sin poder avanzar ni de día ni de noche, durante todo el tiempo en que el monje no cesaba de orar. Volvió sin haber hecho nada a casa de aquel que lo había enviado y le dijo: «¿Por qué has tardado?». El demonio le dijo: «No solamente me he retrasado, sino que no

he hecho nada; estuve esperando diez días mientras vigilaba al monje Publio para saber cuándo dejaba de rezar y poder pasar; pero no se detenía. Por tanto, no pude pasar, y he vuelto sin haber hecho nada». Entonces, el impío Juliano montó en cólera y dijo: «A mi regreso, lo castigaré». Y algunos días más tarde, fue asesinado por la Providencia. Y uno de sus oficiales vendió todo lo que este poseía, se lo dio a los pobres [cf. Mt 19,21] y fue a buscar un anciano para hacerse monje. Se convirtió en un gran asceta, y murió en el Señor.

13. Se contaba que si el abad Sisoés no se daba prisa en bajar sus manos cuando se ponía en pie para orar, su espíritu se veía transportado a las alturas. Por eso, si oraba en compañía de algún hermano, bajaba enseguida las manos, temeroso de caer en éxtasis y permanecer así largo tiempo.

14. Un hermano fue a casa de un anciano clarividente y le suplicaba diciendo: «Reza por mí, Padre, pues soy débil». El anciano respondió al hermano que uno de los santos había dicho una vez: «Aquel que se pone aceite en la mano para ungir a un enfermo, es el primero en aprovechar el beneficio del aceite; del mismo modo, aquel que reza por un hermano: antes de que este último tire provecho, es él quien saca provecho por determinación de caridad. Recemos entonces los unos por los otros, hermano mío, para que seamos sanados; porque a esto nos invita el Apóstol al decir: *Rezar los unos por los otros para curaros* [Sant 5,16]».

15. Uno de los Padres decía que la oración constante conduce enseguida al alma a la rectitud.

16. Uno de los Padres dijo: «Del mismo modo que uno no puede ver su rostro en agua turbia, tampoco el alma, si no es purificada de pensamientos extraños, puede contemplar a Dios en la oración».

17. Un anciano fue un día al monte Sinaí y, cuando se marchaba salió a su encuentro un hermano que le dijo llorando: «Estamos muy afligidos, abba, por la sequía, porque

no llueve». Y le dijo el anciano: «¿Por qué no oráis y pedís la lluvia a Dios?». Y le dijo el otro: «Ya oramos y rogamos continuamente a Dios, pero no llueve». Y replicó el anciano: «Creo que no habéis orado con atención, ¿quieres comprobarlo? Ven, pongámonos de pie los dos juntos y oremos». Levantó las manos al cielo, oró y al punto empezó a llover. Al ver esto el hermano, se echó a temblar y se arrojó a sus pies. El anciano, empero, se escapó de allí rápidamente.

18. Los hermanos contaban esto: «Un día fuimos a ver a unos ancianos. Después de hacer oración, según costumbre, nos saludamos y nos sentamos para conversar juntos. Terminada la reunión, en el momento de marchar, pedimos el tener de nuevo juntos un rato de oración. Uno de aquellos ancianos nos dijo: «¿Cómo, pero no habéis orado ya?». Le dijimos: «Sí, abba, hemos hecho oración al llegar, pero desde entonces hasta ahora no hemos hecho más que hablar». Y él nos dijo: «Perdonadme, hermanos, pero está sentado entre vosotros un hermano que mientras hablaba ha hecho ciento tres oraciones». Y después de decirnos esto, hicimos oración y nos despidieron.

19. Un anacoreta vio a un demonio que empujaba a otro demonio para que fuese a despertar a un monje. Escuchó al otro que decía: «No puedo hacerlo, porque la otra vez, cuando fui a despertarlo, se levantó y me quemó cantando y rezando».

20. Preguntaron a un anciano: «¿Qué es orar sin cesar?». Él respondió: «Es la súplica que sube hacia Dios del fondo del corazón para pedir lo que conviene. Porque nosotros no oramos solamente cuando estamos de pie para la oración; sino que la verdadera oración, es cuando puedes rezar sin cesar en ti mismo».

21. Un hermano vivía en el recogimiento en su celda en el desierto, y estaba violentamente atormentado por la acedía, que lo empujaba a salir de su celda. Y se decía: «Alma mía, no te desanimes de vivir en la celda; incluso si

no haces nada, basta con que no te escandalices, no aflijas a nadie, o no seas afligida por nadie. Aprende de cuantas desgracias te ha librado el Señor por el recogimiento y la oración sin distracción: no dices palabras vanas, no oyes lo que no necesitas, no oyes lo que es perjudicial. Solo tienes un combate: el de la acedía. Dios es capaz de reducirlo, si adquieres la humildad. Conoce mi total debilidad; y permite que mi alma sea puesta a prueba». Reflexionando esto, encontró una gran comodidad en la oración continua. Este hermano había recibido esta enseñanza de los Santos Padres que vivieron en el desierto.

22. Un anciano dijo: «Es increíble cómo realizamos nuestras oraciones como si Dios estuviese presente y oyese nuestras palabras; pero cuando pecamos actuamos como si Él no nos viese».

23. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Por qué cuando estoy en oración, mi pensamiento no es libre?». Le respondió: «Porque el diablo, desde el principio, habiendo rechazado adorar al Dios de todas las cosas fue expulsado de los cielos y se hizo extraño al reino de Dios. Es por esto que no nos deja ocuparnos de la oración, queriendo producir en nosotros su misma actitud»[2].

24. Un anciano dijo: «Si quieres ser monje, hazte fuerte; porque aquel que no es fuerte no es monje». El hermano dijo: «Si me encuentro en un ágape de los Padres, ¿qué debo hacer?». El anciano le dijo: «En lugar del ayuno, aférrate a la oración con humildad». Dijo: «Pero después de comer, ¿escucho aquello de lo que hablen los Padres?». El anciano dijo: «La fuerza todo lo puede». El hermano dijo: «¿Qué pensamientos debo tener en el corazón?». El anciano le dijo: «Todo lo que el hombre piensa del cielo o de aquí abajo es vanidad; pero aquel que persevera en el recuerdo de Dios está en la verdad».

[2] Tomado de *Dialogue sur les pensées* n.14 (ed. J.-Cl. Guy: *Revue d'Ascétique et de Mystique* 33 [1957] 130, p.179).

25. Un anciano dijo: «Aquellos que rezan a Dios deben rezar en la paz, el recogimiento y en una gran tranquilidad, y estar atentos a Dios, no profiriendo gritos indecentes, sino con la compunción del corazón y la vigilancia de los pensamientos. Del mismo modo que alguien que está enfermo y es cauterizado soporta con fuerza y valentía el dolor sin ruido y sin molestar, dominándose, y otro que es cauterizado u operado se pone a gritar inconveniencias —siendo, sin embargo, idéntico el dolor de aquel que grita al de aquel que no grita—, así los hay que rezan con ruido y molestias, llegando incluso a molestar a los que lo escuchan. Ahora bien, no es conveniente que el servidor de Dios sea inestable, sino humilde y recogido, según lo que dijo el profeta: *El hombre en quien yo me fijo es el pobre y afligido y que guarda mi palabra* [Is 66,2]. Aquellos que viven en el recogimiento edifican a todo el mundo. Señalamos, en efecto, que el Apóstol declaró más grande a aquel que edifica al prójimo. Dijo: *Aquel que habla en lenguas se edifica a sí mismo, aquel que profetiza, edifica la Iglesia; aquel que profetiza es, por tanto, más grande que aquel que habla en lenguas* [1 Cor 14,4s]. Que cada uno elija edificar a los otros y merecerá el reino de los cielos»[3].

26. Un anciano dijo: «Conócete a ti mismo y jamás caerás. Dale su actividad a su alma, es decir, una oración continua y amor por Dios, antes de que otro le dé sus malos pensamientos».

27. Uno preguntó a un anciano: «¿Por qué, cuando salgo para un trabajo, mi alma es negligente?». El anciano le dijo: «Porque no quieres respetar la Escritura, pues dice: *Bendeciré al Señor en todo momento; su alabanza estará siempre en mi boca* [Sal 33,2]. En el interior o en el exterior, donde te halles, no ceses de bendecir a Dios, dando gloria

[3] Texto paralelo en Ps. Macario, *Hom.* 6, 1-2.4 (l. 1-10, 13-15, 18-21, 65-69), ed. H. Dörries, E. Klostermann, M Kroeger (Patristische Texte und Studien 4; Berlín 1964) 63-67.

a tu Señor, no solamente en actos y palabras, sino también en el pensamiento. La divinidad no está circunscrita a un lugar, sino que, estando por todo, lo mantiene por su poder divino».

28. Un anciano dijo: «Del mismo modo que un vecino no tiene poder para introducir a un extraño en la casa, así el enemigo no puede entrar si no es acogido. Cuando reces, di: «Cómo té conseguiré, Señor, tú lo sabes; yo soy inculto. Eres tú quien me ha guiado a este estado de salvación; sálvame, Señor; *soy tu siervo e hijo de tu sierva, Señor* [Sal 115,7]»[4].

[4] Doblete, con importantes variaciones, de XI, 116.

Capítulo XIII

HAY QUE PRACTICAR LA HOSPITALIDAD Y LA MISERICORDIA CON ALEGRÍA

1. Un día unos Padres fueron a Panefo para ver a abba José y consultarle sobre la manera de recibir a los hermanos que estaban de paso: Si debían moderar la abstinencia y alegrarse con ellos. Y antes de que le hiciesen la pregunta, dijo el anciano a su discípulo: «Observa lo que voy a hacer hoy y ten paciencia». Puso dos asientos de haces de juncos atados, uno a la derecha y otro a la izquierda, y les dijo «Sentaos». Entró en su celda y se vistió de harapos. Salió, pasó por medio de ellos, entró de nuevo en su celda y se vistió con los mismos vestidos que tenía antes. Volvió a salir y se sentó en medio de ellos. Los Padres estaban extrañados de su comportamiento y le preguntaron qué significaba todo aquello. Y él les dijo: «¿Habéis visto lo que he hecho?». Le dijeron: «Sí». Y prosiguió el anciano: «¿He cambiado yo al vestirme de harapos?». «No». Y les preguntó de nuevo: «¿Me he comportado peor al vestirme con el traje nuevo?». Y repitieron: «No». El anciano dijo: «Por tanto, soy el mismo con los dos vestidos. Ni el primero me ha cambiado, ni el segundo me ha perjudicado. Así debemos proceder cuando recibimos a los hermanos, como se lee en el Santo Evangelio: *Lo del César devolvédselo al César y lo de Dios a Dios* [Lc 20,25]. Cuando se presentan los hermanos debemos recibirlos con alegría. Cuando estamos solos practicamos la compunción». Al oírle quedaron admirados, pues abba José, antes de ser preguntado, sabía lo que traían en el corazón. Y dieron gloria a Dios.

2. El abba Casiano dijo[1]: «Fuimos de Palestina a Egipto para ver a uno de los Padres, y mientras cumplía sus deberes de hospitalidad, le preguntaron: "¿Por qué cuando recibes a los hermanos no guardas la regla del ayuno, como es costumbre en Palestina?". El anciano nos respondió: "El ayuno lo tengo siempre a mano, mientras que a vosotros no os puedo tener siempre aquí. El ayuno, aunque es útil y necesario, está dejado a nuestra voluntad, mientras que la plenitud de la ley de Dios nos exige el cumplimiento de la caridad. Al recibir en vosotros a Cristo, debo testimoniaros con el mayor afecto todo lo que toca a la caridad. Cuando os haya despedido podré reincorporarme a la disciplina del ayuno. ¿Pueden acaso los invitados a la boda estar tristes mientras el novio está con ellos? Días vendrán en que les será arrebatado el novio; ya ayunarán entonces"[Mt 9,15]».

3. Dijo también[2]: «Fuimos un día a visitar a un anciano, que nos invitó a comer. Y aunque ya estábamos saciados, nos exhortaba a seguir comiendo. Le dije que no podía más, y él me contestó: "Hoy he puesto la mesa seis veces para recibir a hermanos de paso, y para animarlos yo he comido con ellos y todavía tengo hambre. Y tú que tan sólo has comido una vez, ¿estás ya tan lleno que no puedes comer más?"».

4. Un día, en Scitia, se publicó un ayuno de una semana, como preparación a la Pascua, y durante esa semana vinieron unos monjes de Egipto para ver a abba Moisés. Él les preparó una pequeña papilla. Los vecinos vieron el humo y dijeron a los clérigos de la Iglesia: «Moisés no guarda la ley: está cociendo una papilla». Los clérigos dijeron: «Cuando venga, hablaremos con él». Al llegar el sábado, los clérigos, que conocían la gran virtud de abba Moisés, le dijeron delante de todo el pueblo: «Abba Moisés, has desobedecido el

[1] Tomado de *Inst. cen.* V, 24 (ed. Guy: SCh 109, 232).
[2] Tomado de *Inst. cen.* V, 25 (ibíd., 234).

mandato de los hombres, pero para cumplir mejor el mandamiento de Dios».

5. Un hermano fue a visitar a abba Pastor la segunda semana de Cuaresma. Le abrió su corazón y encontró la paz en sus respuestas. El hermano le dijo al final: «He dudado un poco en venir a verte hoy». «¿Por qué?», le preguntó el anciano. «Temía encontrar cerrada la puerta porque estamos en Cuaresma». Y abba Pastor le respondió: «No hemos aprendido a cerrar la puerta de madera sino más bien a tener cerrada la puerta de nuestra boca».

6. Un hermano dijo a abba Pastor: «Cuando doy a uno de mis hermanos un poco de pan o cualquier otra cosa, los demonios ensucian mi ofrenda, para que parezca que lo hago para dar gusto a los hombres». El anciano le dijo: «Aunque lo hiciésemos por agradar a los hombres, debemos dar a los hermanos lo que necesitan». Y le contó esta parábola: «Dos labradores vivían en una misma aldea. Uno de ellos sembró, pero recogió poco y sucio. El otro no quiso sembrar y no recogió nada. Si sobreviene el hambre en la región, ¿cuál de los dos podrá defenderse mejor?». El hermano respondió: «El que recogió algo, aunque poco y sucio». Y el anciano concluyó: «Hagamos lo mismo. Sembremos lo poco e inmundo que tenemos para no morir en tiempo de hambre».

7. Un hermano le dijo: «Dime una palabra». El anciano contestó: «Trabaja cuando puedas con tus manos para hacer misericordia con ello, pues está escrito: *La limosna y la fe purifican los pecados* [Prov 15,27]». El hermano le dijo: «¿Cuáles son las obras de fe?». El anciano dijo: «Vivir en la humildad y hacer misericordia».

8. Un hermano fue a ver a un ermitaño, y al marchar le dijo: «Perdóname, abba, porque te he impedido guardar tu regla». Pero el anciano le respondió: «Mi regla es recibirte con hospitalidad y despedirte con paz».

9. Un anacoreta, muy observante, vivía cerca de una comunidad de hermanos. Unos monjes vinieron al monas-

terio en el que vivía aquella comunidad y fueron a ver al eremita. Y le hicieron comer fuera de la hora acostumbrada. Luego los hermanos le dijeron: «Abba, ¿no estás contristado?». Y él les respondió: «Yo sólo estoy triste cuando hago mi propia voluntad».

10. Vivía en Siria un anciano, muy cerca del camino del desierto. Y su trabajo consistía en que, cuando venía un monje del desierto, con toda confianza y caridad le invitaba a reponer sus fuerzas en su celda. Un día pasó un anacoreta y lo invitó a comer con él. Pero el otro no quiso tomar nada, diciendo: «Yo ayuno». El anciano apenado, le dijo: «Te ruego que no desprecies a tu siervo ni apartes tus ojos de mí. Pero ven a hacer oración conmigo. Hay aquí un árbol que se inclinará durante la oración que vamos a hacer de rodillas cada uno de nosotros. Seguiremos el parecer de aquel sobre el que se incline el árbol». El ermitaño se arrodilló y se puso en oración, pero no sucedió nada. Se arrodilló después el anciano que lo había invitado a comer y al punto se dobló el árbol. Al verlo se alegraron mucho y dieron gracias a Dios que hace siempre maravillas.

11. Dos hermanos fueron a visitar a un anciano. Este tenía la costumbre de no comer todos los días. Al verles les recibió con gran alegría, y les dijo: «El ayuno tiene su recompensa, pero el que come por caridad cumple dos mandamientos: deja de hacer su propia voluntad y cumple el precepto de dar de comer a los hermanos».

12. Un anciano vivía en un lugar desierto. Lejos de él vivía un maniqueo, que era sacerdote para los herejes de esta secta. Este quiso visitar a una persona de su secta, pero la noche le sorprendió en aquel lugar donde vivía aquel varón santo y ortodoxo. Y estaba deseando llamar a su puerta para pasar la noche con él. Sabía que el otro no ignoraba que era maniqueo y por eso se resistía a su deseo, no fuese que no quisiera recibirle. Obligado por la necesidad, llamó. Al abrir, el anciano le reconoció, le recibió con gran alegría, le invitó

a orar, y después de darle de cenar le condujo a un aposento donde pudiese dormir. Durante la noche, el maniqueo estaba admirado pensando en todo esto y decía: «¿Cómo es que no ha tenido la menor suspicacia contra mí? Verdaderamente es un siervo de Dios». Al levantarse por la mañana, se echó a sus pies y le dijo: «A partir de hoy soy ortodoxo y no me separaré jamás de ti». Y desde entonces se quedó con él.

13. Un monje de Tebas había recibido de Dios la gracia de distribuir a los pobres lo que cada uno necesitaba. Un día fue a un pueblo para celebrar el ágape, y se le acercó una mujer que vestía muy miserablemente. Al verla tan pobremente vestida hundió hasta el fondo de su bolsa las manos para llenarlas lo más posible y poder de este modo darle una medida abundante, pero sus manos se cerraron y recogió muy poco. Vino otra que iba bien vestida y, al ver sus vestidos, metió la mano con intención de darle poco a poco. Pero sus manos se abrieron y sacó mucho. El monje solicitó información acerca de estas dos mujeres y supo que la que usaba buenos vestidos era una dama distinguida que había caído en la miseria, y que se vestía así para no perjudicar la reputación de sus hijos. La otra se había cubierto de harapos para mendigar y poder recibir más.

14. Un monje tenía un hermano que vivía muy pobremente en el mundo. Le entregaba todo el producto de su trabajo, pero cuanto más le daba más se empobrecía su hermano. Y fue a contárselo a un anciano que le aconsejó: «Si me quieres escuchar, no le des nada más en adelante, sino dile: "Hermano, mientras he tenido algo te he ayudado, pero a partir de ahora, trabaja y ayúdame con lo que ganes[3] con tu trabajo". Y tú, recibe lo que te traiga, dáselo a

[3] La forma εὐοδοῦσαι como segunda persona del singular del presente de indicativo de εὐοδόω está bien atestiguada en los manuscritos. La tendencia a restaurar la flexión -σαι, reintroduciendo la σ intervocálica incluso en la flexión temática (cf. P. CHANTRAINE, *Morphologie historique du grec* [París 1961] 295) es visible en el Koiné y es obligatorio en el griego moderno.

un peregrino o a un anciano pobre, y ruégales que oren por él». El monje hizo lo que se le había dicho. Cuando vino a verle su hermano le dijo lo que el anciano le había recomendado, y el otro se marchó triste. Pero un día vino a traerle unas pocas legumbres de su huerto. El hermano las tomó y se las llevó a los ancianos pidiéndoles que orasen por su hermano. Luego, después de recibir la bendición, volvió a su casa. Más tarde le trajo legumbres y tres panes y el hermano hizo lo mismo que la vez anterior. Recibida la bendición, se volvió. Volvió por tercera vez trayendo mucho dinero, vino y pescado. Al ver todo esto, el hermano se admiró, llamó a los pobres y les regaló abundantemente. Luego dijo a su hermano seglar: «¿No necesitas algunos panes?». «No, señor, porque cuando recibía de ti algo, una especie de fuego entraba en mí casa y lo consumía. Pero ahora que no recibo nada de ti, vivo en la abundancia, y Dios me bendice». El monje fue a contárselo todo al anciano que le había aconsejado, que le respondió: «¿No sabes que el trabajo del monje es un fuego y que donde quiera que entra quema? Es más útil para tu hermano que haga limosna de lo que gana con su trabajo, y consiga así que los santos pidan por él. Gracias a su bendición, el fruto de su trabajo se multiplica».

15. Un anciano llevaba una vida común con un hermano. El anciano era misericordioso. Sobrevino una hambruna y algunos comenzaron a ir a su puerta para recibir caridad. Y, a todos los que iban, el anciano daba unos trozos de pan. Viendo lo que pasaba, el hermano dijo al anciano: «Dame mi parte de los panes, y haz lo que quieras con tu parte». El anciano partió los panes e hizo limosna con su parte. Muchos acudieron a casa del anciano, oyendo decir que daba a todos; y Dios, viendo su propósito, proporcionó los panes que faltaban. En cuanto al hermano que había comido sus trozos, dijo al anciano: «Dado que todavía tengo algunos trozos, abba, volvamos a compartirlos». Y el anciano dijo: «Haré lo que quieras». Y llevaron de nuevo vida en

común. Regresada la abundancia, aquellos que estaban en necesidad continuaron yendo a recibir la caridad. Sucedió un día que el hermano, entrando, vio que le faltaba el pan. Vino un pobre y el anciano dijo de darle pan. El otro dijo: «No hay más, Padre». El anciano dijo: «Ve a buscar». El hermano fue y encontró la panera llena de panes. Viendo esto, se llenó de temor, cogió y le dio al pobre. Reconociendo entonces la fe y la virtud del anciano, dio gloria a Dios.

16. Decía un anciano: «Si uno hace con frecuencia buenas obras, el demonio puede meterle en el alma una especie de escrúpulo en las cosas pequeñas, para que pierda la recompensa de todas las otras buenas obras que hacía. Estaba yo un día en Oxirrinco con un sacerdote que hacia muchas limosnas. Se presentó una viuda y le pidió un poco de trigo. Y él le dijo: "Trae un celemín, para que te dé una medida". Ella trajo uno, pero el sacerdote lo examinó, lo midió con la mano y le dijo: "Es muy grande", y la viuda se sintió muy avergonzada. Cuando se hubo marchado la viuda, yo le dije: "Abba, ¿acaso ese trigo se lo has dado prestado a esa viuda?". Y él contestó: "No; se lo he regalado". Y entonces yo le dije: "Pues si se lo has dado gratis, ¿por qué has sido tan escrupuloso en ese mínimo detalle de la medida y has hecho pasar esa vergüenza a esa pobre mujer?"».

17. Decían de una joven que sus padres habían muerto y quedó huérfana. Se propuso hacer de su casa un hospicio para los Padres de Scitia. Vivió así durante algún tiempo, alojando y auxiliando a los Padres. Después de un tiempo, cuando hubo gastado sus bienes, comenzó a pasar necesidad. Los hombres perversos se le acercaron y la apartaron de su propósito. Finalmente, ella comenzó a vivir mal, hasta el punto de prostituirse. Los Padres se enteraron y se entristecieron mucho. Acudieron a abba Juan Colobos, diciendo: «Hemos oído acerca de aquella hermana, que vive mal, y mientras pudo ejercitó la caridad con nosotros. Mostrémosle ahora nosotras caridad a ella, ayudándola. Ve

a verla, y dispón las cosas según la sabiduría que Dios te ha dado». Fue abba Juan adonde estaba ella y dijo a la vieja portera: «Anúnciame a tu señora». Le respondió diciendo: «Primero consumieron lo que era suyo, ahora es pobre». Le dijo abba Juan: «Dile que le traigo algo muy útil». Sus servidores le dijeron, burlándose: «¿Qué le darás? ¿Qué quieres? ¿Estar con ella?». Él respondió, diciendo: «¿Cómo pueden saber lo que quiero darle?». Subió la vieja y anunció su venida. Dijo la joven: «Estos monjes van siempre hasta el mar Rojo, y allí encuentran perlas». Adornándose, dijo: «Tráelo». Mientras subía, se adelantó ella y se echó sobre la cama. Entró abba Juan y se sentó cerca suyo. Mirándole el rostro, le dijo: «¿Qué tienes que reprochar a Jesús para llegar a esto?». Al oírlo, ella se conmovió y, abba Juan, con la cabeza inclinada, comenzó a llorar abundantemente. Ella dijo: «Abba, ¿por qué lloras?». Él levantó la cabeza, y la volvió a inclinar, llorando, y dijo: «Veo a Satanás jugando en tu rostro, ¿no he de llorar?». Al oírlo, dijo ella: «¿Hay penitencia, abba?». Le respondió: «Sí». Ella dijo: «Llévame adonde quieras». Él le dijo: «Vamos». Ella, levantándose le siguió. Abba Juan vio que no dispuso ni ordenó nada acerca de su casa, y se admiró. Cuando estaban llegando al desierto, atardecía. Hizo una pequeña almohada en la arena, y haciendo la señal de la cruz, le dijo: «Duerme aquí». Hizo lo mismo para sí, a poca distancia, y cuando concluyó sus oraciones, se acostó. Hacia la medianoche despertó, y vio un camino luminoso que bajaba desde el cielo hasta donde estaba ella, y vio a los ángeles de Dios que llevaban su alma. Levantándose, fue y la tocó con el pie. Cuando advirtió que estaba muerta, se echó rostro en tierra rogando a Dios. Y oyó que una hora de su penitencia había valido más que la penitencia de muchos que habían pasado en ella largo tiempo, pero que no habían mostrado el ardor de la suya.

18. Abba Timoteo el Presbítero dijo a abba Pastor: «Hay en Egipto una mujer que comete el pecado de la for-

nicación, y con el dinero que obtiene hace limosas». Dijo abba Pastor: «No permanecerá en la fornicación; el fruto de la fe se manifiesta en ella». Sucedió que la madre del presbítero Timoteo fue a visitarlo, y él le preguntó: «¿Aquella mujer persiste en la fornicación? «Ella respondió: «Sí, y ha aumentado el número de sus amantes, pero todo lo da en limosnas». Lo anunció abba Timoteo a abba Pastor, y este dijo: «No permanecerá en la fornicación». Otra vez fue a visitarlo la madre de Abba Timoteo, y le dijo: «Sabes que esa pecadora quería venir conmigo para pedirte que ruegues por ella?». Al oírlo se lo dijo a abba Pastor, quien respondió: «Ve tú, más bien, a encontrarla a ella». Cuando lo vio, después de oír de él la Palabra de Dios, se arrepintió y lloró, y le dijo: «A partir de este día me adhiero a Dios, y no volveré a fornicar». Y se retiró enseguida a un monasterio, y agradó a Dios.

19. Amma Sara dijo: «Es bueno hacer limosna a causa de los hombres. Porque aunque se haga por agradar a los hombres, llega después, por ella, el temor de Dios».

Capítulo XIV

DE LA OBEDIENCIA

1. Abba Antonio dijo: «La obediencia y la continencia someten las fieras a los hombres».

2. Abba Arsenio dijo un día a abba Alejandro: «Cuando termines de cortar las palmas, ven para que comamos, pero si vienen forasteros, come con ellos». Abba Alejandro trabajaba despacio y con moderación. Cuando llegó la hora de comer todavía quedaban palmas por cortar, pero queriendo observar el mandato del anciano esperó a acabar todas las palmas. Abba Arsenio, al ver que tardaba, tomó su comida, pensando que habían venido peregrinos y estaría comiendo con ellos. Bastante avanzada la tarde, abba Alejandro llegó a la celda de abba Arsenio. Y este le dijo: «¿Has tenido forasteros?». Y contestó: «No». «¿Y por qué no has venido?». Y respondió: «Porque me dijiste que viniera cuando terminase de cortar las palmas. Pensando en tu mandato, no he venido hasta este momento en que acabo de terminar mi trabajo». El anciano admiró la fidelidad de su obediencia, y le dijo: «Descansa, come algo para que podamos rezar la salmodia, y bebe agua. Si no tu cuerpo se debilitará muy pronto».

3. Abba Abrahán fue a visitar a abba Arés. Mientras hablaban entró un hermano y preguntó a abba Arés: «¿Qué debo hacer para salvarme?». Y abba Arés le dijo: «En todo este año no comas más que pan y sal por la tarde. Después vienes y hablaremos». El hermano marchó y cumplió lo que le había dicho. Al terminar el año volvió de nuevo a ver a abba Arés, y aconteció que también ese día estaba allí abba

Abrahán. Y abba Arés dijo al hermano: «Este año, ayuna comiendo sólo cada dos días». Y cuando marchó el hermano, dijo abba Abrahán a abba Arés: «¿Por qué impones una carga liviana a los demás hermanos y a este le pones un yugo tan pesado?». Y contestó el anciano: «Los otros que vienen a consultarme, se van como han venido. Este viene a escuchar mi parecer por amor de Dios. Es un monje muy fervoroso que hace con sumo cuidado todo lo que le digo. Por eso le propongo la palabra de Dios».

4. Se cuenta que abba Juan Colobos se retiró a Scitia para convivir en el desierto con un monje originario de Tebas. Un día, su abba tomó un leño seco, lo plantó, y le dijo: «Cada día, echa un balde de agua al pie del leño hasta que dé frutos». El agua estaba lejos y aunque Juan salía por la tarde no volvía hasta la mañana siguiente. Tres años más tarde, el leño empezó a dar señales de vida y dio fruto. El anciano recogió el fruto y lo llevó a la asamblea de los hermanos, y les dijo: «Tomad y comed el fruto de la obediencia»[1].

5. Se decía de abba Juan, que fue discípulo de abba Pablo, que era un monje de gran obediencia. En cierto lugar había una tumba y en ella vivía una hiena muy feroz. El anciano vio por los alrededores los excrementos de la hiena y dijo a Juan: «Ve y trae esos excrementos». Y este le preguntó: «¿Y qué hago, abba, si me encuentro con la hiena?». El anciano le dijo en broma: «Si te ataca, átala y la traes aquí». Al atardecer, salió el hermano y la hiena fue sobre él. De acuerdo con la orden del anciano, Juan la atacó para sujetarla. La hiena huyó y él la persiguió diciendo: «Espera, que mi abba me ha dicho que te ate». Y después de atraparla la

[1] Este dicho es reportado, bajo una forma sin duda más auténtica, por Juan Casiano, que lo atribuye al célebre Juan de Licópolis *(Inst. cen.* IV, 24, 2-4); lo encontramos, también adornado, en el panegírico copto de Juan Colobos por Zacarías, de finales del siglo VII (AMELINEAU, p.347-348). La literatura occidental sobre la obediencia lo retoma muy a menudo.

ató. Mientras tanto, el anciano estaba esperándole y al darse cuenta de su tardanza empezó a inquietarse. Y Juan llegó muy tarde con la hiena atada. Al verlo el anciano se admiró, pero quiso humillarle y le reprendió severamente: «Idiota, ¿para qué me traes ese perro tonto?». Luego soltó a la hiena y la dejó escapar a su guarida.

6. Abba Moisés dijo a un hermano: «Adquiramos la obediencia que engendra la humildad y que aporta fortaleza, longanimidad, compunción, el amor de los hermanos y la caridad; porque tales son nuestras armas para el combate».

7. Dijo también: «Id, hermanos, hacia la obediencia a la verdad; allí está la humildad, allí está la alegría, allí está la fortaleza, allí está el amor de los hermanos, allí está la longanimidad, allí está la compunción, allí está la caridad. Pues la caridad se realiza en todos los mandamientos de Dios» [cf. Gál 5,14].

8. Dijo también: «Un monje ayunador que depende de un Padre espiritual sin tener obediencia y humildad, no puede adquirir virtud alguna; no sabe ni lo que es ser monje».

9. Dijo también: «La obediencia responde a la obediencia; si alguno obedece a Dios, Dios lo escucha».

10. Decían de abba Megéthios que comía cada dos días un solo pan. Reencontrando a abba Sisoés y a abba Pastor, les preguntó a este propósito; ellos le dijeron: «Mi niño, si quieres escucharnos, come cada día medio pan». Y haciendo esto, encontró la paz.

11. Se contaba que abba Silvano tenía en Scitia un discípulo, llamado Marcos, muy probado en la obediencia. Era amanuense. El abba le quería mucho a causa de su obediencia, pero esta preferencia la llevaban mal los otros discípulos. Los ancianos de los alrededores, oyeron que Silvano amaba a Marcos más que a los otros y se molestaron. Un día vinieron a verle con intención de reprochárselo. Silvano

les recibió, salió de su celda y llevándolos consigo empezó a llamar en la celda de todos sus discípulos, diciendo: «Ven, hermano, te necesito». Y ninguno de ellos le obedeció inmediatamente. Llegaron a la celda de Marcos, llamó y dijo: «¡Marcos!». Este al oír la voz del anciano salió al punto fuera y el abba lo envió a hacer un trabajo cualquiera. Luego dijo a los ancianos: «¿Dónde están los otros hermanos?». Luego entró en la celda de Marcos y encontró un cuaderno que acababa de empezar y estaba escribiendo la letra omega, pero al oír la llamada del anciano no dejó correr más la pluma y dejo a medio terminar la letra que había empezado. Entonces los ancianos le dijeron: «Verdaderamente, abba, al que tú amas, también nosotros le amamos, porque Dios le ama».

12. Un día la madre de Marcos, el discípulo de abba Silvano, vino a verle y traía consigo un gran séquito y abundantes regalos. Y dijo al anciano que salió a su encuentro: «Abba, dile a mi hijo que salga, para que pueda verle». Entró el anciano y dijo a Marcos: «Sal para que te vea tu madre». Marcos estaba vestido de un saco roto y lleno de remiendos y tenía el rostro negro por el humo y el hollín de la cocina. Para obedecer a su abba salió, pero cerró los ojos y así saludó a su madre y a los que la acompañaban diciendo: «Buenos días». Pero ninguno de ellos, ni su misma madre, lo reconoció. Ella mandó de nuevo decir al abba: «Abba, mándame a mí hijo para que lo vea». Abba Silvano dijo a Marcos: «¿No te he dicho que salieras para que te vea tu madre?». Y Marcos le respondió: «He salido, como tú me lo has mandado, abba. Ahora te pido, por favor, que no vuelvas a decirme que salga, para que no pienses que soy desobediente». Salió el anciano y dijo a la madre: «Tu hijo es el que ha salido y os ha saludado diciendo: "Buenos días"». Luego la consoló y la despidió.

13. Había un seglar que llevaba una vida muy piadosa. Fue a visitar a abba Pastor, y fueron otros hermanos,

que pedían que les dijese una palabra. El anciano dijo al fiel seglar: «Diles una palabra a los hermanos». Pero él suplicaba, diciendo: «Perdóname, abba, yo vine a aprender». Pero obligado por el anciano, dijo: «Soy un secular que vendo verduras y, en mi negocio, desato los haces y los hago más pequeños, compro barato y vendo caro. Por lo demás, no sé hablar de la Escritura; pero diré una parábola: Cierto hombre dijo a un amigo suyo: "Tengo deseos de ver al emperador, ven conmigo". El amigo le respondió: "Iré contigo hasta la mitad del camino". Luego dijo a otro amigo: "Ven y acompáñame hasta el emperador". Mas este le dijo: "Te llevaré hasta el palacio del emperador". Dijo a un tercero: "Ven conmigo hasta el emperador". Y le contestó: "Iré y te conduciré hasta el palacio, y me quedaré y hablaré y te introduciré hasta el emperador"». Le preguntaron cuál era el sentido de esta parábola. Él les respondió: «El primer amigo es la ascesis, que lleva hasta el camino; el segundo es la castidad, que lleva al cielo; el tercero es la limosna, que introduce con confianza hasta Dios, nuestro emperador». Los hermanos se retiraron edificados.

14. Un día fueron cuatro scitiotas, vestidos con túnicas de piel para visitar a abba Pambo. Cada uno habló de las virtudes de sus compañeros, sin que estuviese presente aquel de quien hablaban. Uno de ellos ayunaba muy a menudo, otro no poseía nada, el tercero era sumamente caritativo. Del cuarto dijeron que durante veintidós años había vivido permanentemente bajo la obediencia de los ancianos. Abba Pambo les dijo: «La virtud de este es mayor que la de los otros. Porque vosotros por vuestra propia voluntad habéis alcanzado la virtud que ahora tenéis. Pero este renunció a su voluntad y se hizo esclavo de la del prójimo. Estos hombres son mártires si perseveran hasta el fin».

15. Uno vino a ver a abba Sisoés de Tebas con el deseo de hacerse monje. El anciano le preguntó si tenía alguna cosa en el mundo. Él le respondió: «No tengo más que un

hijo único». Y le dijo el anciano: «Ve, arrójalo al río y entonces te harás monje». Él marchó para ahogarlo, pero el anciano mandó tras él a un hermano para que se lo impidiera. Cuando el padre estaba a punto de arrojar al río a su hijo, el hermano le dijo: «¡Quieto! ¿qué vas a hacer?». Y él contestó: «El abba me ha dicho que lo tire al río». Y el hermano le contestó: «Pero ahora el abba dice: "No lo arrojes"». Dejando allí a su hijo, volvió a donde estaba el anciano. Y gracias a su perfecta obediencia llegó a ser un monje de gran virtud.

16. Un hermano pidió a abba Sopatro: «Dame un mandato, abba, y lo guardaré». Él le dijo: «No entre mujer en tu celda y no leas los apócrifos; no especules acerca de la imagen[2]. Esto no es herejía, sino ignorancia y gusto por la disputa en ambos partidos, porque es imposible que la criatura lo comprenda».

17. Dijo santa Sinclética: «Entre los que vivimos en comunidad, preferimos con mucho la obediencia a la ascesis. La continencia lleva consigo arrogancia, en cambio la obediencia va acompañada de humildad»[3].

18. Dijo también: «Debemos guiar nuestra alma por el camino del discernimiento. En la vida de comunidad no debemos buscar el salirnos siempre con la nuestra, ni hacernos esclavos de nuestra propia voluntad. Porque, por decirlo de alguna manera, nos hemos condenado al exilio, nos hemos fiado de Aquel que por la fe reconocemos como nuestro Padre, apartándonos de las cosas de este mundo. No busquemos nada en esa tierra que hemos abandonado. Allí encontramos la gloria y comida abundante. Aquí hasta nos llega a faltar el pan»[4].

[2] Estas discusiones sobre la «imagen» apuntan, con toda probabilidad, a las querellas sobre el antropomorfismo, muy vivo en ciertos medios monásticos egipcios alrededor del año 400 (cf. JUAN CASIANO, *Inst. cen.* VIII, 2-4 y *Conf.* X, 2-3; SÓCRATES, HE VI, 7; SOZOMENO, HE VIII, 11).

[3] Tomado de *Vita* 100: PG 28,1549 A.

[4] Tomado de *Vita* 101: ibíd., 1549 C-D.

19. Abba Hiperequios decía: «El bien propio del monje es la obediencia. El que la posee, consigue lo que pide y se presenta con confianza ante el Crucificado. Porque el Señor subió así a la cruz: obedeciendo hasta la muerte [cf. Flp 2,8]»[5].

20. Los ancianos decían: «Si uno tiene confianza en otro y se somete a él, no debe preocuparse de los mandamientos de Dios, sino abandonar toda su voluntad en manos de su Padre espiritual. Pues obedeciéndole a él en todo, no incurrirá en pecado contra Dios».

21. Los ancianos dijeron: «Dios pide a los cristianos que obedezcan a las Escrituras divinas, porque en ellas encontrarán el modelo de cómo deben hablar y obrar y de acomodarse a los superiores y Padres espirituales».

22. Un hermano calumniado por otro fue a casa de un anciano de Las Celdas y le dijo: «Padre, estoy agobiado». El anciano le dijo: «¿Por qué?». Y él le dijo: «Un hermano me ha calumniado y el demonio me agobia con que me vengue». El anciano le dijo: «Escúchame, hijo, y Dios te librará de esta pasión». El hermano consintió, y el anciano le dijo: «Ve a tu celda y recógete suplicando a Dios insistentemente por el hermano que te aflige». Partió, hizo lo que el viejo le dijo y, al cabo de una semana, Dios lo liberó de su cólera por hacerse violencia y haber obedecido al anciano.

23. Un hermano de Scitia marchaba para la recolección. Se acercó a un anciano notable y le dijo: «Padre, ¿qué debo hacer durante la recolección?». «Si te lo digo, ¿me obedecerás?», le preguntó el anciano. El hermano respondió: «Sí, te obedeceré». El anciano le dijo: «Pues bien, si te fías de mí, levántate, renuncia a la siega, ven y te diré lo que tienes que hacer». El hermano renunció a ir a la siega y volvió donde el anciano. Este le dijo: «Entra en tu celda y quédate allí durante cincuenta días consecutivos. Come una

[5] Tomado de *Adhortatio* 59 y 139: PG 79,1480 B y 1488 A.

sola vez al día y tan sólo pan y sal. Yo te indicaré luego otra cosa». Lo hizo así y de nuevo volvió donde el anciano. Este, sabiendo que era un hermano fervoroso, le enseñó cómo debía comportarse en la celda. El hermano bajó a su celda, y se postró en tierra tres días y tres noches, llorando en la presencia de Dios. Luego, cuando sus pensamientos le decían: «Has hecho grandes progresos y te estas convirtiendo en un gran monje», él para dominar sus malos pensamientos, ponía ante sí con humildad sus pecados, y decía: «Y, ¿qué va a ser de mí con tantos pecados como he cometido?». Si por lo contrario le venía al pensamiento que había sido muy negligente en la guarda de los mandamientos de Dios, él decía en su interior: «Haré algún pequeño servicio a mi Dios y confío en que tendrá misericordia de mi». De este modo venció al demonio de los malos pensamientos y aquel se le apareció visiblemente después, y le dijo: «Te has reído de nosotros». Y el hermano le preguntó: «¿Por qué?». Y le contestó el demonio: «Porque si te exaltamos, recurres a la humildad. Si te humillamos, te elevas al cielo».

24. Los ancianos decían: «En los que comienzan a convertirse, Dios no busca nada tanto como el trabajo de la obediencia».

25. Un anacoreta tenía un proveedor que vivía en el pueblo vecino. Y en una ocasión tardó en venir el proveedor y empezaron a faltar al anciano las cosas necesarias. Pasó el tiempo, el proveedor no venía y el anciano se quedó sin lo que necesitaba para comer y para su trabajo manual. Apenado, al no tener con qué trabajar ni qué comer, dijo a su discípulo: «¿Quieres ir al pueblo a llamar al proveedor que suele traernos lo que necesitamos?». «Haré lo que mandes», respondió el discípulo. «¿Quieres ir al pueblo y hacerle venir?». Y él respondió: «Haré lo que tú quieras». Temía sin embargo el ir al pueblo por temor a escandalizarse de algo, pero por no desobedecer a su abba, accedió a ir. El anciano le dijo: «Ve, y confía en que el Dios de tus padres te prote-

gerá de toda tentación». Hicieron oración y le despidió. El hermano fue al pueblo, preguntó dónde vivía el proveedor y se acercó a su casa. No había nadie en la casa, excepto una hija del proveedor, la cual al oír llamar a la puerta salió a abrir. Mientras le preguntaba por su padre, ella le invitó a entrar en la casa, al mismo tiempo que le empujaba hacia dentro. Él no accedía a entrar, pero ella insistió tanto que al fin consiguió que entrase. Una vez dentro le abrazó y le incitaba a unir su cuerpo al suyo. Al verse arrastrado a la impureza, y profundamente turbado por sus deseos carnales, clamó a Dios, llorando: «¡Señor, por las oraciones de mi Padre, líbrame de esta tentación!». Dicho esto, se encontró, al punto, junto al río que llevaba al monasterio, y volvió sin mancha junto a su abba.

26. Un anciano dijo: «El Salvador ha puesto como fundamento de sus enseñanzas la aflicción y la austeridad. Por tanto, aquel que huye del fundamento huye del conocimiento de Dios. Del mismo modo que las letras son dadas a los niños al comienzo de su instrucción para adquirir una ciencia, así, adquiriendo la obediencia en los esfuerzos y las aflicciones es como el monje se convierte en coheredero de Cristo [cf. Rom 8,17] e hijo de Dios».

27. Dos hermanos carnales fueron a vivir en un monasterio. Uno de ellos era notable por su continencia. El otro por su perfecta obediencia. Su abba le decía: «¡Haz esto!», y lo hacía. «Haz aquello», y lo hacía. «Come por la mañana», y comía. Se le tenía en gran estima en el monasterio por su perfecta obediencia. El aguijón de la envidia picó a su hermano, el asceta, y se dijo para sí: «Voy a ver hasta dónde llega su obediencia». Y se fue al abba del monasterio y le dijo: «Deja que mi hermano me acompañe para ir a tal sitio». Y el abba le dejó ir. El asceta tomó consigo a su hermano y quiso ponerle a prueba. Llegaron a un río, en el que había gran número de cocodrilos, y le dijo: «Baja y atraviesa el río». El otro bajó enseguida. Los cocodrilos la-

mieron su cuerpo, pero no le hicieron daño alguno. Al verlo su hermano le dijo: «Sal del río». Continuaron su camino y encontraron en él un cadáver. Y dijo el asceta a su hermano: «Si tuviésemos algunos vestidos podríamos cubrirle con ellos». Pero el obediente respondió: «Mejor será que hagamos oración y tal vez resucitará». Se pusieron a orar intensamente y el muerto resucitó. Y el hermano asceta se glorió de ello diciendo: «A causa de mi austeridad ha resucitado este muerto». Dios reveló todo al abba del monasterio, cómo había tentado a su hermano con los cocodrilos y cómo había resucitado el muerto. Y a su llegada al monasterio el abba dijo al asceta: «¿Por qué te has portado así con tu hermano? Por su obediencia ha resucitado aquel muerto».

28. Un seglar, que tenía tres hijos, renunció al mundo y vino al monasterio, dejando a sus tres hijos en la ciudad. Pasados tres años en el monasterio, empezó a acordarse y preocuparse por ellos. No le había dicho al abba que tenía tres hijos. Este al verle triste le preguntó: «¿Por qué estás triste?». Él le contó que tenía tres hijos en la ciudad y que quería traerlos al monasterio. El abba le mandó que los trajera. Al volver a la ciudad, encontró que dos de ellos habían muerto y que sólo quedaba uno. Lo tomó consigo y volvió al monasterio. Buscó al abba, pero no lo encontró y preguntó a los hermanos dónde estaba. Le dijeron que estaba en la panadería y tomando con él a su hijo, que había traído, se fue con él a la panadería. El abba al verle llegar le saludó, tomó al hijo, lo abrazó y preguntó a su padre: «¿Le quieres mucho?». «Sí». Al oír esto el abba le dijo: «Si lo quieres, tómalo y échalo en el horno cuando esté ardiendo». El padre tomó a su hijo y lo arrojó en el horno ardiente. Al punto el horno se convirtió en rocío. Por este hecho fue glorificado en aquel tiempo, al igual que el patriarca Abrahán [cf. Gén 22,1-14].

29. Un anciano dijo: «El hermano que vive bajo obediencia de un Padre espiritual tiene mayor mérito que el

que vive en el desierto». Y añadió: «Un Padre contó que había visto cuatro órdenes en el cielo. El primero era el de los enfermos que dan gracias a Dios. El segundo el de los que practican la hospitalidad poniendo todo cuidado en este servicio. El tercero el de los anacoretas que viven en soledad sin tratar con los hombres. El cuarto el de los que por amor de Dios se someten a la obediencia de los Padres espirituales. Este grupo de los obedientes llevaban un collar y una corona de oro y tenían mayor gloria que los demás. Yo pregunté al que me enseñaba todo aquello: "¿Por qué este grupo, que es el menos numeroso, tiene mayor gloria que los otros?". Y él me respondió: "Los que practican la hospitalidad obran según su propia voluntad. Lo mismo les ocurre a los que se retiran al desierto, se apartan del mundo por su gusto. Pero este grupo que se entrega a la obediencia, renunciando a su voluntad, depende de Dios y de los mandatos de su Padre espiritual, y por eso tiene mayor gloria". Por eso, hijos, es tan buena la obediencia hecha por Dios. Seguid pues, hijos míos, aunque sea en parte, los pasos de esta virtud. La obediencia es salvación para todos los fieles. La obediencia es madre de todas las virtudes. La obediencia nos descubre el Reino de los Cielos. La obediencia abre los cielos y levanta a los hombres de la tierra. La obediencia comparte su morada con los ángeles. La obediencia es el alimento de todos los santos. Con ella se amamantaron y por ella llegaron a la perfección».

30. Un hermano que estaba tentado se lo contó a abba Heráclito, y este, para confortarlo, le dijo: «Un anciano tenía un discípulo muy obediente durante muchos años. Una vez fue tentado y, haciendo una metanía al anciano, le dijo: "Hazme monje". Le dijo el anciano: "Elige un lugar y te haremos una celda". Alejándose hasta la distancia de una milla encontraron un lugar. Le hicieron la celda, y dijo al hermano: "Harás lo que te digo. Cuando estés en la tribulación, come, bebe, duerme; tan sólo evita

salir de la celda hasta el sábado; entonces, ven a mí". El hermano pasó dos días como le había mandado. Al tercer día sintió acedía y dijo: "¿Por qué ha hecho esto conmigo el anciano?". Y levantándose, recitó varios salmos y comió después de la caída del sol, y se fue a dormir sobre su estera. Y vio a un etíope acostado, que rechinaba los dientes contra él. Con mucho miedo fue adonde estaba el anciano, y golpeando la puerta, dijo: "Abba, apiádate de mí, ábreme". El anciano, que sabía que no había guardado su palabra, no le abrió hasta el amanecer. Al aclarar el día abrió, y lo encontró suplicando afuera y, apiadándose de él, lo hizo entrar. Entonces, le dijo: "Te ruego, abba: he visto a un etíope negro sobre mi estera, cuando me iba a dormir". Le respondió: "Esto te pasó porque no guardaste mi palabra". Después, lo amaestró según sus fuerzas para seguir la vida monástica y, en poco tiempo, se convirtió en un buen monje».

31. Un criado se hizo monje y pasó cuarenta y cinco años contentándose con pan, sal y agua. Su dueño fue tocado de compunción y, después de cierto tiempo, se retiró a sus proximidades y se hizo discípulo de su propio esclavo, con gran obediencia.

32. Un anciano contó que un piadoso abogado de Antioquía frecuentaba a un ermitaño y le pidió que lo recibiese y lo hiciese monje. El anciano le dijo: «Si quieres que te reciba, *ve, vende todas tus posesiones y dáselo a los pobres* [Mt 19,21], según el mandamiento del Señor, y yo te recibiré. Así lo hizo. Después le dijo: «Hay otro mandamiento que debes guardar: aquel de no hablar». Consintió y pasó cinco años sin hablar. Entonces, algunos comenzaron a hacerle elogios, y su abba le dijo: «No aprovechas nada aquí; así que te voy a enviar a un cenobio a Egipto». Y lo envió, pero sin decirle que podía hablar. Y él, guardando el mandamiento, permaneció sin hablar. Queriendo saber si podía hablar o no, el abba que lo había recibido lo envió a la carrera durante la inundación del río, para que se viese obli-

gado a decir: «No lo puedo atravesar». Envió a un hermano detrás de él para vigilarlo. Llegó al río y, como no lo podía atravesar, se arrodilló, y entonces vino un cocodrilo para llevarlo a la otra orilla. Visto esto, el hermano enviado detrás de él lo fue a anunciar al abba y a los hermanos, que quedaron estupefactos. Más tarde, el hermano murió, y el abba hizo saber a aquel que se lo había enviado: «Nos has enviado un mudo, pero resultó ser un ángel de Dios». Entonces el ermitaño respondió: «No era mudo, sino muy buen orador; fue para guardar el mandamiento que desde su inicio yo le había dado que se comportó así». Todos se asombraron y glorificaron a Dios.

Capítulo XV

DE LA HUMILDAD

1. Abba Antonio escrutaba la profundidad de los juicios de Dios, y preguntó: «Señor, ¿por qué algunos mueren después de una vida corta, mientras otros alcanzan una prolongada ancianidad? ¿Por qué unos carecen de todo y otros nadan en la abundancia? ¿Por qué los malos viven en la opulencia y los justos padecen extrema pobreza?». Y vino una voz que le dijo: «Antonio, ocúpate de ti mismo. Así son los juicios de Dios y no te conviene conocerlos».

2. Abba Antonio dijo a abba Pastor: «La gran obra del hombre es poner sobre sí mismo su culpa ante Dios, y esperar la tentación hasta el último momento de su vida».

3. Abba Antonio decía también: «He visto tendidos sobre la tierra todos los lazos del enemigo, y gimiendo he dicho: "¿Quién podrá escapar de todos ellos?". Y oí una voz que respondía: "La humildad"».

4. Un día vinieron unos ancianos a ver a abba Antonio. Entre ellos se encontraba abba José. Abba Antonio quiso ponerlos a prueba y les presentó un pasaje de la Escritura. Y, empezando por los más jóvenes, les preguntaba por el sentido del mismo. Cada uno contestaba lo que podía, pero él les decía: «No, no lo has encontrado todavía». En último lugar se dirigió a abba José y le preguntó: «¿Qué crees tú que significan esas palabras?». Él respondió: «No lo sé». Y abba Antonio le dijo: «Tan sólo abba José ha encontrado el camino al responder que no lo sabía».

5. Un día los demonios acorralaron a abba Arsenio, que se encontraba en su celda, y le hacían sufrir mucho. Acu-

dieron los hermanos que acostumbraban a servirle y estando fuera de la celda le oyeron gritar al Señor, diciendo: «¡Señor, no me abandones! No he hecho nada bueno a tus ojos, pero por tu bondad, Señor, concédeme empezar a vivir bien».

6. Se decía de abba Arsenio que en palacio nadie usaba mejores vestidos que él. Pero entre los monjes nadie los llevaba peores.

7. Uno vio que un día abba Arsenio consultaba sobre sus propios pensamientos a un anciano de Egipto y le dijo: «¿Cómo tú, abba Arsenio, que tienes una cultura y una erudición tan elevada en textos latinos y griegos, vienes a consultar a este rústico?». Y él respondió: «Aprendí cultura latina y griega para el mundo, pero todavía no he podido aprender el alfabeto de este rústico».

8. Los ancianos contaban que un día regalaron a los hermanos de Scitia unos pocos higos secos. Y como eran tan pocos, no le enviaron nada a abba Arsenio, para que no lo tomase como ofensa. Abba Arsenio lo supo, y no acudió, según la costumbre, a la asamblea de los hermanos, diciendo: «Me habéis excomulgado al no darme nada del regalo que el Señor ha enviado a los hermanos, del cual no fui digno de participar». Al oírle se edificaron todos de la humildad del anciano. Vino el sacerdote y le llevó algunos higos y le acompañó a la reunión rebosante de alegría.

9. Decían los ancianos que nunca nadie pudo hacerse una idea justa de la vida que llevó abba Arsenio.

10. Cuando abba Arsenio vivía en el Bajo Egipto, como era asediado por la muchedumbre, decidió abandonar su celda. No tomó nada consigo, y dijo a sus discípulos, Alejandro y Zoilo: «Tú, Alejandro, toma un barco, y tú, Zoilo, ven conmigo hasta el río y busca una embarcación que vaya a Alejandría, y así irás al encuentro de tu hermano». Zoilo, turbado por estas palabras, no dijo nada y así se separaron. El anciano bajó a la región de Alejandría y allí cayó gravemente enfermo. Mientras tanto, los discípulos se

decían el uno al otro: «¿Crees que uno de nosotros ha hecho sufrir al anciano y por eso se ha apartado de nosotros?». Y no encontraban en ellos ninguna cosa desagradable, ni ninguna desobediencia. Cuando el anciano recobró la salud, se dijo: «Volveré con mis padres». Y regresó a un lugar llamado Petra, donde se encontraban los ya citados discípulos. Y estando junto al río, vino una joven etíope, se acercó y tocó su melota. El anciano la reprendió, pero ella le gritó: «¡Si eres monje, vete al monte!». El anciano se contristó por estas palabras y se repetía a sí mismo: «¡Arsenio, si eres monje, vete al monte!». Y entretanto llegaron Alejandro y Zoilo, sus discípulos. Cayeron a sus pies, el anciano se postró también y los tres se pusieron a llorar. El anciano, dijo: «¿No oísteis que he estado enfermo?». Ellos respondieron: «Sí, ya lo oímos». Y el anciano repuso: «¿Y por qué no habéis venido a verme?». Alejandro contestó: «No hemos podido soportar la separación. A causa de ella muchos nos han hecho sufrir, diciendo: "Si no hubieran sido desobedientes, el anciano nunca se hubiera separado de ellos"». Y el anciano les dijo: «Yo supe que esto se decía de vosotros, pero de ahora en adelante se dirá: "La paloma no hallando donde posar el pie, tornó donde Noé al arca"» [cf. Gén 8,9]. Con estas palabras los discípulos se consolaron mucho y permanecieron con él hasta el último día de su vida. Cuando le vieron a punto de morir, los discípulos se atribularon mucho, pero él les dijo: «Todavía no ha llegado la hora. Cuando llegue ya os lo diré. Os llevaré ante el tribunal de Cristo, si permitís que alguno haga de mi cuerpo una reliquia». Y ellos le dijeron: «¿Qué haremos si no sabemos amortajar ni enterrar a un muerto?». Y el anciano les dijo: «¿No vais a saber echarme una soga al pie y llevarme arrastrando al monte?». Cuando iba a entregar su espíritu, le vieron llorar y le dijeron: «¿De verdad, abba, también tú temes la muerte?». Y él les respondió: «En verdad, el temor que siento en este momento no ha dejado de acompañarme desde que me hice monje. Sí, tengo

mucho miedo». Y así descansó en paz. En los labios de Arsenio siempre estaban estas palabras: «¿Para qué dejaste el mundo?». Y también: «Siempre me he arrepentido de haber hablado, nunca de haber callado». Al conocer la muerte de Arsenio, abba Pastor, se echó a llorar, diciendo: «Dichoso tú, abba Arsenio, porque has llorado sobre ti mismo en esta vida. El que no llora sobre sí en este mundo, llorará eternamente en el otro. En efecto, sea aquí voluntariamente, sea allí obligados por los tormentos, es imposible no llorar».

11. Contaba abba Daniel que abba Arsenio nunca había consentido tratar alguna cuestión de la Escritura, siendo así que hubiera podido hacerlo magníficamente si hubiera querido. Ni tampoco escribía fácilmente una carta. Cuando, de tarde en tarde, acudía a la iglesia, se colocaba detrás de una columna para que nadie le viese el rostro y para que nadie le distrajera. Su aspecto era angélico, como Jacob, con hermosos cabellos blancos, cuerpo elegante, aunque delgado. Tenía una barba muy poblada, que le llegaba hasta la cintura. Se le habían caído las pestañas de los ojos a causa de sus muchas lágrimas. Era alto, pero encorvado por sus muchos años, pues murió a la edad de noventa y cinco años, cuarenta de los cuales vivió en el palacio del emperador Teodosio el Grande, de feliz memoria, padre de Arcadio y de Honorio, cuarenta en Scitia, diez en Troes, encima de Babilonia, cerca de la ciudad de Menfis y tres años en Canope de Alejandría. Otros dos años vivió de nuevo en Troes, terminando allí su vida en la paz y el temor de Dios, *pues era un hombre de bien, lleno de Espíritu Santo y de fe* [Hch 11,24].

12. Contó abba Juan que abba Anub, abba Pastor y sus demás hermanos fueron a un lugar llamado Terenutis, hasta que encontrasen dónde instalarse[1]. Y permanecieron algunos días allí, en un templo antiguo. Abba Anub dijo a

[1] De nuestros testimonios, sólo *l* precisa (como lo hace *Alph.)* que el grupo se instaló en este lugar para huír de los Macizos en la devastación de Scitia; el episodio puede ser situado en el 407 (cf. *Introducción*, p.LVIII-LIX).

abba Pastor: «Por caridad, durante esta semana vivamos tú y tus hermanos aparte y yo con los míos, practicando el recogimiento, sin ir de visita los unos a los otros». Y abba Pastor respondió: «Haremos lo que tú quieres». Y lo hicieron así. Había en el templo una estatua de piedra. Cada día por la mañana, al levantarse, abba Anub apedreaba el rostro de la estatua, y por la tarde decía: «Perdóname». Y lo hizo así a lo largo de toda la semana. El sábado se reunieron todos los hermanos, y abba Pastor dijo a abba Anub: «Abba, he visto que durante toda esta semana apedreabas el rostro de esa imagen y luego le hacías una metanía. Un hombre de fe no hace eso». El anciano le respondió: «Lo he hecho por vosotros. Cuando me viste apedrear el rostro de esa estatua, ¿me ha dicho algo? ¿Ha montado en cólera?». Y dijo abba Pastor: «No». «Y cuando le he hecho una metanía, ¿se ha conmovido o me ha dicho: No te perdono?». «No», respondió abba Pastor. Y abba Anub prosiguió: «Nosotros somos siete hermanos. Si queréis que vivamos juntos, seamos como estatua que no se aflige por las afrentas. Pero si no queréis hacer esto, cuatro puertas hay en este templo: que cada uno salga por donde quiera y vaya donde quiera». Al oír esto se echaron a los pies de abba Anub y le dijeron: «Hemos vivido juntos toda la vida, trabajando y haciendo todo de acuerdo con las palabras que nos había dicho el anciano. Nombró a uno de nosotros ecónomo y comíamos lo que él nos preparaba, y jamás ocurrió que nadie dijera: "Trae otra cosa" o "no quiero comer esto". Y así hemos pasado todo el tiempo de nuestra vida en paz y descanso».

13. Se cuenta que vinieron unas personas a pedirle a abba Amonas que hiciera de juez entre ellos. Pero el anciano les hizo creer que no estaba en su sano juicio. Una mujer dijo entonces a otra que estaba a su lado: «Este viejo está loco». Lo oyó el anciano y llamándola le dijo: «Tantos trabajos como he padecido en varios desiertos para conseguir esta locura, y tú ¿quieres que la pierda hoy por causa tuya?».

14. Abba Apphy, obispo de Oxirrinco, cuando era monje llevaba una vida excesivamente dura. Nombrado obispo, quiso llevar en la ciudad la misma vida que en el desierto, pero no tuvo fuerzas para ello. Y se postró en la presencia del Señor, diciendo: «¿Acaso, Señor, se ha alejado de mi tu gracia por causa del episcopado?». Y tuvo esta revelación: «No, pero cuando estabas en el desierto, y no había hombres, Dios era tu sostén. Ahora en el mundo los hombres se ocupan de ti».

15. Contó el abad Daniel que había en Babilonia un hombre notable, cuya hija estaba poseída del demonio. El padre tenía en gran estima a cierto monje, y este le dijo: «Nadie puede curar a tu hija, fuera de unos anacoretas que yo conozco. Pero si vas donde ellos no accederán a hacerlo por humildad. Vamos a hacer esto: cuando vengan a vender las cosas que fabrican, diles que quieres comprar alguna cosa, y cuando entren en tu casa para recibir el dinero, les diremos que hagan oración, y creo que así se salvará tu hija». Salieron a la plaza, pero sólo encontraron a un discípulo de los ancianos, que estaba vendiendo cestos. Lo llevaron con ellos a casa, como si fuesen a fijar el precio de las cestas, pero en cuanto entró en la casa, vino la joven posesa y dio una bofetada al monje. Este se volvió y le puso la otra mejilla, de acuerdo con el precepto divino, y entonces el demonio, desarmado, empezó a gritar: «¡Oh violencia!, los mandamientos de Jesucristo me expulsan de aquí». Y al punto quedó curada la joven. Cuando llegaron los ancianos les contaron lo sucedido y dieron gloria a Dios, diciendo: «La soberbia del demonio se viene abajo habitualmente ante la humildad de los mandatos de Cristo Jesús».

16. Un anciano dijo: «El comienzo de la salvación es condenarse a sí mismo».

17. Abba Carión dijo: «He realizado más esfuerzos que mi hijo Zacarías, y no he llegado a su medida, por su humildad y su silencio».

18. Cuando abba Zacarías vivía en Scitia, tuvo una visión. Fue a comunicárselo a su abba, Carión. Pero el anciano, que era un asceta, no actuó con prudencia en este asunto y, levantándose, lo castigó diciéndole que procedía de los demonios. Le quedaba, sin embargo, el pensamiento y, levantándose, fue de noche hasta donde estaba abba Pastor y le contó lo sucedido y cómo se consumía interiormente. Viendo el anciano que procedía de Dios, le dijo: «Ve adonde está tal anciano, y será lo que él te diga». Fue adonde estaba el anciano y, antes de que él preguntase nada, adelantándose, se lo dijo todo, y que la visión venía de Dios. Y añadió: Pero ve, y sométete a tu abba».

19. Abba Moisés dijo a abba Zacarías: «Dime qué debo hacer». Al oírle, se echó a sus pies y le dijo: «Padre, ¿tú me lo preguntas a mí?». El anciano le contestó: «Créeme, Zacarías, hijo mío, he visto que descendía sobre ti el Espíritu Santo y esto es lo que me impulsa a preguntarte». Entonces, Zacarías se quitó el capuchón, lo puso bajo sus pies y mientras lo pisaba decía: «Si el hombre no es pisoteado de esta manera, no puede ser monje».

20. Contaba abba Pastor que abba Moisés preguntó al hermano Zacarías, cuando este estaba a punto de morir: «¿Qué ves?». Y él contestó: «Veo que no hay nada mejor que callar, Padre». Y le respondió el anciano: «Es verdad, hijo mío, guarda silencio». A la hora de su muerte, abba Isidoro que estaba junto a él mirando al cielo, dijo: «Alégrate, hijo mío Zacarías, porque se han abierto para ti las puertas del Reino de los cielos».

21. Abba Isaías dijo: «Querer la gloria de los hombres engendra la mentira, en cambio, la humildad hace crecer el temor de Dios en el corazón. No desees hacerte amigo de personas célebres en el mundo para que la gloria de Dios no disminuya en ti».

22. Dijo también: «Cuando terminas tus liturgias, si lo haces con humildad, pensando ser indigno, ellas son

agradables a Dios. Pero si entra en tu corazón cualquier pensamiento de orgullo y consientes, o si recuerdas a alguien que duerme o es negligente y lo juzgas, debes saber que tu esfuerzo es inútil».

23. Dijo también a propósito de la humildad: «Ella no conoce idioma para acusar a alguien de negligencia o contradecir al inoportuno; ella no tiene ojos para ver los fallos de los demás u observarlos; ella no tiene orejas para oír aquello que no es útil a su alma; ella no se enfada con nadie, excepto por sus propias faltas, sino que es pacífica con todos los hombres a causa del mandamiento de Dios y no por otra inclinación. Si alguno ayuna durante seis días y se libera de grandes sufrimientos exteriores de esta vida, vanos son sus esfuerzos».

24. Dijo también: «Aquel que ha obtenido la humildad, conoce sus propias faltas; y si la humildad se une a la aflicción y las dos moran en él, ellas espantan de su alma todo pensamiento demoníaco y alimentan al alma de su propio valor y de santas virtudes. En efecto, a aquel que posee aflicción y humildad, poco le importa la desaprobación de los hombres; ellas se convierten en su armadura, lo protegen de la cólera y de la venganza y le enseñan a soportar aquello que le llega. ¿Aquel que injuria o se enfada puede alcanzar a aquel que se aflige de sus propias faltas en presencia de Dios?».

25. Dijo también: «Ponerse ante Dios con ciencia y obedeciendo los mandamientos con humildad aporta caridad, y la caridad aporta la impasibilidad».

26. Al mismo se le preguntó: «¿Qué es la humildad?». Y él dijo: «La humildad, es considerarse como el más pecador de todos los hombres, y despreciarse a sí mismo como quien no hace nada bueno ante Dios. Y las obras de la humildad, son estas: el silencio, no medirse uno mismo en nada, no contestar, la sumisión, mantener la mirada en el suelo, tener la muerte ante los ojos, no mentir, no hablar en

vano, no oponerse al mayor, no querer tener razón, soportar la injuria, detestar el descanso, hacerse violencia en todo, ser vigilante, suprimir la propia voluntad, no irritar a nadie, ni envidiar a nadie».

27. Dijo también: «Haz tu mejor esfuerzo para pasar desapercibido, con el fin de dedicarte a las lágrimas; y haz todo lo posible para no discutir o dogmatizar sobre la fe, sino seguir a la Iglesia católica porque nadie puede coger nada de la divinidad».

28. Dijo también: «Aquel que posee la humildad se atribuye a sí mismo el reproche de su hermano, diciendo: Soy yo el que ha fallado; mientras que aquel que desprecia a su hermano se considera como bueno, creyendo no haber hecho el mal a nadie. Pero aquel que está en el temor de Dios se preocupa de las virtudes, no sea que una de ella se le escape».

29. Dijo también: «No es tu lengua la que habla, sino tus actos; que tu discurso sea más humilde que tus actos; no hables irreflexivamente; no enseñes sin humildad, para que la tierra reciba tu semilla».

30. Dijo también: «La sabiduría no es hablar; sino que la sabiduría es saber el momento en el que se debe hablar. Calla conscientemente, habla conscientemente. Reflexiona antes de hablar y responde lo que conviene. Conviértete voluntariamente en ignorante para escapar de muchas penas. Pues suscita las penas, aquel que se manifiesta con ciencia. No te lisonjees de tu ciencia, pues nadie sabe nada. El fin de todo, es despreciarse a sí mismo, estar por debajo del prójimo y adherirse a la divinidad».

31. El obispo de Alejandría, el bienaventurado Teófilo, fue en cierta ocasión al monte de Nitria, y el abba del monte fue a su encuentro. El obispo le preguntó: «¿Qué ventaja has encontrado en esta forma de vida, abba?». Y el anciano respondió: «Acusarme y reprenderme a mí mismo sin cesar». «No hay otro camino más seguro», le dijo el obispo.

32. Una vez, abba Teodoro comía con los hermanos. Recibían las copas con reverencia, pero sin decir nada, ni siquiera el «perdóname» de costumbre. Entonces, abba Teodoro dijo: «Los monjes han perdido su título de nobleza, la palabra "perdóname"».

33. Se contaba del mismo abba Teodoro que después de ordenado diácono en Scitia no consentía en ejercer su ministerio, y escapaba de aquí para allá. Pero los ancianos lo traían de nuevo y le decían: «No abandones tu ministerio». Pero el abba Teodoro les respondió: «Dejadme, voy a orar a Dios, y si Él me indica que debo quedarme aquí, y cumplir con este ministerio, lo haré». Y en su oración decía a Dios: «Si es tu voluntad, Señor, que me quede en este ministerio, muéstramelo». Y vio una columna de fuego que se elevaba de la tierra hasta el cielo, y oyó una voz que decía: «Si puedes ser como esta columna, ve a cumplir tu ministerio». Estas palabras le movieron a no cumplir jamás su oficio de diácono. Cuando volvió a la iglesia, los hermanos hicieron ante él una metanía, diciendo: «Si no quieres hacer de diácono, por lo menos sostén el cáliz». Pero Teodoro no aceptó y dijo: «Si no me dejáis en paz, me marcho de aquí». Y le dejaron tranquilo.

34. Dijo abba Juan Colobos: «La puerta de Dios es la humildad. Nuestros Padres tuvieron que sufrir muchas humillaciones y entraron alegres en la ciudad de Dios».

35. Dijo también: «La humildad y el temor de Dios superan a todas las virtudes».

36. Abba Juan de Tebas decía: «Ante todo, el monje debe ser humilde, porque este es el primer mandato del Salvador, cuando dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos* [Mt 5,3]».

37. Un hermano preguntó a abba Isaac: «¿De qué modo llega el hombre a la humildad?». El anciano respondió: «Por el temor de Dios». El hermano le dijo: «¿Por medio de qué obra llega al temor de Dios?». El anciano dijo:

«Para mí, cuando se contiene en todo, y se entrega al esfuerzo corporal, y en cuanto puede recuerda la salida del cuerpo y el juicio de Dios».

38. Los Padres se reunieron un día en Scitia para hablar acerca de Melquisedec[2]. Se olvidaron de avisar a abba Coprés. Sin embargo, los hermanos le llamaron luego y le preguntaron sobre el tema. Pero él se golpeó tres veces la boca, y dijo: «¡Ay de ti, Coprés!, que has descuidado hacer lo que te mandó hacer el Señor, y pretendes ocuparte de lo que no te pide». Al oírle los hermanos se fueron cada uno a su celda.

39. Abba Macario contaba de sí mismo: «Cuando era joven vivía en una celda en Egipto, pero me llamaron e hicieron clérigo de una aldea. No quería quedarme para el ministerio y escapé a otro lugar. Y venía un seglar muy religioso, que se llevaba lo que yo hacía con mi trabajo manual y me procuraba lo que yo necesitaba. En aquella aldea, una joven de vida dudosa, tentada por el diablo, tuvo una caída. Y al quedar encinta le preguntaron de quién era lo que había engendrado. Ella dijo: "Aquel ermitaño se acostó conmigo". Los habitantes del pueblo salieron a prenderme y me condujeron a la aldea. Me colgaron al cuello cántaros, pucheros y asas de jarros y me hicieron recorrer el pueblo mientras me golpeaban y gritaban: "Este monje ha ultrajado a nuestra hija, echadle, arrojadle de aquí". Y me golpearon hasta dejarme casi muerto. Llegó uno de los ancianos y les dijo: "¿Hasta cuándo vais a seguir golpeando a este monje forastero?". El que solía proveerme de lo que necesitaba, iba detrás, lleno de vergüenza porque muchos también le insultaban, diciendo: "Mira lo que ha hecho este monje de quien tú dabas toda clase de garantías". Los padres de la muchacha dijeron: "No te soltaremos hasta que prometas bajo juramento que mantendrás a nuestra hija". Dije a aquel que

[2] Sobre Melquisedec, ver XVIII, 5 y su nota.

me proveía de lo necesario que saliera fiador por mí, y lo hizo. Volví a mi celda, le di todos los cestos que tenía, y le dije: "Véndelos, y da el dinero a mí mujer, para que pueda comer". Yo me decía a mí mismo: "Macario, has encontrado una mujer y es necesario que trabajes más para mantenerla". Y trabajaba no sólo de día sino también de noche y lo que ganaba se lo enviaba. Cuando le llegó a aquella desgraciada el tiempo de dar a luz, pasó muchos días con grandes dolores, pero no paría. Le preguntaron a qué se debía y dijo: "Ya sé por qué sufro tanto tiempo". Sus padres le preguntaron: "¿Por qué?". "Porque he calumniado a ese monje y le he acusado falsamente sin que haya tenido nada que ver en este asunto. El culpable fue tal joven". Al saber esto, mi proveedor vino muy alegre a buscarme y me dijo: "La muchacha no ha podido dar a luz hasta que no ha confesado que no tienes que ver nada con ella, y que ha mentido al acusarte. Y todos los habitantes de la aldea quieren venir aquí, a tu celda, para dar gloria a Dios y pedirte perdón". Al oír esto de mi proveedor, me levanté y hui aquí, a Scitia, para que no me molestase aquella gente. Y este es el motivo por el cual me he instalado aquí».

40. Un día, abba Macario volvía del pantano a su celda llevando palmas. Y salió a su encuentro el diablo con una guadaña. Intentó herirlo con la guadaña, pero no pudo. Y entonces le dijo: «Macario, sufro mucho por tu causa, porque no te puedo vencer. Hago todo lo que tú haces: tú ayunas y yo no como, tú velas y yo no duermo nunca. Sólo hay una cosa en la que tú me superas». «¿Cuál es?», le preguntó abba Macario. Y el demonio le respondió: «Tu humildad, que me impide el que pueda vencerte».

41. Abba Matoés dijo: «Cuanto se acerca el hombre a Dios, tanto más se reconoce pecador. Isaías el profeta, al ver a Dios, se decía a sí mismo miserable e impuro [cf. 6,5]».

42. Abba Matoés de Raitu fue, en compañía de un hermano, a la región de Gebala. Vino el obispo del lugar y or-

denó presbítero al citado anciano. Y mientras comían, le dijo el obispo: «Abba, perdóname, ya sé que no querías esto, pero me he atrevido a hacerlo para recibir tu bendición». El anciano le respondió con humildad: «Es cierto que no lo deseaba en absoluto, pero lo que más me cuesta es que tengo que separarme del hermano que vive conmigo. No podré recitar solo todas las oraciones que recitábamos juntos». El obispo le dijo: «Si tú crees que es digno, le ordeno también». Abba Matoés dijo: «No sé si es digno o no; lo único que sé es que es mejor que yo». El obispo lo ordenó también, pero uno y otro abandonaron este mundo sin haberse acercado jamás al altar para consagrar la ofrenda. El anciano decía: «Confío en Dios, que no me juzgará severamente por esta ordenación que he recibido, porque no me he atrevido a celebrar. Este ministerio es para los que son irreprochables».

43. Cuando hicieron clérigo a abba Moisés y le pusieron el alba, el arzobispo le dijo: «Ahora has quedado totalmente blanco, abba Moisés». Pero este le respondió: «Externamente sí, señor obispo, pero ¿por dentro?». El obispo quiso ponerle a prueba, y dijo a los clérigos: «Cuando abba Moisés se adelante hacia el altar, arrojadle fuera y seguidle, para que oigáis lo que dice». Lo echaron fuera diciéndole: «¡Vete de aquí, etíope!». Y él salió diciendo: «Te está bien empleado, negro asqueroso. Si no eres hombre, ¿por qué te has atrevido a aparecer entre los hombres?».

44. Abba Moisés dijo: «Que la humildad humille a los demonios, pero que la humildad no sea engañada por ellos».

45. Dijo también: «Sé humilde, no sólo en tus palabras, sino también en tus sentimientos, porque sin humildad es imposible ser animado en las obras según Dios».

46. Abba Pastor oyó, en una asamblea, hablar de abba Nisterós. Quiso verlo y pidió al superior de Nisterós que se lo enviara. El superior no quiso que fuera solo y no le dijo nada. Pocos días después el ecónomo del monasterio pidió a su abba permiso para ir a ver a abba Pastor y abrirle su

alma. El abba le dio permiso y le dijo: «Lleva contigo a ese hermano, pues le ha mandado llamar el anciano y por no enviarlo solo he retrasado hasta hoy el enviárselo. Llegó el ecónomo al abba Pastor, le habló de sus cosas y quedó muy consolado con sus respuestas. Luego el anciano preguntó al hermano: «Abba Nisterós, ¿cómo has llegado a esa tan alta virtud que callas y no te entristeces cuando la tribulación castiga al monasterio?». Después de muchos ruegos del anciano, el hermano le dijo: «Perdóname, abba, pero cuando entré en el monasterio me dije: "¡Tú y el burro, una sola cosa! Se le golpea y no habla, se le injuria y no responde. Haz tú lo mismo". Es lo que se lee en el Salmo: *Una bestia era ante ti, pero a mí, sin cesar, junto a ti, de la mano derecha me has tomado* [Sal 72,22s]».

47. Decían de abba Olimpio de Scitia que era esclavo, y todos los años bajaba a Alejandría para llevar a sus dueños lo que había ganado. Estos salían a su encuentro para saludarle, pero el anciano echaba agua en una jofaina y se disponía a lavarles los pies. «Por favor, abba, ¡no nos hagas sufrir!», le decían. Pero él respondía: «Yo confieso que soy vuestro esclavo y os doy gracias porque me dejasteis libre para servir a Dios. A cambio yo os lavo los pies y recibís el fruto de mi trabajo». Los otros insistían, y como no quería ceder, les dijo: «Si no queréis recibir lo que he ganado, me quedo aquí como esclavo vuestro». Entonces sus dueños, por la gran reverencia que le tenían, le dejaban hacer lo que quería y al volver le llevaban con honor y le daban lo que necesitaba para que pudiese, en su nombre, hacer limosnas y celebrar el ágape. Todo esto lo hizo célebre en Scitia.

48. Dijo abba Pastor: «El hombre, lo mismo que aspira y expele el aliento, debe respirar continuamente la humildad y el temor de Dios».

49. Preguntó un hermano a abba Pastor: «¿Cómo debo portarme en el lugar donde habito?». Y el anciano le respondió: «Ten la prudencia de un recién llegado y donde

quiera que fueres no intentes imponer tu punto de vista. Así vivirás en paz».

50. Dijo también: «Humillarse ante Dios, no darse importancia y postergar su propia voluntad, son las herramientas con las que el alma trabaja».

51. Dijo también: «No te estimes a ti mismo, sino imita al fervoroso».

52. Un hermano preguntó al mismo: «Abba, ¿de qué tengo que tener cuidado cuando estoy en la celda?». El anciano le dijo: «Yo sigo siendo como un hombre hundido en el fango; y porto un fardo sobre la nuca, y grito a Dios: Ten piedad de mí».

53. Dijo también que un hermano preguntó al abba Alonio: «¿Qué es el desprecio de sí?». Y el anciano respondió: «Colocarse por debajo de los animales irracionales y saber que ellos son irreprochables».

54. Dijo también que, estando los ancianos sentados un día para comer, el mismo abba Alonio se levantó para servirlos, y ellos, al verlo, lo alabaron. Pero él no respondió absolutamente nada. Entonces alguien le dijo en privado: «¿Por qué no respondiste a los ancianos que te alabaron?». Abba Alonio le dijo: «Si les hubiera respondido, estaría aceptando sus alabanzas».

55. Dijo también: «La humildad es la tierra pedida por el Señor para ofrecerle el sacrificio».

56. Dijo también: «Si el hombre cumple con su deber, no se verá turbado».

57. Contaba abba José: «Estábamos un día con abba Pastor, y dio el nombre de abba a Agatón, y le dijimos: "Es muy joven. ¿Por qué le llamas abba?". Y dijo abba Pastor: "Sus palabras le han merecido este nombre"».

58. Se decía de abba Pastor que nunca opinaba sobre las palabras de otro anciano, pero siempre alababa lo que decía.

59. Abba Teófilo, obispo de Alejandría, fue en cierta ocasión a Scitia. Los hermanos, que estaban reunidos, di-

jeron a abba Pambo: «Di unas palabras al obispo para que quede edificado de este lugar». Y el anciano respondió: «Si no queda edificado por mi silencio, tampoco lo hará por mis palabras».

60. El hermano Pistos contaba: Siete hermanos eremitas fuimos a ver a abba Sisoés que vivía en la isla Clysma. Le pedimos que nos dijera algo, pero respondió: «Perdonadme, pero soy un hombre sin instrucción. Pero en cierta ocasión fui a ver a abba Or y a abba Athre. Abba Or estaba enfermo desde hacía dieciocho años. Empecé a suplicarles que me dijeran una palabra y abba Or me contestó: "¿Qué quieres que te diga? Haz lo que veas. Dios es de aquel que se tiraniza a sí mismo con todas sus fuerzas y se hace violencia en todo". Los dos, abba Or y abba Athre no eran de la misma provincia. Sin embargo, se entendieron a la perfección hasta el fin de su vida. Abba Athre era muy obediente y abba Or muy humilde. Me quedé unos días con ellos para descubrir sus virtudes y vi la conducta admirable de abba Athre. Uno les trajo un pequeño pescado y abba Athre quiso prepararlo para su anciano, abba Or. Tomó un cuchillo y empezó a cortar el pescado, pero en aquel momento abba Or le llamó: "¡Athre, Athre!". Al punto dejó el cuchillo en el pescado a medio cortar y corrió a donde él. Y yo quedé admirado de su gran obediencia, pues no se le ocurrió decir: "Espera a que termine de cortar el pescado". Y pregunté a abba Athre: "¿Dónde has aprendido a obedecer así?". "No es mía esa obediencia, sino de este anciano". Y me llevó consigo: "Ven a ver su obediencia". Coció de forma deplorable un pececillo, de manera que quedó en tal estado que no se podía comer. Se lo llevó al anciano, que lo comió sin decir una palabra. Abba Athre le preguntó: "¿Está bueno, abba?". Y respondió: "Muy bueno". Luego le trajo otro pescado muy bien preparado, y dijo: "Abba, este pescado está echado a perder, lo he cocido muy mal". Y el anciano contestó: "Sí, te ha salido un poco mal". Entonces se volvió a mí el abba

Athre, y me dijo: "¿Has visto cómo obedece este anciano?". Les dejé e hice lo que había visto, según mis fuerzas». Esto nos contó a los hermanos abba Sisoés, pero uno de nosotros le pidió: «Muéstranos tu caridad diciéndonos una palabra tuya». Y dijo: «El que consiente en no ser nada, ni apegarse a nada, ese cumple toda la Escritura». Y otro hermano le dijo: «Abba, ¿en qué consiste el ser peregrino?». Y respondió: «En callar y decir donde quiera que vayas: "No me mezclaré en nada". Esto es vivir como peregrino».

61. Preguntó un hermano a abba Titoés: «¿Cuál es el camino que lleva a la humildad?». Le respondió el anciano: «La vía de la humildad es esta: la abstinencia, la oración, y ponerse a sí mismo por debajo de toda criatura».

62. Un hermano fue al monte de abba Antonio, para visitar a abba Sisoés, y mientras hablaban le preguntó: «Abba, ¿todavía no has llegado a la altura de abba Antonio?». Y le respondió: «Si tuviese uno sólo de los pensamientos que atormentan a abba Antonio, ardería y me consumiría totalmente como fuego. Pero sin embargo conozco un hombre que, con mucho esfuerzo, puede tener a raya a sus pensamientos».

63. Volvió a preguntarle el hermano: «¿Por qué Satanás perseguía así a los Padres antiguos?». Y le dijo abba Sisoés: «Hoy a nosotros nos persigue más que a ellos, porque su tiempo se acerca, y está asustado».

64. Vinieron unos al encuentro de abba Sisoés para escuchar de él una palabra, pero él decía tan sólo: «¡Perdonadme!». Al ver las cestas del anciano, preguntaron a su discípulo Abrahán: «¿Qué hacéis con estas cestas?». Y les respondió: «Las vendemos de vez en cuando». Al oírlo, el anciano añadió: «Y también Sisoés come de vez en cuando». Al oírle quedaron muy edificados por su humildad y se fueron llenos de alegría.

65. Un hermano dijo a abba Sisoés: «Me examino y compruebo que mi pensamiento tiende hacia Dios». Y le

dijo el anciano: «No es una gran cosa que tu alma esté con Dios. Lo grande es que te consideres a ti mismo como inferior a toda criatura. Esto y la penitencia corporal endereza y conduce al camino de la humildad».

66. La bienaventurada Sinclética dijo: «Es tan imposible salvarse sin humildad como construir un barco sin clavos»[3].

67. Abba Hiperequios dijo: «El árbol de la vida está arriba y a él sube la humildad del monje»[4].

68. Dijo también: «Imita al publicano para no ser condenado con el fariseo [cf. Lc 18,14]. Imita la mansedumbre de Moisés, para que conviertas la roca de tu corazón en fuente de aguas vivas [cf. Éx 17,6]»[5].

69. Abba Orsisio dijo: «Si se usa arcilla cruda en los cimientos, cerca de un río, no durará ni un solo día. Pero si está cocida permanecerá como la piedra. Así es el hombre que posee la sabiduría según la carne y no ha sido cocido por el fuego de la tentación como José [cf. Sal 104,19], se viene abajo si llega a ocupar un puesto elevado. Lo resume así la palabra de Dios: Fue agitado por muchas tentaciones entre los hombres. Bueno es que quien conozca sus limitaciones, decline la carga al principio. Los fuertes en la fe se mantienen firmes. Si alguno quiere traer el ejemplo de José, debe decir que no era de esta tierra. ¡Cómo fue tentado!, y además en aquella región donde no había ningún vestigio de culto divino. Pero el Dios de sus padres estaba con él y le libró de todas sus pruebas [cf. Hch 7,9s]. Y hoy está con sus padres en el Reino de los Cielos. Nosotros, conociendo nuestras limitaciones, luchemos, pues apenas podemos escapar del juicio de Dios»[6].

[3] Tomado de *Vita* c.56: PG 28,1521 B.

[4] Tomado de *Hyp. Adhort.* 17: PG 79,1476 A.

[5] Ibíd., 73-74a (PG 79,1480 B); esta pieza se le también en *Alph.* bajo el nombre de Amma Sinclética (n.11).

[6] Tomado de *Vita prima Pachomii,* 126 (Halkin, p.80); se lee también en *Alph.* bajo del nombre de *abba* Orsisio (n.1), pero clasificado en la letra *Omicron.*

70. Un anciano que vivía como ermitaño en el desierto, pensaba que practicaba perfectamente todas las virtudes. Y dijo a Dios en su oración: «Señor, muéstrame en qué consiste la perfección del alma para que la practique». Dios quiso humillarle y le respondió: «Ve a tal archimandrita y haz todo lo que te diga». Antes de que el anciano llegara, Dios se manifestó al archimandrita y le dijo: «Va a venir a verte un anacoreta. Dile que coja un látigo y vaya a cuidar los cerdos». Llegó el eremita, llamó a la puerta, entró en la habitación del archimandrita, y después de saludarse se sentaron. Y el eremita le dijo: «Dime lo que debo hacer para salvarme». Y le contestó el otro: «¿Harás todo lo que te diga?». Y respondió el anciano: «Sí». «Pues bien, toma un látigo y vete a cuidar mis cerdos». Los que le conocían o habían oído hablar de él, al verle cuidar cerdos, decían: «¿Habéis visto a ese santo eremita del que tanto habíamos oído hablar? Se ha chiflado y está poseído del demonio: cuida puercos». Pero Dios vio su humildad, y que llevaba con paciencia los oprobios, de los hombres y le mandó que volviera a su puesto en el desierto.

71. Un hombre poseído del demonio, que echaba espuma por la boca, abofeteó en el rostro a un monje anciano. Este le presentó al punto la otra mejilla [cf. Mt 5,39]. Pero el demonio, no pudiendo soportar la quemadura de su humildad, salió inmediatamente del poseso.

72. Dijo un anciano: «Cuando te venga un pensamiento de orgullo o de vanidad, examina tu conciencia para ver si guardas todos los mandamientos de Dios: si amas a tus enemigos, si te alegras de los éxitos de tal adversario y te entristeces de sus fracasos y si te consideras un siervo inútil [cf. Lc 17,10] y peor que el último de los pecadores. Si sientes de este modo de ti, y crees que cumples todo esto, no te creas algo, pues un pensamiento de esta clase destruiría todo lo demás».

73. Un anciano dijo: «No critiques a tu hermano en el fondo de tu corazón, pensando que eres más sobrio, más

austero y más inteligente que él. Al contrario, sé dócil a la gracia de Dios en espíritu de pobreza y de verdadera caridad, no sea que exaltado por el espíritu de orgullo pierdas el fruto de tu trabajo. Pues está escrito: *Aquel que cree estar firme, tenga cuidado de no caer* [1 Cor 10,12]. Procura estar sazonado con la sal espiritual de Cristo [cf. Col 4,6]».

74. Dijo un anciano: «El que es honrado y alabado por encima de sus merecimientos, sufre un gran daño. El que nunca fuere honrado por los hombres, será glorificado allá arriba».

75. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Es bueno hacer frecuentes metanías?». El anciano le respondió: «Hemos visto que Dios se apareció a Josué, el hijo de Navé, cuando estaba postrado en tierra».

76. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Por qué nos atacan tanto los demonios?». El anciano le respondió: «Porque abandonamos nuestras armas, que son los ultrajes, la humildad, la pobreza y la paciencia».

77. Un hermano preguntó a un anciano: «Abba, si un hermano me trae pensamientos mundanos, ¿debo decirle que no me los traiga?». Y el anciano respondió: «No». Y el hermano le preguntó: «¿Por qué?». «No podemos conseguirlo nosotros mismos, respondió el anciano, ¿y se lo vamos a urgir al prójimo? No hagas aquello que tú mismo harás después». E insistió el hermano: «¿Qué debo, pues, hacer?». Y contestó el anciano: «Si nos decidimos nosotros mismos a guardar silencio, esto bastará para el prójimo».

78. Preguntaron a un anciano: «¿Qué es la humildad?». Y respondió: «Perdonar al hermano que ha pecado contra ti antes de que te pida perdón».

79. Dijo un anciano: «En todo lo desagradable que te suceda no culpes a nadie, sino sólo a ti, diciendo: Esto me ha sucedido a causa de mis pecados».

80. Un anciano dijo: «Nunca he sobrepasado mi rango para subir más alto [cf. Sal 130,1]. Ni me he turbado

cuando me han humillado. Mi único pensamiento era rogar al Señor que me despojase del hombre viejo».

81. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Qué es la humildad?». El anciano respondió: «Hacer bien a los que te hacen mal». «Y si no alcanzo esas alturas, ¿qué debo haber?», insistió el hermano. Y contestó el anciano: «¡Huye y escoge el silencio!».

82. Otro hermano le dijo: «Dinos una palabra de salvación, abba; sin embargo, incluso si nos la dices no la retendremos, pues nuestra tierra es una salmuera».

83. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Cuál es el trabajo propio del peregrino?». El anciano respondió: «Conozco a un hermano peregrino, que se encontraba en la iglesia en el momento del ágape. Se sentó a la mesa para comer con los hermanos. Pero uno de ellos le dijo: «¿Quién ha invitado a este hermano? Levántate y vete fuera». Y el hermano se fue. Los demás, apenados por su expulsión salieron a buscarle. Y uno de ellos le preguntó: «¿Qué has sentido en tu corazón al ser expulsado y llamado de nuevo?». Y respondió: «Pensé dentro de mí que era como un perro. Se va cuando le echan y entra cuando le llaman».

84. Unos fueron a la Tebaida para visitar a un anciano. Llevaban consigo a un hombre atormentado por el demonio para que el anciano le curase. El anciano, después de que se lo pidieron con mucha insistencia, dijo al demonio: «Sal de esa criatura de Dios». Y el demonio respondió: «Salgo, pero te hago esta pregunta: "Dime ¿quiénes son los cabritos y quiénes los corderos [cf. Mt 25,32s]?"». Y el anciano le contestó: «Los cabritos son los que son como yo. Quienes sean los corderos, eso Dios lo sabe». Al oírle el demonio, vociferó: «Salgo por esta humildad tuya». Y desapareció al instante.

85. Un monje de Egipto vivía en un suburbio de la ciudad de Constantinopla. Un día, el emperador Teodosio, el Joven, pasó por allá, dejó a todos los de su comitiva, y fue,

él solo, a la celda del anciano. Llamó a la puerta, le abrió el anciano y se dio cuenta de que era el emperador. Pero lo recibió como si se tratara de uno de sus oficiales. Entraron, hicieron oración y se sentaron. El emperador preguntó al monje: «¿Qué tal los Padres de Egipto?». Y le respondió el anciano: «Todos piden por tu salvación». El emperador miró a su alrededor para ver lo que había en la celda y no encontró más que una pequeña cesta que contenía un poco de pan y una jarra con agua. El monje le dijo: «Come un poco». Mojó los panes, le dio aceite y sal, y comió. Le dio también agua para beber. El emperador le dijo entonces: «¿Sabes quién soy yo?». Y el monje le contestó: «Dios sabe quién eres». Y le dijo Teodosio: «Yo soy el emperador Teodosio». El monje se postró y le saludó humildemente. Y el emperador prosiguió: «Dichosos vosotros que lleváis una vida segura sin los cuidados de este mundo. Te digo de veras que, aunque he nacido bajo la púrpura imperial, nunca he saboreado tan a gusto el pan y el agua como hoy. He comido bastante y con buen apetito». A partir de este día, el emperador empezó a visitarle, pero el anciano se escapó y volvió a Egipto.

86. Los ancianos decían: «Cuando somos tentados, humillémonos más aún. Pues entonces Dios nos protege al ver nuestra debilidad. Pero si nos gloriamos, nos retira su protección y perecemos».

87. El diablo, transformado en ángel de luz, se apareció a un hermano, y le dijo: «Soy el ángel Gabriel y he sido enviado a ti». Pero el hermano le contestó: «Mira no sea que te hayan enviado a otro, porque yo no soy digno de que me envíen un ángel». Y el demonio desapareció al punto.

88. Decían los ancianos: «Aunque se te aparezca de verdad un ángel, no le acojas fácilmente, sino humíllate, diciendo: "No soy digno de ver un ángel, yo que vivo en el pecado"».

89. Se contaba que un anciano moraba en su celda y sufría fuertes tentaciones. Veía claramente a los demonios

y se burlaba de ellos. Al verse vencido por el anciano, el demonio se le presentó y le dijo: «Soy Cristo». Al verle, el anciano cerró los ojos. Y el diablo le dijo: «Soy Cristo, ¿por qué cierras los ojos?». Y le contestó el anciano: «Yo aquí no quiero ver a Cristo, sino en la otra vida». Al oír esto desapareció el diablo.

90. Los demonios quisieron engañar a un anciano y le dijeron: «¿Quieres ver a Cristo?». Él respondió: «¡Malditos vosotros y vuestras palabras! Yo creo en el Cristo mío, que nos dijo: *Entonces, si alguno os dice: mirad, el Cristo está aquí o allí, no le creáis* [Mt 24.23]». Al oír esto, los demonios huyeron.

91. Contaban que un anciano había ayunado sesenta y dos semanas seguidas, comiendo tan sólo una vez por semana. Preguntó a Dios el sentido de cierto texto de la Escritura, pero Dios no se lo reveló. Y pensó para sí: «Puesto que me he mortificado tanto sin provecho, iré a preguntárselo a uno de mis hermanos». Y al cerrar la puerta de su celda para salir, le fue enviado un ángel del Señor, que le dijo: «Las sesenta semanas de ayuno no te han acercado más a Dios, pero cuando te has humillado para ir donde tu hermano, me han enviado para explicarte ese texto». Y después de explicarle lo que buscaba desapareció el ángel.

92. Decían de uno de los Padres que suplicó a Dios durante siete años por un don que le fue dado. Fue a casa de un gran anciano y lo puso al corriente del don. Habiéndolo escuchado, este anciano dijo con tristeza: «¡Gran abatimiento!». Y le dijo: «Ve, pasa otros siete años suplicando a Dios que te lo quite, porque no te conviene». Partió entonces y actuó de este modo hasta que aquel don le fue retirado.

93. Decía un anciano: «Si uno da una orden a un hermano con humildad y temor de Dios, esta palabra pronunciada por amor de Dios dispone al hermano a someterse y a hacer lo mandado. Pero si uno da una orden a un her-

mano sin temor de Dios, sino para hacer sentir su autoridad y como manifestando su dominio, Dios, que ve los secretos del corazón, no permite que el hermano entienda y haga lo que se le manda. Porque aparece muy claro cuando algo se manda por amor de Dios, y cuando se manda de manera autoritaria por propia voluntad. Lo que es de Dios se manda con humildad y en forma de ruego. Lo que se manda con dominio, con irritación y brusquedad, procede del maligno».

94. Dijo un anciano: «Prefiero un fracaso soportado con humildad que una victoria obtenida con soberbia».

95. Un anciano decía: «No condenes al que te ayuda, pues no sabes si el Espíritu de Dios está en ti o en él. Cuando digo el que te ayuda, me refiero a tu servidor».

96. Un hermano preguntó a un anciano: «Vivo con otros hermanos, ¿si veo algo inconveniente, debo hablar?». El anciano le respondió: «Si son mayores que tú o de tu misma edad, tendrás más paz si te callas. Haciéndote pequeño te sentirás mucho más seguro». Y le dijo el hermano: «¿Qué debo hacer, el espíritu me turba?». Y el anciano le contestó: «Si no lo puedes sufrir, avísales una sola vez con mucha humildad. Si no te obedecen, abandona tu pena en la presencia de Dios y Él te consolará. El siervo de Dios debe postrarse ante Él y abandonarse totalmente a Él. Vigila para que tu celo sea según Dios, pero mi opinión es que es mejor callarse. Para ti la humildad es el silencio».

97. Un hermano preguntó a un anciano: «¿En qué consiste el progreso de un hombre?». Y el anciano le contestó: «En la humildad. Cuanto más se abaja un hombre más se eleva a la perfección».

98. Decía un anciano: «Si alguno dice "perdóname" con humildad, quema a los demonios tentadores».

99. Decía un anciano: «Si consigues guardar silencio, no lo consideres como mérito tuyo. Cuando te venga esa consideración, di: "Es que soy indigno de hablar"».

100. Un anciano dijo: «Si el molinero no tapa los ojos del animal que da vueltas a la muela, este se desmandará y comerá el fruto de su trabajo. Así, por disposición divina, hemos recibido un velo que nos impide ver el bien que hacemos, para que no nos sintamos satisfechos de nosotros mismos y perdamos nuestra recompensa. Por eso también, de vez en cuando, nos vemos abandonados a muchos pensamientos sucios, para que cuando los veamos nos condenemos a nosotros mismos. Y estos pensamientos son para nosotros un velo que oculta el poco bien que hacemos. Porque cuando el hombre se acusa a sí mismo, no pierde su recompensa».

101. Un anciano decía: «Prefiero ser enseñado que enseñar».

102. Dijo también: «No enseñes antes de tiempo; si no tendrás toda tu vida una inteligencia disminuida».

103. Preguntaron a un anciano: «¿Qué es la humildad?». Y respondió: «La humildad es algo muy grande, divino. El camino de la humildad es este: entregarse a la penitencia corporal, reconocerse pecador y someterse a todos». Y un hermano preguntó: «¿Qué es someterse a todos?». Y contestó el anciano: «No fijarse en los pecados de los demás, sino considerar siempre los propios y rogar continuamente a Dios».

104. Un monje, habiendo recibido un golpe de alguien, lo soportó e hizo metanías a aquel que le golpeó.

105. Un hermano preguntó a un anciano: «Dime una sola cosa para que la cumpla y, por ella, buscar todas las virtudes». El anciano le respondió: «Aquel que soporta la desgracia, las injurias y las injusticias, puede ser salvado»[7].

[7] Aquí están contraídos en uno sólo, dos apotegmas (N 324 y N 325). Los mss. MS no conocen el n.105, del cual un accidente ha eliminado, en todos los otros manuscritos griegos, un fragmento; solo *l* da las dos piezas, pero con variantes importantes que no son anotadas en el aparato crítico.

107. Un anciano dijo: «No tengas demasiada familiaridad con tu higúmeno, ni vayas a verle con excesiva frecuencia, pues estas relaciones engendran confianza y empezarás a desear el primer puesto».

108. Dijo también: «El que es alabado, debe pensar en su pecado, y saber que no es digno de la alabanza»[8].

109. Había en un cenobio un hermano que cargaba sobre sus espaldas todas las faltas que cometían los hermanos, llegando a acusarse hasta de fornicación. Algunos hermanos, ignorando su conducta, empezaron a murmurar contra él: «Tanto mal como hace y no trabaja nada». El abba, que conocía sus obras, decía a los hermanos: «Prefiero una estera de este con humildad, que todas las vuestras con soberbia». Y para que los juicios de Dios demostrasen quién era aquel hermano, mandó traer todas las esteras que habían fabricado los hermanos y la del hermano. Encendió una mecha y la tiró en medio de ellas. Se quemaron todas las esteras de los hermanos, pero la del hermano quedó intacta. Al ver esto los hermanos se llenaron de temor, hicieron una metanía ante el hermano y desde entonces le consideraron como un Padre.

110. Preguntaron a un anciano cómo algunos podían decir que habían visto el rostro de los ángeles. Y él contestó: «Dichoso el que ve siempre sus pecados».

111. Un hermano estaba enfadado con otro hermano. Lo supo este y vino a pedirle perdón. Pero aquel no le abrió la puerta de su celda. Fue el hermano a contar lo sucedido a un anciano, y este le dijo: «Mira si no conservas en tu corazón una razón que te parezca justa para culpar a tu hermano, y que ella te lleva a reprenderle a él y a justificarte a ti. Tal vez sea esta la causa por la que Dios no movió su corazón para que te abriera la puerta. Yo te aconsejo que, si él te ha ofendido, asientes en tu corazón que tú

[8] *Alph.* atribuye esta sentencia a *abba* Santiago (n.2).

le has ofendido a él y des la razón a tu hermano. Entonces Dios pondrá en su corazón lo que sea necesario para que viva en buena amistad contigo». Y le contó este ejemplo: «Dos seglares piadosos se pusieron de acuerdo y dejaron el mundo para hacerse monjes. Llenos de celo según la letra, pero no según el espíritu del Evangelio, se castraron por el Reino de los Cielos [cf. Mt 19,12]. Lo supo el arzobispo y los excomulgó. Ellos, creyendo que habían procedido bien, se indignaron contra él, diciendo: "Nos hemos castrado por el Reino de los Cielos, y él nos excomulga. Apelaremos al arzobispo de Jerusalén". Fueron, le contaron lo sucedido y el arzobispo de Jerusalén les dijo: "Yo también os excomulgo". Irritados de nuevo, acudieron al arzobispo de Antioquía, le contaron todo y también les excomulgó. Los hermanos se dijeron entonces: "Vamos al Papa de Roma, y él nos hará justicia". Acudieron pues al Sumo Pontífice, le contaron todo lo que les habían hecho los citados arzobispos, y le dijeron: "Acudimos a ti porque eres la cabeza de todos". El Papa les respondió: "Yo también os excomulgo y quedáis fuera de la Iglesia". Al verse excomulgados por todos se dijeron el uno al otro: "Estos obispos se conciertan y se apoyan unos a otros porque se reúnen en Concilio. Vayamos a san Epifanio, obispo de Chipre, que es varón de Dios y profeta y no tiene acepción de personas". Cuando ya estaban cerca de la ciudad, san Epifanio tuvo una revelación acerca de ellos y mandó a decirles: "No entréis en esta ciudad". Entonces volvieron en sí, y dijeron: "Somos verdaderamente culpables, ¿por qué tratamos de justificarnos? Pase que aquellos nos excomulgasen injustamente, ¿pero que lo haga este profeta? Tiene que ser porque Dios le ha hecho alguna revelación". Y los dos se reprocharon vehementemente la culpa que habían cometido. El que conoce los corazones vio que se reconocían de verdad culpables y se lo reveló al obispo Epifanio. Este les mandó de nuevo un mensajero, los hizo venir a su presencia, los consoló y los

admitió en la Iglesia. Luego escribió sobre ellos al arzobispo de Alejandría: "Recibe a estos hijos tuyos que han hecho de verdad penitencia"». Y añadió el anciano que contó esta historia: «Este es el secreto de la santidad y lo que Dios quiere: que el hombre arroje sus pecados a los pies de Dios». Al oír esto el hermano hizo lo que le había enseñado el anciano y fue a llamar a la puerta de su hermano. Este, apenas le oyó, se arrepintió interiormente y abrió al punto la puerta. Se abrazaron desde el fondo de su corazón, y se estableció entre ellos una profunda paz.

112. Dos monjes, hermanos carnales, vivían juntos, pero el diablo quería separarlos. Un día, el más joven encendió una vela y la colocó sobre un candelabro. El demonio hizo su trabajo y volcó el candelabro; el hermano mayor montó en cólera y golpeó a su hermano. Pero este hizo una metanía y le dijo: «Ten paciencia conmigo que ya la voy a encender de nuevo». Y el poder del Señor bajó y atormentó al demonio hasta la mañana siguiente. El demonio comunicó a su jefe lo sucedido. Y un sacerdote pagano oyó lo que contaba el demonio y decidió hacerse monje. Y desde el comienzo de su conversión practicó la humildad más perfecta, pues decía: «La humildad quiebra toda la fuerza del enemigo, como yo mismo se lo oí a los demonios: "Cuando atacamos a los monjes, si uno de ellos hace una metanía, todo nuestro poder se desvanece"».

113. Abba Longinos dijo: «La circunspección unida a la humildad, es bella por todo. Si alguno bromea y parece ser gracioso: si lo hace mucho tiempo, yerra; pero aquel que se mantiene en guardia y se fortifica en la humildad, obtiene la estima de todos».

114. Dijo también que la humildad puede sobre toda dominación. Uno de los Padres contó que dos obispos vecinos, tuvieron una vez un altercado. El primero era rico y poderoso, el otro, humilde. Cuando aquel que era humilde se enteró, sabiendo lo que había hecho, dijo a sus

clérigos: «Vamos a superarlo por la gracia de Dios». Y ellos le dijeron: «Maestro, ¿qué podemos hacer contra aquel?». Dijo: «Atended, mis niños, os haré ver la piedad de Dios». Esperando el momento donde el otro celebraba la fiesta de los santos mártires, tomó a sus clérigos y les dijo: «Seguidme y, aquello que me veáis hacer, hacedlo también vosotros; y vamos a vencerlo». Ellos dijeron: «¿Qué tenemos que hacer?». Y ellos fueron hacia el obispo y, mientras tenía lugar la oración y la ciudad estaba reunida, se echó a sus pies con sus clérigos diciendo: «Perdónanos, maestro, somos tus siervos». Pero el otro, estupefacto de lo que hacían y lleno de compunción, pues Dios había cambiado su corazón, le agarró los pies diciendo: «Eres tú mi maestro y mi Padre». Y en adelante, hubo mucho amor entre ellos. Y el humilde dijo a sus clérigos: «¿No os dije, mis niños, que íbamos a vencer por la gracia de Dios? También vosotros, cada vez que os enfadéis contra alguien, haced esto y seréis vencedores por la gracia de nuestro Señor Jesucristo»[9].

115. Abba Marciano dijo[10]: «Si tenemos la inquietud de la humidad no necesitamos corrección, pues todos los peligros nos vienen del orgullo. Si un ángel de Satán fue dado al Apóstol para que no se enorgulleciese, sino para ser azotado [cf. 2 Cor 12,7], ¡cuánto más a nosotros que somos orgullosos, el mismo Satán nos será dado para doblarnos hasta los pies hasta que nos hagamos humildes!».

116. Decían de abba Serapión que su vida era semejante a la de un pájaro: no adquiría ninguno de los bienes de este mundo ni vivía en una celda, sino que, llevando una pieza de tela y un pequeño Evangelio, iba y venía como si no tuviese cuerpo. Tan pronto se encontraba en las afueras de una aldea como al borde del camino llorando amarga-

[9] Dicho extraído de (o retomado por) J. Mosco, *El prado espiritual*, c.210.

[10] Sentencia tomada, con modificación de nombre (salvo en el ms. R), de Marcos el Monje, *Opúsculo* IX, 4: SCh 455,164-166.

mente. Y si uno le preguntaba: «¿Por qué lloras así?», respondía: «Mi maestro me ha confiado sus bienes, y yo los he perdido y despilfarrado; por lo que quiere castigarme y perderme». Aquellos que lo oían, creían que hablaba de un depósito de oro, y a menudo ellos le lanzaban un trozo de pan diciendo: «Toma, hermano; y los bienes que has perdido, Dios te los enviará». Y el anciano respondía: «Amén».

117. En otra ocasión, viajando a Alejandría, encontró a un pobre que tiritaba. Parándose, reflexionaba: «¿Cómo es que yo, que paso por un asceta haciendo obras, llevo una túnica, mientras que este pobre —o, mejor dicho, Cristo— muere de frío?». En verdad, si lo dejo morir, seré condenado como asesino el día del juicio». Y, desnudándose, como un buen atleta, dio al pobre la vestimenta que llevaba y quedó así desnudo, teniendo bajo el brazo el pequeño Evangelio que llevaba a todas partes. Cuando el llamado «encargado de la paz»[11] pasó por su lado y lo vio desnudo, le dijo: «Abba Serapión, ¿quién te ha quitado la ropa?». Sacando su pequeño Evangelio, le dijo: «Aquel que me ha dado esta vestimenta». Y levantándose de allí, encontró a uno arrestado por otro a causa de una deuda que no podía devolver. Vendiendo entonces el Evangelio, el inmortal Serapión lo dio por la deuda del pobre hombre al que hacían violencia, y se fue desnudo a su celda. Cuando su discípulo lo vio desnudo, le dijo: «Abba, ¿dónde está tu pequeño colobion?». El anciano le dijo: «Mi niño, lo envié allí donde había una necesidad». El hermano le dijo: «¿Dónde está tu pequeño Evangelio?». El anciano dijo: «En verdad, mi niño, aquel que cada día me decía: *Vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres* [Mt 19,21], yo lo he vendido y dado para que, en el día del juicio, encontremos una seguridad más grande».

118. Un hermano vivía en Monidia cayendo seguido, por la instigación del diablo, en la fornicación, y él per-

[11] Se trata del oficial encargado de la disciplina eclesiástica en Alejandría.

sistía en forzarse para no abandonar el santo hábito; pero, haciendo su pequeña liturgia, suplicaba a Dios gimiendo y decía: «Señor, tú ves mi necesidad, dame fuerza; Señor, lo quiera o no, sálvame. Barro como soy, tiendo al pecado; pero tú, que eres un Dios poderoso, impídemelo. Si sólo tienes piedad del justo, esto no tiene nada de grande, y que salves al puro no tiene nada de sorprendente, pues ellos son dignos de recibir piedad. Maestro, envía tus misericordias admirables hacia mí que soy indigno, y en esto mostrarás tu filantropía: *que el pobre se abandone a ti* [Sal 9,35]». Cayese o no cayese, decía esto cada día. Una vez, cayendo de noche en su falta habitual, se levantó enseguida y comenzó su oficio. Pero el demonio, asombrándose de su esperanza y de su desfachatez con respecto a Dios, se le apareció visiblemente y le dijo: «Mientras salmodias, ¿cómo no avergüenzas sólo por estar en presencia de Dios o pronunciar su nombre?». El hermano le dijo: «Esta celda es un taller de herrero: das y recibes los golpes del martillo. Persevero en la lucha contra ti, hasta la muerte, cuando finalmente te apuñalaré; y juro, por aquel que vino a salvar a los pecadores llamándolos a la penitencia [cf. Lc 5,32]: no cesaré de orar a Dios contra ti hasta que tú no ceses, no me combatirás más, y veremos quien vence, si tú o Dios». Oyendo esto, el diablo le dijo: «Verdaderamente, no voy a luchar más ahora para no conseguirte una corona por tu fortaleza». Y ese día el demonio se alejó de él. Veis que es buena cosa la fortaleza y el no desanimarnos incluso cuando llegamos a caer en los combates, las faltas, las tentaciones. Llegado así a la compunción, el hermano vivió desde ese momento llorando sus pecados. Y cuando su pensamiento le decía: «Lloras mucho», él replicaba: «Anatema a ese mucho; pues, ¿lo que Dios necesita es que alguno pierda su alma y viva lamentándose a causa de ello, e incluso pensando si finalmente se salva o no se salva?».

119. Un hermano vivía solitario en el mismo monasterio de Monidia, y tal era sin cesar su plegaria: «Señor,

puesto que no te temo, envíame un rayo u otra catástrofe o una enfermedad o un demonio; quizás así mi alma se endurezca y venga a ella el temor». Hablaba así y suplicaba insistentemente a Dios diciendo: «Sé que es imposible que me perdones, pues numerosas son mis faltas contra tu nombre, maestro, numerosas y graves. Pero si mi oración es recibida a causa de tu piedad, perdóname; y si ella no es recibida castígame severamente aquí, maestro, y no me castigues allí abajo; y si incluso esto no es posible, dame una parte aquí y otra parte allí abajo, atenuando al menos un poco mi castigo. Comienza a castigarme en el presente, maestro, no por tu cólera, sino por tu filantropía». Perseverando así todo el año sin interrupción, suplicando a Dios con un corazón roto en los ayunos y una gran humildad, tuvo un pensamiento: «¿Qué significa la pablara de Cristo que dice *bienaventurados los afligidos, pues ellos serán consolados* [Mt 5,4]?». Una vez que estaba postrado por tierra, lamentándose según su costumbre, desanimado, se adormeció; y he aquí que Cristo se presentó ante él y le dijo con voz y rostro feliz: «¿Qué pasa, hombre, por qué lloras?». El hermano le dijo: «Porque he pecado, Señor». Aquel que había aparecido le dijo: «Levántate». El otro respondió: «No puedo si no me das la mano». Tendiéndole la mano, le reveló y le dijo de nuevo alegremente: «¿Por qué llorabas, hombre? ¿Qué te entristece?». El hermano respondió: «¿No quieres, Señor, que llore y que esté apenado por haberte entristecido?». Entonces, extendiendo la mano, aquel que se había aparecido le puso su palma sobre el corazón y le hizo una unción diciendo: «No te aflijas, no te aflijas, Dios te auxilia; puesto que tú has estado penando, yo no me apenaré contra ti. Por ti, he dado mi sangre; ¿cuánto más también mi filantropía a toda alma que se convierte?». Volviendo en sí tras esta visión, el hermano encontró su corazón lleno de alegría, y tuvo la certeza de que Dios había tenido piedad de él; y vivió todo el tiempo en una gran humildad, dando gracias a Dios.

120. Un hermano fue a casa de uno de los Padres y le dijo: «¿Cómo estás, Padre?». En anciano respondió: «Mal». El hermano dijo: «¿Por qué, abba?». Entonces el anciano dijo: «Desde hace treinta años, me mantengo cada día en presencia de Dios, me maldigo a mí mismo en mi oración y digo a Dios: *No tengas piedad de los que hacen iniquidad* [Sal 58,6], e incluso *extermina a todos los pecadores* [Sal 144,20], y *sean malditos aquellos que se apartan de tus mandamientos* [Sal 118,21]; o también, yo que soy mentiroso, cada día digo a Dios: *Destruyes a los mentirosos* [Sal 5,7]; y teniendo rencor contra mi hermano, digo a Dios: *Perdónanos como también nosotros perdonamos* [Mt 6,12], y poniendo toda mi preocupación en la comida, digo: *Me olvido de comer mi pan* [Sal 101,5]; y acostado cada mañana, canto: *En el medio de la noche me levanto para darte gracias* [Sal 118,62]; no tengo ninguna compunción y digo: *Estoy cansado de gemir* [Sal 6,7], y también: *Mis lágrimas son mi pan día y noche* [Sal 41,4]; teniendo en el corazón pensamientos malvados, digo a Dios: *la meditación de mi corazón está delante de ti sin cesar* [Sal 18,15]; también, no practicando de todo el ayuno, digo: *Mis rodillas flaquean por el ayuno* [sal 108,24]; y yo que estoy lleno de orgullo y de relajamiento de la carne, me engaño solamente a mí mismo cantando: *Mira mi humildad y mi pena, y perdóname todas mis faltas* [Sal 24,18]; y también, cuando estoy absolutamente indisponible, digo: *Mi corazón está pronto, Señor, mi corazón está pronto* [Sal 56,8]. En fin, toda mi liturgia se ha vuelto contra mí, convertida en acusación y en condenación». El hermano dijo al anciano: «Pienso, Padre, que David no dijo todo aquello de sí mismo». Entonces, el anciano dijo gimiendo: «Créeme, mi niño; en verdad, si nosotros no practicamos lo que cantamos delante de Dios, vamos hacia nuestra perdición».

121. Un hermano preguntó a un anciano: «Padre, ¿por qué la actual generación no puede mantener la ascesis de los Padres?». El anciano le dijo: «Porque ella no ama a

Dios, ni huye de los hombres, ni aborrece la materia del mundo. Pues al que huye de los hombres y de la materia, la ascesis le viene de sí mismo. Del mismo modo que un hombre no puede apagar un fuego encendido en su campo si no comienza por apartar la materia que está ante él, tampoco si uno no se va a un lugar donde no encuentre con esfuerzo incluso su pan, no puede adquirir la ascesis; pues el alma no desea aquello que no ve».

122. Un gran anciano vivía en Siria, cerca de Antioquía, y tenía un hermano que vivía con él. Sin embargo, el hermano se inclinó a condenar a aquellos que veía pecando. Sabiendo esto el anciano, lo exhortó sobre este punto diciéndole: «En verdad, mi niño, te engañas, y quizás pierdas tu alma, pues nadie puede saber lo que hay en el corazón del hombre, salvo el espíritu que vive en él [cf. 1 Cor 2,11]. A menudo, mucha gente habiendo cometido a la vista de los hombres muchas malas acciones se convierten secretamente a Dios y son recibidos. Nosotros conocemos su pecado, pero sus buenas acciones, sólo las conoce Dios; también muchos, habiendo vivido mal toda su vida, a menudo en la proximidad de la muerte son encontrados haciendo penitencia y son salvados; a esto se añade que, por la oración de los santos, los pecadores fueron acogidos. Es por esto que, incluso si lo ves con tus propios ojos, no juzgues jamás a nadie. Sólo hay un juez, el Hijo de Dios. Y todo hombre que juzga a otro se convierte en una especie de «anti-juez» y «anti-dios» de Cristo pues, haciéndose juez preferente al juez, se apodera de la dignidad, del honor y de la potencia que el Padre le ha dado».

123. Dijo también a propósito del rencor: «Nunca pelear ni apenar a nadie, ni estar apenado con nadie es propio sólo de los ángeles; inquietarse un poco y reconciliarse enseguida es lo propio de los buenos combatientes; pero cuando uno es perturbado y afligido, si guarda su tristeza y su cólera durante un tiempo —incluso un día—, se convierte en

hermano de los demonios. Porque no puede pedir ni recibir de Dios el perdón de sus pecados mientras él mismo no perdone a su hermano, incluso si ha pecado contra nosotros».

124. Dijo también: «Aquel que roba, miente, o comete otro pecado, apenas cometido, lamentándose a menudo, se lo reprocha y viene a la penitencia; pero aquel que guarda en su alma el rencor, que coma, beba, duerma o camine, le da la bienvenida a un tipo de veneno. No puede quitarse su falta, y su oración se convierte en una maldición; y en una palabra, su esfuerzo no es contado para nada por Dios. Incluso si vierte su sangre por Cristo, su súplica no será admisible».

125. Un anciano dijo: «Nada es más impuro que un hombre pecador, ni el perro ni el puerco, pues estos son animales sin razón y actúan según su condición; pero el hombre hecho a imagen de Dios no guardó su propio rango».

126. Dijo también: «¡Desgraciada es el alma que está acostumbrada a pecado! Se parece a un perro que está acostumbrado al puesto del carnicero para comer: a menudo perseguido y golpeado, incluso si se aparta al momento, vuelve, sin embargo, a causa de la costumbre y del alimento, y permanece allí hasta que muere».

127. Dijo también a su discípulo: «Desgraciados nosotros, mi niño, pues tenemos menos temor de Dios que de un perro». Su discípulo le dijo: «No hables así, Padre, porque blasfemas». El anciano le dijo: «Blasfemia o no, sé una cosa: a menudo iba de noche a alguna parte para pecar; y cuando escuchaba que los perros pequeños se acercaban a ladrar, volvía de inmediato con miedo de ellos; y lo que no pudo el temor de Dios, lo pudo el temor de las bestias»[12].

128. Dijo también: «Si amamos a Dios como amamos a los hombres, somos herejes. Veo que muchos que, habiendo contristado a sus amigos, no descansaron, noche y

[12] Cf. Juan Clímaco, *Escala santa* I: PG 88,637 B.

día, de suplicarles y de enviarles regalos hasta que los hacían cambiar de sentimientos. Pero cuando se trata de Dios airado contra nosotros, no tenemos ninguna preocupación por suplicarle que se reconcilie con nosotros»[13].

129. Un hermano fervoroso vino del extranjero y vivió solitario en una pequeña celda sobre el monte Sinaí. Cuando llegó el primer día para habitar, encontró un trozo de madera sobre el cual un hermano que estuvo allí antes había escrito: «Moisés de Teodoro, estoy presente y testifico». Colocándose cada día aquella tabla ante los ojos, el hermano preguntaba al escriba cómo estaba presente: «¿Dónde estás, hombre, que dices: estoy presente y testifico? ¿En qué mundo estás ahora presente? ¿Dónde está la mano que ha escrito?». Así pasaba todo el día, acordándose del sepulcro y lamentándose. Su trabajo manual era la caligrafía, y recibía de muchos hermanos hojas y pedidos de copias. Murió sin haber escrito nada para nadie. Y escribió esto sobre las hojas de cada uno: «Perdóname, maestro y hermano, porque tenía un pequeño trabajo con alguien y, por este motivo, no tuve tiempo de escribir». En su vecindad vivía otro hermano[14]. Una vez que fue al campo, dijo al hermano calígrafo: «Hazme la caridad, hermano, de vigilar mi jardín mientras no vuelvo». El hermano le dijo: «Confía en mí, haré todo lo que pueda». El hermano partió, y el otro se dijo a sí mismo: «Pobre hombre, en cuanto tienes la oportunidad, ocúpate del jardín». Y, de pie desde la tarde hasta la mañana para el oficio, no cesaba de salmodiar y de orar llorando, y así toda la jornada porque era el Domingo Santo. Volviendo de noche, el hermano encontró que dos puercos espines habían destrozado el jardín, y le dijo: «Que Dios te perdone, hermano, porque no te has preocupado del jardín». El otro dijo. «Dios ha visto, abba, que he hecho todo lo posible y que he regado y vigilado; Dios lo sabe

[13] Cf. ibíd.: PG 88,637 C.

[14] Según N 520, este hermano se llamaba Elisios.

y nos obsequiará y hará fructificar el pequeño jardín». El jardinero dijo: «En verdad, hermano, está completamente devastado». El calígrafo le dijo: «Lo sé, pero creo que florecerá de nuevo». El propietario del jardín dijo: «Ven, reguémoslo». El hermano le dijo: «Riega tu ahora, y yo regaré el jardincillo durante la noche». Pero como no llovía, el jardinero se afligió y dijo a su vecino calígrafo: «Créeme, hermano. Si Dios no viene en nuestra ayuda, no tendremos nada para comer este año». El hermano dijo: «Desgraciados nosotros si se secan las fuentes del jardín; realmente, no tendremos salvación». Pero él hablaba de las lágrimas. Y cuando estaba a punto de morir, este buen combatiente llamó a su vecino para decirle: «Hazme la caridad, hermano, de no decir a nadie que estoy enfermo; pero quédate aquí ahora, y cuando vaya hacia el Señor, coge mi cuerpo y tíralo en el desierto, para que las bestias salvajes y los pájaros lo coman, porque he pecado mucho contra Dios y no soy digno de sepultura». El jardinero le dijo: «Créeme, abba, mi alma vacila en hacer eso». El enfermo le respondió: «Tomo sobre mí esta decisión, y te doy mi palabra de que si me escuchas y haces esto y yo puedo, te ayudaré también». Y cuando murió el mismo día, el hermano hizo como le había ordenado y echó su cuerpo desnudo —pues vivían a veinte millas del campo—. El tercer día, aquel que había partido hacia el Señor se le apareció en sueños y le dijo: «Dios tendrá piedad de ti, hermano, como tú has tenido piedad de mí. Créeme, Dios me ha hecho una gran misericordia por el hecho de que mi cuerpo se ha mantenido sin sepultura, diciéndome: Mira, a causa de tu gran humildad, he ordenado que vayas con Antonio. Y yo supliqué a Dios por ti. Pero ve, abandona ese jardín y búscate otro. Porque en el momento en que mi alma partió, vi que mis lágrimas habían extinguido el fuego al que debería ir».

130. Un hermano que vivía sobre el monte de los Olivos bajó una vez a la Ciudad Santa y fue a casa del ar-

conte para confesar sus pecados, diciendo: «Castígame según la ley». Sorprendido, el arconte discernía en sí mismo y dijo al hermano: «En realidad, hombre, hoy te has confesado tú mismo, yo no me atrevo a juzgar delante de Dios. Porque tal vez Dios te haya perdonado». El hermano partió y se puso cadenas en los pies y en el cuello y se recluyo en su celda; y si alguno le decía: «Abba, ¿quién te ha impuesto tal atadura de cadenas?», él decía: «El arconte». Sin embargo, un día antes de su muerte, las cadenas se desprendieron ellas mismas y cayeron. Al ver esto, me quedé sorprendido y le dije: «¿Quién te ha liberado de las cadenas?». Él me dijo: «Aquel que me ha librado de mis faltas. Se me apareció ayer y me dijo: He aquí que a causa de tu fortaleza he borrado todas tus faltas. Con su dedo tocó las cadenas y cayeron al instante». Dicho esto, el hermano se fue enseguida hacia el Señor».

131. Había un oficial que había hecho muchas malas acciones y ensució su cuerpo de muchas maneras. Pero tocado por Dios de compunción, partió a hacer su renunciamiento. Se construyó una celda en lugar desierto cerca de un torrente y vivió preocupándose de su alma. Algunos que lo conocían se enteraron y se pusieron a enviarle panes, dátiles y todo lo que pudiese necesitar. Cuando se vio en el descanso, donde nada le faltaba, se fue de allí diciendo: «Vayamos, alma mía, a la tribulación, para no caer allí abajo en la tribulación. Porque la hierba y el alimento de las bestias me conviene ya que yo he actuado y vivido como las bestias».

132. Había un hermano que llegó a ser bastante negligente en su vida monástica. Cando estaba próximo a la muerte, muchos Padres lo rodearon. Y el anciano[15], viéndolo dejar su cuerpo con entusiasmo y alegría, y queriendo edificar a los hermanos, le dijo: «Créeme, hermano, todos

[15] Se omite el principio de este dicho, reportado también en N 530, que da el nombre del anciano: *abba* Aretas.

sabemos que no has tenido mucha fuerza en la ascesis; ¿por qué partes, entonces, alegremente?». El hermano dijo entonces: «Créeme, Padre, has dicho la verdad. Pero, después de haberme hecho monje, no tengo conciencia de haber juzgado a alguien que pecase, y no guardo rencor alguno contra nadie, sino que enseguida me reconciliaba con todo el mundo. Y quiero decir a Dios: Tú has dicho, maestro, *No juzguéis y no seréis juzgados* [Mt 7,1]; y, *perdonad y se os perdonará* [Mt 6,14]». Todos fueron edificados, y el anciano le dijo: «Paz a ti, mi niño, porque te has salvado incluso sin trabajo».

133. Un hermano egipcio combatido por la fornicación vino a verlo[16] y le pidió que orase a Dios para ser aliviado en el combate. Y suplicó a Dios por él durante siete días. Al octavo día, le preguntó al hermano: «¿Cómo va el combate, hermano?». Este le dijo: «Mal. No he sentido ningún alivio». Y el anciano fue sorprendido cuando, de noche, se le apareció Satanás que le dijo: «Créeme, anciano, desde el primer día en que tú rezaste a Dios, yo me alejé de él; pero él es su propio demonio y su propio combate viene de la glotonería. Yo no he hecho nada en ese combate, sino que él se combate a sí mismo comiendo, bebiendo y durmiendo abundantemente».

134. Abba Teodoro nos contó que un hermano tenía un carisma de compunción. Ocurrió una vez que la pena de su corazón le hizo llegar una abundancia de lágrimas. Al ver esto, el hermano se dijo a sí mismo: «En verdad, este es el signo de que el día de mi muerte está cerca».

135. Hay una montaña en Egipto llamada Fermo, que limita con el gran desierto de Scitia. En esta montaña habitan unos quinientos ascetas, de los cuales, un cierto Pablo, monje excelente que durante toda su vida practicó

[16] Se trata, sin duda, también de *abba* Aretas, ya que N 530-536 (de los cuales esta pieza es un extracto) constituyen una pequeña serie consagrada a este anciano.

esto: no cobraba ningún trabajo, y no recibía nunca nada de nadie más allá de lo que necesitase para comer ese mismo día. El trabajo de su ascesis era orar sin cesar. Tenía fijadas trescientas oraciones, y cogía muchos guijarros y tiraba uno por cada oración. Habiendo ido a ver a Macario, el conocido como ciudadano, le dijo: «Abba Macario, estoy afligido». El servidor de Cristo le exigió que le dijese por qué razón. El otro le dijo: «En cierto pueblo vive una virgen que ha vivido una vida de asceta durante treinta años y de la que me han contado que nunca come excepto sábado y domingo. Y al mismo tiempo, durante el paso de las semanas, y el comer a intervalos de cinco días, ella hace setecientas oraciones. Y cuando supe esto, me desesperé porque no soy capaz de hacer más de trescientas». El santo Macario le respondió: «Ahora tengo sesenta años; y hago cien oraciones y gano mi comida con mi propio trabajo, y veo a los hermanos cuando necesitan consejo espiritual, y mi razón no me condena por haber dejado mi trabajo. Pero si tú dices trescientas y tu conciencia te condena, estás ciertamente no rezando con pureza, ni nada parecido y podrías rezar más y no lo haces».

136. Un hermano le preguntó[17] sobre la insensibilidad, y el anciano respondió: «Hermano, la lectura asidua de las divinas Escritura se opone, junto con las sentencias de los Padres teóforos sobre la compunción; así como el recuerdo de los temibles juicios de Dios y la salida del alma del cuerpo y su próximo encuentro, de los poderes terribles con aquellos que hayan hecho el mal durante esta breve y lastimosa vida. Y también cómo habremos de presentarnos al terrible e incorruptible tribunal de Cristo para rendir cuentas delante de Dios, todos sus ángeles y, para finalizar, toda la creación, no solamente de nuestras acciones, sino también de nuestras palabras y pensamientos. Recuerda sin

[17] Se trata de Doroteo de Gaza, del cual se reporta aquí la *Carta* 7 (ed. L. Regnault: SCh 92,512-514).

cesar esta respuesta, que el terrible y justo juez dirá a aquellos que están a su izquierda: *Alejaos de mí, malditos; id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles* [Mt 25,41]. También es bueno acordarse de las grandes aflicciones humanas, a fin de que, con esfuerzo, el alma endurecida e insensible, se ablande y tome conciencia de su malvada disposición. En cuanto al decaimiento de la caridad para los hermanos, te ocurre porque acoges los pensamientos de sospecha, porque te fías de tu propio corazón y no quieres soportar nada contrario a tu elección. Desea, por lo tanto, con la ayuda de Dios, ante todo no creer del todo en tus propias ideas y, tanto como puedas, trata de humillarte ante los hermanos y de suprimir tu propia voluntad. Si uno de ellos te injuria o algún otro te aflige otro día, reza por él, como nos dicen los Padres[18], como si se tratase de tu gran benefactor y de la medicina de tu vanidad. Así, también tu cólera se calmará porque, según los Santos Padres, el amor es el freno de la cólera. Pero ante todo reza a Dios que te dé la vigilancia y la inteligencia para conocer su *voluntad buena, agradable y perfecta* [Rom 12,2], y también la fuerza para tender hacia las buenas obras [cf. Heb 13,21].

[18] Los «Santos Padres» aquí citados dos veces por Doroteo son Evagrio e Isaías (cf. SCh 92,515, n.1-2).

Capítulo XVI

DE LA PACIENCIA

1. Unos hermanos fueron a casa de abba Antonio y le dijeron: «Dinos una palabra: ¿qué debemos hacer para salvarnos?». El anciano les dijo: «¿Oyeron la Escritura? Pues eso es bueno para ustedes». Le dijeron ellos: «Pero queremos escucharlo de ti, Padre». Les dijo el anciano: «El Evangelio dice: *Si alguien te golpea la mejilla derecha, ofrécele también la otra* [Mt 5,39]». Le respondieron: «No podemos hacer esto». Les dijo el anciano: «Si no pueden ofrecer la otra mejilla, al menos soporten que los golpeen en una». Le dijeron: «Tampoco podemos esto». Dijo el anciano: «Si no pueden esto, no devuelvan el mal que recibieron». Respondieron: «Tampoco podemos hacer esto». Dijo entonces el anciano a su discípulo: «Prepárales una papilla, porque están enfermos. Si no pueden hacer esto, ni quieren hacer lo otro, ¿qué puedo hacer yo por ustedes? Necesitan oraciones».

2. Contaban que abba Gelasio tenía un códice de pergamino que valía dieciocho piezas de plata. Contenía el Antiguo y el Nuevo Testamento enteros y estaba colocado en la iglesia, para que los hermanos pudieran leerlo cuando gustasen. Llegó un hermano peregrino, se detuvo en el monasterio, y al ver el códice lo deseó, lo robó y se marchó con él. El anciano, aunque se dio cuenta de lo que había hecho, no le persiguió para prenderlo. El hermano, por su parte, fue a una ciudad, e intentó venderlo. Encontró un comprador y le pidió por él dieciséis piezas de plata. El comprador le dijo: «Dámelo antes para que lo

haga examinar y te lo pagaré después». Y el hermano le dejó el libro para que lo enseñase. El comprador lo llevó a abba Gelasio, para que comprobara si el códice era bueno y si valía ese precio. El anciano le contestó: «Cómpralo, es un buen códice y vale lo que te ha pedido». Pero el comprador fue al encuentro del hermano y le dijo, no lo que le había dicho el anciano, sino lo que sigue: «Se lo he enseñado a abba Gelasio y me ha dicho que es muy caro y que no vale lo que tú pides». Al oír esto el hermano le preguntó: «¿Y no ha dicho más el anciano?». «Nada más». Entonces dijo el hermano: «No quiero ya vender este libro». Compungido volvió donde el anciano, le hizo una metanía suplicándole que aceptase el libro, pero el anciano no quería recibirlo. Entonces el hermano le dijo: «Si no lo aceptas, no puedo vivir tranquilo». Y el anciano replicó: «Si no puedes vivir tranquilo si no lo acepto, lo recibiré». Y el hermano se quedó con el anciano hasta su muerte y se aprovechó mucho de la paciencia de su abba.

3. Se tuvo en Las Celdas una reunión para cierto asunto, y abba Evagrio habló en ella. El presbítero del monasterio le dijo: «Sabemos, abba Evagrio, que, si estuvieses en tu país, podrías ser obispo o cabeza de un grupo numeroso, pero aquí eres un forastero». Movido a compunción, no respondió violentamente, sino que inclinando la cabeza y mirando al suelo, escribía en él con el dedo, y dijo: «Así es, Padres: he hablado una vez, pero, como dice la Escritura, no hablaré la segunda».

4. Abba Juan Colobos estaba sentado delante de la iglesia. Los hermanos le rodearon y le preguntaron acerca de sus propios pensamientos. Al ver esto otro anciano, lleno de envidia, le dijo: «Tu vaso está lleno de veneno». Y abba Juan le respondió: «Así es, Padre. Tú dices eso porque sólo ves lo externo. Si vieses lo de dentro, ¿qué dirías?».

5. Decían que abba Juan el Tebano, que fue discípulo de abba Amonio, estuvo doce años a su servicio consolán-

dole en sus enfermedades y luego se sentaba junto a él sobre la estera. Pero el anciano no le daba por ello ninguna satisfacción. Y aunque se sacrificó tanto por él, jamás le dijo: «Dios te lo pague». Pero cuando estuvo a punto de morir, en presencia de los hermanos de la región, le tomó la mano y dijo: «¡Dios te lo pague! ¡Dios te lo pague!». Y lo confió a los ancianos diciendo: «Es un ángel, no un hombre».

6. Contaban de abba Isidoro, presbítero de Scitia, que, si alguno tenía un hermano enfermo, débil o insolente, y quería expulsarlo, él decía: «Tráemelo a mí». Y con su paciencia, curaba el alma de aquel hermano.

7. Contaban de abba Longinos que habían calumniado a uno de sus discípulos para que lo rechazase. Los compañeros de abba Teodoro fueron y le dijeron: «Abba, hemos oído decir tal cosa sobre este hermano; si lo deseas, nos lo llevaremos y te traeremos un hermano mejor». El anciano le dijo: «Yo no lo rechazo, pues él me apoya». Y cuando supo el motivo, el anciano dijo: «¡Pobre de mí! Hemos venido aquí para convertirnos en ángeles y nos hemos convertido en estúpidos animales impuros».

8. Cuando estaba en Egipto, abba Macario encontró a un hombre que había traído una bestia de carga en la que iba colocando todo lo que Macario poseía. Macario, como si estuviese de paso, le ayudó a cargar todo lo robado sobre el animal y lo despidió con toda calma, diciendo para sí: «*Nosotros no hemos traído nada al mundo* [1 Tim 6,7]. Dios nos lo dio. ¡Hágase su voluntad! ¡Bendito sea siempre el Señor! [cf. Job 1,21]».

9. Un día se reunieron los hermanos en Scitia, los ancianos quisieron poner a prueba a abba Moisés. Lo despreciaron, diciendo: «¿Por qué este etíope viene con nosotros?». Él, al oírlo se calló. Terminada la asamblea, los que le habían tratado injuriosamente le dijeron: «¿No te sientes molesto ahora?». Y él respondió: «*Turbado estoy, no puedo hablar* [Sal 76,5]».

10. Abba Pablo el cosmeta y su hermano Timoteo vivían en Scitia y, muchas veces, nacían disputas entre ellos. Dijo abba Pablo: «Hasta cuando hemos de seguir así?». Le respondió abba Timoteo: «Ten caridad, sopórtame cuando te molesto, cuando tú me molestes, yo te soportaré». Y obrando de este modo tuvieron tranquilidad por el resto de sus días.

11. Paesio, hermano de abba Pastor, tuvo una amistad particular con un monje del exterior. A abba Pastor no le gustaba, y corrió a decir a abba Amonas: «Mi hermano Paesio tiene una amistad particular y no lo puedo sufrir». Abba Amonas le respondió: «Abba Pastor, ¿vives todavía? Ve a tu celda y métete en la cabeza que hace un año que estás en el sepulcro».

12. Abba Pastor dijo: «Cualesquiera que sean tus penas, callando las superarás».

13. Un hermano que había sido insultado por otro hermano, acudió a abba Sisoés de Tebas y le dijo: «Ese hermano me ha insultado y quiero vengarme». El anciano le rogaba: «No, hijo. Deja en manos de Dios la venganza». Pero el otro decía: «No descansaré hasta que me haya vengado yo mismo». El anciano insistió: «Hermano, hagamos oración». Y el anciano puesto en pie añadió: «Dios mío, ya no necesitamos que te ocupes de nosotros, pues nos vengamos nosotros mismos». «Al oír esto, el hermano se echó a los pies del anciano y le dijo: «Ya no tengo nada contra aquel hermano. ¡Por favor, Padre, perdóname!».

14. Un hermano vio que un hombre piadoso llevaba a un muerto en una camilla y le dijo: «¿Llevas a los muertos? ¡Ve y aguanta a los vivos!».

15. Uno de los Padres dijo: «Si alguien te injuria , bendícelo; si te acoge, es bueno para los dos, y si no te acoge, él es quien recibe la injuria de Dios y tú la bendición».

16. Se decía de un monje que cuanto más uno le injuriaba y le exacerbaba, tanto más se acercaba a él, pues decía:

«Esta clase de personas, está hecha para corregir a los que buscan con seriedad la perfección. Pues los que a estos últimos alaban, turban sus almas, porque escrito está: *Los que os alaban, os apartan del buen camino* [Is 9,15]».

17. Un anciano dijo: «Aquel que guarda el recuerdo de quien lo aflige o lo desprecia o lo apena o lo perjudica, debe recordarlo como una medicina enviada por Cristo, y debe considerarlo como un benefactor. Porque el hecho de que tú seas afligido es el signo de un alma enferma. Si no estás enfermo, no sufrirás. Y debes alegrarte en tu hermano porque, gracias a él, has conocido tu enfermedad, y ruega por él y acoge lo que de él venga como un remedio saludable enviado por el Señor. Mas si te enfadas con él, es como si dijeses a Jesús: No quiero recibir tus remedios, prefiero la gangrena en mis heridas»[1].

18. Dijo también: «Aquel que quiere curarse de las peligrosas heridas del alma, para ser librado de su enfermedad debe soportar las prescripciones del médico. Aquel cuyo cuerpo está enfermo, se hace amputar o tomar un purgante que no sólo no es agradable, sino que, a menudo, incluso se toma con asco; sin embargo, se persuade de que le es imposible de otro modo librarse de su enfermedad, y soporta las prescripciones del médico, sabiendo que gracias a este corto disgusto se verá libre de una larga enfermedad. Ahora bien, el cauterizador de Jesús es aquel que te desprecia o te injuria, porque te libera de la vanagloria. Quien huye de la prueba provechosa, huye de la vida eterna. ¿Quién le concedió a san Esteban una gloria como aquella que recibió sino aquellos que lo lapidaron [cf. Hch 7,54-60]?»[2].

19. Dijo también: «No deseo a aquellos que me acusan, pero los llamo mis benefactores, y no huyo la me-

[1] Tomado de Zósimo, *Alloquia* 3: PG 78,1684 CD.

[2] Tomado de Zósimo, *Alloquia* 3-4: PG 78,1685 AB. En el ms. Milán, *Ambros. F 140 Sup* (cf. *Recherches,* 202s), la referencia a san Esteban es dada como una mención a «uno de los santos» (fol. 27r).

dicina de las almas si aplica el remedio del desprecio a mi alma vanidosa»[3].

20. Dijo también: «Vemos la cruz de Cristo y leemos su pasión, pero nosotros no soportamos ninguna injuria»[4].

21. Un día fueron unos ladrones a la ermita de un anciano y le dijeron: «Venimos a llevarnos todo lo que hay en tu celda». Y él les dijo: «Tomad todo lo que os parezca bien, hijos». Tomaron todo lo que encontraron en la celda y se lo llevaron. Pero se olvidaron una bolsa que estaba escondida en la celda. El anciano la tomó, y corrió tras ellos gritando: «¡Hijos míos!, tomad esto que habéis olvidado en mi celda». Admirados de la paciencia del anciano, le llevaron de nuevo todo a su celda y todos le hicieron metanías, y se decían unos a otros: «Verdaderamente, es un hombre de Dios».

22. Dos monjes vivían en un lugar, y un gran anciano fue a su casa. Queriendo ponerlos a prueba, agarró un bastón y se puso a destrozar las legumbres del primero. Y el hermano lo vio y se escondió. Cuando no quedó más que un solo brote, el hermano le dijo: «Abba, si quieres, déjalo para que lo cueca y comamos juntos». Y el anciano hizo una metanía al anciano diciendo: «A causa de tu fortaleza al mal, el Espíritu de Dios reposa sobre ti, hermano».

23. Unos hermanos fueron a visitar a un santo anciano que vivía en un lugar desierto. Y junto a la ermita encontraron a un muchacho que cuidaba los rebaños y profería palabras muy groseras. Los hermanos consultaron sus asuntos con el anciano aprovechándose de sus respuestas y luego le dijeron: «Abba, ¿cómo aguantas a estos chicos y no les impides este alboroto?». El anciano les contestó: «Hermanos, creedme, que desde hace varios días estoy pensando en mandarles callar, pero me digo a mí mismo: "Si no aguanto esta bagatela, ¿cómo podría soportar una prueba

[3] *Alloquia* 4: PG 78,1685 B. En el mismo ms. de Milán, esta sentencia es dada como una cita de Evagrio (fol. 27rv).
[4] *Alloquia* 5: PG 78,1688 D - 1689 A.

mayor, si Dios permite que se me presente?". Y por eso no les digo nada, para acostumbrarme a sobrellevar todo lo que me pueda suceder».

24. Se cuenta que un anciano que tenía por compañero a un muchacho, vio que hacía algo poco conveniente, y le dijo, una sola vez: «No hagas eso». Pero el joven no le obedeció. Al ver esto el anciano apartó de sí toda preocupación por lo sucedido y no quiso ser juez del muchacho. El joven cerró con llave la puerta de la habitación donde estaban los panes y dejó en ayunas al anciano durante tres días[5], pero el anciano no le preguntó: «¿Dónde andas? ¿Qué haces por ahí fuera?». El anciano tenía un vecino que supo lo sucedido, preparó una papilla que le ofreció a través de la ventana, rogándole que la comiera. Y le preguntaba al anciano: «¿Por qué tarda tanto en volver el hermano?». Pero el anciano respondió: «Cuando haya descansado, volverá».

25. Un día unos filósofos quisieron poner a prueba a los monjes. Vieron pasar a uno muy elegantemente vestido y le llamaron: «¡Ven aquí!». Pero él, indignado, les insultó. Pasó un santo monje, de origen aldeano, y le dijeron: «¡Tú, monje, mal viejo, ven aquí!». Y el monje acudió enseguida. Le abofetearon, y él les ofreció la otra mejilla. Al punto los filósofos se levantaron, se echaron a sus pies, y le dijeron: «¡Este es un monje de verdad!». Le hicieron sentar en medio de ellos y le preguntaron: «¿Qué es lo que haces, en este lugar solitario, que no hagamos nosotros? Vosotros ayunáis y nosotros ayunamos. Castigáis vuestros cuerpos y nosotros también lo hacemos. Todo lo que vosotros hacéis lo hacemos también nosotros. ¿Qué hacéis más que nosotros, aquí en el desierto?». El anciano les contestó: «Ponemos nuestra esperanza en Dios y practicamos la guarda del corazón». Y le dijeron los filósofos: «Esto no lo logramos nosotros». Y muy edificados le dejaron marchar.

[5] La serie de los anónimos (N 341) dice trece días de ayuno forzado del anciano, y no tres, que es más verosímil.

26. Un anciano tenía un discípulo de probada virtud, pero un día que estaba de mal humor lo despidió. El discípulo esperaba sentado fuera. El anciano, al abrir la puerta, le encontró, e hizo una metanía ante él, diciendo: «Tú eres mi Padre, porque tu humildad y paciencia han vencido la volubilidad de mi carácter. Ven dentro, desde ahora tú eres el anciano y el Padre, y yo el joven y el discípulo, porque con tu conducta has superado mi ancianidad».

27. Contaba un anciano que había oído decir a unos santos varones, que había jóvenes que enseñaban a sus ancianos a conducirse en la vida[6]. Y contaron esta historia: «Había una vez un monje borracho, que fabricaba cada día una estera, la vendía en el pueblo vecino, y gastaba en beber todo lo que había cobrado. Vino a vivir con él un hermano, que también fabricaba una estera, pero el anciano la tomaba, vendía las dos esteras y se gastaba en vino el precio de ambas. Al hermano únicamente le traía un poco de pan, al anochecer. Esto duró casi tres años, sin que el hermano dijera una sola palabra. Pero un día el hermano pensó para sí: "Estoy desnudo y como con escasez mi pan. ¡Voy a marchar de aquí!". Pero luego recapacitó: "¿Dónde voy a ir? Me quedaré aquí, viviendo por amor de Dios, en compañía de este monje". Al punto se le apareció un ángel del Señor, que le dijo: "No te vayas. Vendremos a ti mañana". Aquel día el hermano rogó al anciano: "No te alejes de aquí. Los míos van a venir hoy a buscarme". Cuando llegó la hora en que el anciano solía bajar al pueblo, dijo al hermano: "Ya no vendrán hoy, hijo. Es demasiado tarde". Pero el hermano le respondió, con toda clase de argumentos, que vendrían. Y mientras hablaba descansó en la paz del Señor. Entonces el anciano lloró amargamente: "¡Ay Dios mío! Cuántos años hace que vivo negligentemente. Tú en cambio, gracias a tu paciencia, alcanzaste la salvación en muy poco tiempo".

[6] Se acerca al *Evangelio según Tomás* 4: «No vacilará un anciano a su edad en preguntar a un niño de siete días por el lugar de la vida, y vivirá».

Y desde aquel día, el anciano dejó la bebida y se convirtió en un monje de probada virtud».

28. Un hermano vivía cerca de un venerable anciano y entraba en la celda de este y le robaba todo lo que tenía. El anciano se daba cuenta, pero no le reprendía, antes, al contrario, se esforzaba en trabajar más con sus manos, diciendo: «Creo que este hermano lo necesita». Se exigía a sí mismo un trabajo muy superior al acostumbrado, dominaba su apetito y comía su pan con escasez. Cuando estaba a punto de morir, le rodearon sus hermanos, y viendo al hermano que le robaba, le dijo: «Acércate a mí». Le tomó las manos y se las besó, mientras le decía: «Hermano, doy gracias a estas manos, pues por ellas voy al Reino de los Cielos». El hermano, movido a compunción por estas palabras, hizo penitencia y llegó a ser un monje muy fervoroso, siguiendo el ejemplo de aquel santo anciano.

29. Abba Casiano dijo que, en el tiempo del gran Isidoro, el presbítero de Scitia, había cierto diácono, Pafnucio, al que habían hecho presbítero a causa de su virtud, para que lo sucediese tras su muerte. Sin embargo, por piedad, no ejerció el orden, sino que permaneció diácono. Sin embargo, por una sugestión del enemigo, uno de los ancianos sintió celos; y mientras todos estaban en la iglesia para la sinaxis, él fue a esconder su propio libro en la celda de abba Pafnucio y fue a informar a abba Isidoro que uno de los hermanos había robado su libro. Abba Isidoro se sorprendió, diciendo que nunca había ocurrido algo semejante en Scitia. El anciano que había escondido el libro le dijo: «Envía dos Padres conmigo para que registremos las celdas». Fueron y el anciano los condujo por las celdas de los otros y luego a la de abba Pafnucio. Encontró el libro, y se o llevo al presbítero a la iglesia. Y ante todo el mundo, abba Pafnucio hizo la metanía a abba Isidoro, el sacerdote, diciendo: «He pecado, dame una penitencia». Y le dio la penitencia de no comulgar durante tres semanas. Y, yendo cada sinaxis frente

a la iglesia, se inclinaba delante de todo el mundo diciendo: «Perdóname porque he pecado». Al cabo de tres semanas, fue a recibir la comunión; y, enseguida, el anciano que lo había denunciado sin razón, fue poseído por el demonio y se puso a reconocer: «Yo he denunciado sin motivo al servidor de Dios». Y toda la asamblea oró por él, pero no se curaba. Entonces, el gran Isidoro dijo a abba Pafnucio ante todo el mundo: «Reza por él, porque eres tú quien ha sido denunciado sin motivo, y él no será curado si no es por ti». Y, en cuanto oró, el anciano quedó curado[7].

30. Un hermano preguntó a un Padre: «¿Cómo trae el diablo las tentaciones sobre los santos?». Y el anciano le respondió: «Había uno de los Padres, llamado Nicón, que vivía en el monte Sinaí. Y sucedió que uno, que iba a la casa de cierto habitante de Farán, encontró sola a su hija, y pecó con ella. Y le dijo: "Di: el anacoreta, abba Nicón, me hizo esto". Cuando volvió su padre y lo supo, tomó la espada y fue adonde estaba el anciano. A su llamado, salió el anciano. Cuando extendió su mano para matarlo, su mano se secó. Se alejó el faranita y lo dijo a los presbíteros, que lo mandaron llamar. Descendió el anciano, y lo golpearon, y querían expulsarlo. Y él les rogó diciendo: "Por Dios se lo pido, déjenme aquí para que haga penitencia". Y lo apartaron por tres años y dieron orden de que nadie lo visitase. Hizo así durante los tres años y venía cada domingo a hacer penitencia y a suplicar a todos diciendo: "Oren por mí". Más tarde, el que cometió el pecado, e hiciera caer la prueba sobre el anacoreta, fue poseído por el demonio y confesó en la iglesia diciendo: "Yo cometí el pecado, e hice denunciar falsamente al siervo de Dios". Vino entonces todo el pueblo a inclinarse delante del anciano diciendo: "Perdónanos, abba". Y les respondió: "Por lo que respecta al perdón, los perdono. Pero en cuanto a permanecer aquí, no permane-

[7] Tomado simplificado de JUAN CASIANO, *Conferencias* XVIII, 15, 2-7.

ceré con ustedes en este lugar, porque no hallé ni uno solo que tuviese discernimiento para compadecerse de mí". Y de este modo se alejó de allí». Y dijo el anciano: «¿Ves cómo el diablo trae las tentaciones sobre los santos?».

Capítulo XVII

DE LA CARIDAD

1. Abba Antonio dijo: «Yo ya no temo a Dios: lo amo porque *el amor perfecto expulsa el temor* [1 Jn 4,18]».

2. Dijo también: «La vida y la muerte nos viene del prójimo. Si ganamos a nuestro hermano, ganaremos a Dios. Si lo escandalizamos, pecamos contra Cristo».

3. Abba Amón de Nitria, fue a ver a abba Antonio, y le dijo: «Me parece que mi vida es más dura que la tuya, ¿por qué tú eres más famoso que yo?». Y abba Antonio le respondió: «Porque yo amo a Dios más que tú».

4. Abba Hilarión, fue un día de Palestina al monte de abba Antonio, y abba Antonio le dijo: «Bienvenido seas, estrella del amanecer». Y abba Hilarión le contestó: «La paz sea contigo, columna de luz que sostienes el universo».

5. Tres Padres tenían la costumbre de ir cada año a ver a abba Antonio y, mientras dos le preguntaban cosas acerca de los pensamientos y la salvación del alma, el tercero callaba absolutamente y no preguntaba nada. Después de mucho tiempo, le dijo abba Antonio: «Vienes desde hace tiempo y no me preguntas nada». Le respondió: «Abba, me basta con verte».

6. Abba Marco preguntó a abba Arsenio: «¿Por qué escapas de nosotros?». Y el anciano le dijo: «Dios sabe que os amo, pero no puedo estar con Dios y con los hombres. Los millones y miríadas de ángeles sólo tienen una voluntad, los hombres tienen muchísimas voluntades. No puedo abandonar a Dios para morar entre los hombres».

7. Uno de los Padres decía: «Una vez que estábamos sentados y hablábamos de la caridad, abba José dijo: "¿Sa-

bemos nosotros lo que es la caridad?". Y les contó acerca de abba Agatón, el cual tenía un cuchillo, y que, al recibir una vez a un hermano, después de saludarlo, no lo dejó marchar sin que llevase consigo ese cuchillo».

8. Dijo abba Agatón: «En cuanto me ha sido posible, nunca me acosté guardando en mi corazón resentimiento contra alguno, ni he permitido que nadie se acostara si tenía algo en contra mía».

9. Abba Isaías dijo: «La caridad es dirigirse a Dios con una incesante acción de gracias; porque Dios se alegra de la acción de gracias: ella es la señal del descanso».

10. Abba Juan subía un día de Scitia con otros hermanos, pero el guía se equivocó de camino, pues era de noche. Y preguntaron los hermanos a abba Juan: «¿Qué hacemos, abba, pues el hermano se ha equivocado de camino, no sea que nos perdamos y muramos?». Y el anciano les dijo: «Si le decimos algo sufrirá mucho. Voy a hacer como que no puedo más, digo que no puedo andar y me quedo aquí hasta mañana». Y lo hicieron así. Los demás dijeron: «Tampoco nosotros seguimos, nos quedaremos contigo». Y se quedaron allí hasta el día siguiente, para no causar pena a aquel hermano.

11. Vivía en Egipto un anciano muy conocido y venerado, antes de que llegase allí abba Pastor. Pero cuando subió de Scitia abba Pastor con los suyos, los monjes abandonaron a aquel anciano para acudir a abba Pastor. Al saberlo abba Pastor se puso triste, y dijo a sus hermanos: «¿Qué haremos con este santo anciano, porque los hombres me ponen en apuros al abandonarle para acudir a nosotros, que no somos nada? ¿Cómo podremos curarlo?». Y añadió: «Preparad algo de comer, tomad un jarro de vino, y vayamos a comer con él. Tal vez así podamos curar su alma». Tomaron los alimentos que habían preparado y fueron a su encuentro. Al llamar a la puerta preguntó su discípulo: «¿Quiénes sois?». Y dijeron: «Di a tu abba que soy Pastor y

que deseo recibir su bendición». El discípulo lo hizo saber al anciano, que le mandó a decir: «Marchaos, pues no tengo tiempo». Los otros se quedaron soportando el calor y le dijeron: «No marcharemos hasta que no hayamos recibido la bendición del anciano». Este, al ver su humildad y perseverancia, les abrió lleno de confusión, y entraron y comieron con él. Y mientras comían, dijo el anciano: «Os digo de veras, que lo que he oído de vosotros está muy por debajo de la realidad. En vuestra obra veo cien veces más». Y desde aquel día fue un gran amigo de ellos.

12. Abba Pastor dijo: «Intenta, con todas tus fuerzas, no hacer mal a nadie, y guarda tu corazón casto para con todos».

13. Dijo también: «*No hay mayor amor que dar la vida por el prójimo* [Jn 15,13]. Porque si uno al oír un insulto, pudiendo devolverlo, lucha, vence y no contesta, o si herido en alguna cosa lo lleva con paciencia, sin vengarse del que le ha ofendido, el que así obra, está dando su vida por su prójimo».

14. Un día abba Pambo caminaba con sus hermanos en Egipto cuando vio a unos seglares que estaban sentados, y les dijo: «Levantaos, saludad y abrazad a los monjes para que os bendigan, porque ellos hablan a menudo con Dios y sus labios son santos»[1].

15. Decían de abba Pafnucio que no bebía vino fácilmente. Caminando un día, encontró una banda de ladrones que estaba bebiendo. El jefe de los ladrones lo reconoció y sabía que no bebía vino, pero al verle tan fatigado por sus muchas penitencias, llenó un vaso de vino, y teniendo en la otra mano una espada desenvainada dijo al anciano: «Si no bebes te mataré». Viendo el anciano que lo hacía por caridad para con él, y queriendo ganarlo para Dios, tomó el vaso y bebió. El jefe de la banda hizo una metanía, di-

[1] Este texto, que busca acreditar al monje como interlocutor directo con la divinidad, es único en el conjunto de la colección.

ciendo: «Perdóname, abba, porque te he causado pena». Y el anciano le dijo: «Confío en que Dios, por este vaso de vino, tendrá misericordia de ti en esta vida y en la otra». El jefe de los ladrones contestó: «Y yo confío que en adelante, gracias a Dios, no haré mal a nadie». Y el anciano ganó para Dios a toda la banda de ladrones, porque había renunciado a hacer su voluntad por amor a Dios.

16. Abba Hiperequios dijo[2]: «Libera a tu prójimo de sus pecados, con todas tus fuerzas, pero sin improperios, porque Dios no rechaza a los que se convierten a Él. No alimentes en tu corazón palabras de maldad o aspereza contra tu hermano para que puedas decir: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* [Mt 6,12]».

17. Un asceta que vio a alguien que, poseído por el demonio, no podía ayunar, movido por el amor de Dios y buscando, no su provecho personal, sino el del prójimo, pidió que pasase a él el demonio y que el otro fuese liberado. Y Dios respondió a su petición. Así pues, abrumado por el demonio, el asceta intensificó su ayuno, se consagró a la oración y a la ascesis. Finalmente, a causa de su caridad, Dios alejó de él al demonio al cabo de algunos días.

18. Dos hermanos vivían en Las Celdas, y uno de ellos, anciano, rogaba al otro, que era joven, diciendo: «Vivamos juntos, hermano». Pero el joven respondió: «Padre, soy pecador y no puedo vivir contigo». El anciano insistía: «Sí, podemos». Era un hombre casto, que no toleraba escuchar que un monje tuviera pensamientos impuros. El joven le dijo: «Déjame una semana y luego hablaremos». Volvió el anciano y el joven quiso probarlo. Le dijo: «Abba, esta semana he tenido una grave caída. Fui al pueblo para cierto negocio y pequé con una mujer». Y el anciano le dijo: «¿Te arrepientes?». «Sí, abba», dijo el hermano. Y el anciano le

[2] Tomado de Hyp *Adhort.* 117-118: PG 79,1484 D.

respondió: «Yo cargo contigo la mitad de ese pecado». Entonces el hermano repuso: «Ahora sé que podemos vivir juntos». Y así vivieron hasta su muerte.

19. Uno de los Padres dijo: «Si uno te pide una cosa y se la das de mala gana, hay mucho amor propio en este don, porque está escrito: *Al que te obligue a andar una milla, vete con él dos* [Mt 5,41], que equivale a decir que, si uno te pide algo, dáselo con todo tu corazón y toda tu alma».

20. Un anciano que había hecho unas cestas y estaba colocando las asas, oyó a otro monje vecino suyo que decía: «¿Qué voy a hacer? Se acerca el día del mercado y no tengo asas para poner a mis cestas». El otro desmontó las asas, que había colocado en sus cestas, y se las llevó a su vecino, diciendo: «Toma, me sobran estas asas, pónselas a tus cestas». Permitió que su hermano terminara su trabajo sin acabar el suyo.

21. Un anciano de Scitia cayó enfermo y quiso comer un poco de pan tierno. Lo supo uno de sus hermanos, que era muy andarín, cogió su melota, puso en ella pan seco, fue a Egipto, lo cambió por pan tierno y se lo llevó al anciano. Los hermanos se maravillaron al ver aquel pan tierno, pero el anciano no lo quiso probar, pues decía: «Es la sangre de mi hermano». Pero los ancianos le rogaban: «Por amor de Dios, come para que no resulte inútil el sacrificio de este hermano». Y ante sus ruegos accedió a comer.

22. Un hermano preguntó a un anciano: «Conozco dos hermanos: uno practica el recogimiento en su celda, prolonga su ayuno hasta seis días y se impone una ascesis muy dura. El otro sirve a los enfermos. ¿Cuál de los dos es más agradable a Dios?». El anciano le respondió: «Si el hermano que ayuna seis días se colgase por la nariz, no conseguiría igualar al que sirve a los enfermos».

23. Preguntó uno a un anciano: «¿Por qué, hoy, los que viven la austeridad de la vida monástica no reciben las gracias como los Padres antiguos?». El anciano le respondió:

«Porque entonces imperaba la caridad y cada uno arrastraba a su prójimo hacia arriba. Ahora, al enfriarse la caridad, cada uno empuja a su prójimo hacia abajo y por eso no merecemos la gracia».

24. En cierta ocasión, tres hermanos marcharon para la recolección y les asignaron una extensión de sesenta modios. Pero uno de ellos cayó enfermo el primer día, y volvió a su celda. Uno de los que quedaron dijo al otro: «Hermano, ya ves que nuestro hermano se ha puesto enfermo. Haz un esfuerzo por tu parte y yo haré otro tanto y pongamos nuestra confianza en Dios para que gracias a la oración de nuestro hermano llevemos a buen fin el trabajo de los dos y realicemos también el suyo». Después de terminada la tarea encomendada, y de cobrar el salario, llamaron al tercer hermano y le dijeron: «Ven, hermano, a recibir el precio de tu trabajo». Pero él les respondió: «¿Qué trabajo voy a cobrar si no he segado?». Y le dijeron los otros dos: «Gracias a tus oraciones hemos terminado todo el trabajo. Ven pues a recibir tu paga». Y se entabló entre ellos una generosa disputa ya que uno decía: «No aceptaré nada porque no he trabajado», y los otros no querían recibir nada si el hermano no aceptaba su parte. Decidieron entonces someterse al juicio de un anciano venerable. El enfermo contó así la cosa: «Fuimos los tres a trabajar al campo para obtener un salario. Al llegar al lugar de nuestro trabajo, el primer día caí enfermo y volví a mi celda, sin haber trabajado ni un solo día con ellos. Y ahora me apremian diciendo: "Hermano, ven a recibir la paga de un trabajo que no has realizado"». Los otros dijeron a su vez: «Es cierto que fuimos a la recolección y que se nos confió una extensión de sesenta modios, que a duras penas hubiéramos terminado entre los tres. Pero gracias a las oraciones de este hermano, nosotros dos hemos hecho el trabajo más rápidamente que si hubiéramos estado los tres. Y por eso le decimos: "Ven a recibir tu paga", y él no quiere aceptarla». Al oír esto el anciano se

maravilló y dijo a uno de los monjes: «Da la señal para que se congreguen todos los hermanos». Cuando se reunieron todos, dijo el anciano: «Venid, hermanos, y escuchad hoy un juicio según justicia». El anciano les contó todo y condenó al hermano a recibir su paga y a hacer con ella lo que quisiera. Y el hermano partió triste y lloroso como si le hubieran hecho una injusticia.

25. Un anciano dijo: «Nuestros Padres tenían la costumbre de acudir a las celdas de los hermanos nuevos que querían iniciar la vida eremítica. Y les hacían preguntas, para que si alguno había sido tentado por el demonio no cayese en las redes del maligno. Y si alguno había sido engañado, lo llevaban a la iglesia. Allí se ponía una jofaina llena de agua, se hacía una oración por el hermano que había sufrido la tentación y todos los hermanos lavaban sus manos en la jofaina. Luego, con esa agua, hacían una aspersión al hermano que había sido tentado, y al punto aquel hermano quedaba purificado».

26. Dos ancianos habían vivido muchísimos años juntos y nunca habían tenido ni una sola discusión. Uno de ellos dijo al otro: «Discutamos una vez, como lo hace todo el mundo». Pero su hermano le contestó: «No sé cómo se discute». El otro le dijo: «Mira, yo pongo un ladrillo entre nosotros, y digo: "Es mío", y tú dices: "No. ¡Es mío!". Y así empieza la discusión». Pusieron en medio el ladrillo y uno de ellos dijo: «Es mío». Y el otro dijo: «No, es mío». Y el primero respondió: «Es verdad, es tuyo. Tómalo y vete». Y se separaron sin poder discutir.

27. Un hermano preguntó a un anciano[3]: «Si veo a un hermano del que me han contado alguna culpa, no puedo luego decidirme a recibirlo en mi celda. Pero si se trata de un hermano fervoroso, lo recibo con alegría». El anciano le contestó: «Si haces el bien a un hermano virtuoso, este no

[3] Según *Alph.*, este anciano es *abba* Pastor (n.70).

se aprovecha mucho de ello. Pero con el otro, multiplica tu caridad, porque está enfermo».

28. Un anciano dijo: «Nunca he deseado una cosa que fuese útil para mí si ello entraña algún perjuicio para mi hermano, porque espero que la ganancia de mi hermano sea para mí aumento de fruto».

29. Un hermano servía a un anciano, y un día le salió a este una llaga en el cuerpo que dejaba salir mucho pus y olía espantosamente mal. El hermano oía dentro de sí una voz que le decía: «Vete de aquí, que no puedes soportar el hedor de esta podredumbre». El hermano, para vencer esta tentación, tomó un vaso, lavó la herida del anciano y recogió el agua que había empleado en otro vaso. Y cuando tenía sed, bebía de esa agua. Pero sus pensamientos volvían a hostigarle: «Si no quieres marchar, por lo menos no bebas esa porquería». El hermano, sin embargo, llevaba con valentía la lucha y siguió bebiendo el agua con la que lavaba la herida. Así continuó sirviendo al anciano, hasta que Dios, viendo el amor que ponía en su trabajo, cambió aquella agua sucia procedente del lavado de la herida en un agua purísima y sanó al anciano.

30. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Cómo puedo recibir el carisma del amor de Dios?». Él le respondió: «Cuando alguno ve a su hermano en la negligencia y que pide ayuda a Dios, entonces él recibe pleno conocimiento de cómo se debe amar a Dios»[4].

31. Un anciano dijo: «Adquiramos el primero de los bienes, la caridad. El ayuno no es nada, las vigilias no son nada, ni ningún esfuerzo si falta la caridad; porque está escrito: *Dios es caridad* [1 Jn 4,16]».

32. Los Padres decían: «El diablo puede imitarlo todo, incluso el ayuno, porque él nunca come, y las vigilias, pues él nunca se acuesta. Pero la humildad y la caridad,

[4] Tomado de *Dialogue sur les pensées* n.28 (ed. J.-C. Guy: *Revue d'Ascétique et de Mystique* 33 [1957] 130, p.181).

no las puede imitar. Nos hace luchar mucho por tener en nosotros la caridad y el desprecio del orgullo, por el cual el diablo cayó del cielo».

33. Abba Nicetas contaba acerca de dos hermanos que se juntaron para vivir juntos: uno de ellos pensó en su interior: «Lo que quiera mi hermano, eso haré». Lo mismo pensó el otro, diciendo: «Haré la voluntad de mi hermano». Vivieron muchos años con gran caridad. Al verlo el enemigo, descendió, queriendo separarlos, y se paró en el atrio. Y a uno se le apareció como una paloma y al otro como un cuervo. Uno dijo: «¿Ves la paloma?». El otro dijo: «Es un cuervo». Empezaron a discutir y contradecirse hasta que se levantaron, y lucharon hasta sacarse sangre, con gran alegría del enemigo. Al fin se separaron. Después de tres días, volvieron en sí y, pidiéndose mutuamente perdón, dijo cada uno lo que había visto, y reconociendo la guerra del enemigo, permanecieron hasta el fin sin separarse.

34. Abba Serapión pasaba una vez por una aldea de Egipto y vio a una prostituta, de pie, junto a su habitación. El anciano le dijo: «Espérame esta tarde, porque quiero venir y pasar la noche contigo». Ella le respondió: «Está bien, abba». Y se preparó y dispuso el lecho. Cuando atardeció, vino el anciano donde ella y, entrando en la habitación, le preguntó: «¿Preparaste el lecho?». Le respondió: «Sí, abba». Cerró entonces la puerta y dijo: «Espera un poco, puesto que tenemos una ley y debo cumplirla». El anciano comenzó su oficio; tomó su salterio y, después de cada salmo hacía una oración, rogando a Dios por ella, para que se arrepintiese y se salvara. Y Dios lo escuchó. La mujer estaba temblorosa y suplicante junto al anciano. Cuando el enemigo hubo concluido todo el salterio, la mujer cayó en tierra. El anciano comenzó el [libro del] Apóstol, y leyó mucho de él, terminando de este modo la sinaxis. La mujer estaba compungida y, comprendiendo que él no había venido para pecar con ella, sino para salvar su alma, se postró

ante él diciendo: «Ten caridad, abba, y llévame a un sitio donde pueda agradar a Dios». El anciano la condujo a un monasterio de vírgenes, y la entregó a la amma, diciendo: «Recibe a esta hermana, y no le impongas el yugo o la norma como a las demás: dale lo que quiera, y permítele actuar como ella desea». Después de unos pocos días dijo: «Yo soy una pecadora, quiero comer una sola vez al día». Después de algunos días, suplicó a la amma, diciendo: «Ya que he entristecido tanto a Dios con mis pecados, hazme un favor: ponme en una celda, ciérrala, y por un agujero dame un poco de pan y el trabajo manual». La amma lo hizo, y ella agradó a Dios por el resto de su vida.

35. Un anciano dijo que uno de los Padres había dicho[5]: «Una comida sobria y regular, unida a la caridad, lleva pronto al monje al puerto de la impasibilidad».

[5] Evagrio, *Tratado práctico* n.91 (ed. A. Guillaumont: SCh 171,692) y *Alph.*, n.6. Doblete de *Syst.* I, 4.

Capítulo XVIII
DE LOS ANCIANOS CLARIVIDENTES

1. A abba Antonio le fue revelado una vez esto en el desierto: «En la ciudad hay un hombre semejante a ti, de profesión médico, que da lo superfluo a los necesitados y todos los días canta el trisagio con los ángeles»[1].

2. Un hermano fue a la celda de abba Arsenio en Scitia. Miró por la ventana y lo vio como en fuego. El hermano era digno de ver aquel espectáculo. Llamó a la puerta y salió el anciano, y al ver el rostro de asombro del hermano, le preguntó: «¿Hace mucho tiempo que estás llamando? ¿Has visto algo?». Y él le respondió: «No». Hablaron entre si y el anciano le despidió.

3. El discípulo de abba Arsenio[2] dijo que su abba le contó como sucedido a otro, aunque él creía que se trataba del mismo Arsenio, que, estando en su celda, oyó una voz que le decía: «Ven, y te mostraré las obras de los hombres». Se levantó y salió. Le llevaron a un lugar donde estaba un etíope cortando leña para hacer un haz muy grande. Intentó levantar el haz, pero no podía, y en lugar de aligerar el haz, cortaba más leña y la añadía a su enorme haz. Un poco más lejos, le enseñó un hombre al borde de un lago. Llenaba de agua un balde y lo echaba en una cisterna agrietada y el agua se escapaba de nuevo al lago. Y el anciano oyó la voz que le decía: «Ven, que te voy a enseñar otra cosa». Y vio un templo y dos hombres a caballo que llevaban, entre

[1] Es muy destacable que este capítulo, consagrado al don visionario de los monjes, comience con un relato que le muestra a Antonio (y sobre todo al lector) que el monje no es superior al laico.

[2] Según *Alph.*, Arsenio 33, que sigue *l*, el nombre del discípulo es Daniel.

los dos, un tronco atravesado sobre sus monturas. Intentaban entrar en el templo por la puerta, pero no podían a causa del tronco atravesado que llevaban. Ninguno de los dos consentía en colocarse detrás para que el tronco girase, y se quedaron los dos fuera del templo. Y al preguntar el anciano qué significa todo aquello, le fue respondido: «Estos son los que llevan con orgullo el yugo de la justicia. No se humillan para rectificar su conducta y caminar con humildad por el camino de Cristo y se quedan fuera del Reino de Dios. El que cortaba leña, es el gran pecador que no hace penitencia por sus pecados, ni se aparta de ellos, sino que, al contrario, añade pecados sobre pecados. El que llena de agua la cisterna, es el hombre que hace buenas obras, pero mezcla en ellas otras malas, y por esta pierde también aquellas. Es preciso, pues, que el hombre vigile sus propias obras, para que no trabaje en vano».

4. Contaba también abba Daniel que nuestro Padre abba Arsenio, contaba de un scitiota, tan admirable por su penitencia como por la sencillez de su fe: Por su ignorancia, cayó en el error y decía que el pan que comemos no es el Cuerpo de Cristo sino una figura de él. Dos ancianos supieron que sostenía esta doctrina y, conociendo su santa vida y su gran virtud, pensaron que no había malicia por su parte y que por ignorancia decía aquello. Fueron a su encuentro y le dijeron: «Abba, hemos oído la opinión de un infiel, que dice que el pan que comemos no es el verdadero Cuerpo de Cristo, sino una representación». Pero el anciano les respondió: «Soy yo el que ha dicho eso». Y se pusieron a enseñarle: «No sostengas eso, abba, hay que atenerse a la enseñanza de la Iglesia Católica, pues nosotros creemos que este pan es verdaderamente el Cuerpo de Cristo y que este cáliz es verdaderamente la Sangre de Cristo y no una representación. En el principio, Dios tomó barro de la tierra y formó al hombre a su imagen y semejanza [cf. Gén 2,7; 1,27] y nadie puede decir que no es imagen de Dios, aunque

sea incomprensible. Lo mismo sucede con el pan, pues el Señor dijo: "Esto es mi Cuerpo" [cf. Mt 26,26], y creemos que este pan es realmente el Cuerpo de Cristo». El anciano contestó: «Si no veo la cosa, no me convenceré de lo que decís». Los ancianos le dijeron: «Pidamos a Dios, durante toda la semana, que nos desvele este misterio y estemos seguros de que Dios lo hará». El anciano acogió con gran alegría estas palabras, y rogaba a Dios, diciendo: «Tú sabes que mí incredulidad no es por malicia, pero si estoy equivocado a causa de mi ignorancia, Señor Jesucristo, dame a conocer la verdad». Por su parte, los dos ancianos, en sus respectivas celdas, rogaban a Dios: «Señor Jesucristo, revela a este anciano el misterio, para que crea y no pierda todo su trabajo». Dios los escuchó a todos. Terminada la semana acudieron a la iglesia y se sentaron los tres solos aparte en un asiento de juncos atados formando haces. El anciano se sentó en medio. Y se les abrieron a los tres los ojos del alma, y cuando pusieron los panes en el altar, les pareció, a ellos tres tan sólo, que se encontraba sobre el altar un niño pequeño. Y cuando el sacerdote extendió sus manos para partir el pan, bajó un ángel del Señor, del cielo, con un cuchillo en la mano y partió aquel niño y la sangre la recogió en el cáliz. Y cuando el sacerdote partió el pan en trozos pequeños, también el ángel cortó los miembros del niño en partes pequeñas. Y al acercarse recibió carne ensangrentada. Al verlo se atemorizó, y exclamó: «Creo, Señor, que el pan que está en el altar es tu Cuerpo y el cáliz tu Sangre». Y al punto se convirtió en pan el trozo que llevaba en la mano, como en el sacramento, y lo comió, dando gracias a Dios. Los ancianos le dijeron: «Dios conoce la naturaleza humana. Sabe que el hombre no puede comer carne cruda y por eso transforma su Cuerpo en pan y su Sangre en vino para aquellos que lo reciben con fe». Y dieron gracias a Dios porque no había permitido que aquel anciano perdiese el fruto de su trabajo y volvieron a sus celdas con gran alegría.

5. Contaba también el mismo abba Daniel que un venerable anciano, que vivía en el Bajo Egipto, decía, en su gran simplicidad, que Melquisedec era hijo de Dios[3]. Se le hizo saber esto al obispo de Alejandría, el bienaventurado Cirilo, el cual lo mandó llamar. Este, que sabía que el anciano era taumaturgo y que Dios le revelaba todo cuanto le pedía, y que sólo por su simplicidad decía esas cosas, usó con él la siguiente estratagema. Le dijo: «Abba, tengo que consultarte lo siguiente: pienso algunas veces que Melquisedec es hijo de Dios y otras que sólo es un hombre que fue sumo sacerdote. Y en esta incertidumbre, te pido que ruegues a Dios para que se digne revelarte dónde está la verdad». El anciano, confiando en la santidad de su vida, le respondió con plena seguridad: «Dame tres días para orar a Dios y te diré lo que me ha revelado acerca de eso». Entró en su celda y se puso a rezar por esa intención. Y a los tres días se presentó de nuevo al bienaventurado Cirilo y le dijo: «Melquisedec es un hombre». El arzobispo le preguntó: «¿En qué se basa tu certeza, abba?». Y el anciano le dijo: «Dios me ha hecho ver a todos los patriarcas; desde Adán hasta Melquisedec, todos han desfilado delante de mí y un ángel que estaba a mi lado me ha dicho: "Este es Melquisedec". Puedes estar seguro de que esto es así». El anciano volvió a su celda y él mismo se puso a enseñar que Melquisedec era un hombre. Y el bienaventurado Cirilo se alegró muchísimo.

6. El bienaventurado Efrén, siendo todavía niño, vio en un sueño o una visión que de su boca salía una viña que

[3] Herejía que parece haber estado muy extendida en los círculos monásticos del Bajo Egipto (cf. también *Syst.* XV, 38 = *Alph.*, Coprés 3); fue combatida, entre otros, por Macario el Monje, *Opusc.* 10 = *Melquisedec,* ed. G.-M. de Durand: SCh 455,182-222; ver la introducción, p.173-174 y n.1. O. Hesse, «Markus Eremita und seine Schrift "De Melchisedech"»: *Oriens Christianus* 51 (1967) 72-77 da las principales referencias patrísticas. A propósito de Cirilo, ver *De dogmatum solutione (Doctrinal Questions and Answers)* 10, ed. L. R. Wickham (Oxford 1983) 210: la obra se dirige a los monjes de Egipto y la Cuestión 10 trata, precisamente, de la identidad de Melquisedec.

creció y llenó toda la tierra, tanta era su fecundidad. Todas las aves del cielo venían a alimentarse de ella, pero cuanto más comían, tanto más se llenaba la viña de fruto.

7. Otra vez, uno de los santos vio en sueños un ejército de ángeles que bajaba del cielo por orden de Dios. Llevaban en sus manos un libro escrito, por dentro y por fuera, y se preguntaron: «¿A quién debemos confiarlo?». Los unos decían a tal, los otros a cuál, y el resto de los ángeles, dijeron: «En verdad esos dos que decís son santos y justos, pero no se les puede confiar el libro». Se pronunciaron otros muchos nombres de santos, hasta que dijeron: «Sólo a Efrén se lo podemos confiar». Y vio aquel anciano, a quien se le había revelado todo esto, que los ángeles entregaron el libro a Efrén. A la mañana siguiente se levantó y fue a escuchar las enseñanzas de Efrén y era como una fuente que brotaba de su boca. Y reconoció, el anciano que había tenido el sueño, que lo que salía de los labios de Efrén era obra del Espíritu Santo.

8. Contaban que cuando el abad Zenón vivía en Scitia, salió una noche de su celda pensando ir hacia el pantano. Pero se extravió y estuvo tres días y tres noches andando y sufriendo. Desfalleció y cayó medio muerto. Pero un niño se puso junto a él, ofreciéndole un pan y una jarra de agua, y le dijo: «Levántate y come». Pero Zenón se levantó y se puso en oración, creyendo que se trataba de un fantasma. El niño le dijo: «Has hecho bien». Pero Zenón oró una segunda y una tercera vez. Y el niño le volvió a decir: «Has hecho bien». El anciano se levantó, tomó lo que se le ofrecía y comió. Y el niño le dijo: «Cuanto más caminabas, más te alejabas de tu celda, pero levántate y sígueme». Y enseguida se encontró en su celda. El anciano dijo: «Entra, y hagamos oración». Y mientras el anciano entraba, el otro desapareció.

9. Los Santos Padres profetizaron acerca de la última generación. Decían: «¿Qué hemos hecho nosotros?». Y uno

de ellos, llamado Isquirión, dijo: «Nosotros hicimos los mandatos de Dios». Le preguntaron: «¿Qué harán los que vendrán después de nosotros?». Y dijo: «Llegarán a hacer la mitad de nuestro trabajo». Preguntaron nuevamente: «¿Y qué será de los que vengan después de ellos?». Les respondió: «Eses generaciones no harán ningún esfuerzo, y se alzará en ellos la tentación, y los justos que se encuentran en ese tiempo serán hallados más grandes que nosotros y nuestros Padres»[4].

10. Abba Juan contaba que, en un éxtasis, un anciano vio a tres monjes en pie al borde del mar. Y oyeron una voz que desde la otra orilla les decía: «Tomad las alas de fuego y venid a mí». Dos de ellos tomaron las alas y volaron a la otra orilla de donde venía la voz. El tercero se quedó inmóvil y lloraba y gritaba con gran fuerza. Un poco más tarde le dieron también alas, pero no eran alas de fuego, sino débiles y pobres. Y sólo con grandes trabajos, hundiéndose y levantándose consiguió llegar a la otra orilla. Así es la generación actual: no recibirá alas de fuego, pero si recibe algo serán alas débiles y sin fuerza.

11. Contaban de abba Longinos que un día, un armador le llevó oro de los ingresos de sus barcos para entregárselo. Él no quería aceptarlo, pero le dijo: «Aquí, no tengo necesidad; pero sé caritativo, salta sobre tu montura y ve rápidamente a los mercados de San Pedro[5]; encontrarás allí un hombre joven vestido de tal forma. Dale todo el oro y pídele lo que tenga». El armador partió entonces a toda

[4] En la versión latina, este apotegma es situado en el libro siguiente (PL 73,995 BC). Tal vez sea la proximidad al apotegma siguiente (predicción sobre la sucesión de las generaciones de monjes) lo que lo ubica aquí.

[5] Los «mercados de San Pedro», es decir, la entrada de la iglesia de San Pedro (cf. también J. Mosco, *El Prado espiritual,* c.73). Se trata de una iglesia cementerial, situada en los suburbios occidentales de la ciudad, construida por el obispo Pedro de Alejandría, que fue enterrado allí después de su martirio en el 311 (cf. A. Martin, *Athanase d'Alexandrie et l'Église d'Égypte au IV siècle [328-373]* [Escuela Francesa de Roma n.216; Roma 1996] 152).

prisa y encontró las cosas como el anciano le había dicho. Preguntó al hombre joven: «¿A dónde vas, hermano? He estado en casa de abba Longinos y él mismo me ha enviado a darte este oro». Entonces el hombre joven le contó su desgracia: «He perdido grandes riquezas y, no teniendo nada, me voy a colgar fuera de la ciudad; y para que me creas, he aquí la cuerda que llevo». Y tirando de su pecho, se la mostró. Pero el armador, tras darle el oro, lo hizo regresar a la ciudad. Y volviendo a casa de abba Longinos, le contó lo sucedido. El anciano le dijo: «Créeme, hermano, si tú no te hubieses dado prisa en encontrarlo, tu y yo seríamos juzgados por su alma».

12. Otra vez, cuando estaba sentado en su celda, unos Padres lo visitaron, se levantó súbitamente y, sin decir nada a nadie, dejó su celda y corrió a los excrementos. Cuando se acercaba, he aquí que atracaba un barco proveniente de Egipto, sobre el cual se encontraba un santo anciano que quería visitarlo. Se besaron con un beso santo e hicieron oración. El egipcio dijo a Dios: «Señor, te había pedido que mi objetivo era no ser conocido por el anciano, que no supiese nada de mi fatiga». Ellos entraron en la celda de abba Longinos, y al día siguiente, el anciano egipcio se durmió.

13. Abba Macario habitaba en el gran desierto. Era el único ermitaño que vivía allí, pero más abajo existía otro desierto en el cual moraban muchos hermanos. El anciano contemplaba el camino y vio venir a Satanás, con aspecto de hombre, y encaminarse hacia su celda. Llevaba una túnica de lino muy gastada y llena de agujeros y de cada agujero pendían ampollas. El anciano le dijo: «¿Dónde vas?». Y contestó: «Voy a hacerme presente a los hermanos». Y el anciano le preguntó: «¿Para qué llevas esas ampollas?». Y respondió el demonio: «Llevo golosinas para los hermanos». «Y, ¿todas son agradables?», preguntó el anciano. Y dijo Satanás: «Sí; si la primera no les gusta, les ofrezco otra, y si tampoco les place, una tercera y así sucesivamente. Y malo

será que no les agrade alguna de ellas». Dicho esto, se alejó y el anciano se quedó observando el camino hasta su vuelta. Cuando volvió, el anciano lo saludó: «¡Bienvenido!». Pero el demonio le respondió: «¿Qué bien hay para mí?». Y el anciano le dijo: «¿Qué quieres decir?». Y contestó el diablo: «Que allí todos son santos y nadie me hace caso». Y le dijo el anciano: «¿No tienes allí ningún amigo?». Y contestó el demonio: «Sólo tengo allí un hermano que me escucha, pero en cuanto me ve se vuelve una ventolera». El anciano le preguntó: «¿Cómo se llama ese hermano?». «Theopemto», respondió. Y dicho esto se marchó. Abba Macario se fue al desierto inferior y, al verle los hermanos, tomaron palmas y salieron a su encuentro. Y todos ellos prepararon con esmero sus celdas no sabiendo a cuál de ellas acudiría. El anciano preguntó quién de entre ellos se llamaba Theopemto, y habiéndole encontrado se fue con él a su celda. Theopemto lo recibió con gran alegría y cuando pudieron hablar a solas el anciano le preguntó: «¿Qué tal te va, hermano?». Y él respondió: «Gracias a tus oraciones, bien». E insistió el anciano: «¿No te asaltan malos pensamientos?». «De momento estoy bien», respondió brevemente el hermano, que enrojecía al hablar. El anciano volvió a la carga: «Hace muchos años que vivo las costumbres ascéticas de este lugar, todos me honran sobremanera y sin embargo en mi vejez no me deja ni un momento en paz el espíritu de impureza». Y Theopemto respondió: «Abba, también a mí me sucede lo mismo». Entonces el anciano fingió que también le atormentaban otras clases de pensamientos con el fin de hacerle confesar todo, y le dijo: «¿Cómo ayunas?». «Hasta la hora de nona», respondió el otro. Y le dijo el anciano: «Ayuna hasta la noche, mortifícate, aprende de memoria los Evangelios, medita en el fondo de tu corazón el resto de la Escritura, y si te viene un pensamiento culpable, no mires abajo sino al cielo y Dios al punto vendrá en tu ayuda». Y después de haber puesto al hermano en el buen camino, Macario

volvió a su soledad. Y en el camino se encontró de nuevo con el demonio, y le preguntó: «¿Dónde vas otra vez?». Y respondió Satanás: «A hacerme presente en la mente de los hermanos». Y se fue. A la vuelta, le preguntó de nuevo el anciano: «¿Cómo van los hermanos?». Y el diablo respondió: «Mal». Y el anciano insistió: «¿Por qué?». «Porque todos son santos. Y lo peor es que mi único amigo, el único que me obedecía, no sé cómo ni por qué se ha rebelado, no me obedece y se ha convertido en el más santo de todos. Por eso he jurado no volver a poner los pies allí por mucho tiempo». Luego se marchó, dejando al anciano. Y el santo entró en su celda.

14. Contaban de abba Macario[6] que, un día, yendo a la iglesia de Las Celdas para celebrar la sinaxis, vio en el exterior de una celda de hermanos una multitud de demonios, algunos disfrazados de mujeres hablando con indecencia, otros en gente joven con lenguaje injurioso, otros danzando, otros cambiados en apariencias diversas. Y el anciano, que era clarividente, gimió diciendo: «Ciertamente el hermano vive en la negligencia, y esta es la causa de que los espíritus malvados rodeen así la celda». Habiendo acabado la sinaxis, volvió y entró a la celda del hermano y le dijo: «Hermano, estoy afligido porque soy negligente, pero confío en ti: si rezas por mí, Dios, ciertamente, me liberará de mis pensamientos». El hermano hizo la metanía al anciano y dijo: «Padre, no soy digno de orar por ti». Pero el anciano continuó suplicando al hermano, diciendo: «No partiré hasta que no me hayas prometido hacer una oración por mí cada noche». Y el hermano consintió a la petición del anciano. Sin embargo, el anciano lo había hecho con el fin de proporcionarle un primer motivo para rezar de noche. Levantándose en la noche, el hermano hizo una oración por

[6] La primera sección de la serie de los anónimos (N 66) trae este relato atribuido, simplemente, a un «sacerdote de Las Celdas»; puede tratarse de Macario el Alejandrino (cf. *Introducción*, p.XXXV-XXXVII).

el anciano y, cuando terminó, cayó en la compunción y se decía a sí mismo: «Alma infeliz, rezas por tal anciano, ¿y no rezas por ti misma?». Hizo entonces otra oración. Y durante toda la semana, hizo cada noche dos oraciones, una por el anciano y otra por él mismo. El domingo, volviendo a la iglesia, abba Macario vio otra vez a los demonios, que se mantenían en el exterior de la celda del hermano, pero muy ceñudos; y el anciano sabía que era porque el hermano oraba, que los demonios estaban entristecidos. Alegremente entró en su casa y le dijo: «Hazme la caridad de añadir otra oración más cada noche». Y haciendo las dos oraciones por el anciano cada noche, el hermano cayó de nuevo en la compunción y se dijo a sí mismo: «Alma infeliz, añade otra oración por ti misma». Así pasó toda la semana, haciendo cuatro oraciones cada noche. Y cuando el anciano volvió, vio a los demonios tristes y silenciosos. Dando gracias a Dios, entró en casa del hermano y le pidió que añadiese otra oración por él. Y el hermano añadió así otra oración por él mismo, haciendo cada noche seis oraciones. Cuando volvió a casa del hermano, los demonios, montados en cólera contra el anciano, lo injuriaban, irritándose por la salvación del hermano. Pero abba Macario, dando gloria a Dios por los progresos del hermano, entró de nuevo en su celda. Después de haberlo exhortado a no negligir, sino a orar sin cesar, se fue. En cuanto a los demonios, habiendo visto la gran aplicación con las oraciones que el hermano había adquirido por la gracia de Dios, se marcharon.

15. Abba Macario, para animar a los hermanos contaba: «Una vez vino con su madre un niño poseso, que decía a su madre: “Vámonos de aquí”. Pero ella le contestaba: “No puedo tenerme en pie”. Y le respondió su hijo: “Yo te llevaré”. Y quedé admirado de los métodos del demonio para apartarlos de este lugar».

16. Abba Macario hablaba a los hermanos de la destrucción de Scitia: «Cuando veáis una celda edificada junto

al pantano, sabed que se acerca la destrucción de Scitia. Cuando veáis en ella árboles, está ya a punto de comenzar su ruina. Cuando veáis en ella niños, tomad vuestras melotas y marchad».

17. Abba Moisés, aquel de Petra, fue tentado, un día, violentamente de impureza y no pudiendo resistir en su celda acudió a abrirse con abba Isidoro. El anciano le recomendó que volviese a su celda, pero abba Moisés se resistió y le decía: «No puedo, abba». Abba Isidoro lo tomó consigo y lo llevó a la terraza, y le dijo: «Mira hacia el oeste». Y dirigiendo la vista en esa dirección vio una muchedumbre de demonios en desorden preparándose para la lucha. Abba Isidoro le dijo de nuevo: «Mira hacia oriente». Miró y vio una multitud innumerable de ángeles en la gloria. Y abba Isidoro le dijo: «Todos estos son enviados para que nos ayuden. Los que vienen de occidente son nuestros enemigos. Pero los que nos socorren son mucho más numerosos que los que nos combaten». Entonces, abba Moisés dio gracias a Dios, se llenó de confianza y volvió a su celda.

18. Decía, en Scitia, abba Moisés: «Si guardamos los mandatos de nuestros Padres, os prometo de parte de Dios que los bárbaros no llegarán aquí. Pero si no los guardamos, este lugar será devastado». Y una vez que los hermanos estaban sentados junto a él, les dijo: «Hoy vendrán los bárbaros a Scitia: levantaos y huid». Le dijeron: «¿Tú no huyes, abba?». Él les dijo: «Yo espero este día desde hace tantos años, para que se cumpla[7] la palabra del Señor Jesús, que dice: *Todos los que toman la espada, morirán por la espada* [Mt 26,52]». Le dijeron: «Nosotros tampoco huiremos, sino que moriremos contigo». Él les dijo: «Esto no es cosa mía, cada cual vea cómo vive». Eran siete hermanos. Les dijo: «Los bárbaros están a la puerta». Estos entraron y los

[7] La referencia escriturística y el sentido que le es dado se explican por el hecho de que Moisés es un anciano ladrón (cf. *Introducción,* p.LIV-LVI).

mataron. Uno de ellos, sin embargo, se escondió tras las esteras y vio que bajaban siete coronas y los coronaban.

19. Los Padres decían de abba Marcelo el tebano que su discípulo tenía la costumbre de decir que cando se arreglaba el domingo para la sinaxis, se preparaba y recitaba en el corazón un pedazo de las Escrituras hasta que llegaba a la iglesia; y mientras meditaba, no movía los labios para que nadie lo escuchase. Y cuando asistía a la sinaxis, su pecho se llenaba de lágrimas. Decía, en efecto: «Mientras se completa la sinaxis, veo toda la iglesia como un fuego; y cuando la iglesia se dispersa, el fuego se retira también».

20. Un día, el abad Silvano quiso marchar a Siria, y su discípulo Marco le dijo: «Abba, no quiero marchar de aquí y no te dejaré marchar. Espera aquí otros tres días». Abba Silvano se quedó, y al tercer día su discípulo Marco descansó en paz.

21. Abba Juan, que había sido condenado al exilio por Marciano, contaba que un día acudieron de Siria para ver a abba Pastor y consultarle acerca de la dureza del corazón. El anciano no sabía griego, ni encontramos intérprete. Pero al ver nuestra pena, empezó a hablar en griego y nos dijo: «El agua por naturaleza es blanda y la piedra dura. Sin embargo, si se coloca encima de la piedra un recipiente de agua para que caiga gota a gota sobre la piedra, la piedra será perforada. También la palabra divina es suave y nuestro corazón duro. Pero, si el hombre escucha a menudo esta palabra, su corazón se abrirá al temor de Dios».

22. Abba Pastor dijo: «Escrito está: *Como jadea la cierva tras las corrientes de agua, así jadea mi alma, en pos de ti, mi Dios* [Sal 41,2]. En la soledad, los ciervos devoran muchas serpientes, y como el veneno les quema, se apresuran a llegar a la fuente y al beber apagan la quemadura del veneno. Lo mismo ocurre con los monjes que viven en el desierto. El veneno de los demonios malignos les quema y por eso desean el sábado y el domingo acercarse a las fuentes

de las aguas, es decir al Cuerpo y a la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, para purificarse de toda amargura».

23. Uno preguntó a abba Pastor: «¿Qué significa lo que está escrito: *Mirad que nadie devuelva a otro mal por mal* [Rom 12,17]?». Y abba Pastor respondió: «Esta pasión tiene cuatro grados: el primero se da en el corazón, el segundo en la mirada, el tercero en la lengua y el cuarto es hacer mal por el mal recibido. Si puedes purificar tu corazón no llegará a la mirada. Cuida también de no hablar, pero si hubieras hablado, corrígete enseguida, para que no devuelvas mal por mal».

24. San Basilio, obispo, contó[8] que, en un monasterio de monjas, había una que simulaba locura y posesión diabólica. Y hasta tal punto este error era común que ninguna de sus compañeras quería comer con ella. Había elegido su modo de vida en la cocina, de la que no salía nunca, y cargaba con todo el trabajo de este oficio. Como dice el proverbio, era la esponja de toda la casa y mostraba con sus obras lo que leemos en los libros santos: *Si alguno entre vosotros se cree sabio según este mundo, hágase necio, para llegar a ser sabio* [1 Cor 3,18]. Llevaba la cabeza envuelta en trapos viejos y así realizaba su trabajo, mientras que las otras religiosas velaban su tonsura con un capuchón. Ninguna de las cuatrocientas monjas la vio jamás comer, pues en toda su vida nunca se sentó a la mesa. Nunca aceptó el menor trozo de pan y se conformaba con las migajas que recogía al limpiar las mesas y al limpiar los pucheros. A nadie hizo el menor mal, nadie le oyó la menor queja y nunca habló a nadie ni poco ni mucho. Maltratada y odiada por todas, soportaba la maledicencia de toda la comunidad. Entonces, un ángel se presentó a un santo varón llamado Pioterio, monje de gran virtud, que había vivido siempre en el desierto y

[8] Introducido solamente en la versión latina, este relato está extraído de Paladio, HL 34, donde no se hace, evidentemente, ninguna mención a san Basilio (Butler, p.98-100).

que aquellos días se encontraba en Porfiria, y le dijo: «¿Te crees alguien y santo porque llevas este género de vida en el desierto? Vete a Tabena, al monasterio de las monjas y encontrarás allí una que lleva una corona sobre su cabeza y sábete que es mejor que tú. Ella ha luchado sola, día y noche, contra todo un pueblo, y su corazón jamás se ha apartado de Dios. Tú que vives en la soledad y no ves a nadie, permites que tu mente y tus pensamientos vaguen por todas las ciudades». Al punto fue al citado monasterio y pidió a los superiores de los hermanos que le introdujesen en la casa de las monjas. Enseguida se le dio permiso, dado que era un hombre de toda confianza por la austeridad de su vida. Además, era ya de mucha edad. Entró y manifestó su deseo de ver a todas las hermanas, pero no vio a la única por la cual había ido. Finalmente dijo: «Traedme a todas, pues me parece que falta alguna». Le dijeron: «Tenemos una dentro, en la cocina, pero está loca». (Así llamaban a las posesas). Él dijo: «Traedla para que la vea». Al oírlo fueron a buscarla. Ella no quería ir, según creo porque se temía algo o porque tal vez había tenido una revelación divina. Las hermanas le dijeron: «San Pioterio quiere verte». Era un varón de gran fama. En cuanto se presentó la religiosa y vio su cabeza envuelta en aquellos trapos, el anciano se echó a sus pies, diciendo: «Dame tu bendición». Pero ella, a su vez, se echó a los pies del santo y le dijo: «Bendíceme tú a mí, maestro». Todas las hermanas admiradas dijeron: «No te sometas a una tal humillación; esta que ves es una loca». Pero San Pioterio dijo a las hermanas: «Vosotras sois las locas. Esta es mi amma y vuestra amma (así llamaban a las mujeres espirituales). Que Dios me conceda la gracia de ser encontrado digno de ella en el día del juicio». A estas palabras, todas se precipitaron a los pies de la hermana confesando cada una sus pecados contra ella. Una se acusaba de que mientras limpiaba un plato le había echado agua sucia. Otra llorando se acusaba de haberle llenado las narices de mostaza.

Y todas las demás contaban las ofensas de toda clase que le habían infligido. El santo se fue después de haber rogado por todas. Pocos días después, no pudiendo soportar tanta gloria, abrumada por los honores y por las excusas de sus hermanas, abandonó ocultamente el monasterio. ¿Dónde fue? ¿Hacia qué región se dirigió? ¿Cómo murió? Nadie lo supo jamás».

25. Decían de abba Pacomio que, cruzándose en el camino con el cuerpo de un muerto que llevaban, vio dos ángeles que seguían al muerto detrás de la camilla. Reflexionando sobre ellos, suplicaba a Dios que le revelase quienes eran. Los dos ángeles se le acercaron y él les dijo: «¿Por qué vosotros, que sois ángeles, seguís a un muerto?». Los ángeles le dijeron: «Uno de nosotros es el ángel del miércoles y otro el del viernes. Dado que hasta su muerte, este alma no dejó de ayunar los miércoles y los viernes, nosotros le hacemos cortejo a su cuerpo; y como hasta su muerte ha guardado el ayuno, nosotros lo hemos glorificado, a él que ha combatido en el Señor»[9].

26. El bienaventurado Pablo el Simple, discípulo de abba Antonio, contó a los Padres lo que sigue: «Un día, fue a un monasterio para visitar e instruir a los hermanos. Después de haberse enfervorizado mutuamente, entraron en la iglesia de Dios para celebrar la sinaxis del modo acostumbrado. El bienaventurado Pablo miraba a todos los que entraban en la iglesia y consideraba en qué estado de ánimo entraba cada uno. Dios le había concedido la gracia de ver el estado de las almas como nosotros nos vemos el uno al otro el rostro. Veía también sus ángeles alegres por causa de ellos. Todos entraron con un rostro luminoso y brillante, excepto uno que tenía todo su cuerpo negro y oscuro. Los demonios lo escoltaban a un lado y otro y lo arrastraban hacia sí, pues le habían atado una soga a la nariz. Su santo

[9] Tomado de Pacomio, *Vita tertia* 158 (F. HALKIN, *Santi Pachomii Vitae Graecae* [Subsidia hagiographica 19; Bruselas 1932] 364s).

ángel le seguía desde lejos, triste y lúgubre. Pablo se puso a llorar y a golpearse el pecho, y se sentó delante de la iglesia lamentándose amargamente por la suerte de aquel que se había aparecido de aquella manera. Los que habían notado su cambio tan brusco de actitud, sus lágrimas y su pena, le preguntaban y le rogaban que les dijese la causa de todo aquello y les contase lo que había visto. Temían que hubiese visto en todos ellos algo digno de reprensión y que esto fuera la causa de su abatimiento. Y le urgían para que entrase en la sinaxis con ellos. Pero Pablo los rechazó y se negó a entrar. Se quedó fuera postrado y llorando amargamente por aquel que había visto entrar de aquella manera. Poco después, concluida la asamblea, Pablo examinó de nuevo a los que salían y vio salir a aquel hermano negro y oscuro con un rostro luminoso y el cuerpo brillante. Los demonios, que hacía poco lo sujetaban, lo seguían ahora de lejos y su ángel iba junto a él, animoso, contento y alegre. Entonces Pablo saltó de alegría, bendijo a Dios, y se puso a gritar: "¡Oh misericordia y bondad inefable de Dios! ¡Oh piedad divina y bondad infinita!". Corrió a colocarse en un sitio elevado y gritó con voz fuerte: "Venid y ved que terribles y maravillosas son las obras de Dios [cf. Sal 45,9a], *que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* [1 Tim 2,4]. *Venid, adorémosle y postrémonos ante Él* [Sal 94,6a], diciendo: Tú solo eres capaz de perdonar los pecados". Al oír estas voces acudieron todos queriendo saber de qué se trataba. Una vez reunidos todos, Pablo contó lo que había visto al entrar en la iglesia y lo que había sucedido después. Luego preguntó a aquel hombre cuál era la causa que había producido un cambio tan súbito y tan radical. Aquel hombre, descubierto por Pablo, habló delante de todos con absoluta franqueza: "Soy pecador y he vivido mucho tiempo en la impureza hasta hoy. Al entrar hace un momento en la iglesia de Dios, he oído la palabra del profeta Isaías que estaban leyendo, aunque era

más bien la voz de Dios que se manifestaba a través de él y decía: *Lavaos, limpiaos, quitad vuestras fechorías de delante de mi vista, desistid de hacer el mal, aprended a hacer el bien. Así fuesen vuestros pecados como la grana, cual la nieve blanquearán. Si aceptáis obedecer, los bienes de la tierra comeréis* [Is 1,16-19]. Yo, impuro, muy compungido por estas palabras y llorando en el fondo de mi corazón, he dicho a Dios: Oh, Dios, que has venido al mundo a salvar a los pecadores [cf. 1 Tim 1,15] y que has prometido por las palabras del profeta lo que se acaba de leer, cúmplelo en mí que soy un indigno pecador. Te prometo ahora y te doy mi palabra y proclamo desde el fondo de mi corazón que en adelante no cometeré más esa falta, renuncio a toda iniquidad y te serviré en lo sucesivo con una conciencia pura. Por tanto, Señor, hoy y en esta hora, recíbeme a mí, que hago penitencia, te evoco y renuncio a todo pecado. Con esta promesa, he salido de la iglesia, resuelto en no hacer nada malo en presencia del Señor". Al oír esto, todos gritaron a plena voz: *"Cuán numerosas son tus obras, ¡oh Yahvé! Todas las has hecho con sabiduría* [Sal 103,24]". Así pues, los cristianos conocen por las Sagradas Escrituras y las revelaciones divinas, cuán grande es la bondad de Dios para con aquellos que acuden piadosamente a Él y limpian por la penitencia sus culpas anteriores. Pues no solamente no son obligados a expiar sus antiguos pecados, sino que además obtienen los bienes prometidos. No desesperemos pues de nuestra salvación, pues si Dios ha prometido por el profeta Isaías que los que se han dejado arrastrar por el pecado serán lavados de nuevo, y se tornarán blancos como la lana y la nieve [cf. Is 1,18], y serán llenos de los bienes celestiales que están en la celestial Jerusalén, también ha prometido con juramento por el profeta Ezequiel: *Soy un Dios vivo, dice el Señor, ¿acaso me complazco yo en la muerte del malvado —oráculo de Yahvé— y no más bien en que se convierta de su conducta y viva?* [Ez 8,3.23]».

27. Un día, Zacarías fue a ver a su abba, Silvano, y lo encontró en éxtasis con las manos levantadas al cielo. Al ver esto, cerró la puerta y se fue. Volvió al mediodía y otra vez luego, hacia las tres de la tarde, y lo encontró de la misma manera. Hacia las cuatro, llamó a la puerta, entró y encontró a abba Silvano descansando. Y le dijo: «Abba, ¿qué te ha sucedido hoy?». Y él le contestó: «Hijo mío, estoy muy cansado». Pero Zacarías se echó a sus pies diciendo: «No te dejaré hasta que me hayas dicho lo que has visto». El anciano respondió: «He sido llevado al cielo y he visto la gloria de Dios, y he estado allí hasta ahora, que me han devuelto a la tierra».

28. Decía santa Sinclética: «Escrito está: *Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas, para que conozcamos sabiamente los lazos del demonio* [Mt 10,16]. La Escritura nos manda hacernos prudentes para que no ignoremos los ataques y malas artes del enemigo. La sencillez de la paloma, por el contrario, indica la humildad y la pureza que debe presidir nuestra vida»[10].

29. Uno de los Padres decía que un día los ancianos se habían reunido en asamblea y hablaban de cosas de edificación. Entre ellos estaba un vidente que vio a los ángeles aplaudiendo a los hermanos. Pero cuando la conversación degeneró en profana, los ángeles se alejaban y unos puercos malolientes se revolcaban entre ellos y los manchaban. Cuando de nuevo hablaban cosas edificantes, los ángeles volvían y los felicitaban.

30. Un anciano dijo: «He aquí lo que significa este pasaje de la Escritura: ¡Por los tres crímenes de Tiro *pasaré y por los cuatro seré inflexible!* [Am 1,9]. Los tres primeros son: pensar mal, consentir en ello y hablar de ello. El cuarto es obrar. En esto no se detiene la cólera de Dios».

31. Se contaba de un venerable anciano de Scitia, que cada vez que los hermanos construían una celda, iba alegre-

[10] Tomado de *Vita* 28: PG 28,1504 C.

mente con ellos, ponía los cimientos y no se marchaba hasta que estuviese terminada del todo. Pero un día en que salía para construir una celda, parecía muy triste. Los hermanos le preguntaron: «¿Por qué estás triste y afligido, abba?». Y él les contestó: «Hijos míos, porque este lugar va a ser devastado: he visto que el fuego se encendía en Scitia. Los hermanos tomaron palmas para apagarlo y a fuerza de golpes de palma consiguieron apagarlo. De nuevo se incendió y otra vez los hermanos lo apagaron golpeándolo con sus palmas. Se encendió por tercera vez y se extendió a toda Scitia, y esta vez ya no se pudo apagar. Por eso estoy triste y afligido».

32. Uno de los Padres contó que, cuando los clérigos hacían la ofrenda en Scitia, bajó como un águila sobre las ofrendas y nadie lo veía, excepto los clérigos. Entonces, un día un hermano preguntó cualquier cosa al diácono, que le dijo: «Ahora no tengo tiempo». Y cuando fueron a la ofrenda, parecía que el águila no descendía como de costumbre; y el sacerdote dijo al diácono: «¿Por qué el águila no viene como de costumbre? ¿Acaso he cometido una falta? ¿O tú? Apártate un poco y, si desciende, sabremos que es por tu causa que no descendía; sino, será evidente que es por mi causa». Y, apartándose el diácono, el águila descendió enseguida. Una vez terminada la sinaxis, el sacerdote dijo al diácono: «Dime que has hecho». Aquel le dijo francamente: «No tengo conciencia de haber pecado, a no ser que sea por el hermano que me vino a preguntar alguna cosa y le dije que no tenía tiempo». El sacerdote le dijo: «He ahí la causa de que, por ti, el águila no descendiese: es ciertamente porque has apenado al hermano». Y el diácono fue a pedirle perdón al hermano.

33. Dijo un anciano: «Está escrito: *Florece el justo como la palmera* [Sal 91,13]. Este texto significa que el fruto de las buenas obras es elevado, recto y dulce. La médula de la palmera es blanca e indivisa y es el principio de toda su actividad. Lo mismo ocurre con el justo: su alma es sencilla

y mirando tan sólo a Dios. Es blanca, pues está iluminada por la fe, y es principio de toda la actividad y está rodeada de púas que constituyen una fortaleza contra el diablo».

34. Un anciano dijo: «La Sunamita recibió a Eliseo porque no tenía trato con nadie [cf. 2 Re 4,8-37]. La Sunamita es figura del alma y Eliseo del Espíritu Santo. Cuando el alma se aparta de la confusión y perturbaciones del mundo, viene a ella el Espíritu Santo y entonces puede engendrar, aunque sea estéril»[11].

35. Otro Padre dijo: «Los ojos de los puercos, por una disposición natural, están vueltos necesariamente hacia la tierra sin que puedan mirar al cielo. Lo mismo sucede al alma del que es atraído por la dulzura de los placeres una vez que cae en el fango de la lujuria: difícilmente puede mirar a Dios o gustar de las cosas divinas».

36. Un anciano, muy notable entre los videntes, afirmaba: «La fuerza de arriba que he visto bajar sobre el bautizado, la he visto bajar también sobre el hábito del monje en el momento de su consagración a Dios»[12].

37. Otro anciano decía también: «A menudo, cuando el diácono decía: besaos los unos a los otros, he visto al Espíritu Santo sobre la boca de los hermanos».

38. Un anciano, al que se había concedido la gracia de ser vidente, decía: «He visto a un hermano, en un monasterio, que estaba en su celda meditando. Llegó el demonio y se quedó a la puerta de la celda. Y mientras el hermano meditaba no consiguió entrar, pero cuando dejó de hacerlo, entró el demonio».

[11] De este apotegma —que se lee también en *Alph.*, Cronios 1— se poseen múltiples recensiones que permiten analizar su progresiva transformación (cf. J.-C. Guy, «Note sur l'évolution du genre apophtegmatique»: *Revue d'Ascétique et de Mystique* 32 [1956] p.63-68).

[12] Texto retomado muy a menudo en la Edad Media: cf. J. Leclercq, «Profession monastique, baptême et pénitence d'après Odon de Cantorbéry»: *Studia Anselmiana* 31 (1953) 130. Ver también Smaragde, *Diadème des moines* 79: PL 102,674 BC.

39. Un anciano decía que había pedido a Dios que le mostrase los demonios, pero le fue revelado: «No necesitas verlos». El anciano insistía: «¡Señor!, tú me puedes proteger con tu gracia». Dios le abrió los ojos y vio a los demonios que rodeaban al hombre como abejas, rechinando sus dientes contra él. Pero los ángeles de Dios los reprendían ásperamente.

40. Contó un anciano que tenía dos hermanos vecinos, el uno extranjero y el otro de la región. El extranjero era un poco negligente y el otro era muy fervoroso. Murió el extranjero, y el anciano, su vecino, que era vidente, vio una gran multitud de ángeles que venía a buscar su alma. Y cuando llegó a la puerta del cielo, se le hizo un pequeño juicio. Y llegó una voz de arriba que decía: «Es cierto que fue un poco negligente, pero abridle la puerta por haber vivido lejos de su país». Luego murió el nativo y vino a acompañarle toda su familia. El anciano se extrañó de que no viniesen los ángeles a recoger su alma y postrándose en la presencia de Dios, dijo: «Aquel extranjero mereció tanta gloria a pesar de ser tan negligente y este a pesar de su fervor no ha merecido nada semejante». Y una voz le respondió: «Este hermano, que era muy observante, ha abierto los ojos antes de morir y ha visto llorar a todos sus parientes y se ha consolado con ello. Aquel extranjero, fue un poco negligente, pero no ha visto a ninguno de los suyos junto a él y se echó a llorar. Y Dios quiso ser su consuelo».

41. Uno de los Padres contó que un ermitaño vivía en el desierto de Nilópolis y le servía un laico muy fiel. En la ciudad vivía también un hombre rico, pero poco piadoso. Murió el rico, y toda la ciudad, con el obispo a la cabeza, le acompañó al cementerio, llevando lámparas. Salió de la ciudad el servidor del eremita para llevarle, como de costumbre, sus panes y lo encontró devorado por una fiera. Entonces se echó en tierra en la presencia de Dios, y dijo: «No me levantaré de aquí hasta que el Señor no me explique

por qué aquel impío ha tenido todo ese acompañamiento en su entierro y en cambio este anacoreta, que ha servido a Dios noche y día, ha terminado de esta manera». Y un ángel del Señor bajó a decirle: «Este impío ha hecho algunas cosas buenas y ha recibido su recompensa en este mundo, para no tener ningún descanso en el otro. En cambio, este ermitaño, aunque faltas pequeñas, al fin y al cabo, era un hombre, y lo ha pagado aquí, para ser hallado puro delante de Dios». Y consolado con estas palabras se levantó glorificando a Dios por sus juicios, que siempre son justos.

42. Uno de los Padres contó que tres cosas son preciosas para los monjes, que van acompañadas del temor, en el temblor y la alegría espiritual: la comunión de los santos misterios, la mesa de los hermanos y el lavatorio de pies. Y aportó el siguiente ejemplo. Había un anciano, gran clarividente, que fue a comer con varios hermanos. Mientras comían, el anciano espiritualmente atento, sentado a la mesa, vio a unos comer miel; a otros, pan; a otros, estiércol. Se asombró y pidió a Dios: «Señor, revélame este misterio: ¿porqué, mientras los mismos alimentos están presentas en la mesa, parecen transformados cuando los comen, comiendo unos miel, otros pan y otros estiércol?». Y una voz de lo alto le dijo: «Aquellos que comen miel son aquellos que están sentados a la mesa con temor, temblor y alegría espiritual, y que oran sin cesar. Su oración sube hacia Dios como incienso; por lo que comen miel. Aquellos que comen pan son aquellos que dan gracias por tener parte en los dones de Dios. Aquellos que comen estiércol son aquellos que murmuran y dicen: este es bueno y ese es malo. No deben pensar en esto, sino dar gracias a Dios y dirigirle himnos al Todopoderoso para que se cumpla en nosotros esta palabra: *Lo mismo si coméis, que si bebéis, que hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios* [1 Cor 10,31]»[13].

[13] En la versión latina, este apotegma es desplazado al final del capítulo (PL 73,1000 AC).

43. Los monjes, saliendo de sus celdas para reunirse en un mismo lugar, se pusieron a hablar de las ascesis, de la piedad y de cómo agradar a Dios. Y mientras hablaban, dos ángeles fueron vistos por varios ancianos entre ellos, llevando una estola y bendiciendo a cada uno de aquellos que hablaban del provecho espiritual. Aquellos a los que les fue revelada esta visión, callaron y no dijeron nada. Al día siguiente, se reunieron en el mismo lugar, y se pusieron a hablar de un hermano, diciendo que había cometido una falta; y comenzaron a condenarlo. Entonces, los mismos ancianos vieron un cerdo que exhalaba un hedor malvado y lo contaminaba todo. Reconociendo entonces la falta, aquellos a los que el prodigio había sido revelado, les contaron a los hermanos la bendición de los ángeles y la visión del cerdo.

44. Los ancianos decían que cada uno debe hacer suyo el estado de su prójimo, sea el que sea, y de ese modo, es decir, haciéndose cargo con su cuerpo y llevando a todo el hombre, compadecerse con él, alegrarse en todo y llorar con él, en resumen, estar preparado como si se llevase el mismo cuerpo, como si se tuviese el mismo rostro y la misma alma, y afligirse como por uno mismo cuando le sobrevengan las aflicciones. En efecto, así está escrito: *Somos un solo cuerpo en Cristo* [Rom 12,5], y también: *La multitud de aquellos que habían creído tenían un solo corazón y una sola alma* [Hch 4,32]. Y esto es lo que manifiesta el beso santo.

45. Un anciano contó: «Una virgen de avanzada edad, había adelantado mucho en el temor de Dios. Yo le pregunté sobre los motivos de su conversión y ella llorando me dijo: "Siendo todavía niña, oh hombre admirable, tenía un padre virtuoso y de carácter amable, pero muy débil y enfermo físicamente. Tenía que cuidarse mucho y por eso sus convecinos apenas lo veían. Cuando por casualidad estaba sano, llevaba a casa los frutos de su cosecha, pero la mayoría del tiempo la enfermedad le retenía en el lecho. Y como ha-

blaba muy poco, los que no le conocían, le creían mudo. Por el contrario, mi madre era muy curiosa, y la más infame de todas las mujeres de esta región. Esparcía por todas partes su charlatanería de tal modo que se hubiera creído que todo su cuerpo era lengua. Era fuente continua de disputas para mucha gente y se emborrachaba con hombres disolutos. Gastaba todo lo que había en casa como una pésima meretriz, hasta el punto de que no nos hubiera bastado una fortuna colosal, ya que mi padre le había confiado la administración de la casa. Degradaba su cuerpo con toda clase de vergüenzas y pocos habitantes del pueblo habían podido escapar a su pasión. Jamás tuvo la menor enfermedad, ni nunca tuvo la menor molestia o el más pequeño dolor, desde que nació hasta el día de su muerte, conservando su cuerpo sano y hermoso. Murió mi padre, agotado por una larga enfermedad. Enseguida, el cielo se cubrió, la lluvia, el trueno y los relámpagos turbaron la atmósfera. La lluvia que no dejó de caer, ni de día ni de noche, nos obligó a dejar el cadáver tres días sobre el lecho sin poderle dar sepultura. Los habitantes del pueblo movían la cabeza admirándose de que su maldad hubiera sido ignorada de todos, y decían: "Ciertamente era un enemigo de Dios, pues ni la tierra quiere recibir su cuerpo". Sin embargo, para que su cuerpo descompuesto no impidiese el acceso a la casa, lo enterraron como pudieron, bajo la lluvia y la amenaza de tempestad. Después de estos acontecimientos, mi madre se relajó todavía más y abusó de los placeres sensuales con la mayor desvergüenza. Transformó nuestra casa en un prostíbulo y vivió en la lujuria y los placeres. Siendo yo todavía muy niña, y estando sin dinero, murió mi madre a lo que a mí me parece sin ningún temor, y tuvo unos funerales magníficos y hasta el sol se quiso sumar al cortejo. Después de la muerte de mi madre, ya no era una niña y me turbaban los deseos y excitaciones sensuales. Un día, al atardecer, como suele ocurrir, me puse a considerar el género de vida que debería elegir:

¿Imitaría a mi padre, que había vivido con modestia, mansedumbre y sobriedad? Pero enseguida me venía el pensamiento de que no había conseguido nada bueno y que toda su vida se había consumido en la desgracia y en las enfermedades, y que al llegar el final de su vida ni la tierra había querido darle sepultura. Si esta vida de perfección junto a Dios era buena, ¿por qué mi padre, que la había elegido, había tenido que sufrir tanto? Y pensaba que era mejor vivir como mi madre, abandonarse a los deleites, a la lujuria y a los placeres sensuales. Ella no dejó escapar ninguna infamia, y murió, después de haber pasado toda su vida en la embriaguez, sin mal ni dolor alguno. Así pues, debía vivir como mi madre. Vale más fiarse de sus propios ojos y atenerse a la evidencia, y no desaprovechar ningún placer. Y satisfecha, pobre de mí, de haber acertado al orientar mi vida, cayó la noche y me dormí enseguida. Y se me presentó un individuo de gran estatura y de horrible aspecto, que me atemorizó con su mirada. Con ojos llenos de cólera y con una voz áspera, me ordenó: "Dime los pensamientos de tu corazón". Su vista y su actitud me hacían temblar y no me atrevía a mirarle. Con una voz todavía más fuerte me mandó confesara mis preferencias. Yo, pulverizada por el terror, había olvidado todos mis pensamientos y decía que no sabía nada. Pero él, a pesar de mi negativa, me recordó todo lo que había rumiado en el fondo de mi corazón. Yo estaba confundida y me puse a rezar y le suplicaba que me perdonase, contándole lo que había dado lugar a tales pensamientos. Él me dijo: "Ven a ver a tu padre y a tu madre. Luego elegirás el género de vida que quieras", y me arrastró llevándome de la mano. Me condujo a una llanura inmensa en la que había gran número de huertos y en ellos una gran variedad de árboles con frutos de todas clases. Todo era allí muy hermoso, más de lo que se puede decir. Mi padre vino a mí encuentro, me abrazó y me llamó hija. Yo lo rodeé con mis brazos y le pedí quedarme con él. Me dijo: "No puedes

quedarte aquí, pero si quieres seguir mi ejemplo volverás dentro de poco tiempo". Yo insistía en quedarme, pero mi guía me tomó de nuevo por la mano y me dijo: "Ven, voy a enseñarte a tu madre, que arde en el fuego, para que aprendas lo que tienes que apartar de tu vida". Me encontré, de pronto, en una casa sombría y sin luz, llena de ruidos y agitación. Mi guía me mostró un horno ardiente lleno de pez en ebullición. Sobre el horno se inclinaban unos seres de aspecto terrible. Miré al fondo y vi a mi madre hundida hasta el cuello en el horno, ardiendo, rechinando sus dientes, rodeada de gusanos hediondos. Al verme, lanzó un alarido: "Hija mía, sufro estos tormentos por mis propias acciones. Consideré locura todo lo que significaba austeridad y no esperaba ser torturada por mis fornicaciones y adulterios. No creía que la embriaguez y la lujuria estaban castigadas, y ahora, a cambio de un poco de placer, estoy en este infierno sufriendo estas terribles penas. ¡Tanto sufrimiento por tan poco placer! Ves lo que me ha sucedido por haber despreciado a Dios: me han alcanzado toda clase de males. Hija mía, este es el momento de ayudarme, de acordarte de que te he criado. Si has recibido de mi algún bien, hazme este servicio. Ten piedad de mí, que ardo y me consumo en este fuego. Ten piedad de mí, que desfallezco en este suplicio. Hija mía, ten piedad de mí, alarga tu mano y sácame de este lugar". Yo rehusé a causa de sus guardianes, pero mi madre insistió llorando: "Hija mía, ayúdame y no desprecies las lágrimas de tu madre. Acuérdate de mis sufrimientos el día de tu nacimiento y no me abandones, que me estoy quemando en este fuego". Esta vez me conmovió y lloré y experimenté un sentimiento muy humano y empecé a gritar y sollozar de compasión. Los que estaban en mi casa se levantaron, encendieron las luces y me preguntaron la causa de tanto ruido. Les conté lo que había visto y tomé definitivamente la decisión de seguir el ejemplo de mi padre. La infinita misericordia de Dios me había dado

la certeza del castigo que espera a los que quieren vivir en el pecado". Instruida así por una visión, esta dichosa virgen nos enseña que la recompensa de las buenas obras es grande y que los castigos de una vida escandalosa son espantosos. Tomemos también nosotros decisiones buenas a fin de poseer la felicidad eterna»[14].

46. El mismo anciano contaba también el siguiente relato a propósito de un obispo, para que por él aumente nuestra confianza y nos entreguemos a las cosas de Dios para nuestra salvación. Se hizo saber al obispo que vivía con nosotros (y él mismo fue quien lo contó), que entre las señoras de la buena sociedad había dos cristianas que vivían casi en la impureza. Esta noticia turbó al obispo. Temió otras cosas semejantes, y se puso a suplicar a Dios, rogándole le aconsejara, y he aquí lo que mereció ver. Después de la terrible y divina consagración, se acercaron todos para recibir los sagrados misterios, y el obispo veía tras los rostros el estado del alma de cada uno y a qué clase de pecados estaba entregado. Los rostros de los pecadores eran negros. Algunos estaban como quemados por el calor, con ojos enrojecidos y sanguinolentos. Los justos estaban vestidos de blanco y tenían rostros luminosos. Los unos ardían y se consumían al recibir el Cuerpo del Señor. Para los otros se convertía en una luz que al entrar por la boca iluminaba todo el cuerpo después de comulgar. Entre la multitud se encontraban gentes que habían abrazado la vida eremítica y personas casadas. El obispo los vio a todos de la manera dicha. Luego se volvió y empezó, él mismo, a distribuir la comunión a las mujeres para conocer el estado de sus almas. Vio también rostros negros, rojos y sanguinolentos y rostros luminosos. Entre las mujeres se acercaron las dos señoras que habían sido denunciadas al señor obispo. Para

[14] Retomado como *exemplum* para la predicación por Santiago de Vitry (s. XII): cf. J. LONGÈRE, *Oeuvres pratoires de Maîtres parisiens au XII siècle* (París 1975) vol. I, 399 y II, 299 (n.6).

ellas había recibido, de modo especial, el don de leer en los rostros. Las vio, pues, acercarse a los sagrados misterios revestidas de una vestidura blanca con un rostro luminoso y digno. Cuando recibieron el Cuerpo de Cristo se volvieron totalmente resplandecientes. Por segunda vez el obispo volvió a empezar su oración habitual y oró a Dios, pues deseaba muchísimo conocer el significado de las revelaciones que había recibido. Se le presentó un ángel del Señor que le mandó preguntase lo que quisiera. El santo obispo quiso saber enseguida qué pasaba con aquellas dos señoras: «¿Esa primera acusación es verdadera o falsa?». El ángel le aseguró que era verdad todo lo que le habían dicho acerca de ellas. Y el obispo preguntó: «Pues entonces, ¿por qué al recibir el Cuerpo de Cristo sus rostros resplandecieron, y su vestidura blanca alcanzó un brillo extraordinario?». El ángel respondió: «Se han arrepentido de su mala conducta y se han alejado de las ocasiones con gemidos y lágrimas, y han hecho limosnas a los pobres. Por su confesión merecieron ser asociadas al número de los santos. Habían prometido no volver a caer en estos pecados si obtenían el perdón de sus culpas. Y por eso han obtenido esa transformación divina, así como el perdón de sus faltas. En adelante viven en el buen camino, con piedad y justicia». El obispo dijo entonces que se extrañaba, no de su transformación —esto ocurría con mucha gente— sino del don que Dios les había hecho, primero eximiéndolas totalmente del castigo y luego al dignarse concederles una tal gracia. El ángel le contestó: «Tienes razón al admirarte, pues no eres más que un hombre. Nuestro Dios y Señor, que es también tuyo, es por naturaleza bueno y misericordioso para con los que se apartan de sus propias faltas y se acercan a Él reconociéndolas. No les deja que vayan al suplicio, antes bien, apaga su cólera contra ellos y se digna colmarles de honores. *Porque tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único* [Jn 3,16], el cual siendo los hombres sus enemigos, eligió

morir por ellos mismos [cf. Rom 5,10]. Dios perdona a los que abandonan el pecado y se hacen siervos suyos por la penitencia, y les da a gozar los bienes que les tiene preparados. Sábete que ninguna falta del hombre es superior a su clemencia, con tal de que por la penitencia y las buenas obras se borren las culpas pasadas. Dios es infinitamente misericordioso, conoce la debilidad de vuestra raza, la fuerza de las pasiones, el poder y la astucia del demonio. Perdona a los pecadores como a hijos suyos y espera con paciencia que se corrijan. Se compadece de los que se convierten y acuden a su bondad como si de enfermos se tratase. Los libra de sus penas y les da los bienes que tiene preparados para los justos». El obispo dijo al ángel: «Explícame, por favor, las diferencias de los rostros y en qué clase de pecados ha caído cada uno de ellos, para que así me vea libre de mi ignorancia». El ángel le dijo: «Los que tienen el rostro radiante y alegre son los que viven sobriamente en castidad y justicia. Además, son sencillos, compasivos y misericordiosos. Los que tienen el rostro totalmente negro son esclavos de la fornicación y de los malos deseos. Se entregan a las malas acciones y a toda clase de delitos. Los que aparecen enrojecidos y sanguinolentos, viven en la impiedad y la injusticia. Son calumniadores, blasfemos, mentirosos y asesinos». El ángel siguió diciendo: «Ayúdales si deseas su salvación. Has merecido alcanzar lo que pedías en tu oración: la visión de las faltas de tus discípulos y la posibilidad de hacerles mejores, invitándolos a la penitencia por consejos y súplicas. Todo ello por Aquel que ha muerto por ellos y ha resucitado de entre los muertos, Jesucristo Nuestro Señor. Puesto que tienes celo, fuerza y amor para con Cristo tu Señor, vela sobre ellos para que se aparten de sus pecados y se vuelvan hacia Dios. Muéstrales claramente a qué clase de pecados están sometidos, para que no desesperen de su salvación. Las almas que se arrepienten y se vuelven hacia Dios se salvarán y participarán en el banquete del siglo venidero. Y

tú, alcanzarás una recompensa muy grande imitando a tu Señor, que dejó el cielo y vivió en la tierra para la salvación de los hombres».

47. Una vez, alguien se convirtió y vivió en el recogimiento. Pero pronto tropezó con una piedra y, dañando el pie de modo que derramaba mucha sangre, se debilitó y entregó su alma. Fueron entonces los demonios que querían tomar su alma. Los ángeles les dijeron: «Mirad esta piedra y vez su sangre, que ha vertido por el Señor». Y mientras los ángeles decían esto, su alma fue liberada.

48. Decían de un hermano que, un domingo que había sinaxis, se levantó como de costumbre para ir a la iglesia. Y el diablo se burlaba de él diciendo: «¿Dónde vas tú para partir el pan y el vino? Incluso si te dicen que eso es el cuerpo y la sangre de Cristo, no te dejes engañar». Persuadido por estos pensamientos, el hermano no fue, como de costumbre, a la iglesia. Y los hermanos lo esperaban, como es costumbre en el desierto, donde no se empieza la sinaxis hasta que no han llegado todos. Como esperaron mucho tiempo y el hermano no llegaba, se levantaron para ir a su casa, diciendo: «Tal vez esté enfermo; tal vez esté muerto». Llegados a la celda del hermano, se informaron: «Hermano, ¿por qué no has venido a la iglesia?». Pero él tenía vergüenza de decirlo. Reconociendo la obra del diablo, ellos le hicieron la metanía para que él reconociese la maquinación del diablo. Y les dijo: «Perdonadme, hermanos; me levanté como de costumbre para ir a la iglesia, y un pensamiento me dijo: "Eso de lo que vas a participar no son el cuerpo y la sangre, sino pan y vino"; así, si queréis que vaya con vosotros, sanad mi mente de este argumento». Ellos le dijeron: «Levántate, ven con nosotros, y le pediremos a Dios que te muestre el poder divino descendiendo». Él se levantó y fue con ellos a la iglesia. Y en la oración, suplicaron a Dios por el hermano, para que le fuese manifestada la fuerza de los misterios. Así comenzaron ellos a realizar la sinaxis, ha-

biendo puesto al hermano en el centro de la iglesia. Y hasta el final de la sinaxis el hermano no cesaba de bañar en lágrimas su pecho. Después de la sinaxis, lo llamaron y le dijeron: «Si Dios te ha mostrado alguna cosa, dínoslo para que también nosotros saquemos provecho». Entonces él se puso a decir entre gemidos: «Durante el canon de la salmodia, cuando fue leída la enseñanza de los Apóstoles, se produjo el prodigio. Vi abrirse el techo y aparecer el cielo, y cada palabra del santo Evangelio se volvía una especie de fuego que llegaba hasta el cielo. Y cuando tenía lugar la bendición del Evangelio, los clérigos salieron de la diaconía[15] con las ofrendas de los santos misterios. Y vi de nuevo los cielos abiertos y un fuego que descendía, y después del fuego una tropa de ángeles y por encima de ellos otros dos personajes maravillosos de los cuales es imposible describir la belleza, porque su brillo era como el de un relámpago; y entre estos dos personajes había un niño pequeño. Los ángeles rodearon el altar y los dos personajes estaban encima, con el niño en medio de ellos. Y cuando tuvo lugar la bendición de las santas oraciones, los clérigos se aproximaron para romper los panes de la ofrenda. Y yo vi como los dos personajes, sobre el altar, sujetaban las manos y los pues del niño que estaba en medio de ellos, tomaron un gladio[16], degollaron al niño y vertieron su sangre en la copa que estaba apoyada sobre el altar; cortaron su cuerpo y lo pusieron sobre los panes, y los panes se convirtieron en cuerpo. Y recordé las palabras del Apóstol: *Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado* [1 Cor 5,7] por nosotros. Y cuando los hermanos se aproximaban para participar en la santa ofrenda, les fue dado el cuerpo; y cuando proclamaban "Amén", se con-

[15] La palabra διακονία es dada aquí con el sentido de διακονικόν, para designar el lugar de la iglesia donde ofician los diáconos. No aparece atestiguado en otros lugares con este significado: los diccionarios de Du Cange y de Sófocles dan también este sentido para el neutro plural τὰ διακονία, pero no para el substantivo femenino.

[16] Espada corta romana.

vertía en pan en sus manos. Y cuando llegó mi turno para comulgar, me fue dado el cuerpo, y no podía comulgar; entonces escuché en mis oídos una voz que decía: "Hombre, ¿por qué no comulgas? ¿No es esto lo que buscabas?". Y yo dije: "Piedad de mí, Señor; no puedo comer un cuerpo". La voz replicó: "Si el hombre pudiese comer un cuerpo, encontraría un cuerpo como lo has encontrado tú. Pero nadie puede comer un cuerpo, por esto el Señor ha establecido los panes de la ofrenda. En efecto, del mismo modo que al principio Adán se volvió carne por las manos de Dios, que Dios le insufló un espíritu de vida [cf. Gén 2,7], que la carne separada vuelve a la tierra [cf. Gén 3,19] y que el espíritu permanece, así Cristo da su propia carne con el Espíritu Santo, y la carne va al cielo y el Espíritu vive en tu corazón. Si crees, comulga a aquel que tienes en tu corazón". Y dije: "Creo, Señor". Y mientras lo decía, el cuerpo que tenía en las manos se volvió pan, y dando gracias a Dios, comulgué la santa ofrenda. Y cuando la sinaxis continuó, vi de nuevo al niño entre los dos personajes y los clérigos que recogían los dones; y de nuevo vi el techo abierto y las potencias divinas elevándose al cielo». Oyendo esto, los hermanos sintieron una gran compunción y se retiraron, cada uno a su celda, dando gloria y alabanza a Dios.

49. Uno de los Padres contó esto. Un sacerdote de nuestra región, hombre que perseveró mucho tiempo en las ascesis y que había alimentado su meditación por una lectura frecuente de las santas Escrituras, me contó lo que sigue[17]. Yo tenía, decía él, una hermana virgen, joven en años pero que había adquirido la madurez de la edad pasando mucho tiempo de su juventud en el ayuno y la continencia. Estando un día sentada a mi lado, se tumbó súbitamente sobre la espalda y tensando las manos, yacía como muerta, sin voz ni aliento. Al día siguiente, a la misma hora,

[17] Dado aquí según el ms. H, este texto se lee también en el Περὶ ἀποκαλύψεων del monje Jerónimo (ms. *Coislin 127*, fol. 286r y siguientes).

levantada como de un profundo sueño, estaba toda temerosa y temblorosa. Y como le pregunté sobre lo que había sucedido, me pidió que la dejase quedarse callada un poco, hasta que el temor de su alma se alejase y le fuese así más fácil relatarme lo que se le había mostrado. Ella dijo que lo que había visto del bien y del mal iba más allá de la vista y el oído. Pasó numerosos días lamentándose sin cesar; y sin haber recibido palabra de nadie ni comunicarse con otros, ella hizo mención de algunos, a menudo, en las lamentaciones y los gemidos, declarándolos malvados. En cuanto a mí, me esforcé por enterarme de lo que ella había visto.

Y un día, entrando con esfuerzo en mi estancia, se puso a decirme esto: «En aquella hora en la que yo me encontraba sentada cerca de ti, dos hombres con el cabello blanco y hermosos a la vista, vestidos con una vestidura blanca, me tomaron de la mano y me ordenaron seguirlos. Uno de ellos, que tenía un bastón en la mano, lo dirigió hacia el cielo para abrirlo, y nos hizo entrar en el interior. Llevándome, me hicieron entrar en un lugar donde una muchedumbre numerosa de ángeles rodeaba unos pórticos y colgaduras por encima de toda descripción. Entramos allí y vi un trono muy elevado y, de un lado a otro, muchos ángeles que sobrepasaban en belleza y en grandeza a aquellos del exterior. Sobre este trono estaba sentado uno que parecía lanzar rayos sobre todos aquellos que lo rodeaban y ante el cual todos se inclinaban y le hacían reverencias. Aquellos que me sujetaban, me mandaron hacerle la reverencia; haciéndola, le escuché ordenar: "Tomadla y enseñadle todo, que pueda contárselo a aquellos que todavía están vivos". Llevándome de la mano, cumplieron el mandato. Y cruzando cierto lugar, vi edificios de una grandeza y una belleza indecibles, construidos de diversas formas, resplandecientes de oro y piedras preciosas sobre todo lo que allí se encontraba, y las mejores colgaduras bordadas e incrustadas de oro; y en estos edificios vivían un gran número de hombres

y de mujeres llenos de honor y gloria. Mostrándomelos uno por uno, me dijeron: "Unos son los obispos que han gobernado su pueblo con justicia y santidad; los otros son clérigos y laicos, unos han brillado en su propio rango, los otros han vivido en la castidad y la justicia". Y allí, hermano, vi también al sacerdote de esta zona y a los laicos que tú y yo conocemos y que han dejado esta vida; y vi multitud de vírgenes, de viudas y de otros que vivieron castamente el matrimonio, y gente conocida, y algunos que yo conocía y les pedía a mis guías que me dejasen hablar por turnos con ellos. Ellos dijeron: "Son de diferentes ciudades y regiones; entre las mujeres, algunas han vivido en comunidades ascéticas, otras han vivido retiradas y solitarias, otras han pasado la mayor parte de su vida en la viudedad, agobiadas por los oprobios y las aflicciones; entre ellas, algunas han vivido en la virginidad o la viudedad primero, y después pecaron, pero por la penitencia y la abundancia de lágrimas, han sido restablecidas a su rango anterior". Llevándome de nuevo con ellos, me condujeron a un lugar de apariencia sombría y aterrador, lleno de toda suerte de lamentaciones y gemidos».

Mientas ella comenzaba este relato, le vino tal abundancia de lágrimas que toda su vestimenta estaba mojada; es decir, su voz estaba cortada, su lengua involuntariamente pegada a los dientes, le impidió hablar durante algún tiempo. Haciéndose violencia, explicó lo que sigue: «Vi lugares tan terribles y duros que no son soportables ni a la vista ni al oído, de los cuales mis guías me dijeron que están reservados como castigo para todos los impíos y criminales, así como a algunos de aquellos que, llevando el nombre de cristianos en el mundo, siguen siendo esclavos de numerosos vicios. Desde allí había un horno de fuego que hacía ver innumerables cosas terribles. Y viendo aquello y temblando, les pedí: "¿Para qué desgraciados está esto preparado?". Dijeron: "Para aquellos que, mientras estaban en

el clero, ultrajaron a la Iglesia de Dios por avaricia e injusticia, y se pusieron a vivir una vida vergonzosa". Y al mismo tiempo, citaron el nombre de algunos que eran bien conocidos, algunos incluso por mí misma, y les oí decir de algunos establecidos en nuestra ciudad, y de otros que estaban en la iglesia. Y como yo les pedí temblando y hablando entre dientes si dolencias similares no estaban preparadas para aquellos que actuasen mal en el clero y en la virginidad, el ángel respondió: "Oh virgen, suficientes tormentos les fueron reservados por su desobediencia para con Dios y su injusticia para con el prójimo. En efecto, aquellos que son conducidos aquí, serán abandonados con justicia, porque Dios no despreciará a aquellos que allí abajo han sufrido a causa de estos; y Él no dejará más sin castigo a aquellos que hacen lo que le desagrada. El Dios de todo poder paga a todos, tanto el bien como el mal".

Llevándome todavía, me llevaron de allí a un lugar donde fluye como un río de fuego que inundaba todo el lugar, lleno de una profunda tiniebla, llena de gemidos, confusión y rechinar de dientes temible y desconsolado; y todos los que allí se encontraban eran bastante temibles. Allí, hermano, entre otros, vi muchas vírgenes diferentes, así como viudas, de las cuales ellos me decían que no había hecho, en cuanto a justicia se refiere, nada digno de su género de vida. Como le pregunté al ángel lo que habían hecho, me dijo: "Iban de lugar a lugar y de casa en casa, injuriando la vida de los otros, entregándose a la embriaguez y al placer, sin tener para nada en cuenta la salmodia, la oración o el ayuno, después de haberle hecho a Dios tales promesas. Viviendo así es como si se perdiesen y se prostituyesen: muchas de ellas incluso abortaron con la intención de ocultarlo a la multitud". Y vi otros que no habían dirigido con sabiduría y justicia sus comunidades ascéticas, sino que eran castigados por haber sido causa de corrupción y de destrucción de algunas de estas comunidades; y otros, hombres

y mujeres, castigados por diversas iniquidades. Viendo su gran lamentación y su llanto y que no tenían menos castigo que aquellos, pedí saber de dónde venían ellos mismos y los muchos que estaban allí. Los ángeles respondieron: "Son todos de lugares diferentes; han caído en las mismas faltas, y soportan los mismos castigos".

Pero yo, mirando cuidadosamente, vi dos vírgenes, que eran muy queridas por mí, tumbadas en este castigo por el fuego, las que tan a menudo, oh hermano, amonestabas con tus consejos y exhortaciones, las querías sobre todo debido al cariño que me tienes. Viéndolas y gimiendo fuertemente, les pregunté por su nombre. Ellas, levantando los ojos hacia mí y llevando sobre su pecho la gran vergüenza que padecían, bajaron la cabeza. Y yo les pedí llorando que me dijesen que habían hecho secretamente, pues la mayoría lo ignoraba, y en qué malvadas acciones habían caído para tener parte de los castigos de aquel lugar. Ellas dijeron: "Mientras el castigo nos acusa y grita nuestras obras, ¿por qué nos preguntas por ellas? ¿Por qué debemos ocultarlo? Hemos perdido nuestra virginidad cayendo presas de la fornicación; practicamos la continencia y el ayuno a la vista de los hombres, pero en secreto hacíamos lo contrario, codiciosas solamente de la gloria de los hombres. En cuanto a los castigos amenazadores que nos esperan aquí, no nos preocupan. Pero he aquí que todo lo que pasamos allí abajo se ha convertido en castigo aquí; y recibimos con toda la razón los castigos por nuestra traición allí abajo; nuestra vergüenza presente corresponde a nuestro amor de la gloria. A falta de todas nuestras obras, recibimos el justo castigo. No merecemos la ayuda de ninguno de nuestros amigos o conocidos allí abajo. Pero si tienes cierta libertad para intervenir, debes ayudarnos con tu propia vida y, sufriendo con nosotras, liberarnos de estos horrores en los que estamos retenidas y sufrimos en esta difícil hora. Es sobre todo en las circunstancias duras y difíciles que importa la ayuda re-

cibida de los amigos. También ahora recuerda nuestra vieja amistad; muestra ahora tu afecto y tu amor para con nosotras; pide por nosotras un poco de piedad a aquellos que nos castigan".

Pero yo, hermano mío, les respondí: "¿Y dónde están los consejos y las exhortaciones de mi hermano? ¿Dónde los apoyos incesantes? ¿Dónde la gran preocupación que tenía por vosotras? ¿Dónde están sus incesantes oraciones por vosotras? Nada de esto os ha bastado, hermanas mías, para no encontraros aquí. Ahora se comprueba, en verdad, que todos los consejos, cuidados u oraciones hechas por alguien son vanas e inútiles si, por su parte, no le interesa poner atención". Y ellas, confusas, guardaron primero silencio, y finalmente dijeron a los de su entorno: "No hay necesidad de acusaciones ni de reproches, sino de consuelo y ayuda; porque los males que nos acechan demandan piedad, simpatía y compasión. Si puedes hacer algo, ayúdanos y ten piedad para con nosotras". Pero yo le dije: "Si nunca os pude ayudar en nada o haceros algún bien, quiero hacerlo". Ellas me dijeron que intercediese por ellas ante sus castigadores: si era posible, pedirles que fuesen liberadas totalmente de ese castigo; sino, que al menos les fuese concedido un descanso y un momento de reposo. En efecto, incluso esto no sería consuelo para tan grandes males. Y yo me prosterné ante ellos y les tomé los pies, suplicando con lágrimas y gemidos: "Es necesario imitar a vuestro propio maestro, que es amigo de los hombres y bueno; retiradlas ahora del castigo".

Pero ellos, con rostro terrible, me enviaron con las manos vacías, diciendo: "Ya no es para ellas momento de arrepentimiento y confesión; porque, como ellas se han dedicado a la fornicación, a los crímenes, al placer, y a toda suerte de vicios durante el tiempo que tenían asignado para Dios, no pueden obtener aquí lo que demandas. Habiendo considerado los bienes como fábulas, ¿Cómo piden ahora tener parte en ellos? Es justo que habiendo cometido allí

abajo tales actos, cosechen aquí los frutos. Habrían tenido que, incluso habiendo caído a consecuencia de sus propias obras malvadas, querer, manifestando así la corrección desde allí abajo, y así no hubiesen encontrado castigo aquí. Pero ellas decidieron no recibir aquí los bienes que allí abajo despreciaron, y tener hasta el final un castigo que ellas desconsideraron. No es justo que obtengan un descanso, pues han hecho el mal hasta la muerte. Dado que ellas no le dieron un descanso del mal a su cuerpo, ¿Cómo podrán obtener descanso aquí? Ve y diles, oh virgen, a aquellos de allí abajo lo que aquí se pasa, tanto lo bueno como lo malo, si no les parece que deliras más que cualquier otro". Cuando ellas me vieron sin resultados, dijeron lamentándose y rechinando los dientes: "Cómo no podemos obtener aquí alguna recompensa por nuestros actos pasados, oh hermana, y cómo, tapando nuestros oídos, no hemos oído a algunos de aquellos que en el mundo nos incitaron y nos exhortaron a llevar un modo de vida digno de la virginidad, así tu intercesión aparece aquí sin resultado, obteniendo nosotros los mismos efectos. Mas porque, abandonándonos definitivamente, retornas con la gente de allí abajo, te pedimos que informes a nuestra compañera de todo esto porque, como nosotras, ella desdeña su virginidad y, estando engalanada con el ayuno y la contenencia para engañar a los hombres, se burla de lo que pasa aquí, estimando mentira lo que nos han dicho, como nosotras antaño. Debes persuadirla de que todo esto es verdad. Ve, a fin de que ella no actúe como nosotras hasta el final y no sufra aquí los mismos males. Exhórtala a hacer penitencia, al menos a partir de hoy, y, en el lugar determinado por la penitencia, a expiar las malvadas acciones que ella ha cometido con nosotras, para que pueda encontrar la salvación de su alma"».

50. Decían de un gran anciano que vivía en Porfirite que, si levantaba los ojos al cielo, veía todo lo que conte-

nían, y si los fijaba sobre la tierra, veía los abismos y todo lo que contienen.

51. Un anciano dijo de un monje clarividente que fue a la ciudad a vender sus productos y que, por azar, se instaló en la puerta de un rico a punto de morir. Sentándose, prestó atención y vio unos caballos blancos con jinetes negros, llenos de temor, con sus bastones en llamas. Llegados a la puerta, todos entraron. Viéndolos el enfermo, gritó con voz fuerte: «Señor, ayúdame». Y los enviados le dijeron: «¿Es ahora, que el sol declina, que empiezas a acordarte de Dios? ¿Por qué no lo has buscado mientras brillaba el día? De ahora en adelante, no tienes parte en la esperanza ni en la intercesión». Y así, cogiéndolo, partieron.

52. Un anciano dijo: «Es bueno confesar los pensamientos a los Padres. Dos hermanos, uno mayor y el otro joven, fueron a casa de un anciano, y el mayor apeló muy violentamente al anciano contra el joven. Y el santo, fijándose en el hombre joven, le dijo: "¿Es verdad lo que dice de ti?". Él respondió: "Sí, es verdad: yo lo he afligido mucho". Entonces el otro lo acusó todavía más. Y el joven le dijo refunfuñando entre dientes: "Cállate, no sea que el santo crea cierto lo que dices". Oyendo esto, el anciano pegó un grito. Los hermanos le preguntaron por qué lo hacía, y el anciano respondió: "Cuando estos dos hermanos entraron a mi casa, un mauritano se presentó con un arco, y lanzó la acusación del mayor como una flecha contra el más joven; pero la flecha no atravesó más que sus vestimentas. Finalmente, cuando el joven refunfuñó, el mauritano se dispuso a golpearlo enviando una flecha contra él. Entonces yo grité para que no fuese golpeado". Y los dos hermanos le pidieron un remedio a su pasión, a lo que el anciano respondió: "Cuando caigáis en la contestación, acordaros del mauritano, y él se detendrá". Y haciéndolo así, fueron sanados».

53. Un hermano fue a Scitia. Llegado al río Nilo, agobiado por el viaje, a la hora del gran calor se desnudó y bajó

a bañarse. Una bestia llamada cocodrilo corrió a atraparlo. Un anciano clarividente que pasaba por allí, viendo al hermano que estaba atrapado, gritó a la bestia: «¿Por qué has comido al abba?». La bestia le dijo con voz humana: «Yo no he comido al abba; he encontrado un seglar y lo he comido. Pero el monje, está aquí». E inclinó la cabeza hacia el hábito. Y el anciano se fue afligido de que eso hubiese pasado.

CAPÍTULO XIX

DE LOS ANCIANOS QUE HACÍAN PRODIGIOS

1. Abba Dulas, discípulo de abba Besarión, dijo: «Caminábamos junto a la orilla del mar. Yo tenía sed y dije a abba Besarión: "Abba, tengo mucha sed". El anciano, después de hacer oración, me dijo: "Bebe agua del mar". El agua se convirtió en dulce y bebí. Luego puse un poco en un vaso por si volvía a tener sed. Al ver el anciano lo que había hecho, me dijo: "¿Para qué llevas ese vaso?". Y le contesté: "Perdona abba, es por si vuelvo a sentir sed". Y dijo el anciano: "Dios que está aquí, está en todas partes"».

2. En otra ocasión, obligado a atravesar el río Crisoroan, Besarión hizo oración y lo pasó a pie enjuto. Yo, lleno de admiración, me postré ante él y le pregunté: «¿Qué sentías en tus pies cuando andabas sobre las aguas?». Y el anciano respondió: «Sentía el agua hasta los talones, el resto era sólido debajo de mis pies».

3. En otra ocasión, íbamos de camino para visitar a un anciano cuando se puso el sol. Y el anciano oró diciendo: «Te pido, Señor, que se detenga el sol hasta que llegue donde tu siervo». Y así sucedió.

4. Un día, fue un poseso a Scitia y se hizo por él oración en la iglesia. Pero el demonio no salía porque era duro. Los clérigos del lugar se dijeron unos a otros: «¿Qué hacemos contra este demonio? Nadie puede echarlo más que abba Besarión, pero si le hablamos de ello no querrá venir a la iglesia. Vamos a hacer lo siguiente: mañana vendrá Besarión a la iglesia y antes de que entre nadie, sentaremos aquí al poseso. Cuando entre el anciano, nos levantaremos para

rezar y le diremos: "Abba, despierta a este hermano"». Lo hicieron así. Por la mañana, después de la llegada del anciano, los clérigos se pusieron en pie para la oración y dijeron a Besarión: «Abba, despiértale». Abba Besarión le dijo: «Levántate y sal fuera». El demonio salió enseguida del hombre y este quedó instantáneamente curado.

5. Decían los ancianos a abba Elías, en Egipto, acerca de abba Agatón: «Es buen hermano». El anciano les dijo: «Es bueno para su generación». Le dijeron: «¿Cómo sería para los antiguos?». Les respondió: «Les dije que es bueno para su generación; pero de los antiguos vi en Scitia a uno[1], que podía detener el sol en el cielo, como Josué, el hijo de Nun [cf. Jos 10,12s] ». Al oír esto, se admiraron y glorificaron a Dios.

6. Una mujer, que tenía en un pecho la enfermedad que llaman cáncer, habiendo oído hablar de abba Longinos, quería encontrarlo. El anciano vivía en el noveno miliario de Alejandría. La mujer, buscándolo, lo encontró cuando el bienaventurado estaba recogiendo leña junto al mar. Al verlo, le dijo: «Abba, ¿dónde vive abba Longinos, el siervo de Dios?», porque ignoraba que fuese él. Él respondió: «¿Qué quieres de ese impostor? No vayas a él, porque es un impostor. ¿Qué tienes?». La mujer le mostró el lugar enfermo. Él, después de hacer la señal de la cruz sobre la herida, la despidió, diciendo: «Vete, y que Dios te cure. Longinos nada puede darte. La mujer se fue, creyendo en la palabra, y quedó curada enseguida. Después, cuando contaba a otros lo que le había sucedido, y al dar las señas del anciano, supo que se trataba del mismo abba Longinos.

7. También otra vez, una mujer que tenía un grave mal en la mano fue con otra mujer al exterior de su celda, del lado de la abertura hacia el norte, y miraba que estaba sentada. Él la amonestó diciendo: «Vete, mujer». Pero ella

[1] Sin duda se trata de *abba* Besarión *(supra,* n.3).

se quedó mirándolo sin decir nada, porque estaba asustada. Él se dio cuenta de esto y, seguro de lo que ella tenía, se levantó, cerró sobre ella la abertura y le dijo: «Vete; no tienes ningún mal». Y a esa misma hora, ella fue curada.

8. En otra ocasión, le llevaron a un endemoniado. Él les dijo: «No puedo hacer nada por ustedes. Vayan mejor a ver a abba Zenón». Comenzó abba Zenón a rogar al demonio para que saliese, pero el demonio se puso a vociferar: «Ahora crees, abba Zenón, que me voy por tu causa; pero abba Longinos está allí, orando, pidiendo contra mí. Salgo aterrorizado por sus oraciones, porque de otro modo, ni siquiera te hubiese respondido».

9. En otra ocasión, alguien fue a su casa, tomó su cogulla y se fue a casa de un enfermo. Como él se aproximaba a la puerta para entrar, el enfermo gritó: «¿Por qué habéis traído aquí a abba Longinos para echarme?». Y en ese mismo instante, lo dejó el demonio.

10. Contaban de abba Macario, el Grande, que salió de Scitia con un cargamento de cestas. Cansado del camino, se sentó y oró diciendo: «¡Oh Dios!, tú sabes que no puedo más». Y al punto se sintió levantado en el aire y se encontró junto al río.

11. En Egipto, había uno que tenía un hijo paralítico. Lo llevó a la celda de abba Macario y lo dejó a su puerta llorando. El anciano miró y vio al muchacho llorando. Le preguntó: «¿Quién te ha traído hasta aquí?». Contestó el muchacho: «Mi padre me ha arrojado aquí, y se ha marchado». Y el anciano le dijo: «Levántate y vete a unirte con él». Al punto, el muchacho se levantó curado y se unió a su padre. Y juntos volvieron a su casa.

12. Contó abba Sisoés: «Mientras estaba en Scitia con abba Macario, fueron a la recolección con él siete hermanos. Una viuda recogía espigas detrás de nosotros y no dejaba de llorar. El anciano llamó al dueño del campo y le preguntó: "¿Qué le pasa a esta mujer? No deja de llorar". El hacen-

dado le dijo: "Su marido recibió en depósito una cierta cantidad, y ha muerto sin decirle donde la había colocado. Y el dueño del dinero quiere reducir a la esclavitud a ella y a sus hijos". El anciano le dijo: "Dile que venga a vernos en el momento de más calor, al lugar donde tenemos la siesta". Fue, y el anciano le preguntó: "¿Por qué lloras sin parar?". Ella dijo: "Mi marido ha muerto. Había recibido una cierta cantidad en depósito y no me ha dicho, en el momento de su muerte, donde lo había escondido". El anciano le dijo: "Ven, enséñame la tumba de tu marido". Tomó consigo a los hermanos y la siguió. Cuando llegaron al sitio donde habían enterrado el cuerpo, el anciano dijo a la mujer: "Puedes volver a tu casa". Mientras los hermanos oraban, el anciano llamó al muerto: "¿Dónde has colocado el dinero que habías recibido?". Respondió: "Lo he escondido en casa, al pie de la cama". El anciano le ordenó: "Duerme de nuevo hasta el día de la resurrección". Al ver esto, los hermanos se echaron a sus pies, pero él les dijo: "Esto no ha sucedido por causa mía, sino por la de esa viuda y sus huérfanos. Lo verdaderamente grande es que si un alma está sin pecado, como Dios quiere, puede pedir todo lo que desea y lo conseguirá". Luego fue en busca de la viuda y le dijo dónde se encontraba el depósito. Ella lo tomó para devolverlo a su dueño y liberar a sus hijos. Y todos los que tuvieron conocimiento de este milagro dieron gloria a Dios.

13. Abba Milesio pasaba un día por un lugar donde se encontraba un monje al que habían detenido como homicida. El anciano habló con el hermano, cayó en la cuenta de que era víctima de una calumnia y dijo a los que le habían detenido: «¿Dónde se encuentra el muerto?», y se lo enseñaron. Se acercó al cadáver y dijo a los asistentes: «Orad». Luego levantó las manos al cielo y el difunto resucitó. Y delante de toda la gente, el anciano le preguntó: «Dinos quién es el que te ha asesinado». Contestó: «Entré en la iglesia para encomendar un dinero al sacerdote, se levantó y me

mató. Luego se echó al hombro mi cuerpo y me arrojó en el monasterio del abba. Por favor, quítale el dinero y dáselo a mis hijos». Entonces el anciano le dijo: «Vete, y duerme de nuevo hasta que el Señor venga a despertarte». Y al punto volvió a descansar en el Señor.

14. Un grupo de hermanos fue a ver a abba Pastor. Y uno de los parientes del anciano tenía un hijo a quien el demonio había vuelto la cabeza del revés. Cuando el padre vio la afluencia de monjes, tomó a su hijo, pero se quedó fuera llorando. Uno de los ancianos salió casualmente fuera y le preguntó: «¿Por qué lloras, buen hombre?». Contestó: «Soy pariente de abba Pastor. Mi hijo acaba de sufrir esta desgracia. Quisiera enseñárselo al anciano para que lo cure, pero no quiere recibirnos. Si se entera de que estoy aquí enviará a alguien para que nos despida. Pero, al veros llegar, me he atrevido a venir. Ten compasión de mí, abba, y haz lo que creas conveniente. Haz entrar al niño y orad por él». El anciano le hizo entrar con él y usó de esta artimaña: en vez de llevarle directamente a abba Pastor, se dirigió primero a los hermanos más jóvenes y les dijo: «Haced la señal de la cruz sobre este niño». Luego, después de haber conseguido que todos los monjes, por su orden, hiciesen sobre él la señal de la cruz, se lo presentó, en último lugar, a abba Pastor, que no quiso tocarlo. «Tú también, abba, haz lo que hemos hecho todos», le suplicaban los hermanos. El anciano se levantó gimiendo, y oró así: «Dios mío, salvad a esta criatura; que no la domine el enemigo». Luego hizo sobre el niño la señal de la cruz, y lo devolvió sano a su padre.

15. Uno de los Padres contó que un abba de nombre Pablo, natural del Bajo Egipto, pero que moraba en la Tebaida, tomaba en sus manos los áspides, culebras, serpientes y escorpiones [cf. Lc 10,19] y los partía por la mitad. Los hermanos le hicieron una metanía y le preguntaron: «Dinos, ¿qué has hecho para merecer esta gracia?». Él les respondió: «Perdonadme, hermanos, pero si uno es puro, todas las cria-

turas se le someten, como le sucedía a Adán en el Paraíso, antes de desobedecer el mandato de Dios [cf. Gén 1,28]».

16[2].

17. Un seglar fue un día con su hijo a ver a abba Sisoés, que vivía en el monte de abba Antonio. Pero el niño murió en el camino. Sin turbarse en absoluto, con una gran confianza, el padre se lo llevó al anciano. Se postró con su hijo ante el anciano como para hacer una metanía y pedirle su bendición. Luego el padre se levantó dejando al niño a los pies del anciano y salió fuera de la celda. El anciano, que no sabía que el niño estaba muerto, pensó que continuaba haciendo su metanía, y le dijo: «¡Levántate y sal fuera!». Al punto el niño se levantó y salió. Al verlo su padre se quedó estupefacto y entró para echarse a los pies del anciano y explicarle lo sucedido. Al saberlo el anciano se puso muy triste pues no quería haberlo hecho, y el discípulo del anciano rogó al padre que no lo contara a nadie, antes de que el anciano hubiese muerto.

18. En cierta ocasión, Abrahán, el discípulo de abba Sisoés, fue tentado por el demonio. El anciano, al verlo caído, se levantó y elevando las manos al cielo dijo: «Dios mío, quieras o no, no te dejaré hasta que lo hayas curado». Y se curó el hermano.

19. Un anciano que vivía en una ermita próxima al Jordán, tuvo que refugiarse en una gruta a causa del excesivo calor. Encontró en ella un león que empezó a rugir y rechinar los dientes. Pero el anciano le dijo: «¿Por qué te pones así? Aquí hay sitio para los dos. Si no quieres que estemos juntos, no tienes más que salir». Esto no agradó al león y se fue.

20. Un anciano subió de Scitia a Terenutis y se detuvo allí algún tiempo. Al ver la severidad de su ayuno le ofrecieron un poco de vino. Otros, al conocer su género de

[2] Relato concerniente a *abba* Publio (N 409), que solamente la versión latina trae aquí; todos los manuscritos griegos la dan en XII, 12).

vida le presentaron un poseso. Pero este se puso a gritar y a maldecir al anciano, diciendo: «¿Me traéis a este bebedor de vino?». El anciano, por humildad, rehusaba expulsar al demonio, sin embargo, para avergonzarle, dijo: «Creo en Cristo que antes de que termine de beber mi vaso de vino saldrás de él». Y en cuanto el anciano empezó a beber, el demonio aulló: «¡Me quemas!». Y antes de que el anciano apurase su vaso de vino, salió el demonio del poseso por la gracia de Cristo.

21. Uno de los Padres envió a su discípulo a sacar agua. El pozo estaba muy lejos de la celda y el discípulo se olvidó de llevar consigo una cuerda. Al llegar al pozo, y caer en la cuenta de que no tenía cuerda, el hermano se puso en oración y dijo: «¡Oh pozo! ¡Oh pozo! El abba me ha mandado que llene de agua esta jarra». Y enseguida subió el agua hasta el borde del pozo. El hermano llenó su jarra y luego el agua recobró de nuevo su anterior nivel.

Capítulo XX

DE LA CONDUCTA VIRTUOSA DE DIFERENTES PADRES[1]

1. Abba Dulas contó: «Un día que caminaba por el desierto con abba Besarión, llegamos a una gruta. Entramos en ella y encontramos a un hermano sentado que tejía una estera de palmas. Pero no quiso mirarnos, ni nos saludó, ni nos dijo una sola palabra. El anciano me dijo: "¡Salgamos de aquí! Tal vez no está el ánimo de este hermano para hablar con nosotros". Salimos y fuimos a ver a abba Juan. A la vuelta, al pasar de nuevo por la gruta, me dijo el anciano: "«Entremos a ver al hermano, tal vez Dios le haya inspirado que nos dirija la palabra". Entramos y vimos que descansaba en paz. Y abba Besarión me dijo entonces: "Vamos a recoger ese cuerpo. Dios nos ha enviado para que lo amortajemos". Y al amortajarlo nos dimos cuenta de que se trataba de una mujer. Y el anciano me dijo lleno de admiración: "Mira cómo luchan las mujeres contra el demonio en el desierto, mientras nosotros nos degradamos en las ciudades". Luego seguimos nuestro camino glorificando a Dios, que así protege a los que le aman».

2. Dos Padres rogaron a Dios que les revelara qué medida habían alcanzado. Y llegó hasta ellos una voz que decía: «En un lugar de Egipto hay un seglar llamado Eucaristo, y su mujer se llama María. Todavía no han llegado ustedes a su

[1] Es muy destacable que este capítulo dedicado «a la alabanza de algunos monjes célibes» empiece (nn.1, 2, 3 y 5) y termine (nn.21, 22 y 24) por dichos que relativicen la santidad de los grandes maestros en beneficio de seglares desconocidos e incluso, para terminar, de una obra «etíope», la categoría más miserable a los ojos de los monjes (cf. *supra,* V, 4 nt. 3; XV, 43; XVI, 9

medida». Se levantaron los dos ancianos y llegaron a la aldea, y preguntando encontraron su habitación y, en ella, a su mujer. Le dijeron: «¿Dónde está tu marido?». Ella respondió: «Es pastor, y está apacentando las ovejas». Los hizo entrar en su celda. Al atardecer, llegó Eucaristo con las ovejas, y al ver a los ancianos, preparó la mesa para ellos, y trajo agua para que se lavaran los pies. Los ancianos le dijeron: «No gustaremos de este si no nos dices cuál es tu obra». Eucaristo respondió con humildad: «Soy pastor, y esta es mi mujer». Los ancianos insistían rogándole, pero él no quería hablar. Le dijeron: «Dios nos ha mandado a ti». Al oír esto, temió y les dijo: «Estas ovejas las hemos recibido de nuestros padres, y si, por la misericordia del Señor, aumentan, hacemos tres partes: una para los pobres, otra para la hospitalidad y la tercera para nuestras necesidades. Desde que tomé mujer no hemos tenido relación; ella es virgen. Cada uno duerme por separado. De noche llevamos cilicios y de día nuestros vestidos. Hasta ahora nadie ha sabido esto». Al oírlo se admiraron, y se retiraron glorificando a Dios.

3. Abba Bétimo contaba que abba Macario le había relatado la siguiente historia: «Estando en Scitia llegaron dos jóvenes peregrinos. A uno de ellos empezaba a salirle la barba y al otro no le había salido todavía. Se acercaron a mí y me preguntaron: "¿Dónde está la celda del abba Macario?". Yo les respondí: "¿Qué queréis de él?". Respondieron: "Hemos oído hablar de él y hemos venido a Scitia para verle". Yo les dije: "Yo soy". Me hicieron una metanía y dijeron: "Queremos quedarnos aquí". Al ver que eran débiles, sin duda eran ricos, les dije: "No os podéis quedar aquí". Y el mayor me respondió: "Bueno, si no podemos quedarnos aquí iremos a otra parte a vivir". Entonces me hice esta reflexión: "¿Por qué los voy a rechazar y escandalizarlos? La observancia hará que ellos mismos la abandonen". Les dije pues: "Venid, construid vuestra celda, si podéis". Ellos dijeron: "Enséñanos tan solo cómo se hace

y la edificaremos". Les di un pico, una cesta llena de pan, sal y les enseñé la roca diciendo: "¡Cavad aquí! Luego iréis a buscar la madera junto al pantano. Cuando hayáis echado el tejado podréis vivir aquí". Yo creí que se iban a escapar a la vista del trabajo, pero en vez de ello me preguntaron: "¿Y qué haremos aquí?". Les dije: "Tejeréis palmas", y tomando algunas hojas de palmera, les enseñé a empezar las esteras y cómo había que coserlas. Y añadí: "Haréis también cestos. Los entregaréis a los guardianes de la iglesia y ellos os traerán pan". Luego los dejé. Hicieron con paciencia todo lo que les había dicho y pasaron tres años sin venir a verme. Yo intentaba tranquilizar mi alma, turbada por este pensamiento: "¿Qué harán que no vienen a tratar las cosas de su alma? Los que viven lejos vienen a verme y estos que están tan cerca no vienen. Sin embargo, tampoco creo que acudan a ningún otro abba y sólo acuden a la iglesia para recibir la oblación, y nunca dicen nada". Ayuné toda una semana haciendo oración a Dios y pidiéndole me diese a conocer lo que estaban haciendo. Luego me levanté y fui a ver cómo vivían. Llamé, me abrieron y me saludaron sin decir ni media palabra. Después de hacer oración, me senté. Entonces el mayor hizo una señal al más joven para que saliera y se puso a tejer palmas en silencio. Hacia la hora de nona, dio una señal y entró el más joven. Coció una papilla y, a una señal, el mayor preparó la mesa, puso tres panecillos y se sentó sin decir palabra. Yo dije: "Vamos a comer". El joven trajo también una jarra y bebimos. Al caer la tarde me dijeron: "¿Te vas?". Les dije: "No, dormiré aquí". Extendieron una estera para mí en uno de los lados de la celda y prepararon la suya en otro rincón. Se quitaron el cinturón y el escapulario y se tendieron el uno junto al otro para dormir ante mis ojos. Mientras descansaban, yo rogaba al Señor que me revelara su conducta y entonces se abrió el techo de la celda y apareció una gran luz, como en pleno día, pero ellos no se dieron cuenta. Cuando le pa-

reció que yo me había dormido, el mayor despertó al otro hermano, se levantaron, se pusieron el cinturón y elevando las manos al cielo se mantuvieron de pie sin decir nada. Yo les veía a ellos, pero ellos no me veían a mí. Y los demonios vinieron a atacar al más joven como si fuesen moscas. Algunos se le posaban en la misma boca, pero vi un ángel de Dios con una espada de fuego que lo protegía y alejaba los demonios. En cuanto al mayor, los demonios ni siquiera conseguían acercarse. Al amanecer, los dos hermanos volvieron a acostarse. Yo hice entonces como que me despertaba y ellos hicieron lo mismo. El mayor me dijo tan sólo estas palabras: "¿Quieres que recitemos los doce salmos?". "Sí", le contesté. El más joven recitó cinco salmos, seis versículos y un aleluya. A cada palabra suya salía de su boca una luz que subía al cielo. Igualmente, cuando el mayor abrió sus labios para la salmodia, salió de él como una columna de fuego que se elevó hasta el cielo. Yo también, recitaba de memoria, como ellos, una parte del Oficio divino. Luego les dejé, diciendo: "Rogad por mí". Hicieron una metanía en silencio. Supe así que el mayor era perfecto y que, al menor, el enemigo le hacía la guerra todavía. Pocos días después, el mayor descansó en el Señor y tres días más tarde le siguió su hermano». En adelante, cuando los hermanos venían a ver a abba Macario, este los llevaba a la celda de los dos hermanos, y les decía. «Venid a visitar el martirio de los dos jóvenes peregrinos».

4. Abba Macario, el egipcio, fue una vez a Scitia, al monte Nitria, al para la ofrenda en memoria de abba Pambo. Los ancianos le dijeron: «Abba, di a los hermanos unas palabras de edificación». Pero él les dijo: «No he llegado a ser monje, pero he visto algunos monjes». Y prosiguió: «Estaba un día en mi celda de Scitia y mis pensamientos me urgían: "Levántate, vete al desierto y considera bien lo que allí vas a ver". Durante cinco años resistí, diciendo: "No sea que venga del demonio esta sugerencia". Pero como el

pensamiento no desaparecía, marché al desierto y encontré allí un estanque con una isla en medio. Todos los animales del desierto venían allí a beber y en medio de ellos vi a dos hombres desnudos. Y me eché a temblar, pues creí que eran fantasmas. Al adivinar mi temor, me dijeron: "No temas, también nosotros somos hombres". Les dije: "¿De dónde sois? ¿Cómo habéis llegado a este desierto?". Dijeron: "Estábamos en un monasterio y nos pusimos de acuerdo para abandonarlo hace cuarenta años". Uno de ellos era de Egipto y el otro había venido de Libia. Me hicieron algunas preguntas: "¿Cómo va el mundo? ¿Vienen siempre a su tiempo las crecidas del Nilo? ¿La gente tiene todo lo necesario?". "Sí", les respondí y a mi vez les pregunté: "¿Cómo podré llegar a ser monje?". Ellos me respondieron: "Si no se renuncia a todas las cosas de este mundo, no es posible llegar a ser monje". Les dije: "Yo soy muy débil y no puedo vivir como vivís vosotros". Me dijeron: "Si no puedes hacer lo que nosotros hacemos, quédate en tu celda y llora tus pecados". Les pregunté todavía: "En invierno tendréis que pasar mucho frío, y en verano al mediodía tiene que arder vuestro cuerpo". Y ellos me contestaron: "Dios nos ha hecho el favor de no sentir ni el frío ni el calor". Yo les dije: "Por eso os he dicho yo que no he llegado a ser monje. Perdonadme, hermanos"».

5. En la época en la que abba Sisoés vivía solo en el monte de abba Antonio, el hombre que les servía estuvo mucho tiempo sin ir, y durante diez meses no vio a nadie. Andando por el monte, encontró a un hombre de Tarán que cazaba animales salvajes. El anciano le preguntó: «¿De dónde vienes? ¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?». Respondió: «Para hablarte con franqueza, hace once meses que estoy en el monte y no he visto a nadie más que a ti». Al oír esta respuesta, el anciano se volvió a su celda, se golpeó el pecho y dijo: «Mira, Sisoés, creías que habías hecho algo y no has llegado a realizar lo que ha hecho este seglar».

6. Abba Sisoés, cuando estaba en su celda, cerraba siempre la puerta.

7. Se contaba de él que el día de su muerte, estando rodeado de Padres, su rostro brillaba como el sol, y les dijo: «Viene abba Antonio». Y poco después: «Llega el coro de los profetas». Y de nuevo su rostro se puso más resplandeciente, y dijo: «Viene el coro de los Apóstoles». Y su rostro brilló aún dos veces más y parecía estar hablando con alguno. Los ancianos le suplicaron: «¿Con quién hablas, abba?», y les respondió: «Los ángeles han venido a buscarme y les pido que me dejen un poco más para hacer penitencia». Los ancianos le dijeron: «Abba, no necesitas hacer más penitencia». Pero él les contestó: «En verdad, no tengo conciencia de haber empezado a hacer penitencia». Todos comprendieron entonces que era perfecto. De nuevo su rostro se puso brillante como el sol y todos tuvieron miedo. Pero él les dijo: «Mirad, viene el Señor, y dice: "Traedme ese vaso de elección del desierto"». Y al punto entregó su espíritu. Y se puso brillante como un relámpago, y aquel lugar se llenó de suavísimo olor.

8. Decían de abba Or que nunca había mentido, jamás hizo ningún juramento, nunca maldijo a nadie y que jamás habló a nadie si no era necesario.

9. El mismo decía a su discípulo: «Cuida de no traer a esta celda ninguna palabra profana».

10. Decían de los scitiotas que no había rivalidades entre ellos, por el hecho de sobrepasarse en virtud. En efecto, uno comía un día de cada dos, otro un día de cada cuatro, otro una vez a la semana; tal otro no comía más que pan. Para decirlo en una palabra, estos santos habían alcanzado todas las virtudes.

11. Había un gran anciano del cual su discípulo contó que, durante veinte años completos, no durmió sobre el costado, sino que dormía sentado en la misma silla en la que trabajaba. Comía un día de cada dos, de cada cuatro,

o de cada cinco. Así lo hizo durante veinte años. Y el discípulo dijo: «Cuando le preguntaba: "¿Qué es esto? ¿Por qué haces esto así, abba?", él me respondía: «Porque el juicio de Dios está ante mis ojos y no lo puedo soportar". Llegó una vez, mientras nosotros completábamos la sinaxis, que por distracción yo me equivoqué sobre una palabra del salmo. Cuando terminamos la sinaxis, el anciano me dijo: "Yo, cuando hago la sinaxis, me imagino como encima de un fuego que me quema, y mi pensamiento no puede divagar a la derecha o a la izquierda; pero tú, ¿dónde tenías tu pensamiento cuando hacíamos la sinaxis y te saltaste una palabra del salmo? ¿No sabes que estabas en presencia de Dios, y que hablas a Dios cuando realizas la sinaxis?". En otra ocasión, salió de noche y me encontró a punto de dormir en el patio de la celda, y el anciano se quedó allí, lamentándose y diciendo: "¿Dónde está el pensamiento de este hermano, que duerme así en la dejadez?"».

12. Dos grandes ancianos caminaban un día por el desierto cercano a Scitia y oyeron el murmullo de una voz que salía de la tierra. Encontraron la entrada de una gruta[2], entraron en ella y descubrieron allí a una santa virgen muy anciana, que yacía enferma. Y le preguntaron: «¿Cuándo has llegado aquí y quién se ocupa de ti?», ya que no vieron a nadie en la gruta, sino tan solo a ella que estaba enferma. Ella dijo: «Hace treinta y ocho años que vivo en esta gruta, sirviendo a Cristo, sin que me haya faltado nada, y no vi a ningún hombre hasta hoy. Dios os ha enviado para que enterréis mi cuerpo». Y dicho esto descansó en paz. Los Padres dieron gloria a Dios y regresaron a sus celdas después de dar sepultura a aquel pequeño cuerpo.

13. Contaban que un ermitaño salió al desierto vestido sólo con un lébiton. Después de tres días de marcha, subió

[2] La ermita de esta anciana puede haber sido subterránea, construida al modo de aquel del desierto de Esna estudiadas por S. SAUNERON, *Les ermitages chrétiens du désert d'Esna*. IV: *Essai d'histoire* (IFAO, El Cairo 1972).

a una roca y vio a un hombre que pacía como una bestia, en medio de una pradera verde. Bajó sin que le viera y se abalanzó sobre él. Pero el anciano, como estaba desnudo y no podía sufrir el olor a hombre, a duras penas pudo escapar de sus manos y huyó. El hermano salió tras él gritando: «Espérame, que te sigo por amor a Dios». Pero el otro se volvió y le dijo: «Y yo te huyo por amor de Dios también». El hermano se quitó el lébiton y continuó la persecución. Al ver el anciano que se había quitado el manto, se detuvo y cuando estuvo cerca le gritó: «Cuando te despojaste de lo que venía del mundo, te he esperado». Dijo entonces el hermano: «Abba, dime una palabra para salvarme». Y el otro le contestó: «Huye de los hombres, calla y te salvarás».

14. Decían de un habitante de Las Celdas que tenía la siguiente regla: de noche, dormía cuatro horas, las otras cuatro horas estaba para la sinaxis y trabajaba cuatro horas; y de día, trabajaba hasta la sexta hora, de la sexta a la novena leía y partía las palmas, y, finalmente, a partir de la novena hora, se ocupaba del alimento y consideraba la celda como un trabajo accesorio. Así pasaba el día.

15. Un anacoreta contó a los Padres de Raitú, allí donde se encuentran las setenta palmeras, donde Moisés se detuvo con su pueblo cuando salió de Egipto [cf. Éx 15,27], lo que sigue: «Pensé, cierto día, que debía adentrarme en el desierto, pues tal vez encontrase a alguien que viviese en él antes que yo sirviendo a Nuestro Señor Jesucristo. Después de andar cuatro días con sus noches, descubrí una gruta. Me acerqué, miré al interior y vi a un hombre sentado. Llamé, según la costumbre de los monjes para que saliera y poder saludarle, pero no se movió pues había descansado en paz. Yo entré sin dudarlo, pero en cuanto toqué su espalda se descompuso y se convirtió en polvo. Mirando alrededor vi que colgaba su túnica, pero apenas la toqué se redujo también a polvo. No sabiendo qué pensar de todo esto, salí de allá y continué mi marcha por el desierto. De nuevo encontré otra gruta y vi huellas de pasos.

Apresuré mi marcha, llegué a la cueva, llamé, pero nadie contestó. Entré y no encontré a nadie. Salí, y me quedé junto a la puerta, pensando que el siervo de Dios, donde quiera que estuviese, no tardaría en volver.

Empezaba a oscurecer, cuando vi llegar a una manada de búfalos y entre ellos se encontraba desnudo el siervo de Dios, a quien los pelos cubrían las partes deshonestas del cuerpo. Se me acercó, creyendo que era un espíritu, y se puso en oración, pues, por lo que me dijo después, había sufrido mucho a causa de los espíritus. Adivinando lo que pensaba, le grité: "¡Siervo de Dios, yo también soy un hombre! Mira las huellas de mis pasos, tócame, soy de carne y sangre". Terminó su oración con un amén, luego me miró, se tranquilizó y me hizo entrar en la cueva. Y me preguntó: "¿Cómo has llegado hasta aquí?". Le respondí: "He venido a este desierto para encontrar a los siervos de Dios y Dios no me ha negado lo que deseaba". Y a mi vez le pregunté también: "¿Cómo has venido hasta aquí? ¿Cuánto tiempo hace que vives aquí? ¿Cómo te alimentas? ¿Cómo puedes prescindir del vestido y vivir desnudo?". El me respondió: "Vivía en un monasterio de la Tebaida y mi oficio era tejer lino, pero me vino el pensamiento de marchar para vivir solo. Podrás, me insinuaba, encontrar la paz, recibir a los peregrinos y ganar más con el producto de tu trabajo. En cuanto acepté este proyecto, lo puse por obra. Partí pues y construí una ermita a la que venían a traerme trabajo. Cuando reunía una suma de dinero importante me apresuraba a repartirla entre los pobres y peregrinos. El demonio, nuestro enemigo, envidioso de mí, como siempre, entonces, ahora y después, vio con malos ojos la recompensa que me preparaba al apresurarme a ofrecer a Dios el fruto de mi trabajo, y maquinó el arrebatármela. Vio a una virgen consagrada que me encargó unos vestidos, vio cómo los hacía y se los entregaba y le metió en la cabeza que me encargara otros. Pronto empezamos a tratar con frecuencia y vino después la confianza, las fami-

liaridades, los apretones de manos, las bromas, las comidas juntos. Finalmente llegó el concebir, el dolor y el pecado [cf. Sal 7,15]. Permanecí durante seis meses en ese estado miserable y después pensé: Sea hoy, mañana o dentro de unos años, seré entregado a la muerte y empezarán los suplicios eternos. Si uno viola a la mujer de un hombre merece con toda justicia las penas eternas. ¿Qué será del que ha profanado a una esposa de Cristo? Y así, a escondidas, me refugié en este desierto, dejando todas mis cosas a aquella mujer. Encontré esta cueva, esta fuente y esta palmera que me da doce racimos de dátiles. Cada mes me brinda un haz de dátiles que me bastan para treinta días y durante ese tiempo madura otro racimo. Después de mucho tiempo creció mi cabellera y como mis vestidos se caían a pedazos, con ella cubro las partes menos honestas de mi cuerpo".

Le pregunté si al principio no había encontrado dificultades, y me dijo: "Al principio he sufrido mucho del hígado, hasta el punto de no poder levantarme para rezar los salmos. Postrado en el suelo, clamaba al Altísimo. Un día que estaba en mi celda muy deprimido, con un fuerte dolor y sin poder salir, vi a un hombre que entró, se colocó a mi lado y me pregunto: ¿Qué te pasa? Esto me confortó un poco y le dije: Me duele el hígado. E insistió: ¿Dónde te duele? Le señalé el lugar y con los dedos de su mano juntos y extendidos, me abrió el costado como con un escalpelo. Me quitó el hígado, me enseñó las heridas, afeitó con su mano el hígado y depositó las raspaduras en un lienzo. Luego lo volvió a colocar y cerró mi costado. Me dijo: Ya está curado; sirve como conviene a Nuestro Señor Jesucristo. Desde entonces gozo de buena salud y vivo aquí sin más molestias". Le supliqué insistentemente que me permitiese quedarme en el desierto interior, pero él me dijo: "No podrás soportar el ataque de los demonios". Yo acepté su parecer y le pedí que orase por mí antes de despedirme. Lo hizo así y nos dijimos adiós. Todo esto lo he contado para vuestro aprovechamiento».

16. Otro anciano, que por méritos propios había merecido ser nombrado obispo de Oxirrinco, contó lo siguiente. Decía que se lo había oído a otro, pero la verdad es que se trataba de él: «Un día, pensé que debía penetrar en el desierto interior, hacia la parte del oasis, en el territorio de los Macizos, pues tal vez encontrara algún siervo de Dios. Con algunos panecillos y un recipiente de agua para cuatro días me puse en camino. Transcurridos los cuatro días se agotaron mis provisiones. ¿Qué hacer? Hice un acto de confianza en Dios y decidí continuar. Aguanté otros cuatro días sin comer nada, pero mi cuerpo ya no podía soportar el ayuno y la fatiga del camino. Vino el desaliento y me dejé caer en el suelo. Alguien vino, tocó con sus dedos mis labios, como un médico moja los ojos con saliva, y al punto recobré mis fuerzas y me parecía como si no hubiese caminado ni padecido sed. Al sentir esa fuerza en mí, me levanté y continué andando por el desierto. Pasaron otros cuatro días y la fatiga me hizo desfallecer de nuevo. Elevé mis manos al cielo y el hombre que me había confortado la primera vez pasó de nuevo sus dedos por mis labios y me devolvió las fuerzas. Al cabo de diecisiete días descubrí una cabaña, una palmera y un hombre al pie de ella. Sus cabellos, totalmente blancos, le servían de vestido. Su aspecto era espantoso y empezó a orar en cuanto me vio. Después del amén, cayó en la cuenta de que yo era un hombre, me tomó la mano y me preguntó: "¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Todavía existe el mundo? ¿Hay todavía persecuciones?". Yo le contesté: "Es por ti, verdadero siervo de Nuestro Señor Jesucristo, por lo que recorro el desierto. Gracias al poder de Cristo han cesado las persecuciones, pero te ruego me digas cómo has llegado aquí". El me respondió llorando: "Era obispo y en el curso de una persecución fui sometido a tortura durante largo tiempo. Por fin no pude resistir y sacrifiqué a los dioses. Pero volví en mí, confesé mi pecado y me condené a morir en este desierto. Hace cuarenta y nueve años que vivo

aquí, alabando a Dios y pidiéndole que perdone mi pecado. El Señor me alimenta con esta palmera y he tenido que esperar cuarenta y ocho años para tener la certeza íntima de mi perdón. Este mismo año se me ha concedido". Después de decirme todo esto en medio de un mar de lágrimas, se levantó de pronto, salió de prisa y estuvo largo tiempo en oración. Al terminar volvió a mi lado. Miré su rostro y me eché a temblar pues parecía como de fuego. Me dijo: "No temas nada, Dios te ha enviado para amortajar mi cuerpo y darle sepultura". Apenas terminó de decir estas palabras extendió sus manos y sus pies y expiró. Desgarré mi túnica y guardé una mitad para mí. Con la otra mitad envolví el santo cuerpo y lo amortajé. Terminado el entierro, la palmera se secó y la cabaña se vino abajo. Lloré durante mucho tiempo, pidiendo a Dios que me devolviese de una u otra manera aquella palmera para que pudiese parar en aquel lugar el resto de mi vida, pero no se produjo lo que yo pedía y me dije a mi mismo: "No es voluntad de Dios". Hice oración y me puse en camino hacia el mundo. El hombre que me había tocado los labios apareció de nuevo y me devolvió las fuerzas. Gracias a él pude llegar de nuevo hasta el lugar donde residían mis hermanos, a los que he contado esta historia para invitarles a no desesperar nunca de sí mismos, sino a encontrar a Dios por la penitencia».

17. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Qué es lo que salva, la reputación o las obras?». El anciano respondió: «Las obras. Conozco un hermano cuya oración es escuchada inmediatamente. Un día le vino la idea de ver el alma de un pecador y la de un justo en el momento de su salida del cuerpo. Dios no quiso contristarle y en el momento en que cierto día estaba en su celda, entró un lobo y lo arrastró fuera tirándole de su hábito. El hermano se levantó, siguió al lobo, y este le condujo a una ciudad y le dejó abandonado allí. El hermano se acomodó fuera de la ciudad en una ermita cuyo ocupante tenía fama de ser un anacoreta muy ob-

servante. Estaba enfermo y esperaba la hora de su muerte. El hermano vio que hacía grandes preparativos de cirios y luminarias para ese ermitaño, como si sólo por él Dios protegiese a los habitantes de aquella ciudad y les concediese el pan y el agua. Decían: "Si el anciano se va, todos vamos a morir". Cuando llegó la hora de la muerte, el hermano vio a un demonio que se colocó encima del moribundo con un tridente de fuego y oyó una voz que decía: "Puesto que esta alma no me ha dejado ni una hora de descanso en ella, no tengo compasión en arrancarla". El demonio colocó el tridente de fuego sobre el pecho del ermitaño y atormentó por un buen rato al monje para extirparle el alma. Después de ver esto, el hermano entró en la ciudad. Encontró tirado en el suelo a un vagabundo enfermo que no tenía a nadie que le atendiera. Se quedó con él un día entero. Cuando le llegó la hora de morir, el hermano vio al arcángel san Miguel y al arcángel san Gabriel que bajaban para recoger su alma. El uno se colocó a su derecha y el otro a su izquierda y ambos invitaban al alma a salir, pero esta no salía. Se diría que no quería abandonar al cuerpo. Entonces Gabriel dijo a Miguel: "¡Toma el alma y vámonos!". Pero Miguel le respondió: "El Señor nos ha recomendado insistentemente que la hagamos salir suavemente, no podemos, pues, arrancarla por la fuerza". Luego Miguel gritó con voz potente: "¡Señor! ¿Qué quieres hacer de esta alma, que no accede a salir?". Entonces se oyó una voz que decía: "Envía a David con su arpa y a todos los que cantan salmos a Dios en Jerusalén, para que el alma oiga la salmodia y salga bajo el encanto de su voz". Bajaron todos alrededor del alma cantando himnos, y el alma salió, se sentó en las manos de san Miguel y de este modo subió al cielo con gran alegría»[3].

[3] Este extraño relato es dado aquí solo por la versión latina; en griego, se encuentra en la sección VII, tardía y compuesta, de la serie de los anónimos (N 491). Ha sido retomado por Cirilo de Escitópolis, *Vida de Eutimio* 24 (ed. E. SCHWARTZ, *Kyrillos von Skythopolis* [TU 49/2; Leipzig 1939] 37).

18[4].

19. Los Padres hablaban de cierto Macario, que fue el primero que estableció un monasterio en Scitia. Es un rincón del desierto a más de un día y noche de camino de Nitria. Se corre un gran peligro para llegar allí y basta una pequeña equivocación para exponerse a errar a la aventura en el desierto. Los que vivieron allí eran todos varones perfectos. Un imperfecto no aguantaría mucho tiempo en aquel terrible lugar. Es de una aridez extrema y no se encuentra allí ni siquiera lo necesario. El Macario en cuestión era un hombre de ciudad y se unió un día a Macario el Grande. Como tenían que atravesar el Nilo se embarcaron en un navío. Subieron también al barco dos tribunos con gran magnificencia, con sus carros recubiertos de placas de cobre, tirados por caballos con bridas de oro. Les seguían algunos soldados y esclavos que llevaban collares y cinturones de oro. Los tribunos vieron sentados en un rincón a los dos monjes vestidos con viejos hábitos, y se admiraron de su pobreza. Uno de ellos le dijo: «Dichosos vosotros que os burláis del mundo». Macario, el de la ciudad, le contestó: «Es verdad, nosotros nos reímos del mundo, pero el mundo se ríe de vosotros. Aunque sin quererlo, has dicho una gran verdad, pues nosotros dos nos llamamos "dichosos", es decir, Macario». El tribuno fue movido a compunción por aquellas palabras. Vuelto a su casa, se despojó de sus vestidos y tren de vida, y empezó a vivir como un monje, haciendo grandes limosnas[5].

20[6].

21. Mientras un anciano oraba en su celda, oyó una voz que le decía: «Todavía no has llegado a la altura de

[4] La versión latina trae aquí un relato que solo el ms. H ya dio en XVIII, 51. Como el precedente, se encuentra en la sección VII de la serie de los anónimos.

[5] Recuperado solamente por la versión latina de *Hist. Mon.*, texto latino 29 (PL 21,453 C y 455 BC), o texto griego 23 (Festugière, p.130-131).

[6] La versión latina da aquí un relato sobre Macario *(Alph.*, Macario 38) que la mayor parte de los manuscritos griegos la dan en III, 19.

esas dos mujeres que viven en la ciudad». A la mañana siguiente, se levantó, se puso un lébiton y se encaminó a la ciudad. Llegó al sitio que buscaba y llamó a la puerta. Le abrió una de las mujeres y le hizo pasar dentro de la casa. Después de sentarse, invitó a las dos mujeres a que se sentaran a su lado. El anciano les dijo: «Me he tomado un gran trabajo en venir a veros. Explicadme vuestro modo de vivir y las obras que hacéis». Pero ellas dijeron: «Créenos, abba, cada noche la pasamos con nuestros maridos, ¿qué buenas obras hemos podido hacer?». Pero el anciano insistía en que le descubriesen su género de vida. Entonces ellas le dijeron: «No tenemos ninguna relación con el mundo, pero se nos ocurrió casarnos con dos hermanos carnales. Desde hace quince años vivimos en la misma casa y nunca hemos reñido, ni nos hemos dirigido la más mínima palabra desagradable, sino que hemos transcurrido todo este tiempo en paz y concordia. Hemos pensado alguna vez entrar en algún monasterio de vírgenes, pero, consultados nuestros maridos, se opusieron. Como no hemos podido conseguir su aprobación, nos hemos comprometido delante de Dios a no pronunciar palabras, ni tener conversaciones de mundo hasta la hora de nuestra muerte». Al oír esto el abba, dijo: «Verdaderamente el ser virgen o casada, monje o seglar, no importa nada. Dios concede su Espíritu a aquellos que por decisión propia se asemejan a estas mujeres».

22. Un anciano dijo que había un anciano en el desierto, que servía a Dios desde hacía muchos años y que se puso a suplicar a Dios diciendo: «Señor, muéstrame si te agrado». Y vio un ángel que le dijo: «Todavía no eres como este jardinero que está en tal sitio». Sorprendido, el anciano se dijo: «Voy a la ciudad para verlo; ¿qué hará para sobrepasar mi práctica y mi esfuerzo de todos estos años?». El anciano partió, y llegó al lugar del cual el ángel le había hablado y encontró a un hombre sentado vendiendo verdura; se sentó a su lado todo el resto del día. Cuando el hombre

se iba, el anciano le dijo: «Hermano, ¿puedes recibirme esta noche en tu celda?». El hombre lo acogió con gran alegría. Subió a la celda y, mientras que uno preparaba lo que faltaba para las necesidades y el descanso del anciano, aquel le dijo: «Hazme la caridad, hermano, de decirme tu modo de vida». El otro no quiso hablar, pero, como estuvo mucho tiempo suplicándole, dijo desconcertado: «Como solamente al anochecer; y cuando termino mi jornada, llevo solamente lo que necesito para mi sustento; el resto, lo dono a los necesitados. Y si recibo a uno de los servidores de Dios, lo gasto en él. Cuando me levanto por la mañana, antes de instalarme en mi trabajo, digo que esta ciudad, del más pequeño al más grande, van a entrar en el Reino de Dios a causa de sus actos de justicia y que solo yo heredaré el castigo a causa de mis faltas. Y por la noche, antes de acostarme, tengo el mismo discurso».

Oyendo esto, el anciano dijo: «Esta práctica es buena, sin embargo, no merece sobrepasar mis esfuerzos de tantos años». Cuando fueron a comer, el anciano escuchó a gente cantando canciones. La celda del jardinero estaba en un lugar frecuentado. Entonces el anciano le dijo: «Hermano, queriendo vivir según Dios, ¿cómo vives en este lugar? ¿No te molesta escuchar estas canciones?». El hombre dijo: «Te aseguro, abba, que jamás he sido molestado ni escandalizado». Oyendo esto, el anciano dijo: «¿Qué piensas en tu corazón cuando oyes estas canciones?». El otro dijo: «Pienso que todos van al reino». A estas palabras, el anciano se admiró y dijo: «He aquí la práctica que sobrepasa el esfuerzo de todos mis años». Y haciendo una metanía, dijo: «Perdóname, hermano, yo todavía no he alcanzado esta medida». Y sin haber comido, partió para el desierto.

23. Contaban los Padres, a propósito de un santo anciano, que caminando por el desierto vio a dos ángeles que le acompañaban, el uno a la derecha y el otro a su izquierda. Mientras caminaban encontraron en el camino un cadáver.

El anciano, a causa del hedor que despedía, se tapó las narices y los ángeles hicieron lo mismo. Avanzaron un poco y entonces el anciano les preguntó: «¿También vosotros sentís el olor?». Ellos le respondieron: «De ninguna manera, pero nos hemos tapado la nariz por causa tuya. No sentimos el olor del estiércol de aquí abajo, pues no llega hasta nosotros, pero sentimos el hedor de las almas que viven en pecado»[7].

24. Uno de los Padres contó esto. El obispo de cierto lugar murió, y los habitantes fueron a la metrópoli a pedirle al arzobispo que ordenase un obispo para sustituir al obispo difunto. El arzobispo dijo: «Traedme a aquel que sepamos que es apto para apacentar el rebaño de Cristo, y yo lo ordenaré obispo». Ellos dijeron: «No conocemos a nadie sino a aquel que tu ángel quiera darnos». El arzobispo dijo: «¿Estáis todos aquí?». Ellos dijeron que no. Él les dijo: «Id, reuniros todos y venid entonces a mi casa para que aquel que sea elegido obispo vuestro se presente ante todos». Ellos partieron, se reunieron todos y fueron a pedir que fuese ordenado su obispo. Él les dijo: «Decidme quien de vosotros es de toda confianza». Ellos dijeron: «No conocemos a nadie sino a aquel que tu ángel quiera darnos». Él les dijo: «¿Estáis todos aquí?». Ellos dijeron: «Estamos todos aquí». Él repitió: «¿Alguno de vosotros ha sido dejado de lado?». Ellos dijeron: «Ninguno de nosotros ha sido dejado de lado, excepto aquel que cuida el asno de nuestro jefe». El arzobispo les dijo: «Tendréis confianza si os doy aquel en quien yo mismo tengo plena confianza?». Dijeron todos: «Tenemos confianza, y suplicamos las indicaciones de su santidad para darnos aquel en quien Dios le haya dado confianza». Y el arzobispo ordenó traer a aquel que guardaba el asno de su

[7] Dado aquí solamente por la versión latina, este relato se encuentra en la serie de los anónimos (N 19). Según ciertos manuscritos, este «gran anciano» sería Macario (ms. *Coislin 283*, f. 66v); el mismo relato se encuentra en un *Sermo de exitu animae* puesto bajo su nombre (PG 34,385 D - 392 A).

jefe, y les dijo: «¿Tendréis confianza si ordeno a este hombre como obispo?». Ellos dijeron que sí; por lo que lo ordenó.

Entonces sobrevino una gran sequía y el nuevo obispo suplicaba a Dios la lluvia. Y una voz le dijo: «Ve a tal puerta de la ciudad desde la aurora; detén a aquel que veas entrar primero; que rece y la lluvia vendrá». Así lo hizo. Partió con su clero y se sentó; y he aquí que entró un anciano etíope llevando una carga de madera para vender en la ciudad. El obispo se levantó y lo paró; el otro dejó de inmediato su cargamento de madera y el obispo le pidió: «Reza, abba, para que venga la lluvia». Pero el anciano no consintió. Sin embargo, a fuerza de instancias, rezó; y enseguida sobrevino la lluvia como las cataratas del cielo; y no se detendría si él no rezaba de nuevo. El obispo pidió al anciano: «Ten la bondad, abba, de sernos de utilidad diciéndonos tu vida, para que todos nosotros la imitemos». Y el anciano dijo: «Perdóname, señor papa, como ves, salgo y corto este pequeño cargamento de leña, para luego venderlo; y no guardo más que dos monedas, el resto se lo doy a los pobres. Duermo en la iglesia y, por la mañana, salgo a comenzar de nuevo. Si hace mal tiempo durante uno o dos días, hago ayuno para que vuelva el buen tiempo y poder salir a cortar la leña». Y muy edificados de esta práctica del anciano, se fueron dando gloria a Dios.

Capítulo XXI

APOTEGMAS DE LOS QUE ENVEJECIERON EN LA ASCESIS, MOSTRANDO, EN RESUMEN, SU EMINENTE VIRTUD[1]

1. Preguntaron a un anciano: «¿Qué es la avaricia?». Y él respondió: «No creer en Dios, que cuida de ti; desesperar de las promesas de Dios y amar los placeres dañinos».

2. Le preguntaron también: «¿Qué es la calumnia?». Él respondió: «No conocer la gloria de Dios, y envidiar al prójimo».

3. Le preguntaron también: «¿Qué es la cólera?». Él respondió: «Disputa, mentira e ignorancia».

4. Se le preguntó a un anciano: «¿Cómo debe ser el monje?». Y contestó: «A mi modesto entender, solo ante el Solo».

5. Preguntaron a un anciano: «¿Por qué tengo miedo cuando voy al desierto?». Y respondió: «Porque vives todavía».

6. Le preguntaron también: «¿Qué hay que hacer para salvarse?». El siguió trenzando una cuerda sin levantar los ojos de su trabajo, y contestó: «Lo que estás viendo».

7. Le preguntaron a un anciano: «¿Qué haces para no estar nunca desanimado?». Y contestó: «Espero la muerte cada día».

8. Se le preguntó también: «¿Por qué soy negligente continuamente?». Y respondió: «Porque no has visto todavía el sol».

[1] El texto latino de este capítulo no ha sido editado por Rosweyde y no figura tampoco en PL 73. Se encuentra editado por A. Wilmart: *Revue Bénédictine* 34 (1922) 196-198.

9. Preguntaron a un anciano: «¿Cuál es el trabajo del monje?». Y él contestó: «El discernimiento».

10. Se le preguntó a un anciano: «¿De dónde vienen mis tentaciones de impureza?». Y el anciano respondió: «De comer y de dormir demasiado».

11. Se le preguntó a un anciano: «¿Qué debe hacer un monje?». Y respondió: «Practicar el bien y abstenerse de todo mal».

12. Los ancianos decían: «La oración es el espejo del monje».

13. Los ancianos decían: «No hay nada peor que juzgar».

14. Los ancianos decían: «No hay que hacer jamás ninguna concesión a los pensamientos».

15. Los ancianos decían: «La humildad es la corona del monje».

16. Los ancianos decían: «A todo pensamiento que te venga, dile: "¿Eres de los nuestros, o vienes del enemigo?". Y ciertamente él lo confesará».

17. Los ancianos decían: «El alma es una fuente: si profundizas se hace más limpia; si arrojas en ella tierra, desaparece».

18. Un anciano dijo: «Yo creo que Dios no es injusto cuando saca de la prisión o arroja en ella».

19. Un anciano dijo: «El camino de Dios consiste en hacerse violencia en todo».

20. Dijo también[2]: «Un monje que no trabaja es juzgado como arrogante».

21. Un anciano dijo: «Si Dios nos perdona con paciencia, aunque hagamos el mal, cuando hagamos el bien, ¿no nos ayudará mucho más?».

22. Un anciano dijo: «No empieces a hacer nada sin examinarlo antes en tu corazón, para saber si lo que vas a hacer es según Dios».

[2] Cf. Sócrates, HE IV, 23: PG 67,513 B.

23. Un anciano dijo: «Si un monje ora tan sólo cuando está en pie para la oración, tal monje no ora del todo».

24. Un anciano dijo: «He estado luchando durante veinte años contra un pensamiento para ver a todos los hombres como si fueran uno solo».

25. Un anciano dijo: «De todas las virtudes, la más excelente es el discernimiento».

26. Se preguntó a un anciano: «¿Cómo adquiere el alma la humildad?». Y respondió: «Estando atenta tan sólo a sus propias faltas».

27. Un anciano dijo: «Aquel que oye una calumnia debe huir, y el calumniador será corregido».

28. Un anciano dijo: «Todo lo que podía alcanzar, no lo he descuidado».

29. Un anciano dijo: «Lo mismo que el suelo no puede caer más bajo, así tampoco el humilde no puede caer».

30. Un anciano dijo: «Es vergonzoso para un monje haber dejado sus bienes, haber dejado su patria por el Señor, para ir al fin al infierno».

31. Un anciano dijo: «Esta generación no se ocupa del hoy, sino del mañana».

32. Los ancianos decían: «Nuestro trabajo consiste en hacer arder la leña».

33. Dijo también: «No quieras ser estimado».

34. Un anciano dijo: «La humildad no se enfada, ni enfada a nadie».

35. Dijo también: «Una vida ordenada en la celda colma de bienes».

36. Un anciano dijo: «Desgraciado el hombre cuya reputación es mayor que sus obras».

37. Un anciano dijo: «La libertad de palabra[3] y la risa se parecen al fuego que quema la paja».

[3] También se puede traducir παρρησία por «familiaridad», que pone más énfasis en el tipo de relación con los demás.

38. Un anciano dijo: «El que se hace violencia por Dios es semejante a un confesor».

39. El mismo dijo: «Cuanto más loco se haga uno por el Señor, tanto más sabio lo hará el Señor».

40. Un anciano dijo: «Un hombre que tiene siempre ante los ojos la muerte supera siempre la falta de valor».

41. Un anciano dijo: «Esto es lo que Dios examina en el hombre: el pensamiento, la palabra y la obra».

42. El mismo dijo: «El hombre necesita esto: temer el juicio de Dios, odiar el pecado, amar la virtud y suplicar a Dios».

43. Un anciano dijo: «Del mismo modo que llevamos el aliento en nuestras narices, así debemos tener siempre con nosotros, donde nos encontremos, el temor a la muerte y las lágrimas».

44. Un anciano dijo: «El solo hecho de leer las divinas Escrituras hace temer a los demonios».

45. Un anciano dijo: «Si no arrancas la pequeña planta de la dejadez, terminará en una gran excrecencia»[4].

46. Un anciano dijo: «El deseo de agradar a los hombres hace perder todo el aprovechamiento espiritual y deja el alma seca»[5].

47. Un anciano dijo: «Haz todo lo posible para ser irreprochable y no busques adornos».

48. Un anciano dijo: «La acción de gracias intercede por la impotencia ante el Señor».

49. Un anciano dijo: «Mientras actúes con reposo, no podrás reposar en Dios».

50. Un anciano dijo: «Limita tu preocupación y tu vientre, y hallarás descanso».

51. Un anciano dijo: «Ve, ama el hacerte violencia».

52. Un anciano dijo: «Para mí, mi cuerpo no ha apoyado mi elección».

[4] Doblete de XI, 100.

[5] Doblete de VIII, 29.

53. Un anciano dijo: «Sé libre y no te vuelvas esclavo; cuando hables, controla la pasión y el deseo y permanecerás sin problemas, habiendo preparado tus obras en vista de tu éxodo».

54. Un anciano dijo: «Aquel que alaba a un monje lo entrega a las manos del adversario».

55. Un anciano dijo: «Aquel que pronuncia una palabra de consuelo, si no piensa que él es el primer beneficiario, no debe hablar».

56. Los Padres decían que nadie puede amar a Jesús si no ama primero el trabajo duro.

57. Un anciano dijo: «Exiliarse por Dios es una cosa buena si se guarda el silencio; porque la libertad de palabra no es el exilio».

58. Un anciano dijo: «Despreciarse a sí mismo es un bastión».

59. Un anciano dijo: «La despreocupación y la pereza, Dios no las quiere».

60. Un anciano dijo: «Vigila tu conciencia con tu prójimo y hallarás descanso».

61. Un anciano dijo: «La raíz de todas las buenas obras es la verdad»[6].

62. Un anciano dijo: «El que no recibe a todos los hombres como a los hermanos, sino que hace distinciones, no es perfecto»[7].

63. Los ancianos dijeron: «Del mismo modo que el fuego quema la madera, así la obra del monje debe quemar las pasiones».

64. Un anciano dijo: «El monje no debe escuchar ni calumniar ni escandalizarse»[8].

65. Un hermano preguntó a un anciano: «¿Hasta cuándo estarás aquí en silencio?». El otro dijo: «Hasta que

[6] Doblete de X, 158.
[7] Doblete de I, 33.
[8] Doblete de X, 159.

seas interrogado, pues está escrito: *No respondas antes de haber escuchado* [Eclo 11,8]».

66. Un hermano preguntó a un anciano sobre la vida. El anciano dijo: «Come la paja, transporta la paja, duerme sobre la paja, y adquirirás un corazón de hierro. Esfuérzate cada día...[9]».

[9] Doblete de I, 28. Esta sentencia es atribuida por *Alph.* a Euprepio (n.4). La frase interrumpida, que no se encuentra en los paralelos, puede ser el principio de un nuevo apotegma.

CONCORDANCIA ENTRE LA COLECCIÓN ALFABÉTICA Y LA COLECCIÓN SISTEMÁTICA

Damos aquí la correspondencia, cuando existe, entre la colección alfabética (anónimos excluidos) y la presente colección. El número que sigue al nombre es el número de orden del apotegma en la colección alfabética (PG 65); las dos cifras que siguen después de los dos puntos reenvían, respectivamente, al capítulo y al apotegma de la presente colección.

Abrahán 1: 10, 19
Agatón 1: 10, 11
Agatón 2: 11, 8
Agatón 4: 17, 8
Agatón 5: 10, 12
Agatón 6: 6, 4
Agatón 7: 6, 5
Agatón 8: 10, 13
Agatón 9: 12, 2
Agatón 10: 10, 14
Agatón 11: 4, 8
Agatón 13: 7, 2
Agatón 14: 10, 15
Agatón 15: 4, 7
Agatón 19: 10, 16
Agatón 25: 17, 7
Agatón 29b: 11, 9
Agatón 29b: 11, 10
Alonio 1: 11, 13
Alonio 3: 11, 14
Ammonas 1: 3, 4
Ammonas 3: 7, 3
Ammonas 4: 10, 20
Ammonas 9: 15, 13
Ammonas 11: 10, 116
Amoes 1: 11, 11
Amoes 2: 11, 12
Amoes 3: 4, 11
Amón de Nitria 1: 17, 3
Amón de Nitria 2: 11, 56
Andrés 1: 11, 120
Antonio 1: 7, 1
Antonio 2: 15, 1
Antonio 3: 1, 1
Antonio 4: 15, 2
Antonio 6: 1, 2
Antonio 7: 15, 3
Antonio 8: 10, 1
Antonio 9: 17, 2
Antonio 10: 2, 1
Antonio 11: 2, 2
Antonio 12: 10, 2
Antonio 13: 10, 3
Antonio 14: 8, 1
Antonio 15: 8, 2
Antonio 16: 10, 4

Antonio 17: 15, 4
Antonio 18: 4, 1
Antonio 19: 16, 1
Antonio 20: 6, 1
Antonio 21: 9, 1
Antonio 22: 5, 1
Antonio 23: 10, 5
Antonio 24: 181 1
Antonio 27: 17, 5
Antonio 32: 17, 1
Antonio 33: 3, 1
Antonio 35: 11, 3
Antonio 36: 11, 4
Antonio 37: 11, 1
Antonio 38: 11, 2
Antonio: 17, 3
Antonio: 17, 4
Anub 1: 15, 12
Anub 2: 11, 7
Apphy 1: 15, 14
Aquiles 1: 10, 18
Aquiles 3: 4,10
Aquiles 4: 4, 9
Arés 1: 14, 3
Arsenio 1: 2, 3
Arsenio 2: 2, 4
Arsenio 3: 15, 5
Arsenio 4: 15, 6
Arsenio 5: 10, 7
Arsenio 6: 15, 7
Arsenio 7: 2, 6
Arsenio 8: 2, 7
Arsenio 9: 11, 4
Arsenio 10: 11, 5
Arsenio 11: 7, 34
Arsenio 12: 10, 8
Arsenio 13: 2, 5
Arsenio 13: 17, 6
Arsenio 14: 4, 2
Arsenio 15: 4, 3
Arsenio 16: 15, 8
Arsenio 17: 4, 4
Arsenio 18: 4, 5
Arsenio 19: 4, 6
Arsenio 20: 6, 3
Arsenio 21: 2, 9
Arsenio 22: 10, 9
Arsenio 24: 14, 2
Arsenio 25: 2, 8
Arsenio 27: 18, 2
Arsenio 28: 2, 10
Arsenio 29: 6, 2
Arsenio 30: 12, 1
Arsenio 31: 8, 3
Arsenio 32+40+41b: 15, 10
Arsenio 33: 18, 3
Arsenio 35: 11, 6
Arsenio 39: 10, 10
Arsenio 41a: 3, 3
Arsenio 42: 15, 11
Arsenio 44: 2, 11
Arsenio: 10, 6
Arsenio: 15, 9
Atanasio: 10, 17

Benjamín 2: 4, 12
Benjamín 5: 7, 5
Besarión 1: 19, 1
Besarión 2: 19, 2
Besarión 3: 19, 3
Besarión 4a: 12, 3
Besarión 4b: 20, 1
Besarión 5: 19, 4
Besarión 6: 7, 4
Besarión 7: 9, 2
Besarión 11: 11, 15

Carión 1: 15, 17
Casiano 1: 13, 2
Casiano 3: 13, 3

Hiperiquio: 3, 35
Hiperiquio: 4, 55
Hiperiquio: 4, 56
Hiperiquio: 4, 58
Hiperiquio: 7, 27
Hiperiquio: 7, 28
Hiperiquio: 10, 109
Hiperiquio: 11, 77
Hiperiquio: 15, 67
Hiperiquio: 17, 16

Isaac: 15, 37
Isaac de Las Celdas 4: 4, 22
Isaac de Las Celdas 5: 10, 44
Isaac de Las Celdas 7: 6, 10
Isaac de Las Celdas 8: 6, 9
Isaac de Las Celdas 12: 6, 11
Isaac el Tebano 1: 9, 5
Isaac el Tebano 2: 11, 47
Isaías 4: 12, 8
Isaías 9: 21, 1
Isaías 10: 21, 2
Isaías 11: 21, 3
Isaías: 1, 7
Isaías: 1, 8
Isaías: 1, 9
Isaías: 1, 10
Isaías: 1, 11
Isaías: 2, 15
Isaías: 2, 16
Isaías: 2, 17
Isaías: 3, 7
Isaías: 3, 8
Isaías: 3, 9
Isaías: 3, 10
Isaías: 3, 11
Isaías: 3, 12
Isaías: 3, 13
Isaías: 3, 14
Isaías: 4, 18
Isaías: 7, 7
Isaías: 7, 8
Isaías: 8, 6
Isaías: 8, 7
Isaías: 8, 8
Isaías: 9, 3
Isaías: 9, 4
Isaías: 10, 28
Isaías: 10, 29
Isaías: 10, 30
Isaías: 10, 31
Isaías: 11, 19
Isaías: 11, 20
Isaías: 11, 21
Isaías: 11, 22
Isaías: 11, 23
Isaías: 11, 24
Isaías: 11, 25
Isaías: 11, 26
Isaías: 11, 27
Isaías: 11, 28
Isaías: 11, 29
Isaías: 11, 30
Isaías: 11, 31
Isaías: 11, 32
Isaías: 11, 33
Isaías: 11, 34
Isaías: 15, 21
Isaías: 15, 22
Isaías: 15, 23
Isaías: 15, 24
Isaías: 15, 25
Isaías: 15, 26
Isaías: 15, 27
Isaías: 15, 28
Isaías: 17, 9
Isidoro 1: 16, 6
Isidoro 2: 4, 24
Isidoro 3: 4, 25
Isidoro 4: 11, 46

Teodoro de Fermo 6: 15, 32
Teodoro de Fermo 7: 8, 10
Teodoro de Fermo 8: 10, 34
Teodoro de Fermo 9: 8, 11
Teodoro de Fermo 10: 10, 33
Teodoro de Fermo 11: 10, 177
Teodoro de Fermo 16: 10, 35
Teodoro de Fermo 24: 7, 10
Teodoro de Fermo 25: 15, 33
Teodoro Eleuter. 1: 10, 153
Teodoro Eleuter. 2: 4, 19
Teodoto: 4, 19
Teodoto: 9, 15
Teófilo 1: 15, 31
Teófilo 2: 15, 59
Teófilo 5: 3, 15
Teonás 1: 11, 36
Timoteo 1: 13, 18
Titoés 1: 12, 13
Titoés 2: 4, 52
Titoés 3: 11, 67
Titoés 7: 15, 61

Xanthias 1: 11, 113
Xanthias 2: 19, 20
Xoios 2: 12, 17

Zacarías 1: 1, 6
Zacarías 2: 12, 7
Zacarías 3: 15, 19
Zacarías 4: 15, 18
Zacarías 5: 15, 20
Zenón 1: 8, 5
Zenón 4: 10, 27
Zenón 5: 18, 8
Zenón 6: 4, 17

ÍNDICE TOPOGRÁFICO

ÍNDICE ONOMÁSTICO

[1] También se le conoce como Nun.